UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LAMARTINE

CRISTOBAL COLON

TOMO II

E111
L3
v.2

R. C.

1020025251

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS
CAPILLA ALFONSINA
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PUBLICACION ECONOMICA ILUSTRADA.

CRISTOBAL COLON

DESCUBRIMIENTO DE LAS AMERICAS

obra escrita con gran copia de datos

POR

M. A. DE LAMARTINE.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

TOMO II.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA
1ª CALLE DE LA MERCED NÚMERO 29.
1885

099499
16610

923
C
E111
L3
v.2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

FONDO RICARDO COVARRUBIAS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

SEGUNDA PARTE.

DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.

CAPITULO I.

Lo desconocido.

No constituye la historia que vamos refiriendo á nuestros lectores una de esas novelas de interes y de enredo, en las que pudiendo el autor inventar los personajes más importantes, y enlazarlos unos con otros resultan infinitas peripecias que mantienen viva la ansiedad del lector y le hacen llegar desde la primera página á la última sin abandonar el libro de sus manos.

Nuestro propósito al bosquejar la figura del inmortal Colon con el soberano pincel de Lamartine, y al seguirle paso á paso poniendo en accion todos los acontecimientos de su vida por nuestra propia cuenta, no es exclusivamente entretener á los lectores, sino hacerles asistir á todos los momentos de la interesante vida del gran descubridor del Nuevo Mundo, para que puedan no solo comprender su portentoso descubrimiento, sino apreciar las circunstancias que precedieron y acompañaron á la conquista de las Américas; y cuanto pudiéramos fingir sobre este punto, seria inferior á la misma verdad.

Por más que con este sistema parezca monótono nuestro

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

relato, no tenemos más remedio que seguir paso á paso á Colon y recibir con él las impresiones que recibió en su primer viaje hácia lo que él y sus compañeros suponian que eran las Indias.

Tiempo tendremos de distraer la imaginacion de nuestros lectores con la narracion de las costumbres y de los episodios, de los habitantes de las nuevas tierras en donde iba á penetrar la luz de la civilizacion bajo la forma del cristianismo, y miéntras llegamos á visitar los pintorescos paisajes, las espumosas cascadas, los caudalosos rios, en una palabra, todos los detalles de aquel país vírgen y fecundo en maravillas, acompañemos á Colon en su expedicion exploradora, para no perder un solo latido de su corazon en aquella arriesgada empresa.

Inmenso es el valor de aquel hombre y grande el prestigio que tenia á los ojos de los que le seguian.

¿Puede darse más etrevida empresa que la de entregarse á una frágil tabla para recorrer las inmensidades del már sin rumbo fijo, por una senda erizada de escollos y sin mas porvenir que lo desconocido, ese terrible é insondable abismo que lucha con el génio y le aniquila la mayor parte de las veces?

Pero Colon habia logrado trasmitir su fe á los que le acompañaban, y todos anhelosos, salieron de la barra de Saltes el viérnes 3 de Agosto de 1492, á las ocho de la mañana, despues de haber cumplido todos sus deberes de cristianos.

Gran conocedor de los hombres, Colon se propuso ocultarles parte de la distancia que andaban diariamente, por si acaso tardaba mucho tiempo en hallar tierra, y su paciencia se acababa.

Durante todo el dia anduvieron las embarcaciones hácia el Sur sesenta millas ó sean quince leguas (1).

1 Colon usaba millas italianas de mayor extension que las españolas, puesto que cuatro de aquellas equivalen á tres y estas á la medida de una legua.

El rumbo que llevaban era hácia Canarias.

Los dos dias siguientes no ocurrió nada de particular en la expedicion.

El camino que seguian era conocido, y todavía no habia empezado à apoderarse de su alma la zozobra.

El dia 6 ocurrió un accidente.

El timon de la carabela *Pinta*, mandada por Martin Alonso Pinzon, se rompió.

Apénas se informó de este suceso el almirante, se trasladó á la carabela, y comprendió desde luego cuál era la causa de aquel siniestro.

Aunque convencidos y entusiasmados por el lenguaje de Colon, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, dueños de la carabela, en el momento de partir, sintieron en extremo haberse dejado dominar por la elocuencia del almirante; durante los dos dias de viaje que llevaban, habian reflexionado, y querian á toda costa detener su marcha.

De acuerdo aquellos dos hombres idearon un medio de que la embarcacion no pudiera continuar el viaje, más que por otra causa por quedarse en Canarias; y aprovechándose de la oscuridad de la noche y de un momento en que Martin Alonso Pinzon estaba distraido, hicieron lo posible para inutilizar el timon.

Aquel golpe era terrible, porque no era posible que la embarcacion continuase el camino, y si tenia que quedarse el almirante al principio de él sin Martin Alonso Pinzon, con cuyo esfuerzo y pericia contaba sobremanera, se privaba de uno de sus más importantes servidores.

No tardó en comprender que Rascon y Quintero habian sido los autores de aquella felonía, y para castigarlos los mandó conducir á su nave, considerándolos allí como sus prisioneros.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Arreglóse el timon de la mejor manera posible, y pudo llegar hasta la isla de Lanzarote, no sin que ántes hubiera grandes discusiones entre los pilotos de las tres carabelas del almirante acerca de la situacion que ocupaban y de la distancia à que se hallaban de la isla de la Gran Canaria.

Viendo que era imposible que *La Pinta* pudiese acompañar á las otras dos carabelas, resolvió Colon llegar hasta la Gran Canaria para cambiarla allí por otra embarcacion en buen estado, y hacer que la mandase Martin Alonso Pinzon, de cuyos servicios no queria privarse.

El domingo 9 por la noche llegaron á la vista de la Gomera, y por mandato del almirante se quedó en aquella costa Martin Alonso Pinzon.

Poco despues dispuso Colon tocar en Tenerife.

Allí permanecieron algunos dias miéntras se arreglaba la embarcacion, y despues volvieron á la Gomera.

El 2 de Setiembre estaban las tres embarcaciones en estado de continuar de nuevo su interrumpido viaje.

La llegada de aquellos intrépidos marinos produjo gran sensacion en la Gomera, donde á la sazon gobernaba aquella isla doña Inés Peraza, madre de Guillén Peraza, que fué despues el primer conde de la Gomera.

Enterados de los deseos y de las aspiraciones de Colon, le dijeron los habitantes de la Gomera que todos los años veian tierra al Oeste de las Canarias, lo cual no extrañó Colon, porque estando en Portugal habia hablado con un marino que desde la isla de la Madera habia ido á Lisboa á pedir al rey auxilios para explorar la tierra que veia desde las islas Azores, y habia manifestado lo mismo.

Obsequiados por sus compatriotas y provistos de víveres, se despidieron de ellos el juéves 6 de Setiembre para continuar su viaje.

Un nuevo contratiempo surgió, y puso en gran aprieto al almirante.

Por una carabela procedente de la isla de Hierro, supo que tres embarcaciones de Portugal andaban por aquellas aguas acechando la llegada de los buques de Colon, con el objeto de destruirlos.

El rey de Portugal, disgustado porque Colon habia desechado sus proposiciones, y envidioso de que el ilustre genovés pudiese conquistar para el reino de España la gloria que en otro tiempo le habia ofrecido, mandó aquellas galeras con el objeto de que interrumpieran su viaje, y si era posible, le aprisionasen y le llevasen á Lisboa.

Gracias à la precaucion de Colon, esta tentativa fué estéril.

Aprovechando la calma, permaneció dos dias entre la Gomera y Tenerife, y cuando comenzó á soplar el viento, tomó el rumbo hácia el Oeste, y se libró de la persecucion de sus enemigos.

El desaliento de la tripulacion empezó á notarse.

Parecia que costaba trabajo á los marineros separarse de aquellas aguas conocidas, y Colon, que vigilaba todos sus actos, que los exhortaba á todas horas, que los animaba á cada instante, tenia en muchas ocasiones que guiar el timon por sí propio, para que la marcha no fuera tan lenta como querian los marineros.

De pronto se aumentó el temor de aquellos navegantes.

El volcan del pico de Tenerife se inflamó, los rayos que lanzaba de su candente seno se reflejaban siniestramente en el mar.

Los marineros creian ver en aquellas llamas la espada de fuego del ángel que arrojó al hombre del Eden, y se figuraban que se levantaba enfrente de ellos para impedirles avanzar por los mares desconocidos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El almirante tuvo que visitar las tres embarcaciones para disipar el pànico que se habia apoderado de su gente y explicar á aquellos hombres ignorantes las leyes físicas de aquel fenómeno.

Pero cuando perdieron de vista el pico de Tenerife, se apoderó de su espíritu tanta tristeza como temor le habian infundido sus llamas.

Parecíales aquella luz el límite, el último faro del universo, y al perderle de vista, se creyeron como separados de la tierra para navegar en el éter de otro planeta, y cayeron en una dolorosa postracion.

Ocho dias navegaron las carabelas sin ver más horizonte que el mar y el cielo que se unian en todos los confines á su vista.

Por fin, el dia 11 de Setiembre los marineros de la *Niña* vieron dos aves llamadas una *garjao* y otra *rabo de junco*, las cuales, en concepto de muchos, eran indicio de que se hallaban cerca de tierra, puesto que estas aves nunca se apartan de ella más de veinte ó veinticinco leguas.

En la noche del 12 de Setiembre vieron caer del cielo un maravilloso ramo de fuego, como á unas cuatro ó cinco leguas del sitio en donde estaban.

A aquella altura empezaron á experimentar unos aires tan templados, que les hacian recordar las mañanas de Abril y Mayo en Andalucía.

Y para mayor contento suyo, puesto que su único afan era encontrar pronto tierra, empezaron à ver sobre el agua algunas manchas que parecian de yerba verde.

—Sin duda nos acercamos á tierra firme, decia Velez de Mendoza á Colon pascándose sobre la cubierta de la *Santa María*.

—¿En qué os fundais para creerlo?

—En esa porcion de yerba que arrastran las olas del mar.

—En efecto; indican la proximidad de tierra; pero no de tierra firme: sin duda estamos próximos á alguna isla.

Al dia siguiente vieron mayor cantidad de alga que las olas arrastraban desde Poniente.

Por la noche observó Colon las variaciones de la aguja de marear, fenómeno completamente desconocido entónces.

Descubrió que la aguja en vez de señalar á la estrella del Norte, se inclinaba unos cinco ó seis puntos al Noroeste.

Admirado de esto continuó haciendo observaciones y se convenció de que la variacion aumentaba á medida que avanzaba en su marcha.

Comprendiendo cuán dispuestos á alarmarse estaban sus compañeros, les ocultó sus observaciones, pero los pilotos á su vez consultaron las agujas, y no pudiendo explicar lo que pasaba, cayeron en una profunda consternacion.

Temian que perdiese la aguja su misteriosa virtud y unos á otros se preguntaban:

—¿Qué va á ser de nosotros sin rumbo fijo en medio del vasto y solitario Océano que nos rodea?

Su pesadumbre no tardó en comunicarse á los marineros, que estaban acostumbrados á leer en sus ojos las esperanzas ó las dudas que abrigaban acerca del feliz término del viaje.

Conociendo Colon la mala impresion que habia hecho en los pilotos el exámen de las agujas, puso su ciencia en tortura para buscar los medios de calmar el terror de su gente.

—Nada temais, les dijo, la aguja no apunta exactamente á la estrella polar, sino á un punto fijo é invisible. No es falacia de la aguja la variacion, sino el movimiento de la estrella misma, que como los demas cuerpos celestes, sufre cambios y revoluciones describiendo cada dia un círculo alrededor del polo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su original é ingeniosa teoría, en una época en la que era desconocido el sistema solar de Copérnico, fué considerada como de gran peso por los pilotos, que se tranquilizaron, y comunicaron su tranquilidad à los marineros.

El fenómeno es en nuestros dias conocido; su causa aún permanece oculta.

Es uno de los grandes misterios de la naturaleza, sencillo en la apariencia, pero impenetrable.

La ciencia baja la frente ante él.

La soberbia del hombre se estrella en la inquebrantable barrera con que lo defiende la Providencia.

Poco despues de amanecer el dia 15, vieron que las yerbas se aumentaban y que parecian yerbas de rio, tanto más, cuanto que hallaron una porcion de ellas, y cogieron un cangrejo vivo.

El agua del mar era ménos salada, los aires más suaves, y estos indicios devolvieron la calma y la alegría á los tripulantes, estableciéndose entre las tres carabelas una especie de competencia para ver cuál era la que avanzaba más en aquel camino á la ventura.

—Ved esas aves que revolotean en torno de las velas, dijo á Colon el piloto de la *Santa María*, ¿no son toninas?

—Sí por cierto, contestó el almirante.

Poco despues oyó una detonacion.

Uno de los marineros de la *Niña* habia disparado su mosquete y habia muerto á uno de aquellos pájaros.

En medio de la inmensidad del mar, cuando se avanza sobre el abismo con el deseo de hallar el puerto salvador, lo que pasaria desapercibido para los hombres observadores de la tierra, es un gran acontecimiento para los marinos.

El exámen de las algas que arrastraban las olas en su majestuosa carrera, la observacion de los pájaros que cruzaban

el espacio ó revoloteaban en torno de las velas de las embarcaciones, aprovechando algun momento para posarse sobre las galerías de los buques y arrebatar á los marineros los desperdicios de las provisiones, tenian que ser necesariamente las ocupaciones más importantes de aquellos hombres que caminaban al acaso, y que no teniendo pruebas ni seguridad de hallar tierra, necesitan al ménos tener indicios.

Colon, práctico ya en la vida del mar, satisfacia la curiosidad de sus compañeros con sus explicaciones, y calmaba su zozobra con el lenguaje de la más profunda conviccion.

—Ved á lo léjos un ave blanca como la que vimos hace dos ó tres dias, exclamó Velez. ¿No nos dijisteis que era un *rabo de junco?*

—Sí, por cierto, contestó Colon á su interrogador, y esto me prueba que no estamos muy léjos de tierra, porque ese pájaro no duerme nunca en el mar.

Martin Alonso, que dirigia la *Pinta*, carabela velera como pocas, envió el 18 de Setiembre un aviso en su lancha á la embarcacion almirante, diciendo al jefe de la expedicion que habia visto gran multitud de aves dirigirse hácia el Poniente, y que teniendo proporcion de avanzar más que las otras carabelas, estaba seguro de que aquella misma noche veria tierra.

Las naos se aproximaban á unos rompientes que habia hácia el Oeste; pero de las que aún se hallaba á bastante distancia.

Un nuevo pájaro que Colon designa en sus Memorias con el nombre de *alcatraz*, acudió à visitarlos al dia siguiente.

Por la tarde vieron otro, y la aproximacion de estas aves al mismo tiempo que unos llovizneros sin viento, le demostraron que se aproximaban rápidamente á la tierra.

Sin embargo, por si se engañaba ó por si la tierra que pa-

recia era solo alguna isla, no quiso fomentar la esperanza en sus marineros que, más que la gloria y las riquezas que habian ido á buscar, deseaban hallar tierra, porque temian verse condenados á morir en el seno del mar.

Colon habia obrado cuerdamente, porque la tierra que anunciaban las yerbas y las aves, no eran más que algunas islas de escasa importancia.

Pero como el deseo de Colon era seguir siempre hácia adelante á encontrar el derrotero de las Indias y el tiempo era à propósito para caminar, arengó á su gente y consiguió, animando sus esperanzas, que prosiguiesen adelante.

A la sazon se hallaba la *Niña* á cuatrocientas cuarenta leguas de las Canarias, la *Pinta* á cuatrocientas veinte, y á cuatrocientas justas la *Santa María*.

Los alcatraces continuaron visitando las carabelas.

Volvieron á ver yerba, y tendiendo un lazo á uno de los pájaros que no parecia querer abandonar la embarcacion de Colon, lograron apoderarse de él.

Era pájaro de rio.

Sus piés se parecian á los de la gabiota.

Lo conservaron, y al amanecer del dia siguiente llegaron dos ó tres pajarillos de tierra, que desaparecieron apénas alumbró el sol en toda su plenitud.

Más de cincuenta dias de viaje llevaban, y la paciencia de los tripulantes empezaba á tocar á su término.

¡Cincuenta dias en medio de la inmensidad del Océano; cincuenta dias de duda y de esperanza con el tiempo suficiente para reflexionar todos en su pasado, en su porvenir, en las afecciones que habian dejado en tierra. Solo veian como término de aquella expedicion un ignorado sepulcro!

Que Colon no se intimidase ante el peligro, que su constancia no se amenguara en lo más mínimo, fácilmente se comprende.

Llevaba en su mente el pensamiento de una gran empresa que iba á realizar; como ninguno de los que le acompañaban comprendia la gloria que alcanzaria para su nombre y la fortuna que conseguiria obtener para sus hijos, si realizaba sus designios, aun cuando el peligro que corria se apareciese á sus ojos mayor aún que á los de los marineros, podia pesar en un lado la grandeza del triunfo, en lo otro lo horroroso de la derrota y tener ánimos para seguir adelante.

Pero aquellas pobres gentes, acostumbrados los unos á entregarse al culto del vicio, los otros á una vida activa y laboriosa, no podian conformarse con aquella existencia aislada, y creian que se les arrastraba en busca de un fantasma que podria convertirse para ellos en un verdadero ángel exterminador, con su espada de fuego, saliendo desde el seno de las aguas á castigar su audacia y su ambicion.

En diferentes ocasiones habian manifestado los que le acompañaban su temor, sus dudas, pero Colon habia encontrado el medio de renovar el entusiasmo en su abatido espíritu.

¡Sublime ejemplo de energía, de constancia!

¡Ah! sí, figuraos por un instante á aquel hombre tan trabajado ya en las Cortes de Portugal y de España, á un hombre que tantos desengaños habia sufrido, figuráosle, repito, realizando su empresa con zozobra y temor tambien, por más que le alentara la esperanza; pero teniendo que ocultar à todos los que le acompañaban sus temores, porque si veian que decaian sus fuerzas, le obligarian á retroceder, ó podrian, aconsejados por la ira y la venganza, rebelarse contra él y malograr su empresa.

Porque ir con rumbo fijo á través de los mares; arrostrar las tempestades y las inclemencias en un punto distante de la tierra, requiere gran valor, pero es empresa fácil.

No lo es tanto avanzar sin rumbo fijo, sin esperanza cierta,

y esto es lo que hacia Colon, y esto es lo que obligaba á hacer á los que le acompañaban.

El ardid que habia puesto en práctica Colon para hacer creer á los suyos que el viaje era más corto de lo que era en realidad, puesto que sustraia todos los dias, al dar cuenta á su gente de lo que habian andado, algunas leguas, empezaba á ser infructuoso.

Hasta entónces los vientos habian sido favorables.

Pero llegó un dia de calma.

Las tres carabelas parecian estacionadas en un mismo punto, y en aquel dia empezó á verse de una manera clara y amenazadora la actitud de despecho en que se hallaban los compañeros de Colon.

El gran hombre estaba á punto de perder todo su prestigio.

Convocando en su carabela á los capitanes de las otras dos, y reuniendo en torno suyo á los pilotos y á aquellos de los navegantes que no necesitaban prestar servicios en los buques:

—Seguro estoy, les dijo, de que nos hallamos á muy corta distancia de la tierra. A la altura en que estamos podremos encontrar no una sola, sino varias islas donde guarecernos. ¿Pero qué adelantariamos con eso? Hemos venido á buscar el derrotero da las Indias; hemos venido á buscar un nuevo mundo, que en mi concepto existe, y necesitamos tener bastante energía, bastante abnegacion para renunciar al pueril placer de sentar nuestra planta sobre la tierra y seguir adelante, porque no tengo la menor duda de que nos acercamos á la realizacion de mis proyectos.

Os he llamado para comunicaros mi esperanza, que es casi una seguridad, para comunicaros la fe que yo tengo en la empresa.

Estas elocuentes palabras no produjeron el efecto que otras veces.

Los marineros y los pilotos se conformaron porque no tenian otro remedio.

Martin Alonso y su hermano, el capitan de la *Niña*, no estaban tan desanimados como sus compañeros.

Pero engreido el primero con sus conocimientos científicos, empezaba á considerar á Colon con ménos indulgencia.

Sin ir más léjos, dos dias despues del en que Colon convocó á los navegantes en torno suyo, manifestóle Martin Alonso que debian navegar á la cuarta del Oeste.

Pero no viendo el ilustre genovés en esta indicacion más que el deseo de encontrar pronto tierra, aunque fuera únicamente una isla, le desoyó por completo, manifestándole con entereza que primero necesitaban encontrar tierra firme.

—Las islas ya las hallaremos, añadió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los reyes al disponer la expedicion, habian anunciado que concederian una pension de treinta escudos al primero que descubriese tierra, y cuando al desaliento sucedia el entusiasmo en el corazon de los marinos, se esforzaban los de las carabelas en avanzar, para obtener el premio.

El dia 7 de Octubre, la *Niña*, que era muy velera, se adelantó á las otras dos carabelas.

Poco despues de amanecer levantaron sus tripulantes una bandera en el tope del mástil, y tiraron una lombarda.

Estas dos señales conmovieron profundamente á los navegantes.

—¡Han visto tierra, han visto tierra! gritaron los de la *Pinta* y la *Santa María*.

Y se asomaron á las galerías, y se subieron á los palos para ver si divisaban la tierra que les parecia habian visto sus compañeros.

Pero habian partido muy de ligero los de la *Niña*, porque despues de andar todo el dia hácia el punto donde les habia parecido ver tierra, á la caida de la tarde se encontraron con que á pesar de haber andado más de veintiocho leguas, no realizaban sus esperanzas.

Como todos los marineros deseaban el premio ofrecido por los reyes, á cada instante daban el grito de tierra.

Para terminar estas falsas alarmas, fuente de contínuos desengaños, dispuso Colon que si alguno daba la noticia y no se descubria tierra en los tres dias posteriores al anuncio, perdiese todo derecho al premio.

Pero observaron otro indicio de tierra más convincente que los que hasta entónces habian hallado.

Por encima de los barcos pasaban desde el Norte al Sudoeste multitud de aves que iban à dormir en tierra.

Calculando la hora de la noche, pensó Colon que no debia

estar á mucha distancia el sitio de reposo de aquellos pájaros.

Siguiendo el camino que le trazaban las aves, no tardó en hallarse en un espacio que más que mar parecia rio.

Aires suaves, templados y olorosos, acariciaban las velas de las naos.

La yerba que arrastraba el agua era muy fresca, y vieron muchos pájaros del campo, algunas ánades, y no pocos alcatraces.

Pasaron tres dias, en los cuales recorrieron màs de cien leguas, con la particularidad de que al segundo dia se cambió el viento, tomando las proporciones de un verdadero temporal.

Colon habia dispuesto que al amanecer y al anochecer se reunieran las carabelas todo lo más posible.

Al final del tercer dia, despues de tantas esperanzas frustradas, la indignacion de los marineros llegó á tomar un carácter alarmante.

Todos rompieron en bulliciosa turbulencia.

—Esto es desafiar las iras del destino, decian unos.

—Bogar por una inmensidad de agua sin límites, añadian otros.

Y todos á una, lo mismo los de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María*, manifestaban abiertamente deseo de renunciar al viaje como cosa perdida, y desandar el camino que habian andado.

Colon trató de pacificarlos con palabras afables y promesas de encontrar próxima tierra.

Pero al ver que sus palabras no tenian influencia entre aquellas gentes; al ver que los Pinzones, ofendidos en su amor propio porque no habia seguido sus consejos, parecian ponerse del lado de los rebeldes, tomando una actitud enérgica y jugando el todo por el todo:

—Es inútil murmurar, exclamó con decidido acento. La expedicion ha sido preparada por los reyes para buscar las Indias, y por nada del mundo retrocederé hasta que, con el favor de Dios, lleve á cabo la empresa que he acometido.

No falta historiador que asegure que al ver Colon las sérias proporciones que tomaba la rebeldía de sus marineros hizo con ellos el pacto de desistir de su empresa si tres dias despues no hallaba tierra.

No es verosímil.

¡El génio no se doblega nunca á la vulgaridad!

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cristobal Colon dice á los marineros amotinados:
—Es inútil murmurar, por nada del mundo retrocederé.

CAPITULO III.

El corazon humano.

La energía de Colon, sus inspiradas palabras, su resolucion de jugar el todo por el todo, de morir ó vencer, si no disipó la irritacion de los navegantes, la contuvo al ménos como no podia ménos de suceder, porque Dios quiere que el génio sea para la humanidad lo que para las espumosas é irritadas olas del mar la orilla que las sujeta y las contiene.

Callaron los descontentos, pero fácil era adivinar que todos, absolutamente todos, eran hostiles á Cristóbal Colon.

Quintero y Rascon, que eran los que más perdian, puesto que la *Niña* y la *Pinta* eran suyas, quisieron explotar el descontento de los Pinzones para ver si lograban detener la expedicion, deshacerse del almirante y volverse háeia España.

Los dos navegaban en la *Santa María* muy vigilados desde que ántes de llegar á Canarias habian tratado de inutilizar el timon de la *Pinta* para quedarse en la Gomera.

Durante el trayecto habian tenido ocasion de conocer á Alonso Velez, el cual no habia perdonado á Colon que le hubiese obligado á contraer matrimonio con la desgraciada Isabel Monteagudo.

Rascon se acercó á Alonso Velez y le dijo:

—Por el camino que nos lleva Colon no tenemos más esperanza que la muerte. Que los que nada tienen que perder,

que los que se han escapado de las manos de los verdugos sucumban, nada puede importarles.

Pero nosotros que no necesitamos emprender expediciones de este género, porque con estas dos carabelas mi compañero Quintero y yo tenemos de sobra elementos para ganar la vida, y vos que sois un caballero, desgraciado sin duda, pero con condiciones para hallar favor en la corte, perezcais con nosotros, eso ni es justo ni podemos consentirlo.

—¿Y á dónde vais á parar con ese preámbulo.

—A preguntaros si quereis ayudarnos á realizar una empresa que puede dar ópimos resultados.

—Hablad.

—Es que os advierto que si no aprobais nuestro plan, no solamente negaremos si nos delatais, sino que mi compañero y yo, y algunos otros que piensan de la misma manera, tomaremos venganza de vuestra felonía.

—Acepto esa condicion.

—Pues en ese caso oid. Ya habreis notado que Martin Alonso Pinzon no está muy contento con el almirante.

—Es natural que no lo esté. Le ha hecho varias proposiciones y Colon le ha desoido por completo.

—¡Quién sabe si á estas fechas estariamos mejor habiendo seguido los consejos de Martin Alonso!

—De cualquier modo, lo cierto es que aunque en la apariencia respeta el capitan de la *Pinta* al almirante, en el fondo le odia tanto como nosotros.

—Pues bien; he aquí nuestro plan. Aprovechad la primera ocasion que se os presente para trasladaros á la *Pinta*, y hablad con Martin Alonso.

—¿Y qué le he de decir?

—El mejor medio de averiguar con exactitud lo que él piensa acerca de Colon, es lisonjearle.

«Yo no entiendo gran cosa, podeis decirle; pero creo que si hubiéramos seguido el rumbo que en varias ocasiones habeis manifestado, habríamos encontrado tierra hace ya mucho tiempo.»

El, como es natural, afirmará, y puede ser que añada alguna frase que indique su disgusto. Si tal sucede: «Por mi parte os aseguro, podeis decirle, que no hay un solo navegante de los que van en la *Santa María*, que no tenga más fe en vos que en nuestro primer jefe.»

Esto lo agradecerá y si le veis animarse, si hiciera alguna indicacion, podeis decirle:

«Allá hay grandes deseos, ó de seguir adelante al mando vuestro, ó de retroceder á España. Para tomar cualquiera de estas dos resoluciones, sobra una persona.»

El comprenderá perfectamente y adivinará nuestro plan, porque no es otro que deshacernos de Colon.

—Nada más fácil.

—Estando todos de acuerdo, ha podido muy bien enfermar en la travesía, morir, y ya se sabe que los marinos hayan por tumba el mar.

—Sois un gran pensador, dijo Alonso Velez, pero para que yo sea instrumento de vuestros fines, necesito algun premio.

Figuraos que se lleva á cabo vuestro proyecto, que nos deshacemos de Colon. Si seguimos al mando de Pinzon y hallamos tierra y las riquezas que nos han prometido, el negocio es redondo. Pero, y si Pinzon duda, y cediendo á las exigencias de los marineros toma el rumbo á España, al llegar allí ¿que habré yo ganado?

—Mi compañero y yo, dijo Rascon, os entregaremos al llegar á Palos una cantidad de dinero suficiente para que podais vivir allí holgadamente el tiempo que necesiteis estar en la corte para obtener algun empleo lucrativo.

—En los momentos del peligro se hacen grandes promesas; pero cuando el peligro pasa....

—¿Os contentais con que os hagamos una promesa formal ante el escribano real que nos acompaña?

—Desde luego; siempre que esto parezca la promesa del pago de una deuda atrasada.

Convinieron en ello, y entre los tres fueron catequizando á los demas marineros, no solo de la *Santa María*, sino de las otras dos carabelas, y la idea de que necesitaban deshacerse à toda costa de Colon, como el único medio de salvarse de la muerte que les amenazaba, llegó á ser un sentimiento unánime en todos los que formaban parte de la expedicion.

Miéntras que á sus piés se formaba aquella sorda tempestad, miéntras que en el momento en que todos aquellos hombres alentaban el pensamiento de atentar contra la vida del que en aquellos mares era su Providencia, Colon, sereno al lado del peligro, no tenia más que una ansiedad: la de poder cumplir la promesa que habia hecho, la de llevarlos á tierra firme.

Alonso Velez no habia podido todavía conversar con Martin Alonso Pinzon, y todos aguardaban á que terminasen los tres dias para tener derecho descaradamente de castigar al impostor que les habia engañado, prometiéndoles un Nuevo Mundo y grandes riquezas, y dándoles, en cambio de su promesa, una muerte oscura y desgraciada.

Por fortuna del gran marino, eran tales los indicios de tierra que se descubrian, que ya no podia caber duda alguna de que se hallaban cerca del término de sus deseos.

Ademas de muchas yerbas de rio, vieron un pez verde de los que no se apartan de las rocas.

En las olas flotaba un ramo de espino con sus majuelas coloradas, que parecian recientemente arrancadas del árbol.

Cogieron ademas una tableta, una caña y un palo artificialmente labrado, lo cual fué causa de que renaciera la esperanza y el desanimado aliento en la tripulacion.

Durante todo el dia estuvieron aquellos hombres dominados por la ansiedad y la codicia.

La ansiedad de hallar tierra.

La codicia de alcanzar la pension ofrecida por los reyes.

Todo parecia haber cambiado de aspecto.

Los incrédulos empezaban á confiar.

Los que habian considerado á Colon como un loco, volvian á sentir respeto y admiracion hácia él.

Parecian arrepentidos y deseosos de nuevo de ganar el afecto de aquel hombre con actos de heroismo.

Aquella noche hubo en medio de la inmensidad del mar un espectáculo grandioso.

Reunidos á bordo del navío almirante los marineros entonaron la Salve, y despues de esta plegaria aprovechó Colon la emocion de sus pechos para acabar de ganar en su afecto lo que habia perdido.

—Veo, les dijo, que renace la esperanza en vuestro corazon, y solo perdiendo la fe que desde niños habeis sentido en vuestro pecho, habeis podido dudar un solo instante.

Estamos léjos, muy léjos de nuestra patria, hemos cruzado un espacio inmenso, y sin embargo, no habeis pensado un solo instante en la misericordia de Dios que, habiendo podido castigar nuestra codicia, que solamente audacia y codicia fué la que nos impulsó y nos guía á descubrir nuevas tierras, y habeis visto que nos ha favorecido con vientos suaves, que el mar se ha convertido para nosotros, en medio del tempestuoso Océano, en una suave y apacible balsa.

Habeis notado que, en vez de arrebatarnos las esperanzas de realizar nuestro propósito, nos ha animado con incesantes

señales de próxima tierra, y todo hace creer que comprende que los sentimientos que nos guían á descubrir nuevos países, es llevar á ellos la fe cristiana, y por eso nos impulsa, nos ayuda, nos protege y nos lleva à la tierra de promision.

Mi corazon me dice, añadió con vehemencia, que no tardaremos mucho en asentar nuestras plantas sobre tierra firme, y tanto es así que desde ahora mismo en cada una de las tres carabelas habrà un vigilante en el castillo de proa para dar la voz de tierra en el momento en que la vean sus ojos, y ademas de la pension ofrecida por los soberanos, yo prometo al que tal descubrimiento haga un rico justillo de terciopelo.

Al oir estas palabras todos deseaban desempeñar el cargo de vigilante.

Para calmar aquella nueva efervescencia, dispuso Colon que de media en media hora se revelasen todos los tripulantes.

La brisa continuó fresca durante todo el dia, y tuvieron más mar que de ordinario.

Al oscurecerse el sol se dirigieron de nuevo al Occidente, y las tres naves cortaron con rapidez eléctrica las ondas.

La *Pinta* iba á la cabeza de las tres carabelas.

En la tripulacion reinaba la mayor alegría, y ninguno de los navegantes pudo cerrar aquella noche los ojos ni entregarse al reposo.

Todos presentian, deseaban ser los primeros en descubrir la tierra.

Despues de oscurecer subió Colon al castillo de popa.

Miéntras la brisa oreaba su frente, miéntras que sus ojos contemplaban la temblorosa luz de las estrellas, experimentaba una penosa ansiedad.

Si sus esperanzas se defraudaban, si sus cálculos eran inciertos, si la tierra tan deseada no aparecia á sus ojos, concluiria su prestigio ante aquellos hombres, y seria víctima de su desesperacion.

La duda y el temor le hacian dirigir investigadoras y ardientes miradas hácia el Occidente, y en medio del silencio murmuraban sus labios una oracion al Altísimo pidiéndole que se apiadase de él.

Las diez serian cuando se apareció á sus ojos una luz lejana.

Apénas la vió, temiendo que fuese engañosa ilusion de su deseo, llamó á su lado á don Pedro Gutierrez, caballero muy querido del rey.

—Venid, venid, le dijo.

—¿Qué manda el almirante? preguntó don Pedro.

—¿No veis allá á lo léjos una luz?

—Sí por cierto.

—¡Oh! Mirad bien, fijaos; que no os engañe la esperanza.

—Os juro por mi nombre que lo que veo á bastante distancia todavía es una luz.

Subieron al castillo de popa algunos otros navegantes, y entre ellos Rodrigo Sanchez de Segovia y Alonso Velez de Mendoza.

Colon se volvió un instante para decirles lo que pasaba, y cuando fué á mostrarles con el índice el sitio donde habia visto la luz, Rodrigo Sanchez y Alonso Velez no pudieron ménos de asombrarse porque no veian nada.

Tambien desapareció para Colon la luz.

¿Qué era aquello?

Meditando en su desventura estaba el almirante, cuando de pronto los que le acompañaban:

—Otra vez aparece la luz, otra vez, exclamaron.

Entónces se movia.

—Es sin duda una barca pescadora, dijo don Pedro Gutierrez.

—Las oscilaciones de la luz son efecto del movimiento de las olas. ¿No veis cómo sube y baja?

Colon no se atrevia á manifestar su opinion, porque temia que sus palabras quedasen defraudadas.

La mayor parte de los navegantes dieron poca importancia á aquel aserto.

—Y sin embargo, se decia Colon, yo estoy seguro de que donde ha aparecido la luz hay tierra, y tierra habitada.

Las horas de aquella noche fueron mayores, no solo para Colon, sino para todos los que le acompañaban.

Apénas rompió el alba, resonó en el espacio un cañonazo.

La *Pinta* lo habia disparado.

Era la señal convenida para indicar la proximidad á la tierra, y aquella señal no podia ser equivocada, puesto que ya estaban todos escarmentados, y hasta no convencerse, ninguno era capaz de soltar prenda.

La *Santa María* y la *Niña* se hallaban á alguna distancia de la *Pinta*, y no pudieron observar lo que pasaba en ella.

Vamos á referirlo á nuestros lectores.

CAPITULO II.

A través del Océano.

El 21 de Setiembre comenzó la calma.

Las tres carabelas estaban á muy poca distancia unas de otras.

La tierra que creian próxima estaba aún muy léjos.

El descontento fué mayor que nunca.

—¿En dónde nos hemos metido, decian unos?

—¡Hemos llegado à un sitio del que no podremos salir á no ser para morir en el fondo del mar!

—Las olas nos combaten por todas partes, pero unas nos empujan y otras nos rechazan.

—¡En mal hora hemos salido de Palos!

—Más nos hubiera valido morir á manos del verdugo, decian los que se hallaban disfrutando de la vida por haberse alistado en la expedicion

Las murmuraciones se aumentaban.

Las provisiones empezaban á escasear, y era tan grande el mal humor de todos, que hasta encontraban detestables los alimentos que los dias anteriores les habian parecido muy buenos.

Colon veia formarse la tempestad, no sobre su cabeza, sino bajo sus piés, que era peor todavía, y evitaba la presencia de los marineros, por temor de que su voz no fuese entónces tan elocuente como habia sido àntes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Colon no se atrevia á manifestar su opinion, porque temia que sus palabras quedasen defraudadas.

La mayor parte de los navegantes dieron poca importancia á aquel aserto.

—Y sin embargo, se decia Colon, yo estoy seguro de que donde ha aparecido la luz hay tierra, y tierra habitada.

Las horas de aquella noche fueron mayores, no solo para Colon, sino para todos los que le acompañaban.

Apénas rompió el alba, resonó en el espacio un cañonazo.

La *Pinta* lo habia disparado.

Era la señal convenida para indicar la proximidad á la tierra, y aquella señal no podia ser equivocada, puesto que ya estaban todos escarmentados, y hasta no convencerse, ninguno era capaz de soltar prenda.

La *Santa María* y la *Niña* se hallaban á alguna distancia de la *Pinta*, y no pudieron observar lo que pasaba en ella.

Vamos á referirlo á nuestros lectores.

CAPITULO II.

A través del Océano.

El 21 de Setiembre comenzó la calma.

Las tres carabelas estaban á muy poca distancia unas de otras.

La tierra que creian próxima estaba aún muy léjos.

El descontento fué mayor que nunca.

—¿En dónde nos hemos metido, decian unos?

—¡Hemos llegado à un sitio del que no podremos salir á no ser para morir en el fondo del mar!

—Las olas nos combaten por todas partes, pero unas nos empujan y otras nos rechazan.

—¡En mal hora hemos salido de Palos!

—Más nos hubiera valido morir á manos del verdugo, decian los que se hallaban disfrutando de la vida por haberse alistado en la expedicion

Las murmuraciones se aumentaban.

Las provisiones empezaban á escasear, y era tan grande el mal humor de todos, que hasta encontraban detestables los alimentos que los dias anteriores les habian parecido muy buenos.

Colon veia formarse la tempestad, no sobre su cabeza, sino bajo sus piés, que era peor todavía, y evitaba la presencia de los marineros, por temor de que su voz no fuese entónces tan elocuente como habia sido àntes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Afortunadamente à la caida de la tarde sopló un poco el Oeste, y las naves anduvieron un buen trecho, descubriendo los navegantes una gran cantidad de yerba muy compacta.

Un poco más léjos hallaron un delfin, y esto les tranquilizó algo, porque era señal de que estaban cerca de tierra.

Las carabelas se hallaban á cuatro leguas de distancia de las rompientes que ántes he mencionado.

Al dia siguiente volvieron á experimentar calma, y los murmuradores se atrevieron á acercarse á Colon.

—Más nos valdria, almirante, le dijeron, renunciar á las riquezas y á los honores que nos han traido hasta aquí y volvernos á España.

Antes de que Colon les respondiese,

—Es inútil vuestro deseo, contestó Rascon, hemos llegado á un punto donde no hallaremos nunca viento favorable para volver á nuestra patria.

—No quiero ni acordarme de que os he oido hablar de ese modo, dijo Colon; ¿sois vosotros marinos, hombres de corazon, los que os atreveis á venir hasta mí con la pusilanimidad de las mujeres, deseosos de retroceder? ¿No es mejor morir con gloria que perecer como cobardes? ¿Qué dirian de vosotros los que os han visto partir quedándose en la playa avergonzados porque con vuestra bravura oscureciais el dia? Yo por mi parte prefiero sucumbir como un héroe.

Estas palabras contuvieron el vehemente deseo de retroceder que se habia apoderado de los navegantes.

Al anochecer volvió á soplar el viento y renació en el pecho de todos la esperanza de hallar pronto tierra, porque vieron alcatraces y algunas otras aves blancas de rio, y hasta una tórtola.

Las yerbas que encontraban eran muchas, y hallaban entre ellos cangrejos.

Sin embargo, todavía murmuraban los descontentos, todavía decian que jamas habria viento bastante para que las naves pudieran tomar rumbo hàcia el punto de donde habian venido, ni para proseguir adelante.

Como si la naturaleza hubiera querido ayudar á Colon, el mar se animó de pronto de tal modo que las embarcaciones salieron de aquella especie de atolladero, caminando con extraordinaria rapidez.

El 25 de Setiembre pasó Martin Alonso Pinzon, capitan de la *Pinta*, á la carabela de Colon.

Pinzon habia estudiado un mapa que le habia dado el almirante, en el que habia marcado algunas islas, y Pinzon creia que se hallaban en ellas.

Este mapa, delineado por el ilustre genovés, era una copia del que en 1474 habia llevado á Lisboa Pablo Toscanelli, médico florentino, y célebre astrónomo de su tiempo.

Comprendia desde el Norte de la Irlanda hasta el confin de la Guinea, con todas las islas que habia hallado en su viaje y hácia el Occidente representaba el principio de la India, con las islas y lugares por donde se podria andar.

Colon vió este mapa, y las relaciones de los viajeros, que habia leido, le confirmaron con la idea de hallar por el Occidente la misma India á donde Marco Polo habia ido por la parte oriental.

Los dos marinos conversaron sobre esto, indicando Pinzon que el mapa era imperfecto, y defendiendo el almirante su exactitud.

Volvió Martin Alonso Pinzon à su carabela, y apénas comenzaba á ponerse el sol, subiéndose en la popa de su nave, con inmensa alegría llamó al almirante, dándole albricias porque veia tierra.

Aquella magnética palabra resonó en el corazon de todos,

y hasta en el del mismo Colon, el cual, postrándose de hinojos al mismo tiempo que los suyos, miéntras que en la carabela de Martin Alonso entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, dió gracias al Altísimo.

Los de la *Niña* subieron sobre el mástil y las jarcias, y afirmaron que lo que les parecia tierra, lo era en efecto.

Por la noche dispuso el almirante que dejasen el rumbo del Oeste para tomar el del Sudoeste, por donde se divisaba tierra.

Los marineros alborozados se arrojaron al mar á nado, vieron muchos dorados y otros peces, y volvieron á las carabelas ébrios de alegría.

Pero su desaliento fué grande cuando al dia siguiente notaron que lo que les habia parecido tierra era cielo, y que el mar, á la altura en que se hallaban, parecia un rio acariciado por auras suaves que no tenian bastante fuerza para impulsar á las naves.

El desencanto produjo en todos una inmensa postracion.

No se atrevian á murmurar, porque en el fondo de su alma todos tenian la seguridad de que solo una muerte oscura y desastrosa les aguardaba.

Dos dias despues de aquel contratiempo, se animaron un poco viendo á un ave llamada *rabiforcado*, ave enemiga irreconciliable de los alcatraces, su constante perseguidora, que no se aparta nunca á gran distancia de la tierra.

Entónces, y aun hoy todavía, hay muchas de estas en la isla de Cabo Verde.

Aquel pájaro era un indicio seguro de que no estaban muy éjos de la tierra que con tanto afan ambicionaban.

El 1.º dé Octubre habian andado setecientas leguas más. Colon avanzó cuarenta y siete leguas más, y el dia 4 del mismo vió muchas pardelas, y yerba fresca con algunos frutos.

CAPITULO IV.

¡Tierra!

Entre los tripulantes de la *Pinta* iban dos jóvenes marinos, uno de Moguer y otro del mismo puerto de Palos, llamados el uno Rodrigo de Triana y el otro Pablo Arjona.

Era el primero, modelo de diligencia y actividad.

Era el segundo, tipo acabado de la pereza.

Los dos, aunque de distinto pueblo, por la proximidad de Moguer á Palos, se habian tratado desde la infancia, y eran grandes amigos.

Habian emprendido ántes de aquella expedicion algunas otras, en barcos pescadores, ó en las carabelas que se alejaban más de la costa, y en todos sus viajes habian acreditado más y más el uno su pereza, su diligencia el otro.

Algunos episodios de las mocedades de estos dos marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo tiempo para entretener á mis lectores, que por fuerza despues de llevar tantos dias en el mar acompañando á Colon en su expedicion, deben desear volver siquiera sea someramente á trabar relaciones con la tierra.

Pablo Arjona era lo que se llama un hombre afortunado, pero hasta cierto punto.

Tenia, por decirlo así, la fortuna de inspirar simpatías á todo el mundo, de excitar interes en su favor, pero su indo-

y hasta en el del mismo Colon, el cual, postrándose de hinojos al mismo tiempo que los suyos, miéntras que en la carabela de Martin Alonso entonaban el *Gloria in excelsis Deo*, dió gracias al Altísimo.

Los de la *Niña* subieron sobre el mástil y las jarcias, y afirmaron que lo que les parecia tierra, lo era en efecto.

Por la noche dispuso el almirante que dejasen el rumbo del Oeste para tomar el del Sudoeste, por donde se divisaba tierra.

Los marineros alborozados se arrojaron al mar á nado, vieron muchos dorados y otros peces, y volvieron á las carabelas ébrios de alegría.

Pero su desaliento fué grande cuando al dia siguiente notaron que lo que les habia parecido tierra era cielo, y que el mar, á la altura en que se hallaban, parecia un rio acariciado por auras suaves que no tenian bastante fuerza para impulsar á las naves.

El desencanto produjo en todos una inmensa postracion.

No se atrevian á murmurar, porque en el fondo de su alma todos tenian la seguridad de que solo una muerte oscura y desastrosa les aguardaba.

Dos dias despues de aquel contratiempo, se animaron un poco viendo á un ave llamada *rabiforcado*, ave enemiga irreconciliable de los alcatraces, su constante perseguidora, que no se aparta nunca á gran distancia de la tierra.

Entónces, y aun hoy todavía, hay muchas de estas en la isla de Cabo Verde.

Aquel pájaro era un indicio seguro de que no estaban muy éjos de la tierra que con tanto afan ambicionaban.

El 1.º dé Octubre habian andado setecientas leguas más. Colon avanzó cuarenta y siete leguas más, y el dia 4 del mismo vió muchas pardelas, y yerba fresca con algunos frutos.

CAPITULO IV.

¡Tierra!

Entre los tripulantes de la *Pinta* iban dos jóvenes marinos, uno de Moguer y otro del mismo puerto de Palos, llamados el uno Rodrigo de Triana y el otro Pablo Arjona.

Era el primero, modelo de diligencia y actividad.

Era el segundo, tipo acabado de la pereza.

Los dos, aunque de distinto pueblo, por la proximidad de Moguer á Palos, se habian tratado desde la infancia, y eran grandes amigos.

Habian emprendido ántes de aquella expedicion algunas otras, en barcos pescadores, ó en las carabelas que se alejaban más de la costa, y en todos sus viajes habian acreditado más y más el uno su pereza, su diligencia el otro.

Algunos episodios de las mocedades de estos dos marinos servirán para caracterizarlos, y al mismo tiempo para entretener á mis lectores, que por fuerza despues de llevar tantos dias en el mar acompañando á Colon en su expedicion, deben desear volver siquiera sea someramente á trabar relaciones con la tierra.

Pablo Arjona era lo que se llama un hombre afortunado, pero hasta cierto punto.

Tenia, por decirlo así, la fortuna de inspirar simpatías á todo el mundo, de excitar interes en su favor, pero su indo-

lencia era causa de que en el momento de que la simpatía y el interes que inspiraba daba el fruto, llegase Rodrigo de Triana más diligente que él á recogerle.

Bien es verdad que tambien le habia costado caro, porque, de chico, su actividad le habia valido una paliza que estaba destinada á Pablo Arjona.

Andando el tiempo, todas las buenas mozas en cuyo corazon habia despertado caritativos sentimientos el atrevido piloto de Palos, habian sido más tarde novias de Rodrigo.

Y lo mismo en la pesca que en los viajes, la pereza del primero habia sido la causa de la suerte del segundo.

Pero Rodrigo era muy buen muchacho, y daba parte de sus ganancias á su compañero.

¿Cómo siendo tan perezoso, preguntará el lector, pudo Pablo embarcarse?

Se embarcó por una razon muy sencilla.

No habia pensado formar parte de la expedicion; pero su amigo Rodrigo logró que el dia del embarque fuese con él temprano à visitar la *Pinta*, en donde debia embarcarse á las órdenes de su antiguo amigo Alonso María Pinzon, y estando allí tuvo pereza de volverse á tierra.

En honor de la verdad, puede decirse que el ménos impaciente de todos los marineros que acompañaban á Colon en su arriesgado viaje era Pablo.

La mayor parte del tiempo lo pasaba durmiendo, y el resto pensaba en dormirse

A la altura en que estaban las tres carabelas tocó á Pablo el turno de desempeñar las funciones de vigilante.

—Anda, que ahora te toca á tí, le dijeron sus camaradas.

—Lo siento, porque estaba aquí tan bien sentado, contestó Pablo.

—No te apures por eso, dijo Rodrigo, yo te reemplazaré.

—Hombre, sí, acepto, y te lo agradezco infinito.

—Pues dicho y hecho.

Rodrigo de Triana se colocó en la proa para explorar el agua, porque hasta entónces no habia ni señal de campo.

No habian pasado diez minutos, cuando Rodrigo con estentórea voz exclamo:

—¡Tierra, tierra!

Esta palabra circuló como una chispa eléctrica entre los navegantes, y todos, incluso Pablo, concurrieron á rodear al afortunado marino, que con solo pronunciar una palabra habia obtenido una pension de treinta escudos para toda su vida.

A una legua de distancia vieron todos los que iban en la *Pinta*, y á su frente Martin Alonso, la tierra con toda la belleza que podia tener á los ojos de aquellos hombres que tantos dias llevaban en el mar.

La alegría de aquellos marineros no tuvo límites.

Todos se abrazaban los unos á los otros, cantaban, oraban, corrian de un extremo á otro del buque, dando brincos de alegría, haciendo toda clase de demostraciones de júbilo.

Viendo tan próxima la tierra, dispuso Martin Alonso permanecer á la capa.

Gracias á esto, no tardaron en acercarse á la *Pinta* las otras dos carabelas, y la alegría de la primera se comunicó á las otras dos, haciéndose general el entusiasmo.

Las tres embarcaciones acortaron las velas y se mantuvieron á la capa, esperando á que amaneciese para ver el terreno á que se aproximaban y saber con quién iban á habérselas.

¡Sublime momento de la vida de Colon!

Los hombres que le acompañaban, alborozados con la realizacion de sus esperanzas, no sorprendieron las lágrimas de emocion que asomaron á los ojos del ilustre marino genovés.

El pensamiento de su vida estaba realizado.

Habia encontrado tierras desconocidas en medio de la inmensidad del Océano.

En su concepto, habia llegado á una isla salvaje del mar Indio, tal vez á la célebre Cipango, que era para todos los navegantes de aquella época la isla del oro, por decirlo así, el *summun* de sus esperanzas, porque se figuraban que allí hallarian el oro más abundante que la tierra en los campos.

Los capitanes de las tres carabelas se reunieron en la *Santa María*, y pasaron aquellas horas que les separaban de la nueva luz del dia conversando sobre el hallazgo que acababan de hacer.

—Que hay habitantes en la isla, decia Martin Alonso, no se puede dudar; la luz que hemos visto moverse de un lado á otro, lo prueba.

—Pero ¿quiénes serán esos habitantes? decia su hermano. ¿Serán semejantes nuestros ó pertenecerán á alguna raza extraña?

—Lo terrible, decia Alonso Velez, es que nos figuremos llegar á un país como los que hemos soñado, y nos encontremos á la luz del nuevo dia con un desierto erial.

—¿Quién dice que no estamos en la isla de las *Siete Ciudades?* dijo un viejo piloto llamado Bartolomé Roldan.

Los marineros le pidieron explicaciones acerca de aquella isla, que ya habian oido nombrar otras veces, y en tanto que los Pinzones y Colon basaban en sus conocimientos científicos las conjeturas del sitio en que se hallaban, los tripulantes oyeron de los labios de Roldan las noticias que tenia de aquella isla célebre.

—Habeis de saber, amigos mios, dijo, que cuando España y Portugal fueron conquistadas por los moros, huyeron sus habitantes en diversas direcciones, deseosos de librarse de la esclavitud que los amenazaba.

Un obispo de los más renombrados que habia entónces, seguido de gran número de fieles, se embarcó y fió su suerte á la veleidad de las olas.

El tiempo que estuvieron á merced de ellas, nadie ha logrado saberlo.

Pero es lo cierto que se encontraron en medio del Océano y que andando, andando, vieron una inmensa superficie de tierra despoblada.

El obispo y los fieles que le acompañaban deliberaron acerca de lo que harian, y viendo que poseia aquella tierra bastantes frutos para alimentarlos, decidieron permanecer allí y fundar siete ciudades, al frente de cada una de las cuales se pondria un obispo.

—¿Y cómo se supo eso? preguntó uno de los que con más curiosidad oian el relato.

—Varios pilotos portugueses, al volver de sus viajes, dijeron que habian visto la isla, y hasta he oido contar que algunos de ellos, detenidos por los habitantes de las ciudades fundadas por los obispos, los llevaron á la iglesia para asegurarse de si eran ó no católicos, y al ver que profesaban su verdadera fe les preguntaron si poseian aún los moros la España y el Portugal.

—Esa sin duda debe ser la *Isla del oro*, de que yo he oido hablar muchas veces.

—No te falta razon, añadió Roldan, porque en tanto que los pilotos conversaban con los isleños, algunos de los marineros juntaron arenas en las playas para el uso de las cocinas de los buques, y vieron con sorpresa que una tercera parte de la tierra era oro.

Acapararon todo lo que pudieron, y cuando los habitantes de la isla les rogaron que permanecieran con ellos algun tiempo, temerosos de que se descubriera que se llevaban la arena aurífera, se embarcaron y desaparecieron.

Cada cual de los circunstantes añadió nuevos datos à la conseja, y así mataron el tiempo, que se les hacia largo.

¡Tal era el deseo que tenian de poner el pié en tierra firme!

Al amanecer del viérnes 12 de Octubre de 1492, empezó á desarrollarse ante su vista una hermosa isla de algunas leguas de perímetro, verde y lozana, y cubierta de frondosos árboles, que le daban todo el aspecto de una espléndida selva.

Ni un monumento, ni una casa de fábrica, nada que diese idea de la civilizacion que dejaban atrás los viajeros, se apareció á su vista.

Y aunque todo lo que veian indicaba que la naturaleza se hallaba allí en su primitivo estado, no tardaron en descubrir figuras humanas que salian de los bosques y corrian á aglomerarse á la orilla del mar, deteniéndose absortos á contemplar las carabelas que se balanceaban muellemente sobre las plateadas olas.

Pero si grande era la curiosidad de los indígenas, no era menor la de los europeos, que los miraban á su vez asombrados.

Aquellos hombres, aquellas mujeres, estaban completamente desnudos, y su actitud, su gesto, la expresion de su fisonomía, todo revelaba en ellos lo maravillados que se hallaban.

—Ya hemos hallado, amigos, mios, dijo Colon con estentórea voz á sus compañeros, la tierra que deseábamos, tierra habitada por una raza difente á la nuestra; un Nuevo-Mundo, en fin.

Echad las anclas, armad los botes, ataviaos con vuetros mejores trajes, coged los pendones de Castilla, enarboladlos; vamos á poner la planta sobre los dominios que hemos venido á conquistar para nuestros reyes.

Todos, con la mayor presteza, obedecieron sus órdenes, y

Cristóbal Colon desembarcó el primero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

despues de adornar con ricas telas de escarlata el bote de Colon, seguidos de los funcionarios que habian puesto á sus órdenes los soberanos, comenzó á dirigirse con el estandarte real en la mano hácia la orilla deseada.

Martin Alonso Pinzon y Vicente Yañez, su hermano, con algunos otros marineros, ocuparon los demas botes, llevando banderas con una cruz verde por blason, y las iniciales:

F. I.

Estas iniciales eran las de los monarcas de Castilla Fernando é Isabel.

Cada una de ellas tenia una corona encima.

A medida que se acercaban á la arena su entusiasmo era mayor, porque descubrian las extensas florestas que adornaban la playa, y notaban que los árboles de la costa estaban cargados de frutos desconocidos para ellos, pero de aspecto tentador.

Al mismo tiempo aumentaba la belleza de aquella isla la suavidad de la atmósfera, la diafanidad de las aguas que lamian la arena.

Colon desembarcó el primero, y arrodillándose profundamente conmovido:

—Dios Eterno y Todopoderoso, exclamó, besando aquella tierra que era símbolo de su gloria; Dios, que con la energía de tu palabra creadora diste vida al firmamento, al mar y á la tierra: que tu nombre sea bendecido y glorificado, que tu majestad y tu soberanía universal sean exaltados de siglo en siglo; tú, que has permitido que el más humilde de tus esclavos pueda dar á conocer tu nombre sagrado en esta mitad de tu imperio, ignorado hasta hoy de los hombres (1).

Los naturales del país retrocedieron, màs con espanto que

1 Esta plegaria es auténtica.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con asombro, presenciando aquella escena con intuitivo recogimiento.

Los capitanes de las embarcaciones, los pilotos, los marineros, tódos los que saltaron á tierra, imitaron á Colon; y el almirante, levantándose despues, desnudando la espada, blandiéndola en el aire al mismo tiempo que tremolaba el estandarte real, llamó en torno suyo á los dos Pinzones, á Rodrigo de Escobedo, escribano de la escuadra, y á todos los demas que habian desembarcado, y dijo:

—En nombre de los monarcas de Castilla tomo posesion de esta isla, á la que doy el nombre de San Salvador.

Cumplidas las ceremonias:

—Ahora es preciso, dijo á todos los que le rodeaban, que me presteis juramento de obediencia, como almirante y virey de los países que hemos venido á conquistar en representacion de nuestros soberanos.

Todos prestaron solemne juramento; los marineros se entregaron á una alegría frenética, y como dice muy bien un célebre historiador, los que no ha mucho tiempo temian caminar hácia una tumba, se consideraban ya como favorecidos de la fortuna y se entregaban al más entusiasta gozo.

Unos le abrazaban; otros le besaban las manos.

Los que más rebeldes se habian mostrado durante el viaje, se distinguieron por su sumision.

Y Velez, Rascon y Quintero se acercaban á él á pedirle favores, como á un hombre en posicion de repartir riquezas y premios.

Los que más le habian ofendido le pedian perdon, le ofrecian en lo sucesivo la más ciega obediencia.

—Ahora, dijo Colon, es necesario cumplir la voluntad del soberano. Uno de los marineros de la *Pinta* es el primero que ha descubierto tierra: necesito saber su nombre, para cumplir la voluntad de los reyes.

—El que la ha descubierto, dijo Martin Alonso, es Rodrigo de Triana.

—Pero no es él, sino el almirante, exclamó Pedro Gutierrez, el que merece el premio, porque Colon es el primero que ha descubierto la luz, que es lo que nos ha indicado que habia tierra, y yo he sido el que, llamado por él, me he afirmado en sus esperanzas.

Colon estaba en un momento de apogeo, y todos á una exclamaron:

—Sí, sí, que sea para él el premio: ¡bien lo merece!

—Hasta el mismo Rodrigo de Triana:

—Yo se lo cedo de buen grado, exclamó.

Colon, estrechando su mano:

—Tuyo será, le dijo.

Y tendiendo la vista hácia la isla:

—Vamos á ver dónde nos hallamos, dijo á los suyos, disponiéndose á internarse.

Antes de acompañarlos, digamos à nuestros lectores cuál era aquella isla y quiénes los habitantes que moraban en ella.

De esta manera comprenderán mejor la benévola acogida que, por efecto de la situacion de su espíritu, dispensaron á los marinos europeos, á quienes veian por la primera vez.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO V.

Guanahani.

La isla que acababa de bautizar Calon con el nombre del Salvador, llamábase por los naturales isla de Guanahani.

Estaba situada esta isla en la América septentrional, y era una de las Lucayas.

Defínense con este nombre en la parte del Nuevo Mundo, una porcion de islas que forman un archipiélago de los más bellos.

Pero las principales eran las llamadas Bahama, Guanahani, Inagua, Lucaya y las que más tarde tomaron el nombre de la Providencia, Andros é isla Larga.

Este archipiélago estaba separado de la Florida por el Canal de Bahama, y en el lado opuesto formaba con sus islas una cadena, que yendo á concluir casi al lado de Cuba, se prolonga hasta la isla de Santo Domingo por medio de otras islas pequeñas, llamadas Caicas ó Turcas.

La isla de Guanahani, lo mismo que las demas que forman aquel archipiélago, estaba habitada por moradores en extremo pacíficos, que vagaban por las selvas y valles sin más ocupacion que la de satisfacer sus necesidades cuando lo tenian por conveniente, toda vez que la naturaleza era una verdadera madre para ellos.

Por lo tanto, los habitantes de aquellas islas vivian felices,

y su único temor era que los que llamaban caribes, que no eran otros que los habitantes de otras islas situadas hácia el Sur, invadiesen las suyas para apoderarse de sus frutos y satisfacer su sed de sangre en ellos.

Sin casas, ni monumentos de ningun género, porque se albergaban los isleños en una especie de chozas que formaban con yerbas y ramas de árbol, sin civilizacion de ninguna clase, ni más religion que la que profesaban à algunos ídolos, sobre poco más ó ménos como los de las demas regiones de América cuando estaban por conquistar, compréndese muy bien que los historiadores que más se han ocupado de las cosas de Indias no hayan podido dar una idea á las generaciones futuras de la situacion en que se hallaba la isla de Guanahani en los momentos en que los enviados de los reyes de Castilla, al mando del inmortal Colon, elevaron sobre aquella vírgen tierra el estandarte real, el lábaro de Jesucristo.

Pero los datos que los historiadores no han podido consignar en las páginas de sus preciosos libros, la tradicion ha cuidado de conservarlos y extenderlos de padres á hijos, y gracias á esto, aunque muy á la ligera, podemos dar nosotros una idea de la vida y costumbres, y sobre todo de la situacion en que los habitantes de Gunahani se hallaban cuando llegó la expedicion española.

El principio de autoridad es innato en todas las sociedades, en todas las razas, en todos los pueblos.

Si todavía no se conocia en aquella parte del mundo la monarquía ó la jefatura hereditaria, como en las primitivas sociedades, como en aquellas épocas en las que los hombres eran todos guerreros, el más fuerte era el que llegaba á obtener más ascendiente sobre los demas, y el que por el derecho de la fuerza, por el prestigio que alcanzaba sobre sus semejantes, los dirigia á todos y empuñaba ese cetro imaginario que más tarde llegó á convertirse en cetro verdadero.

Favorecidos por el clima, con frutos suficientes en los valles y en los bosques para satisfacer sus necesidades; sin conocer lo que puede llamarse única causa de todos los disturbios de la tierra, el dinero, vivian muy dichosos, y todo su lujo consistia en la mayor ó menor habilidad que cada cual tenia para adornar el cútis de su cuerpo con líneas de colores, formando caprichosos dibujos.

Aquello era el embrion del arte.

¡Dichosas gentes que se consideraban verdaderos potentados con solo tener colgados de sus orejas y sus narices zarcillos de oro, cuyo valor no conocian, y que no envidiaban á las pintadas aves que llenaban con sus gorjeos aquellas selvas, despues de haber embadurnado su rostro, sus brazos, su pecho y sus muslos con los colores que en gran cantidad hallaban en torno suyo!

—Paréceme los que aquí viven gente muy pobre, dijo Colon desde luego á los que le acompañaban.

El ilustre marino se equivocaba de medio á medio.

Eran más ricos que él, más ricos quizás que los soberanos que le enviaban, porque tenian ménos necesidades y porque miraban con indiferencia las piedras y los metales que eran objeto de la codicia de los que iban á buscarlos, que habian tenido suficiente atractivo para hacerles abandonar sus hogares y entregarse á las veleidades del proceloso mar por la esperanza de poseerlas.

Apuestos y gallardos los mancebos, admirablemente torneadas la mujeres, con rostros en los que se pintaba la bondad de su alma, desde el principio inspiraron gran confianza á los españoles.

Los cabellos que abundantes nacian en su cabeza y caian sobre sus espaldas, parecian cerdas.

El color natural de su cútis tenia ese matiz que podia resultar del bronce y el oro combinados.

Con los conocimientos necesarios de las yerbas y de las aguas que tenian á su disposicion para curar sus enfermedades, sin otra ocupacion que la de vivir, podian ser considerados como los habitantes imaginarios de una Jauja verdadera.

Lo único que les atemorizaba era la posible invasion de los caribes, que talaran sus campos y callesen sobre ellos como una plaga.

Mandaba á la sazon á los moradores de la isla de Guanahani un indio como de unos treinta años, de elevada estatura, de fuerza atlética, de una perfeccion de facciones admirable, y de una mirada de fuego en sus ojos.

Llamábanle los suyos Inahaiguani, que en su idioma queria decir jefe, rey, gran capitan de la isla.

Reunia las poco complicadas funciones de soberano temporal y espiritual.

Bien es verdad que sus templos estaban en medio de las selvas, y que sus ritos eran muy poco importantes.

Pero á pesar de la infancia en que se hallaban, de la ignorancia, del oscurantismo en que vivian, las ideas innatas del bien y del mal estaban arraigadas en su conciencia.

Para ellos el castigo de sus malas obras era la invasion de los caribes.

El premio de las buenas, la llegada á la isla de unos mónstruos pacíficos que les llevaban toda clase de regalos, y velarian á su lado para defenderlos de sus naturales enemigos.

Algunos dias ántes de la llegada de Colon y su gente, habia estado Inahaiguani gravemente enfermo.

Se habian empleado todos los recursos necesarios para salvarle de la muerte, se habian hecho las ceremonias de costum-

bre con los ídolos y durante más de veinticuatro horas habian permanecido consternados los isleños de Guanahani, porque su rey ó jefe permanecia en un letargo muy semejante á la muerte.

Todos creian que habia llegado su hora postrera.

En medio de la noche estaba rodeada su choza de casi todos sus vasallos, formando grupos con teas encendidas.

El humo que se desprendia de aquella reunion de luz parecia envolver como en un sudario á todos los habitantes de la isla.

Anaimoyaima, que era la mujer favorita de Inahaiguani, velaba al lado suyo, y el grupo de aquellas dos figuras parecia ser el foco á donde afluian todos los rayos de luz que proyectaban las teas.

De pronto Inahaiguani, que permanecia aletargado, abrió los ojos, y contemplando á su amada:

—Nos hemos salvado, dijo, porque llegarán á defendernos de nuestros enemigos los que esperamos hace tanto tiempo, y viviremos en paz eterna, en contínua bienandanza.

—Yo los he visto, señor; sus bajeles cortaban la espuma del mar, y la estrella que nos ama tanto los guiaba hácia aquí.

Estas palabras circularon rápidamente, y los isleños todos se entregaron á los mayores trasportes de alegría.

A partir de aquel momento fijaban con ansiedad sus miradas en el mar, deseosos de descubrir á cada instante la prometida salvacion.

Aun cuando tenian sus albergues á bastante distancia de la orilla, muchos, los más àdictos al soberano, resolvieron aguardar en la costa la llegada de sus salvadores.

Por eso pudo Colon descubrir desde léjos las luces que corrian de un lado á otro sobre el verde fondo de la vírgen selva que más tarde se presentó á su vista.

Apénas descubrieron las naves los indios que aguardaban, corrieron ébrios de alegría á dar parte de la noticia à Inahaiguani, y miéntras se aprestaba à llegar con todos los suyos á recibir á los extranjeros, los màs impacientes corrieron á la orilla, y con asombro y alegría, expresando con sus ademanes la más pura felicidad, examinaron las tres embarcaciones, que les parecieron magníficas, puesto que las suyas eran simples canoas de una sola pieza; y al ver á aquellos hombres que con vestiduras de gran novedad y de gran magnificencia para ellos, con estandartes, con músicas que nunca habian oido, con armas que no conocian, llegaron á la orilla, se hincaron de hinojos, elevaron sus manos al cielo y prorumpieron en cánticos de triunfo.

Aunque á alguna distancia de los recien llegados, parecian demostrar vivos deseos de acercarse á ellos, y aunque al ver que iban á su encuentro Colon y los suyos, retrocedieron algo, sin embargo, no tardaron en contenerse, esperando á que llegaran los que bajo formas tan maravillosas se aparecian á sus ojos.

Colon no tardó en llegar, y sus miradas, los buenos sentimientos de que se hallaban poseidos hàcia ellos, le hizo considerar como un buen augurio de su empresa el encontrar desde luego gentes tan felices y que tan buenas intenciones manifestaban.

Por de pronto notó que no tenian más armas que unas especies de azagayas ó bastones, que usaban à manera de lanza, endureciendo al fuego una de sus puntas, ó poniéndosela de pedernal ó de espina de pescado.

No tardó en llegar Inahaiguani, y Colon comprendió, por la sumision y respeto que hácia él mostraron los demas, que era el jefe de aquella tríbu.

Grandes eran las dificultades con que habian tropezado unos y otros para entenderse.

Pero el lenguaje de las miradas es universal, y por otra parte la accion y el gesto podian suplir á la palabra.

Un vago presentimiento habia hecho comprender á Colon que multitud de objetos de escaso valor de los que habia en abundancia en España podrian ser considerados como cosas preciosas para los habitantes de las islas desconocidas que se proponia conquistar; y habia llevado birretes de colores, cuentas de vidrio, cascabeles y otra porcion de cosas por el estilo que habian servido á los portugueses en sus anteriores expediciones para cambiarlas por el oro que poseian los habitantes de la costa africana.

Colon comenzó á repartir estos objetos entre los que se hallaban presentes.

Imposible es describir la alegría con que los recibian.

La profecía se habia cumplido para ellos al pié de la letra.

Para aquellas gentes aquellos magníficos regalos eran espléndidos objetos que les enviaba un sér superior á todos los creados, y como no le conocian le demostraban de aquel modo su regocijo.

Todo cuanto veian les maravillaba, y hasta los vidrios de colores, hasta las cuentas de rosario las estimaban como nuestras más elegantes damas estiman las perlas, los rubíes y los brillantes más espléndidamente aquilatados.

Al convencerse de que los extranjeros, no solamente no les hacian daño, sino que les hacian bien, los rodeaban, los observaban con la mayor atencion, pasaban sus temblorosas manos sobre sus vestiduras, admiraban las espadas y las dagas que pendian de su cinto, y algunos de ellos, demostrando que no conocian las malas partidas del acero y del hierro, las cogian por el filo ó por la punta, lo que fué causa de que se hirieran las manos.

Los españoles permanecieron todo el dia en la costa, descansando de su viaje, visitando las espléndidas arboledas de que estaba cubierta la isla, probando los frutos.

Al anochecer se volvieron todos à bordo, muy satisfechos de lo que habian visto.

Rascon, Quintero, Velez y todos los que se habian conjurado contra el almirante, habian cambiado de tal modo de pensar, que eran sus más sumisos servidores.

Lo que habian visto les daba una idea del Paraíso.

Colon reunió en torno suyo, en la *Santa María*, à los Pinzones, al escribano real, á los funcionarios que le acompañañan, y disertó con ellos acerca de lo que habian visto, del sitio en que se hallaban y de las promesas que les ofrecia aquella ribera.

—Dios ha favorecido nuestra empresa, les dijo el almirante. Ya veis que hemos hallado tierra donde pensábamos hallar el vacío; que hemos hallado una exuberancia de vida donde temiais encontrar la más horrible muerte.

En mi concepto hemos desembarcado en una isla de la extremidad de la India, y por la esplendidez, por la riqueza de las maravillas que hoy han sorprendido nuestros ojos, podeis imaginaros, si llegamos á la gran Cipango, cuàn grande, cuán inmensa será nuestra fortuna.

Colon no comprendia todavía toda la grandeza de su descubrimiento.

—Pues yo no sé por qué, dijo Martin Alonso Pinzon, me parece que la tierra en donde hoy hemos estado ha de ser rica en vegetales, pero no en minerales; y de no encontrar oro y piedras finas en estas regiones, más no hubiera valido ir á la costa de Africa, donde de seguro las hubiéramos hallado.

—Sin saber el porvenir que nos reserva la Providencia, no olvideis, señores, añadió Colon, que uno de los principales

propósitos de los reyes es destinar los productos de las tierras que conquistemos á enviar una cruzada á Tierra Santa. Por otra parte, nuestra mision es traer á estas ignoradas regiones la fe, propagar la religion cristiana, y esta santa empresa ha de verse coronada por el triunfo más grande, por la victoria más espléndida.

A partir de aquel momento, cada cual empezó á referir lo que más le habia sorprendido aquel dia.

Quién elogiaba las verdes y anchas hojas del sabroso plátano; quién se habia extasiado contemplando los inmensos maizales que se extendian por toda la costa.

Ninguno sabia dar nombre á aquellas plantas que, por más que se asemejaban á algunas de las que ya conocian, eran más gigantescas, más grandiosas que todas las que habian visto hasta entónces.

Otros se habian fijado en los papagayos de diversos colores que llenaban las ramas de los árboles y cruzaban en inmensas bandas, ó que domesticados por los indios se colocaban sobre sus hombros, chillando de una manera rara y á veces imitando sonidos como los que producian sus mismos amos.

Aun cuando no habia peligro que temer, porque la actitud de los indígenas habia sido en extremo benévola, colocáronse vigilantes en losna víos, y aquellos hombres victoriosos se entregaron en los brazos del sueño, arrullados por las tranquilas olas del Nuevo Mundo, que parecian complacerse en mecerlos.

El sueño de Colon se habia realizado.

Y, sin embargo, á pesar de la felicidad que habia experimentado durante todo el dia, de la alegría que sentia su alma, poco despues de cerrar sus ojos vió en su imaginacion un ángel que volaba hácia España, llevando en su mano una bola

que simbolizaba al mundo, y al mismo tiempo vió dos fantasmas que parecian querer contener el vuelo del ángel, arrebatarle la presa que llevaba y confundirle en el abismo.

Aquellos dos fantasmas eran la traicion y la ingratitud.

En sueños presentia su porvenir.

Pero tiempo tendremos de asistir á esta triste realidad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO VI.

La Concepcion

L dia siguiente, al despertar la aurora, casi todos los habitantes de Guanahani y aun de algunas islas inmediatas, que tenian noticias de la llegada de sus salvadores, como ellos los llamaban, sin temor de ningun género y ávidos de contemplar aquellos bajeles que en su vida habian visto, se acercaron á ellos nadando unos, y otros á bordo de ligeras canoas formadas con el tronco de un árbol, y que manejaban diestramente.

Su principal deseo era ver á los extranjeros, tocar sus vestiduras, adquirir cualquiera de los objetos que les daban, no porque los consideraran como de gran valor, sino porque les parecia que tenian una virtud sobrenatural.

Ya lo he dicho ántes: para ellos, tanto sus salvadores como las prendas de amistad que les daban, provenian del cielo.

Aunque era poco lo que podian darles en cambio de aquellas preciosas reliquias, se apresuraban á ofrecerles toros domesticados, grandes objetos de algodon perfectamente hilado, y tortas de una especie de pan, llamadas cazabe, que constituian la parte principal de su alimento, y que fué despues uno de los artículos de primera necesidad para los españoles.

Este pan estaba hecho con una raíz llamada, *yuca* que cultivaban en sus campos, y cortaban en pequeños pedazos, preparándolas y prensándolas despues hasta que se endurecian.

Para comerla era preciso endurecerla ántes.

¡Cosa extraña! El agua que destilaba al prensarla era un mortífero veneno.

Aquel pan era insípido pero muy nutritivo.

Colon y su gente volvieron á la isla todos con ánimos de adquirir más nociones acerca de las costumbres de aquellos indios, y sobre todo de saber dónde encontraban el oro que formaba una parte importante de sus adornos.

Los indios lo cambiaban de buen grado por cuentas de vidrio y cascabeles, y cada cual de los tripulantes reunia los que podia para hacer su negocio.

Miéntras que los marineros empezaban á hacer sus lucrativas transacciones, Colon con su estado mayor visitó más despacio la isla, y vió que era muy grande, muy poblada de sabrosos árboles, con abundantes aguas, y una grande laguna en medio.

Ninguna montaña habia en ella, por más que era tan dilatada su extension.

En la dificultad de entenderse con los que seguian á Colon y á los suyos, que era Inahaiguani y una porcion de indios y de indias, recurrió Colon al lenguaje de las señas.

—Mirad, les dijo, sacando su espada y mostrando la empuñadura que era una cruz, esta santa señal habeis de adorar.

Y cogiendo á uno de ellos que se presentó sumiso, le hizo hincarse de rodillas delante de la espada.

Instantáneamente todos los demas le imitaron, como dando á entender que comprendian que aquel símbolo era el que debian de adorar en lo sucesivo.

Notó ademas el almirante en todos ellos un gran deseo de pronunciar las mismas palabras que pronunciaban ellos, y enseñóles varias palabras, haciendo que todos se diesen el nombre de *cristianos*.

Acercóse á Inahaiguani, y señalando los sarcillos de oro que llevaba pendientes de las narices y orejas, le preguntó de dónde sacaba aquello.

El indio comprendió en seguida la pregunta, y volviéndose hácia el Sudoeste dió à entender que hácia allí se hallaba el oro, y por el gesto y por la accion comprendió Colon que los habitantes de los países que indicaba eran mortales enemigos de los de aquella isla, que de en cuando en cuando se acercaban á ella para combatirlos, y que los adornos de oro que llevaban podian considerarse como verdaderos triunfos guerreros porque se los arrebataban á aquellos de sus enemigos que perecian á sus manos.

Despues de recorrer toda la isla y de ver en todas partes demostraciones de júbilo, é indicaciones como de que fueran á aniquilar á sus enemigos del Sudoeste, volvió Colon con los suyos á las carabelas, y enterado del comercio que habian hecho los marineros y los pilotos, les prohibió traficar en oro sin su permiso expreso, por ser aquel producto regalía de la Corona, y extendió la prohibicion al tráfico de algodon, que reservó tambien para los reyes al tratarse de considerables cantidades de este producto.

No agradó mucho á aquellos hombres la prohibicion.

Por un momento habian creido que podrian poseer legalmente cuanto pudieran adquirir, y no faltó quien murmurara.

Pero inmediatamente dispuso Colon que todos entregasen los productos indígenas que habian adquirido durante el dia, ordenando ademas que fuesen depositados todos en el navío almirante, y designó una guardia especial para que custodiara y respondiera de lo que pudiera llamarse el tesoro de la expedicion.

Todos se resignaro náobedecer.

El domingo 14 de Octubre, apénas amaneció, mandó aderezar el batel de la *Santa María* y los botes de las otras dos carabelas, y tomando con ellos el camino del Nordeste, se dispuso á costear la isla para visitar su lado opuesto.

De todas partes acudian á la orilla los habitantes del país, prorumpiendo en exclamaciones de júbilo, y llevando á los extranjeros toda clase de presentes.

Parecian invitar á Colon con sus señas para que desembarcase.

Pero al ver que no los entendian, se arrojaban al agua, llegaban nadando hasta los botes, arrojaban sobre ellos los frutos que llevaban para obsequiarlos, y todo demostraba en su fisonomía y en su actitud una felicidad suprema.

Colon hizo varias observaciones á su paso, y notó que habia un espacio en la isla muy á propósito para abrigar las naves.

No contento con esto, buscó un sitio conveniente para levantar una fortaleza, lo que no pudo descubrir, porque toda la isla era llana como la palma de la mano.

De tal manera fascinó á Colon la belleza de aquel paisaje, que en una de sus cartas á los reyes les decia:

«Hay aquí huertas de árboles los más hermosos que yo ví, é tantas verdes é con sus hojas como las de Castilla en el mes de Abril y de Mayo.»

Extendió la vista por el espacio que podia abarcar, y vió numerosas islas, sin duda las que forman los Caicos, las Inaguas, chica y grande, la Mariguana, y las demas que se hallan al Oeste.

Colon se dirigió hácia una grande que vió á unas cuatro ó cinco leguas de distancia, que era el Gran Caico.

En ella tuvo la misma acogida.

Desde esta isla vió otra mayor al Oeste.

Hay que advertir que para esta expedicion habia llevado

sus tres carabelas, y llevaba en su compañía algunos indios de los más inteligentes, con los que se entendia siempre por señas.

Puso á su nueva isla el nombre de Santa María de la Concepcion, y desembarcando la visitó, como habia hecho con la de Guanahani.

Los indios que le acompañaban informaron á los de su raza acerca de quién era aquel hombre, y el mismo júbilo salió á su encuentro.

Al volverse á embarcar, uno de los indios de Guanahani, sin duda por deseo de volver á su isla, ó por temor de encontrar enemigos en el punto á donde Colon se dirigia, se arrojó al agua, encaminándose á nado hácia la orilla.

Algunos marineros botaron una lancha y corrieron en su persecucion.

Cuando llegaron á tierra, todos los que allí habia huyeron amedrentados, y los marineros volvieron llevando una canoa que cogieron á los indios, y que por lo que pudiera ocurrir, amarraron à la *Niña*.

Miéntras unos huian, otro indio se acercaba en una canoa á la *Santa María*, demostrando por las señas que hacia que queria rescatar un objeto de algodon que le habian cogido los tripulantes.

Invitáronle á que subiera à bordo y no quiso hacerlo.

Colon entónces mandó á los suyos que le llevasen á su presencia á la fuerza, y no tardó en hallarse el pobre indio, lleno de miedo, ante el jefe de la expedicion.

Pero deseoso Colon de demostrar á aquella gente que le animaban los mejores deseos en su favor, apénas le tuvo delante le regaló un birrete colorado, puso en sus brazos cuentas de vidrio y colocó en sus orejas dos cascabeles.

Adornodo de este modo, con gran asombro y alegría suya

le despidió Colon, dándole ademas el objeto de algodon que pedia.

El ilustre genovés çontinuó despues su camino hácia el Sudoeste, porque comprendió por las señas que le hacian los indios que llevaba á bordo, que allí habia mucho oro.

Colon en aquel momento, ilusionado por el éxito de su empresa, tenia una idea muy equivocada del gran paso que habia dado.

Figurábase que los enemigos de que le hablaban los indios debian ser los habitantes del continente del Asia, los vasallos del gran Kan de Tartaria, á quien Marco Polo habia descrito como hombres acostumbrados à lidiar en las islas próximas á su territorio y á convertir á sus prisioneros de guerra en esclavos.

Si esto era así, no tenia duda alguna de que toda la parte del Sur, tan abundante en preciosidades, segun le habian indicado los mismos indios, era la famosa isla de Cipango, en cuya suntuosa ciudad, segun el mismo Marco Polo, habia un espléndido palacio fabricado con oro.

Deseoso de poder entenderse con los naturales, dispuso Colon que los indios que llevaba á bordo pudiesen servirle de intérpretes.

Viendo que todas aquellas islas no tenian bastante importancia para colonizarlas, se encaminó hàcia otra bastante grande, conocida con el nombre de Inagua Grande, pero á la que el almirante, en recuerdo del rey de España, puso el nombre de Fernandina.

Al llegar, un indio de la Concepcion se habia anticipado á comunicar la nueva del arribo de los extranjeros, de la bondad de su carácter, de los regalos que ofrecian á cuantos se acercaban á ellos, y el júbilo de aquellos indígenas no fué menor que el de los de las demas islas que en el archipiélago habia visitado Colon.

CAPITULO VII.

Nuevas impresiones.

La isla que Colon llamó Fernandina, y que hoy se llama Exuma, parecia más civilizada que las del archipiélago que acababa de dejar atrás.

Sus habitantes se asemejaban á los de las islas anteriores, pero eran mucho más trabajadores, y su fisonomía revelaba mayor inteligencia.

Una prueba que podria alegarse en favor de su mayor cultura, es la de que aquellas gentes rendian culto al pudor.

En vez de presentarse en el estado primitivo, cubríanse las indias con delantales de algodon y mantos de la misma tela.

Bien es verdad que este era el signo de las personas más acomodadas, porque lo que podia llamarse la plebe usaba el traje del Paraíso.

Las moradas de aquellos indios formaban pabellones que estaban construidos con ramas de árbol, cañas y hojas de palma.

Preservábanlos de los ardientes rayos del sol los anchos brazos de sus hermosos árboles.

Sus lechos estaban formados por redes de algodon sujetas por las puntas á dos árboles.

Eran las hamacas que conocemos hoy, y que por la primera vez vieron los europeos en aquella isla.

Los habitantes de la Fernandina, á pesar de las noticias

que habian recibido poco ántes de la llegada de los europeos, no pudieron ocultar el asombro que les causó su vista.

Miràbanlos à un tiempo con admiracion y terror, y se acercaban con ofrendas, creyéndolos enviados del cielo.

Solícitos en extremo por complacer á los españoles, cuando los marineros desembarcaban para tomar agua, les guiaban á los manantiales más cristalinos y más puros, les ayudaban á llenar los toneles y no les permitian que los llevasen á la orilla, sino que, cargando con ellos, los trasportaban, dándoles de este modo una gran prueba de los deseos que tenian en servirlos.

Pero tampoco tenian ellos lo que buscaban Colon y sus compañeros: el precioso metal que habia despertado su codicia.

Estos indios les ofrecian los frutos de sus campos y de sus selvas, sus loros domesticados, el algodon, que era el producto de más valor que poseian; pero ni el oro, ni las piedras preciosas de Cipango aparecian á las escudriñadoras miradas de los europeos.

¡Ah! si no se hubieran presentado á su imaginacion, con fulgor brillante, las soñadas riquezas; si despues de los largos dias que habian pasado en medio de los mares, sin más horizontes que las olas remontándose al cielo; si despues de tantos dias de duda, de zozobra y de desaliento hubieran podido entregarse á contemplar aquellos paisajes que se ofrecian à su vista, ¡cuán grandiosa, cuàn bella les hubiera parecido aquella vírgen naturaleza que se aparecia á sus ojos rodeada de encantos sobrenaturales, con todos los atractivos, con todas las galas de su esplendidez!

Pero Colon, á fuerza de desengaños, habia aprendido á ser lo que hoy llamamos un hombre escéptico.

Conocia perfectamente que si al volver à España se limi-

taba á referir las maravillas que habia visto, le tendrian por visionario ó cuando más por poeta, y no estimarian los reyes la descripcion de estas bellezas, en tanto que aquellas no cubriesen los gastos que habia exigido la expedicion.

El almirante necesitaba á toda costa demostrar á sus protectores, presentando á sus admirados ojos espléndidas riquezas y los mejores y más magníficos productos del país que habia descubierto, que no habia sido estéril su sacrificio, y que podrian realizarse todos los proyectos que les habian impulsado á favorecer su arriesgada empresa.

Despues de pasar algunas horas en la Fernandina, dispuso Colon un viaje explorador en torno de su costa, y descubrió á dos leguas del cábo del Sudoeste un extenso puerto, capaz de contener cien bajeles.

Descansó en él nuestro héroe, en tanto que sus marineros se abastecieron de agua, y aquella fué una de las pocas ocasiones en que fijó el ilustre marino sus ojos en las maravillas que le rodeaban.

Abandonando la Fernandina el 19 de Octubre, tomó el rumbo del Sudoeste en busca de una isla llamada Saometo, en donde, por las indicaciones que le habian hecho los indios, creia Colon hallar las minas de oro y el suntuoso soberano de que ántes he hecho mencion con referencia á Marco Polo.

Sus esperanzas quedaron defraudadas.

Era, sin embargo, bajo el punto de vista de la magnificencia de su vegetacion, la mejor de todas las que habia visto.

El clima era suave; el aire perfumado; la costa estaba cubierta de finísimas arenas que arrastraban las trasparentes ondas.

Colon la dió el nombre de su augusta protectora, la reina Isabel.

Pero dejemos hablar al almirante en su verdadero lenguaje

"Aquí, escribia á los reyes, hay unas grandes lagunas y sobre ellas y á la rueda, es el arbolado en maravilla; y aquí y en toda la isla son todos verdes, y las yerbas como en el Abril en la Andalucía; y el cantar de los pajaritos que parece que el hombre nunca se querria partir de aquí, y las manadas de los papagayos que oscurecen el sol; y aves y pajaritos de tantas maneras y tan diversas de las nuestras, que es maravilla; y despues hay árboles de mil maneras, y todos de su manera de fruto, y todos huelen que es maravilla, que yo estoy el más penado del mundo de no los cognoscer, porque soy bien cierto, que todos son cosas de valías."

¡Lo que es la obcecacion!

Estaba tan poseido de la idea de haber hallado, más que un Nuevo Mundo un camino nuevo y directo al Asia, que hasta él mismo refiere en sus escritos que era tanto su empeño en descubrir los productos del Oriente, que al acercarse á aquella isla encantadora imaginó que respiraba el aire, los olores que exhalan las islas del mar Indico.

El agua era tan trasparente, que á través de de sus diáfanos cristales podian verse los abundantes peces que la poblaban, peces que ofrecian á sus ojos la novedad que todos los demas objetos que habian hallado en aquel Nuevo Mundo.

La brillantez de sus colores, los rayos del sol que reflejaban en sus escamas, rivalizaban con los raros matices y colores delas aves que cruzaban por el espacio y revoloteaban en torno suyo.

No hallaron en todas aquellas islas más animales que lagartos, utias, especie de conejos muy sabrosos, perros mudos, y guanacos.

Creyeron al pronto los españoles que estos últimos eran dañosos, por parecerse mucho á las serpientes; pero no tardaron en convencerse de que era un animal pacífico, y tam-

bien uno de los más sabrosos manjares con que podrian regalar su paladar en aquellas regiones tan apartadas de su patria.

—No hay duda, se decia Colon, y algunas veces lo decia á los que formaban parte de su estado mayor, esta isla debe ser la que alberga á ese famoso soberano de que habla Marco Polo, y en sus entrañas debe encerrar el oro que fascinó al viajero veneciano.

Los suyos le creian de buena gana; pero cuantas exploraciones habian hecho hasta entónces, habian sido infructuosas.

No hallaban más que una naturaleza en extremo fecunda, hombres y mujeres sin necesidades de ninguna clase, teniendo su alimento en la mano, como suele decirse. Pero el oro, el oro era un mito, era una incógnita que no podian despejar.

A pesar del poco tiempo que hacia que se hallaban á su lado los indios que habian tomado en Guanahani, éstos, inteligentes en alto grado, habian conseguido entender á los españoles y hacerse entender de ellos.

Dicho se está con esto que les asediaban á todas horas con preguntas para saber dónde se hallaba el oro.

Los indios señalaban al Sur.

Por la primera vez oyó Colon pronunciar el nombre de Cuba, y adivinó que Cuba era el nombre que daban á la isla aurífera que con tanto afan deseaba visitar.

De las señas y gestos de los indios coligió que la nueva isla á donde pensaba dirigir la proa de su nave poseia abundantes minas de oro, criaba perlas de las especies más finas y buscadas, y hasta pensó que le dijeron que iban embarcaciones grandes á comerciar con los habitantes de aquella rica isla.

—Ese es Cipango, se dijo, los buques del Gran Kan los que van hasta su orilla á comerciar. Es necesario ir allá,

examinar su puerto y establecer desde luego entre ella y España relaciones mercantiles.

El hombre es siempre esclavo de la ilusion.

Las canas plateaban la cabeza del ilustre marino, y, sin embargo, bajo aquella capa de nieve ardia el sol de la juventud, la ilusion y la esperanza.

—No lo dudeis, amigos mios, decia á los Pinzones y á los demas navegantes, que le escuchaban con la boca abierta deseosos de que no se engañara, buscaremos esa isla, buscaremos despues otra que debe estar muy cerca, segun indica Marco Polo: Bohio; recogeremos en una y otra grandes cantidades de oro y piedras preciosas, y pasando en seguida al continente indio, despues de ocho ó diez dias de navegacion, buscaremos la ciudad de Quinsay, que es una de las capitales más suntuosas, y una vez en ella entregaré al Gran Kan las credenciales que los monarcas de Castilla me han dado para que desempeñara mi embajada y volveremos triunfantes á España á recoger con el aplauso de nuestros compatriotas el premio de nuestros esfuerzos y de nuestro martirio.

Estas eran las ideas que llenaban la mente de Colon en el momento en que se separaba de las islas Bahamas para dirigirse por primera vez á la isla de Cuba.

Tres dias de suave y apacible navegacion le bastaron para llegar, sin perder de vista las encantadoras islas de Bahama que hallaba á uno y otro lado de su camino.

Un viento amorosísimo, como dice Colon en sus Memorias, henchia las velas, y las embarcaciones tomaron el rumbo del Sudoeste.

El 28 de Octubre por la mañana llegó á la vista de Cuba, descubriendo la costa oriental que hoy se llama Nuevitas del Príncipe.

Cuba, con su inmensa extension, con sus espléndidas coli-

nas, que se prolongaban hasta perderse de vista, reclinándose sobre elevadas montañas que iban á confundirse con el cielo, con sus verdes praderas, sus bosques, sus rios, sus golfos, sus radas y sus aldeas diseminadas por todo el panorama, le recordaba los paisajes magníficos de la antigua Sicilia, que, con todo el entusiasmo de la juventud, habia visitado ántes de salir de su patria.

Mandó arrojar las anclas en un hermoso rio, en cuyas orillas se levantaban frondosos y apacibles árboles que retrataban las ondas trasparentes del rio, y desembarcando tomó posesion de la isla con las mismas formalidades que lo habia hecho con las demas, dándola el nombre de *Juana*, en conmemoracion del príncipe don Juan, á quien servia su hijo.

¡Cosa extraña! El audaz marino, miéntras habia luchado con lo desconocido, miéntras se habia visto amenazado por los que estaban á sus órdenes, miéntras habia tenido necesidad de desafiar el peligro, ni aun bajo la influencia de la alegría que despertó en su corazon la realidad de sus sueños, recordó á los séres más íntimamente ligados con su corozon.

Habíase dejado dominar algun tanto por la codicia y la sed de oro, no para él, sino para justificar su empresa, y habia acallado en su alma los sentimientos más generosos.

Pero ante tantas maravillas, en presencia de aquel sublime cuadro de la creacion, la codicia enmudeció, la admiracion se enseñoreó de todo su espíritu, á la admiracion siguió el sentimiento religioso, é inundando su alma de una fervorosa emocion, despues de elevar su plegaria al cielo porque le permitia ser testigo de tanta magnificencia, pensó en lo dichoso que seria si á su lado estuvieran los séres màs queridos de su corazon.

Felipa y Beatriz dormian el sueño de la muerte.

Fernando era muy niño aún.

Solo Diego podia comprenderle.

Diego, al separarse de su padre, habia encontrado una Providencia en los reyes de Castilla.

El príncipe don Juan le tenia á su lado como paje.

El nombre con que bautizó aquella nueva isla fué la explosion al mismo tiempo de su gratitud y de su amor paternal.

Pocos indios hallaron en la orilla de la parte de la isla en donde desembarcaron.

A la llegada del los buques habian salido dos canoas con cuatro ó cinco indígenas; pero apénas notaron que los botes de las carabelas empezaron á sondar el rio para buscar surgidero, huyeron amedrentados, sin duda á participar la nueva de la horrible desgracia que amenazaba á los suyos.

Despues de tomar posesion de la isla, vió Colon á muy corta distancia dos chozas.

Se acercó á ellas, las examinó y vió que estaban abandonadas.

Pero halló en ellas redes perfectamente tejidas, anzuelos y arpones trabajados en hueso, y comprendió desde luego que aquella isla estaba mucho más adelantada que las demas, puesto que á primera vista hallaba síntomas de industria.

Dispuso el almirante que no se tocase á ningun objeto del los que habia en la choza, y volviendo á su bote continuó su investigacion rio arriba, contento y satisfecho al recrear sus ojos en la hermosura de aquel espléndido paisaje

Las selvas que se elevaban á una y otra orilla ofrecian á su vista altísimos árboles de anchas y abundantes copas, llenos unos de frutas, matizados otros de flores.

Sobre todos ellos se levantaban las palmeras que servian á los indios para formar los techos de sus chozas.

Los exajerados elogios que prodigó Colon á la belleza del

paisaje, dice muy bien Washington Irving, los justifica el maravilloso cuadro que se despliega ante su vista.

Es imposible explicar el esplendor, variedad y pomposa vegetacion de aquellos ardientes y vivificadores climas.

El verdor de los árboles y los matices de las plantas y las flores forman una beldad que no puede encarecerse; añádase la pura trasparencia del aire y la profunda calma de los azules cielos, las florestas tambien llenas de vida, atravesándolas de contínuo bandadas de pájaros de brillante plumaje, la inmensa variedad de loros y picamaderos que bullen por la selva, las numerosas avecillas que vagan de una flor á otra parecen por su vivo lustre partículas finas del arco-íris, y los flamencos, ó fenicópteros escarlataes, que suelen verse tambien por las aberturas de la floresta en algun distante llano, formados en escuadron como los guerreros, como una escucha alerta para dar noticia del cercano peligro, y podrá concebirse toda la belleza de aquel cuadro.

No es la seccion ménos bella de la naturaleza animada la que encierra tantas tríbus de insectos que pueblan todas las plantas haciendo alarde de sus brillantes cotas de malla que resplandecen como joyas preciosas.

Sublime y grandioso es el esplendor de la creacion animal y vegetal en aquellos climas, en donde un sol ardiente comunica su propio lustre á todos los objetos y vivifica la naturaleza y la llena de exuberante fecundidad.

Las aves no se distinguen en general por su melodía, habiéndose observado que rara vez se junta en ellas la dulzura del canto con la brillantez del plumaje.

Observó, sin embargo, que las de varias especies cantaban melodiosamente entre los árboles, y con frecuencia se engañaba creyendo que oia la voz del ruiseñor, pàjaro desconocido en aquellas regiones.

Estaba Colon, en efecto, dispuesto á verlo todo á través de un propicio y favorable medio.

Su corazon rebosaba en la plenitud del júbilo de haber alcanzado sus esperanzas, y el duro pero glorioso premio de sus trabajos y peligros.

Todo lo contemplaba con la amorosa mirada del descubridor, mezclando la admiracion con el triunfo; y es difícil concebir los éxtasis de su ánimo, miéntras exploraba y admiraba las gracias de un mundo virginal, ganando por su génio y por lo grande y atrevido de sus empresas.

El sol, templado por la altura de las montañas, por la sombra de los árboles, por la corriente de las aguas, fecundizaba la naturaleza sin calcinarla.

La luna y las estrellas reflejaban durante la noche en el rio, con luces y cambiantes tan espléndidos que atenuaban su aspecto lúgubre.

Colon condensó la impresion que le producia toda aquel paisaje en una frase tan sencilla como bella:

—Podria vivir eternamente aquí, exclamó.

En efecto, el clima de aquella isla es más templado que el de las demas, y nada hay más encantador que una noche en los trópicos; la majestad de aquel cielo azul y diáfano, la pureza y brillantez de las estrellas, la luz resplandeciente de la luna bañando los árboles, los valles, las sierras, constituian un cuadro que se puede concebir sin verle.

¡Cuán léjos estaba entónces de imaginar las furiosas tempestades que en muchas ocasiones combaten el mar de aquellas islas! Ordinariamente pacífico, cuando llega á irritarse en aquel paraje, nada hay más espantoso que sus iras.

Rompe todos sus diques, inunda los campos, destruye cuanto se le opone, y deja detrás de sí tristes reliquias y desoladores recuerdos.

Es, sin embargo, un hecho comprobado que las ballenas que casi anualmente desvastan las Bahamas y otras islas próximas á las de Cuba, muy pocas veces aparecen en este país privilegiado.

Un verdadero poeta ha dicho que su belleza es tal, que hasta los elementos deponen ante ella su furia, gozándose en contemplarla.

Pero cuanto más belleza descubria Colon en torno suyo, más creian acercarse al Asia.

Algunos de los suyos encontraron en las playas conchas de las ostras que producen las perlas.

Esto aumentó su ilusion, y llegó á imaginar que detrás de las montañas de la isla ó del continente, porque no estaba cierto de si Cuba era ó no tierra firme, hallaria los imperios, la civilizacion, las minas de oro y otras maravillas con que los viajeros entusiastas dotaban al Catay y al Japon.

No logrando entenderse con los naturales, que se alejaban de la costa á medida que se acercaban los españoles, envió á Pedro Gutierrez, que hablaba el hebreo, y á Alonso Velez, que por haber estado entre los moros sabia el árabe, en busca de las fabulosas ciudades de aquella tierra, para que averiguasen dónde se hallaba el soberano.

Estos dos embajadores salieron cargados de presentes para los indígenas, y con órden de no entregarlos más que á los que les dieran oro.

Durante el viaje, Colon, lo mismo que los marineros, fascinados por la codicia, en unos más dispensable que en otros, se entregaron á fantásticas ilusiones.

Pero los enviados no tardaron en volver á las carabelas sin haber descubierto en el camino más que chozas diseminadas en medio de una pródiga vegetacion, adornadas con flores y acariciadas por deliciosos perfumes.

Lo único que habian logrado á fuerza de regalos era que les siguiese uno de los naturales.

Aquel corto viaje de exploracion sirvió á los europeos para darles idea de una costumbre que no conocian, y que hoy se llama vicio por el abuso que de ella se hace.

Los europeos acababan de de descubrir el tabaco, planta que, seca y madura, envolvian los indios en hojas de maíz, ni más ni ménos que nosotros la envolvemos en el papel, encendiendo una de las puntas y aspirando el humo por la otra.

Interrogó Colon como pudo al indio que le trajeron Gutierrez y Velez, y por sus indicaciones se figuró que le queria decir que hácia el Occidente de la isla, costeándola, hallaría la magnífica ciudad del rey.

Emprendió este viaje, desembarcando de cuando en cuando para visitar los países que le parecian más dignos de atencion

Las casas que habia estaban construidas con ramas de palma formando pabellones.

No formaban calles, pero los muebles y objetos que habia en las chozas demostraban que habia más arte y civilizacion que en las islas que habian dejado atrás.

Todas ellas estaban en extremo limpias, y en alguna habia rudas estátuas y máscaras de madera entalladas con mucho arte.

Notando que en todas estas viviendas habia instrumentos de pesca, supuso que la costa estaba solo habitada por pescadores, y continuó su viaje al Noroeste, descubriendo dos ó tres dias despues un gran cabo, que llamó de las *Palmas*, por estar cubierto de palmeras.

Este cabo forma la entrada oriental de lo que hoy se llama Laguna de Moron.

En tanto que el almirante se desesperaba al ver que sus conjeturas salian fallidas, tenia lugar á bordo de la *Pinta* una escena entre Martin Alonso y tres indios de la isla de Guanahani que iban en su compañía.

CAPITULO VIII.

La desercion de la Pinta.

Rodrigo de Triana, que iba constantemente al lado de los indios de la *Pinta*, les dirigió varias preguntas, y participando de la ilusion que se habia apoderado de la imaginacion de todos los europeos al hallarse en presencia de tantas maravillas, se figuró que al señalarle ciertos parajes, le habian dado á entender que allí habia mucho oro.

Comunicó esta noticia á Martin Alonso Pinzon, y su capitan dispuso que los indios se presentaran á él.

De la escena mímica que sostuvo con ellos coligió que les quedaban cuatro dias de camino para llegar á Cubanacan.

Estas palabras, que oyó pronunciar repetidas veces á los indios, le hizo creer que lo que encontraria al cabo de cuatro dias de camino era la corte de Cublay-Kan, ó soberano inferior.

Como que tambien se guiaba por el mapa de Toscanelli y habia recibido de Colon todas las ideas respecto de la costa de Asia, tradujo las incomprensibles palabras de los indios y sus indicaciones mímicas, creyendo que Cuba no era una isla, sino tierra firme que se extendia hàcia el Norte, y que el rey que la dominaba sostenia guerra con el gran Kan ó emperador del celeste imperio.

Nada más léjos de la intencion de los indios que comunicarle estas noticias.

Habian pronunciado, en efecto, la palabra Cubanacan, pero cubacan queria decir en su lenguaje *centro*, y lo que aquellos habian manifestado era que necesitaba cuatro dias para llegar al centro de la isla.

Pero Alonso Pinzon, seguro de haberles entendido, comunicó á Colon aquellas noticias, y sustituyó su ilusion de la isla de Cipango con otra no ménos lisonjera.

En efecto; creyó que habia llegado al continente de la India, como él decia, y se figuró estar cerca de Mangui y Cathay.

Partiendo de este falso supuesto, buscó los medios de hallar el rio que debia conducirle al paraje que le habian indicado los indios.

Pero cuanto hizo por hallar el camino, fué inútil.

Siempre encontraba cabos, no hallaba banco alguno, y por otra parte se levantó un fuerte viento contrario, que le obligó á guarecerse en un punto abrigado, donde habia estado dos ó tres dias ántes.

El dia 1° de Noviembre envió sus botes á la playa, y en ellos algunos marineros con el encargo de explorar el terreno.

Las chozas estaban desiertas.

—Sin duda se han figurado que nuestras carabelas son una de las expediciones que envía á menudo el Gran Kan para coger esclavos, pensó Colon.

Por su parte mandó otro bote á la orilla é hizo que fuese un indio de intérprete, encomendándole que anunciase á los habitantes del país las pacíficas y bienhechoras intenciones que les animaban.

¡Espectáculo extraño!

El gran conquistador del Nuevo Mundo, en aquellos mo-

mentos, por sus creencias falsas, por sus exajeradas ilusiones, se asemejaba al tipo eterno, de quien dos siglos despues nos dió tan admirable retrato el gran Cervantes!

El indio, poniéndose de pié sobre el bote, comenzó á dar grandes gritos, á los que acudieron algunos de los habitantes de la costa que se habian guarecido en los bosques.

Al verlos se arrojó al agua y se encaminó á la orilla.

Los indígenas se acercaron á él, conversaron unos y otros largo tiempo, y logró tranquilizarlos por completo, puesto que al anochecer rodeaban muchas canoas las carabelas, y los indios que iban en ellas se apresuraban á ofrecer á los españoles objetos de algodon y otros artículos de los productos naturales de su país.

Ninguno de ellos iba adornado con zarcillos de oro, y creyendo Colon que ocultaban aquel metal precioso, para obligarles á que se lo llevaran á bordo, prohibió á los suyos comerciar con ellos en los demas productos del país.

Solo un indio llevaba en las narices una pieza de plata labrada.

Este habló con Colon, y el almirante supuso que le decia que el rey vivia como á unos cuatro dias de distancia en el interiordel país, que le habian enviado muchos mensajes, anunciándole la llegada de los extranjeros á la costa, y que no tardarian en recibir órdenes de él respecto de cómo habian de tratarlos.

Apropiando á su ilusion las mal interpretadas palabras de los indios, y poseido de un vivo deseo de apresurar su marcha á la corte del Gran Kan, decidió no esperar la llegada de los enviados del rey, y dispuso que dos embajadores suyos fuesen á visitarlo en su nombre.

Aquella vez escogió á Rodrigo de Jerez y á Luis de Torres.

Este último era un judío renegado que sabia el hebreo, el caldeo y el árabe.

Natural era que un príncipe oriental, como se le imaginaba Colon, pudiese comprender alguno de estos tres idiomas.

Acompañáronle los indios, uno de ellos de Guanahani; el otro era el del adorno de plata en las narices.

Dió á los embajadores sartas de cuentas y otros varios objetos de escaso valor, y les encargó que comunicasen al rey que habia llegado hasta allí para presentarle una carta de los monarcas de Castilla y establecer con él relaciones amistosas.

Encargóles asimismo Colon que examinasen la situacion y la distancia de las provincias, puertos y rios que en su concepto, y con arreglo al mapa que les servia de guía, debian hallar en el camino.

Para efectuar su viaje y dar la vuelta se les concedieron seis dias.

Miéntras tanto que los calafates carenaron y repararon las embarcaciones, Colon, con alguno de los suyos, recorrió en los botes el rio, y desembarcando en un sitio que le pareció digno de exámen, subió à la cumbre de una colina, desde donde creyó que podria dominar el interior de aquel continente.

La gigantesca vegetacion que se desarollaba en todo aque espacio le impidió realizar su deseo.

Ansioso de hallar oro y piedras preciosas, mostró a los indios que hallaba á su paso oro y perlas que llevaba de Europa, y creyó entenderlos que hácia el Sudoeste habia un país cuyos habitantes adornaban su cueyo y brazos con metales y piedras como aquellas.

Al mismo tiempo mezclaban estas noticias con extravagancias, ó por lo ménos tal parecian á Colon y á los suyos, puesto que indicaban que en aquellos países donde nacia el oro y habia piedras preciosas se hallaban hombres que solo tenian un ojo, y otros con cabezas de perro.

Como la raza á que se referian los indios eran los caribes que de cuando en cuando llegaban á su isla para asolarla, nada de extraño tiene que los considerasen como mónstruos, y que al describirlos exajerase la pintura el terror de que se hallaban poseidos.

Al carenar los buques para calentar la brea, tomaron los marineros leña de la que habia más próxima.

Despues de examinarla, se convencieron de que era almáciga.

Llamaron la atencion de Colon sobre esto, y convencidos de que no se engañaban, pensó por de pronto que podrian reunirse allí todos los años lo ménos mil quintales de esta preciosa goma.

En sus investigaciones vegetales descubrió la patata, humilde raíz poco apreciada entónces, como dice muy bien un historiador, pero que despues ha sido más preciosa aún que el oro y las especias del Oriente, que aquellos navegantes querian hallar en los parajes que visitaban.

El 6 de Noviembre regresaron Rodrigo de Jerez y Luis de Torres con los indios, y á su llegada se reunieron en torno suyo sus compañeros, ávidos de saber lo que habian visto.

—¡Atencion, atencion! dijeron todos, guardando silencio en seguida para oir á Rodrigo de Jerez, que fué el primero que dió cuenta de la mision que habia desempeñado.

—Apénas nos separamos de la orilla, dijo, anduvimos á través de bosques muy espesos unas once ó doce leguas, y llegamos á un lugar formado por unas cincuenta casas, como las de la costa, pero algo mayores.

En todas ellas debian albergarse unos mil habitantes.

Recibidos con la mayor solemnidad, nos condujeron á la mejor casa, nos hicieron sentar en una especie de taburetes entallados figurando cuadrúpedos, y formados de una sola

pieza, nos ofrecieron frutos y legumbres, y despues de cumplir estos deberes de cortesía y hospitalidad, tomaron asiento sobre el suelo en derredor nuestro y se aprestaron á oir lo que teniamos que decirles.

Aquí fué ella.

—En efecto, añadió Luis de Torres, yo les hablé en hebreo, en caldeo y en árabe, pero no me entendian, y en esta situacion hice señas al indio de Guanahani para que les participara quiénes éramos y el objeto que llevábamos.

Hablóles éste entónces, y sin duda ensalzó nuestro poder, nuestra liberalidad, porque al acabar nos miraron los indios con veneracion.

Algunos de ellos hasta nos tocaban el rostro y los vestidos, y no pocos besaban nuestros piés y nuestras manos como si fuéramos sus ídolos. Terminada esta ceremonia se alejaron los hombres, y entraron las mujeres, las cuales, á su vez, nos adoraron de la misma manera.

Lo único que hemos notado, es que hay entre ellos ciertas jerarquías, un jefe al que obedecen todos, y esto es lo único que los diferencia de los habitantes de las demas islas que hemos visitado.

—¿Pero no habeis hallado al príncipe, al soberano de estas tierras? dijo Colon.

—No hay más corte que el pueblo de las cincuenta casas, ni más soberano que el indio en quien hemos creido ver su jefe. Ni el menor vestigio de oro ni otros preciosos metales hemos hallado en el camino, y al preguntar por estos objetos á los indios, nos han indicado que los hay muy léjos, hácia el Sudoeste.

De nuevo quedaron defraudadas las esperanzas de Colon, y determinó ausentarse de aquella costa.

Pero al notar su resolucion los habitantes de la isla que

le rodeaban, manifestaron gran sentimiento por su partida, pidiéndole que pasase con ellos algun tiempo.

Al ver que no lograban sus deseos, muchos de ellos se decidieron á acompañarlos, imaginando sin duda que iban á remontarse al cielo.

Colon solo llevó á uno de los principales indios de aquella costa y un hijo suyo, y habiendo oido repetidas veces pronunciar à los indios las palabras Babeque y Bohio, le pareció que le dijeron que hácia el Oriente se recogia mucho oro.

Por la noche, á favor de la luz de las antorchas de un país que allí veia, dispuso inclinarse hácia aquel sitio.

La predisposicion del almirante á traducir en un sentido favorable á sus ilusiones las palabras que oia pronunciar, le hacia creer que Bohio era el nombre de una isla, cuando en el idioma indígena solo significa *casa*, y querian indicarle los indios que en el paraje que le indicaban habia muchas, y buscó aquella isla ilusoria.

Antes de apartarse de aquella isla, decidió enviar á España algunos indios, con el objeto de que aprendiesen el idioma español y pudieran servir de intérpretes en los futuros viajes.

Haciendo una concesion á la naturaleza, los llevó de ambos sexos.

Eran tales los sentimiento religiosos que el entusiasmo despertaba en su alma, que la idea de convertir á todos aquellos salvajes y hacerles comprender la verdadera fe, lo consideraba como uno de los triunfos más gloriosos que le estaba reservado alcanzar.

Las investigaciones que habia hecho para averiguar cuál era su religion, le habian demostrado que apénas profesaban alguna.

Observaban con la mayor veneracion y reverencia las ceremonias religiosas de los españoles, las repetian, y muchos de ellos hacian la señal de la cruz con edificante devocion.

Las únicas nociones que tenian eran las de que el alma es inmortal, de que al separarse del cuerpo volaba á los bosques y á las montañas, y vivia perpétuamente en las cavernas.

No suponian que se perdiesen las necesidades corporales despues de la muerte.

Al contrario; creian que al vagar en los bosques y montañas, lo mismo que al guarecerse en las grutas, encontraban toda clase de alimentos.

Los ecos los consideraban como voces de los espíritus, que respondian á aquellos con que sus hermanos vivientes les llamaban.

El 12 de Noviembre se dirigió Colon hácia el Este-sudeste para retrogradar en direccion á la costa.

En aquellos momentos podia muy bien, tomando otra direccion, convencerse del error que padecia, bien navegando para la costa de Florida, ó tocando en la costa opuesta de Yucatan, con cuyo motivo hubiera anticipado el descubrimiento de Méjico.

Pero la Providencia tenia reservada esta gloria al inmortal Hernan Cortés.

Navegó, pues, durante algunos dias á lo largo de la costa sin detenerse à explorarla, no descubrió en ella ninguna ciudad poderosa, y al llegar á un gran cabo, que denominó cabo de Cuba, se dirigió á la soñada isla de Babeque.

El viento arreció de tal manera, y se embraveció el mar con tal furia, que no tuvo más remedio que guarecerse en un profundo y seguro puerto, al que dió el nombre de Puerto Príncipe.

Allí trascurrieron para él algunos dias explorando, con auxilio de las lanchas, un archipiélago de reducidas, pero encantadoras islas que se hallaban muy poco separadas unas de otras, archipiélago al que dió el nombre de Jardin del Rey.

El golfo que rodeaba estas islas recibió el nombre de Mar de Nuestra Señora.

Como las demas que habia visto hasta entónces, estaban pobladas de gigantescos árboles, entre los que abundaban la almáciga y el aloe.

En Puerto Príncipe subió á una elevada montaña y colocó en ella una cruz, signo convencional que ponia en todas las islas que tomaba, como símbolo de la posesion.

Apaciguada la furia de las olas, resolvió proseguir su marcha.

El viento soplaba del Oeste, viró hácia el Nordeste y al anochecer se habia alejado ya unas seis ó siete leguas del puerto del Príncipe.

Desde aquella altura descubrió tierra como á unas sesenta millas de distancia, y creyó por las señas que los indígenas le hicieron que era la deseada isla que buscaba.

Prosiguió el mismo camino, el viento le fué favorable, pasó por cerca de la Isabela, en donde no quiso desembarcar para que no se fugasen los intérpretes indios de Guanahani que llevaba á su lado, lo cual no hubiera sido difícil, porque aquellos empezaban á experimentar la nostalgia; al pasar cerca de su patria le dirigian miradas llenas de profunda tristeza y pronunciaban frases que no podian entender los europeos, pero que podian traducirse por un adios sentido á aquella tierra en donde habian visto la luz.

De pronto el mar tomó una actitud amenazadora y ante el peligro determinó Colon volver á Cuba.

Era ya de noche y dispuso que se colocara en el palo mayor de la *Santa María* una linterna encarnada que debia servir de señal á las otras dos carabelas para que le siguiesen.

La *Pinta* se hallaba á bastante distancia.

Colon mandó repetir las señales, pero sin obtener resultados.

Ya muy entrada la noche acortó vela y se mantuvo todo lo que pudo á la capa.

Al romper el alba pudo ver cerca de él á la *Niña*.

Pero lo *Pinta* habia desaparecido.

—¡Traicion, traicion! gritaron todos los que iban en el navío almirante.

Colon al pronunciar esta palabra habia presumido, en efecto, que la desaparicion de la *Pinta* era un acto alevoso de su segundo Alonso Martin Pinzon.

¿Cuál era la causa de este imprevisto acontecimiento?

Vamos á saberlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO IX.

Los proyectos de Pinzon.

Antes de pasar adelante, conviene bosquejar un poco más la figura de Martin Alonso Pinzon, para que se comprenda á qué sentimiento habia obedecido al cometer aquella felonía con su jefe y amigo.

Martin Alonso pertenecia á una familia de marinos, rica y de gran prestigio en el puerto de Palos.

Desde niño habia emprendido viajes á todos los puntos conocidos de Oriente á donde podian llegar las embarcaciones, y habia adquirido su imaginacion un gran desarrollo, al mismo tiempo que la sed de riquezas se habia apoderado de su alma.

Las largas temporadas que habia pasado en el mar, su vida independiente y en cierto modo aventurera, habian dado á su carácter esa fiereza, esa energía que se adquiere luchando y venciendo, y puede decirse que, si duro era su cuerpo, más duro era aún su corazon.

Posteriormente se ha llamado á los marinos de la raza á que él perteneció, con el característico nombre de lobos de mar.

La codicia habia llegado á ser su pasion dominante.

Poseer cuatro ó cinco bajeles de alto porte, ser una especie de reyezuelo en el mar, y al regresar á tierra verse rodeado de todas las magnificencias del lujo, de todas las comodidades

que habia visto disfrutar en los países que habia visitado, era su único afan.

A fuerza de vivir la mayor parte del tiempo en el mar, habia adquirido esa indiferencia que para todos los sucesos del alma suelen encontrar los marinos que están siempre obligados á vivir léjos de los séres á quienes el afecto une á su alma.

No era, pues, ni un modelo de hijo, ni un modelo de hermano.

El único sér que despertaba en su alma algun afecto, era su esposa, mujer dotada de grandes atractivos y de un carácter angelical.

Tal vez esta era la causa del amor que la profesaba.

Afectuosa con él, obediente, tímida, se amoldaba á los caprichos y á las extravagancias de Martin Alonso, y éste habia llegado á quererla como quieren los fuertes á los débiles.

Sin sentir habia ido poco á poco enamorándose de ella, y su mayor deseo era reunir algun dia las suficientes riquezas para poder vivir en una corte con ella, y lograr que con su lujo y sus encantos eclipsase la belleza y la esplendidez de las más ilustres damas.

Pero la codicia era superior en él al amor.

Por eso desde el primer momento en que conoció á Colon y le oyó hablar en el convento de la Rábida, desde que el ilustre marino genovés desarrolló á su vista el ilusorio porvenir que los escritos de Marco Polo y el mapa del florentino Toscanelli le habian hecho concebir y desear, Pinzon, con bastantes conocimientos náuticos para comprender y apreciar las razones de Cristóbal Colon, experimentó al mismo tiempo un vivo deseo de encaminarse á aquellas tierras desconocidas para encontrar en ellas mucho oro y realizar sus sueños.

Con tal de conseguir este triunfo, nada le importaba arries-

gar una parte de su fortuna, y por esto brindó á Colon los recursos que aceptaron los reyes, y que contribuyeron á activar los preparativos de la expedicion.

Colon, ademas de la auréola del génio, tenia á sus ojos la de la proteccion que le brindaban los reyes, y no se creia deshonrado ni con mucho embarcándose á sus órdenes.

Durante los momentos de duda que tantas veces asaltaron á los navegantes en la travesía, sintió renacer en su espíritu la soberbia, queria mandar, se consideraba superior á Colon; pero por más indicaciones que hacia, no lograba quebrantar la voluntad de hierro del almirante, y los momentos de esperanza que aumentaban su prestigio, venian á darle ánimos para seguir obedeciendo.

Muchas veces, sin embargo, pasaba por su mente la idea de disfrutar por sí solo las ventajas de aquel descubrimiento.

—¿Quién me manda continuar á sus órdenes? se decia. ¿Por ventura no he podido yo lo mismo que él venir á estos mares y descubrir estas tierras? ¿No soy yo capitan de una embarcacion? ¿No se muestran los naturales del país agradecidos á nuestros agasajos, contentos de nuestra llegada? ¿Acaso se necesitan fuerzas para combatirlos? No, de ningun modo.

Otra idea más terrible aún le perseguia á veces.

—Si Colon pereciera, pensaba, yo seria el jefe natural de la expedicion; yo quien volviese á España á dar cuenta de los descubrimientos que hemos hecho; yo quien participase de todos los beneficios que á él le están reservados. Y ¿por qué no ha de sucumbir? ¿Acaso no habrá medio de acabar con su vida?

Pero esta idea fatal no encontraba eco en su corazon, porque aunque avaro, inflexible y poco generoso, tenia tal prestigio sobre él el almirante, que no ya atentar á su vida, sino pensar en destruirle, le parecia una profanacion.

—Sin recurrir á esos medios, se decia, puedo muy bien lograr mi objeto. Mi nave es muy velera. ¿Por qué no me separo de las otras dos embarcaciones? ¿Por qué no voy por cuenta mia sin detenerme en investigaciones estériles á buscar el país de las minas de oro? ¿Por qué con los tres indios que llevo à mi lado, con algunos otros más que puedo recoger y con las crecidas cantidades de oro que puedo apoderarme no vuelvo á España ántes que Colon y disfruto ántes que él la gloria que le aguarda, el premio que le está reservado?

Estos pensamientos le atormentaban precisamente cuando Colon mandaba colocar en el mástil de la *Santa María* las linternas encarnadas para significar á los dos capitanes de la *Pinta* y la *Niña* que fueran á reunirse con él virando por completo.

Iba á obedecer la órden cuando uno de los indios acercándose á él y señalando el adorno de oro y piedras que tenia Martin Alonso en su birrete, pronunció algunas frases que no pudo comprender el capitan de la *Pinta*, al mismo tiempo que con la otra mano señalaba un punto distante hácia el Oriente como dando á entender que allí habia en abundancia oro y piedras preciosas.

Se acercaban al verdadero término de su viaje, y Colon, obcecado, desistia de seguir adelante.

No habia duda para Pinzon.

La Providencia protegia su pensamiento y al mismo tiempo que cerraba los ojos del almirante abria los suyos.

—No, no le seguiré, se dijo, continuaré mi camino y llegaré hasta donde se halla ese rico tesoro que hemos venido à buscar.

Y cuando los tripulantes de la *Pinta* le anunciaron la señal que habia hecho la *Santa María*:

—¿No comprendeis lo que eso quiere decir? exclamó.

—Sí, contestaron, quiere decir que retrocedamos.

—Pues, bien, ha llegado el momento de que os hable con franqueza. Colon quiere que retrocedamos porque ha sabido lo que yo acabo de saber, que á muy corta distancia de nosotros y siguiendo la direccion á que nos empuja el viento, encontrará el oro, las perlas, los productos que hemos venido á buscar, y querrá sin duda que nos quedemos atràs nosotros y los de la *Niña* para poder llegar él solo y alcanzar una gloria que debe ser de todos.

Pero podemos defraudar su intento; desobedezcamos su órden; sigamos adelante; lleguemos á esa tierra de promision y apoderémonos allí de todo el oro, y partamos entre nosotros estas riquezas que de otro modo no serian para nosotros porque ya habreis visto que Colon ha dispuesto que todo lo que se recoja sea para los reyes de Castilla.

Despues de obtener este triunfo partiremos á España, revelaremos la verdad, conquistaremos la gloria que él quiere para sí y que no merece, y nuestra recompensa será grande, sin perjuicio de que podremos volver una y mil veces á este país á buscar piedras y metales préciosos, que, si no en España, venderemos ventajosamente en Europa. ¿Quereis seguirme?

—Sí, sí, gritaron todos.

—Ya veis que nuestra nave puede virar al barlovento con mucha facilidad y que en vano tratarán de seguirnos.

Resueltos y entusiasmados todos siguieron entónces las espumosas olas del mar con direccion á Occidente, y se separaron de sus hermanos cometiendo una verdadera infamia.

Natural era que Colon se indignase al ver aquella desercion.

No solo la consideraba como una desobediencia perniciosa, sino que presentia un designio siniestro en Pinzon al llevarla á cabo.

Aquello era señal de que Pinzon, ó pretendia apoderarse del mando de la escuadra y de todas sus ventajas, ó que intentando arrebatarle la gloria que habia alcanzado, se disponia á volver á España para obtener los plácemes y los beneficios que le pertenecian.

Guardóse muy bien por lo tanto de manifestar Colon su indignacion à los suyos.

Cuando le dijeron que la *Pinta* habia desobedecido:

—No lo creais, repuso, tenia una órden secreta mia para recorrer las costas que nosotros no hemos podido visitar. No pasará mucho tiempo sin que vuelva á hallarse á nuestro lado.

Dadas las condiciones del navío almirante, era de todo punto imposible perseguir á la *Pinta*, y mucho ménos anticiparse á su llegada á España.

—La Providencia es justa, dijo Colon, bajo su amparo deposito mi santa causa.

Y manifestando una presencia de ánimo, una tranquilidad, una confianza que no tenia, continuó su rumbo hácia la isla de Cuba con el objeto de aprovechar, para explorar las costas, el tiempo que tardase en volver viento favorable.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO X.

La Española.

El 24 de Noviembre dobló de nuevo el cabo de Cuba y se detuvo en un puerto formado por la desembocadura de un rio al que dió el nombre de Santa Catalina.

Aquel rio se deslizaba entre fértiles prados, y las montañas que le rodeaban estaban pobladas de árboles entre los que descubrió altos pinos que podian servir de mástiles á las grandes embarcaciones y robustas encinas.

Los marineros que se arrojaron al agua encontraron en el fondo del rio algunas piedras con venas de oro.

Algunos dias más empleó Colon en costear la isla, y en uno de ellos halló un cómodo puerto, al que dió el nombre de Puerto Santo.

La descripcion que de él hizo en sus cartas es una prueba más de la emocion que producia en su alma el sublime espectáculo de la naturaleza.

«La amenidad del rio, dice, la claridad del agua, en la cual se veia hasta la arena del fondo y multitud de palmas de varias formas, las más altas y hermosas que he hallado, y otros infinitos árboles altos y verdes; el armonioso canto de sus aves, el verdor de sus campiñas, serenísimos señores, hacen que este país sobrepuje en lo ameno, deleitoso y pintoresco, á todos los demas países del mundo conocido, como el dia en

luz á la noche, por lo cual solia yo decir muchas veces que, por mucho que me esforzase á dar entera relacion de él á vuestras altezas, no podria mi lengua decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla; y cierto que yo he quedado asombrado viendo tanta hermosura, que es superior à todo encarecimiento.»

El 5 de Diciembre llegó Colon al término oriental de Cuba, experimentando grandes dudas al llegar allí acerca del camino que debia tomar.

Hácia el Sudoeste descubrió una inmensa sombra formada por una gran extension de tierra surcada de montañas.

Los indios pronunciaron muchas veces al verla la palabra *Bohio*, y Colon tradujo que el país que descubria era abundante en oro.

Apénas vieron los indios que se dirigia hácia allí manifestaron el mayor terror, y cayendo á los piés del almirante, parecian pedirle que se detuviera, dando á entender que los habitantes de aquellas tierras eran en extremo crueles, y devoraban á los prisioneros.

Aquella isla era la isla de Haiti.

Si no la hubiera descubierto y hubiera continuado su camino, hubiera hallado el continente; pero el archipiélago americano, seduciéndole al llevarle á aquella isla, parecia separarle de exprofeso del punto que buscaba, y del que tan cerca habia llegado á estar.

El fantasma del Asia que le habia conducido al borde de la América, se interpuso entre la América y él para hacerle seguir una quimera y apartarle de la realidad.

Al pronto los habitantes de la isla huian al ver aproximarse á sus orillas las embarcaciones europeas.

Colon, que deseaba establecer relaciones con los indios, mandó seis hombres á explorar el terreno, y cuando volvieron dijeron que habian hallado chozas y restos de hogueras, que demostraban estar poblados aquellos alrededores.

Pero los habitantes se habian refugiado despavoridos en las montañas.

El 12 de Diciembre, con gran solemnidad, colocó Colon una cruz á la entrada del puerto, para tomar posesion de la isla; algunos marineros en los botes la costearon un poco, y vieron muchos indígenas que al notar que se acercaban se dispensaron.

Los marineros atracaron el bote, y pisando tierra comenzaron á correr detrás de los indios.

Solo pudieron apoderarse de una jóven india, la cual condujeron al bote, y la llevaron como presea de su triunfo en presencia del almirante.

La jóven iba completamente desnuda, indicio de que la civilizacion no habia penetrado en aquellas tierras.

Pero llevaba un adorno de oro como no lo habian visto en ninguna otra de las de su raza, que ellos se habian dejado atrás, y esto les hizo concebir nuevas esperanzas de hallar el metal que tanto ambicionaban.

Aquella pobre jóven estaba amedrentada.

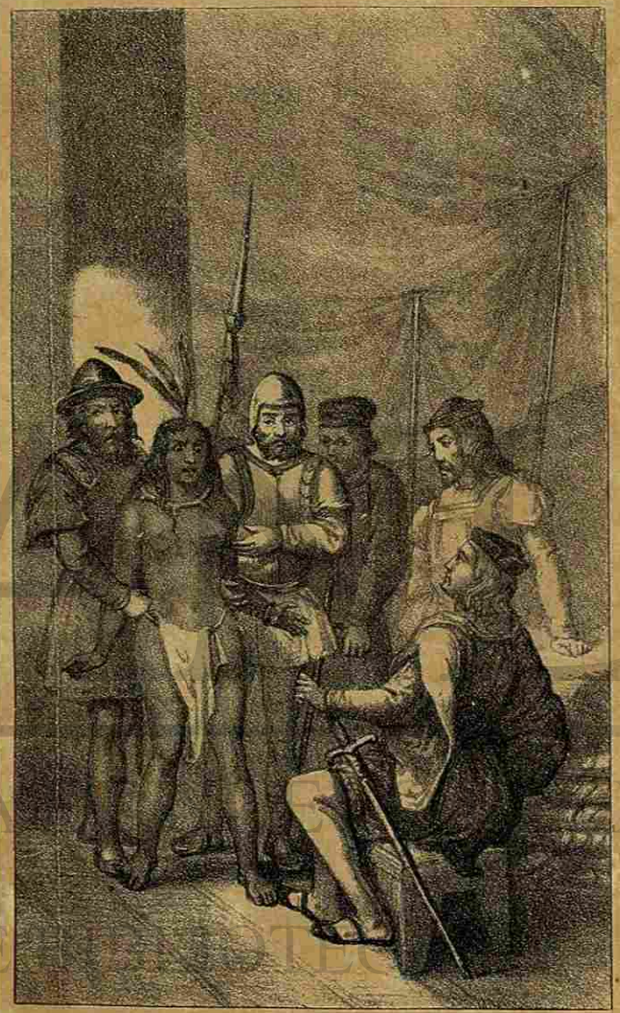
Colon no tardó en disipar su miedo.

Mandó que la vistiesen, la ofreció cuentas, anillos de bronce, cascabeles y otra porcion de objetos análogos, y despues de agasajarla de este modo, hizo que la llevaran á tierra acompañada de algunos marineros y de dos intérpretes indios.

Sin saberlo, conquistó Colon á todos los habitantes de la isla con los obsequios que habia hecho á la jóven.

Mostróse tan satisfecha con los dones que habia recibido, y con el bondadoso trato de Colon, que parecia sentir separarse de aquel hombre.

Los que fueron á acompañarla volvieron tarde, porque el lugar donde tenia su morada la india estaba algo léjos.



Y la llevaron como presea de su triunfo á presencia del Almirante

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al dia siguiente mandó Colon nueve hombres bien armados, con un indio para que les sirviera de intérprete, é internándose los europeos encontraron la poblacion á cosa de cinco leguas del Sudoeste, situada en un valle á la orilla del rio.

En ella contaron hasta mil casas, pero todas abandonadas, porque sus moradores habian huido al ver que se acercaban.

El intérprete indio apaciguó su miedo; díjoles que los extranjeros llegaban de la mansion celeste y recorrian la India brindando preciosos regalos.

Esto tranquilizó á los indios, y aunque con lentitud, se atrevieron à acercarse á los españoles; pero siempre con el mayor respeto.

No tardaron en llegar nuevos indios, y al frente de ellos el esposo de la india que la tarde anterior habia estado á bordo de la *Santa María*.

Sus compatriotas le llevaban en triunfo sobre sus hombros, y manifestó á los europeos la inmensa gratitud que sentia por la bondad con que habia sido tratada su compañera, y los agasajos de que habia sido objeto.

Con los enviados de Colon regresaron á la playa, y cada cual llevó su ofrenda al almirante.

Las mejores relaciones se establecieron entre ellos, y lo único que parecian sentir Colon y su gente, era no haber hallado ni indicios siquiera de las riquezas que soñaban encontrar en la isla.

Y sin embargo, la verdadera felicidad existia en ella.

Aquella tierra nueva, risueña, fecunda, inmensa, cubierta por una atmósfera de cristal y bañada por un mar cuyas ondas exhalaban deliciosos perfumes, se le figuró que era la isla maravillosa separada del continente de las Indias, que buscaba desde el principio de su peregrinacion á costa de tantos riesgos, dándola el quimérico nombre de isla de Cipango.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero sus cimas se elevaban sobre valles fantásticos, y sus faldas caian formando anchos y verdes prados.

A juzgar por el movimiento que se notaba en su costa, debia tener una gran poblacion.

Dejando el puerto de San Nicolàs, se inclinaron hácia el Norte de la isla, costeáronla, y descubrieron un fértil y anchuroso valle que corria hácia el interior, encerrado entre dos montañas.

Permanecieron detenidos en un puerto, al que dieron el nombre de la Concepcion, durante algunos dias, y al dedicarse á pescar, encontraron especies de pescados de los que no conocian en España.

No les era tampoco desconocido el canto de los pájaros que revoloteaban en torno de los màstiles de las embarcaciones, ó que se posaban en las arboledas que habia en la misma orilla del mar.

Una y otra cosa, recordándole su querida patria, inspiró á Colon el pensamiento de dar á aquella isla el nombre de isla Española.

Apénas descubrieron las embarcaciones, los naturales del país, sencillos, cariñosos, hospitalarios, càndidos y respetuosos, acudieron en tropel à la orilla considerando á los europeos como criaturas de una naturaleza superior, y que un designio celeste les enviaba desde los límites del firmamento para ser adorados por ellos como si fueran dioses.

Una poblacion numerosa y feliz cubria entónces las llanuras y los valles de Haiti.

Los hombres y las mujeres eran tipo de fuerza y de gracia.

La paz perpétua que reinaba entre ellos daba á su fisonomía una expresion admirable de dulzura y de bondad.

Sus leyes eran los instintos benévolos de su corazon, que se conservaban en sus tradiciones y en sus costumbres.

Parecia un pueblo en la infancia, cuyos vicios no habian tenido aún tiempo de desarrollarse, siendo gobernado por la inspiracion de su inocencia.

Tenian, sin embargo, rudimentos de agricultura, de horticultura y de arte, y poseian los medios de atender á las primeras necesidades de la vida.

Los campos estaban admirablemente cultivados.

Sus elegantes moradas formaban aldeas en medio de las selvas, y árboles cargados de fruta rodeaban los rios ó los manantiales.

Sus trajes, más que para librarlos de la intemperie, para servirles de adorno, se componian de tejidos de algodon, trenzas de pluma y toneletes cortos.

Su gobierno era sencillo y natural como sus ideas.

Era la familia aumentada por la continuidad de generaciones, pero siempre agrupadas en torno de un jefe hereditario, al que llamaban el cacique.

Las costumbres, constituciones no escritas, pero inviolables como una ley divina, eran el consejo de estos reyes.

En éstos residia la autoridad paternal.

En sus vasallos el amor filial.

Los naturales de Cuba y de Guanahani que Colon habia embarcado con él para que le sirvieran de guías y de intérpretes en aquellos mares, comprendian algo el lenguaje de los europeos, y éstos á su vez comprendian á medias el de los habitantes de la isla Española, á la que consideraban como una rama separada de la misma raza humana, razon por la cual no tardaron en establecerse relaciones de inteligencia entre Colon y el pueblo á que acababan de llegar.

Los pretendidos indios continuaban agasajando á los es-

pañoles con su pan de cazabe, sus sabrosas frutas, sus pescados, sus pájaros domésticados, las flores y plumas de bananos que poseian.

"La naturaleza, escribia Colon en sus Memorias, es en este país tan pródiga, que la propiedad no ha inspirado el sentimiento de la avaricia ni de la concupiscencia.

"Los hombres parecian vivir en una edad de oro, felices y tranquilos en medio de jardines sin límites, que no están separados los unos de los otros por muros ni por empalizadas.

"Consideran como un malvado al que se complace en hacer mal á otro; el horror de los buenos á los malos constituye toda su legislacion.

"La religion está fundada en el sentimiento de inferioridad, de gratitud y de amor hácia el Sér invisible que les ha prodigado la vida y la ventura."

¡Misterios de la Providencia!

Colon quiso llevar al Nuevo Mundo la virtud y la vida, y á pesar suyo solo sembró el exterminio y la muerte.

El 14 de Diciembre hizo Colon otra tentativa para buscar la isla de Babeque, pero vientos contrarios se opusieron á su voluntad.

Visitó, sin embargo, una isla que estaba enfrente de la Concepcion, tan abundante en tortugas, que la denominó isla de las Tortugas.

No era ménos bella que las que habia visto hasta entónces.

A uno de sus valles le bautizó con el nombre de Valle del Paraíso, y con el de Guadalquivir á uno de sus rios, en memoria del que tantas veces habia visto en Córdoba y Sevilla.

Habiendo huido al aproximarse los españoles los naturales de la isla que acababa de descubrir, renunció Colon á visitarla y regresó à la Española.

Poco despues de su llegada recibió la visita del jóven cacique de la isla, á quien ántes no habia podido conocer, y á quien todos los suyos daban gran importancia.

Sus relaciones con Colon y la historia de este soberano son demasiado interesantes para que no las consagremos un capítulo aparte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XI.

Haiti.

A hemos dado una idea de la isla de Haiti.

Pero no conocemos ni el orígen, ni las costumbres, ni la organizacion social de sus habitantes.

Cuando Colon dirigia sus naves hácia la orilla de aquella isla, que tan bella se le aparecia y que tanta codicia despertaba en el ánimo de sus compañeros, porque los indios de Guanahani les habian indicado que en sus entrañas se encerraba mucho oro, era rey de la isla Guacanajari, valeroso guerrero, á quien no solo los indios, sino hasta los caciques de varios departamentos en que estaba dividida la isla, profesaban amor, respeto y veneracion, por la energía y la bondad de su alma, por el dominio paternal que ejercia sobre todos.

Guacanajari era soberano por derecho de herencia, como descendiente de la raza sublime de soberanos que habian engendrado Vagoniana y la diosa, que para ellos habitaba siempre bajo las cristalinas ondas del mar.

Vagoniana, segun la tradicion de Haiti, era el padre de los hombres, y durante mucho tiempo los tuvo encerrados en dos grutas ó cavernas, sin que les permitiera salir á ver el sol.

Una noche envió uno de ellos, al pescador Huacani, á la

orilla del mar, pero con órden de que volviera ántes de amanecer.

Desobediente Huacani halló tantas delicias admirando los objetos que tenia en torno suyo, que permaneció en la orilla más tiempo del que le era permitido; pasó la noche allí, y al amanecer del dia siguiente se trasformó en ruiseñor.

Apesadumbrado Vagoniana por la desaparicion de su amigo, cuyos gemidos oia por la noche, mandó salir de las cavernas á las mujeres y á los niños de pecho, y solo dejó en ellas á los hombres.

Mandó conducir á las hembras á la isla Matinino, que se llamó despues Matalino, y se llevó consigo á sus hijos.

Estos, atormentados por el hambre y la sed, exclamaron: «¡Toa, toa!» Lo que quiere decir: «¡Mamá, mamá!»

Estaban cerca de un rio, y se trasformaron en ranas.

Ninguno podia vivir bajo la luz del sol.

Vagoniana era el único que podia desafiar sus rayos.

Buscando á su amigo Huacani por todas partes, descubrió en el fondo del mar una mujer hermosa, y se arrojó al agua para verla de cerca.

La deidad le recibió en sus brazos, ambos libaron la copa del amor, y ella le dió unas bolas de mármol que los indios llamaban *cibas*, y unos pedacillos de nácar á los que dieron el nombre de *guaninos*.

Estos objetos fueron más tarde los atributos de los reyes, y los usaban como cosas sagradas porque habian pertenecido á Vagoniana, padre de su raza.

Los hombres que permanecian en las grutas, no teniendo á su lado ni á su rey, ni á sus mujeres, ni á sus hijos, se entristecieron profundamente, y para buscar consuelo se precipitaron en los abismos apénas tendió su manto la noche.

A lo léjos descubrieron unos séres que tenian la aparien-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

cia de mujeres, y que subian y bajaban á los árboles *mirabolanos*.

Aproximáronse á ellos y quisieron cogerlos, pero se les escapaban de entre las manos.

Buscaron entónces á los que tenian las manos más callosas, para que pudieran aprisionarlos mejor, y éstos, que recibieron el nombre de *caracoles*, se apoderaron de cuatro de aquellos séres extraños, pero inútilmente, porque les fué imposible con ellos continuar la raza.

Reunidos en consejo los ancianos dijeron á los jóvenes que buscasen al pájaro llamado *pico*, pájaro encarnado, amarillo y negro, de forma preciosa, y les obedecieron.

Apénas les tocó con su pico el precioso pájaro, aquellos séres se cambiaron en mujeres que poblaron la isla de Haiti.

Tal era la tradicion de aquel pueblo (1 A.)

Las grutas en que habian permanecido los hombres hasta arrojarse al abismo, llamábase la una Cacibaxaguá, que era la más profunda, y Amayauna la otra.

Vagoniana y la deidad acuática habian engendrado la raza más pura y màs fuerte de la tierra.

Sus hijos, encerrados en las dos grutas estaban vigilados por Machokael, el cual no se separaba nunca de la gran embocadura del monte Cauta.

Pero este guardian quiso un dia saber de dónde salia la luz, y sin sentir se fué alejando poco á poco del paraje donde debia estar de centinela.

Llegó la aurora, é instantáneamente Machokael se convirtió en piedra.

Entónces fué cuando los hombres, abandonando las dos grutas, se dispersaron por Haiti.

1 Véanse las notas al final del tomo.

Guacanajari, descendiente del Creador, segun los indios, llamábase rey de los reyes y señor de todo cuanto el mar bañaba con sus ondas.

Considerábanle, como hemos indicado, porque habia elevado la justicia hasta su trono, porque habia inspirado el amor y la verdad, porque habia perseguido la ingratitud y la hipocresía, porque al mismo tiempo habia enseñado á los suyos á cultivar la tierra, á curar sus enfermedades, y los habia defendido contra los furores, la maldad y los atentados de sus enemigos.

Ainaima era la esposa de Guacanajari

De ella tenia dos hijos, dos príncipes de la sangre de Vagoniana, que debian heredar su trono, los cibas y guaninos y adornar con ellos su pecho como símbolo de su majestad.

Varios caciques gobernaban bajo sus órdenes los departamentos de la isla, y cuatro de ellos, los más principales, eran reyes bajo el mando de Guacanajari.

Llamábanse Caonabo, Boechio, Guarionex y Gayacoa.

Guarionex dominaba la llanura y poseia más de sesenta leguas en el centro de la isla.

Boechio reinaba en la parte occidental en la tierra ó provincia de Xaragua, donde se encuentra el lago de Xaragua.

Gayacoa poseia el Oriente de la isla hasta el arroyo de Haini, en el punto en que el riachuelo Juna va à perderse en el mar.

Este era uno de los más poderosos caciques, y sus guerreunos de los más fuertes á causa de su vecindad con los caribes.

Caonabo poseia las montañas y una vasta extension del país, ó sea el Cibao, donde se hallaban las minas de oro.

Guacanajari, rey de los reyes, dominaba en la parte Norte,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en el Estado llamado Mariem. vasta extension en cuyo centro se hallaba su corte á cuatro leguas del mar.

Los departamentos principales de la isla eran Xaragua, Cibao, Higuey, Guahaba, Guacayarima, Amigayahana, Saabana, Sanica, Maguana y Cacibaxagua.

En todas ellas habia tríbus, y en la última se albergaban los indios errantes de los departamentos impenetrables que rodeaban las montañas del Nisao.

Todos vivian en paz.

Las sepulturas de los antepasados de aquellos hombres estaban coronadas de flores.

Sus enemigos, vencidos en varias ocasiones, no se atrevian á lanzar sus flechas contra el trono de Guacanajari.

Aquel hermoso soberano dormia tranquilo en medio de las montañas.

La luna velaba sus ensueños de amor.

Era tan feliz aquel monarca, que jamas habia derramado una sola làgrima.

Sus piés hollaban siempre polvo de oro.

Pero de pronto se oscureció durante tres dias el brillante cielo en que bañaba sus miradas.

En el horizonte apareció una corona de fuego, y al volver en torno suyo los ojos, vió que todos sus vasallos, participando de su consternacion, habian acudido á su lado para que les explicase la causa de aquel fenómeno.

¿Qué podia decirles Guacanajari, que no sabia explicarse lo que pasaba?

—Orad, vírgenes, dijo á las jóvenes indias, orad, sacerdotes, añadió, dirigiéndose á los ancianos.

Las jóvenes se hincaron de rodillas.

El fuego de los altares, apagado de una manera sobrenatural, se negó á arder, á pesar de los esfuerzos de los sacrificadores.

—¡La raza de Vagoniana está maldita! exclamó Guacanajari.

Los adivinos temblaban.

Los guerreros arrojaban las flechas.

Todos miraban á Guacanajari como esperando de sus labios una órden, un mandato cualquiera.

El rey arrancó de su cuello el sagrado collar y lo arrojó al altar.

El Tzimes, divinidad de forma monstruosa que poseian los caciques y á quien consideraban como un intérprete de Dios y como un consejero, permaneció silencioso.

Pero un doloroso gemido resonó, sin que se pudiera saber de dónde salia.

Los butios, sacerdotes que practicaban las abluciones y los ayunos, y tomaban un brebaje que les sumia en un delirio profundo, durante el cual se les aparecian infinitas visiones, no eran más felices que los demas.

Las vírgenes mesaban las trenzas de sus cabellos, y todo el pueblo haitiano derramaba abundantes lágrimas.

Llegó la noche.

Las estrellas desaparecieron del espacio.

La luna parecia ensangrentada.

El aire era abrasador.

Presa de un vértigo terrible, Guacanajari intentó acabar con su vida; pero el àngel del bien le detuvo, y diciendo á los suyos «Esperadme,» corrió precipitadamente por la llanura, subió á una de las montañas más elevadas, y aguardó allí á que amaneciese para pasar su vista por el horizonte.

Fijos sus ojos en el Occidente, vió dos objetos que le parecieron animales terribles que levantaban sobre las ondas sus poderosos brazos, y se dirigian á él con aspecto amenazador

Eran las dos carabelas de Colon, que Guacanajari veia por la primera vez.

El terror se apoderó de su alma.

Abandonó la montaña y se refugió en las espesuras del bosque Cibao.

Tantas emociones le privaron de sentido, y pasó toda la noche como si la muerte hubiera colocado sobre su frente su helado dedo.

Al dia siguiente, al abrir los ojos, se vió rodeado de sus guerreros.

Los sacerdotes anunciaron el último dia de Haiti.

Los sabios murmuraron la plegaria de los muertos.

Las madres ocultaban á sus hijos en su seno, y los ancianos, postrados de hinojos, doblaban la rugosa frente.

—No, aún no me ha abandonado el valor, exclamó Guacanajari.

Y templando la cuerda de su arco, lanzó una flecha que atravesó las nubes.

Un *aura*, ave de rapiña de negra pluma que hendia el espacio, cayó á sus piés como herida por el rayo.

—¡Haiti! exclamó, el espíritu de Vagoniana me anuncia que el enemigo llega hasta aquí impelido por las ondas del mar.

Los caciques no tardaron en llegar de todas partes á reunirse con Guacanajari y prestarle todo su apoyo.

La llanura del Yaqui se inundó de indios, todos fuertes como la hacana, madera con que los indios fabricaban sus armas.

Guacanajari les habló en estos términos:

—Paz, hijos mios; Dios lanza el rayo para anunciar la tormenta; arroja la lluvia para que nazca el fruto; entristece la luna para refrescar la brisa; imprime movimiento á todo, y es causa de cuanto pasa en el mundo; El impone la tristeza y

la alegría, la ruina ó la felicidad, la vida ó la muerte; El despierta en el corazon de los reyes el odio ó la amistad, la paz ó la guerra!

¡Que el Dios de Vagoniana ilumine vuestro corazon é inunde mi ánimo y le prepare á la clemencia! Caonabo, Boechio y Manicate, templad vuestra cólera; caciques y sacerdotes, que la paz sea con vosotros; vírgenes de Haiti, mi alma no está envenenada con el horrible odio ó en la venganza sangrienta; enjugad vuestras lágrimas, porque en el fondo de mi corazon reposa la paz y la esperanza; quiero hacer lo que la flor en la primavera, que exhala sus perfumes en el cielo (B).

En aquel momento repitieron los ecos la marcial música con que los soldados de Colon, al desembarcar en tierra, celebraban su triunfo.

Instantáneamente los indios que se habian quedado en la costa corrieron precipitadamente á refugiarse detrás de los pliegues de las montañas.

Algunos de ellos se acercaron á Guacanajari.

—Rey de los reyes, exclamaron, el extranjero huella con su planta las playas de Haiti; su frente es blanca como el fruto de la ceiba; le acompañan indios de Saamoto, de Cuba y de Guanahani.

—Bien venido sea el extranjero, respondió Guacanajari, dispuesto estoy á recibirle.

Y mandó que algunos indios fueran en su nombre á ver á Colon para llevarle á su presencia.

Entónces fué cuando el almirante envió algunos de sus compañeros á saludarle, y los intérpretes para que le explicaran cuáles eran sus deseos al llegar á la isla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XII.

Una triste Noche-Buena.

Guacanajari recibió cordialmente á los enviados de Colon, apaciguó á sus guerreros y tranquilizó á los caciques, manifestándoles que los extranjeros iban animados de los mejores sentimientos hácia ellos. Los españoles llegaron hasta su trono, y las armaduras con que cubrian su cuerpo, cuyo esplendor aumentaba los rayos del sol al reflejarse en ellas, produjeron una impresion de asombro en el soberano indio.

—Saluda á los hijos del sol, exclamaron los intérpretes de Guanahani al acercarse al trono de Guacanajari, al lado de los emisarios de Colon.

El rey alzó los ojos y los fijó en los españoles.

—La paz del buen espíritu os acompañe, dijo á los extranjeros; en su nombre os ofresco hospitalidad en mi pueblo y en el palacio de Vagoniana.

Los extranjeros á quienes desde aquel momento llamó hijos del sol, besaron su frente.

Guacanajari les estrechó en sus brazos, puso á su disposicion cuanto tenia y hasta les ofreció para descansar la hamaca real en donde Vagoniana habia engendrado su raza.

Sirviéronles agua fresca de coco, maíz y cazabe (C).

Las vírgenes indias ofrecieron á los extranjeros su regazo para que reposando sobre ellos su cabeza, durmieran en tanto que ellas con religioso silencio velaban su sueño.

—Guacanajari, dijeron al rey los intérpretes en nombre de los huéspedes; Colon, almirante de los reyes de Castilla y de Leon y capitan de estos hombres, han venido en su nombre á saludarte y á enviarte la paz porque eres bueno.

—Podeis decirle, contestó Guacanajari, que jamas la tristeza ha vivido en mi alma; que jamas el remordimiento ha proyectado su sombra sobre mi frente; que mis pueblos viven felices adorando al sol de quien han recibido la vida y de Vagoniana, que fué el primero de mi raza.

Todo cuanto tengo, todo cuanto soy se lo ofrezco. Jamas ha llegado nadie hasta mí con lágrimas en los ojos sin que las haya enjugado.

Inmediatamente dispuso que uno de los caciques más jovenes, con los atavíos màs brillantes y con un séquito lucido, fuese á pagar la visita á Colon y á invitarle á descansar en el palacio de Guacanajari.

Púsose en marcha la comitiva de Anaibuni, que así se llamaba el cacique elegido, y subió á una especie de palanquin, conducido por cuatro indios.

Unos doscientos más formaban su cohorte.

Guacanajari dispuso que no llevasen flechas para mostrar cuán amistosas eran las relaciones que queria entablar con los recien llegados.

Cuando llegó la comitiva á la orilla del mar, se subieron los que la formaban en ligeras canoas para acercarse á la *Santa María*.

En aquel momento estaba el almirante comiendo en su cámara.

Supo por los intérpretes el objeto de aquella visita, salió al encuentro de Anaibuni, el cual mandó á los suyos que se quedasen en las canoas, y acercándose á las carabelas y acom-

pañado por Colon fué á la cámara, en donde se hallaban todos los jefes de la expedicion española.

Solo dos ancianos que parecian sus consejeros siguieron á Anaibuni, y cuando él tomo asiento se sentaron á sus piés.

Obsequiábanle Colon y los suyos con los manjares que les servian de alimento, y no hacia otra cosa más que gustarlos, dando órden en seguida de que se los enviasen á sus vasallos.

Apénas hablaba el cacique, pero trataba con la mayor consideracion y respeto á los europeos.

Terminada la comida presentó à Colon un cinturon ó tahalí maravillosamente labrado y dos piezas de oro.

Colon se apresuró á ofrecerle varias cuentas de azahar, unos borceguíes de color, un frasco de agua de azahar, y le mostró ademas una moneda española en la que se hallaban los bustos del rey y de la reina, dándole á entender el poder y grandeza de aquellos soberanos que le habian enviado hasta allí.

Salieron todos de la cámara, y al subir á cubierta mandó Colon que desplegasen los marineros los estandartes y las banderas.

En vista de aquellos objetos y de aquellos hombres que no se parecian á los de su raza, creyó Anaibuni, lo mismo que sus consejeros, que aquellos hombres no podian ser sino séres descendientes del cielo, y enviados allí para derramar la felicidad en la isla.

Al anochecer, despues de haberse valido de los intérpretes para manifestar á Colon los grandes deseos que el rey de los reyes, Guacanajari, señor de Haiti, y jefe de las cinco partes de la isla, tenia de conocerle, y que se honraria en extremo recibiéndole en su palacio, volvió á tierra en un bote de la carabela almirante, y con la misma pompa que habia llegado, en el mismo palanquin y rodeado de sus vasallos volvió á dar

cuenta de su mision, enviando delante, con gran aparato y ceremonia, los objetos que le habia regalado el ilustre marino genovés.

Aunque adornado con objetos de oro, no lo poseian en la abundancia que deseaban los españoles, y como á sus preguntas acerca del orígen de aquel metal contestaba que siguiendo el rumbo hácia donde caminaban no tardarian en hallar más islas ricas en oro, resolvió continuar su marcha; pero no sin dejar ántes en aquella costa una gran cruz, que los habitantes de las cercanías adoraron del mismo modo que la habian visto adorar á los europeos.

El 19 de Noviembre continuó su interrumpida marcha, y al dia siguiente ancló en un puerto al que dió el nombre de Santo Tomás, donde está hoy la había de Acud.

Noticiosos los habitantes de aquella parte de la isla de la buena acogida que les habia dispensado Guacanajari, en canoas ó á nado se dirigieron á los buques llevando ofrendas de todas clases.

La generosidad de aquellos habitantes rayaba en despilfarro, porque todo cuanto tenian les parecia poco para obsequiar á los extranjeros.

En las mejores relaciones, muchos de los caciques fueron á visitar las carabelas y á rogar à Colon en nombre de Guacanajari, á que no se alejase sin ir á visitar su corte.

Uno de ellos llevó un nuevo presente de Guacanajari al almirante.

El rey de Haiti queria á toda costa verle, y se esforzaba en festejarle al efecto.

Enviábale otro tahalí, trabajado con cuentas de color y hueso, y una máscara formada con huesos de pescado y nácar, cuyas narices, orejas y lengua eran de oro macizo é incrustaciones de perlas.

Aquel don era uno de los más grandes que podia hacerle.

Con el emisario reiteró la súplica de que no se fuese Colon sin que tuviera la inmensa alegría de estrecharle en sus brazos.

Quiso el almirante acceder á sus ruegos, pero el viento que reinaba le impidió complacerle inmediatamente.

Pero le envió nuevos mensajeros para ofrecerle en su nombre que realizaria su afan.

Los indios que le visitaron le dijeron que habia grandes tesoros del metal que tanto codiciaban en la isla, y pronunciaron el nombre de Cibao, dándole á entender que aquel era el punto que encerraba más oro.

De nuevo se despertó en el ánimo de Colon la ilusion que le habia perseguido tanto tiempo.

Imaginó que la palabra Cibao, era una corrupcion de Cipango, recordando una vez más la descripcion que de ella habia hecho Marco Polo.

Colon se dió á la vela hácia la Concepcion en la mañana del 24 de Diciembre, y tomó el rumbo del Oriente con ánimo de detenerse en el puerto más próximo á la corte de Guacanajari.

El viento continuaba siendo contrario.

Sin embargo, á las once de la noche se hallaba á cosa de una legua de la residencia del rey.

Era la Noche-Buena.

Los marineros no se olvidaban de que á aquellas horas se celebraba en su patria el aniversario del Nacimiento de Jesucristo.

Colon estaba fatigado y se retiró á descansar, esperando al dia siguiente realizar su deseo de hallarse frente á frente de Guacanajari.

Pero apénas se habia retirado cuando el timonel, que habia bebido más de lo regular, desobedeciendo una de las órdenes màs terminantes de su jefe, confió el timon á un grumete.

Los marineros á su vez habian libado bastante; viendo que su inmediato jefe dormia, se creyeron con derecho à dormir, y toda la tripulacion de la *Santa María* no tardó en entregarse al más profundo sueño.

Las traidoras corrientes de aquellas costas arrebataron con rapidez el buque hácia un banco de arena.

El grumete, al ver el agua que hervia en torno del bajel, comenzó á dar gritos.

—¡Socorro! ¡socorro! exclamó despavorido.

El almirante fué el primero en subir á cubierta y no tardaron en seguirle el timonel y los demas que desobedeciendo sus órdenes se habian dormido.

El momento era difícil.

No se trataba entónces de castigar á los culpables sino de vencer las dificultades, salvar la embarcacion del peligro que corria.

—Echad un bote al agua, dijo Colon, levad el ancla fuera de la popa, y procurad de este modo sacar del banco al buque.

Obedecieron inmediatamente, pero estaban al Occidente, y en vez de cumplir las órdenes de Colon, se dirigieron á fuerza de remo hácia la otra carabela, que se hallaba como á una media legua al barlovento.

Participaron á sus camaradas el peligro que corria el navío almirante, y Yañez Pinzon mandó inmediatamente echar al agua los botes, y con algunos de los suyos acudió en socorro del almirante, llegando demasiado tarde, porque la violenta corriente habia encallado el buque en el banco de arena.

¡Qué momentos aquellos tan crueles para Colon!

Entónces más que nunca necesitaba vivir, y la muerte se cernia en el espacio sobre su cabeza.

Pero valeroso hasta el último extremo, al ver que el buque estaba de través en medio de la corriente y que se iba llenando de agua, lo mandó desarbolar, para ver si aligerándole de peso le ponia á flote.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

La quilla se habia sepultado en la arena, al chocar se habia abierto el casco en varias partes, y las olas le azotaban, enterrándole más y más en aquel lecho de muerte.

La Providencia, sin embargo, velaba por él, porque la mar continuaba en calma.

De lo contrario la carabela se hubiera sepultado para siempre en la arena, y los marineros hubieran perecido arrastrados por la corriente.

Comenzaba á amanecer, y precisamente Guacanajari, que habia sabido la proximidad de las dos carabelas, habia tomado sus disposiciones para ir al encuentro del almirante.

Iba en su palanquin con la mayor pompa, cuando los suyos le anunciaron el peligro que corrian los extranjeros.

Bajándose de su palanquín corrió á la orilla, llegando al mismo tiempo que el almirante y la tripulacion se refugiaban en la *Niña*.

Guacanajari, profundamente conmovido, mandó llamar à todo su pueblo para que socorriera á los náufragos, y obligándoles á arrojarse al mar para arrancar á las olas todos los objetos que el agua arrastraba para precipitarlos en el abismo.

Aunque no se entendian, fácilmente podian comprender uno y otro la emocion de que se hallaban poseidos.

La fisonomía de Guacanajari presentaba el más profundo sentimiento y la más generosa bondad.

Colon, que agradecia aquellas muestras de benevolencia, comprendió desde luego que no era el papel de víctima el que mejor le sentaba en aquel momento.

Y sin enbargo, á los ojos de aquellos hombres podia perder todo el prestigio que habia alcanzado cuando le consideraban como enviado del cielo, razon por la cual encargó mucho á los suyos que no mostraran pena por lo que les pasaba.

Estrechando la mano de Guacanajari, con faz risueña hizo á los intérpretes que manifestaran que lo que habia sucedido no habia pasado más que para probar los sentimientos de su alma.

—Y en prueba de ello, añadió, vais á ver cuán grande es mi poder en el mar y en la tierra.

Y dando órden á los de la *Niña* para que dispararan las lombardas, inundó de pavor á los indios que llenaban la playa

Parecíales á todos un volcan que estallaba.

El rugido terrible de aquel volcan resonó en el cielo y en la tierra.

Y las palmeras, que erguian su frente hasta las nubes, cayeron en presencia de Guacanajari.

Hasta el mismo rey tuvo miedo.

Sus guerreros, atemorizados, cayeron en tierra, y ocultaron en la arena su rostro.

Las mujeres corrieron con sus niños á guarecerse en las montañas, en el seno de las más profundas cavernas.

—¡Hijo del cielo! exclamó Guacanajari, ya veo que eres todo poderoso; deten la furia del mónstruo que arroja la llama y rompe tan fácilmente lo más duro, lo más fuerte de la tierra. ¡Todos mis tesoros son tuyos, todo mi pueblo serà tu esclavo! Hijo del sol, tú que tienes en tu mano el rayo y el exterminio sé amigo mio, ábreme tu corazon.

Informado Colon del sentido de aquellas palabras, abriéndole los brazos:

—Sí, soy tu amigo; yo te lo ofrezco ante la faz de Dios. Jamás te faltará mi amistad, exclamó.

La alegría renació de nuevo en el alma de Guacanajari Lanzó su flecha al aire, signo para que acudieran los suyos á su lado, y desde las montañas, desde los bosques, desde las llanuras, los caciques y los guerreros, las mujeres y sus hijos, los sacerdotes y los ancianos, se agruparon en torno de Guacanajari.

—El extranjero, exclamó, es hijo del cielo azul, es grande, es poderoso. Acatadle, porque nos brinda su amistad.

Todos se inclinaron ante Colon.

¿Qué extraño es que Colon, al describir aquella escena, dijese á los reyes: "Tan amorosos, tan tratables y pacíficos son estos indios, que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y sus modales son decorosos y dignos de aprecio?"

Guacanajari se retiró con los suyos, hospedando á muchos de los tripulantes de la *Santa María* en las mejores casas de su corte.

Dos dias despues fué á visitar á Colon á bordo de la *Niña*.

CAPITULO XIII.

El Eden.

Colon estaba triste.

El naufragio de la *Santa Marta* era una pérdida irreparable.

Esto, unido á la desercion de Pinzon, habia abatido su espíritu.

Ocultaba á los suyos su desaliento, desaliento grande, porque aunque habia realizado más aún de lo que le habian prometido sus sueños, aunque todos los indicios demostraban que al fin habia llegado al gérmen de las riquezas que ambicionaba, viéndose con una sola embarcacion para volver á España, temia, ó que su descubrimiento quedase oculto para siempre por efecto de un nuevo contratiempo en el mar, ó que si llegase á saberse por los Reyes Católicos, toda la gloria de él recayese en Pinzon.

Los españoles, maravillados de cuanto veian en torno suyo, y ávidos de aumentar el tesoro que iban formando con los objetos preciosos que recibian de los indios, apénas fijaban los ojos en el almirante, ni tenian tiempo, alucinados por el presente, en pensar en su porvenir.

Pero Guacanajari, dotado de una gran penetracion y de un alma en extremo generosa, observando á Colon con más curiosidad todavía que la que inspiraba su extraña figura á los europeos, notó la profunda tristeza que se habia apodera-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La alegría renació de nuevo en el alma de Guacanajari Lanzó su flecha al aire, signo para que acudieran los suyos á su lado, y desde las montañas, desde los bosques, desde las llanuras, los caciques y los guerreros, las mujeres y sus hijos, los sacerdotes y los ancianos, se agruparon en torno de Guacanajari.

—El extranjero, exclamó, es hijo del cielo azul, es grande, es poderoso. Acatadle, porque nos brinda su amistad.

Todos se inclinaron ante Colon.

¿Qué extraño es que Colon, al describir aquella escena, dijese á los reyes: "Tan amorosos, tan tratables y pacíficos son estos indios, que no hay en el mundo todo ni mejor país, ni mejores gentes. Aman á sus prójimos como se aman á sí mismos; siempre son sus palabras humildes y afables, acompañadas de una sonrisa, y sus modales son decorosos y dignos de aprecio?"

Guacanajari se retiró con los suyos, hospedando á muchos de los tripulantes de la *Santa María* en las mejores casas de su corte.

Dos dias despues fué á visitar á Colon á bordo de la *Niña*.

CAPITULO XIII.

El Eden.

Colon estaba triste.

El naufragio de la *Santa Marta* era una pérdida irreparable.

Esto, unido á la desercion de Pinzon, habia abatido su espíritu.

Ocultaba á los suyos su desaliento, desaliento grande, porque aunque habia realizado más aún de lo que le habian prometido sus sueños, aunque todos los indicios demostraban que al fin habia llegado al gérmen de las riquezas que ambicionaba, viéndose con una sola embarcacion para volver á España, temia, ó que su descubrimiento quedase oculto para siempre por efecto de un nuevo contratiempo en el mar, ó que si llegase á saberse por los Reyes Católicos, toda la gloria de él recayese en Pinzon.

Los españoles, maravillados de cuanto veian en torno suyo, y ávidos de aumentar el tesoro que iban formando con los objetos preciosos que recibian de los indios, apénas fijaban los ojos en el almirante, ni tenian tiempo, alucinados por el presente, en pensar en su porvenir.

Pero Guacanajari, dotado de una gran penetracion y de un alma en extremo generosa, observando á Colon con más curiosidad todavía que la que inspiraba su extraña figura á los europeos, notó la profunda tristeza que se habia apodera-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do de su ánimo, y llegó á cobrarle un afecto tan sincero, tan grande, que su mayor deseo era calmar su pena, y todo cuanto tenia le parecia poco para agasajarle, manifestándole con sus agasajos la emocion, el interes que le inspiraba su tristeza, el afan que tenia de calmarla.

La abundancia de oro que al poco tiempo de sus relaciones con Guacanajari vió Colon á bordo de la *Niña*, desahogó un tanto su pecho y animó su abatido espíritu.

En cambio.... mentira parece, pero es una verdad, y como tal debemos consignarla, de todos los objetos que habian llevado los españoles para trocarlos por oro con los indios, los que más agradaban á aquellas gentes eran los cascabeles.

Alegres y dichosos, el baile constituia uno de sus mayores placeres.

Con los cascabeles en la mano se agitaban bailando sus danzas populares, y el ruido que producian los entusiasmaba.

Materialmente perseguian á los marineros españoles, y les ofrecian oro por aquellos primitivos instrumentos de música.

Despues de poseer un solo cascabel, se creia tan dichoso aquel indio, que hasta uno de ellos, despues de haber dado un puñado de polvos de oro á un marinero por un cascabel, apénas le tuvo en su poder, como le consideraba una rica joya, partió á refugiarse en los bosques, volviendo la cabeza con frecuencia, temeroso de que el español que habia hecho el negocio con él se volviese atrás y le despojase de aquella alhaja.

Hallábase Guacanajari á bordo de la *Niña* cuando vinié ron á contar á Colon este suceso, y al notar el efecto que producia la noticia en su alma, deseó saber cuál era la causa de su alegría, porque su único afan era verle feliz y dichoso.

Los intérpretes satisfacieron su curiosidad, y Guacanajari aseguró á Colon por señas que no léjos del sitio donde estaban habia entre las montañas un paraje donde existia tanto oro, que los naturales del país no le daban valor.

Y aun hizo más: le ofreció darle de aquel metal cuanto quisiera.

Tambien aquella vez pronunció el nombre de Cibao, y Colon volvió á confundirle con Cipango.

Viendo más animado al almirante, animóse tambien Guacanajari; comió á bordo con él y le invitó á que le acompañase á visitar su residencia al dia siguiente.

Al volver Guacanajari á su corte, la alegría brillaba en sus ojos.

Ainaima, la esposa de Guacanajari, participaba de sus sentimientos, y uno y otro dispusieron al dia siguiente para Colon y los suyos una abundante comida de utias, peces y varios frutos de la isla.

Terminado el banquete, condujo Guacanajari al almirante á pasear bajo las frondosas arboledas que circuian su morada, y los indios que iban en torno suyo, bajo los elevados y hermosos árboles, ejecutaron para alegrar al almirante juegos y danzas vistosísimas, poniendo en relieve la gracia de sus movimientos, dando una idea á los europeos de lo que más tarde, en nuestro siglo, habia de constituir uno de los bailes más en boga: la melancólica é insinuante danza americana.

Colon, que deseaba aprovechar todas las ocasiones para consolidar la idea de grandeza que habia inspirado desde el principio á los indios, queriendo que á su vez los españoles mostrasen nuevamente su poder á los súbditos de Guacanajari, mandó llamar á un castellano que habia servido en las guerras de Granada y era un diestro flechero, y pidió un arco y una aljaba morisca para que pusiese en evidencia su destreza.

El asombro de los indios fué grande al ver que con más

seguridad que ellos todavía lanzaba la flecha el castellano.

Ya habian oido los disparos de las lombardas, y esto les habia aterrorizado.

Colon dispuso que algunos de los suyos disparasen los arcabuces, y los tiros y la precision de la puntería de los españoles inundaron de nuevo de un terrible pavor á los indios.

El mismo Guacanajari se estremeció.

—No temais, les dijo Colon por medio de un intérprete. Solo he querido mostraros el poder que los mios pueden ofreceros, la proteccion que pueden dispensaros contra vuestros enemigos. Ya veis que ante el fuego de nuestras armas se tronchan los más fuertes árboles: del mismo modo caerán los que atenten vuestra independencia.

Una sola palabra resonó en los labios de los indios.

—*¡Turey! ¡turey!* exclamaron; lo que queria decir que aquellos hombres, que aquellas armas y su inmenso poder provenian del cielo.

Guacanajari, que no habia olvidado la aficion al oro de Colon, puso en su cuello una especie de collar formado con láminas de oro, y repartió varios objetos de este mismo metal entre los que acompañaban al almirante.

Al anochecer volvió Colon, como acostumbraba, á bordo de la *Niña*, en tanto que los indios se entregaban á las mayores muestras de alegría, porque ya no tenian duda alguna: el cielo habia enviado aquellos hombres para protegerlos, para aumentar su felicidad.

El bondadoso trato de Guacanajari, la afabilidad de los indios, las abrasadoras y cariñosas miradas con que las indias pagaban los insignificantes objetos que recibian de los europeos, la vírgen y fecunda naturaleza, el espectáculo de la vida indolente y feliz de aquellos séres que vivian apartados de la civilizacion; en una palabra, todo lo que veian, todo lo que

les rodeaba, habia despertado en la mayor parte de los compañeros de Colon un vivo deseo de no abandonar nunca aquel Eden.

Natural era que esto sucediese, porque todos los sueños de la fantasía, todas las delicias del paraíso que se pueden imaginar los mortales, las hallaban allí.

¡Ah! si esto sucedia á los que habian formado parte de la expedicion como voluntarios, cuánto no desearian permanecer en aquellas comarcas los que habian salido de los calabozos ó de las galeras buscando un subterfugio para librarse de la reclusion perpétua ó de la muerte próxima que les aguardaba como expiacion á su crímen!

Estos veian allí la vida, una vida exuberante, feliz, llena de goces; y en España, pasado algun tiempo, si no alcanzaban el perdon, el calabozo de donde habian salido, la horca, cuya fatal influencia habian aplazado.

Los que no se encontraban en su caso comparaban su vida azarosa, llena de trabajos y de inquietudes, la triste necesidad de ganar el pan con el sudor de su frente, las agonías de un porvenir incierto, el peso del cumplimiento de sus deberes para con la familia, con aquella libertad, con aquellas riquezas, con aquellas emociones, con aquellos placeres que les sonreian á unos y á otros, y ¡cosa extraña! comenzaban á sentir vivos deseos de quedarse en aquella isla sin que la voz de la patria hallase eco en su adormecido corazon.

Ninguno de ellos se atrevia à comunicar al otro sus deseos, pero no cesaban de prorumpir en exclamaciones.

—¡Qué lástima tener que abandonar este país!

—¡Cómo echaremos de ménos en España lo que aquí dejam os!

—Despues de ver esto, ¿quién no desea pasar aquí toda su vida?

Estas frases eran indicios de sus sentimientos.

Al fin y al cabo no pudieron ménos de comunicarse unos con otros y resolvieron manifestar á Colon sus deseos.

Hasta los mismos Quintero y Rascon, que tanto habian sentido abandonar el puerto de Palos y confiar su carabela à Colon, hasta aquellos mismos hombres que en los comienzos de la expedicion habian hecho lo posible para volverse á tierra, lamentaban profundamente la resolucion que el almirante les habia manifestado ya de regresar á España.

En cuanto á Alonso Velez de Mendoza, estaba completamente resuelto à no partir.

Se habia unido, cediendo á la presion de las circunstancias, con Isabel Monteagudo, la temia más que á su propia conciencia, y preferia mil veces la muerte á vivir á su lado.

Identificados unos con otros, deseosos en su mayor parte de renunciar á la gloria que les esperaba en su patria como conquistadores de un Nuevo Mundo, prefiriendo á estos laureles las comodidades, los goces que allí tan á la mano tenian, resolvieron hablar á Colon.

Pedro Gutierrez hizo uso de la palabra en aquella solemne situacion.

—Todos, dijo á Colon, nos consideramos felices viviendo en esta tierra hospitalaria. Cuanto nos rodea basta para satisfacer nuestras necesidades y nuestros goces.

Los indios nos veneran, nos aman, serán nuestros esclavos; nos brindarán toda clase de placeres y por otra parte la *Pinta* ha debido perderse, puesto que nada hemos sabido de ella, ni de sus tripulantes.

La *Santa María* está desecha; ¿cómo hemos de volver á España en una embarcacion tan frágil como la *Niña?*

Pensadlo bien, almirante, nuestro deseo es quedarnos aquí siempre.

Dios sabe allí la suerte que nos aguarda; aquí ya lo habeis visto, podemos ser los más felices de los mortales.

—¿Y la patria? exclamó Colon, ¿habeis olvidado por ventura que allí nos esperan los reyes, que no nos han enviado á que disfrutemos aquí de los beneficios que hemos hallado, sino à conquistarles tierras ricas y fértiles?

¿Y vuestros padres, y vuestros hijos, y vuestras esposas, y vuestros hermanos que piensan en vosotros, que en sus oraciones piden al Supremo Hacedor que se apiade de vosotros y que al ver que no tienen noticias vuestras vierten sin duda abundantes lágrimas?

¿No creeis que será mucho mejor volver á conquistar la gloria que allí nos espera, á estrechar en nuestros brazos á los séres queridos de nuestro corazon, que permanecer aquí entregados á la molicie?

De ningun modo; es necesario que volvamos á cumplir nuestros debebres.

Pero al mismo tiempo que se expresaba en estos términos, cruzó una idea por su mente.

El amistoso y pacífico carácter de los indios, el amor que habian despertado en su rey, inspiró á Colon el pensamiento de crear en aquella isla la primera colonia Española.

—Vuestra voluntad, dijo Pedro Gutierrez al oir la respuesta de Colon, es para nosotros una ley que nos complacemos en acatar. Pero pensad que si abandonamos esta isla, tal vez cuando volvamos á ella ó vuelvan otros, hayamos perdido todo lo que hemos ganado.

—No partiremos todos. Algunos de vosotros os quedareis aquí, dijo Colon. Con los restos de la *SantaMaría* construiremos un fuerte; en él os alojareis; los cañones del navío os servirán para defenderos; os dejaré municiones y provisiones lo ménos para un año, y miéntras yo regreso á España con

la mayor parte de vosotros, podrán los que se queden aquí explorar la isla, reconocer sus minas, adquirir grandes cantidades de oro, aprender el idioma de los indios, familiarizarse con sus costumbres y ser útiles de este modo á las nuevas expediciones que vengan aquí; porque no debeis olvidar que he tomado posesion do estas tierras en nombre de los reyes, que ya son suyas, y que á vosotros toca defenderlas.

A partir de aquel momento, no pensó más que en realizar su idea.

Aquello era una transaccion con los deseos de los que le acompañaban; y comprendiendo que algunos debian sacrificar sus comodidades en aras del deber, se propuso buscar un medio equitativo para designar á los que habian de quedarse en la isla.

CAPITULO XIV.

Fascinacion de Guacanajarí.

Dispuso Colon, con gran alegría, que los suyos construyeran una especie de fortaleza en una altura que dominaba al mismo tiempo que el mar la isla, y mandó á los marineros que deshiciesen el casco de la *Santa María* y llevaran la madera á la costa, para construir con ella el castillo donde debian guarecerse los españoles.

Al informarse Guacanajari de los designios de Colon, al saber por los intérpretes que se proponia dejar á algunos españoles para defender á sus vasallos de las invasiones de los caribes, sus más mortales enemigos, su júbilo fué inmenso.

Los indios manifestaron igual satisfaccion, porque conservar á su lado aquellos hombres extraordinarios, y tener la seguridad de que no tardaria en volver su jefe con nuevos guerreros y con navíos cargados de cascabeles y otras preciosidades, era para ellos la suprema felicidad.

Guacanajari dispuso que los indios ayudaran á los españoles á desarmar el casco del navío, y ellos se apresuraron á obedecerle con un celo inconcebible.

Los infelices ignoraban que labraban el yugo de una perpétua esclavitud.

En tanto que se edificaba el castillo, Guacanajari no cesaba de ver al almirante y de prodigarle las mayores muestras de su adhesion y de su afecto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

la mayor parte de vosotros, podrán los que se queden aquí explorar la isla, reconocer sus minas, adquirir grandes cantidades de oro, aprender el idioma de los indios, familiarizarse con sus costumbres y ser útiles de este modo á las nuevas expediciones que vengan aquí; porque no debeis olvidar que he tomado posesion do estas tierras en nombre de los reyes, que ya son suyas, y que á vosotros toca defenderlas.

A partir de aquel momento, no pensó más que en realizar su idea.

Aquello era una transaccion con los deseos de los que le acompañaban; y comprendiendo que algunos debian sacrificar sus comodidades en aras del deber, se propuso buscar un medio equitativo para designar á los que habian de quedarse en la isla.

CAPITULO XIV.

Fascinacion de Guacanajarí.

Dispuso Colon, con gran alegría, que los suyos construyeran una especie de fortaleza en una altura que dominaba al mismo tiempo que el mar la isla, y mandó á los marineros que deshiciesen el casco de la *Santa María* y llevaran la madera á la costa, para construir con ella el castillo donde debian guarecerse los españoles.

Al informarse Guacanajari de los designios de Colon, al saber por los intérpretes que se proponia dejar á algunos españoles para defender á sus vasallos de las invasiones de los caribes, sus más mortales enemigos, su júbilo fué inmenso.

Los indios manifestaron igual satisfaccion, porque conservar á su lado aquellos hombres extraordinarios, y tener la seguridad de que no tardaria en volver su jefe con nuevos guerreros y con navíos cargados de cascabeles y otras preciosidades, era para ellos la suprema felicidad.

Guacanajari dispuso que los indios ayudaran á los españoles á desarmar el casco del navío, y ellos se apresuraron á obedecerle con un celo inconcebible.

Los infelices ignoraban que labraban el yugo de una perpétua esclavitud.

En tanto que se edificaba el castillo, Guacanajari no cesaba de ver al almirante y de prodigarle las mayores muestras de su adhesion y de su afecto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Para alojarle mandó adornar la mejor casa del pueblo, dispuso que cubrieran el suelo con hojas de palma, y amuebló la habitacion con bancos de una madera negra y brillante que parecia azabache.

Como si estos agasajos no fueran suficientes, siempre que Guacanajari se hallaba en presencia de Colon le consideraba como un soberano suyo, y ponia en su cuello alguna joya de oro, no despidiéndose de él sin hacerle algun regalo de valor.

Tantas deferencias, tantos obsequios, no pudieron ménos de despertar en la mente de Colon la idea de que su naufragio habia sido un suceso providencial, porque sin él no se habria detenido en la isla, ni habria tenido noticia de las riquezas que encerraba.

Tal vez, como ya he dicho ántes, habria conquistado otras regiones de la América; tal vez lo que consideraba como un premio podia ser en cierto modo un castigo, puesto que en aquella que le parecia un tesoro, una conquista, un triunfo, fuè donde màs tarde llegó su alma á sufrir tormentos como no los habia sufrido ni durante sus largas pretensiones, ni en los instantes más desgraciados de su vida.

Pero Colon queria creer que era una dicha su detencion en Haiti, y para convencerse más y más de que no se engañaba, invocaba, al hablar á los suyos de su creencia, la circunstancia de haber naufragado miéntras estaba en calma el mar y despues de haber dado órden para levar el ancla por la popa.

Iba más léjos todavía.

Pensaba que miéntras iba á España á dar cuenta de su viaje, aquellos de los suyos que se quedasen en la isla reunieran en el castillo grandes cantidades de oro, lo suficiente para que en ménos de tres años pudieran los reyes realizar su pensamiento de siempre: la cruzada para la reconquista del Santo Sepulcro.

Tal maña y tanta prisa se dieron los españoles y los indios para la fabricacion de la fortaleza, que á los pocos dias, aunque tosca en la forma, se irguió airosa sobre las rocas que les servian de pedestal, rocas que parecian puestas allí para que dominase á un tiempo mar y tierra.

Terminada ya, quiso Colon, al mismo tiempo que dar gracias al cielo, ofrecer á los indios el solemne espectáculo del culto católico.

Habia pensado, desde luego, dejar á los que se quedaran en ella una imágen de la Concepcion esculpida en madera, que llevaba en su camarote, y cuando ya se dieron por terminadas las obras mandó formar un altar delante de la fortaleza, y puso en él, bajo un dosel, la bellísima imágen de la Vírgen.

Guacanajari y sus caciques fueron invitados á la ceremonia.

Con ellos acudieron multitud de indios de todas partes, los cuales, á alguna distancia, observaron con la mayor atencion las ceremonias que hacian los españoles.

La imágen de la Vírgen se destacaba sobre el dosel.

En torno del altar, vestidos con sus mejores trajes, se colocaron unos cuantos españoles haciendo la guardia de honor.

Los demas se formaron en dos filas, dejando á Colon, á Guacanajari y á los caciques espacio para que se acercaran hasta el altar.

En el momento en que llegó Colon, se prosternó ante la imágen.

Sus compañeros le imitaron, y los indios hicieron lo mismo con las mayores muestras de emocion.

No les acompañaba ningun sacerdote, y no pudieron celebrar el sacrificio de la misa.

Pero todos á una entonaron la Salve, en tanto que Guacanajari fijó los ojos en la Vírgen, cuya expresion era, en efecto, de una pureza sobrenatural.

Habia terminado ya la Salve.

Todos se habian levantado, y Guacanajari permanecia aún de rodillas, sin separar sus ojos un instante de la Vírgen y sin atreverse á mirarla.

Estaba en un momento de éxtasis.

No podia explicarse lo que le pasaba.

Una emocion inmensa llena todo su sér.

La música marcial de los españoles le sacó de su abstraccion.

Los españoles llevaron en procesion la imágen á la fortaleza, y concluyeron de pasar el dia celebrando con un banquete la terminacion de las obras.

Guacanajari se despedió de Colon, y el almirante notó en su rostro una nube de tristeza.

¿Qué podia ser aquello?

Al pasar rodeado de sus caciques por delante de los indios, éstos observaron tambien que padecia.

En la existencia del rey de los reyes se habia obrado un gran cambio.

Los que estaban acostumbrados á leer en sus ojos la bondad, descubrian la desesperacion y el dolor.

¿Qué habia pasado?

Su maravilloso cambio, la emocion que experimentaba, era hija de una fascinacion extraña.

Guacanajari habia sentido al contemplar aquel ideal de la belleza, que un escultor inspirado por el sentimiento religioso habia producido, una sensacion que no podia explicarse.

Un amor puro, entusiasta, vehemente, habia llenado su alma.

Aquella imágen era superior á la idea más grande de la belleza que habia podido figurarse.

No comprendia, no podia comprender lo que era, ni lo que representaba.

Habia visto un objeto que le habia fascinado por completo, que le habia arrebatado, que le habia inspirado una adoracion sin límites.

Y, sin embargo, amaba á Ainaima, la madre de sus hijos.

A Ainaima, su cariñosa compañera, el alma de su alma.

—No, no hay dada, se decia Guacanajari, el espíritu del mal se ha apoderado de mí. ¿Por qué habré amado á Ainaima? ¿Por qué habrá gozado mi corazon al recibir de sus manos los hijos que nos ha dado el cielo?

Apénas se separó de Colon, se dirigió á su morada y mandó á todos que le dejasen solo.

¡Parecia mentira que sufriese el que tenia á su lado á los enviados del cielo, á los que debian defenderle de las invasiones de los caribes, á los que representaban á sus ojos la Providencia!

Y sin embargo, el sufrimiento le hacia desear la soledad.

Léjos de todo el mundo, recostado sobre las hojas de palma que se extendian en el suelo de su habitacion, trató en vano de alejar de su vista la vision que le perseguia.

Ainaima observó su dolor.

Con paso imperceptible para no distraerle llegó hasta él, le contempló con interes, se sentó á su lado, quiso adivinar en su miradas los sentimientos que luchaban en su corazon, y solo consiguió participar de su amargura.

El resto del dia, toda la noche, la mañana siguiente, trascurrieron para Guacanajari sin que pudiera cerrar los ojos, sin que Ainaima se apartase de su lado.

Pero oid al espíritu de Guacanajari contando la impresion que habia producido en él la imágen y explicando á su modo la adoracion que le habia inspirado, porque la tomó desde luego como un sér humano.

«Habia oido, decia, una armonía celeste, más dulce que el gemido del ruiseñor y los cantos de las vírgenes de Haiti.

«Todos estaban arrodillados y mi pueblo bendecia igualmente al Dios de los guerreros.

«Sobre el altar habia una mujer màs hermosa que el sol y que la luna.

«Sus ojos eran ardientes como la llama divina, y dulces como los de la paloma.

«Su frente era serena como el cielo al medio dia, pura como un lago sin fondo.

«Su boca era sonrosada como la flor del mamej.

«Sus dientes blancos como la espuma del mar.

«Sus cabellos, negros como el ébano, caian formando trenzas hasta su cuello.

«Su figura era esbelta como la palmera.

«Sus manos blancas como las flores del espino.

«Al verla mi corazon se conmovió y la bendije.

«Fijé mis ojos en los suyos; su mirada era dulce, expresiva, amorosa.

«Al separarme de ella venia conmigo.

«Al cerrar los ojos para no verla, la veia más y más.

«Durante las horas de insomnio y de lucha pasaba ante mí como las nubes por la cima de las elevadas montañas.

«Presentiendo que iba á ser víctima de la fatalidad, maldecia hasta el primer instante feliz de mi vida, el instante del nacimiento de mis hijos.

«El aire me sofocaba y una inquietud terrible llenaba mi mente.

«¡Ah! desde entónces aborrecí la luz; el silencio, la soledad eran mis compañeros.

«La noche perdió su calma para mí; el cielo no me sonrió y hasta las flores perdieron su color, su aroma.

«Una lúgubre melancolía abrió su sepulcro en mi corazon.

«No deseaba oir más que el gemido del pájaro agorero, el monótono ruido del torrente, y porque deseaba la muerte fuí á refugiarme en la caverna de Cazibaxagua.» (D)

Presa de esta inquietud, de esta angustia, en vano le preguntaba Ainaima cuál era la causa de su martirio.

Guacanajari dejaba sin respuesta sus preguntas.

¡Inconcebible amor el de Guacanajari!

Pero como el aroma de las flores que bordaban los plateados arroyuelos, tenia, sin embargo, toda la intensidad de una pasion.

En sus horas de insomnio la veia; cuando, cediendo al cansancio, cerraba los ojos, se le aparecia en sueños, y hasta le hablaba en su propio idioma y hasta le prometia tesoros de amor.

¡Pobre loco!

El rey amante de sus vasallos; el padre tierno y amoroso de aquellas tríbus; el hombre feliz habia perdido la tranquilidad, era el más desgraciado de los mortales, habia abandonado à sus hijos; comprendia que al abrigar en su corazon aquel amor cometia un delito, y desesperado, solo ansiaba la muerte.

Pocos dias despues del en que se celebró la ceremonia, su rostro estaba mustio como las hojas de los árboles que arrebata el viento del otoño en su carrera.

Buscando el olvido, apénas tendia su manto la noche abandonaba su morada, recorria los valles, los bosques, trepaba á las colinas, y en todas partes le perseguia la vision.

—¿Por qué, por qué, exclamaba, no me arrebató de su lado, en el momento en que la veia por la primera vez, el ángel de la muerte para llevarme al sepulcro?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La única esperanza que le quedaba era la de poseer á cualquier precio aquella imágen, y calmar su ansiedad contemplándola.

La fiebre puso á Guacanajari á las puertas de la muerte.

CAPITULO XV.

Partida de Colon y fin de Aínaima.

Herido de muerte, casi sin respiracion, reclinado en la hamaca de los reyes de Haiti, parecia exánime el cuerpo de Guacanajari.

A su lado Ainaima permanecia agitada, ansiosa, sin separar de él los ojos, temiendo á cada instante recibir su último suspiro.

Siete dias trascurrieron para la reina, sus hijos, los caciques y los vasallos de Guacanajari en mortal agonía.

Al octavo abrió los ojos, y descubrió la viva inquietud de los que le rodeaban.

Ainaima se acercó á su lado.

Sus dos hijos contuvieron los sollozos para no afligir á su padre.

Los butios, que segun la costumbre de Haiti, ántes de que acabase de espirar el rey le cortaban la cabeza, blandían ya la cuchilla para dejarla caer sobre el cuello de su soberano.

La torta de cazabe se habia ya repartido entre los parientes y principales caciques, segun costumbre, y ya resonaban los cantos lúgubres que acompañaban al rey en sus últimos momentos.

Todos elevaban su plegaria al Tzimes; el tambor sagrado resonaba en el recinto, y Ainaima y sus hijos continuaban llorando en torno de la régia hamaca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La única esperanza que le quedaba era la de poseer á cualquier precio aquella imágen, y calmar su ansiedad contemplándola.

La fiebre puso á Guacanajari á las puertas de la muerte.

CAPITULO XV.

Partida de Colon y fin de Aínaima.

Herido de muerte, casi sin respiracion, reclinado en la hamaca de los reyes de Haiti, parecia exánime el cuerpo de Guacanajari.

A su lado Ainaima permanecia agitada, ansiosa, sin separar de él los ojos, temiendo á cada instante recibir su último suspiro.

Siete dias trascurrieron para la reina, sus hijos, los caciques y los vasallos de Guacanajari en mortal agonía.

Al octavo abrió los ojos, y descubrió la viva inquietud de los que le rodeaban.

Ainaima se acercó á su lado.

Sus dos hijos contuvieron los sollozos para no afligir á su padre.

Los butios, que segun la costumbre de Haiti, ántes de que acabase de espirar el rey le cortaban la cabeza, blandían ya la cuchilla para dejarla caer sobre el cuello de su soberano.

La torta de cazabe se habia ya repartido entre los parientes y principales caciques, segun costumbre, y ya resonaban los cantos lúgubres que acompañaban al rey en sus últimos momentos.

Todos elevaban su plegaria al Tzimes; el tambor sagrado resonaba en el recinto, y Ainaima y sus hijos continuaban llorando en torno de la régia hamaca.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al abrir los ojos Guacanajari, los butios detuvieron su brazo.

De pronto resonaron en el oido del rey cánticos que hasta entónces no habia escuchado más que aquel dia en que por la primera vez habia fijado sus ojos en la imágen de la Vírgen.

Incorporándose en el lecho, descubrió á Colon que llegaba rodeado de los suyos.

El almirante habia sabido su enfermedad, y queriendo fortalecer su espíritu en la fe de Jesucristo, iba con todos los suyos llevando en procesion la sagrada imágen de la Vírgen.

—Rey Guacanajari, le dijo por medio de los intérpretes, te traigo la salud. Esta es la Madre de los que sufren, añadió, acercando hasta su lecho la santa imágen. Esta es la Reina de los ángeles, consuelo de los afligidos, Madre de Dios-Hombre: pidámosla que despierte en tu alma un rayo de fe, para que, si ha llegado tu última hora, puedas alcanzar el premio de tus virtudes en la santa mansion, ó para que te salve de la muerte que te amenaza.

Guacanajari se estremeció, y maquinalmente fijó su mirada en la santa imágen.

Ainaima leyó en sus ojos toda la adoracion que sentia hácia aquel objeto, cuya significacion no podia comprender.

La emocion le hizo perder el sentido y caer en un deliquio dulcísimo.

Sus ojos se cerraron, y un sueño reparador le tuvo en sus brazos durante algunas horas.

Colon y los suyos se alejaron.

No bien habian desaparecido los españoles, seguidos de los caciques y de muchos indios, cuando Ainaima, fijando sus ojos en la imágen que se llevaban:

—Madre del cielo, exclamó con el frio de la muerte, quiera Dios que tu corazon se trasforme en hiel, que sufras los tormentos de la ingratitud.

Pasado algun tiempo volvió á la vida Guacanajari.

Se sintió fuerte, y abandonando su recinto corrió á los bosques, escaló las montañas, disparó su flecha, llamó á los suyos y les dijo:

—Los enviados del cielo os han devuelto á vuestro rey; bendecidlos, amadlos.

Y quiso inmediatamente ir á dar gracias á Colon por el beneficio que le habia dispensado.

Colon se aprestaba á partir.

Habia ya dado á la fortaleza el nombre de Navidad, en memoria del milagro que en aquella noche le salvó de la muerte al encallar el navío.

La fortaleza estaba formada por una gran bóveda, que tenia encima una torre de madera.

Rodeábala un ancho foso.

Con estas condiciones bastaban pocos hombres para defenderla y dominar á toda la isla.

Antes de que llegara Guacanajari habia escogido treinta hombres de los más valerosos, y que más confianza le inspiraban para que guarecieran la fortaleza.

Todos querian quedarse.

Pero ante su enérgica voluntad cedieron, y solo uno de ellos, Alonso Velez, que no fué designado para quedar allí, concibió el proyecto de escaparse en el último momento para no abandonar aquella isla.

Dió el mando de la fortaleza á Diego de Arana, natural de Córdoba, escribano y alguacil de la escuadra, traspasándole los plenos poderes que á su vez le habian dado los Reyes de Castilla, y hasta dispuso que en caso de muerte le sucediera primero Pedro Gutierrez, y si éste moria Rodrigo de Escobedo.

Les dejó el bote de la *Santa María* para que pudiesen pescar, les encargó que reunieran todo el oro posible, y dispuso ademas que entre los treinta quedara un físico, un calafate, un tonelero, un sastre y un armero.

Reunidos todos les encargó una estricta obediencia á Arana; respeto á Guacanajari y á sus caciques invocó los sentimientos de gratitud, mandó terminantemente que por nada del mundo se dispersaran, sino que estuvieran siempre juntos, y recomendó á Arana y á los otros jefes que adquiriesen datos completos de los productos y minas de la isla, oro y especias, y cuanto pudiera contribuir al éxito de sus propósitos.

Colon al despedirse de Guacanajari:

—Te dejo treinta hombres de toda mi confiaza, le dijo, ellos te defenderán contra los caribes, y serás invencible toda vez que por su proteccion podrás convertir á tus enemigos en cenizas.

El rey indio manifestó su gratitud por haberle salvado la vida, y tuvo buen cuidado en averiguar si se llevaba la santa imàgen ó si se quedaba allí.

Supo con gran alegría que quedaba en la fortaleza.

Colon recomendó muy eficazmente á Guacanajari á sus lugartenientes, le prometió que cuando volviera de España les llevaria joyas preciosas, y el rey empeñó su palabra formal de que los españolesque allí quedaban no carecerian de nada y serian respetados por todos sus vasallos.

No contento todavía Colon con el prestigio que sus armas habian alcanzado sobre los indios, quiso como despedida celebrar en presencia de aquellos escaramuzas y simulacros de guerra.

En esta fiesta militar emplearon las espadas, los escudos, las lanzas, los arcos, los cañones y los arcabuces.

Pero nada produjo tanto efecto en ellos como la descarga

que á un tiempo hicieron las lombardas que habia en la fortaleza.

Las balas de piedra que entónces se usaban destruyeron una porcion de árboles, y la admiracion de los indios no tuvo límites.

Solo podia compararse con la alegría que experimentaban al pensar que estaban allí los españoles para protegerlos.

Guacanajari y Colon se estrecharon cordialmente ántes de despedirse

La despedida entre los españoles que partian y los que se quedaban en la isla, fué aun màs tierna y cariñosa.

Colon mandó cargar en la *Niña* los tesoros que habia adquirido, los indios que se proponia llevar à España, y cuando todos estuvieron reunidos á bordo, se disparó el cañonazo de leva.

Un momento ántes se habia pasado revista y faltaba un hombre.

Era Alonso Velez de Mendoza.

Se le buscó por todas partes y no se le halló.

La *Niña* se entregó á merced del viento, y hasta que la perdieron de vista, ni los indios, ni los españoles que allí quedaban apartaron sus ojos de ella.

Una profunda tristeza so apoderó de los compañeros de Colon que quedaban en la isla.

¿Presentian acaso lo que iba á sucederles?

Los indios que habian coronado las crestas de las montañas se retiraron silenciosos.

Volvamos nuestros ojos al soberano de Haiti.

Llegó una noche, noche fatal para Guacanajari.

El silencio reinaba sobre las montañas, y el mar reposaba sus tranquilas ondas sobre la arena de la playa solitaria.

La brisa empujaba las nubes hácia el Oriente.

La luna se ocultaba en el horizonte.

En medio de la oscuridad se levantó de pronto la sombra de una mujer, blanca como la espuma del mar y melancólica como el astro que acababa de ocultarse.

Atravesó lentamente la llanura deteniéndose á cada paso.

Sus cabellos iban desordenados; sus ojos lánguidos y llenos de lágrimas.

Aquella mujer era Ainaima.

Ainaima, que habia adivinado el tormento de Guacanajari, y no pudiendo resistir el exceso del dolor, iba en busca de su esposo para darle el último adios.

—Guacanajari, dijo, Vagoniana me ha conducido á tu lado y vengo á darte mi último adios.

Perdona á tu pobre Ainaima si viene á turbar tu meditacion; esta es la última vez que nos veremos, porque voy á morir.

Muy en breve nos separaremos para siempre; no quiero yo que mi presencia te mortifique ni arranque lágrimas á tus ojos.

Mi primer suspiro de amor fué para tí; la alegría inundó tu corazon cuando nacieron nuestros hijos; cuando yo duerma en el sepulcro helado, ellos te acompañarán y tú recordarás à la mujer que tanto te amó durante su vida.

Enséñales á bendecir mi memoria.

Bien sé la causa de tu tristeza, y ojalá que con mi muerte pudiera calmarla para siempre; pero no será posible.

Sin embargo, yo no puedo vivir más.

Te he amado tanto, que no siento rencor al saber que no me amas; al contrario, te bendigo con todo mi corazon.

Adios, adios para siempre.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando cayó exánime en tierra y exhaló el último suspiro.

—¡Ainaima, Ainaima! exclamó Guacanajari.

Puso la mano sobre su frente y la halló helada.

El sueño eterno pesaba sobre sus ojos como una losa.

Guacanajari cayó á sus piés.

El dolor que sentia su alma era inmenso.

Al dia siguiente al salir la aurora se le halló al lado de Ainaima.

Cundió la nueva de la muerte de la reina, y los caciques, los guerreros, los vasallos, todos acudieron á separarle de ella.

Un dia despues fué enterrada con las ceremonias acostumbradas, y Guacanajari oyó una voz misteriosa que le decia:

—Su muerte es la señal de que se acerca el fin de los soberanos de Haiti.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVI.

Diplomacia en alta mar.

No bien habia partido Colon, cuando se presentó á Diego de Arana Alonso Velez de Mendoza.

—¿Como es eso? exclamó el jefe de la Colonia, ¿dónde habeis estado? Os han buscado por todas partes sin hallaros.

—¡Ay! si supierais lo que me ha sucedido....

—Hablad, hablad.

—De todos modos, puesto que ya ha partido el almirante, supongo que me admitirais en vuestra compañía.

—No hay otro remedio; pero decidnos cual ha sido la causa de vuestra ausencia.

—Os lo confesaré ingénuamente, dijo Velez; como era uno de los designados para volver á España, no quise irme sin llevar algo más que mis compañeros, y como ya voy entendiendo algo la jerga de esta gente, indiqué á varios indios que me guiasen hácia el Cibao con el objeto de acercarme á las minas de oro y ver si podia llevarme ese metal en más cantidad que mis camaradas.

Comprendiéronme, y en efecto, por medio de bosques que eran atajos sin duda, me llevaron al pié de una montaña muy elevada, en donde habia una especie de caverna.

No habiamos hecho más que llegar cuando se acercó á nosotros uno de los caciques á quienes ya hemos visto muchas veces por acá.

Hablaron con él los indios, y quiso agasajarme. Me llevó á su morada, me obsequió y despues me acompañó hasta las minas, que es lo mejor que hay que ver en esta tierra.

Manifesté á los indios que me llevaban deseo de volver á reunirme con los mios, y comprendí por las palabras que pronunciaron que no querian que me fuese sin obsequiarme más.

No habia yo olvidado el camino, y temeroso por una parte que al verme solo me maltrataran, y por otra deseoso de volver cuanto ántes á la carabela por si llegaba la hora de partir, aproveché un momento y me puse en marcha.

Me habia hecho la ilusion de que conocia el camino, y no lo conocia.

No habia andado cien pasos cuando me ví perdido y quise aguardar á que amaneciera bajo la sombra de un árbol de anchas ramas.

Sentéme al pié del tronco y empecé á experimentar una sensacion agradable.

El aroma que respiraba me embriagaba por momentos.

Sentí una pesadez inmensa; poco á poco notaba que me iba ahogando; queria apartarme de allí y no podia; una fuerza superior me obligaba á dormir, pero á dormir un sueño doloroso.

Por fortuna mia, los de la tríbu del cacique que habian salido á buscarme me encontraron, y apartándome precipitadamente de debajo del árbol me hicieron respirar un aire puro.

Cuando volví en mí habia ya pasado mucho tiempo, y al preguntar á los indios qué me habia pasado, me mostraron á alguna distancia un árbol, indicándome que envenenaba á los que se guarecian bajo su sombra.

Era un manzanillero.

Acompañáronme de nuevo á la morada del cacique, y hasta hace poco no me han dejado volver. Pero si bien es cierto

que he faltado á mis deberes, he tenido ocasion de ver las minas, y no lo dudeis, señor Arana, mi presencia aquí será mucho más ventajosa que á bordo de la carabela.

—Sea en buen hora; aquí compartireis con nosotros las venturas y las desventuras.

Y á su vez los colonos españoles le refirieron la enfermedad de Guacanajari.

Algunos dias despues de este suceso, el rey con su corte fué á visitar al capitan de la fortaleza.

Alonso Velez, que le observaba, notó que el rey deseaba penetrar á toda costa en el castillo de madera, y una vez allí que buscaba algo con escudriñadora mirada.

De pronto se iluminaron sus ojos.

Habia visto la imágen de la Vírgen.

Cayó de rodillas y permaneció mucho tiempo contemplándola.

—¡Gran ocasion para hacerme de oro! se dijo Alonso Velez.

Guacanajari repitió sus visitas y Velez se atrevió un dia á ir solo á su morada.

Allí con las palabras indias que habia aprendido y con el gesto y con la accion le dió á entender que, si lo deseaba, le entregaria la imàgen que tanto fervor le inspiraba, siempre que le diese una gruesa cantidad de oro.

Pero al mismo tiempo le pidió el mayor sigilo.

Guacanajari experimentó una inmensa alegría.

Poseer aquel objeto, ser dueño de él, tenerle á su lado oculto de las miradas de todo el mundo, le parecia la más suprema felicidad de la tierra.

—Pídeme todo lo que quieras, dijo Alonso Velez.

—Oro, mucho oro, contestó el español.

El rey dispuso que llevaran de palacio grandes cantidades de aquel metal, y para demostrar á Alonso Velez que estaba dispuesto á satisfacer sus deseos, ántes que él le cumpliera la palabra que le habia dado, le entregó con el mayor secreto aquel metal.

Solos los dos, cavó el español un gran hoyo, al pié de uno de los tamarindos de los alrededores de palacio, y enterró en él el tesoro que acababa de darle Guacanajari.

—Todos los dias, le dijo, vendré para ir llevándome poco á poco parte de estas riquezas.

Así lo hizo; y á su vez, cuando le tocaba de guardia por la noche, bajaba hasta la playa y enterraba allí el oro que se iba llevando del palacio de Guacanajari.

Pero no cumplió su promesa, y el rey esperaba con ánsia tener en su poder la imágen de la Vírgen.

Alonso Velez le indicaba que tenia que luchar con grandes dificultades para arrebatarla á sus compañeros, y de esta manera daba treguas á la ansiedad del soberano.

Entre tanto Colon, á bordo de la *Niña*, despues de haberla sacado á remolque para librarla de los escollos de que estaba rodeda, siguió el rumbo del Oriente hácia un alto promontorio poblado de árboles y hierbas, que parecia desde léjos una isla unida solo á la Española por una garganta de tierra.

Bautizóla Colon con el nombre de Monte-Cristi, nombre que todavía conserva.

El viento dejó de serle favorable, y tuvo que permanecer cuarenta y ocho horas en una bahía al Occidente del promontorio.

Aprovechóse una buena racha, dobló el cabo, y algunos minutos despues un marinero que estaba de guardia anunció que descubria á lo léjos á la *Pinta*.

Esta nueva inundó de alegría á todos los que iban á bordo de la *Niña*.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El buque que mandaba Martin Alonso Pinzon, empujado por un viento muy vivo, se encaminó directamente hácia la bahía de Monte-Cristi, adonde Colon se habia refugiado aguardando tiempos mejores para proseguir el viaje.

Apénas oyó el almirante la noticia del marinero, subió á cubierta para convencerse de que no se engañaba.

Su exploracion le dió por resultado la seguridad de que iba á verse cara á cara con Martin Alonso Pinzon.

Como habia tenido tanto cuidado de ocultar á sus compañeros la idea que tenia de aquella desercion; como en vez de acriminarle le habia compadecido creyéndole perdido en el mar, por más que la indignacion estallase en su alma, necesitaba ocultar á Pinzon los verdaderos sentimientos que le inspiraba, y limitarse á aceptar sus excusas y á mostrarse contento de su reaparicion.

El capitan de la *Pinta* por su parte, al descubrir á la *Niña*, dirigió sus miradas por el vasto Océano para ver si divisaba al navío almirante.

No descubriéndola creyó que estaria léjos, y como su hermano mandaba la *Niña*, no tuvo inconveniente en acercarse á la carabela para saber qué es lo que habia pasado á Colon.

El ilustre marino genovés adivinó este pensamiento de su falso amigo, y tuvo buen cuidado de ocultarse á su vista.

A corta distancia una de otra se hallaban ya las dos carabelas, y los tripulantes se saludaban con inmensa gritería y anhelaban por instantes acercarse unos á otros.

Alonso Pinzon mandó echar al agua el bote y en él se trasladó á la *Niña*.

Como todos le saludaban con júbilo y consideraban como un milagro verle sano y salvo, presumió desde luego que habian atribuido más que á cálculo á un contratiempo su ausencia, y encontró ya la excusa que podria dar en aquellas circunstancias difíciles para él.

Pero no bien estuvo á bordo de la *Niña*, cuando, con gran sorpresa suya, acercándose Colon y estrechando su mano:

—Bien venido seais, amigo mio, ¡gracias á Dios que os vuelve con vida á nuestro lado!

Y no dándole tiempo para que hablara delante de los marineros, que le observaban con curiosidad:

—Venid, venid conmigo á referirme lo que os ha pasado.

Y le llevó á su camarote, quedando entrambos solos.

—No podeis imaginaros, amigo mio, le dijo ocultando el resentimiento que tenia hacia él, la pena que he experimentado creyéndoos víctima de las tempestades, porque no ha cruzado un solo instante por mi imaginacion la idea de que vuestra ausencia haya sido una desercion.

Pronunció éstas palabras de tal manera, que Pinzon comprendió desde luego hasta qué punto le ocultaba la verdadera opinion que tenia de su fuga.

Pero aunque su natural energía le puso á punto de confesar la verdad y de decir á Colon que los motivos que habia tenido para separarse de él eran los de haber creido más acertado su plan que el suyo, al alzar sus ojos para fijarlos en los del almirante renunció á la altanería y optó por la humildad.

—Habeis hecho muy bien de no pensar semejante cosa de mí, le dijo.

—¿Pero á Dios gracias no fué ninguna avería causa de la separacion de vuestra carabela de las nuestras?

—De una avería, no; de una torpeza del timonel de guardia, sí.

—¿No visteis la señal que mandé poner en el palo mayor de la *Santa María* anunciàndoos que vinierais á reuniros conmigo?

—No por cierto; y esta es la torpeza de que acuso á uno de mis más leales servidores y de que me acuso á mí propio.

Sabeis cuán velera es la *Pinta*. Habíamos llegado á una altura en la que el viento nos era màs favorable que á las otras dos carabelas. Quise quedarme á la capa aguardando á que la *Santa María* y la *Niña* se acercaran, pero el viento me empujaba.

La noche era oscura.

Pregunté al timonel si habia visto alguna señal en el navío almirante, me aseguró que no y continué marchando con la esperanza de que al dia siguiente, al amanecer, podriamos vernos. No fué así.

En vano dirigí á todas partes miradas investigadoras.

Solo veia en torno mio la inmensidad del Océano, pero las carabelas no.

En aquella situacion creí lo mismo que vos habeis pensado de mí; creí que habiais sufrido algun contratiempo y mi único anhelo desde entónces fué buscaros. Pero doy gracias al cielo tambien, porque si grande ha sido vuestra alegría al ver de léjos mi carabela, no menor ha sido la mia al descubrir la *Pinta*. Pero permitidme que me extrañe, añadió Pinzon; no he visto la *Santa María*.

—La *Santa María*, dijo Colon, despues de haberse deshecho en un banco de arena, se ha convertido en una fortaleza en donde algunos de nuestros compañeros esperan nuestro regreso de España. Porque habeis de saber que he descubierto un verdadero manantial de riquezas, un territorio donde solo he hallado amigos, corazones generosos y donde hay oro y productos suficientes para justificar nuestra expedicion y demostrar á los reyes que con nuestro viaje han ganado mucho. Y os digo esto porque, habiendo sido vos quien ha facilitado la expedicion con algunos recursos, ya que no la

parte de gloria, que no os alcanza, al ménos que os satisfaga la parte de ganancia.

No agradaron mucho à Pinzon estas palabras del almirante.

Pero los dos necesitaban guardarse ciertas consideraciones por las circunstancias especiales en que se hallaban, y su conversacion en lo sucesivo no fué expansiva, sino cariñosa y como de dos hombres que se odian, pero que estan ligados por vínculos que al romperse pueden hacer daño á los dos.

Habló Colon al capitan de la *Pinta* de todos los pormenores de su estancia en Haiti, y éste á su vez, no queriendo ser ménos, le refirió en estos términos lo que habia visto y encontrado durante los dias de su ausencia.

—Impulsado hácia el Oriente, dijo, despues de perder mucho tiempo visitando unas cuantas islas de poca importancia, los indios que llevaba á bordo me guiaron á la Española y allí pasé tres semanas.

Logré reunir una buena cantidad de oro y en todas partes preguntaba por vos; pero nadie os habia visto, nadie tenia noticias de vos. Y con el alma entristecida continuaba buscándoos, resuelto, si no os hallaba en algun tiempo, á volver á España para anunciar los merecimientos de que os habeis hecho digno, y ofrecer á los reyes en vuestro nombre el oro que llevo, los productos y los indios que tengo á bordo de mi carabela.

En todo esto habia alguna verdad.

Habia permanecido en la Española, y en aquella isla habia reunido una gran cantidad de oro.

Pero habia llegado á su noticia, aunque de una manera inconexa, algo del naufragio de la *Santa María*, y persuadido de que Colon habia perecido, la crecida cantidad de oro que llevaba á bordo no era para los reyes, como habia dicho.

La mitad de aquel precioso metal lo habia destinado para

él como capitan, y la otra mitad la habia dividido entre los marineros para asegurar su felicidad y comprar su silencio.

Al trasladarse desde la *Niña* á la *Pinta* manifestó á los suyos los descubrimientos que habia hecho Colon y lo mucho que les importaba que continuara en la creencia de que no habia sido intencionada su separacion; les manifestó lo conveniente que seria para todos renunciar á una parte de los productos que llevaban para entregarlos al almirante, guardando el resto de tal manera que no pudiera descubrirse.

Aunque con gran pesar, y en la dura alternativa de tener que rebelarse y vivir condenados á no regresar á España, ó de guardar todo el oro que se habian repartido, optaron por seguir el consejo de Pinzon.

Este acariciaba todavía la esperanza de que por cualquier circunstancia imprevista podria deshacerse del almirante, y ya que no todo el provecho, alcánzaria toda la honra de la expedicion.

Viendo Colon que podia contar con dos carabelas, tuvo grandes deseos de explorar todas las costas de Haiti; pero poco seguro de los Pinzones y temeroso de que Martin Alonso volviera á desertar, determinó seguir su viaje á España, dejando para mejor ocasion la realizacion de sus proyectos.

Dió órden á los marineros para que fueran á buscar leña y agua al rio Yaqui, al que llamó rio de Oro, porque encontró en sus arenas muchas partículas de este metal.

Que era un tanto visionario el ilustre genovés, lo prueba lo que dice en su diario acerca de haber hallado en aquel rio y á flor de agua nada ménos que tres sirenas.

En la tarde del 9 de Enero se pusieron en marcha las embarcaciones, y al dia siguiente llegaron al rio donde Colon habia comerciado, rio que desde entónces se llama de Martin Alonso.

El viento era favorable; siguieron costeando la isla hasta llegar al promontorio llamado entónces Cabo del Enamorado, y desde allí descubrió un golfo de tres leguas de ancho que se extendia tanto hácia el interior de la tierra, que parecia un brazo de mar, para separar á Haiti de otros territorios.

Desembarcaron en la costa, y observaron que los indígenas no eran tan francos ni tan bondadosos como los demas indios que habian visto.

De rostro siniestro, de aspecto belicoso, embadurnados con gran prolijidad, llevaban los cabellos largos y atados por la espalda, adornados con plumas de papagayo y de otros pájaros.

Poseian arcos, flechas, y una especie de espadas formidables.

Las flechas eran de delgados juncos con puntas de hacana ó espinas de pescado.

Las espadas eran de madera de palma, anchas y pesadas como el hierro.

A pesar de su aspecto belicoso, al acercarse á ellos los españoles, no solo no les atacaron, sino que les brindaron con arcos y flechas, y hasta uno de ellos aceptó la invitacion del almirante de pasar á la carabela.

Tomáronlos todos los españoles pos lor caribes á quienes tanto temian los de la isla de Haiti, y al dirigir Colon algunas preguntas al indio para que satisfaciera sus dudas:

—Los caribes, le dijo éste en su idioma, están más hácia el Oriente. De allí vienen de cuando en cuando á asolar nuestros campos, á clavar sus flechas en nuestro corazon, pero nosotros estamos aquí para defendernos y defender á nuestros hermanos de isla.

Preguntando Colon estos pormenores acerca de los caribes, le hablaron de una isla llamada Matinino, isla poblada solo de mujeres, las cuales, segun lo que de aquellas gentes se

contaba, solo una vez al año recibian á los caribes, viviendo ántes y despues de aquel dia léjos de sus esposos.

Al partir, los caribes se llevaban los varones que habian nacido durante su ausencia, y solo dejaban las hembras.

Esto no era ni más ni ménos que el temor de los indios de Haiti, pintándolos más feroces y terribles de lo que eran los caribes, puesto que creian que podian vivir sin la compañía de las mujeres, que tanto endulzan el carácter de los hombres.

Obsequiaron en la carabela al guerrero indio y le hicieron varios regalos, y luego le dejaron partir, llevándole los marineros en un bote hasta la playa.

Los salvajes aguardaban con actitud amenazadora á los europeos.

Pero á la primera palabra del indio que iba en su compañía, arrojaron las armas y se adelantaron á recibirlos.

Compráronles los españoles algunas armas, que Colon queria llevar á España como objetos curiosos, y despues de habérselas entregado, arrepentidos sin duda de abandonar sus armas, trataron de arrebatárselas de pronto, y cayendo sobre ellos intentaron aprisionarlos.

Pero los marineros, que iban prevenidos, empuñaron las dagas y las espadas, dispararon los arcabuces y dispersaron á los indios, dejando á dos heridos.

Ébrios de gozo con este triunfo, querian los españoles seguir persiguiéndolos; pero el piloto que mandaba el bote los contuvo.

Aquella fué la primera sangre que derramaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Mucho sintió Colon aquel suceso, porque destruia por completo las buenas relaciones que tenia con los indios, y temia que éstos á su vez se vengasen en aquellos de sus compañeros que dejaba en la fortaleza de la Navidad.

CAPITULO XVII.

Indignacion de los indios.

La noticia de esta escaramuza no tardó en circular por la isla, llegando á oidos de Guacanajari.

Era el anochecer.

A lo léjos resonó el estampido de los arcabuces, y como fué repetido aquel estrépito por los ecos hasta llevarle á oidos de Guacanajari, el soberano creyó que la tempestad se desencadenaba.

Levantó los ojos al cielo y le vió sereno.

Poco despues un confuso rumor alteró de nuevo su tranquilidad.

Gran número de guerreros descendian por las montañas y las inmensas llanuras de los dominios de Guacanajari.

No tardó en verse la llanura poblada de caciques armados todos de flechas, y entre ellos al rey de los ciguayanos, mandados por Caonabo y su capitan Umatex.

Los jefes se acercaron á Guacanajari.

Caonabo iba delante de ellos.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó Guacanajari con ansiedad al descubrir en el rostro del guerrero las señales de la ira.

—Rey Guacanajari, exclamó el cacique, el extranjero que, gracias á tu debilidad, ha hollado nuestro territorio, acaba de derramar la sangre de nuestros hermanos en Samaná; se ha apoderado del oro de mis minas y hasta de las arenas del

contaba, solo una vez al año recibian á los caribes, viviendo ántes y despues de aquel dia léjos de sus esposos.

Al partir, los caribes se llevaban los varones que habian nacido durante su ausencia, y solo dejaban las hembras.

Esto no era ni más ni ménos que el temor de los indios de Haiti, pintándolos más feroces y terribles de lo que eran los caribes, puesto que creian que podian vivir sin la compañía de las mujeres, que tanto endulzan el carácter de los hombres.

Obsequiaron en la carabela al guerrero indio y le hicieron varios regalos, y luego le dejaron partir, llevándole los marineros en un bote hasta la playa.

Los salvajes aguardaban con actitud amenazadora á los europeos.

Pero á la primera palabra del indio que iba en su compañía, arrojaron las armas y se adelantaron á recibirlos.

Compráronles los españoles algunas armas, que Colon queria llevar á España como objetos curiosos, y despues de habérselas entregado, arrepentidos sin duda de abandonar sus armas, trataron de arrebatárselas de pronto, y cayendo sobre ellos intentaron aprisionarlos.

Pero los marineros, que iban prevenidos, empuñaron las dagas y las espadas, dispararon los arcabuces y dispersaron á los indios, dejando á dos heridos.

Ébrios de gozo con este triunfo, querian los españoles seguir persiguiéndolos; pero el piloto que mandaba el bote los contuvo.

Aquella fué la primera sangre que derramaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Mucho sintió Colon aquel suceso, porque destruia por completo las buenas relaciones que tenia con los indios, y temia que éstos á su vez se vengasen en aquellos de sus compañeros que dejaba en la fortaleza de la Navidad.

CAPITULO XVII.

Indignacion de los indios.

La noticia de esta escaramuza no tardó en circular por la isla, llegando á oidos de Guacanajari.

Era el anochecer.

A lo léjos resonó el estampido de los arcabuces, y como fué repetido aquel estrépito por los ecos hasta llevarle á oidos de Guacanajari, el soberano creyó que la tempestad se desencadenaba.

Levantó los ojos al cielo y le vió sereno.

Poco despues un confuso rumor alteró de nuevo su tranquilidad.

Gran número de guerreros descendian por las montañas y las inmensas llanuras de los dominios de Guacanajari.

No tardó en verse la llanura poblada de caciques armados todos de flechas, y entre ellos al rey de los ciguayanos, mandados por Caonabo y su capitan Umatex.

Los jefes se acercaron á Guacanajari.

Caonabo iba delante de ellos.

—¿Qué es lo que pasa? preguntó Guacanajari con ansiedad al descubrir en el rostro del guerrero las señales de la ira.

—Rey Guacanajari, exclamó el cacique, el extranjero que, gracias á tu debilidad, ha hollado nuestro territorio, acaba de derramar la sangre de nuestros hermanos en Samaná; se ha apoderado del oro de mis minas y hasta de las arenas del

rio Yaqui; ha insultado á nuestro Dios y ha profanado las grutas divinas de Caxibazagua.

Y entre tanto ¿qué haces tú? Sumido en la molicie, dominado por un dolor que tu ingratitud ha merecido, ni gobiernas tus reinos, ni ofreces sacrificios al Tzimes.

¡Ah! el espíritu infernal del egoismo se ha apoderado de tus entrañas. O abandona tu cetro, ó entrega tu cabeza á los butios, ó apodérate de la flecha envenenada para herir mortalmente al enemigo y riega con su sangre maldita la piedra sagrada bajo la cual reposan los restos de Ainaima.

Los guerreros de Maguana, de Cibao, de Sanica y hasta los de Mariem, han afilado sus flechas. Sus envenenadas puntas atravesarán el corazon de los enemigos para que bendiga la patria la mano que los extermina.

Guacanajari habia empeñado su palabra á Colon de que los suyos serian respetados, creia siempre que àquellos hombres eran enviados del cielo, y quiso á toda costa apaciguar la ira de sus feroces caciques.

—¿Así te atreves á rebelarte contra mí? exclamó; ¿ignoras que tu rey y señor ha jurado proteccion á los *turcy?* ¿ignoras que mis palabras son sagradas y que ántes presentaré mi pecho á vuestras enemigas flechas que dirigir la mia contra uno solo de nuestros defensores? ¿Quieres que el cielo me acuse de haber engañado á los que he prometido leal y sincera amistad.

Y avanzando hácia los guerreros:

—Valientes hijos mios, exclamó, vosotros que sois terribles como la tempestad, que no podeis ser vencidos por ningun poder humano, ¿sereis capaces en tan gran número como sois, de ir á atacar á unos cuantos hombres que duermen tranquilos en las orillas del mar confiados en la amistosa palabra que han recibido de vuestro rey Guacanajari? ¿Quereis que llegue

hasta su jefe el rencor, la ira, para buscar nuevos hermanos suyos que vengan á hacernos escuchar en medio del rumor de las olas el gemido de nuestros guerreros al espirar, el grito de los que sobrevivan? No, ántes de que cometais semejante infamia tendreis que destruirme, y ver si os atreveis á derramar la sangre del único representante de la raza de Vagoniana.

Las palabras de Guacanajari calmaron á los indios.

Los caciques, temerosos unos de su justicia, respetuosos otros de su poder, se retiraron y abandonaron las flechas.

Caonabo, sin embargo, sentia en su alma la sed de venganza.

Guacanajari se dirigió á la orilla del mar y llamó á la fortaleza en donde estaban los españoles.

Diego de Arana salió á su encuentro.

—Extranjero, le dijo Guacanajari, he jurado amarte y defenderte contra tus enemigos. Pero tus soldados insultan à mis vasallos y profanan su religion. El sentimiento de la venganza se ha despertado en su pecho; he podido contenerlos, pero si los tuyos continúan cometiendo desmanes, todas mis fuerzas seràn pocas para defenderlos.

Prohibe á los tuyos que atraviesen los límites que separan mis dominios de los caciques de Màguana y Cibao, porque si llegan hasta allí les aguarda la muerte.

Aquellas palabras, que envolvian una amenaza, fueron escuchadas con soberano desden por el jefe de la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari se retiró á su palacio pesaroso de no haber visto á Alonso Velez, que era uno de los que á más excesos se entregaban para satisfacer la codicia de que se hallaba dominado.

Guacanajari comenzó á perder el prestigio que tenia sobre sus principales caciques.

Todos estaban indignados de su conducta.

La bondad con que trataba á los españoles era incentivo à su venganza.

Los españoles, creyéndose omnipotentes, desafiando el peligro, no comerciaban ya, sino que arrebataban el oro á los indios, violaban á sus esposas, ultrajaban sus ídolos y todos gemian bajo el peso de la esclavitud de aquel puñado de hombres.

Alonso Velez comprendió que tarde ó temprano tomarian una atroz venganza, y para ponerse bien con ellos cumplió la palabra que habia dado á Guacanajari.

Una noche dormian todos los habitantes de la fortaleza de la Navidad, y él, apoderándose de la imágen de la Vírgen, la ocultó bajo la arena de la playa, y al dia siguiente corrió á anunciar á Guacanajari dónde estaba para que pudiera sacarla de allí y ocultarla en su palacio.

Los españoles, irritados al ver que habia desaparecido la Vírgen, y no sabiendo á quién atribuir el robo, acusaron de haberla sustraido á un indio que les servia.

Velez traidoramente apoyó esta creencia, y el infeliz fué ahorcado en uno de los árboles más próximos á la fortaleza en presencia de todos sus hermanos.

La indignacion de los indígenas no pudo contenerse más.

Gutierrez y Escobedo, dando alas á su impaciencia de invadir el territorio de las minas de oro, abandonaron las orillas del mar, recorrieron la isla, y despues de haber asesinado á un hombre en Sanica, se internaron en los dominios de Caonabo, y allí se apoderaron de muchas riquezas y de algunas mujeres.

Caonabo no pudo resistir la sed de venganza que se aumentó en su pecho.

Llamó en torno suyo á los intrépidos guerreros de las gargantas del Yaqui, á los moradores de Maguana y reuniendo en torno suyo á Guariones, Boechio, Manicate y algunos otros jefes:

—Hermanos mios, les dijo, el dia de la venganza ha llegado, es necesario exterminar á los que quieren nuestro exterminio. Para nada necesitamos á Guacanajari. Rodeemos la fortaleza de los españoles, luchemos con ellos brazo á brazo y perezcan todos.

Anacaona, la esposa de Caonabo, les excitó al combate.

La sed de venganza se comunicó á todos los indios.

Caonabo al frente de ellos, con el cuerpo cruzado por rayas negras y amarillas, y ostentando en su diestra el tronco de un árbol con clavos de oro, parecia el Dios terrible de las batallas.

Como el torrente comprimido durante mucho tiempo cayeron aquellas hordas de indios sobre la fortaleza.

Pero ya volveremos á asistir á las terribles escenas que tuvieron lugar en la colonia de los españoles.

Ya asistiremos á aquella espantosa tragedia, orígen de la destruccion del imperio de Haiti.

Sigamos á Colon en su viaje á España, sin presumir siquiera lo que pasaba á sus compañeros, y cuando volvamos con él à la vírgen América, presenciaremos á su lado las luchas, los crímenes, los horrores que mancharon aquella hermosa tierra, aquellos matizados campos, aquellos paisajes que solo podian compararse con los del Paraíso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XVIII.

Las tempestades.

Colon que aguardó algunos dias en la bahía de Samaná á que hiciera buen tiempo para ponerse en camino, el 16 de Enero, aprovechando un viento favorable, se dió á la vela dando á la bahía, por la lucha que habia tenido lugar con los isleños, el nombre de golfo de de las Flechas.

Dirigióse el almirante hácia el Nordeste deseoso de hallar la isla de los caribes y la de las mujeres solas, para llevar consigo algunos de los habitantes de ellas y presentarlos á los reyes.

Pero los indios que llevaba en su compañía, despues de haber andado algun trecho, le señalaron el Suroeste, que era efectivamente donde estaba Puerto-Rico, isla en la que los indios suponian la existencia de los caribes.

Pero se levantó de pronto una brisa favorable para España; los marineros que no se habian quedado en Haiti deseaban á toda costa llegar á su patria. Pinzon aprovechaba todas las ocasiones de desprestigiarle, y tanto por esto como porque la carabela era de poca consistencia y podia destruir el menor contratiempo todas sus esperanzas, resolvió caminar directamente hácia España, con lo cual reconquistó todo el ascendiente que empezaba á perder entre los suyos.

No tardó aquella brisa en calmarse, y el viaje era más lento de lo que todos querian.

Tambien era causa de su lentitud el deterioro que habia sufrido la *Pinta*, cuyo palo trinquete estaba inutilizado.

A principios de Febrero, despues de haber dejado atrás la parte del Océano en donde habian sido molestados por los vientos fijos, pudieron tomar rumbo hácia España.

Colon ansiaba por momentos su llegada á España, porque no dudaba de que los soberanos se entusiasmarian con su triunfo y rendirian á su génio el debido homenaje.

Una de las cosas que más le halagaban, era que Pinzon no hubiera podido realizar su deseo de arrebatarle la gloria.

Pero por la misma razon de que deseaba llegar, de que le sonreia la idea del triunfo, temia á cada instante caer en alguno de los muchos peligros que le rodeaban y hallar en el fondo del abismo un sepulcro oscuro que dejase ignorado su gran descubrimiento.

El dia 12 de Enero comenzó á formarse la tempestad sobre su cabeza.

Al dia siguiente estalló de una manera amenazadora.

Las dos carabelas apénas podian resistir los embates de las olas.

La noche del 13 la pasaron á palo seco á merced de los vientos, y al rayar el alba del 14 se calmó un tanto el temporal.

Pero no tardó en aumentar el furor, y la consternacion se apoderó de todos los navegantes.

¡Momentos horrorosos!

Todas cuantas medidas queria tomar Colon para ponerse à salvo eran inútiles.

La *Pinta* desapareció entre las tinieblas de la noche.

El almirante se mantuvo cuanto le fué posible al Noreste, para acercarse á la costa de España.

Por de pronto la desaparicion de la *Pinta* le atormentaba

Mandó poner luces en el palo mayor de la *Niña*, y esperó con ánsia á ver si la *Pinta* repetia aquella señal.

Al cabo de algun tiempo divisó á lo léjos aquella deseada señal.

Vió luces que corrian de un lado á otro con impetuosa velocidad, y que al cabo de algun tiempo desaparecieron por completo.

El desfallecimiento, el terror de los marineros de la *Niña* llegó al último límite.

Al aparecer la luz del dia siguiente, el mar era un pavoroso desierto.

En vano buscó la *Pinta* en torno suyo.

Por ninguna parte parecia.

Aquel dia de zozobra y de luto fué al mismo tiempo una série de contínuos peligros para los tripulantes de la *Niña*.

¡Qué espectáculo el que presentaban aquellos hombres!

Arrodillados unas veces, imploraban la misericordia divina; otras, en el colmo de la desesperacion, prorumpian en terribles imprecaciones, y al fin caian desfallecidos sobre cubierta, aguardando de un momento á otro que una ola les arrastrase para siempre al fondo del abismo

El sentimiento religioso les dominó.

De hinojos todos hicieron un solemne voto.

La ceremonia fué demasiado original para que no la describa detalladamente.

Dispuso Colon que se tomasen tantas habas secas como personas habia á bordo.

En una de ellas mandó hacer una cruz, y reuniéndolas todas en una escarcela, acordaron que el que sacase la haba con la cruz fuese en peregrinacion á la capilla de Santa María de Guadalupe, llevando una vela de cera de cinco libras.

Colon fué el primero que metió la mano en la escarcela y á él le cupo la suerte.

Asimismo se echó otra suerte para una peregrinacion á Nuestra Señora de Loreto, y le cayó á un marinero llamado Pedro de Villa, á quien prometió Colon pagar los gastos del viaje.

Asimismo se echó otra suerte para ir en peregrinacion á Santa Clara de Moguer, donde debia celebrarse una misa solemne, y tambien fué Colon el que obtuvo el haba con la cruz.

Pero la tempestad arreciaba y todos los tripulantes hicieron unidos voto solemne de que si llegaban á tierra, no bien desembarcasen irian en procesion con los piés descalzos á dar gracias á la Vírgen en la primera iglesia que encontrasen dedicada á su culto. Ademas de estos votos públicos, por decirlo así, cada cual hizo los suyos particularmente.

El peligro, sin embargo, no se desvanecia.

La tormenta arreciaba cada vez más, y todos los tripulantes se creian perdidos.

La falta del lastre aumentaba la probabilidad de su perdicion, razon por la cual dispuso Colon que todas las botijas y vasijas que habia á bordo se llenasen con agua del mar.

Una de las cosas que más le apuraba era la desaparicion de la *Pinta*.

¿Habria perecido aquel buque?

¿Su separacion de la *Niña* seria una nueva desercion de su capitan?

Esta duda mortificaba su abatido espíritu.

Pero para comprender la situacion de su ánimo, para ver brillar en su esforzado corazon un rayo de fe á pesar de estar rodeado de tan inmensos peligros, recorran nuestros lectores la epístola que poco despues escribió á los reyes, porque en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ella están condensados todos sus sentimientos, todos sus temores, todas sus esperanzas.

«Hubiera llevado mi mala fortuna con más conformidad si solo mi persona hubiese estado en peligro, así porque soy deudor de la vida al Sumo Criador, como porque otras veces me he hallado tan vecino á la muerte que el menor paso era el último que bastaba para padecerla; pero lo que me ocasionaba infinito dolor y afan era considerar que, así como Nuestro Señor fué servido de iluminarme con la fe y la certidumbre de esta empresa, en que ya habia conseguido la victoria, así cuando nuestros contradictores habian de quedar convencidos y Vuestras Altezas servidos de mí, con gloria y aumento de su alto Estado, quisiese su Divina Majestad estorbarlo todo con mi muerte; y seria más tolerable cuando no fuese acompañada de la gente que traigo conmigo, con promesas de próspero suceso, la cual viéndose en tanta afliccion, no solo maldecia su venida, sino es el miedo ó el freno que les pusieron mis palabras para no volver atrás, como estuvieron resueltas á hacerlo muchas veces; y sobre todo esto me doblaba el dolor de la representacion de mis dos hijos que habia dejado en Córdoba, en el estudio, destituidos de todo socorro en tierra extraña, sin haber sabido que hubiese hecho servicio por el cual creyese que Vuestras Altezas tuviesen memoria de ellos; y aunque por una parte me confortaba la fe que tenia de que Nuestro Señor no permitiria que una cosa de tanta exaltacion de su Iglesia, que con tantas contradicciones y trabajos habia yo perfeccionado, quedase imperfecta y yo perdido; por otra parte consideraba mis pecados, por los cuales querria privarme de la gloria que conseguiria en este mundo.»

La frágil embarcacion zozobraba cada vez más á merced de las revueltas olas.

En aquella situacion, para que no quedase completamente desconocida la noticia del descubrimiento que acababa de hacer, trazó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje; declaró haber tomado posesion de las tierras que habia hallado en nombre de los reyes, lo arrolló y selló, escribió en él una súplica al que lo encontrase que lo pusiera en manos de los reyes de Castilla y de Aragon, asegurando que los monarcas darian al que les entregase aquel pergamino, sin abrirlo, mil ducados.

Lo envolvió en hule, lo colocó dentro de una masa de cera, lo encerró despues en un barril vacío bien calafateado y lo arrojó al mar, contestando en estos términos á las preguntas que le dirigian los de la tripulacion:

—Con esto no hago más que cumplir un voto.

Antes habia sacado una copia de su escrito, y en otro barril de la misma manera lo colocó sobre cubierta para que, si se perdia la carabela, quedase el barril á flor de agua.

No satisfecho aún, arrojó al mar en la cáscara de un coco herméticamente cerrado otro pergamino con breves líneas, que durante tres siglos y medio permaneció en el mar.

Un marinero de un navío europeo en la costa de Africa, enfrente de Gibraltar, recogió hace pocos años un coco petrificado, y lo llevó á su capitan como cosa curiosa.

El capitan rompió la cáscara para ver si habia resistido la accion del tiempo el coco, y encontró un pergamino en el cual, en caractéres góticos, habia trazadas estas palabras:

«No podemos resistir un dia más à la tempestad. Nos hallamos entre España y las islas descubiertas en Oriente.

CRISTÓBAL COLON.»

El Océano guardó trescientos cincuenta y ocho años este mensaje, y no lo ha enviado á los europeos hasta ver à la

América floreciente y libre rivalizando con el viejo continente.

¡Caprichos de la suerte, que enseñan á los hombres lo que hubiera podido permanecer oculto tantos siglos si la Providencia no hubiera impedido á las olas que abriesen la tumba de Colon en aquellos momentos!

El primer barril no ha sido aún encontrado.

A la tempestad siguieron grandes aguaceros, y un dia al ponerse el sol descubrieron hàcia el Occidente una banda de cielo despejado.

La esperanza renació en su alma.

El viento no tardó en dirigirlos hácia allí, y al romper el dia 15, Rui García, uno de los marineros, exclamó:

—¡Tierra! ¡tierra!

La alegría de los navegantes al acercarse al viejo mundo fué mayor si cabe que la que experimentaron al descubrir por la primera vez las fértiles llanuras de la América.

La carabela *Niña* estaba un paso de la isla portuguesa de Santa María, una de las Azores.

La tarde del 17 de Febrero se acercaron por fin y lograron anclar; pero el cable no pudo resistir el impulso de las olas, y tuvieron que salir á alta mar, donde, combatidos por la tempestad, tuvieron que permanecer hasta la mañana siguiente.

Una enfermedad cuyos primeros síntomas habian molestado á Colon durante su primer viaje, se agravó en él.

Era la gota.

Pero á pesar de su dolencia no quiso abandonar su puesto un solo instante.

Al fin pudo enviar un bote á la isla, y los marineros y el piloto que fueron en él no tardaron en hallarse entre portugueses, los cuales estaban asombrados de que un barco como

la *Niña* hubiera podido salvarse de la tormenta que con tanta furia habia azotado el mar durante quince dias.

Su asombro se convirtió en curiosidad cuando supieron que aquella endeble carabela llegaba de extraños y remotos países.

Durante toda la noche no se habló en Santa María más que de la llegada de los viajeros, y cuando Juan de Castañeda, gobernador de la isla, supo que era Colon quien mandaba la expedicion, recordando que habia sido antiguo conocido suyo, mandó á uno de sus emisarios para que le felicitase por su bienvenida, y le participase que al dia siguiente iria á saludarle.

Regresaron los marineros á bordo de la *Niña*, y despues de buscar un paraje seguro y abrigado, se entregaron tranquilamente al sueño, departiendo àntes con la mayor alegría.

Todos querian ir á tierra porque tenian noticia de lo agasajados que habian estado sus compañeros la tarde anterior, y pasado el peligro ninguno se acordaba ya de los votos que habia hecho.

—¿Tan pronto habeis olvidado, exclamó el almirante, la promesa que hicimos en el momento del peligro? ¿No os acordais que prometimos, apénas encontrásemos tierra, ir en procesion al templo donde se rindiese culto á la Vírgen María?

—Sí, sí, exclamaron todos, guiadnos vos: todos os seguiremos.

En la playa, y á poca distancia del mar, se levantaba una ermita dedicada á la Vírgen.

Colon envió á la mitad de los marineros á que fuesen à cumplir su voto, y él se quedó con los restantes en el buque esperando á que volvieran para ir á su vez con ellos á la capilla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Cuán ajeno estaba en aquellos momentos en que elevaba al cielo su ferviente plegaria de lo que iba á pasarle!

Antes de referirlo veamos lo que habia ocurrido en la isla y cuál era la actitud del gobierno portugués y sus pensamientos respecto de Colon.

CAPITULO XIX.

Las armas de la envidia.

El rey don Juan II no podia olvidar el desaire que Colon le habia hecho al brindarle su proteccion por medio de su emisario.

El amparo que le habian dispensado los Reyes Católicos habia despertado en él unos celos implacables, y ya vimos que al principio de su viaje tres carabelas acechaban la llegada de las del almirante para luchar con ellas y destruirlas si era posible.

El rey de Portugal, que comprendia la inmensa gloria que alcanzarian los Reyes Católicos si el proyecto de Colon obtenia un éxito favorable, seguia con el pensamiento á aquel audaz marino, y su desesperacion fué inmensa desde el momento en que el Océano se interpuso entre sus miradas y las carabelas que navegaban hácia el Nuevo-Mundo.

Los amigos de Colon ponderaban su génio, su sabiduría, y de un momento á otro se aguardaba su llegada con la noticia del triunfo.

La ira de don Juan II habia llegado al colmo.

—No hay duda, se habia dicho, para volver tiene que tocar en alguna isla portuguesa.

Una idea siniestra cruzó por su imaginacion.

Debo, ya que no puedo seguirle, acechar su vuelta.

Y al efecto envió emisarios secretos á los comandantes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Cuán ajeno estaba en aquellos momentos en que elevaba al cielo su ferviente plegaria de lo que iba á pasarle!

Antes de referirlo veamos lo que habia ocurrido en la isla y cuál era la actitud del gobierno portugués y sus pensamientos respecto de Colon.

CAPITULO XIX.

Las armas de la envidia.

El rey don Juan II no podia olvidar el desaire que Colon le habia hecho al brindarle su proteccion por medio de su emisario.

El amparo que le habian dispensado los Reyes Católicos habia despertado en él unos celos implacables, y ya vimos que al principio de su viaje tres carabelas acechaban la llegada de las del almirante para luchar con ellas y destruirlas si era posible.

El rey de Portugal, que comprendia la inmensa gloria que alcanzarian los Reyes Católicos si el proyecto de Colon obtenia un éxito favorable, seguia con el pensamiento á aquel audaz marino, y su desesperacion fué inmensa desde el momento en que el Océano se interpuso entre sus miradas y las carabelas que navegaban hácia el Nuevo-Mundo.

Los amigos de Colon ponderaban su génio, su sabiduría, y de un momento á otro se aguardaba su llegada con la noticia del triunfo.

La ira de don Juan II habia llegado al colmo.

—No hay duda, se habia dicho, para volver tiene que tocar en alguna isla portuguesa.

Una idea siniestra cruzó por su imaginacion.

Debo, ya que no puedo seguirle, acechar su vuelta.

Y al efecto envió emisarios secretos á los comandantes de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

las islas que poseia en el Océano, encargándoles que si llegaba á alguna de ellas Colon de regreso de su viaje, se apoderaran de él y de todos los que le acompañaran, llevàndole con el mayor secreto á Lisboa cargado de cadenas.

El jefe de la isla de Santa María habia recibido tambien esta órden, y en honor de la verdad no le habia pesado mucho, porque, aunque habia conocido á Colon en Lisboa miéntras el almirante estuvo casado con su primera esposa, la idea de extinguir la gloria, de ocultar al vencedor de las miradas de todo el mundo, de postergar al génio, le halagaba.

No solo en Santa María, sino en las demas islas Azores hacia ya tiempo que se registraban hasta donde era posible todos los buques, se averiguaba escrupulosamente su paradero y se esperaba con ánsia el regreso de Colon.

Cuando Castañeda, en la tarde anterior al dia en que la mitad de los marineros fueron á dar gracias á la Vírgen por su feliz arribo, cuando en la tarde anterior, repito, vió á los emisarios que envió Colon para averiguar qué isla era aquella, y supo por ellos que tenia tan cerca la presa deseada, dispuso que á aquellos hombres se les tratara con el mayor agasajo para hacerles creer que iban allí á encontrar toda clase de auxilios, y caer á su tiempo sobre ellos para cumplir las órdenes de su soberano.

Despues de obsequiar á los enviados de Colon, les pidió que le excusaran con su jefe de no ir á verle y que le participaran que al dia siguiente iria.

Aquella noche convocó en su casa á los caciques de la isla que estaban al corriente de los deseos del rey, y con el mayor secreto, reunidos todos, les habló de la llegada de Colon y les excitó á que le ayudasen á apoderarse de él.

—La fortuna nos ha favorecido, dijo, no ignorais los vivos deseos que tiene el soberano de apoderarse de Colon. El bu-

que que ha llegado á nuestro puerto es uno de los que llevó á la expedicion, y ademas he sabido que viene á bordo de él.

—¿No llevó tres? preguntó uno de los circunstantes.

—Tres carabelas eran, pero á juzgar por lo que me han dicho los marineros que han bajado á tierra, una de ellas se rompió contra un banco de arena y la otra ha perecido á impulsos del último temporal.

—Lo que quiere decir que vienen de capa caida.

—No tanto, porque los marineros se han mostrado muy satisfechos de su viaje; dicen que han descubierto tierras muy ricas y que traen mucho oro.

—Pues entónces no hay más remedio que ir á buscarlos y traerlos.

—Yo soy amigo de Colon, dijo Castañeda. Le conocí en Lisboa cuando hace años estuvo allí, y no desconfiará de mí. Iré á verles, exploraré el tiempo, me informaré de la gente que trae, de las armas con que cuenta, porque seria muy triste que fuéramos á atacarle y nos venciera.

No ignorais, añadió, que la gente con que contamos es poca y no muy fiel; por lo tanto, la astucia, la habilidad debe suplir á la fuerza.

Pues á mí me parece, añadió un escribano muy entrometido, que asistia á la junta, que de todas maneras, lo mejor que podemos hacer es tenderle un lazo, porque de esta manera ganamos tiempo, y de la otra pudiera darse á la vela y no tenemos buques para perseguirle, porque unas cuantas lanchas no servirian de nada

—En ese caso, dijo Castañeda, mañana le mandamos un recado diciéndole que yo me encuentro en cama, que no puedo ir à verle, pero que agradeceria que viniera. Vendrá naturalmente, llegará hasta mi casa, y estando prevenidos algunos soldados, se apoderarán de él fácilmente. Una vez allí,

le obligaremos á que firme una órden á todos los suyos para que vengan á la isla, y à medida que vayan tomando tierra, los aprisionamos.

—El medio es excelente.

—Sobre todo si sale bien.

—Pues nada, plantearlo; porque la cuestion es que no pueda proseguir su viaje á no ser á bordo de algun buque portugués que le lleve en calidad de prisionero.

Convinieron en llevar á cabo este plan, y precisamente la persona que iba á llevar la súplica de Castañeda para que fuese á verle asistió al desembarco de unos cuantos marineros, los cuales le dijeron que iban à cumplir un voto con su jefe á la capilla inmediata.

Partió el enviado á comunicar esta noticia á Castañeda, el capitan convocó á sus *ad lateres* y de acuerdo con ellos dispuso que fuese un eclesiástico á la capilla para que vieran en esto una nueva muestra de amistad, y que miéntras estuviesen en la iglesia, se apostasen los soldados convenientemente á la puerta para sorprenderlos y aprisionarlos á la salida.

Era natural que Colon fuese con la primera tanda, y una vez preso, los de la segunda, por medio de la fuerza ó de la astucia, caerian tambien en sus redes.

Los marineros que envió Colon, en tanto que él quedó á bordo de la *Niña*, penetraron en el templo; oyeron la misa con mucha devocion, y al salir se vieron rodeados de soldados, los cuales, apuntándoles con los arcabuces, les intimaron que se rindieran.

No tenian armas; vieron desde luego que su número era inferior al de los soldados, y no dudando que Colon los libertaria, se entregaron á discrecion.

Las rocas que se levantaban en la orilla del mar y ocultaban detrás de ellas la capilla, fueron causa de que Colon no presenciase aquella inícua traicion.

Pero pasó el tiempo y los marineros no volvian.

Les habia encargado que no tardasen para dirigirse á la capilla con los demas, y todos estaban impacientes al ver que no llegaban.

La perspicacia de Colon le hizo adivinar lo que pasaba.

Los portugueses eran sus naturales enemigos.

Por otra parte, pensó que durante su ausencia habian podido surgir enemistades entre el rey de Portugal y los de Castilla, y para convencerse de lo que acontecia zarpó y se dirigió hácia un punto desde donde podia ver la capilla y la costa adyacente.

Precisamente en el momento en que llegaba vió al populacho y á los soldados en la playa, y notó que uno de ellos, que parecia su jefe, con algunos más entró en un bote y se dirigió hácia la carabela.

—Sin duda somos víctimas de una traicion, dijo á los marineros que le acompañaban, pero nosotros, que hemos resistido las tempestades del Océano, debemos resistir con mayor razon á ese puñado de bandidos que de una manera tan inícua han aprisionado á nuestros hermanos y vienen sin duda con ánimo de apoderarse de nosotros tambien.

Armaos todos, añadió, acechad su llegada y á mi voz caed sobre ellos; porque si debemos perecer, que perezcamos con honra.

El bote se acercó y los que en él venian mostraban una actitud pacífica.

Entre ellos iba Castañeda, el gobernador de la isla, y al llegar á donde pudo ser oido:

—Deseo hablaros, dijo á Colon, pero como comprendeis, necesito ántes de trasladarme á bordo de vuestra carabela que me garanticeis mi seguridad personal.

—¿Podeis dudarlo un solo instante? dijo Colon; venid en buen hora y decidme qué habeis hecho de mis marineros, porque es muy extraño lo que sucede y necesito que me deis explicaciones.

Por más que Colon trataba de ocultar su indignacion, Castañeda, que era hábil y astuto, conoció que no le convenia confiar demasiado en el almirante, y dispuso mantenerse á una respetable distancia de él.

Esto bastó para que comprendiese Colon cuáles eran sus designios, y acusándole de perfidia y manifestando que su conducta no solo era injuriosa para él, sino para los reyes de Castilla y Aragon, y hasta para el mismo rey de Portugal, que no podria autorizar una infamia como la que habia cometido, añadió:

—Sabed que yo soy almirante del mar Océano por nombramiento de los reyes Católicos y virey de las Indias, lo cual puedo probaros si venís aquí mostrándoos las credenciales que me han dado para todos los soberanos, sus amigos y los gobernadores de las ciudades en donde me presente.

—¿Y qué probaria eso? contestó Castañeda arrojando por completo la máscara. ¿Creeis por ventura que el rey de Portugal y sus representantes pueden ni deben respetar los decretos de los reyes de Castilla?

Vos sois un visionario, un loco, y aunque procureis escaparos de mi poder será inútil, porque si gracias á vuestra astucia habeis podido presumir el lazo que os tendia y os habeis quedado á bordo, tengo fuerzas suficientes para venir aquí á apoderarme de vos y llevaros encadenado á un calabozo donde paseis el resto de vuestros dias.

Este altercado tenia lugar estando separados por bastante distancia los dos contendientes.

Colon hubiera podido muy bien castigar la osadía de Castañeda, pero quiso que la prudencia estuviera de su parte y contestando con desprecio á los insultos del gobernador de la isla de Santa María, le vió poco despues regresar á la playa.

Hubo un momento en el que Colon resolvió ir á tierra con los pocos hombres que le quedaban á luchar brazo á brazo con aquellos miserables que se habian valido de la traicion para apoderarse de sus compañeros.

Pero se levantó de pronto un temporal y no tuvo màs remedio que abandonar el puerto, y dirigirse hácia la isla de San Miguel.

Durante dos dias estuvo en grave peligro la carabela.

Solo se habian quedado á bordo tres marineros entendidos.

Los trabajos que pasó fueron muy grandes.

En la tarde del 23 de Febrero se calmó el temporal, y Colon, que no queria dejar á sus compañeros en la esclavitud, volvió de nuevo á la isla de Santa María.

Poco despues de su llegada al puerto salió un bote con dos eclesiásticos y el escribano que le habia ayudado á Castañeda á combinar su malévolo plan.

Exigieron á Colon que les garantizase su seguridad personal, y despues de oir una respuesta afirmativa subieron á bordo de la carabela.

—Venimos, dijo el escribano, á daros cuantas satisfacciones querais y á manifestaros que cuando hace dos dias Castañeda quiso veros, vino con los mejores deseos.

Pero se le figuró que si subia á la carabela le aprisionariais, se acaloró y prorumpió en denuestos contra vos. Su arrepentimiento fué inmediato, y ántes hubiéramos venido si àntes os hubiéramos visto.

Hoy venimos nosotros autorizados por él, no para exigiros, sino para suplicaros que nos enseñeis las credenciales que teneis de los reyes de Castilla, asegurándoos que si son como

indicasteis á Castañeda, si navegais como súbdito de los reyes de España, sereis recibido con los honores que merecen los súbditos de esa nacion hermana, y en esta isla se os prestarán cuantos auxilios necesiteis.

Por más que Colon comprendió desde luego que aquello era una estratagema, contuvo su indignacion, satisfizo á los eclesiásticos y al escribano, los obsequió cuanto pudo, y éstos le prometieron que al dia siguiente quedarian en libertad los marineros.

En efecto; al rayar el alba volvieron á los brazos de sus amigos, que les esperaban con ánsia.

Durante el tiempo que habian estado presos, habian podido comprender de dónde partia la hostilidad del gobernador de la isla y no se lo ocultaron á Colon.

Dos dias más permaneció en la isla de Santa María para proveerse de leña y lastre, y aprovechando un viento Sur favorable para su regreso à España, se dió á la vela el 24 de Febrero, y durante tres dia tuvo buen tiempo.

Pero de nuevo se levantó viento contrario, y como si esto no bastase, á cosa de la media noche del dia 2 de Marzo, despues de muchos dias de desesperacion, hirió súbitamente una ráfaga el buque, rasgándole todas las velas.

Colon se vió obligado á navegar à palo seco, como quien dice, en brazos de la muerte.

¡Mentira parece que tales fueran los obstáculos que se oponian á su deseado regreso á España!

El peligro fué mayor que nunca en aquellos momentos.

Los marineros sortearon de nuevo cuál de ellos debia ir en peregrinacion á Santa Maria de Ceuta, y tambien tocó á Colon.

El Padre Las Casas, en extremo místico, considera en sus obras esta suerte del almirante como una indicacion de la

Divinidad, dándole á entender que por él se levantaban aquellas tormentas para humillar su orgullo é impedir que se abrogase la gloria de aquel descubrimiento, obra prodigiosa de Dios, y de la cual no habia sido más que un obediente instrumento.

La carabela volaba á impulsos de las olas, levantándose á grande altura y siendo combatida en todas las direcciones por el viento.

Llovia á mares; el trueno retumbaba en las concavidades del espacio, y los rayos y las centellas iluminaban con su cárdena luz el negro crespon que se extendia sobre el mar.

A favor de un relàmpago vieron los marineros tierra; pero la tierra que con tanto afan deseaban, era entónces un nuevo peligro para ellos.

O el mar podia arrastrarlos á las costas, ó estrellarlos contra las rocas, y sus más dorados sueños se convertian en torcedores de su corazon.

Por fin el dia 4 de Marzo, al romper el alba, se hallaban frente á frente de la roca de Cintra, en la embocadura del Tajo.

—¡Esto más! exclamó Colon reconociendo el terreno, la Providencia me ha salvado para arrojarme al seno de mi enemigo: cúmplase su voluntad!

Colon no tenia más remedio que buscar asilo en las costas, y ancló poco despues del medio dia enfrente de Rastelho, con gran satisfaccion de los navegantes, que prorumpieron al verse fuera del peligro en fervorosas oraciones á la Divinidad por haberles salvado la vida.

CAPITULO XX.

Colon en la corte de Portugal.

Grande fué la alegría de los habitantes de Cascales, pueblo que estaba á la entrada del rio, porque la noche anterior asistieron al peligro que corrió la carabela; y aunque ignoraban quiénes eran los que iban á bordo, un sentimiento humanitario les habia hecho concebir vivos deseos de que se salvaran.

Hacia ya mucho tiempo, segun decian los más ancianos, que no se veia allí un invierno tan crudo ni un temporal tan deshecho como el que habia corrido la *Niña*.

Colon con los suyos arribó á Rastelho, y desde allí envió dos correos, uno á los reyes de Castilla anunciándoles su llegada á Portugal y el felix éxito de su empresa, y otro al rey de Portugal, que estaba á la sazon en sus posiciones de Valparaiso, pidiéndole licencia para ir hasta Lisboa y presentarse á Su Majestad.

El motivo que tenia Colon para desear abandonar cuanto ántes aquel pueblo y ponerse bajo la proteccion del rey de Portugal, era el de haber notado en los habitantes de Rastelho, todos de humilde condicion, grandes deseos de apoderarse del oro que traia.

Habia cundido la voz de que el almirante volvia con el navio cargado de tan precioso metal, y eran muchos los que en barcos ó á nado rodeaban el buque y pugnaban por entrar á bordo.

Habia á la sazon surto en Rastelho un navío de guerra portugués, y el patron de él, llamado Bartolomé Diaz de Lisboa, con el bote armado se acercó á la carabela y dijo al almirante que fuese en su compañía á dar cuenta al capitan del navío de quién era, y de los motivos que le habian llevado hasta allí.

Habeis de saber, contestó Colon, que soy almirante de los reyes de Castilla, y no me cumple dar cuenta á nadie de mis actos. Así, pues, no abandonaré mi carabela, á no ser que, vencido en la lucha, me saquen de aquí á viva fuerza.

—Todo puede arreglarse, dijo el patron, enviad al maestre de la carabela á que satisfaga en vuestro nombre los deseos del capitan.

—Ni el maestre ni yo saldremos por fuerza de aquí, porque los servidores de los reyes de Castilla mueren ántes que humillarse á persona alguna.

—Haced entónces lo que gusteis; pero al ménos servíos enseñarme las credenciales de los reyes.

—Eso ya es otra cosa; subid á bordo y tendré el mayor gusto en complaceros.

Bartolomé Diaz se trasladó en efecto á la carabela, examinó los papeles de Colon, y cambiando de tono, contestando con la mayor cortesía, y excusándose por haber cumplido una órden, se volvió á su nave y refirió á su capitan, llamado Alonso Dama, lo que acababa de saber.

No bien se informó éste de quièn era el almirante, mandó á los suyos que se vistiesen de gala, hízoles bajar á los botes, y con músicas y en son de fiesta se llegó à la carabela de Colon, estrechó su mano, le felicitó y se puso á sus órdenes.

La noticia de la llegada de Colon á Portugal cundió rápidamente por todo el reino, y hasta de la misma capital de Lisboa acudieron gentes curiosas á ver aquellos hombres que

venian de tierras desconocidas y á admirar las maravillas que podrian contarles.

Todos acudieron á la carabela.

Entre ellos iba un hidalgo muy distinguido en la corte, y oficial del rey.

Todos preguntaban á Colon, que respondia con la mayor amabilidad á sus preguntas; observaban con gran curiosidad á los indios, y celebraban el descubrimiento que acababa de verificar Colon, por más que sintiesen que no fuera Portugal quien se aprovechara de él.

Dos dias despues llegó á presencia del almirante don Martin de Noruña, el cual era portador de una carta del rey, en la que Su Majestad, comprendiendo que no le era posible emplear la fuerza, usaba de la diplomacia

Rogábale en la misiva que fuese á Valparaiso, en donde tendria el mayor placer en conversar con él y en prestarle cuantos servicios hubiera menester.

Seguro estaba Colon de la perfidia del monarca portugués; pero necesitaba mostrar gran confianza á sus ojos, y se puso en camino.

Por la noche durmió en Sacavem.

El dia 9 de Marzo partió de allí, para llegar al medio dia á Valparaiso, que está á nueve leguas de Lisboa; pero llovia y no pudo llegar hasta la noche.

Convenia al rey don Juan demostrar que no envidiaba al gloria de los soberanos de Castilla.

Por otra parte, queria ver hasta qué punto podia catequizar al almirante para averiguar el derrotero de los países que acababa de descubrir, y resolvió agasajarle en extremo.

El rey comisionó á muchos de los principales caballeros de la corte para que salieran á su encuentro; cuando Colon entró seguido de los suyos en la morada régia, el rey mismo

se adelantó á recibirle, y estrechando su mano le felicitó, le mandó que tomase asiento en su presencia, y despues de darle mil plácemes por su brillante éxito, le aseguró que ponia á sus órdenes cuantos buques hubiese en Portugal que pudiesen serle útiles, ó á sus soberanos.

Despidiendo á la comitiva quedó á solas con él, y entablaron una larga conversacion, en la que el almirante hizo un extenso relato de su viaje y de las islas que habia descubierto.

Colon tenia muy buen cuidado de contestar con generalidades à las preguntas que le hacia el monarca para realizar sus deseos; y aunque demostraba gran placer al oirle, la verdad era que miéntras escuchaba la narracion de su descubrimiento sentia una envidia inmensa, porque ni la gloria ni el aprovecho de aquella expedicion eran para él, ni habia podido apoderarse de Colon de una manera cautelosa para arrancarle su secreto.

—Grande es la honra que habeis conquistado para España, le dijo el rey.

—Bien sabe V. M., le dijo Colon, que habiendo hallado una segunda patria en Portugal cuando abandoné á Génova, me acerqué á vuestro trono, y ante Vuestra Majestad expuse mis proyectos pidiéndoos proteccion para realizarlos. Mia no es la culpa si otros reyes han querido prestarme su apoyo.

—Tambien sabeis, contestó el rey, que yo os escuché siempre con atencion, que abrigué esperanzas de que serian realizables vuestros proyectos, pero el Consejo que nombré para que los examinara no lo creyó así; y hoy no envidio á los reyes que os han favorecido, pero os felicito cordialmente.

Sin embargo, añadió el monarca, yo no sé hasta qué punto deben pertenecer á Portugal esos dominios que habeis descubierto, porque no ignorais las capitulaciones del tratado de 1479 que celebró Portugal con los reyes de Castilla.

—Os aseguro, señor, que no conozco esas capitulaciones, contestó Colon. De cualquier modo los reyes me ordenaron que no fuese á la mina de Guinea; esta órden la mandaron pregonar en todos los puertos de Andalucía ántes de emprender mi viaje, y bien sabe Vuestra Majestad que la he cumplido.

—Estoy satisfecho de vuestra conducta. Sé, en efecto, que habeis respetado esa órden; y por lo demas, si alguna complicacion surgiere de este suceso, yo creo que se arreglará fácilmente, sin necesidad de árbitros, entre las dos naciones. Estimo mucho á los reyes de Castilla, y siendo vos su representante en esta ocasion, no hay diferencia posible entre nosotros.

Al convite del rey asistieron muchos de los grandes personajes de la corte, y por la noche el prior del Clato, que era uno de los más importantes que allí habia, se llevó al almirante à su morada y le hospedó en ella espléndidamente.

El monarca celebró otras entrevistas con Colon, haciéndole minuciosas preguntas acerca de los habitantes y de las producciones de los paises que habia descubierto.

Colon le contestó satisfactoriamente, pero demostrándole que las islas de que habia tomado posesion en nombre de los reyes no se hallaban bajo el poder de ningun príncipe cristiano.

El rey tenia una bula pontificia concediendo à la corona de Portugal cuantas islas descubriese desde Cabo Neon á las Indias, y al hacer todas estas preguntas era con el objeto de ver si las descubiertas se hallaban dentro de la demarcacion comprendida en la bula.

No satisfecho con estas explicaciones del almirante habló de sus dudas á sus consejeros, y éstos, que eran los mismos que algunos años ántes se habian burlado de Colon en los

salones y le habian calificado de visionario, confirmaron al rey en su creencia.

El triunfo de Colon les humillaba.

Pero como no podian negarle, se complacian en atribuir á fines interesados su expedicion.

La alegría que brillaba en su rostro al dar cuenta de su triunfo, la calificaban de altanería insultante.

Los que habian visto los indios de la carabela indicaban al rey que su color, su cabello, su manera de sér correspondian á los habitantes de la parte de la India que se hallaba dentro del rádio designado por el Sumo Pontífice.

La envidia, la codicia, en una palabra, todas las malas pasiones de los consejeros del rey de Portugal se desencadenaron contra Colon, y no faltó quien en aquella sesion, en que trataban de calmar las dudas del rey, propusiese deshacerse del almirante de una manera violenta.

—¿Y quién os dice, exclamó uno de los consejeros, que es verídico el relato que ha hecho Colon de su viaje?

—Aunque ha traido indios y algunas cantidades de oro, oro é indios hay en países que ha conquistado Portugal.

—Tal vez es una superchería su narracion.

—Sea ó no sea cierto, se atrevió á decir uno, es necesario que ese hombre no llegue á Castilla, que su secreto quede oculto en Lisboa, y si es verdad que ha descubierto islas que no se encuentran bajo el poder de ningun príncipe cristiano, esas islas deben pertenecer á Portugal.

La proposicion fué generalmente aceptada.

—Hay un medio, añadió otro, de realizar ese plan. Colon nos habla con altanería y nada màs fácil que censurar su conducta; nada más fácil tambien que provocarle á un duelo. Cualquiera de nosotros es capaz de medir sus armas con él y de matarle en buena lid.

Muerto él, detenido el emisario que ha enviado á España, y aprisionados los tripulantes de la carabela, considerarán los reyes de Castilla que se han perdido las naves, y ántes de que puedan hacer alguna tentativa para buscarle, con los mismos pilotos que ha llevado Colon visitamos esas tierras y nos apoderamos de ellas.

Por grande que fuera la envidia de don Juan II, por vivos que fueran los deseos que sentia de aprovechar en su beneficio el descubrimiento de Colon, es necesario hacerle la justicia de decir que rechazó la proposicion de sus consejeros.

—Es un hombre de génio, y es ademas un extranjero, dijo.

—Bien está, contestaron los que habian apoyado la idea; no nos opondremos á que vuelva á España Colon y á que dé cuenta de su viaje; pero al mismo tiempo que él, puede salir de Portugal una poderosa escuadra con algunos de los pilotos ó marineros que ha llevado Colon, los cuales será fácil comprar, y dirigiéndose à los países descubiertos, pueden apoderarse de ellos y defenderlos si los españoles envían gentes armadas á ocupar los países que creen conquistados.

Esta idea no pareció tan mal al rey; pero se reservó algun tiempo para meditarla.

Colon, que deseaba vivamente llegar á España, fué á despedirse del rey, el cual le manifestó que pondria á sus órdenes lo necesario por si queria ir por tierra á España.

Pero Colon quiso volver á la carabela, y acompañado de don Martin de Noruña y otros caballeros que comisionó el rey para que le despidieran, salió de Valparaiso, recibiendo algunos obsequios del rey, y se detuvo en el camino en el monasterio de San Antonio de Villafranca, donde estaba la reina, y habia mostrado grandes deseos de conversar con él.

La reina le hizo un recibimiento en extremo benévolo, y

rodeada de sus damas oyó la narracion que hizo el almirante de su viaje.

Por la noche llegó á Llandra, y allí tuvo un contratiempo inesperado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXI.

Un padre y una madre.

Los lectores recordarán que don Luis de Souza y Fajardo habia sido enviado á España por el rey don Juan II para que en su nombre le hiciese proposiciones á fin de que le decidiese á llevar á cabo su expedicion con recursos de Portugal.

Colon no quiso oir al emisario secreto del rey, y éste quedó desairado por completo.

Tambien recordarán que doña Catalina de Alvarado, la dama que sucedió á doña Beatriz Enriquez de Córdoba, cuando por intrigas del conde de Almagros se retiró de palacio, la madre de María, de aquella jóven candorosa que tan inmenso amor habia despertado en el alma de Diego de Colon, faltando no sólo á la gratitud que debia al conde, sino lo que era más punible, á los deberes de madre, oyó los galanteos de don Luis de Souza, y cuando éste regresó á Portugal se fué en su compañía.

Don Luis no podia presentarse con ella porque estaba casado, y aunque circunstancias especiales, que tal vez á su tiempo sabremos, le obligaban á vivir separado de su esposa, tenia una reputacion muy bien sentada, desempeñaba un cargo muy distinguido en la corte, y ni podia, ni debia hacer ostentacion del lazo que le ligaba con la castellana en su propia patria.

Los dos convinieron ántes de llegar á Lisboa en separarse.

Catalina permaneceria algunos dias en Oporto, y cuando la avisase don Luis se trasladaria á Lisboa á ocupar una casa que le pertenecia, casa en donde iria á verla ocultamente.

Hízolo así, en efecto, y como Catalina era una mujer muy diestra y al mismo tiempo muy bella, logró dominar por completo al emisario del rey, teniendo gran influencia en la corte por este medio.

Don Luis habia perdido el seso por ella, y en la corte empezaba á murmurarse de las visitas que la hacia; resolvió construir en Llandra, donde tenia algunas posesiones, una casa de campo que con el tiempo fué un verdadero palacio.

Hizo á Catalina que se trasladase allí, y desde entónces la mayor parte del año lo pasaba en su compañía á bastantes leguas de los curiosos.

En Llandra estaba cuando Colon, de regreso de Valparaiso, hizo noche en aquel lugar para salir al dia siguiente á Rastelho á embarcarse.

Don Luis habia sabido la llegada de Colon, pero no habia acudido á recibirle, y algunas horas ántes de la llegada de Colon á Llandra recibió un mensaje del rey en el que le anunciaba que el almirante de España llegaria aquella noche, le encargaba que le hospedase en su casa, reanudase con él sus antiguas relaciones y se valiese de todos los medios para informarse del derrotero que habia seguido, ordenándole ademas que si nada podia averiguar sobornase á alguno de los que le acompañaban ó enviase persona de toda su confianza á la carabela, porque necesitaba á toda costa conocer el verdadero camino desde las Azores hasta las tierras que habia descubierto Colon.

El almirante no tardó en reconocerle.

—Quiero mostraros que no soy rencoroso, le dijo don Luis y ya que no me ha sido posible felicitaros ántes, ni asistir á, los convites con que os ha festejado su majestad el rey, deseo que honreis mi casa y paseis en ella el tiempo que permanezcais en el lugar.

—Os agradezco infinito el agasajo, dijo Colon, y voy tan satisfecho de las mercedes que me ha otorgado el rey, que me complaceré en pasar à vuestro lado la noche para que llegue á vos la gratitud que siento hácia este noble y generoso país.

El almirante con su escasa comitiva, precedido de don Luis, llegó al palacio y se hospedó en el aposento que le tenia preparado,

Para realizar los deseos del monarca dispuso don Luis una espléndida cena, y contando con la sagacidad y con la astucia de Catalina, no tuvo inconveniente en hacerla su cómplice.

—Las preguntas de una mujer, se dijo, parecerán mera curiosidad á Colon; á mí me contestaria con recelo, miéntras que á Catalina se apresurará á complacerla porque es galante y bondadoso.

Comunicó á Catalina su plan, y fué despues á la habitacion de Colon á conversar con él miéntras los llamaban para sentarse á la mesa.

—Deseo presentaros á mi esposa, le dijo don Luis, á quien tal vez habreis oido nombrar en la corte de vuestros reyes, porque es española, y ha tenido el honor de desempeñar uno de los puestos más honrosos allí al lado de la reina doña Isabel.

—De gran satisfaccion me servirá conocerla, contestó el ilustre marino. Para mí, España es hoy la única patria que tengo. ¿Qué mayor ventura puedo esperar que hallar una española ántes de pisar el suelo de mi patria?

—He de trataros con la mayor franqueza, añadió don Luis. Somos antiguos amigos, y la verdadera amistad se niega á la etiqueta. Venís del palacio del rey, en donde todo ha sido ceremonia para vos; en mi casa hallareis confianza y cariño. Así, pues, venid al comedor donde nos espera doña Catalina.

Esta conocia tambien á Colon.

No habia olvidado que habia servido de pretexto al conde de Almagros y á sus amigos para la intriga que dió por resultado su elevacion al cargo de dama de la reina.

La presencia del ilustre genovés despertó instantáneamente en su imaginacion el recuerdo de los dias en que le habia conocido.

Entónces era objeto de un entrañable amor por parte del conde de Almagros, que á su vez le idolatraba, y de aquel lazo que la pasion habia formado habia brotado una niña.

Pero aquellos dias de ventura, de expansion y de esperanza habian desaparecido para siempre.

Los lazos que la habian unido con el conde de Almagros, lazos que, dicho sea de paso, ignoraba don Luis de Souza, se habian roto para siempre por su culpa.

La madre habia abandonado á su hija, y su recuerdo era un remordimiento contínuo.

Ademas, vivia en un país extranjero, y entónces no era el amor, sino la necesidad, lo que la detenia en los brazos de don Luis de Souza.

Sin embargo, tenia mucha serenidad, y dominándose saludó cordialmente á Colon, le colmó de plàcemes y enhorabuenas, y amenizó con su conversacion la primera parte de la cena.

Don Luis llenaba á cada instante de sabroso vino el vaso de Colon.

Queria animarle para que hablase.

Colon habló, en efecto; pero no á medida de los deseos de don Luis.

Ponderábanle él y Catalina la importancia del descubrimiento que acababa de hacer; de la gloria que le esperaba, de las ovaciones que alcanzaria en toda Castilla, de las inmensas riquezas que llegaria á atesorar, y Colon, comprendiendo del mismo modo que ellos la gran altura á que habia llegado, no pudo ménos de dirigir una mirada á su pasado, y en él halló la inspiracion para hablar como habló.

Sí, dijo á Catalina y á don Luis, grande es la gloria que he alcanzado, acaso sean inmensas las riquezas que logre. Pero ¡ay! dejadme que os abra mi corazon en este momento; dejad al hombre que se os aparece tan acariciado por la fortuna, que os diga sus tristezas.

—¡Vos podreis estar triste! exclamó Catalina.

—En estos momentos seria una injusticia, añadió don Luis.

—Pues ved lo que es el mundo: yo, que tantas mercedes acabo de recibir de la suerte, que tengo delante de mis ojos un porvenir tan risueño, os envidio. Sí, os envidio, porque vivís unidos, porque os amais; y yo que tambien he tenido una esposa, á quien he amado con toda mi alma, no puedo ménos de recordar aquellos breves dias que pasé á su lado dominados por la ambicion, por la sed de gloria, y corriendo siempre en pos de un fantasma que me alejaba de la verdadera felicidad, de la felicidad doméstica que tenia á mi lado.

No hay duda que la fortuna me ha favorecido. Es de esperar que así como el monarca de Portugal me ha honrado, me honrarán con más motivo los reyes de Castilla; confirmarán el título de grandeza que me han dado y me colmarán de agasajos. Pero todos estos goces no satisfacen más que la vanidad del hombre: á lo sumo llenan las necesidades de la materia; pero ¿y las del espíritu? ¿Qué es haber descubierto un

Nuevo-Mundo? ¿Qué es alcanzar la honra de estar cubierto y de poder sentarse al lado de los reyes? ¿Qué es atesorar riquezas si no tiene uno al lado una mujer amada, una casta esposa, que despues de haber compartido los infortunios, comparta las alegrías con su compañero? ¿Y si hay un hijo, si de este amor que ha unido sus almas nace un fruto de bendicion, con qué afan, con qué alegría, con qué entusiasmo ve el padre los honores, las riquezas que ha de poder legarle?

Y si ha pasado trabajos, y si ha sufrido ese padre al conquistar los favores de la fortuna, ¿cuán inmensa es su dicha al ver que puede librar al hijo de su amor de los infortunios que ha padecido, que puede separar de su camino los abrojos, sembrarle de flores y hacer que la vida sea para él un Eden?

Parte de esta felicidad me está á mí reservada, si Dios durante mi viaje no ha dispuesto de la vida de mi hijo.

Al hablar de este modo recordó Colon que no iba á disfrutar de sus beneficios un hijo, sino dos.

Pero Fernando tenia que pasar á los ojos del mundo como un desconocido para él.

—¿Vos teneis hijos? le preguntaron don Luis y doña Catalina.

—Sí, tengo uno.

—Yo recuerdo cuando fuisteis á Córdoba, y entónces no estaba á vuestro lado.

—¡Oh! No: yo habia vivido en Portugal. En Portugal habia unido mi suerte con la de una mujer que no pudo disfrutar á mi lado porque la pobreza vivia en nuestra casa. Murió dejándome un hijo, y con él fuí á España á pedir proteccion. La Providencia detuvo mi paso errante á la puerta del Convento de la Rábida, y allí nos ampararon. Cuando yo fuí á Córdoba á proponer á los reyes mis planes, quedó mi hijo al lado del prior, y en su compañía ha pasado mucho tiempo edn

cándose en los santos principios de la religion y de la moral. Hoy es ya un hombre. Los reyes, colmándome de mercedes, le hicieron paje de su hijo ántes de mi partida. Por él, solo por él me sonreia la idea del triunfo; pero no puedo ménos de experimentar un vacío en mi corazon: ¡me falta su madre!

—Sois todo un héroe, dijo don Luis de Souza profundamente conmovido, estrechando la mano de Colon.

—Y vos, amigo mio, preguntó el almirante, no teneis hijos?

Don Luis y doña Catalina bajaron los ojos.

—No, contestó don Luis, no nos ha dado Dios....

—¡Ah! pues entónces vuestra felicidad no es completa por dichosos que seais. Creedme, señora, añadió dirigiéndose á doña Catalina, un hijo, un hijo es la única felicidad posible. En todas las afecciones del corazon hay egoismo ménos en el amor patenal; un hijo es un pedazo de nuestra alma, una multiplicacion de nuestro sér, es nuestra alma, es nuestro cuerpo, es la vida.

Sois ricos gracias al favor del rey, os hallais rodeados de leales servidores, haceis el bien y os bendicen en todas partes; pero todas las venturas que disfrutais pueden darse por la menor caricia de un hijo.

Colon, que por efecto de las circunstancias y de los peligros que habia corrido, habia pensado poco en los suyos, sentia en su alma desbordarse el afecto hácia ellos, y sus palabras eran entusiastas, vehementes.

Don Luis y doña Catalina, preocupados por el giro que habia tomado la conversacion, se vieron precisados á renunciar á sus propósitos.

Ella estaba profundamente conmovida.

Don Luis, que no comprendia la causa, creyó que se aburria de aquella conversacion, y para distraerla propuso nuevas libaciones.

Habia abusado tanto en la mesa que no tardó en sentir una gran pesadez en la cabeza, y un vivo deseo de descansar.

—Estareis muy rendido, dijo á Colon, ahí teneis vuestro cuarto dispuesto. A descansar, querido huésped.

—Jamas olvidaré, dijo Colon, la cariñosa hospitalidad que me habeis dispensado esta noche. Supongo que mañana, aunque pienso partir temprano, nos veremos.

—¡Pues no faltaba más!

—En ese caso, buenas noches.

—Buenas noches, mi querido huésped.

Doña Catalina se acercó à Colon y le dijo al oido:

—Tengo que hablaros, esperadme esta noche en vuestra habitacion.

Colon no pudo explicarse el significado de aquel anuncio.

Fué á su aposento y aguardó.

No habia pasado media hora cuando sintió dos golpecitos en la puerta y despues de abrirla vió entrar en su habitacion á Doña Catalina.

—Os extrañará mi visita, le dijo, pero las palabras que habeis pronunciado esta noche han sido mi acusacion.

—¿Qué decís, señora?

—Confio en vuestra lealtad y voy á revelaros un secreto. Yo soy esposa de don Luis de Souza.

—¿Es posible?

—Sí; mi desgracia lo ha querido. Desde España me trajo engañada á Lisboa diciéndome que me daria su nombre; pero don Luis está casado, y aunque vive separado de su esposa, ya comprendeis que le ha sido imposible cumplirme su promesa. La necesidad me obliga á vivir en su compañía, pasando solo á los ojos vuestros, porque todos los demas conocen mi historia, como esposa suya. No os hablaria, sin embargo, de esto, si no hubierais despertado con el amor que

profesais á vuestro hijo un recuerdo doloroso en mi alma. He podido disfrutar todos esos goces que habeis nombrado; he podido comprender vuestro entusiasmo al hablar de vuestro hijo, porque soy madre.

—¿Vos, señora?

—Sí; pero madre desnaturalizada, madre indigna de compasion. Abandoné á mi hija para seguir á don Luis á Portugal. Sé que esta confesion me humilla á vuestros ojos: no os la haria si no tratase de pediros un favor.

—Hablad, señora; yo respeto siempre la desgracia.

Doña Catalina prosiguió:

—Vais á España, vais á la corte, tal vez podreis hallar á mi hija. Si lo conseguís, haced que me perdone, inspiradle cariño hácia mí. Avisadme su actitud, y yo os ofrezco renunciar á las riquezas, al lujo, al fausto que me rodea, para ir á consagrarme á mi hija.

—Vuestros propósitos son muy nobles, y me honrais en extremo confiándome su realizacion. ¿Dónde esta vuestra hija?

—Lo ignoro; pero de seguro donde esté la corte, porque la acompaña á todas partes. El rey don Fernando, protector de su padre, cuando éste murió le ofreció velar por ella; no se separa nunca de su lado, y segun mis noticias, la colma de bondades; es para ella un segundo padre.

—¿Su nombre?

—María.

—¿Su apellido?

—Es el mio; Alvarado.

—Yo os ofrezco cumplir vuestro deseo.

—Dios os lo pagarà.

—¿Y cómo podré comunicaros el perdon de vuestra hija, su deseo de que vengais á su lado?

—Escribidle á don Luis con cualquier pretexto, diciéndole, por ejemplo, que agradecido á sus bondades por haberos hospedado en su casa, deseais saber de él. Esta carta equivaldrá para mí á la noticia de que mi hija me abre sus brazos y me perdona.

—Fiad en mí.

—¡Ah! por Dios, exclamó doña Catalina estrechando la mano del ilustre marino con verdadera emocion, vos que me habeis hecho comprender cuán culpable he sido, sed bueno y conseguid la redencion de mi culpa.

Colon se separó de doña Catalina, y al dia siguiente se despidió de don Luis y partió.

El temporal se habia calmado.

Los suyos le esperaban con ánsia.

Subióse à la carabela, y continuando su camino llegó á la barra de Saltes, á los siete y medio meses de haber salido de ella para emprender su aventurera expedicion.

Inmediatamente se encaminó hácia Palos, para desembarcar allí.

Uno de los pesares que agitaban al almirante, era la ausencia de Pinzon.

¿Se habria perdido la *Pinta* y habrian sucumbido su capitan y los tripulantes?

¿Se habria adelantado Pinzon para disfrutar del triunfo ántes que él?

Estos temores aumentaban su ansiedad á medida que se acercaba al deseado Puerto.

No tardaremos en ver hasta qué punto debia ser justa la Providencia con aquellos dos hombres.

CAPITULO XXII.

Premio y castigo.

Por grande que fuera el deseo con que en toda Castilla se aguardase el regreso de Colon, no era menor la ansiedad que experimentaban los habitantes de Palos.

En aquel pequeño pueblo se habian reunido los audaces marinos que habian llevado á cabo aquella arriesgada expedicion.

La mayor parte de ellos eran naturales de Palos y habian dejado allí, en aquella orilla del Océano, en aquel grupo de casas blancas, mujeres, hijos, hermanos, amigos, que esperaban ansiosos su vuelta para estrecharlos en sus brazos, y al ver que nada sabian de ellos empezaban á dudar de su regreso y á confirmarse en los temores que les habia inspirado desde un principio la arriesgada empresa que iban á acometer.

Este temor, esta duda, esta ansiedad no alentaba solo en los corazones de los que estaban más ó ménos estrechamente unidos con los viajeros, sino en todos los habitantes del pueblo, á quienes el viaje habia preocupado en extremo.

Las espantosas tormentas que habia habido durante aquel invierno, y cuyas consecuencias habian sufrido muchos de los marineros de Palos, Moguer y demás puertos próximos, les hacia temblar por la suerte de los navegantes que habian llevado su audacia hasta el punto de entregarse al Océano cruzando su inmensidad y pasando los límites de la audacia de los navegantes.

Muchos consideraban á sus hermanos, á sus amigos, á sus parientes muertos.

Otros, con màs esperanza, se los figuraban errantes en medio de las soledades del mar.

En general se habia perdido la esperanza de volverlos á ver.

Habia llegado à tal punto el sentimiento que su ausencia y su probable desastrado fin causaba, que ya nadie se atrevia à hablar de ellos, porque solo nombrarlos bastaba para que asomasen á los ojos de la esposa ó de los hijos lágrimas dolorosas.

Colon envió un correo á los reyes, pero su emisario fué por tierra, así es que no pudo saberse en Palos la noticia de su regreso de Portugal.

Una mañana descubrieron á lo léjos los pescadores de Palos una embarcacion que, aunque lentamente, iba acercándose hácia allí.

Anunciaron lo que habian observado, y comenzó á hablarse en el pueblo de aquel navío.

—¡Qué han de ser ellos! decian los incrédulos, hay que contarlos con los muertos.

—Es verdad, añadia alguna pobre mujer, ya no volveré á ver á mi esposo; mis hijos no tienen ya padre.

En estas conversaciones estaban cuando llegó el prior del convento de la Rábida y le preguntaron lo que pasaba.

Fray Juan Perez de Marchena habia ido con mucha frecuencia á Palos, y siempre sus visitas habian servido de consuelo para los que aguardaban á los séres queridos de su corazon.

—No lo dudeis, dijo el venerable sacerdote, ese navío es

uno de los que se llevó Colon; los demas no tardarán en seguirle; mi corazon me dice que son ellos.

Fueran ó no fueran, lo cierto es que no se hablaba más que del navío que cada vez tomaba mayores proporciones, por más que no era posible distinguirle bien, que la esperanza renacia en los abatidos espíritus, y que deseaban todos que pasase el tiempo para que llegase la embarcacion.

Algunos pescadores no tuvieron paciencia, y subiendo á las lanchas:

—Vamos á ver qué buque es ese, dijeron.

Y se lanzaron á su encuentro.

Serian las once y media cuando los pescadores en las lanchas, dando gritos de alegría:

—¡Son ellos, son ellos! exclamaban.

La voz circuló instantáneamente, y precedidos del prior de la Rábida fueron al puerto todos los habitantes de Palos.

Apénas saltaron en tierra los pescadores, llovieron sobre ellos multitud de preguntas.

—¿Qué barco es ese?

—La *Niña*.

—¿Quién viene en él?

—Colon.

—Colon, que ha descubierto un Nuevo Mundo.

—Pronto van á llegar.

—Y trae mucho oro.

—¿Y los demas navíos?

—No les hemos preguntado; pero sin duda alguna vienen detrás.

La alegría se manifestó por medio de una explosion.

—Venid, venid, dijo fray Juan Perez de Marchena á los que rodeaban, venid al templo á dar gracias á Dios por su inmensa bondad

La tristeza se tornó en alegría.

Las mujeres volaron á sus casas, se pusieron sus mejores galas, y al llegar ya resonaban en la casa del Señor los armoniosos sonidos del órgano.

Las campanas comenzaron à repicar.

Las tiendas se cerraron.

Se paró el tráfico.

El entusiasmo no tuvo límites.

Y todos, despues de haber dado gracias á Dios, volvieron á la playa, pudiendo entónces descubrir la carabela que plegaba sus velas y soltaba los botes al agua para verificar el desembarco de los navegantes.

La curiosidad igualó al entusiasmo.

Todos al ver bajar de los botes á los marineros, pronunciaban sus nombres.

Los que conocian á su amigo, á su hermano, á su padre, á su hijo, prorumpian en gritos de alegría.

La felicidad inundaba su rostro.

Al ver á Colon todos prorumpieron en entusiastas vivas, y al llegar á la playa, fray Juan Perez de Marchena le recibió en sus brazos.

Todos se agolpaban para verle, para oirle.

Pero Colon, que con los demas marineros habia saltado en tierra y se veia acosado de preguntas y felicitaciones, quiso ir al templo á dar gracias á Dios.

De nuevo volvieron á la iglesia los que momentos ántes se habian anticipado á bendecir à la Providencia.

Sin embargo, algunas familias quedaron en la playa, aguardando otros navíos y otras personas que no llegaban.

La esposa de Martin Alonso, no pudiendo contener su ansiedad, quiso preguntar al almirante cuál era la suerte de su esposo.

La respuesta de Colon fué una herida mortal para su alma.

Tambien lloraban las familias de los que iban en la *Pinta*.

Muchos de ellos se habian quedado en Haiti, defraudando las esperanzas de los que los aguardaban con ánsia.

Colon trasportó al convento de la Rábida los objetos que traia á bordo, y acompañado de los indios fué con fray Juan Perez de Marchena, entrando triunfante por la misma puerta que le habia visto pobre y desvalido llamar á ella para implorar la caridad de los religiosos.

Lo primero que preguntó á fray Juan Perez de Marchena, fué si habia llegado Pinzon.

Cuando supo que no habia llegado, su temor fué más grande que nunca, porque podia muy bien haber tomado otro camino y haberse dirigido á Barcelona, donde supo que estaban los reyes.

Pero no habian hecho más que penetrar en el convento de la Ràbida, cuando uno de los marineros que habian acompañado á Colon llegó precipitadamente anunciando que la *Pinta* se habia presentado en el puerto, y que en ella venia Pinzon con los demas tripulantes.

Colon respiró.

Habia llegado primero que él.

¿Qué habia sido de Pinzon entretanto?

Separada su carabela de la *Niña* á impulsos del récio temporal que le sobrecogió, fué arrastrada por los huracanes á la bahía de Vizcaya, y no tuvo más remedio que guarecerse en el puerto de Bayona, donde permaneció algun tiempo.

Solo allí, léjos de su jefe y compañero de viaje, volvieron á despertarse en su alma las ambiciosas ideas que contínuamente le habian incitado á desertar.

Considerando la poca consistencia de la *Niña* y el rudo combate que habia tenido que sostener con las olas, dió por seguro el naufragio del buque, experimentando, á pesar de sus buenos sentimientos, una gran alegría al ver que iban á realizarse sus planes, porque desde Bayona podia anunciar á los reyes de Castilla y Aragon el descubrimiento y pedirles permiso para presentarse á ellos y comunicarles el resultado del viaje, sin nombrar para nada á Colon y usurparle toda su gloria

Hízolo así, en efecto, anunciando que iba à desembarcar en el Puerto de Palos, donde esperaba las órdenes de sus majestades.

La idea que le llevaba á Palos, era el alcanzar una ovacion ruidosa.

En efecto; su regreso al lugar que le habia visto nacer, donde tanta influencia tenia, donde tanto prestigio gozaba su nombre, debia producir una gran sensacion y acariciaba la ilusion de que á su llegada repicarian las campanas, habria fiestas y regocijos en el pueblo, seria llevado en triunfo desde el puerto á casa y proporcionaria á su esposa una de las más grandes satisfacciones.

Su conciencia le decia que obraba mal, pero su imaginacion dominaba á la conciencia y apénas calmaron los temporales se puso en camino para Palos, pareciéndole siglos las horas que tardaba en oir los aplausos y los plácemes de sus entusiastas compatriotas.

Pero ¡ay! la Providencia es justa.

Los hombres hacen cálculos, combinan sus planes, y fascinados por su imaginacion creen convertir en realidades sus ilusiones!....

Llega el momento, sin embargo, y la justicia divina dicta el fallo.

Pinzon queria arrebatar una gloria, unos derechos que no le pertenecian; queria despojar á Colon de su prestigio, y si

habia perecido, como pensaba, si guardaban los abismos del Océano el secreto de su triunfo, en vez de perpetuar su memoria, en vez de inmortalizar su nombre, iba á dejarle en la oscuridad, en el silencio y á usurparle la gloria y las riquezas que le correspondian.

Martin Alonso avanzaba presuroso con la *Pinta*, y de pié, sobre cubierta fijaba su ávida mirada en la playa.

La playa estaba desierta.

—¿Cómo no han visto mi carabela? se preguntaba, ¿cómo no han acudido á recibirme?

A medida que avanzaba llegaban à su oido los vibrantes sonidos de las campanas que echaban á vuelo.

—¡Oh! exclamaba, ya saben mi llegada, ya me han visto, ya repican las campanas; no tardarán en venir al puerto á colmarme de aplausos y de plácemes. Animo, amigos mios, ánimo, decia á los marineros, el triunfo nos aguarda; volemos á la orilla.

Y la carabela avanzaba y la playa continuaba desierta.

Pinzon envió en un bote á un marinero á preguntar cuál era la causa de la soledad que reinaba en la playa.

El marinero halló á una pobre mujer que lloraba amargamente.

—¿Por qué lloras, no me conoces ya? le preguntó el marinero.

—Sí, te conozco.

—¿Qué es lo que tienes?

—Esperaba á mi hijo y mi hijo no ha llegado. Me han dicho que se ha quedado en esas tierras que ha descubierto Cristóbal Colon; yo no lo creo.

¡Para no aumentar mi dolor me han engañado!

La pobre madre presentia la verdad, porque en aquellos momentos Caonabo, el furioso Caonabo, realizaba la más

atroz venganza que habian presenciado la vírgenes comarcas de la América.

—Pero ¿ha llegado Colon? preguntó el marinero.

—Sí, hace poco; con su llegada, padres, madres, hermanos, todos se han alejado, todos han ido al templo à dar gracias á Dios; para todos ha sido un momento de ventura ménos para la pobre madre que no ha visto venir á su hijo y vive desesperada porque ya no le volverá á ver nunca, y permanece aquí sola, afligida, como la madre del Salvador llorando en la soledad.

El marinero corrió precipitadamente á dar cuenta á Pinzon de lo que pasaba.

—Señor, señor, le dijo, Colon se ha anticipado.

—¡Colon!

—Sí; hace dos ó tres horas que ha llegado. Ved allí la *Niña*.

Pinzon, que con el ánsia de llegar no habia mirado en torno suyo, vió á corta distancia la carabela.

—¡Ha llegado Colon! exclamó con acento desesperado.

—Sí, todos han celebrado su llegada; ha sido recibido con alegría y expansion. En este momento se hallan todos los habitantes de Palos dando gracias á Dios por su triunfo; las campanas anuncian su llegada, no la nuestra.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! exclamó Pinzon, mi castigo es justo!

Y cayó profundamente abatido.

—¿Qué hacemos? Todos desean saltar á tierra.

—Sí, sí, tienes razon. Pero ántes quiero ir yo á refugiarme en mi casa. Si en algo me estimais decid todo el mundo que he muerto; yo os lo suplico por el afecto que me profesais.

Todos le oian sin poder explicarse sus palabras.

—Voy à abandonaros, voy á aprovechar este momento en

que nadie me ve para llegar á mi casa y ¡ojalá Dios sea mi sepulcro!

Todos respetaron su voluntad.

Pinzon, que estaba herido de muerte, con el rostro macilento, con la mirada triste, llegó á la playa, corrió á su casa, y miéntras los marineros de la *Pinta* llegaban al templo á reunirse con sus compañeros, una terrible escena tenia lugar en la morada de Pinzon.

Llamó á la puerta.

Una antigua criada salió á abrir.

Al verle lanzó un grito de alegría.

—¡Silencio! exclamó Martin Alonso, ¡silencio! Que todo el mundo ignore mi llegada.

Pero su esposa habia oido el grito de la sirviente y corrió precipitada á su encuentro.

—¡El Señor sea bendito que te vuelve á mis brazos! Ven, ven.

—¡Aparta, aparta, dijo Martin Alonso, soy un desventurado indigno de que la gente me mire á la cara, incapaz de excitar un sentimiento caritativo!.... Huye.... huye..... ¡yo estoy maldito!

Y dejándose caer sobre un sitial:

—¡Yo me ahogo.... yo me muero! exclamó.

Su esposa estaba consternada.

Inmediatamente mandó llamar al médico Fernandez, y cuando llegó halló á Alonso Pinzon delirando.

La fiebre le abrasaba.

En medio de su delirio:

—Que no entre, que no me vea Colon, decia; he sido un infame, he querido usurparle su gloria.... ¡Ah, me maldeciria, y su maldicion seria eterna!.... No, no; apartadle de

mi vista.... Ocultad á mi esposa y á mis hijos que he sido un miserable.

Otras veces se le figuraba oir el repique de las campanas.

—¡Ah! decia, ¿vosotros oís ese sonido que llena de alegría vuestra alma? Si le escucharais bien, percibiriais el sonido fúnebre, el plañidero sonido de la agonía, porque esas campanas anuncian mi muerte.

Otras veces, poseido de un terror pánico, pedia á su esposa que le ocultase, porque Colon iba á llegar en su busca para arrastrarle y conducirle á un calabozo.

Habia sido culpable y merecia un terrible castigo.

Martin Alonso Pinzon no consintió que fuese á su presencia el almirante.

Un nuevo golpe, más terrible que los anteriores, acabó con él.

A fuerza de medicamentos y de cuidados se habia logrado calmar un tanto su exacerbacion.

A los cuatro ó cinco dias de su llegada se presentó á verle un emisario de las reyes.

Cuando lo supo se animó.

—¡Ah! quizás ha llegado mi comunicacion á los soberanos ántes que la de Colon; tal vez me dan las gracias y me colman de honores.

Fijó sus ojos en la carta, y cayó como herido de un rayo.

En nombre de los reyes le acriminaban su conducta, y con una severidad inaudita le recordaban sus deberes.

No pudo resistir á aquella prueba.

Su dolencia se agravó, y precisamente en los momentos en que Colon partia para Sevilla con muy pocos de los suyos y algunos indios, porque de la tripulacion uno habia muerto y tres quedaban enfermos en Palos, caminaba recibiendo ovaciones por todas partes, á Barcelona, donde le aguardaban

con ánsia, en aquellos momentos, repito, espiraba Martin Alonso Pinzon presa de agudos dolores, dando un ejemplo al mundo de la justicia de la Providencia.

En efecto aquel hombre audaz é intrépido marino, profundo geógrafo, hombre rico y honrado, aquel hombre cuya vida habia sido un ejemplo, tuvo un instante de debilidad, fué díscolo y empañó su gloria.

Sin embargo, él era uno de los primeros que habian comprendido á Colon y se habian animado á llevar à cabo su empresa; uno de los que más habian trabajado para armar las carabelas; y, por último, sin su auxilio quizás no se hubiera llevado á cabo su empresa, porque le proporcionó dinero á Colon, suficiente para contribuir á pagar los gastos de la expedicion, interesándole en la octava parte de las ganancias.

La infidelidad le habia engañado.

¡Ofreciéndole la gloria, habia abierto para él un sepulcro!

CAPITULO XXIII.

Donde se ve cómo España recibe á Colon á su vuelta del Nuevo-Mundo.

Al llegar á Sevilla recibió Colon un mensaje de los reyes, en cuyo sobreescrito leyó con júbilo estas líneas:

"A don Cristóbal Colon, nuestro almiranto del mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias."

Disponíase Colon en los momentos en que recibió aquella epístola á dirigirse á Baeza, con el objeto de ver á su hijo Fernando y á sus dos amigos Inés y Beltran.

Pero en la carta le manifestaban los soberanos su alegría, le pedian con insistencia que volase á la corte á darles cuenta de su viaje, y le ordenaban asimismo que aprovechase su estancia en la capital de Andalucía para hacer los preparativos de una nueva expedicion con mayor número de buques y de gente, ofreciéndole los recursos que necesitase para continuar la conquista de aquellas vastas posesiones.

Los reyes le anunciaban que era tan grande su contento, que le recompensarian el triunfo que acababa de ofrecerles en mucho más de lo que se habian propuesto al principio.

Colon, que, en efecto, deseaba volver cuanto ántes á aquellos países donde tan buena acogida habia encontrado, tomó las medidas necesarias á fin de que á su vuelta pudiera espe-

con ánsia, en aquellos momentos, repito, espiraba Martin Alonso Pinzon presa de agudos dolores, dando un ejemplo al mundo de la justicia de la Providencia.

En efecto aquel hombre audaz é intrépido marino, profundo geógrafo, hombre rico y honrado, aquel hombre cuya vida habia sido un ejemplo, tuvo un instante de debilidad, fué díscolo y empañó su gloria.

Sin embargo, él era uno de los primeros que habian comprendido á Colon y se habian animado á llevar à cabo su empresa; uno de los que más habian trabajado para armar las carabelas; y, por último, sin su auxilio quizás no se hubiera llevado á cabo su empresa, porque le proporcionó dinero á Colon, suficiente para contribuir á pagar los gastos de la expedicion, interesándole en la octava parte de las ganancias.

La infidelidad le habia engañado.

¡Ofreciéndole la gloria, habia abierto para él un sepulcro!

CAPITULO XXIII.

Donde se ve cómo España recibe á Colon á su vuelta del Nuevo-Mundo.

Al llegar á Sevilla recibió Colon un mensaje de los reyes, en cuyo sobreescrito leyó con júbilo estas líneas:

"A don Cristóbal Colon, nuestro almiranto del mar Océano, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias."

Disponíase Colon en los momentos en que recibió aquella epístola á dirigirse á Baeza, con el objeto de ver á su hijo Fernando y á sus dos amigos Inés y Beltran.

Pero en la carta le manifestaban los soberanos su alegría, le pedian con insistencia que volase á la corte á darles cuenta de su viaje, y le ordenaban asimismo que aprovechase su estancia en la capital de Andalucía para hacer los preparativos de una nueva expedicion con mayor número de buques y de gente, ofreciéndole los recursos que necesitase para continuar la conquista de aquellas vastas posesiones.

Los reyes le anunciaban que era tan grande su contento, que le recompensarian el triunfo que acababa de ofrecerles en mucho más de lo que se habian propuesto al principio.

Colon, que, en efecto, deseaba volver cuanto ántes á aquellos países donde tan buena acogida habia encontrado, tomó las medidas necesarias á fin de que á su vuelta pudiera espe-

rarle una verdadera escuadra, añadió á las noticias que habia dado á los reyes nuevos y más extensos datos, y no pudiendo detenerse en Baeza, à pesar suyo salió para Barcelona, llevando en su compañía seis indios y cuantas curiosidades y productos habia recogido en el Nuevo Mundo, para ofrecerlos á los reyes de Castilla y de Aragon.

L noticia da la llegada del almirante, de su descubrimiento y del júbilo con que habian recibido su regreso los reyes cundió con gran velocidad, y el nombre de Colon fué pronunciado por todo el mundo, siendo infinitos los comentarios que se hacian de su viaje y las versiones que circulaban acerca de los objetos raros que llevaba consigo.

Todos los habitantes de los pueblos próximos á los que había en la carretera por donde debia pasar el almirante con su comitiva corrian á su encuentro, y cuando él pasaba por las calles, los balcones, las ventanas estaban siempre llenas de espectadores que le vitoreaban y que asistian con verdadera curiosidad é interes á aquel espectáculo tan grandioso como nuevo.

Asediábanles al mismo tiempo á preguntas, y nada hay comparable al júbilo que experimentaba Colon durante el viaje triunfal, que le resarcia de los inmensos disgustos que durante la primera parte de su vida habia pasado.

¡Cuántas veces habia recorrido aquel mismo camino sin aparato, sin ruido, sin que nadie sospechase el génio que llevaba en su mente!

¡Cuántas veces aquellos árboles, aquellas tierras, aquellos montes que presenciaban su triunfo habian sorprendido en sus ojos lágrimas de desesperacion y abatimiento!

Pero por muchos que hubieran sido sus dolores, la gloria le resarcia grandemente de aquellas horas de pesar con los momentos de alegría que el entusiasmo público le brindaba á cada paso.

Por fin llegó Colon á mediados de Abril á Barcelona.

Se habian hecho grandes preparativos para recibirle.

El tiempo era hermoso.

Parecia tomar parte en la alegría general y el cielo era de un color azul puro.

Los rayos del sol parecian más brillantes.

Los árboles estaban cubiertos de hojas.

Los verjeles de flores.

Los arroyuelos bordaban los prados, y los rayos del sol, reflejàndose en sus aguas, parecian guirnaldas de brillantes.

La juventud de Balcelona, representada por los hijos de los grandes señores que allí habia, dispusieron una gran cabalgadura para salir al encuentro de Colon.

Desde muy temprano montaron en los briosos corceles y fueron á esperarle.

Una inmensa muchedumbre les seguia con flores y coronas de laurel que pensaba arrojar al héroe.

A su llegada hubo una explosion de entusiasmo.

Aplausos, vítores, aclamaciones, resonaron al lado suyo, confundiéndose con el repique de las campanas, con los sonidos de músicas próximas y lejanas que simbolizaban la alegría.

A sus piés caian millares de flores.

Ningun guerrero de la antigüedad, al volver vencedor á sus lares, recibió mayores pruebas del entusiasmo público, de la admiracion universal.

Bien es verdad que nada habia más nuevo, más pintoresco para aquella muchedumbre que la comitiva à cuya cabeza iba Colon.

Rompian la marcha los seis indios con coronas formadas por plumas de colores de los pájaros de América, con adornos de oro y piedras finas.

Llevaban el rostro y el cuerpo pintado de gala.

Las orejas y las narices con zarcillos de oro.

Tambien ostentaban collares de oro y piedras finas.

Detrás de éstos, conducidas por esclavos, iban las aves que Colon habia recogido para agasajar á los reyes, el oro y las joyas que habia atesorado en su expedicion.

Despues seguia Colon á caballo, rodeado de un espléndido séquito formado por la nobleza española.

Las calles que conducian hasta la iglesia estaban empavesadas.

Las ventanas, los balcones, los tejados, literalmente cubiertos de espectadores ávidos de saludar al ilustre genovés, al inmortal Colon, de asistir á su apoteósis; y éste, embriagándose en el triunfo, no pensaba, no podia pensar en las amarguras que más tarde servirian de triunfo á sus heróicos sacrificios.

No le esperaban con ménos ánsia los reyes.

Para recibirle con más ostentacion, habian dispuesto que se colocase en público su trono bajo un rico dosel de brocado de oro, y en uno de los más espaciosos salones del alcázar.

El rey y la reina, el príncipe don Juan á su lado, en torno suyo los dignatarios de la corte y lo más escogido de la nobleza aragonesa y castellana, catalana y andaluza, valenciana y gallega, todos vestidos de gala, todos luciendo ricas joyas, aguardaban con impaciencia al génio que tantos dias de gloria habia proporcionado á España.

¡Cuánto habia envejecido Colon desde su llegada por la primera vez á aquella nacion en donde iba á encontrar el premio de sus afanes!

Las lágrimas que habia devorado, los pesares que habia sufrido habian hecho que blanqueciesen sus cabellos cuando

todavía brillaba en sus ojos el fuego, el entusiasmo de la juventud.

Pero aquella blanca cabellera que adornaba sus sienes, inspiraba veneracion al mismo tiempo que admiracion su génio.

A su llegada resonaron las músicas, y las gentes que esperaban en los patios del alcázar, en las escaleras, en los salones, le vitorearon.

Los soberanos á su llegada se pusieron en pié, y doblando Colon la rodilla:

—Dénme vuestras majestades las manos para besarlas, exclamó profundamente conmovido.

Los reyes vacilaron en permitirle llevar á cabo aquel acto de vasallaje.

Le consideraban en mucho más, y mandándole levantar, le ofrecieron un asiento á su lado, honor que hasta entónces nadie habia conseguido en aquella corte.

Todas las miradas se fijaron en aquel hombre inspirado, que Dios habia elegido para levantar el velo del Océano.

En sus facciones se buscaba el signo visible de su sabiduría y todos creian verle.

El Sentimiento íntimo de su valor, unido á la piedad hácia Dios que le habia escogido entre todos para llevar á cabo aquel grandioso descubrimiento, la gratitud que sentia hácia los soberanos que tantos honores le dispensaban, le convirtió en aquellos momentos á los ojos de todo el mundo en un ídolo.

Colon con voz elocuente, con inspirada riqueza de palabras, con un colorido indescriptible, refirió á los soberanos y á la muchedumbre que le escuchaba atenta su viaje, los descubrimientos que habia hecho, los paisajes que habia visto, los habitantes de aquellas tierras que habia encontrado, los frutos, las aves, en una palabra, todo cuanto habia visto, y en presencia de los asistentes, que eran muchos, exhibió los

indios, que estaban asombrados, sin poder darse cuenta de tanta grandeza, ofreció á las ávidas miradas de todo el mundo las grandes cantidades de oro que habia traido del Nuevo Mundo, y fué tal el efecto que produjeron sus palabras, que lo mismo los reyes que los cortesanos y los pecheros sintieron inundarse sus ojos de lágrimas de gratitud hácia Dios, y cayendo de rodillas entonaron un solemne *Te Deum* en honor de la más grande victoria que el Todopoderoso habia concedido hasta entónces á los soberanos de la tierra.

Terminada aquella régia entrevista, Colon se retiró acompañado de toda la corte, siendo objeto de nuevos vítores y aclamaciones.

Todos sus antiguos amigos estrecharon su mano.

Allí estaban el cardenal don Pedro Gonzalezde Mendoza fray Diego de Deza, Santangel, Quintanilla.

Pero Colon habia buscado con avidez entre los servidores de palacio un rostro que deseaba ver con ansiedad.

No habia podido hasta entónces preguntar á nadie, porque la atencion estaba completamente absorbida por su llegada, por el descubrimiento del Nuevo Mundo y los objetos que de él llevaba.

Solo al retirarse en compañía del arzobispo de Toledo preguntó á éste:

—¿Y mi hijo?

—Vuestro hijo os espera en mi casa. Allí á solas, léjos de las miradas de todo el mundo, podreis entregaros á la ternura que os inspira su amor.

Acelerando el paso llegó á la morada del arzobispo; allí le despidieron todos con nuevas aclamaciones, y el inmortal Colon halló bajo aquel techo hospitalario una dicha mucho mayor que todas las que habia experimentado desde su llegada á España; mucho más grande que la que habia producido el

entusiasmo de los catalanes aquel dia; la dicha de estrechar en sus brazos á su hijo y confundir con él sus lágrimas, dando gracias á Dios porque le colmaba con tantos beneficios.

El arzobispo estaba á su lado.

—Son tantas, dijo Colon, las mercedes que debo á la Providencia, que despues de cumplir todos los votos que he hecho, quiero hacer otro aún. Si me ayuda, como hasta ahora, pronto serán inmensas mis riquezas. Dentro de seis ó siete años á lo sumo ofrezco armar un ejército de cuatro mil caballos y cincuenta mil peones para formar una cruzada y arrebatar de manos de los infieles el Santo Sepulcro. Los reyes saben que este es mi deseo. No quiero más medios que los que la Providencia me ha dado, porque no hay duda, si me ha abierto el camino hácia ese tesoro desconocido para todo el mundo, es porque en sus altos designios me ha escogido para que lleve á cabo esta mision religiosa en la tierra.

Y, sin embargo, la maledicencia aceraba ya su envenenado puñal para herirle.

¡Al final del camino de la gloria le aguardaba un calvario!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

Sacrificios.

Zambras y fiestas hubo durante muchos dias en la ciudad de Barcelona para solemnizar la llegada de Colon.

A todas horas habia grupos en las calles comentando las noticias que se tenian de aquel maravilloso viaje.

Los indios, que salian á paseo á menudo, iban siempre seguidos de una multitud de gentes que les acosaban á preguntas y que se reian al oir las palabras, incomprensibles para ellos, que pronunciaban aquellos séres tan extraños, tan originales.

Miéntras que de este modo expresaba España su gloria por el triunfo, y su admiracion al héroe, Colon, que habia tenido la satisfaccion de añadir á su gloria el placer de estrechar en sus brazos á su hijo Diego, empezaba á sentir una profunda tristeza.

Para un padre no puede tener mucho tiempo ocultos un hijo sus sentimientos.

Colon leyó desde el principio en los ojos de Diego el dolor que experimentaba su alma.

Mis lectores no han olvidado cuán triste llegó á ser la situacion del jóven paje del infante don Juan cuando llegó à saber al mismo tiempo que María de Alvarado le amaba, que los lazos que la ligaban al rey eran nobles y desinteresados,

y que tenia que renunciar á la felicidad de su amor porque el rey y Lupercio Santangel, hijo del más activo protector de su padre, habia sentido, el último, un vivo amor hácia ella, el primero el deseo de unirla con el hijo de su tesorero mayor.

Soñar con la felicidad, ver los obstáculos que se levantan, sufrir sus consecuencias, tener valor para dominarlos, y al llegar al colmo de la felicidad hallar nuevos obstáculos, más insuperables todavía, es una situacion de las más desesperadas de la vida.

Diego comprendió el sacrificio y lo aceptó.

Mis lectores recordarán que la maledicencia habia sorprendido el secreto de María.

Acaso no han olvidado tampoco la precipitada marcha de Diego de casa de la jóven, recomendando á doña Irene el mayor secreto acerca de su visita.

La desesperacion que se apederó de su alma le inspiró una medida violenta.

—Sin ella ¿para qué quiero la vida? se dijo.

Y dominado por esta idea, quiso atentar á su existencia.

Pero en aquellos momentos angustiosos se apareció ante su imaginacion la figura de su padre que tanto habia sufrido, que tantas amarguras habia pasado y tan héroica resignacion habia manifestado en los momentos difíciles de su azarosa vida, y aquella figura noble, generosa, heróica, que con la fe en el alma, entregado á las tempestades del Océano, iba en busca de un nuevo mundo para aumentar la gloria de su nombre y poder legar á su hijo con la celebridad las riquezas, aquella figura era un ejemplo para él que debia imitar, y arrojando la daga que habia empuñado para sepultarla en su pecho:

—Sabré sufrir, se dijo.

Y enjugando las lágrimas que inundaban sus ojos, resolvió

imitar el ejemplo de su padre, y para fortalecerse más en aquella idea se dirigió à la capilla de palacio, y allí oró mucho tiempo para que la Providencia se apiadase de él.

Al terminar su oracion, su herida no se habia curado, pero tenia resignacion para soportar el dolor.

María entretanto se agravó.

¿Qué extraño es que esto sucediera?

Parecia que la fatalidad la perseguia.

Al nacer tiene que vivir separada de sus padres.

La autora de sus dias la abandonaba.

Su padre se apiada de ella, experimenta un vivo afecto, corre á su lado, se embriaga en su mirada, sueña en el porvenir, aspira á su felicidad y la muerte hiere su pecho y le separa de ella.

La pobre niña queda huérfana.

Pero aún tiene su amparo.

El rey premiando los servicios de su padre, acude á su lado, la ofrece paternal proteccion, vela por ella; nada le falta gracias à este cuidado, pero el rey cae herido por una mano alevosa; el sentimiento de la gratitud lleva á la jóven hasta las antecámaras de palacio á preguntar cómo está su protector.

Su mirada se encuentra con la de Diego.

Sus corazones laten de amor.

La felicidad les sonrie.

Pero la calumnia los separa un instante.

Brilla la verdad.

La inmaculada pureza de María resalta á los ojos de Diego.

Y entónces la pobre niña, que todo lo debe, que todo lo espera del rey, oye de sus labios la sentencia más cruel que ha podido dictar.

Y aquella mano que la hiere es una mano que tiene que besar con gratitud.

Muertas sus ilusiones al nacer, la pobre niña, que ha pedido á la Vírgen, ántes de conocer el destino que le reserva su protector, que conserve su vida y le devuelva la salud para poder entregarse al amor que siente en su alma y para poder disfrutar la felicidad que le brinda la esperanza; triste, abatida, con el desengaño en el corazon, vuelve sus ojos otra vez á la madre de los afligidos, y en vez de la vida le pide la muerte.

—¡Ah! Madre mia, exclama, ¿por qué has consentido que nazca este amor en mi pecho? ¿Por qué he adivinado las dulzuras de una existencia consagrada al cariño, y ese hombre ha aparecido á mis ojos como el ángel de mi guarda? La muerte, solo la muerte puede consolarme, porque la muerte es la esperanza de mi felicidad en la otra vida.

Poseida por estos sentimientos, su enfermedad se agravó, no queria tomar las medicinas que le daban y llegó á inspirar sérios temores á doña Irene.

El rey tuvo noticia de su recaida, y volvió á verla, mandando llevar médicos para que la visitasen, médicos á los que Lupercio Santangel, que no la perdia de vista un solo instante, que la amaba con toda su alma, veia á menudo para preguntarles el estado de su salud, para leer en sus ojos las esperanzas ó los temores que les inspiraba la jóven.

¡Tambien el pobre sufria!

Nacido en Aragon, en aquella noble tierra en donde la libertad latia en todos los corazones.

Criado en la opulencia, desde muy niño los más generosos sentimientos habian impulsado su corazon.

Idolo de su padre, porque no solo era un modelo de hijos, sino que no le ocultaba ninguno de sus secretos, habia teni-

do ocasion de ver á María, se habia prendado de ella y ha bia confiado á su padre sus sentimientos.

Santangel no ignoraba el secreto del nacimiento de María.

Su hijo tampoco lo ignoraba.

Pero aquella circunstancia, que hubiera retraido á cualquier otro, avivó el amor en su pecho.

Era desgraciada y queria hacerla feliz.

Habló á su padre, y Santangel á su vez comunicó al rey los deseos de su hijo.

El rey, que verdaderamente deseaba el bien de María, protegió desde luego aquel amor.

La enfermedad de la jóven le entristecia en extremo.

Pero todos los remedios eran inútiles.

La situacion de María era cada vez más grave.

Doña Irene le dijo un dia:

—Si fuerais razonable y quisierais tomar las medicinas que os recetan, podriais levantaros un poco del lecho, y entónces yo haria que viniera á veros don Diego.

Estas palabras produjeron un efecto magnético en la jóven.

Aquel dia fué obediente.

Tomó las medicinas y se mejoró bastante.

Queria á toda costa ver à Diego.

Sabia que iba á morir, y ántes de partir para siempre del mundo necesitaba hablarle.

Doña Irene cumplió su palabra.

Diego iba á menudo á ver cómo estaba María.

Una noche se hallaba la jóven levantada.

La dueña la habia sentado en un sitial y la habia prometido que hablaria con Diego.

Apénas llegó el jóven á la casa:

—Entrad, entrad, le dijo Doña Irene; es necesario que hagais un sacrificio; mi señora quiere veros. Habladla, calmad su agitacion, salvadla de las garras de la muerte.

Diego penetró en la estancia donde estaba María.

Ninguno de los dos se habian reconocido.

María estaba pálida, ojerosa.

El vivo carmin que iluminaba sus mejillas habia desaparedo para siempre.

Las huellas del dolor, de la tristeza, se marcaban en su rostro.

Diego no era ni su sombra.

Se apoderó tal emocion de los dos jóvenes al verse, que durante algun tiempo no pudieron hablar.

—¡María! exclamó al fin Diego, cayendo á sus piés.

Y despues de una breve pausa, en la que los sollozos y las lágrimas reemplazaron á las palabras:

—¡Qué desgraciados somos! dijo el jóven.

—Muy desgraciados, sí, añadió María.

—Pero es preciso que vos no lo seais, dijo Diego; tranquilizaos. Es necesario que hablemos hoy como buenos amigos, como hermanos.

—Sí, eso quiero, habladme: vuestras palabras me consuelan. ¡Ah! nunca me he encontrado tan bien como en este instante.

La emocion ahogaba á Diego; pero comprendió que necesitaba sobreponerse á ella, y con acento tranquilo, resignado:

—María, le dijo, he descubierto vuestro secreto. No ignorais que desde el momento en que os ví inspirasteis á mi alma un verdadero interes; ¿por qué no he de decirlo? Un inmenso amor.

La calumnia se interpuso entre los dos. Quién decia que erais hija del rey; quién, manchando vuestra pureza, indicaba que erais su amada.

Necesitaba averiguar la verdad, y una noche en la que el rey vino á veros, yo, desde esa habitacion contigua, asistí á vuestra entrevista con el monarca.

Dudé, y cometí un crímen al dudar.

Debia sufrir un castigo, y el que sufrí fué horrible.

El rey os anunció su propósito de uniros con un hombre. Ese hombre, sabedlo de una vez, es hijo de Santangel, de Santangel, á quien mi pobre padre, que ha sufrido mucho, debe afecto, proteccion; debe, en una palabra, la realizacion de sus sueños.

Yo no puedo ser ingrato ni con él ni con el rey, á quien debo todo cuanto soy.

Vos, por vuestra parte, necesitabais sacrificaros á la voluntad de vuestro protector.

En aquel instante se separaron para siempre nuestras almas.

Yo sufria mucho, sufro aún, pero oí la voz de mi conciencia y mi conciencia me dió fuerzas para soportar el dolor.

María, yo oí aquella noche tan feliz y tan desgraciada para mí una confesion que hicisteis, creyendo que yo no os escuchaba.

—¿Sabeis que os amo? exclamó la jóven.

—Sí, lo sé, y aquellas frases, grabadas para siempre en mi corazon, serán objeto de un culto eterno para mí. Pero por lo mismo que tengo algun ascendiente sobre vos, oid.

La desesparacion mata lentamente, la fe sana. Pensad que cuando la Providencia ha puesto entre nosotros esa barrera insuperable, es porque cree que debe separarnos.

Acatad su fallo; calmad la agitacion que mina poco á poco vuestra existencia.

Sed heróica; convertid ese amor que siente vuestra alma en un cariño fraternal.

Seamos hermanos, María, seguid los consejos de vuestros médicos y reparad vuestra salud; amad á ese hombre á quien os destina vuestro protector, vuestro segundo padre; sed feliz,

muy feliz con él y pensad que desde léjos seré tambien dichoso cuando vea la alegría en vuestro rostro.

Por mí, si no por vos, aspirad á la felicidad, porque nuestras existencias están tan identificadas que todos vuestros dolores tendrán eco en mi alma, y si morís, yo tambien moriré.

—¡Diego, Diego! ¿qué me pedís?

—Os pido que busqueis en el cumplimiento de los deberes de la gratitud la única satisfaccion que nos queda en la tierra.

Santangel os ama, y será muy desgraciado si no se une con vos.

El rey considera ese enlace como una de sus mayores satisfacciones.

Si os entregais al dolor, si sucumbís, yo tambien sucumbiré, María, y tengo un padre, un cariñoso padre que en estos momentos tiene confiada á las olas su vida por poder darme un nombre glorioso, para ofrecerme algun dia inmensas riquezas, el bienestar.

Nuestra desgracia alcanzará á los que más nos quieren. Por ellos, si no por vosotros, vivamos y suframos con resignacion.

Hubo una breve pausa.

—No, no, dijo María, quiero hablaros con toda mi alma: os amo, Diego; sí, os amo y no creo posible, no, la felicidad, la vida, sin nuestro amor. La fatalidad puede separarnos á los ojos del mundo, pero no borrar en nuestra alma el afecto que hemos sentido al hallarnos en la tierra.

Yo aún puedo ser feliz, aún puedo desear la vida si es que mi cariño halla eco en vuestro corazon. ¡Que no podemos unirnos nunca!

¿Qué importa si yo sé que los latidos vuestros son para mí? ¡Si vos sabeis que os consagro toda mi vida!

El rey no sabrá nunca este amor, y aun haré más: aun acep

taré otro sacrificio doloroso tambien, pero no tanto como el dar mi mano y mi vida á otro hombre.

Confesaré à mi protector que mi ánimo ha sido siempre enrar en un convento, y profesaré, sí.

Nos separaremos, Diego, nos separaremos, pues la suerte lo quiere; pero Dios sabrá que, al buscar un retiro bajo su proteccion, le busco para pensar en vos, para amaros, para pedir á la Providencia que os colme de felicidad.

Sí; yo encontraré consuelo sabiendo que correspondeis á mi afecto, que vivís tambien para mí, y nuestras almas, separadas en la tierra, se unirán en el cielo.

Los dos sellaron este pacto con làgrimas.

—Solo volveremos á vernos una vez en el mundo, dijo María; el dia en que yo entre para siempre en el convento.

En medio de su afliccion, la promesa que acababan de hacerse era un consuelo.

La ilusion renació en su alma.

Las dolencias de María se aliviaron.

El rey la habló de nuevo de su casamiento.

María tuvo aquella vez valor para confiar al monarca sus vehementes deseos de ser esposa del Señor.

Esta respuesta irritó profundamente á don Fernando.

Pero conociendo que lograria más con el cariño que con la fuerza, en vez de contrarestar sus deseos la pidió que reflexionase acerca de su resolucion, y prometiéndose respetarla si despues de pasados seis meses persistia en lo mismo, dispuso que fuera á restablecerse á Aragon, á casa de la madre de Santangel, noble señora que conocia los deseos de su hijo y los amparaba, y María, que por su parte deseaba tambien complacer á su protector, accedió á aquel pacto.

Estaba segura de que su resolucion no se quebrantaria por nada del mundo.

María encontró en la madre de Santangel una bondadosa protectora, una verdadera madre.

Jamas le hablaba de su hijo, de su hijo que estaba en Barcelona con su padre, que no cesaba de pensar en María; pero que aguardaba resignado la resoluccion de la jóven pasado el plazo que le habia marcado el rey.

Durante este tiempo Diego sufria mucho, cumplia sus deberes, pero vivia en el aislamiento, en la soledad.

Nada le distraia.

Huia de los goces como si necesitase el dolor para vivir.

Trascurrió el tiempo, y un mes ántes de la llegada de Colon á Barcelona, cayó enfermo de gravedad el hijo de Santangel.

Su madre fué á Barcelona á asistirle.

Comprendió cuál era su mal, y lo que la protectora no habia hecho, lo hizo la madre.

"María, escribió á la jóven, teneis en vuestra mano la vida ó la muerte de mi hijo, mi felicidad ó mi eterna desdicha.

"Resolved."

María resolvió sacrificarse.

"Soy vuestra hija, contestó á la señora de Santangel."

El rey señaló ya el dia en que debia celebrarse la boda.

En la corte se habló de aquel suceso.

Llegó á noticia de Diego, y al saberlo conoció que el amor no se habia extinguido en su alma.

Recibió una herida mortal.

Pero cuando supo las circunstancias que habian impulsado à María á tomar aquella resolucion:

"Lo sé todo, la dijo en una carta que procuró llegase á sus manos por medio de doña Irene, comprendo vuestro sacrificio, y le acepto con la misma resolucion que vos.

"Sed feliz para que yo lo sea."

Su tormento fué desde entónces mayor que nunca.

La boda tuvo que aplazarse por una indisposicion de María.

En esto llegó la noticia de la llegada de Colon á Portugal.

El hijo al saber el triunfo del padre, halló algun alivio á su dolor.

El rey dispuso aplazar la boda hasta la llegada del almirante, para que coincidiera el júbilo de los desposados con el de la corte toda.

Tal era la situacion de María y de Diego cuando Colon estrechó en sus brazos á su hijo.

CAPITULO XXV.

¡El huevo de Colon.

Aunque desubrió Colon desde luego la profunda tristeza de su hijo, veíase tan visitado, tan obsequiado, tan agasajado por todo el mundo, que no le era posible encontrar una ocasion de sondear la herida que tenia Diego en su alma.

Por otra parte, el jóven habitaba en palacio, y aunque iba á ver todos los dias á su padre, le hallaba rodeado de grandes señores, ó por lo ménos de su anfitrion el arzobispo de Toledo.

Nada más prodigioso que el éxito de la empresa que habia realizado.

Y no era solo la España en donde la admiracion no tenia límites.

De la corte partieron inmediatamente emisarios á todas las de europa anunciando tan fausto acontecimiento.

En Génova, donde se supo el descubrimiento de Colon por conducto de los embajadores Francisco Merchezzi y Juan Antonio Grimaldi, produjo un efecto indescriptible.

En Inglaterra causó el mismo efecto que en Portugal.

El rey Enrique VII habia podido alcanzar para sí aquella gloria que habian conquistado los Reyes Católicos, y todos lamentaban que cuando Colon se habia dirigido á él no le hubiese hecho caso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su tormento fué desde entónces mayor que nunca.

La boda tuvo que aplazarse por una indisposicion de María.

En esto llegó la noticia de la llegada de Colon á Portugal.

El hijo al saber el triunfo del padre, halló algun alivio á su dolor.

El rey dispuso aplazar la boda hasta la llegada del almirante, para que coincidiera el júbilo de los desposados con el de la corte toda.

Tal era la situacion de María y de Diego cuando Colon estrechó en sus brazos á su hijo.

CAPITULO XXV.

¡El huevo de Colon.

Aunque desubrió Colon desde luego la profunda tristeza de su hijo, veíase tan visitado, tan obsequiado, tan agasajado por todo el mundo, que no le era posible encontrar una ocasion de sondear la herida que tenia Diego en su alma.

Por otra parte, el jóven habitaba en palacio, y aunque iba á ver todos los dias á su padre, le hallaba rodeado de grandes señores, ó por lo ménos de su anfitrion el arzobispo de Toledo.

Nada más prodigioso que el éxito de la empresa que habia realizado.

Y no era solo la España en donde la admiracion no tenia límites.

De la corte partieron inmediatamente emisarios á todas las de europa anunciando tan fausto acontecimiento.

En Génova, donde se supo el descubrimiento de Colon por conducto de los embajadores Francisco Merchezzi y Juan Antonio Grimaldi, produjo un efecto indescriptible.

En Inglaterra causó el mismo efecto que en Portugal.

El rey Enrique VII habia podido alcanzar para sí aquella gloria que habian conquistado los Reyes Católicos, y todos lamentaban que cuando Colon se habia dirigido á él no le hubiese hecho caso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El famoso Pedro Mártir, uno de los hombres más ilustrados de aquella época, que desde Italia habia ido á ofrecer su brazo y su inteligencia à la corte de Castilla, y habia tomado parte en las batallas contra los moros, condensa, por decirlo así, el efecto que el descubrimiento del Nuevo Mundo produjon en todas partes en una carta que dirigia á un amigo suyo, uno de cuyos mejores fragmentos creo oportuno reproducir.

«Decísme, escribia á su amigo, que fué inmensa vuestra alegría, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leisteis mis epístolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de los antípodas. Obrasteis y sentisteis como debia un hombre distinguido por su erudicion. ¿Qué manjar más delicioso que estas nuevas podia presentarse á mi claro entendimiento? ¡Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber, venidas de aquellas regiones! Es coma el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador á la vista de un avaro. El ánimo, hecho presa del deforme vicio, se eleva y engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos.»

Y, sin embargo, todavía no podian los que tanto se entusiasmaban comprender la importancia del descubrimiento.

El mismo Colon que habia visto la luz, estaba á oscuras.

No creia haber puesto el pié en la América.

Figurábase pura y simplemente haber descubierto las Indias occidentales.

He dicho que no tardaron los envidiosos en querer arrebatarle parte de su gloria.

Nada de extraño tiene cuando llegó á su noticia que los reyes estaban entusiasmados con él, que le admitian á todas horas en palacio, que el rey se complacia en conversar con él familiarmente; que paseaba à caballo con él y con su hijo el

príncipe don Juan por las calles de Barcelona, y que al mismo tiempo, para perpetuar su gloria, habia concedido á Colon un escudo de armas, escudo en el que á las armas reales se unia un grupo de islas rodeadas de olas con este mote encima:

«*Por Castilla y por Leon*
Nuevo-Mundo hallò Colon.»

Al mismo tiempo, en vista de las declaraciones que habian hecho sus compañeros de haber sido el primero que habia descubierto tierra, se le concedió la pension de treinta escudos que en buena ley habia ganado Rodrigo de Triana.

Más que el dinero le importaba la gloria, y por eso aceptó aquella nueva dádiva.

La maledicencia no tardó en ensañarse en él, diciendo que habia usurpado aquel premio á Triaaa, y las noticias que llegaron de que aquel marinero habia renegado de su religion y de su patria, escapándose á Africa, fué causa de que lo atribuyeran á la desesperacion que le habia producido el ver que le habian arrebatado aquella parte de gloria y de provecho que le pertenecia en la expedicion, tomando aquella resolucion extraña.

No era cierto.

Rodrigo de Triana desapareció efectivamente de Palos á los dos ó tres dias de su llegada.

Llegó en secreto hasta Barcelona, conversó con Colon, y el almirante, que desde un principio se habia propuesto ser justo con él, accedió á una súplica que le hizo el marinero.

Rodrigo de Triana habia llegado por la primera vez de su vida tarde á Palos.

Una mujer à quien ántes de partir habia entregado toda su alma, á quien amaba con delirio, creyéndole muerto, pen-

sando que nunca volveria de aquella expedicion que consideraban todos tan desastrosa, se habia casado con otro.

Rodrigo no pudo soportar aquella infidelidad, y resolvió, no ir al Africa, como decian los murmuradores, sino encaminarse á Jerusalen y profesar en el convento en donde algunos años ántes habia profesado Martin Carrasco.

Colon le dió recomendaciones para su antiguo amigo, para los frailes, obtuvo de los reyes proteccion para el marinero y ofreció dar á la pobre madre de Rodrigo de Triana, no treinta escudos, sino sesenta, para que pudiera disfrutar del justo premio que habia alcanzado su hijo.

Esto era la verdad, pero la maledicencia comentó aquel suceso con perjuicio de Colon.

Otras mil cosas decian los envidiosos, quienes aseguraban que no habia hecho más que seguir el itinerario que habia marcado en sus obras Marco Polo.

Portugal mismo no tardó en añadir otra calumnia á las que ya se fraguaban contra él.

—Colon, decia, casó en Lisboa con la hija de un marinero que habia recorrido el mar en todas direcciones; aquel hombre, al morir, dejó manuscritos importantes y en ellos sin duda marcado el derrotero para las Indias.

Colon habia marchado sobre seguro, se habia apoderado de aquellos datos, y gracias à ellos habia conseguido el triunfo.

Su gloria, pues, pertenecia á su suegro.

Esta fué una version que los portugueses enviaron á España para amenguar el mérito de Colon.

Posteriormente han sacado sus detractores gran partido de ella.

Pero no han podido mancillar su gloria.

Hubo algunos que hasta osaron disminuir en presencia de Colon el mérito de su empresa.

El cardenal arzobispo de Toledo dió un banquete en su palacio á muchos nobles para que honrasen á su huésped.

Las copiosas libaciones que hicieron impulsaron á algunos á expresar con franqueza sus sentimientos.

Uno de ellos, hombre frívolo, envidioso de los honores que se tributaban á Colon:

—Y decidme, exclamó de pronto dirigiéndose al almirante, ¿creeis que si vos no hubierais descubierto las Indias no hubiera habido otro hombre capaz de llevar á cabo la misma empresa que vos?

Con gran asombro y curiosidad de todos los circunstantes dijo Colon á uno de los pajes que le sirviera un huevo pasado por agua.

Al pronto creyeron algunos que solo trataba de despreciar al cortesano que le habia dirigido aquella pregunta, no haciendo caso de él.

Pero la curiosidad de todos y el interes creció de punto cuando vieron à Colon que, presentando el huevo al que le habia dirigido la pregunta:

—Tened la bondad vos ó cualquiera que se sirva hacerme la misma pregunta que me habeis hecho, de colocar este huevo en la mesa por cualquiera de sus extremos, á ver si hallais el medio de que permanezca derecho.

Todos intentaron hacer lo que Colon indicaba; pero ninguno lo consiguió.

—Ya veis, señores, dijo el almirante, que no encontrais el medio de hacer lo que os he dicho..... Voy á ver si yo lo consigo.

Y rompiendo el huevo por uno de los extremos hizo una base y pudo ponerle derecho.

—De ese modo cualquiera hubiera podido hacer lo que vos, gritaron todos.

—No lo niego: el medio que he empleado ha sido muy sencillo, hasta trivial; pero confesad que ninguno de vosotros habeis dado en él. En cambio ahora todos podreis poner derecho el huevo; del mismo modo creo que, habiendo enseñado el camino de las Indias, nada más fácil que seguirle á los que vengan detrás de mí.

Este banquete fué memorable, y el rasgo ingenioso de Colon ha servido despues para justificar la gloria de los inventores, por fáciles y sencillos que hayan sido los medios empleados para realizar sus inventos.

Miéntras Colon era objeto de universales aclamaciones, los reyes ponian en juego los medios necesarios para consolidar la conquista que el ilustre marino habia hecho de aquel nuevo y rico territorio.

Los principios que habian puesto en juego las cruzadas, favorecian sus designios.

Con arreglo á ellos, todos los príncipes católicos tenian derecho á invadir, saquear y apoderarse de los territorios de las naciones infieles con quienes estaban en lucha, con el fin de extinguir los enemigos del cristianismo y difundir por doquiera la luz del Evangelio.

El Papa, pues, ejercia autoridad suprema sobre las cosas temporales, y podia repartir las tierras paganas para reducirlas al dominio de la Iglesia.

Fundados en estos principios, el Sumo Pontífice Martin V y sus sucesores habian cedido á la corona de Portugal todas las tierras que sus súbditos descubriesen desde el cabo Bogador á las Indias.

Los mismos Reyes Católicos habian celebrado un tratado en 1479 con el rey de Portugal, comprometiéndose á respetar estos derechos que les habian concedido los jefes de la Iglesia.

Poco ántes de la llegada de Colon á España, habia ocupado la silla de San Pedro el Papa Alejandro VI.

Inmediatamente se enviaron embajadores á la corte de Roma para que anunciasen la llegada de Colon, los descubrimientos que habia hecho, ponderando lo que importaba á la Iglesia difundir la luz del cristianismo en aquellas regiones de idólatras.

Cuidaron asimismo de manifestar al Sumo Pontífice que las tierras descubiertas estaban fuera de los límites de las posesiones concedidas por sus antecesores á Portugal.

Estas noticias causaron gran admiracion y alegría en la corte de Roma.

Los Reyes Católicos eran allí muy considerados por los triunfos que habian conseguido de los moros, y no hubo dificultad para que el Soberano Pontífice accediese á expedir una bula concediendo á los reyes de España los mismos privilegios y derechos, con respecto á las regiones descubiertas, que los concedidos à los portugueses por los descubrimientos en las costas de Africa, con la misma condicion de plantear y propagar la fe católica.

Para evitar disensiones entre ambos reinos, expidió el Papa Alejandro VI otra bula fijando la línea de demarcacion desde el polo ártico al polo antártico, para que los portugueses y los españoles supieran á qué atenerse y no hubiera diferencias entre ellos. Todas las tierras que se descubriesen al Occidente de aquella línea y de las que no hubiese tomado posesion ningun poder cristiano àntes de la Pascua, pertenecerian á la corona española.

Todos los descubrimientos en direccion contraria, á la corona portuguesa.

Los reyes católicos, que de todas maneras estaban resueltos á asegurar sus conquistas, hacian todo lo posible, de acuerdo

con Colon, para preparar y equipar una armada que volviese inmediatamente al Nuevo-Mundo.

Entonces fué cuando se declararon más y más los enemigos de Colon, y cuando se vencieron algunas dificultades incomprensibles, dada la gran influencia que sobre todos los ánimos ejercia el ilustre marino.

Pero al mismo tiempo que estos sucesos públicos, tenian lugar otros reservados, íntimos, domésticos, y no puedo dejarlos pasar desapercibidos.

CAPITULO XXVI.

Dolor y abnegacion.

ARIA continuaba enferma; pero para pagar las bondades que debia al rey y à la señora de Santangel, manifestaba, haciéndose gran fuerza, vivos deseos de enlazarse con su prometido.

Lupercio de Santangel, por su parte, habia llegado á creer que María le amaba, porque así se lo habian asegurado muchas veces su madre y el rey.

En las poeas entrevistas que habia tenido con ella habia atribuido al rubor y á la tristeza que le producia su enfermedad la falta de expansion que notaba en ella.

Al lado de su amor, habia nacido en su alma un sentimiento de piedad hácia ella, y queria que se celebrase su union para asistirla en su enfermedad, y cerrar sus ojos si la muerte se la arrebataba.

Al fin y al cabo, se señaló el dia para su boda.

La noticia llegó á Diego, y el jóven se presentó á su padre.

El rey habia resuelto ser padrino de la boda, y habia nombrado para que le representase en aquel acto solemne á Cristóbal Colon.

Cuando Diego llegó á la habitacion de su padre, acababa de recibir una comunicacion del rey en que le manifestaba sus deseos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

con Colon, para preparar y equipar una armada que volviese inmediatamente al Nuevo-Mundo.

Entonces fué cuando se declararon más y más los enemigos de Colon, y cuando se vencieron algunas dificultades incomprensibles, dada la gran influencia que sobre todos los ánimos ejercia el ilustre marino.

Pero al mismo tiempo que estos sucesos públicos, tenian lugar otros reservados, íntimos, domésticos, y no puedo dejarlos pasar desapercibidos.

CAPITULO XXVI.

Dolor y abnegacion.

ARIA continuaba enferma; pero para pagar las bondades que debia al rey y à la señora de Santangel, manifestaba, haciéndose gran fuerza, vivos deseos de enlazarse con su prometido.

Lupercio de Santangel, por su parte, habia llegado á creer que María le amaba, porque así se lo habian asegurado muchas veces su madre y el rey.

En las poeas entrevistas que habia tenido con ella habia atribuido al rubor y á la tristeza que le producia su enfermedad la falta de expansion que notaba en ella.

Al lado de su amor, habia nacido en su alma un sentimiento de piedad hácia ella, y queria que se celebrase su union para asistirla en su enfermedad, y cerrar sus ojos si la muerte se la arrebataba.

Al fin y al cabo, se señaló el dia para su boda.

La noticia llegó á Diego, y el jóven se presentó á su padre.

El rey habia resuelto ser padrino de la boda, y habia nombrado para que le representase en aquel acto solemne á Cristóbal Colon.

Cuando Diego llegó á la habitacion de su padre, acababa de recibir una comunicacion del rey en que le manifestaba sus deseos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Al fin nos encontramos á solas, dijo Colon á Diego. Ya hace tiempo que lo deseaba, porque he notado en tu rostro signos de una profunda tristeza, y esto es lo único que me entristece en estos dias de júbilo. Es necesario que tengas confianza en mí, que me abras por completo tu corazon.

—Tambien yo lo deseo, contestó el jóven; pero temo que la causa de mi desventura os alcance tambien á vos.

—Habla, hijo mio, habla.

—Ante todo quiero pediros una gracia.

—¿Cuál?

—Muy en breve debeis partir para una segunda expedicion; llevadme á vuestro lado.

—¿Qué es lo que dices? ¿Quieres abandonar el distinguido puesto que ocupas en palacio? ¿Quieres renunciar al lisonjero porvenir que te aguarda viviendo bajo la proteccion de los reyes, para entregarte á los azares de la vida aventurera? No puedo, no debo consentirlo.

—Y, sin embargo, es necesario, es el único medio de poner término á la tristeza que me asedia. Sed bondadoso, padre mio; llevadme á vuestro lado; que yo comparta con vos los peligros de la navegacion, que pueda embriagarme con el triunfo, que viva siempre á vuestro lado.

Colon vaciló un instante.

—Voy á darte una prueba de confianza, dijo al fin, comunicándote mis proyectos; esto te servirá para que imites mi ejemplo y me descubras con lealtad el secreto que tanto te entristece.

Tu hermano Fernando debe participar de la gloria y de las riquezas que para tí he conquistado. Hoy vive en Baeza con los nobles servidores de mi inolvidable esposa Beatriz.

Tiempo es ya de que le alcancen los beneficios que yo he logrado: ninguna ocasion mejor que ahora en que el favor de

los reyes me sonríe, para confiarles mi secreto enlace con doña Beatriz Enriquez de Córdoba y el nacimiento de Fernando

He resuelto hacerles esta revelacion é impetrar su favor para mi hijo.

Vendrá á la corte, sabrá, porque ya tiene edad para saberlo que es tu hermano; ocupará un puesto como el tuyo cerca del infante don Juan, y miéntras yo estoy léjos deseo que tú veles por él, que tú le guíes por el camino de la vida como yo te he guiado, que me reemplaces cerca de él para que, consolidándose en vuestra alma el cariño que os une, pueda yo morir tranquilo y sabiendo que los dos sois felices. Ahora bien, ¿crees que debo llevarte en mi compañía y dejar abandonado á tu hermano?

—No, padre mio, no, contestó Diego, acataré vuestros deseos, me resignaré con mi desdicha.

—Diego, exclamó Colon, yo la adivino, eres jóven, la desgracia ha sido compañera de tu juventud, pero la desgracia no puede destruir las ilusiones de los primeros años de la vida. Tú has amado, tú amas, respóndeme, no ¿es cierto?

—Pues bien, sí; he amado, amo.

—No dudo que el objeto de tu amor sea digno, y en este caso ¿cómo puede causar tu desgracia un sentimiento que es el único que constituye la felicidad de la vida?

—Amo un imposible.

—No te comprendo. ¿Por ventura has fijado tus ojos en una dama principal? ¿Crees que el nombre, la gloria, las riquezas de tu padre no son títulos suficientes para que puedas aspirar, no digo á una dama ilustre, sino á una infanta de Castilla?

—La mujer á quien amo no es de tan elevado linaje.

—¿Por ventura te has prendado de alguna villana?

—No, padre mio, no. Inspira mi amor una mujer que es quizás la más desgraciada del mundo.

—Explícate.

—En breves palabras os contaré su historia.

Hija de un noble señor de la corte y de una dama que desde su infancia llegó á ocupar un puesto distinguido en palacio, no santificó la religion el amor de sus padres y nació poco ménos que huérfana.

Su madre la abandonó; su padre, que se apiadó de sus desventuras y corrió á su lado para consagrarse á ella, murió en la guerra de Granada y confió al rey su secreto.

El rey fué desde entónces un segundo padre para esa jóven. Los dos nos conocimos y nos amamos; pero el rey, á quien ella debia tantos favores, dispuso de su mano para dársela á Lupercio Santangel, hijo de vuestro amigo, de vuestro protector.

La gratitud fué el obstáculo que se levantó entre nosotros.

Desde entónces nos separamos; yo para sufrir; ella para abrir su sepulcro, porque su alma está muerta y el sacrificio que se impone va à acabar con su vida.

—¿Es por ventura, dijo Colon, María de Alvarado?

—Sí. ¿Cómo sabeis su nombre?

—¡Pobre hijo mio! Lee este pliego; en él me anuncia el rey el próximo enlace de su protegida con Lupercio Santangel y me dispensa el alto honor de que le represente para apadrinar su boda. Ven, hijo mio, ven á mis brazos. Te comprendo, pero quiero ver en tu alma la entereza que yo he tenido en los momentos de adversidad.

—La tendré, padre mio, la tendré; pero ved cuán justificado era mi deseo de acompañaros.

—Una idea cruza por mi mente, añadió Colon, María de Alvarado.... ¿Sabes tú el nombre de su madre?

—Sí; doña Catalina.

—No hay duda, exclamó Colon, doña Catalina de Alvarado y su padre el conde de Almagros, ¿no es verdad?

—El mismo.

—¡Ah, desgracia sobre desgracia!

—¿Qué decís?

—Yo he visto en Portugal hace poco á doña Catalina.

—¿A su madre?

—Sí, he hablado con ella. Su dolor es inmenso, su arrepentimiento sincero. Ella me encargó que buscase á su hija, que la hablase en su nombre, que implorase su perdon porque deseaba correr á su lado, estrecharla en sus brazos, colmarla de caricias, resarcirla del abandono en que la ha tenido tanto tiempo. Yo ofrecí cumplirla esta palabra y he de cumplirla. Déjame: aún puede ser que labre tu felicidad, no sé cómo: ¡Dios me inspirará!

—¡Oh! no, padre mio, yo os ruego que no intercedais con el rey. Tengo valor para sufrir mi desventura; quiero imitaros, quiero ser digno de vos. Ocultad siempre al rey mi secreto; pero yo uno mis ruegos á los de doña Catalina. Sé que gozará mucho María perdonando á su madre. Proporcionadle esta ventura; id á verla, habladla: al ménos esto me servirà de consuelo.

Colon visitó aquel mismo dia á Santangel, y dàndole cuenta de la comunicacion que habia recibido del rey:

—Me permitireis, le dijo, hablar con la jóven desposada, porque como padrino en representacion del rey, quiero tener una entrevista con ella.

María, que habia sabido la entrevista de Colon y su objeto, se apresuró á recibirle.

Los dos estaban profundamente conmovidos.

—María, dijo Colon, no soy el enviado del rey, soy vuestro amigo, vuestro padre. Conozco que os ligan con mi hijo lazos del alma, pero sé al mismo tiempo los obstáculos que se oponen á vuestra felicidad. Dios lo ha querido así; respete-

mos su voluntad. Sin embargo, en las grandes aflicciones son más necesarios que nunca los consuelos. Oidme como si fuerais mi hija. Tal vez voy á proporcionar á vuestra alma una satisfacion que calme los dolores que hoy la agitan.

—¡Ah! sí; habladme de ese modo y dejadme que os pueda llamar padre. ¡Dios solo sabe el porvenir que me aguarda! pero si vivo, que no lo espero, Diego será para mí un hermano, vos un padre.

—Padre y hermano, dijo Colon, dulces son los afectos que inspira; pero, María, hay otro cariño en la tierra que es superior á todos: el cariño de una madre.

—No la he conocido, dijo la jóven; desde muy niña me abandonó la mia.

—¿Es decir que no la recordais?

—Muy vagamente recuerdo á una señora que con lágrimas en los ojos se acercó á mí para besarme. Despues no la volví á ver, pero pregunté á mi aya, pasado algun tiempo, quién era y no se atrevió á responderme. Yo he presumido que aquella mujer llorosa era mi madre. Aunque me ha faltado su cariño yo respeto su memoria; y quién sabe si ha sufrido más que yo por vivir separada de mí!

—¿Segun eso, la perdonis?

—¡Perdonadla! ¿Por qué?

—Posque os abandonó.

—No la he culpado nunca, y aunque al preguntar á mi padre por ella llené de dolor su pecho, aunque comprendí que con su ausencia me habia hecho mucho mal, solo he deseado su bien.

—¿Y habeis pensado mucho en ella?

—Sí, muchas veces, ¿cómo no vendrá á verme? ¿cómo no me buscará? me he preguntado; pero la última respuesta que me he dado á mis preguntas ha sido muy triste: sin duda ha muerto.

—¿Y si no fuera así? ¿Y si viviera, y arrepentida de haberos abandonado, sin más consuelo en la tierra, sin más esperanza que vuestro perdon y vuestro cariño, quisiera velar á vuestro lado, vivir con vos, la abririais vuestros brazos?

—¿Podeis dudarlo?

—¡Oh! no, pero deseo oirlo de vuestros labios.

—En medio de mis desventuras, si yo alcanzase la inmensa dicha de ver á mi madre al lado mio, sobre todo en estos momentos, grande es mi dolor, pero su cariño lo mitigaria.

—Pues bien, María, voy á haceros una revelacion.

—¿Acaso vos conoceis á mi madre?

—Sí

—¿Y vive?

—Vive.

—¡Ah! ¿decidme dónde está?

—En un país extranjero, en Portugal.

—¿Vos la habeis visto?

—Al regresar de mi viaje he tenido ocasion de conocerla. Vive muy desgraciada, muy arrepentida de su pasado, y al saber que yo venia á España: «Dichoso vos, exclamó, que podeis ir á mi patria, que podeis vivir bajo aquel cielo que protege la vida de mi adorada hija.» Y con lágrimas en los ojos: «Buscadla, me dijo, decidle mi afliccion, implorad su piedad para mí y si quiere recibirme á su lado, si quiere que la estreche en mis brazos, que pase el resto de mi vida contemplándola, sacrificándome por su felicidad, me consideraré la más feliz de las mujeres.»

—¡Ah! ¿por qué no ha venido con vos? dijo María. Anunciadla en seguida que mi único anhelo es verla, es abrazarla, confundir con ella mis lágrimas. Decidla que venga pronto, añadió con tristeza, porque si tarda, acaso no halle más que un sepulcro.

—¿Qué decís?

—Sí, padre mio, yo sufro mucho. Si al ménos me dejaran en libertad, si no me obligaran á unirme con un hombre á quien el sentimiento de la gratitud me liga, pero que no puedo amar, á quien no amaré nunca, acaso hasta la idea del martirio me haria gozar. Pero van enlazarme con Santangel, van á obligarme á fingir sentimientos que no existen en mi corazon, y à fuerza de ahogar mis penas llegará pronto el dia en que me maten.

—Oidme, María, si el rey supiera á fondo vuestros sentimientos, el rey os quiere bien y no os sacrificaria. Vuestro prometido, que os ama tambien con toda su alma, renunciaria á la felicidad que espera si pudiera imaginar que haceis un sacrificio. Vos no podeis ser franca; yo tampoco; mi hijo Diego tiene bastante abnegacion para sufrir. Pero vuestra madre va á venir; una madre tiene derecho de conocer los secretos de su hija, y cuando los conozca, esa madre puede hablar; lo que en vos ó en nosotros seria un acto de debilidad, en ella es el cumplimiento de un deber. Hoy mismo voy á anunciarle la felicidad que le espera. Tal vez ántes de ocho ó diez dias esté aquí. Faltan quince para que se celebre vuestro casamiento; aún hay esperanza.

—Dios os escuche; pero creo que vuestras esperanzas no se realizarán; la mia sí.

Los dos se separaron.

Colon sintió una profunda tristeza.

Pero él habia sufrido aquella misma enfermedad y se habia curado de ella.

Aquel mismo dia escribió á don Luis de Souza Fajardo.

Doña Catalina partió al dia siguiente para España dejando á su amante una carta en la que le comunicaba los motivos de su resolucion.

Colon habló á Santangel, y al mismo rey, de la próxima llegada de doña Catalina.

Diez dias despues madre é hija confundian, estrechamente abrazadas, sus lágrimas y sus sollozos.

El rey, perdonando á doña Catalina, la señaló una pension para que pudiera vivir desahogadamente.

Maria ocultó á su madre sus sentimientos.

Lupercio Santangel habia hablado con doña Catalina, le habia confiado el amor que le inspiraba María y su misma madre intercedió por él.

El dia de la boda se acercaba.

Colon vió á María.

—¿Habeis hablado á vuestra madre?

—No; quiero que ignore mi secreto; yo tendré valor.

Todo estaba preparado en la capilla de palacio para que recibieran la bendicion nupcial María de Alvarado y Lupercio Santangel.

El novio vestia sus mejores galas.

María tenia ya puesto el traje blanco y el velo de desposada.

Los más nobles señores de la corte asistian á la ceremonia.

Una carroza de palacio habia ido á buscar á los novios.

La comitiva llegó á la puerta de la capilla.

En el momento de entrar, lanzó María un grito penetrante y cayó desvanecida en los brazos de su amante.

Todos acudieron á socorrerla.

Los médicos de palacio la prodigaron toda clase de auxilios

Fueron inútiles.

María habia espirado y esta noticia produjo la mayor consternacion.

Antes de salir de su casa para ir à palacio, habia escrito

algunas líneas que habia entregado á Colon para que se las diera á su hijo.

«Mi corazon me dice que voy á morir, habia escrito la jóven; te espero en el cielo.»

Colon guardó aquel papel, porque comprendió que si llegaba á manos de su hijo, el exceso del dolor le mataria tambien.

Sus consuelos y su ejemplo mitigaron su pena.

Lupercio Santangel abrazó la carrera de las armas con el deseo de perecer en la primera accion.

Doña Catalina profesó en un convente.

Abandonemos á estos personajes para asistir á las luchas que los preparativos de una segunda expedicion ocasionaron á Cristóbal Colon.

CAPITULO XXVII.

Páginas de la historia.

Los reyes, entusiasmados con la conquista del Nuevo Mundo, deseaban á toda costa que volviese Colon para aumentar el territorio descubierto, y con el objeto de que los preparativos se hicieran pronto y bien, se encargó de la superintendencia de los asuntos relativos á la expedicion á don Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, que fué despues obispo de Badajoz, Palencia, Búrgos y por último el primer Patriarca de las Indias.

Nombróse ademas tesorero á Francisco Pinelo, y contador á Juan de Soria.

Estableciόse aquella superintendencia, que fué el orígen del Consejo de Indias, en la ciudad de Sevilla, y al mismo tiempo se creó en Càdiz una aduana para aquel nuevo ramo de la navegacion.

Al mismo tiempo se dictaron las órdenes más severas para que los productos no pudieran aprovecharse de los beneficios del descubrimiento.

Se prohibió traficar ó fundar establecimiento alguno en las Indias sin licencia expresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca.

Se dió la órden terminante de que se preparasen para formar parte de la escuadra que debia ir al Nuevo Mundo to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

algunas líneas que habia entregado á Colon para que se las diera á su hijo.

«Mi corazon me dice que voy á morir, habia escrito la jóven; te espero en el cielo.»

Colon guardó aquel papel, porque comprendió que si llegaba á manos de su hijo, el exceso del dolor le mataria tambien.

Sus consuelos y su ejemplo mitigaron su pena.

Lupercio Santangel abrazó la carrera de las armas con el deseo de perecer en la primera accion.

Doña Catalina profesó en un convente.

Abandonemos á estos personajes para asistir á las luchas que los preparativos de una segunda expedicion ocasionaron á Cristóbal Colon.

CAPITULO XXVII.

Páginas de la historia.

Los reyes, entusiasmados con la conquista del Nuevo Mundo, deseaban á toda costa que volviese Colon para aumentar el territorio descubierto, y con el objeto de que los preparativos se hicieran pronto y bien, se encargó de la superintendencia de los asuntos relativos á la expedicion á don Juan Rodriguez de Fonseca, arcediano de Sevilla, que fué despues obispo de Badajoz, Palencia, Búrgos y por último el primer Patriarca de las Indias.

Nombróse ademas tesorero á Francisco Pinelo, y contador á Juan de Soria.

Estableciόse aquella superintendencia, que fué el orígen del Consejo de Indias, en la ciudad de Sevilla, y al mismo tiempo se creó en Càdiz una aduana para aquel nuevo ramo de la navegacion.

Al mismo tiempo se dictaron las órdenes más severas para que los productos no pudieran aprovecharse de los beneficios del descubrimiento.

Se prohibió traficar ó fundar establecimiento alguno en las Indias sin licencia expresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca.

Se dió la órden terminante de que se preparasen para formar parte de la escuadra que debia ir al Nuevo Mundo to-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dos los buques de los puertos de Andalucía con sus capitanes, pilotos y tripulacion.

Colon y Fonseca fueron autorizados para facilitar las embarcaciones que creyesen necesarias y hasta para apoderarse de ellas si sus dueños no querian venderlas, abonándole, en cambio, su valor tasado por peritos.

Era tan absoluta y tan terminante esta medida, que se disponia que si alguna persona habia fletado algun buque, y aquel buque se necesitaba para la expedicion, tenian derecho el superintendente y el almirante para anular el contrato y emplear el buque.

Podian asimismo tomar ciertas provisiones y municiones en los almacenes, tiendas ó buques en donde se hallasen, si las necesitaban.

Tambien tenian derecho para disponer de cualquier empleado y hacerle embarcar con solo que lo juzgasen útil.

Las autoridades de todas clases recibieron órdenes de los reyes mandándoles que prestasen toda clase de auxilios á la escuadra, amenazándoles con la pèrdida del empleo y la confiscacion de sus bienes si no vencian las dificultades que se opusieran á la expedicion.

Se trató, como era natural, de los recursos que debian emplearse en el nuevo viaje, y se resolvió que Pinelo dispusiera de las dos terceras partes de los diezmos que se pagaban á la Corona, y el importe de las joyas y de las propiedades de los judíos que habian sido expulsados poco ántes de España.

Tambien se autorizó al contador para que tomara préstamos si los necesitaba, y se acopiaron en gran cantidad comestibles, pólvora, arcabuces, coseletes, arcos y flechas.

Todas las municiones de guerra que habian sobrado des-

pues de la conquista de Granada, se destinaron á buques de la escuadra.

El 22 de Mayo estaba ya constituida la superintendencia, y todos trabajaban con una actividad maravillosa.

Así como al tratar de su primera expedicion habia sido muy difícil hallar gente que quisiese arrostrar los peligros de aquel viaje á lo desconocido, entónces el prestigio del descubridor del Nuevo-Mundo era tan grande, que no habia ciudad ni pueblo en donde no hubiese muchas personas que acariciasen la idea de formar parte de la nueva expedicion.

Como uno de los pensamientos más importantes de los reyes y de Colon era convertir á los indios al cristianismo, se buscaron doce eclesiásticos, entre los que iba fray Fernando Bóvi, monje benedictino de grande virtud é inteligencia, pero al mismo tiempo hàbil político.

El Papa le mombró su vicario apostólico en el Nuevo Mundo, y le hizo jefe de los demas eclesiásticos.

La reina dispuso que de su propia capilla se tomasen los vasos y ornamentos que deberian usar en las festividades más solemnes en el Nuevo Mundo, y celebró con los eclesiásticos varias conferencias, encargándoles en todas ellas que instruyeran á los indios en la religion, que les tratasen con benevolencia, disponiendo ademas que se diesen ejemplares castigos á los españoles que les hostilizasen.

Un acto solemne tuvo tambien lugar en Barcelona.

Los seis indios que habian llegado en compañía de Colon, fueron bautizados con gran solemnidad, sirviéndoles de padrinos el rey, la reina y el príncipe don Juan.

Se habia dispuesto que aquellos indígenas volviesen á su patria, tanto para que sirviesen de intérpretes, como para que difundieran el sentimiento religioso de que se hallaban poseidos

El príncipe don Juan tomó gran cariño á uno de ellos llamado Ilhuiqui, y gracias á su intercesion se quedó en España en su servidumbre.

Colon necesitaba ir á Sevilla para dirigir los trabajos preparatorios, y al mismo tiempo para abrazar á su hijo Fernando y llevarle á la corte en donde la bondad de los reyes le habia servido para alcanzar en su favor el nombramiento de paje del príncipe don Juan.

Diego habia ofrecido solemnemente á su padre velar por su hermano y acallar el sentimiento que llenaba su corazon para poder ser digno de la gloria del autor de sus dias.

Los reyes confirmaron el contrato provisional que habian hecho con Colon en Santa Fe, concediéndole los títulos y prerogativas de almirante, virey y gobernador de todos los países que habia descubierto ó descubriera en lo sucesivo.

Se le confió el sello real, y se le autorizó para usar el nombre de los reyes al otorgar cartas, patentes y empleos.

Asimismo se le dió el derecho de nombrar un lugarteniente que le reemplazase en sus ausencias ó enfermedades, concediendo á éste, temporalmente, sus mismos poderes.

En las capitulaciones se acordó que para la provision de los empleos vacantes en el gobierno de las islas y tierra firme, presentaria Colon tres candidatos.

Pero los reyes, queriendo darle una prueba de confianza, le autorizaron desde luego para nombrar las personas que creyese más aptas para desempeñar los empleos.

Y, por último, obtuvo el título de capitan general de la escuadra que debia darse à la vela con los más amplios poderes que se han concedido jamas.

Los soberanos tenian grandes deseos de que partiese cuanto ántes la nueva expedicion, porque la conducta que observaba con ellos el rey de Portugal, les hacia temer complicaciones que querian á toda costa evitar.

En efecto; mal aconsejado por sus favoritos, don Juan II preparó una gran escuadra y anunció públicamente que se proponia enviarla al Africa.

Pero su plan secreto era que fuese á apoderarse de las islas que acababa de descubrir Colon.

A fin de ocultar bien su pensamiento, envió un embajador á la corte de Castilla con el objeto de que pidiese permiso á los reyes para que sacase de España algunos objetos estancados, de gran utilidad para el viaje que su escuadra debia emprender y para que suplicase á los reyes españoles que prohibiesen á sus vasallos pescar más allá del Cabo Bogador, en tanto que no estuviesen bien fijados los límites de las posesiones de ambas Coronas.

Don Ruy de Sande, enviado del rey de Portugal, era un hábil político; pero tenia que habérselas con don Fernando el Católico, rey astuto y sagaz.

Antes de que llegase la escuadra á Barcelona, habia recibido aviso de las verdaderas intenciones del rey don Juan y habia enviado á don Lope de Herrera á Lisboa con la mision de dar las gracias á aquel soberano por la benévola hospitalidad que habia dispensado à Colon y para que prohibiese á los navegantes portugueses visitar las islas que acababan de descubrirse, del mismo modo que los reyes de España habian prohibido á sus vasallos que se acercasen á las posesiones africanas de Portugal.

Pero el mismo rey le habia encargado que ántes de comunicarse en este sentido con la corte portuguesa, averiguase de cierto si al formar la escuadra, el pensamiento de don Juan era ir al Nuevo Mundo, y en este caso le mandó que le presentase una carta prohibiéndole con severidad cualquier empresa de aquel género.

Por desgracia en aquella época no todos los consejeros del

Rey Católico eran adictos y leales á su persona, á su política y á su escuadra.

El rey don Juan tenia entre los consejeros de los reyes de Castilla y de Aragon, más que amigos, espías que le participaban cuantas determinaciones tomaban sus soberanos.

Así es que el rey de Portugal tenia ocasion de contrarestar todos los golpes que iban dirigidos contra él.

Cuando esto sucedia surgian dudas en todas partes acerca de quién habia sido desleal, de quién habia dado cuenta al monarca enemigo de los asuntos que se habian tratado en el consejo atribuyéndose á la perfidia de las brujas y de los hechiceros el que se tuviese noticia en Lisboa de lo que se trataba en España.

Las intrigas son tan antiguas como la sociedad.

Y que los hombres de aquellos tiempos eran hàbiles para urdirlas, lo prueba la conducta que observaba el rey de Portugal.

Premiaba grandemente á sus espías, á los desleales servidores del rey, y al mismo tiempo, para apartar de ellos toda sospecha, enviaba ostensiblemente regalos á altos personajes que no formaban parte del consejo, que se hallaban separados por algunas diferencias de los reyes con el objeto de que recayesen sobre ellos todas las dudas.

Advertido como estaba don Juan II de las instrucciones que llevaba don Lope de Herrera, le recibió con tanta habilidad, con tanta cortesía, que tuvo que observar la actitud suplicante y abandonar su actitud amenazadora.

Casi al mismo tiempo que llegaba el emisario del rey de España á Lisboa, entraban en Barcelona don Pero Diaz y don Ruy de Peña, embajadores del rey de Portugal, nombrados para resolver todas las cuestiones que pudieran suscitarse acerca de los nuevos descubrimientos, y para que asegurasen al rey que no se permitiera á ningun navío expedicion alguna hasta pasados sesenta dias despues de su presentacion en la corte de España.

Era necesario gran astucia, gran habilidad para no provocar una guerra entre ambas naciones.

Los dos embajadores que hemos nombrado últimamente llevaban la mision de proponer á la corona de Castilla como una transaccion, la mejor para las dos naciones rivales, la division por medio de una línea tirada desde las islas Canarias al Occidente de las tierras que se hallasen en medio y en los límites del Océano.

Todas las tierras que miran al Norte pertenecerian á la corona de Castilla.

Las del Sur á la de Portugal.

Como la cuestion principal para el rey don Fernando era ganar tiempo y detener sus negociaciones hasta que Colon hubiera salido con la gran escuadra, embrolló cuanto pudo las negociaciones diplomáticas.

Una gran embajada suya se presentó con gran solemnidad en la corte portuguesa.

Iba á dar al soberano de aquel país, en nombre de los reyes de Castilla, las mayores seguridades de su amistad, y al mismo tiempo á proponerle que todas las cuestiones que se suscitasen entre ambas cortes acerca de los descubrimientos, se sometieren al arbitraje del Sumo Pontífice.

Referir quiero aquí una frase muy célebre del rey de Portugal cuando se le presentaron con la más rigurosa etiqueta los dos nuevos embajadores.

Era uno de ellos don García de Carvajal, caballero que disfrutaba de grandes riquezas, pero cuya capacidad no era muy grande.

Don Pedro de Ayala era el otro, que tenia la desgracia de ser cojo.

Cuando se retiraron de la presencia del rey aquellos dos emisarios, don Juan II, lanzàndoles una mirada desdeñosa, dijo á sus cortesanos:

—A esta embajada le faltan piés y cabeza.

La frase del monarca revelaba el despecho que sentia porque en todos los actos de don Fernando veia la intencion que les guiaba, y comprendia que su astucia era superior á la suya.

Que su despecho era grande, que sus intenciones no eran nada benévolas, que aspiraba á jugar el todo por el todo, pruébalo uno de los obsequios que hizo á los embajadores.

Al dia siguiente de su llegada mandó pasar revista á su caballería y pronunció palabras embozadamente intencionadas y un tanto belicosas.

Pero don Juan, pasados los primeros momentos, comprendió que no le convenia ponerse en lucha abierta con el rey de España, y pensó que, haciéndose partido cerca del Papa, podria tenerle á su lado, y en este caso nada le importaba someter á su arbitraje las resoluciones y las diferencias que surgiesen en las cuestiones del Nuevo Mundo.

Don Fernando se habia adelantado á don Juan.

El embajador que el rey de Portugal envió al Sumo Pontifice supo la determinacion que habia tomado el jefe de la Iglesia marcando la línea divisoria de polo á polo, razon por la cual en todas estas negociaciones la habilidad del Rey Católico venció al rey portugués, á pesar de los grandes elementos que tenia para conocer sus secretos y contrarestarlos.

Así estaban las cosas cuando Colon llegó á Sevilla.

CAPITULO XXVIII.

Desventuras.

Antes de llegar á aquella hermosa capital de Andalucía, cumpliendo uno de sus más vivos deseos habia estado en Baeza.

Allí habia encontrado noticias bastante tristes.

Cuando llamó á la puerta de la antigua casa solariega de su esposa Beatriz, ocupada à la sazon por sus fieles servidores y su hijo, salió un anciano à su encuentro.

Al reconocerle, poseido de una viva emocion:

—¿No me reconoceis? dijo al ilustre marino tendiéndole los brazos.

Era Matías Sampayo.

Colon le abrazó cordialmente, y al notar que sus ojos se inundaban de lágrimas:

—¿Qué teneis? exclamó, ¿mi llegada os entristece de ese modo?

—¡Ah! no señor; no es vuestra llegada, que ya podeis imaginaros llena mi alma de alegría. Es que al veros, al tener que contaros todo lo que ha pasado desde que os separasteis de nosotros, no puedo contener las lágrimas, porque hemos sufrido mucho, porque hemos experimentado grandes desgracias.

—¿Qué decís?

—Venid, venid á este aposento, calmad un instante vuestra

Cuando se retiraron de la presencia del rey aquellos dos emisarios, don Juan II, lanzàndoles una mirada desdeñosa, dijo á sus cortesanos:

—A esta embajada le faltan piés y cabeza.

La frase del monarca revelaba el despecho que sentia porque en todos los actos de don Fernando veia la intencion que les guiaba, y comprendia que su astucia era superior á la suya.

Que su despecho era grande, que sus intenciones no eran nada benévolas, que aspiraba á jugar el todo por el todo, pruébalo uno de los obsequios que hizo á los embajadores.

Al dia siguiente de su llegada mandó pasar revista á su caballería y pronunció palabras embozadamente intencionadas y un tanto belicosas.

Pero don Juan, pasados los primeros momentos, comprendió que no le convenia ponerse en lucha abierta con el rey de España, y pensó que, haciéndose partido cerca del Papa, podria tenerle á su lado, y en este caso nada le importaba someter á su arbitraje las resoluciones y las diferencias que surgiesen en las cuestiones del Nuevo Mundo.

Don Fernando se habia adelantado á don Juan.

El embajador que el rey de Portugal envió al Sumo Pontifice supo la determinacion que habia tomado el jefe de la Iglesia marcando la línea divisoria de polo á polo, razon por la cual en todas estas negociaciones la habilidad del Rey Católico venció al rey portugués, á pesar de los grandes elementos que tenia para conocer sus secretos y contrarestarlos.

Así estaban las cosas cuando Colon llegó á Sevilla.

CAPITULO XXVIII.

Desventuras.

Antes de llegar á aquella hermosa capital de Andalucía, cumpliendo uno de sus más vivos deseos habia estado en Baeza.

Allí habia encontrado noticias bastante tristes.

Cuando llamó á la puerta de la antigua casa solariega de su esposa Beatriz, ocupada à la sazon por sus fieles servidores y su hijo, salió un anciano à su encuentro.

Al reconocerle, poseido de una viva emocion:

—¿No me reconoceis? dijo al ilustre marino tendiéndole los brazos.

Era Matías Sampayo.

Colon le abrazó cordialmente, y al notar que sus ojos se inundaban de lágrimas:

—¿Qué teneis? exclamó, ¿mi llegada os entristece de ese modo?

—¡Ah! no señor; no es vuestra llegada, que ya podeis imaginaros llena mi alma de alegría. Es que al veros, al tener que contaros todo lo que ha pasado desde que os separasteis de nosotros, no puedo contener las lágrimas, porque hemos sufrido mucho, porque hemos experimentado grandes desgracias.

—¿Qué decís?

—Venid, venid á este aposento, calmad un instante vuestra

ansiedad y oidme. De este modo evitaré á mi hija el inmenso pesar de tener que confesaros las terribles desdichas que han pasado sobre mí.

Aquel preámbulo estremeció á Colon.

—Ante todo, exclamó, ¿y mi hijo Fernando?.

—A Dios gracias sigue muy bien, y aunque mi relato os entristezca, hallareis un consuelo seguramente en abrazar á vuestro hijo.

—Hablad, hablad, dijo Colon, que ya estoy impaciente por saber las noticias que vais á comunicarme.

—Ya os acordais, dijo Matías, que cuando partisteis á ese viaje que tanta gloria os ha hecho alcanzar, nos despedimos en Palos y yo pedí á la Providencia que colmase nuestros deseos....

Poco despues murió mi esposa.

Solo en el mundo, mis hijos se apiadaron de mí, me obligaron á vender la escasa hacienda que tenia en Palos y me ofrecieron bajo su techo cariñosa hospitalidad. En medio de mi desgracia yo me consideraba muy feliz porque podia à todas horas presenciar la felicidad de mi hija, de mi pobre hija que tantas lágrimas me habia costado cuando, engañada por las gitanas que la arrebataron de mi hogar, la lloré perdida, hasta que gracias á la Providencia y á vos pude hallarla tan feliz y dichosa como era.

Vine á Baeza, me hospedé en esta casa y pronto mi hermosa nietecilla y vuestro hijo endulzaron las largas y estériles horas de mi vejez.

¡Viviamos tan dichosos aquí; se amaban tanto Inés y Beltran!.... ¡Ah! quién me hubiera dicho....

—Pero hablad, amigo mio, hablad, ¿qué ha sucedido?

—Llegó á Baeza un hidalgo de los que más se habian distiguido en la guerra de Granada. Acostumbrado á vivir siempre en el campamento, à emplear sus ócios en la lid, la vida sedentaria á que le condenaba la paz incitábale á consagrarse á los vicios, y á emplear el tiempo en el juego y en los galanteos.

Vió á mi Inés y se prendó de su hermosura. Comprendió desde luego que no faltaria por nada del mundo á sus deberes, y aquel fué un nuevo incentivo á su pasion.

Aprovechó todas las ocasiones de interesarla; valióse de una pérfida gitana para que la declarase sus intentos.

Todo fué inútil.

Beltran nada sabia, porque su esposa queria evitarle èl disgusto de una revelacion.

Viendo el hidalgo que nada conseguia, fijó sus ojos en mí, pobre aldeano, que en vano puedo ocultar mi orígen plebeyo.

Hizo averiguaciones, no faltan envidiosos en los pueblos, é inventó una calumnia. ¡Oh! ¡si supierais cuán infame fué el falso testimonio que nos levantó!

Corrió la voz de que mis hijos habian envenenado à doña Beatriz despues de obligarla á firmar un testamento nombrándolos sus herederos.

Una noche malhadada en que Beltran estaba con varios amigos suyos en la plaza, ciego de despecho se acercó á un grupo en que se hallaba mi hijo:

—"¿Cómo teneis valor, exclamó dirigiéndose à los demas, de consentir que se halle á vuestro lado un envenenador?

—"¿Por quién decís eso? le preguntaron algunos.

—"Por ese miserable que envenenó á su ama doña Beatriz y la robó sus bienes."

Era imposible resistir aquella provocacion.

Olvidando Beltran los lazos que le llgaban á la vida, ardiendo en ira, sacó la espada y no tardó en trabarse entre los dos una desesperada lucha.

En vano procuraban los amigos contenerlos.

La desatentada pasion del uno, el justo rencor del otro, daba brío á su brazo.

Beltran cayó al fin atravesado por el acero de su enemigo.

—¿Y murió?

—Sí, murió.

—¡Dios mio! exclamó Colon.

—Yo estaba con mi hija aguardando á Beltran. Los niños, que habian estado jugando en mis rodillas, sin saber por qué, dejaron de jugar.

—«¿Qué teneis, hijos mios? les preguntó Inés.

Isabel preguntó por su padre.

—«Pronto vendra, hija mia, pronto vendrá, contestó Inés.»

No se engañaba.

Llamaron á la puerta, preguntaron por mí, bajé y ví á Beltran que lo traian entre cuatro hombres, cadáver.

Buscaba yo los medios, acallando mi dolor, de ocultar á mi hija aquella desventura, cuando oí á mi lado un grito penetrante, un grito desgarrador.

Era Inés, que, obedeciendo á un presentimiento, habia bajado precipitadamente las escaleras, habia oido la relacion del triste suceso que uno de los que me acompañaban me habia hecho, y no pudiendo contener su dolor, se precipitó sobre el cadáver de su esposo, cubriéndole de lágrimas.

¡Ah! ¡qué noche aquella, qué noche! Desde entónces solo lágrimas he visto en sus ojos Sin su hija, sin su Fernando, á quien quiere, porque es el hijo de doña Beatriz, porque es el hijo vuestro, porque los dos habeis sido para ella un ángel, hubiera deseado la muerte como su única felicidad.

Ya sabeis nuestra desgracia. ¿Comprendeis ahora las lágrimas que habeis visto en mis ojos al estrecharos en mis brazos? No extrañeis, por lo tanto, hallar á la que dejasteis en medio de la felicidad, no extrañeis, repito, que se presente á

vuestra vista con la tristeza en el corazon, con las tocas de la viuda.

—Vamos, vamos á verla, dijo Colon; yo sé cuánto tengo que agradecer el sacrificio que ha hecho, sofocando su pena, para poder ser madre de mi hijo.

La escena que siguió á la que hemos presenciado entre Matías Sampayo y el ilustre marino, fué más conmovedora aún.

Inés, para no entristecer á aquellos dos niños, cuya alegría contrastaba con su tristeza, ahogaba á todas horas su pena y solo en el silencio de la noche vertia abundantes lágrimas por su esposo.

No podia contener la emocion de su alma, y tardó mucho tiempo en recobrar la tranquilidad.

Colon, que no podia detenerse porque le aguardaban en Sevilla para que resolviera todas las cuestiones enlazadas con los preparativos de su expedicion, prodigó los mayores consuelos á la infeliz Inés, la participó la resolucion que habia tomado anunciando al rey el orígen de Fernando, la dijo la gracia que sus majestades habian concedido al niño, y la suplicó que fuese á la corte con él y hallase, prodigándole lo mismo que á su hija y á Diego, los cuidados de madre, el único consuelo que ya podia esperar su alma.

A pesar del sentimiento que las noticias que acababa de saber produjeron en Colon, al ver á su hijo experimentó una inmensa alegría.

Era un hermoso niño de ocho años.

En él halló reproducidas las facciones de su madre.

En su carácter, la dulzura, la bondad, la inteligencia de aquella mujer sublime que tan inmenso cariño habia despertado en su alma.

Inés creyó llegado el momento de revelar al niño la verdad de su orígen.

Colon la detuvo.

Cuando estuvieron solos:

—No decidle nada hasta que os halleis en Madrid, pero preparad su ánimo para la revelacion.

Inés, que ya solo vivia para el amor de su hija, para la gratitud que debia á Colon, accedió á sus ruegos y se dispuso á partir á Barcelona, donde aún estaba la corte, para vivir allí con Diego y con Fernando.

Matías Sampayo debia acompañarles, y el viaje no tardó en llevarse á cabo.

La gloria acalló los pesares que habia experimentado Colon, y se trasladó á Sevilla donde habia á la sazon gran movimiento, donde afluian de todas partes, no solo soldados que aspiraban à tomar parte en la expedicion, sino mercaderes de todas clases que llevaban víveres, municiones, seguros de hacer un buen negocio, porque los reyes querian que nada faltase.

Sigámosle à Sevilla.

CAPITULO XXIX.

El Consejo de Indias y el obispo Fonseca.

A su llegada encontró nuevas cartas de los reyes, que, temerosos de que don Juan II intentase jugarle una mala pasada, le exhortaban á que apresurase los preparativos de la marcha y se diese á la vela.

Llegó á Sevilla á principios de Junio, y durante muchos dias no descansó un momento.

Se entendió directamente, gracias á los plenos poderes que tenia, con los dueños de los buques que necesitaba, negoció con los proveedores de víveres y de municiones, conversó con los que aspiraban á embarcarse, y activó de una manera maravillosa los trabajos preparatorios.

No tardaron en llegar á la capital de Andalucía el superintendente nombrado por los reyes para ocuparse de los negocios del Nuevo Mundo y el contador Soria.

Unidos los esfuerzos de unos y otros dieron por resultado la reunion de diez y siete buques entre grandes y pequeños, que eran los que debian componer la escuadra.

Se nombraron los mejores pilotos para que los condujeran, y Colon, Soria y Fonseca pasaron revista con gran solemnidad á la tripulacion.

—Puesto que hemos de colonizar las nuevas tierras que descubra, conviene á mi propósito, dijo Colon al superintendente, llevar granos de todas clases, semillas de varias plantas,

Colon la detuvo.

Cuando estuvieron solos:

—No decidle nada hasta que os halleis en Madrid, pero preparad su ánimo para la revelacion.

Inés, que ya solo vivia para el amor de su hija, para la gratitud que debia á Colon, accedió á sus ruegos y se dispuso á partir á Barcelona, donde aún estaba la corte, para vivir allí con Diego y con Fernando.

Matías Sampayo debia acompañarles, y el viaje no tardó en llevarse á cabo.

La gloria acalló los pesares que habia experimentado Colon, y se trasladó á Sevilla donde habia á la sazon gran movimiento, donde afluian de todas partes, no solo soldados que aspiraban à tomar parte en la expedicion, sino mercaderes de todas clases que llevaban víveres, municiones, seguros de hacer un buen negocio, porque los reyes querian que nada faltase.

Sigámosle à Sevilla.

CAPITULO XXIX.

El Consejo de Indias y el obispo Fonseca.

A su llegada encontró nuevas cartas de los reyes, que, temerosos de que don Juan II intentase jugarle una mala pasada, le exhortaban á que apresurase los preparativos de la marcha y se diese á la vela.

Llegó á Sevilla á principios de Junio, y durante muchos dias no descansó un momento.

Se entendió directamente, gracias á los plenos poderes que tenia, con los dueños de los buques que necesitaba, negoció con los proveedores de víveres y de municiones, conversó con los que aspiraban á embarcarse, y activó de una manera maravillosa los trabajos preparatorios.

No tardaron en llegar á la capital de Andalucía el superintendente nombrado por los reyes para ocuparse de los negocios del Nuevo Mundo y el contador Soria.

Unidos los esfuerzos de unos y otros dieron por resultado la reunion de diez y siete buques entre grandes y pequeños, que eran los que debian componer la escuadra.

Se nombraron los mejores pilotos para que los condujeran, y Colon, Soria y Fonseca pasaron revista con gran solemnidad á la tripulacion.

—Puesto que hemos de colonizar las nuevas tierras que descubra, conviene á mi propósito, dijo Colon al superintendente, llevar granos de todas clases, semillas de varias plantas,

vides y al mismo tiempo hábiles labradores, mineros, carpinteros y otros menestrales que puedan enseñar á los indios, á fin de que nada falte en la colonia.

Al mismo tiempo necesito llevar gran cantidad de juguetes, cascabeles, espejos, cuentas de avalorio, etc., para traficar con los indios, que se pagan mucho de esas fruslerías y nos dan en cambio de ellas oro y piedras preciosas.

—Lo que debeis llevar, dijo Fonseca, son soldados aguerridos, municiones bastantes y víveres. Lo demas importa poco, porque, tarde ó temprano, conocerán los indios cuáles son los propósitos de nuestros reyes y no serán los dijes y los cascabeles los que les sometan, sino la fuerza de nuestras armas.

—Respeto la opinion de vuestra ilustrísima, dijo Colon, pero conozco aquellá gente lo bastante para comprender que tratándolos con dulzura, no solo conseguiremos ser sus amigos, sino que, en vez de tener enemigos á nuestro lado, tendremos verdaderos y leales servidores.

Todos serán esclavos de los reyes nuestros señores, y más vale sembrar beneficios para recoger gratitud que llevar la desolacion y la muerte á aquellas vírgenes comarcas.

El obispo Fonseca insistia en que sus consejos eran los más eficaces, y como tenia gran influencia sobre el contador, uno y otro retardaban la adquisicion de los objetos que con tanto empeño y tan buen fin pedia el almirante.

No era esta la única divergencia que existia entre aquellos funcionarios y Colon.

Fonseca era un hombre de carácter caprichoso y estremadamente terco.

No podia ménos de oponerse á todo lo que le decian, y despues de haberse manifestado en contra de cualquier opinion, aunque conociese que se habia equivocado, la sostenia

con teson, y si era vencido en aquella lucha, sufria tanto que no perdonaba á los que causaban su sufrimiento.

Al tratar de fijarse el número de los que debian formar parte de la segunda expedicion, queria Colon llevar de mil quinientos á dos mil hombres vigorosos, valientes, sóbrios, de buenos sentimientos, porque su ánimo no era avasallar aquellos países que tan humildemente se habian prosternado ante él, que con tanto afecto le habian recibido.

Necesitaba, pues, hombres sumisos á su voz, valientes, fuertes para soportar toda clase de inclemencias y dóciles para obrar.

Fonseca opinó que debia limitarse á mil el número de los navegantes, y sobre esto hubo tambien cuestion y el superintendente contuvo la rápida marcha que llevaban los preparativos.

Conociendo Colon que podian sufrir averías los buques en el mar, pidió que se duplicasen en algunos las fuerzas más necesarias para no interrumpir la navegacion, y los gastos de todos los preparativos subieron extraordinariamente.

Eran mucho mayores que el presupuesto que se habia fijado, y con este motivo surgieron nuevas dilaciones.

Colon estaba autorizado por los reyes para mandar por su propia cuenta, sin intervencion de nadie, que se le facilitase lo que necesitaba.

Las cuentas de las obras que se practicasen debian ser presentadas al contador Soria, y la firma de Colon era bastante para que aquel abonase su importe.

Pero hubo màs de una ocasion en que Soria, desairando la firma de Colon, rechazó las cuentas que le presentaban.

En las discusiones que sostenia el ilustre marino con las personas encargadas de activar y preparar la expedicion no tardó en comprender que aquellos hombres se complacian en

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

aumentar los obstáculos que se oponian á su pronta marcha.

Acostumbrado como estaba á sufrir, tenia suficiente resignacion para perdonar las ofensas personales que le hacian; pero si disculpaba las faltas de respeto de que era víctima, no podia consentir que aquellos hombres nombrados para auxiliarle, cuya mision principal era activarlo todo á fin de que la escuadra se diese á la vela lo más pronto posible, por cuestiones de amor propio retardasen el suspirado momento y fuesen rémora debiendo ser espuela.

Fray Diego de Deza, su antiguo amigo, le anunció su llegada á Córdoba, diciéndole que partia á reunirse á la corte y que se ponia á sus órdenes por si algo necesitaba.

Colon escribió una larga carta á su antiguo amigo fray Juan Perez de Marchena, refiriéndole detalladamente su situacion con Fonseca y cor. Soria, la indiferencia con que éstos recibian muchas de sus órdenes, y la marcada intencion que adivinaba en ellos de contradecirle en todo.

Fray Diego de Deza, que tenia motivos para conocer el carácter de Fonseca y de Soria, partió inmediatamente á reunirse con los reyes, y en nombre de Colon les comunicó lo que pasaba.

No trascurrieron muchos dias sin que llegase un emisario con una carta para Soria en la que le decian sus majestades que, habiéndose enterado de los obstàculos que habia puesto á las resoluciones de Colon, le recordaban que era su verdadero jefe y que debia obedecerle en todo; esperando, por lo tanto, que fuese en lo sucesivo un leal servidor del almirante, porque de lo contrario tomarian medidas para castigar su conducta.

Apénas recibió este mensaje Juan de Soria, corrió á ver al obispo Fonseca, y enseñándole la carta:

—Ya veis, le dijo, ese hombre me ha delatado.

—No sé cómo los reyes prestan tanta atencion á sus palabras, porque ha tenido valor para emprender un viaje por las inmensidades del Océano. Cualquier marino hubiera hecho lo mismo. Si ha descubierto tierras, lo debe todo à la ciencia, no á sí propio. Tantos elogios como recibe, tantas ovaciones de que es objeto le han ensoberbecido, y hace mal, porque la suerte cambia muchas veces, y entónces los soberbios pagan en la época de desgracia la altivez que han tenido en la prosperidad.

—Vos sabeis, añadió Soria, que si nos hemos opuesto á sus deseos es por convenir así á los intereses del trono. Dispone de los fondos que se han reunido trabajosamente para costear la expedicion, como si no se acabaran nunca; quiere emplearlos en bagatelas, en fruslerías, y natural es que nosotros, y sobre todo yo, que tengo á mi cargo las cuentas y que respondo de lo que pago, ponga coto á sus prodigalidades.

—Ese ha sido nuestro ánimo, dijo Fonseca, y creedme, señor don Juan, continuemos del mismo modo. Vos excusaos atribuyéndome á mí la falta de cumplimiento á las órdenes de Colon. Yo sabré contestar á los reyes, y no se atreverán á enviarme á mí cartas como esa. Vos me conoceis demasiado, y ya sabeis la influencia que tengo en su ánimo.

—En ese caso disponed lo que querais.

—Nada, nada, dejádmelo todo por mi cuenta. Así como así deseo una ocasion de manifestar al almirante que no es tan grande su poderío como supone; que cuando más es mi igual, y que por consiguiente no estoy en el deber de acceder á sus caprichos. Pronto tendré ocasion de demostrarle que no me intimidan las comunicaciones que puede dirigir á la corte, que soy superior á él.

No se equivocaba el obispo Fonseca.

Colon, que amaba la gloria porque debia amarla; que ele-

vado á tanta altura por su época habia llegado á ser uno de los primeros hombres del mundo, queria al volver á aquellas tierras, en donde tan buenos antecedentes habia dejado, con todo el boato, con toda la esplendidez de un virey, de un representante de los reyes de Castilla, de un verdadero magnate, y aspiraba á que su servidumbre fuera digna del alto puesto que habia alcanzado.

Queria llevar los secretarios, los pajes, los escuderos, los servidores necesarios para vivir allí con las pretensiones y el decoro que un rey, y estaba decidido á realizar su deseo.

Comunicó á Fonseca su pretension, y el obispo, contestàndole con arrogancia:

—Veo, Sr. Colon, le dijo, que os olvidais de que sois un vasallo de los reyes de Castilla. ¿Por ventura quereis aparecer en esos países como el soberano de quien no sois más que un servidor? Ni los fondos con que contamos bastarian á esos gastos, ni conviene à la dignidad de los reyes de Castilla otorgaros ese capricho, que solo tiende á satisfacer vuestra desenfrenada vanidad.

—Veo que olvidais vos, dijo Colon en el mismo tono, que soy el almirante de los reyes y el virey y gobernador de todas las tierras descubiertas y por descubrir en el mar Océano. Veo que olvidais que he recibido de los monarcas ámplios poderes, y que á vos mismo os han puesto á mis órdenes.

—¿Habeis podido imaginar semejante cosa? dijo Fonseca.

—Leed la cédula en que se os ha nombrado superintendente de los asuntos de Indias.

—Permitidme que os considere embriagado con la gloria, porque solo de esta manera podré sufrir que os hayais imaginado un solo instante que el obispo Fonseca pueda estar á las órdenes vuestras.

Hubo una breve pausa.

—¿Qué respondeis á mi demanda? dijo Colon.

—Os niego desde luego los servidores que me pedís. Bástaos un secretario, un paje, un escudero, tres ó cuatro criados; la servidumbre que pedís solo al príncipe podria dársela.

—Comunicaré vuestra respuesta à los reyes.

—¿Pensais intimidarme con esa amenaza? No, no soy yo D. Juan de Soria. Ya sé que habeis escrito á la corte acusando á uno de los más leales servidores de los reyes de incuria en el servicio; pero si os han creido y á él le han enviado órden para que os obedezca, el obispo Fonseca no se halla en igual caso. Escribid si quereis; yo no hago caso de vuestra amenaza.

En esto estaban de su conversacion, cuando uno de los familiares del obispo entró con un mensaje muy urgente.

—Un enviado de sus majestades, dijo, trae para Vuestra Eminencia este pliego.

Fonseca miró á Colon.

—Leo en vuestra mirada, dijo, una satisfaccion inmensa. Habeis creido sin duda que este mensaje es parecido al que ha recibido hace pocos dias D. Juan de Soria: no lo creais; y para convenceros de ello, ved quién soy: abridlo vos, leedle en mi presencia en alta vos, y os convencereis del afecto y respeto que me profesan los soberanos.

—Ved lo que decís, Sr. Fonseca, dijo Colon.

—Abrid el mensaje: leedle.

—Pues oid.

Y Colon leyó con voz clara una carta en la que los reyes dirigian al obispo severas reconvenciones, le mandaban que tratase á Colon con el mayor respeto, que le obedeciese en todo y por todo, y que no opusiese el menor obstáculo á la realizacion de sus planes.

Los ojos de Fonseca despedian fuego.

—Ya veis, dijo Colon, que al mandar he podido mandar.

—Lo que han hecho conmigo los soberanos es una injusticia, y me oirán, me oirán, porque no es posible que sin haberme calumniado hayan podido dirigirme esa órden. Pero no importa; insisto en mi propósito: os niego la servidumbre que me pedís.

—Pronto tendreis que concedérmela, dijo Colon.

Y partió, enviando con el emisario que habia llevado el mensaje una comunicacion manifestando la negativa del obispo.

Este á su vez envió á los reyes una carta humildísima atribuyendo lo que calificaban de incuria á los mejores deseos de economizar gastos en favor del trono, porque comprendia que no era la fuerza, sino la astucia la que debia emplear para vengarse del sonrojo que le habia hecho pasar Colon.

No tardó en recibir comunicaciones de los reyes mandando poner á las órdenes de Colon diez escuderos de á pié y veinte personas más para otros servicios domésticos.

Dando las gracias por su aparente bondad á Fonseca, le indicaron de nuevo que se esmerase en respetar á Colon, porque como la escuadra entera estaba bajo su mando, nada más justo que atender á sus reclamaciones.

Fonseca no olvidó nunca la escena de aquel dia.

Hombre soberbio, altivo, rencoroso, tal le pinta la historia, se prometió hacer pagar caro á Colon el triunfo que habia obtenido sobre él, y cumplió su palabra.

No por las órdenes que habia recibido de los reyes cesó de poner obstáculos á la expedicion.

Al contrario, por debajo de cuerda hizo cuanto pudo para retardarla.

Colon venció al cabo todas aquellas dificultades.

Los preparativos terminaron felizmente, y llegó el momento de darse á la vela.

Vamos á conocer á algunos de los más importantes personajes que le acompañaron en aquella expedicion.

CAPITULO XXX.

Alonso de Ojeda.

Ojeda más interesante que el relato que hace un célebre historiador inglés de la situacion en que se hallaban los ánimos de los españoles en los momentos en que se preparaba la segunda expedicion del gran descubridor del Nuevo Mundo.

"El entusiasmo por esta expedicion rayaba en frenesí, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo, escondido á sus ojos entre las espumas del mar.

"Las descripciones de los viajeros que le habian visitado eran exajeradísimas, porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño, y se ha mostrado que el mismo Colon le vió al través de un ilusorio prisma.

"La vivacidad de sus descripciones y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacia concebir, excitaron en el público incomparable interes y abrieron el camino de amargos desengaños.

"Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluian sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas.

—Lo que han hecho conmigo los soberanos es una injusticia, y me oirán, me oirán, porque no es posible que sin haberme calumniado hayan podido dirigirme esa órden. Pero no importa; insisto en mi propósito: os niego la servidumbre que me pedís.

—Pronto tendreis que concedérmela, dijo Colon.

Y partió, enviando con el emisario que habia llevado el mensaje una comunicacion manifestando la negativa del obispo.

Este á su vez envió á los reyes una carta humildísima atribuyendo lo que calificaban de incuria á los mejores deseos de economizar gastos en favor del trono, porque comprendia que no era la fuerza, sino la astucia la que debia emplear para vengarse del sonrojo que le habia hecho pasar Colon.

No tardó en recibir comunicaciones de los reyes mandando poner á las órdenes de Colon diez escuderos de á pié y veinte personas más para otros servicios domésticos.

Dando las gracias por su aparente bondad á Fonseca, le indicaron de nuevo que se esmerase en respetar á Colon, porque como la escuadra entera estaba bajo su mando, nada más justo que atender á sus reclamaciones.

Fonseca no olvidó nunca la escena de aquel dia.

Hombre soberbio, altivo, rencoroso, tal le pinta la historia, se prometió hacer pagar caro á Colon el triunfo que habia obtenido sobre él, y cumplió su palabra.

No por las órdenes que habia recibido de los reyes cesó de poner obstáculos á la expedicion.

Al contrario, por debajo de cuerda hizo cuanto pudo para retardarla.

Colon venció al cabo todas aquellas dificultades.

Los preparativos terminaron felizmente, y llegó el momento de darse á la vela.

Vamos á conocer á algunos de los más importantes personajes que le acompañaron en aquella expedicion.

CAPITULO XXX.

Alonso de Ojeda.

Ojeda más interesante que el relato que hace un célebre historiador inglés de la situacion en que se hallaban los ánimos de los españoles en los momentos en que se preparaba la segunda expedicion del gran descubridor del Nuevo Mundo.

"El entusiasmo por esta expedicion rayaba en frenesí, é impresionados todos los corazones con lo feliz de los resultados y grande de las empresas, soñaban los mayores absurdos respecto á su dorado mundo, escondido á sus ojos entre las espumas del mar.

"Las descripciones de los viajeros que le habian visitado eran exajeradísimas, porque conservaban de él confusas nociones, como las memorias de un sueño, y se ha mostrado que el mismo Colon le vió al través de un ilusorio prisma.

"La vivacidad de sus descripciones y las grandes esperanzas que su ánimo ardiente le hacia concebir, excitaron en el público incomparable interes y abrieron el camino de amargos desengaños.

"Los corazones avaros consideraban aquellas regiones de soñada esplendidez, cuyas corrientes fluian sobre arenas de oro, cuyas montañas estaban preñadas de joyas y preciosos metales, cuyas arboledas criaban especias y perfumes, cuyas costas esmaltaban gruesas y hermosas perlas.

«Otros se forjaban más bellas y seductoras ficciones.

«Era la época de que hablamos romàntica y activa, y habiéndose acabado la guerra de los moros y suspendídose las hostilidades con Francia, los osados é inquietos génios de la nacion se hallaban impacientes.

«Se cansaban de la monotonía de la paz y ansiaban que cesase para entrar en ejercicio.

«A éstos les presentaba el Nuevo Mundo anchuroso campo de extraordinarias empresas y aventuras tan propias del carácter español.

«Muchos hidalgos, muchos oficiales de la casa real, y caballeros andaluces acostumbrados á la actividad poética y entretenida de la guerra y apasionados amantes de altos hechos como aquellos con que ya habian brillado en la risueña vega granadina, entraron en la expedicion, bien al servicio de los reyes, ó á su propia costa.

«Para ellos era aquel el principio de una nueva série de cruzadas, más grandes y brillantes que las que inmortalizaron á la caballería europea en la Tierra Santa.

«Se imaginaban subyugando ya espaciosas y bellas islas en medio del Océano, explorando sus maravillas y plantando el estandarte de la cruz sobre los torreones de sus ciudades.

«De allí se abririan, á su parecer, camino las costas de la India, ó más bien del Asia, penetrarian en Manguí y en Cathay, corvertirian, ó lo que era lo mismo, vencerian al gran Kan, gozando así de una gloriosa carrera militar en las espléndidas regiones y entre los semi-bárbaros pueblos del Oriente.

«Nadie tenia una idea clara y exacta de los peligros á que se arriesgaban, de la inmensidad que iban á surcar, de la empresa gigantesca que cargaban sobre sus hombros, de los hombres que iban á sujetar al dominio español.

«En efecto; si en esta fiebre de la imaginacion se hubieran presentado los hechos tal cual eran en su fria realidad, habrian sido desechados con desprecio, porque nada aborrece tanto el público como el que se le despierte en medio de sus dorados sueños.»

Entre los que aspiraban á embarcarse con Colon habia dos jóvenes sobre los cuales voy á llamar la atencion de mis lectores, porque desempeñaron un gran papel en la historia de la conquista del Nuevo Mundo.

Llamábase el primero Alonso de Ojeda y el segundo Américo Vespucio.

Era Ojeda natural de Cuenca, hijo tercero de una de las más nobles familias de Castilla la Nueva.

Recibió desde sus primeros años muy buena educacion y aun no habia cumplido doce cuando entró al servicio de don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, en calidad de paje.

En aquella época de contínuas guerras con los moros y de discusiones entre los nobles y la corona, nada más fácil para él jóven valiente que aprender á lidiar y encontrar ocasiones de distinguirse.

El duque de Medinaceli, poseedor de vastos dominios, era uno de los capitanes que mayor número de fuerzas mandaba, y á su lado habia tenido ocasion desde muy niño Alonso Ojeda de luchar y vencer.

En efecto; dotado de una energía, de un valor, de una audacia sin límites, era el primero que desafiaba el peligro, y durante la memorable conquista de Granada hizo tales proezas, que á pesar de sus pocos años gozaba ya de gran reputacion.

Tenia aquel jóven en los momentos en que habia conseguido de los reyes licencia para acompañar á Colon, veintiun años.

De estatura pequeña, poseia una fuerza y una actividad maravillosas.

Su levantado espíritu, su mirada altiva, su expresion varonil, imponia á pesar de lo bajo de su talla.

Ninguno como él doblegaba á su voluntad los potros de más sangre.

Nadie le aventajaba en el manejo de las armas, y su agilidad y su fuerza no tenia competidores.

Si á esto se añade su arrogante figura, la pureza de sus facciones, la franqueza de su carácter, se comprenderá el gran partido que tenia no solo entre los hombres, sino entre las más ilustres damas de la corte.

En las justas y torneos salia siempre triunfante, y al mismo tiempo no habia trovador que compitiera con él pulsando la cítara, y entonando las bellas cantigas de aquellos tiempos.

Una muestra de su arrojo habia aumentado su celebridad.

Hallándose la reina doña Isabel con muchas de sus damas y cortesanos en la torre de la catedral de Sevilla, llamada la Giralda, para demostrar Ojeda á su majestad la reina su agilidad y su valor se encaramó á una gran viga que sobresalia más de veinte piés de la torre á tan inmensa altura del suelo que los que por allí andaban parecian desde abajo figuras microscópicas.

Solo mirar abajo desde cualquiera de las ventanas de la torre á la altura en que estaba la viga, bastaba para aterrorizar á los más valientes.

Ojeda, ántes que pudieran contenerle, comenzó á andar por la viga con la mayor desenvoltura lo mismo que si fuese un pavimento llano.

Al llegar al extremo se puso sobre un pié, y girando sobre el otro volvió la vista hácia á la torre sin que aquella especie de suspension en medio del aire le produjese ningun vahido.

Permaneciendo sobre un pié, fijó el otro en la pared de la torre y arrojó una naranja por encima de ella.

No solo la reina y su comitiva, sino los que desde abajo presenciaban aquellos atrevidos y peligrosos ejercicios, estaban, como suele decirse, con el alma en un hilo.

A cada instante temian que le faltara equilibrio y cayera.

La angustia con que todos le veian era mortal, pero no se atrevian á decirle una palabra temerosos de que por prestar atencion à lo que le dijeran perdiese el equilibrio y cayera.

No sucedió así y recibió los plácemes de la reina y de todos los que le acompañaban, miéntras su soberano le encargó que guardase todo el ánimo que se revelaba en su audacia para luchar y vencer á los enemigos de su patria.

Ojeda amaba el peligro y le buscaba con tanta insistencia, que como dice muy bien uno de sus biógrafos, parecia que peleaba más por el placer de la lucha que por el honor que de ella podia resultarle.

Este desprecio de la vida no era en él natural, sino efecto de un triste desengaño que habia sufrido.

Siendo muy jóven, pues aún no habia cumplido diez y ocho años, hallábase en Sevilla con el duque de Medinaceli su señor, y por consentimiento de éste partió á las órdenes del marqués de Cádiz á tomar parte en una de las batallas que aquel intrépido guerrero se proponia dar á los moros.

Arrojado en extremo, fué tan grande su empuje en la pelea que llegó á separarse de los suyos.

Viéndose acorralado por los moros y queriendo morir ántes que ser prisionero, mató à muchos de los que le rodeaban é hirió á algunos, y al fin cayó sin sentido, porque traidoramente le arrojó uno de ellos una piedra á la cabeza.

Habia producido tal entusiasmo entre sus adverarios el valor que habia desplegado en la lucha, que el jefe de los mo-

ros quiso que le respetaran cuando vió que se acercaban á él con el alfanje en la diestra en actitud amenazadora, diciéndoles:

—A un valiente no debe atacársele estando sin sentido.

Reclamó para sí aquel preso y le llevó á su casa, en donde le prestó los mayores cuidados para que volviera en sí.

El cadí ó jefe que tenia en su poder á Alonso de Ojeda, era un hombre de cincuenta á sesenta años, de aspecto formidable y de gran nombradía entre los suyos por las proezas que constituian su historia.

Vivia cerca de Ronda, con su hija Zora, niña de quince abriles, que era todo el encanto de su padre.

Cuando Alonso volvió en sí halló á á su lado á la hermosa oriental, que con sus negros y radiantes ojos fijos en él, aguardaba el momento en que recobrase la vida que parecia haber perdido.

El corazon de Ojeda se despertó al amor en aquel momento.

Zora bebió tambien el embriagador néctar del amor en la primera mirada del caballero cristiano.

La herida habia sido muy leve, y no tardó Alonso en restablecerse.

El padre de Zora le tomó gran afecto y procuró influir en su ánimo para que, abandonando su religion, profesara el islamismo.

Era tanto el amor que le inspiraba la jóven morisca, que vaciló un momento al oir aquella proposicion.

En otras circunstancias hubiera contestado á aquellas indicaciones con el desprecio y el castigo.

Pero habia ya hablado con Zora, habia escuchado de sus labios la declaracion de que participaba de sus mismos sentimientos, y en aquella edad el amor debia ser toda su vida.

Zora le habia jurado muchas veces que seria suya.

Alonso, verdaderamente enamorado de ella, le habia pedido por su amor que huyera con él, ofreciéndola ser su esposo en cuanto estuvieran en el dominio de los cristianos.

Zora no queria aceptar un sacrificio tan grande porque amaba à su padre, y sabia que su fuga seria causa de su muerte,

Pero el amor de Alonso la subyugaba, y al fin y al cabo, accediendo á sus ruegos, resolvió seguirle.

Combinaron los dos el plan para escaparse, y el astuto padre de Zora, viejo ya, gran conocedor del corazon humano, no tardó en comprender el lazo que unia sus almas, y como aquello destruia sus planes, porque pensaba dar á su hija á Alí Bensaid, sobrino favorito del Zagal, trató de evitar que aquella pasion se arraigase en el corazon de la niña y no pudiera apagar el incendio.

Alonso le inspiraba mucho interes.

Su bravura, su juventud, los dones que habia recibido de la naturaleza, le encantaban.

Pero no podia hacer el sacrificio de concederle la mano de su hija, porquè dándosela al Zagal se prometia tener gran influencia en la gobernacion de las ciudades que dominaba aquel rey moro.

Siguió de cerca á los dos amantes, y en el momento que se preparaban á la fuga, desapareció de pronto su hija de la casa que habitaba.

Alonso la esperaba en un sitio para huir con ella, y al ver que faltó á la cita, corrió en su busca.

Los esclavos le dijeron que habia partido con su padre à Guadix.

Pero estaba seguro él de que por nada del mundo le olvidaria Zora y aguardó su vuelta.

El padre de la jóven habia mandado que le asistieran en su casa, diciendo á los esclavos que con la suya respodian de su vida.

Pasó algun tiempo, volvió el padre de Zora y anunció á Alonso que su hija habia tenido la fortuna de enamorar al sobrino del rey, y que todo se aprestaba para que fuera la reina de su serrallo.

Alonso no quiso creerle.

Era imposible que Zora, que tantos juramentos de amor le habia hecho, fuese de otro hombre.

Al fin se confirmó la noticia que le habia dado el moro.

El padre de Zora se dispuso á partir para Guadix, pero ántes indicó á Alonso que estaba en libertad y que podia regresar con los suyos si queria.

—No, le contestó Ojeda, quiero acompañaros en vuestro viaje, quiero despedirme para siempre de vuestra hija.

El anciano, que habia hablado al Zagal del prisionero cristiano que tenia, creyó que seria grato para su rey verle de cerca y le llevó à su lado.

Ojeda abrigaba un terrible proyecto.

Cuando se convenció de que Zora, accediendo á los ruegos de su padre y dominada por los halagos de su nuevo amante le habia olvidado, apénas se halló á su vista, en medio de la consternacion de todos los circunstantes, clavó en su pecho un agudo puñal, y no contento aún hirió de muerte al anciano, que cayó sobre él para vengar á su hija.

Inmediatamente fué arrojado en una de las más hondas y oscuras mazmorras de un castillo.

La fama de su brío fué causa de que el Zagal no decretase instantáneamente su muerte.

La muerte era, por otra parte, poco para que pagase el crímen que habia cometido.

El encierro, el martirio, era un castigo más terrible para él.

No tardó en ser enviado á Ronda, donde era alcaide Sahim, anciano moro que profesaba á los españoles un vivo afecto, porque á su generosidad debia la vida de su hija.

No podia caer en mejores manos Alonso de Ojeda.

Parecia que la suerte se complacia en abrirle camino.

Algunos años ántes, en una de las màs bellas mañanas de primavera, salieron doce jinetes cristianos á recorer las cercanías del campamento de los moros.

Regresaban ya á la ciudad sin haber tenido tropiezo alguno, cuando en el camino que conduce de Ronda á Loja vieron á un caballero ricamente vestido que caminaba á todo escape.

Corrieron tras de él, y rodeándole, le intimaron á que se rindiera.

Comprendiendo que su muerte era segura si luchaba con ellos, porque sus fuerzas serian inútiles para pelear, atendiendo al mayor número de sus adversarios, entregó su alfanje sin resistencia alguna.

Era el moro un jóven de veinticuatro años, de expresivo rostro, é iba vestido con un traje que demostraba que pertenecia á una familia noble y rica.

Aquella noche entró prisionero con los doce jinetes en Antequera, y no tardó en ser presentado al alcaide cristiano de aquella ciudad.

—¿Cuál es tu nombre? le preguntó el alcaide.

—Me llamo Ambesa, y soy hijo de Sahim, el alcaide de Ronda.

—Ya le conozco, contestó el cristiano, y no ignoro que es uno de los más intrépidos musulmanes. De buena gana te dejaria en libertad; pero necesito cumplir, aunque con pena, la imperiosa ley de las represalias. No tengo màs remedio que encerrarte en un calabozo para que sufras lo mismo que tu padre hace sufrir á uno de mis bravos guerreros, de quien se apoderó por medio de sorpresa hace muy pocos dias.

—Tu cautivo soy yo; dispon de mí segun te plazca, res-

pondió Ambesa, pero mucho màs te agradeceria que me quitases la vida, y no que me privases hoy de la libertad.

Y al decir esto sus ojos se inundaron de lágrimas.

—¿Qué es eso, dijo el alcaide cristiano, ¿lloras? ¡Ah! no eres entónces el hijo de Sahim, sino un cobarde que tiembla al solo anuncio de la muerte.

—Orgulloso cristiano, dijo Ambesa, no mancilles mi noble linaje. Jamas en él nació un hombre que no fuese valiente y no tuviese bastante heroismo para morir. Pero si conocieras los secretos de mi corazon verias cuán desgraciado me has hecho al aprisionarme, y comprenderias por qué prefiero la muerte al cautiverio.

—Explícate.

—Zaida, la más hermosa de las huríes, es mi amada y me ama. Su padre, anciano guerrero que habita en Loja, me ha otorgado su mano y hoy mismo deben celebrarse nuestros desposorios. Ella me espera en este instante, y al ver que falto á mi palabra me llamará traidor y desleal, y con justa razon dará su voluntad y su mano à otro doncel más afortunado. Hé equí la causa de mi llanto. Pero tú, que segun es fama, tienes el corazon duro como el mármol, extrañarás que tenga valor para morir el hombre que no sabe contener las lágrimas del sentimiento.

—Soy caballero, contestó el alcaide Rodrigo de Narvaez, que así se llamaba, y voy á ver si tú lo eres tambien como blasonas. Te permito ir á Loja à celebrar tus bodas, pero con condicion de que volverás mañana para entrar de nuevo en el calabozo.

—Te lo prometo y te lo juro por la sagrada piedra de la Kaaba. Déjame hoy en libertad y mañana seré tu esclavo.

—¿Qué prenda quieres?

—Tu palabra me basta.

Ambesa partió, llegó á Loja, pudo desposarse con la bellísima Zaida y al amanecer del siguiente dia la reveló su desgracia.

—No tengo más remedio que cumplir mi palabra.

La hermosa sultana quiso aprisionarle en sus amorosos brazos.

Todo fué inútil.

Ambesa, aunque con el corazon desgarrado, montó en su alazan y llegó á Antequera ántes de la hora prefijada.

—Eres leal, le dijo Rodrigo de Narvaez, y me duele en el alma tu suerte, pero no tengo màs remedio que aprisionarte.

—A eso he venido, contestó con resignacion Ambesa.

Aún estaba hablando con Rodrigo de Narvaez cuando un pajecillo de éste acudió á anunciarle que una mujer con traje de mora deseaba que la concediera un instante de audiencia.

Aquella mujer era Zaida, la desolada Zaida, que con los ojos anegados en lágrimas iba á ofrecer todas sus joyas en rescate de su esposo; á ofrecerse como esclava si no era bastante el valor de aquellas alhajas para pagar la libertad de Ambesa.

El severo Narvaez no pudo ménos de conmoverse.

—Guarda, guarda tus joyas, dijo, y nunca las uses, porque aunque muy bellas serán inútiles para realzar tu hermosura. Véte libre y que te acompañe tu amado.

—¿Cómo? ¿me dejas en libertad?

—Sí, sois dignos de ser felices.

Ambos amantes se arrojaron á los piés del noble alcaide y le expresaron su gratitud.

Poco despues partieron, dirigiéndose à Ronda, en donde Sahim los esperaba.

Apénas supo el rasgo de generosidad del alcaide de Ante-

quera, no quiso ser ménos que él y le envió no solo el cautivo de quien habló á su hijo, sino otros diez más, y como regalo doce caballos ricamente enjaezados á la usanza morisca. (E)

A partir de aquel momento, Sahim, que debia á los cristianos la vida de su hijo, fué piadoso con ellos.

Cuando supo las prendas que adornaban á Alonso de Ojeda facilitó su fuga, y de este modo pudo el desdichado amante volver al seno de sus amigos y de sus protectores, que le lloraban como muerto.

Se habia obrado un gran cambio en su existencia. No creia en el amor, y con un secreto deseo, con el de morir cuanto ántes, se lanzaba á los mayores peligros.

La suerte le protegió; salió triunfante en todas las luchas en que tomó parte; la gloria le sonrió, y el amor á la gloria alejó de su alma el deseo de morir.

Poco dejó en él el espíritu caballeresco y aventurero, la sed de dificultades que vencer, y natural era que habiendo llegado una época de ócio para los guerreros, al ver que se trataba en el Nuevo Mundo de conquistar ricos países y difundir la fe católica entre una raza idólatra, y al comprender desde luego todos los riesgos que podian correr en una navegacion tan larga, desease acompañar á Colon.

El almirante tenia noticia da él, y le acogió con los brazos abiertos.

—Hombres como vos son los que yo necesito: valientes con los valientes; generosos con los débiles. Contad conmigo para todo.

Alonso de Ojeda, que habia logrado del duque de Medinaceli, su protector, que le permitiese ir en la expedicion, no se separó desde entónces del almirante, y ardia en deseos de emprender cuanto ántes la marcha.

Conozcamos ahora á Américo Vespucio.

CAPITULO XXXI.

Américo Vespucio.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia, y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años, con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende su tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge? exclamó la aludida; ¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis de dar la acostumbrada leccion de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venís á que os sirvan un refrigerio?

—¿No, hija mia, no; vengo á darte noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesa-

quera, no quiso ser ménos que él y le envió no solo el cautivo de quien habló á su hijo, sino otros diez más, y como regalo doce caballos ricamente enjaezados á la usanza morisca. (E)

A partir de aquel momento, Sahim, que debia á los cristianos la vida de su hijo, fué piadoso con ellos.

Cuando supo las prendas que adornaban á Alonso de Ojeda facilitó su fuga, y de este modo pudo el desdichado amante volver al seno de sus amigos y de sus protectores, que le lloraban como muerto.

Se habia obrado un gran cambio en su existencia. No creia en el amor, y con un secreto deseo, con el de morir cuanto ántes, se lanzaba á los mayores peligros.

La suerte le protegió; salió triunfante en todas las luchas en que tomó parte; la gloria le sonrió, y el amor á la gloria alejó de su alma el deseo de morir.

Poco dejó en él el espíritu caballeresco y aventurero, la sed de dificultades que vencer, y natural era que habiendo llegado una época de ócio para los guerreros, al ver que se trataba en el Nuevo Mundo de conquistar ricos países y difundir la fe católica entre una raza idólatra, y al comprender desde luego todos los riesgos que podian correr en una navegacion tan larga, desease acompañar á Colon.

El almirante tenia noticia da él, y le acogió con los brazos abiertos.

—Hombres como vos son los que yo necesito: valientes con los valientes; generosos con los débiles. Contad conmigo para todo.

Alonso de Ojeda, que habia logrado del duque de Medinaceli, su protector, que le permitiese ir en la expedicion, no se separó desde entónces del almirante, y ardia en deseos de emprender cuanto ántes la marcha.

Conozcamos ahora á Américo Vespucio.

CAPITULO XXXI.

Américo Vespucio.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia, y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años, con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende su tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge? exclamó la aludida; ¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis de dar la acostumbrada leccion de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venís á que os sirvan un refrigerio?

—¿No, hija mia, no; vengo á darte noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesa-

dumbres. Hablad, hablad, padre Jorge, ya sabeis que, aunque soy su madre y le quiero con toda mi alma, conozco sus defectos y estoy siempre dispuesto á reprenderle.

—Ya sabeis que los duques comercian con España, y que, gracias á sus ruegos, hemos dado una colocacion á Paolo en la factoría de Sevilla. Creimos todos que al alejarle de vuestro lado, al viajar, mudaria de costumbres y sacrificaria su viveza, su carácter atolondrado, á la esperanza de un porvenir risueño en casa de los duques; pero, por lo visto, al partir de Florencia iba resuelto á vivir alegremente, á trabajar lo ménos posible y á continuar sus locuras. El administrador general del duque ha procurado atarle corto; pero no pudiendo hacer carrera de él, ha roto el silencio, y ha escrito á su amo dándole cuenta de las pérdidas y desgracias que la insensatez de Paolo ha ocasionado. El duque, que me quiere en extremo, que sabe cuán honrado es mi hermano Atanasio, cuàn buena, cuán cariñosa eres tú, siente en extremo tener que privarse de los servicios de Paolo; pero no habrá remedio. Si persiste en la conducta que está observando, yo mismo seré el que le aconseje que le ponga en la calle y que le haga venir à Florencia, para enviarle á las galeras á que reme y aprenda á ser hombre de bien.

El fraile calló.

Hubo una breve pausa.

—Pobre hijo mio, dijo Isabel enjugando las lágrimas que asomaban á sus ojos, veo que teneis razon y que si no se enmienda, me parece conveniente, ántes de que cometa una torpeza mayor que las que ha cometido hasta ahora, ser nosotros los que pidamos al señor duque que le eche de su lado; es la deshonra de la familia.

—Madre, madre, entró gritando en la habitacion donde estaban Isabel y el padre Jorge, un jóven de veinte á veintidos años, de hermoso rostro, de vivos ojos, de aspecto inteligente.

Pero al notar que la buena mujer tenia inundados los ojos de làgrimas:

—¿Qué os pasa, madre mia? preguntó.... Sentaos vos, padre Jorge.

El fraile refirió á Américo, que este era el nombre del recien llegado, lo que acababa de contar á su madre.

—¿Quereis entrar conmigo en una conspiracion? dijo á su madre y á su tio:

—¿Qué dices, muchacho? preguntó el fraile.

—Oidme con atencion. He cumplido hace poco veinte años, amo á mi familia y deseo labrar su felicidad. Mi hermano Paolo no quiere trabajar: pues bien; pedid conmigo al duque que me conceda á mí la plaza que él desempeña y yo iré á España á demostrarle que la familia de los Vespuci sabe cumplir todos sus deberes. Ya sabeis que mi hermano quiere ser militar: yo destinaré de lo que gane una parte para ayudarle á realizar su deseo. Tal vez halle en esa profesion honra y gloria para su nombre.

—Para que sucumba en ella como tu pobre hermano Luigi, á quien aún no he olvidado.

—No, madre mia, no; mi hermano es valiente, es atrevido, tiene buen corazon y se verà contrariado siempre dedicándose al comercio.

—¿Y qué habíamos de hacer? Nuestra familia es noble, pero la desgracia nos persigue desde hace tiempo y somos pobres. Vuestro padre trabaja noche y dia para sostener su casa, justo era que tu hermano le ayudase.

—¿Y por qué no yo?

—Tú desde niño has demostrado gran aficion á la pintura,

eres el menor de la casa, y tanto tu padre como yo hemos querido darte gusto.

—Pues bien, para dármelo es preciso que me ayudeis á realizar mi empresa. Yo necesito horizontes nuevos, más expansion que la que tengo aquí. No sé por qué presiento que la fortuna ha de ayudarme ahora á conquistarme la posicion en que pueda demostrar mi fe, mi voluntad, la inteligencia que Dios me ha dado, y yo os prometo que no os arrepentireis de este beneficio.

Hablabla con tal conviccion, que el padre Jorge:

—Es necesario que le demos gusto, dijo á su cuñada Isabel.

—Mi padre, añadió Américo, no consentiria nunca que yo me alejase. Hacedle creer que el duque lo ha exigido así, y entónces me dará su permiso y su bendicion.

—Pues voy ahora mismo á ver al duque para manifestarle tus deseos.

Y mirando á Isabel:

—¿No teneis nada que decirme?

—¡El lo quiere! añadió la pobre madre.

Aquella misma noche, al retirarse á casa el jefe de la familia, supo la determinacion que habia tomado el duque de Médicis, y aunque no sin trabajo se conformó con ella.

Ocho dias despues se embarcaba con direccion á Sevilla un jóven que más tarde debia dar su nombre á una parte del mundo.

Era Amérigo, ó Américo Vespucio, como le llama la historia.

Dotado de buenos sentimientos, dominado por una sed de emociones, sin haber experimentado más deseo que el de la ambicion, se desprendió de los brazos de su madre y cruzando las espumosas ondas del mar, llegó á Sevilla á reemplazar

á su hermano que, con su dejadez y su desordenada vida, avergonzaba á su familia.

No tardó el jóven en demostrar su inteligencia y su laboriosidad, aumentando en breve tiempo las ganancias de su amo, que por entónces no se desdeñaba, á pesar de ser el jefe de una de las principales familias de Florencia, de desempeñar en grande escala el oficio de comerciante en casi todos los puertos más ricos y frecuentados del mundo conocido.

Américo Vespucio habia recibido una educacion esmerada bajo la direccion de su tio el Padre Jorge, y gracias á esto y á sus cualidades personales, no tardó en captarse las simpatías del administrador ó superintendente general que tenia el duque de Médicis en Sevilla, de tal manera que á los pocos dias de hallarse á su lado le puso al frente de las transacciones comerciales que ejecutaba siempre con gran beneficio de la casa.

Una pasion desgraciada llenó los mejores dias de su juventud.

Su jefe, Alonso Orlini, estaba unido con una mujer cuya edad doblaba.

Esperanza, que este era su nombre, era hija de unos aldeanos de las cercanías de Florencia, que habian tenido en arrendamiento algunos bienes del que más tarde fué su hijo.

Prendado de su hermosura, de su talento, no vaciló en darle la mano de esposa, y ella, más que por amor por gratitud, le sacrificó su vida, prometiéndose siempre ser un modelo de fidelidad y cariño.

Al encargarse de los negocios comerciales del duque de Médicis en España, la llevó en su compañía, y con ella habitaba en Sevilla, cuando llegó Américo Vespucio á reemplazar á su hermano.

La inteligencia, la laboriosidad del jóven le conquistaron

el aprecio de su jefe, y éste no vaciló en abrirle su casa y considerarle en ella más que como un subordinado, como un compatriota, como un amigo.

Américo Vespucio estaba en todo el apogeo de su juventud.

Sus negros ojos, brillantes, revelaban el temple de su alma.

Esperanza no tardó en fijar su atencion y en inspirarle una pasion violenta.

Tarde ó temprano sucede esto á los que cobran en sacrificios de gratitud los favores que han dispensado.

Américo no habia dicho una sola palabra á Esperanza.

Tampoco la jóven esposa le habia demostrado el sentimiento de su alma, y sin embargo, los dos se habian comprendido.

Evitaban las ocasiones de verse, y la casualidad hacia que fuesen más frecuentes que nunca.

Don Alfonso, que estaba prendado de la laboriosidad, de la inteligencia, de las cualidades especiales que adornaban á Américo, se complacia en tenerle á su lado, y no daba una sola fiesta á que no le invitase.

Sentàbale á su mesa á menudo, obligábale à pasar en su compañía y en la de su esposa las veladas, y cuando las obligaciones de su empleo le obligaban á partir á alguno de los puertos inmediatos, dejábale encargado de su casa.

Don Alfonso observó que Esperanza estaba muy desmejorada.

Era natural.

Sufria mucho.

Dotada de un alma generosa, apasionada, miéntras que el sentimiento de la gratitud la habia tenido resignada con su suerte, cariñosa con su esposo, habia vivido feliz, porque no comprendia un màs allá.

Pero desde el momento en que la ardiente mirada del jóven florentino habia inundado su corazon; desde el momento en que su imaginacion le habia ofrecido goces supremos que no habia disfrutado, una terrible lucha se habia trabado en su alma: la gratitud y el amor.

El deber y la pasion combatian en ella de tal modo, con tal violencia, que el color habia huido de sus mejillas, la fiebre latia en sus venas y la desesperacion se habia apoderado de su alma.

Don Alfonso atribuyó aquella tristeza, aquel malestar al recuerdo de su patria, al deseo de volver á ella á pasar algun tiempo con sus padres, y deseando complacerla, la propuso un viaje á Florencia.

Esperanza aceptó la proposicion.

Aquello era un refugio.

Los dos partieron, y Américo experimentó tambien una inmensa alegría, porque pensaba que la ausencia mitigaria su amor.

Don Alfonso le puso al frente de todos los negocios de la casa, y partió prometiéndole volver en seguida.

Américo no faltó un solo instante á la confianza que habia depositado en él.

Activo, laborioso, multiplicàndose en todas las ocasiones, pudo á su vuelta demostrarle que no se habia engañado al formar de él la ventajosa opinion que tenia.

Pero ¡ay! en vano habia procurado el jóven dominar su pasion.

Un poeta lo ha dicho:

Es amor en la ausencia
como la sombra,
y cuanto más se aleja,
más cuerpo toma;
que amor es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Queria, pues, separar su recuerdo de su imaginacion y no podia.

Deseaba borrar de los ojos de su alma la imágen de Esperanza, y la veia más hermosa que nunca.

A cada instante resonaba su acento en su oido.

La pasion aumentaba por momentos, y como el torrente, amenazaba avasallar cuanto encontraba en su camino.

Lo mismo sucedia á Esperanza.

Pero uno y otro estaban resueltos á vencerse á toda costa, á dominar la pasion que ardia en su pecho, á resistir á todas las seducciones de la tentacion.

Una triste noticia comunicada á don Alfonso desde Florencia le obligó á llamar á Américo para confiársela.

—Es necesario que partais hoy mismo para Florencia, le dijo.

—¡Yo, señor! exclamó asustado Américo, ¿por qué causa?

—Por una muy dolorosa, pero confio en que tendreis valor para soportar la desgracia que pesa sobre vos.

—Hablad, hablad.

—Vuestra madre....

—¿Está enferma?

—Valor, amigo mio; lo está, sí, lo está de gravedad, y desea veros.

En aquel momento olvidó Américo Vespucio su pasion, y agradeciendo á don Alfonso el permiso que le daba, aprovechó la próxima salida de una embarcacion para trasladarse á su patria.

Cuando llegó era tarde.

Su madre habia espirado.

Su anciano padre fué hospedado por el duque de Médicis en su palacio, con el propósito de que acabara allí, bajo su amparo, el resto de sus dias.

En medio de su dolor no olvidaba el jóven á Esperanza.

Próximo á regresar á Sevilla, recibió un mensaje de don Alfonso.

«Id á la aldea donde habita mi esposa, le decia, poneos á sus órdenes y acompañadla hasta mi lado.»

Aquel papel abrasó las manos de Américo.

La fatalidad le perseguia.

¿Cómo podia negarse á obedecer aquella órden?

Y si la obedecia, ¿dónde hallaria fuerzas suficientes para resistir á la ocasion?

Esperanza recibió tambien una carta en la que le comunicaba su esposo sus deseos.

Despues de vacilar mucho tiempo, comprendió Américo que no tenia más remedio que obedecer, y dirigiéndose á la aldea donde estaba Esperanza, se puso á su servicio.

Involuntariamente, al verse los dos, se estrecharon la mano.

No podian decirse más de lo que se dijeron en aquel momento, y, sin embargo, separándose instantáneamente, tomaron, ella la actitud de la señora, él la del siervo.

La reflexion dominó á la pasion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXII.

Una pasion fatal.

Esperanza se despidió de sus padres y se trasladó á Florencia, de donde distaba una legua escasa su morada.

Tenian que pasar una noche en la ciudad para emprender al dia siguiente el camino, y pernoctaron en una hostería.

Américo pidió al hostelero una habitacion para su ama, preparándose á pasar la noche sobre alguno de los bancos que rodeaban el hogar.

Era el anochecer cuando los dos llegaron á la hostería.

Esperanza subió á su habitacion y una criada la sirvió en cuanto fué necesario, porque Américo, temiéndose á sí mismo, no quiso verla.

Al dia siguiente, despues de una noche de insomnio terrible, llamó á la puerta de su aposento.

Un instante despues estaba en su presencia.

Las mejillas de Esperanza se cubrieron de un vivo carmin.

Américo no se atrevia á mirarla.

—Señora, vengo á tomar vuestras órdenes, le dijo al fin.

Américo fijó en ella una mirada y vió que sus ojos estaban inundados de lágrimas.

—¿Qué teneis, señora? añadió.

—Nada, nada, contestó Esperanza sollozando.

—¿Sentís dejar vuestra patria?

—Siento que no me abandone la vida.

—¡Esperanza! dijo el jóven no pudiendo dominarse y acercándose á ella.

Y despues de una breve pausa, añadió identificándose con su dolor:

—¡Qué desgraciados somos!.... Pero, no, no lo seremos. Hablemos con sinceridad una vez.... perdonadme, señora, perdonadme si os confio los sentimientos de mi alma y os pido á mi vez que desoigais vuestro corazon imitando mi ejemplo. Esta entrevista será la última, la última en que hablará nuestro corazon; pero nos hará mucho bien porque somos buenos, porque comprendemos el deber, porque estamos resueltos al sacrificio.

—¡Américo! exclamó Esperanza mirándole con ternura, Dios lo quiere.

—Yo hubiera dado mi vida, dijo Américo, por haberos hallado en el mundo en la humilde morada que acabais de dejar, al lado de vuestros pobres padres, sin fortuna, sin esposo.

Entónces os hubiera confiado los sentimientos de mi alma, os hubiera dicho: Esperanza, os amo con todo mi corazon; soy tambien pobre, pero la felicidad que me promete vuestro cariño me dará fuerzas para dominar á la fortuna, para ser grande y rico, para desafiar los peligros y vencerlos, para labrar vuestra ventura; y entónces hubiera trabajado noche y dia, hubiera luchado brazo á brazo con la suerte, hubiera vencido, y ante el altar os hubiera jurado eterna fe, considerándome el más feliz de los mortales.

Hoy esos sentimientos viven en mi alma; hoy, perdonadme que os lo diga, os amo con delirio, con frenesí; la pasion que habeis despertado en mi corazon es eterna, no se extinguirá nunca; pero la felicidad que en otro caso me hubiera

prometido, se trueca hoy en desgracia. Sí, en desgracia porque os amo, os amo con toda mi alma, y sin embargo, esta será la última vez que os lo diga. Comprendo que debo sufrir, sacrificarme, y no tendré ni siquiera la dicha de saber que sois feliz al lado de vuestro esposo, porque, permitidme que así lo crea, no le amais.

Esperanza estaba profundamente conmovida.

—Teneis razon; no es amor, sino gratitud y veneracion lo que siento hácia él. Honrado, noble, generoso, hizo grandes favores á mis padres, quiso sacarme de la mísera condicion en que vivia y elevarme á su altura, me dió el nombre de esposa, y yo juré ante el altar ser fiel á su deseo. Dios me ha dado fuerzas para cumplir mi juramento, porque á mi vez, debo decíroslo, Américo, mi alma ha experimentado el mismo sentimiento que la vuestra. Yo tambien hubiera sido muy feliz si en los dias de mi pobreza os hubiera visto y hubiera oido vuestros juramentos amorosos. La Providencia nos ha separado para siempre. La felicidad se ha tornado en desdicha. Sed fuerte como yo; ofrezcamos á Dios nuestro sacrificio: no manchemos la honra que debe conservar ilesa.

—Yo os lo juro, añadió Américo; pero decidme al mènos que sereis para mí una hermana, una amiga; decidme que siempre que os aflija alguna pena me la confiareis, que pensareis en mí como yo en vos; que elevareis al cielo vuestra plegaria para que se apiade de mí, como yo elevaré las mias, y pediré vuestra felicidad, vuestro reposo.

Así lo haré, y que esta sea la última vez en que latan de amor nuestros corazones.

Poseidos del sentimiento del deber, creyeron un instante que podrian vivir cerca el uno del otro sin más afecto que el fraternal que se habian ofrecido.

Aquel mismo dia emprendieron el viaje, y no tardaron en llegar á Sevilla en donde don Alfonso les esperaba con ansiedad.

Esperanza estuvo con él más cariñosa que nunca.

Américo comprendió que toda su firmeza, toda su abnegacion, todo su heroismo, no bastaria á sofocar la pena que experimentaba.

Don Alfonso tendió los brazos a su esposa, y aquella prueba de cariño fué una herida mortal para el corazon de Américo.

Procuró alejarse de ella; pero los dias que pasaba sin verla no hacia más que aumentar el deseo de volver á su lado, de contemplar, de embriagarse con sus miradas; no hacia más que soñar en la felicidad que con su amor habia alcanzado.

Esperanza participaba de las mismas ilusiones, de los mismos sentimientos.

En los instantes en que se veian á solas cambiaban frases ardorosas, sus manos se estrechaban, y un dia.... un dia Américo no pudo contener la pasion que le devoraba, é imprimió un ósculo sobre la blanca frente de la jóvon esposa.

Desde aquel dia no se atrevieron à mirarse cara á cara.

Pero el sentimiento del deber les contenia, y trascurrió màs de un año sin que se dirigieran una sola palabra, á no ser ceremoniosamente y en presencia de don Alfonso, que nada sospechaba.

El torrente oprimido no pudo contenerse.

Don Alfonso tuvo que hacer un viaje á Cádiz, y el mismo dia en que partió, llamó Esperanza á Américo.

Este habia procurado desencantar à la esposa de su protector.

Ultimamente habia hecho ostentacion de amoríos con gitanas, y tratado de que le viesen andar por los barrios más extraviados de Sevilla, á fin de que llegase á noticia de Esperanza su conducta para que le despreciase.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—Pero, por desgracia suya, las noticias que llegaron á los oidos de la jóven esposa, al mismo tiempo que su indignacion, aumentaron su amor.

Deseaba hablarle y aprovechó la primera ocasion que se le presentó.

—Os espero esta noche al dar las ánimas, le dijo en un momento, yo misma os abriré la puerta.

Una mujer desesperada es capaz de todo.

Américo vaciló mucho tiempo, pero tambien deseaba aquella entrevista, y al toque de ánimas estaba á la puerta.

No tardó esta en abrirse.

—¡Vos, Esperanza! exclamó Américo.

—Yo, sí.

Y ¿no temeis que los criados nos sorprendan?

—Los criados duermen tranquilos: les he dado un nárcotico.

—¿Qué habeis hecho?

Necesitaba veros, necesitaba hablaros. Venid, venid conmigo.

Y cerrando la puerta, le guió hasta su habitacion.

Todo estaba en silencio,

La estancia se hallaba iluminada por la débil luz de una lámpara morisca que pendia del techo.

—Sois un infame, dijo Esperanza á Américo.

—¿Qué decís?

—No me retracto.

—¿Qué os he hecho para que me trateis de ese modo?

—¡Y me lo preguntais! ¿No os lo dice vuestra conciencia?

—Mi conciencia está tranquila, Esperanza.

—No lo dudo; por eso sois lo que os he dicho ántes.

—Explicaos.

—Un dia se confiaron nuestras almas sus mútuos sentimientos y ofrecimos sacrificar nuestro amor al deber, pero sin

dejar de amarnos en el fondo del alma, como amigos. Yo sufria más por vos que por mí, porque creia que vuestro tormento era horrible, y sin embargo el amor ha huido de vuestro pecho, ó por lo ménos habeis podido dar cabida en él á pasiones livianas.

—¿Qué decís?

—No ignoro vuestra conducta; con ella me habeis ofendido: con ella me ofendeis.

—¡Esperanza!

—Sí, Américo, sí. Yo por vos he faltado á mis deberes, he huido de las caricias de mi esposo, he arrostrado su ira, su indignacion, y miéntras tanto vos habeis vivido entregado á las más desordenadas pasiones.

—No lo creais, no es cierto.

—Yo misma lo he visto: ¿podreis negármelo?

—No lo niego. He querido aparentar à vuestros ojos infamias que no he cometido, porque deseaba que me odiaseis, porque queria quitar todo pretexto á mi pasion para que tomara cuerpo en mi alma; pero ya es inútil, porque si vos sois mi vida, léjos de vos no vivo, no podria vivir.

Las palabras de Américo y la buena disposicion de Esperanza para creerle, pusieron término á aquella escena de reconciliacion, y la tornaron en tierna y amorosa.

Al dia siguiente, cuando Américo, mucho ántes de amanecer, salia de aquella casa:

—¡Que Dios nos perdone! dijo á Esperanza.

Esta bajó los ojos y entregó su frente á los labios de Américo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXIII.

Sucesos y negociaciones.

Dominó la pasion por completo á Esperanza, y á partir de aquel momento, los dos amantes arrostraron todos los obstáculos que tenian para verse.

Don Alfonso volvió.

Su presencia era un tormento para Américo.

Habia ultrajado á aquel hombre á quien tanto debia, que tan bueno habia sido y era para él.

—Soy un miserable, se dijo, indigno de su amistad, y para castigarme debo partir del lado de Esperanza.

Por aquel tiempo habia regresado Colon de su primer viaje, y no se hablaba en todas partes más que de los países descubiertos y de la fortuna que esperaba á los que se arriesgasen á pasar el charco.

Américo Vespucio concibió la idea de acompañar al gran marino en su segunda expedicion.

Una noche, despues de tenerlo todo preparado, escribió dos cartas.

Una para Esperanza: otra para don Alfonso.

«Me avergüenzo de mí mismo, decia á la primera, y no encuentro otro castigo más grande que imponerme que el de separarme de tí para siempre.

Perdóname y piensa que te amará hasta la muerte

Tu

AMÉRICO.»

A don Alfonso le decia en la epístola que habia resuelto viajar para hacer fortuna, y que como estaba seguro de que no le dejaria partir, habia tomado aquella resolucion, sintiéndolo en extremo, porque le estaba muy agradecido.

Partió para la corte, que se hallaba en Barcelona, y una vez allí, pidió una audiencia al rey.

En ella le confió los vivos deseos que tenia de acompañar al almirante en su segundo viaje, y el rey le otorgó la merced que deseaba.

Habló á Colon, y éste, al ver su despejo, celebró mucho que quisiera acompañarle.

Dióle cita para Sevilla, y Américo volvió á emprender el viaje, viviendo oculto en la ciudad hasta el momento mismo de su partida.

Las embarcaciones aguardaban en el puerto el momento de darse á la vela.

En ellas se albergaban las personas que debian acompañar al ilustre marino, ávidos de entregarse á los azares de la suerte.

Pero las dilaciones que el obispo Fonseca y el contador Soria ocasionaban por sus diferencias con Colon, retardaban la marcha.

Por entónces se recibió la noticia de que una carabela portuguesa habia salido de la isla de Madera, tomando el rumbo de Occidente.

Desde luego se pensó que aquella embarcacion se dirigia á los países recientemente descubiertos.

La noticia se supo en Sevilla, y Colon la comunicó inmediatamente á los reyes, dando órden al mismo tiempo para que algunos bajeles siguieran á la carabela.

Inmediatamente se enviaron despachos al embajador de España en Lisboa para que hablase al rey, y don Juan se

apresuró á manifestar que aquel buque habia salido sin su permiso, pero que enviaria inmediatamente tres carabelas para que le alcanzasen y le detuviesen.

Don Fernando comprendió que aquello era una estratajema para que los tres buques se unieran al primero y siguiesen juntos el derrotero de las Indias.

En esta creencia, mandó á Colon que emprendiese el viaje inmediatamente virando al mar desde el cabo de San Vicente, para que no tocase en las islas ni costas portuguesas.

Se le encargó tambien que si encontraba algun buque en los mares que habia explorado, se apoderase de él é impusiese un ejemplar castigo á la tripulacion.

Fonseca recibió tambien el encargo de enviar tropas en persecucion de los portugueses, si por acaso aspiraban á llevar á cabo el propósito que en ellos suponia el rey don Fernando.

Despues de asistir á una solemne funcion en la catedral, se dispusieron á partir Colon y los suyos, y fueron á despedirlos con gran pompa el cabildo, presidido por el obispo Fonseca y los personajes más ilustres que se hallaban en la ciudad.

El 25 de Setiembre, al rayar el dia, tres carracas de á cien toneladas y catorce carabelas esperaban prontas el cañonazo de leva.

Allí estaba el hidalgo de levantados sentimientos que iba en pos de aventuradas empresas, dice un historiador; allí el altivo guerrero que deseaba coger laureles en las regiones desconocidas que iba á recorrer; allí el aventurero que todo se lo prometia del azar; allí el especulador industrial que se proponia explotar á los indios despues de haber sabido sus costumbres; allí el misionero lleno de fe, dispuesto á difundirla entre las hordas salvajes.»

El vulgo, que al partir Colon por la primera vez, habia

mirado á los navegantes con lástima, los contemplaba entónces con envidia.

Parecíanles mortales afortunados que iban á disfrutar las delicias de un Paraíso.

El rey habia permitido á los dos hijos de Colon, Diego y Fernando, que acudiesen á Cádiz á despedir á su padre.

Todas las miradas se fijaban en el insigne marino, à cuyo lado caminaba Ojeda, Américo Vespucio y algunos otros hidalgos que formaban su Estado Mayor.

Entre la servidumbre de Colon habia un paje que al pronto no pudo ménos de llamar su atencion.

Su fisonomía evocó algunos recuerdos en su mente. Sin embargo, un ligera observacion le demostró que se equivocaba, y sin cuidarse para nada más del paje, solo se consagró á la empresa que le llevaba otra vez al Nuevo Mundo.

El paje, por su parte, procuraba recatarse de Colon, y muchas veces sus compañeros le sorprendian cabizbajo, meditabundo.

No podia dudarse que habia en él algo de misterioso.

En efecto, una idea le llevaba á aquellos países, una idea terrible.

Habia tomado el nombre de Iñigo López.

Ya le hallaremos oportunamente.

Casi al mismo tiempo que se ponian en movimiento aquellos buques, en una carabela que iba á salir de Cádiz con rumbo á Italia se disponia á abandonar á España para siempre una mujer jóven y un hombre ya de edad.

Eran don Alfonso y Esperanza.

En el rostro de la jóven esposa se notaban las huellas de un profundo dolor.

Una tristeza severa se pintaba en las facciones de don Alfonso.

La paz y la alegría habian abandonado para siempre su pecho

La duda se habia apoderado del honrado marino.

La conciencia mortificaba á la culpable esposa.

¿Para qué querian las riquezas?

Los dos partian á su patria.

Don Alfonso resuelto á llevar al lado de sus padres á la esposa que habia sido bastante débil para manchar su honra, retirándose despues del mundo para acabar sus dias en la soledad.

Esperanza llevaba en sus entrañas el fruto de su amor criminal, y si queria vivir para no ser parricida, deseaba la muerte para que se calmasen las penas de su corazon.

La carabela se deslizó con rumbo á Italia.

Todas las miradas se fijaban en las naves gallardas que llevaban al conquistador del mundo y á sus compañeros.

Los primeros rayos del sol jugaban con los mástiles y con las banderolas colocadas en los palos de los buques.

La admiracion y las bendiciones de sus hermanos acompañaban á los navegantes.

Diego y Fernando volvieron á la corte.

Colon, con arreglo á las instrucciones que habia recibido de los soberanos, abandonó la costa de Portugal, se dirigió al Sudoeste de las Canarias, y despues de proveerse de agua y leña en la Gomera y de comprar algun ganado lanar, gallinas y otras aves, lo mismo que semillas y otros frutos para naturalizarlos en la isla Española, se dió á la vela el 7 de Octubre, no sin entregar ántes al jefe de cada buque un paquete cerrado y sellado en el que trazaba el camino del puerto de la Navidad, residencia del cacique Guacanajari, para que lo abriesen y consultasen si por desgracia tenian que separarse durante la travesía.

Colon no encontró en su camino los buques portugueses.

El rey don Juan, viendo lo infructuoso de sus esfuerzos

para vencer al rey don Fernando, resolvió dejar á los soberanos de España en la libre posesion de sus descubrimientos, aceptando la decision del Sumo Pontífice en aquel grave litigio.

Un tratado que se firmó en Tordesillas el 7 de Julio de 1494 puso término á la discordia, acordándose que pasados seis meses se reunieran en la Gran Canaria tantas carabelas españolas como portuguesas con hombres prácticos en la navegacion y doctos en la astronomía.

Su mision era determinar la línea de polo á polo, indicada por el Papa para dividir el Océano, entre las dos coronas de España y Portugal.

Los soberanos de una y otra nacion se comprometieron á observar los límites establecidos.

No pudo realizarse este propósito.

Las embarcaciones no se reunieron en la Gran Canaria.

Pero, con todo, el tratado permaneció en pié.

Dejemos á los navegantes ansiosos de llegar á los países descubiertos con la esperanza de encontrar á sus hermanos y trasladémonos à la isla para ver lo que habia ocurrido miéntras habian pasado los sucesos que acabo de referir.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVI.

Los españoles en Haiti.

La sangre derramada por los españoles en la bahía de Samanà, habia arrojado en los corazones de aquellos hombres apacibles y bondadosos la semilla de la venganza.

Los dorados sueños de Guacanajari y de lo indios sus vasallos, empezaban à tornarse en fúnebres presagios.

Aquellos hombres en quienes habian visto enviados del cielo, tornábanse en sus encarnizados verdugos.

Guacanajari, dominado por aquella pasion que se habia apoderado de su alma, habia perdido el favor que en otro tiempo le habia alcanzado la estimacion de todos los suyos, y débil y avergonzado, porque á sus ojos era criminal, en vez de apagar la hoguera que se encendia en los corazones de los otros caciques, la aumentaba dejándolos tomar por sí solos las medidas necesarias al castigo de los que alteraban la paz de su alma.

¡Lo que es el corazon humano!

Aquellos hombres que al disponerse la primera expedicion en el puerto de Palos veian con terror las agitadas olas del Océano y juzgaban la muerte segura al fin de aquel viaje á lo desconocido que emprendian, llegan, gracias á la misericordia divina, al puerto de salvacion, descubren tierras que les

parecen un Paraíso, hallan en ellas oro, frutos, cariño, los naturales se desviven por complacerles.

El mismo rey Guacanajari, considerándolos como enviados del cielo, les colma de agasajos, y aquellos hombres que en vez de la muerte hallan la vida, que encuentran el placer donde esperaban el dolor, que renuncian gustosos á la felicidad de volver á su patria, de regresar al hogar de sus padres, ó de sus esposas, que prefieren quedarse allí para disfrutar de aquel Eden, no contentos con lo que tienen, con la tranquilidad que reina en torno suyo, con los hermosos brillantes paisajes que recrean su vista, con los alegres cantos de las canoras aves que revolotean en torno de su fortaleza, con las trasparentes olas del mar que arrullan y van á todas horas á besar la roca que les sostiene, aquellos hombres que sacian su codicia viendo montones de oro á su lado, teniendo cerca ricas y profundas minas de aquel metal que tanto les entusiasma, aquellos hombres, en fin, que parecen los séres más privilegiados de la tierra, en vez de bendecir á Dios por tantos beneficios como les dispensa, en vez de contemplar con amor aquellos objetos que les fascinan y les encantan, en vez de ser hermanos de los que como hermanos les quieren, arrojados en brazos de la molicie, movidos tal vez por el deseo de emplear su prestigio en dominar á todos aquellos habitantes y ceñir á su cuello la argolla del esclavo, una noche, en tanto que la luna derramaba sus argentados rayos sobre los bosques y las olas, reunidos en la orilla de la playa departen de este modo:

—Bello es cuanto nos cerca, dice Arana, no hay duda que es envidiable nuestra suerte. Oro abundante, víveres, obediencia de todo un pueblo que nos teme y nos ama; pero ¿qué es esto, amigos mios?

¡Dios sabe qué habrá pasado á nuestros hermanos al regresar á su patria!

¡Dios sabe si los peligros que nos abandonaron á la venida los han destruido á la vuelta!

¡Dios sabe si la frágil embarcacion que los conducia á España ha zozobrado en medio de las olas y ha ofrecido á todos nuestros hermanos por tumba el abismo del mar!

Si esto ha pasado; si al mismo tiempo la carabela de Pinzon ha naufragado, porque no hay duda, pues de lo contrario se habria reunido con nosotros, y nadie tiene noticia de ella; si el descubrimiento de estas islas queda envuelto en el misterio para siempre y no hay otro audaz marino que venga á sacarnos de aquí, ¿cuál es la suerte que nos espera?

—Es cierto, dijeron todos con tristeza.

—Somos más desgraciados de lo que pensamos.

—Tal vez estamos condenados á vivir siempre aquí, con mucho oro, pero sin los goces que proporciona.

—Si al ménos, exclamó Escobedo, pudiéramos dominar el país; si acrecentando el miedo que nos tienen lográsemos apoderarnos de todas sus riquezas y fabricar con las ricas maderas que produce este país una embarcacion que nos llevase á España ó á cualquier otro punto civilizado, en donde pudiéramos sacar partido del oro, nuestro corazon cambiaria de aspecto.

—O cuando ménos, añadió Gutierrez, debíamos procurar vivir gozando, emplear las horas que consumimos en el ócio, en los placeres del amor, de la caza, hasta de la misma guerra, si fuera preciso, con los caciques más indómitos.

—Nada más fácil que eso, dijo Alonso Velez. Si hubierais estado como yo en los dominios de Caonabo; si hubierais visto las ricas minas que posee, las deliciosas campiñas que constituyen su territorio; si hubierais contemplado las mujeres que allí nacen, más hermosas que todas las demas de la isla, ¡oh entónces, en vez de pasar el tiempo entre estas cuatro tablas,

dejando dos ó tres de los nuestros para guardar la fortaleza, iríamos los demas en busca de aventuras, y una escaramuza hoy, una aventura amorosa mañana, una cacería de hombres ó de animales, todo esto ahuyentaria el fastidio que empieza á consumirnos. ¿Por qué no quereis que emprendamos una expedicion al Cibao?

—Sí, sí; emprendámosla.

—Yo por mi parte, dijo Arana, quiero observar fielmente las órdenes del almirante.

—En ese caso, os debemos obediencia.

—Pero como conozco que os oburrís, nada me importa que emprendais esa série de aventuras que tanto os fascinan.

Yo me quedaré aquí con unos cuantos de vosotros para defender la fortaleza, para ampararos en caso de fuga.

Volad los otros en pos de esa empresa que os subyuga, y quiera el cielo coronar vuestros esfuerzos.

—Pues entónces, mañana mismo al rayar el dia partiremos.

—Escobedo y Gutierrez serán nuestros capitanes.

—Yo os serviré de guía, exclamó Alonso Velez. Conozco ya el camino y hasta puedo serviros de intérprete.

Todos se alborozaron ante la esperanza del cambio de vida que se proponian llevar á cabo.

Al dia siguiente, al amanecer, veinte hombres precedidos de Escobedo y Gutierrez, y perfectamente armados, se pusieron en marcha.

En vano noticiaron á Guacanajari los indios la expedicion de los europeos.

Ebrio de gozo con su triunfo el rey de Haiti, poseedor de aquella imágen que constituia todo su pensamiento, no hizo caso alguno de las indicaciones de sus vasallos.

Al emprender la marcha los españoles ya habia llegado à noticia de los caciques la lucha que habia tenido lugar en

la bahía de Samaná y la sed de venganza ardia en su pecho.

En Sánica, un indio que habia perdido á un deudo suyo en la contienda con los españoles, quiso vengarse de ellos y disparó una flecha contra Escobedo.

Por fortuna suya se embotó en el peto de acero que defendia su pecho, y el indio no tardó en ser aprisionado por los suyos.

Vas á sufrir un horrible castigo, le dijo.

Y le mandó colgar de un árbol, al mismo tiempo que los indios de Sànica corrian á refugiarse á las montañas y á referir el atroz atentado que acababan de cometer los españoles.

Llegaron al límite que separaba el territorio de Caonabo de los demas de la isla.

—Dejadme adelantarme, dijo Alonso Velez, y yo os prepararé el terreno. Conozco al cacique, le indicaré que venimos de paz á visitar las minas solamente, y entrando como amigos es más fàcil que triunfemos.

Durante aquella marcha aventurera cometieron espantosos escándalos.

Aprisionaban á las mujeres, las ultrajaban con feroz ensañamiento, las ataban á los árboles, ó ataban á sus esposos para ofenderlas en su presencia.

La ira ardia en los ojos de aquellos hombres de hierro.

En tanto que ellos se acercaban, Caonabo llamó en torno suyo à los habitantes de las gargantas del Yaqui, á los guerreros del Maguana, y todos reunidos à las órdenes de Manicate, Anacaona y Boechio:

—Hermanos mios, les dijo, el dia de la venganza ha llegado. Es hora ya de sacudir la vergonzosa pereza en que vivimos; es hora ya de sacudir la opresion que pesa sobre nosotros; somos libres y hemos recibido del cielo potente brazo para defendernos de los que quieren esclavizarnos.

Guacanajari, sumido en la molicie, dominado por los extranjeros, débil como el niño, achacoso como el anciano, fiado en la palabra que le dió el cacique de esos hombres, no quiere reunirse con nosotros, prestarnos su ayuda, lanzar contra ellos la flecha envenenada, pero tampoco tiene fuerza para oponerse á nuestros designios.

Hagamos caso omiso de él; dejémosle entregado á su pasion; defendamos nosotros á la patria; venguemos los ultrajes que hemos recibido, y peleemos y muramos, si es preciso, ántes que consentir más tiempo el yugo de nuestros opresores.

Anacaona su esposa, la reina del Cibao, la hija del gran cacique, que al unirse con Caonabo le habia hecho dueño de su vida y de los tesoros que poseia, animó el valor en el corazon de aquellos hombres, incitándoles al combate.

Todos juraron, invocando el santo nombre de Vagoniana, sucumbir ántes que tolerar las maldades de que eran víctimas.

El dia de cumplir el juramento se acercaba.

Escobedo y Gutierrez habian puesto ya el pié en el territorio de Caonabo.

Alonso Velez llegó hasta donde estaba este cacique y le pidió una entrevista.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXV.

La venganza de Caonabo.

El pensamiento de Alonso Velez no era otro que el de hacerse partido entre los indios, aun cuando fuera á costa de sus hermanos y compatriotas, á fin de explotar su credulidad, apoderarse de sus riquezas, enterarse por completo de sus costumbres y de su idioma, y poder lograr que los que volviesen con nuevas expediciones le perdonasen su felonía, si no lograba ocultarse á sus ojos, en gracia de la utilidad que podia prestarles en aquel país.

Si tal sucedia y lograba volver á Europa con riquezas, continuar su vida aventurera y huir de Isabel Monteagudo, su esposa por fuerza, era su único deseo.

Alonso Velez, en la expedicion que habia hecho al Cibao, habia logrado inspirar alguna simpatía á Caonabo, y todos los indios que le conocian sabian ó presumian que era mucho más afecto á ellos que á sus mismos compatriotas.

Mucho tuvo que contenerse el cacique del Cibao en presencia de aquel extranjero.

Por más que supiera que podia en cualquier caso tenerle á su favor, la idea de que pertenecia al grupo de aquellos hombres que talaban los campos, violaban las mujeres y llevaban por doquiera la desolacion y el luto, era muy suficiente para enfurecerle é inspirarle el deseo de convertirle en su primera víctima.

Velez, por medio de las pocas palabras que sabia y de los

signos, enteró á Caonabo de la proximidad de Escobedo y Gutierrez con algunos hombres más y de los propósitos que les llevaban allí.

Esto aumentó la ira del cacique.

Una sonrisa infernal se pintó en su rostro.

No tenia que moverse de su mismo territorio para luchar con ellos brazo á brazo y exterminarlos.

—Corre á anoticiarles inmediatamente que les aguardo, dijo á Alonso Velez.

—De ningun modo, contestó el villano, ellos me esperarán ciertamente; pero es preciso que no sea yo quien se acerque á ellos, sino todos vosotros, porque de esta manera la sorpresa será más eficaz á vuestros intentos.

Si yo me presento, tendré que pelear con vos, y no quiero porque os amo de todo corazon.

Amparadme en vuestras grutas, apartadme de ellos, y yo no seré más que un vasallo tuyo, un amigo, un intérprete que te servirá en todas las ocasiones en que nuevos viajeros vengan á esta isla, para indicarte lo que debes hacer con ellos.

No disgustó á Caonabo esta proposicion, y dando órden para que le ocultaran en una de las minas del Cibao, corrió á buscar á los otros caciques y á su esposa Anacaona para comunicarles la proximidad de los españoles.

—No quiero acometerlos por sorpresa, dijo el bizarro guerrero. No quiero tampoco poner en frente de ellos todas nuestras huestes. Nosotros solos con Guarionex y algunos otros valientes bastamos para destruirlos.

Guarionex y Guaorocaya, jefes de inmensas bandas de guerreros, á las órdenes de Caonabo y Umatex, capitan de los ciguayos, se colocaron al lado de Caonabo, de Manicate y de Boechio. En tanto que Anacaona, la reina, con las mujeres de aquellos intrépidos soldados pedia á la sombra de Vagoniana que les amparase en la pelea, ellos, arrojando fuego por

los ojos, anhelosos de disparar sus flechas y de luchar brazo á brazo con sus enemigos, comenzaron á atravesar el bosque que les separaba del paraje en donde Gutierrez, Escobedo y los suyos aguardaban á que Alonso Velez llegase para comunicarles los mejores medios de caer por sorpresa sobre el cacique y sus soldados.

Caonabo iba al frente de los indios.

La enorme maza formada por el tronco de un árbol y adornada con clavos de oro, aparecia en su diestra de una manera formidable.

Gutierrez fué el primero que le vió, y dando la voz de alarma á los suyos no tardaron todos en desenvainar las espadas y en presentarse en actitud de resistir aquel empuje.

Pero rápido como el tigre corrió al lado de Gutierrez Caonabo, y descargó sobre él la pesada maza que agitaba en su diestra.

El golpe resonó sobre la coraza de acero del español.

A pesar de su fuerza hercúlea cayó en tierra privado de sentido, y no tardó en regar con la sangre que salia de su boca el espacio en que cayó.

Una vez rotas las hostilidades de aquella manera, la lucha fué horrorosa.

Los españoles se lanzaron como hienas sobre los caciques y sus soldados.

Blandiendo las espadas sembraban por la llanura la muerte.

De cada mandoble caia un indio en tierra.

Horrorizados, unos corrian á refugiarse, en tanto que otros, que desde léjos presenciaban el combate, acudian á ganar el puesto que aquellos dejaban vacío acudiendo en socorro de sus hermanos.

Caonabo, Guarionex, Manicate, Boechio, Guaorocaya, Umatex, todos los jefes hacian esfuerzos inauditos de valor

Gutierrez mismo, sediento de venganza, reunió todas sus fuerzas, y pudo levantarse con ánimo resuelto de humillar á sus piés á Caonabo.

Pero el feroz Cacique se lanzó de nuevo sobre él, oprimió su cuello con su nervudo brazo, hincó la rodilla sobre su pecho, abollando la coraza, y no contentó aún, despues de verle con sonrisa feroz exhalar su último suspiro, se apoderó de su espada no sin desasir ántes su mano que estaba adherida á la empuñadura como si hubieran sido fundida en una misma pieza

Triunfante con aquella victoria, Caonabo blandió la espada de Gutierrez.

Al ver los indios en poder de su jefe aquella arma mortífera, redoblaron su valor.

Ya no era un centenar de indios los que luchaban contra veinte hombres; los guerreros españoles tenian que habérselas con millares de fieras.

Los españoles sucumbian á pesar de la defensa de sus cotas, petos, espaldares y casco.

Solo quedaban en pié cuatro ó cinco hombres al lado de Escobedo, que parecia un rayo.

Caonabo, lleno de heridas, le buscó sin embargo, y blandiendo la espada que habia arrebatado á Gutierrez, luchó con él de igual á igual.

Escobedo se defendia sin poder atravesar à su adversario.

Cansado de luchar con la espada la arrojó el valiente español, y sacando la daga del tahalí se precipitó sobre Caonabo.

Una mano de hierro detuvo su brazo, y el caudillo español no tardó en caer bajo el peso de la formidable maza del soberano de Xaragua, del vengativo cacique del Cibao.

Escobedo sucumbió como Gutierrez.

Las sombras de la noche ocultaban á la vista los charcos

de sangre que regaban aquellas vírgenes y fértiles campiñas

El ruido de las armas cesó.

Los ayes de los moribundos se extinguieron.

Pavoroso silencio reinó en el campo de batalla.

Los caciques volvieron triunfantes á donde les aguardaban sus esposas.

La sonrisa de triunfo, la alegría de la embriaguez, brillaba en sus ojos.

—Hemos vengado á nuestra patria, exclamó Caonabo.

Cánticos de triunfo resonaron en torno suyo.

Los butios elevaron su plegaria al padre de los reyes, al hijo sublime del sol.

Y sin embargo, una anciana india, separada de aquellas masas que celebraban con cánticos de regocijo la victoria que acababan de tener los indios sobre sus adversarios, leia en el porvenir la destruccion de Haiti, y miéntras los unos reian, ella lloraba; miéntras otros prorumpian en cánticos de gozo, ocultaba lastimeros suspiros de dolor.

¡Cuán ajeno estaba Guacanajari en aquellos momentos de lo que pasaba en su querida patria!

¡Cuán ajenos tambien Arana y los españoles que vivian á su lado de que sus hermanos, sus amigos perecian en aquella lucha!

¡Cuán ajenos de que, no apagada aún la sed de venganza de Caonabo y de los suyos, no tardarian en verse acometidos por aquellas hordas de salvajes que parecian llevar la desolacion y la muerte á todas partes!

La venganza del cacique del Cibao debia ser completa.

¡Pobre Guacanajari!

¡Aún no sabia el porvenir que le estaba reservado!

Ebrio de gozo por poseer el objeto de todo su amor, no veia que el edificio de su imperio se desmoronaba poco á poco, y que la maldicion de Vagoniana pesaba sobre su frente.

CAPITULO XXXVI.

Desolacion y muerte.

Las sombras de la noche desaparecieron, y el sol inundó de luz los bosques y los campos de la desgraciada isla de Haiti.

Guacanajari, en su palacio de Marien, se despertaba con una agitacion que no podia explicarse.

En lo más oculto de su aposento, enfrente de la hamaca imperial, estaba colocada la imágen de la Vírgen, que era su tesoro, su amor, su vida.

Despues de haber pasado largas horas, como solia, contemplándola arrodillado en su presencia, fijó sus ojos en aquellos ojos que el artista habia inundado de luz y de expresion.

Ebrio de amor y de ventura, habia cerrado los ojos al sueño, y todavía veia en su imaginacion aquella figura celestial á quien tanto adoraba.

De pronto aquella imágen fascinadora se tornó á su vista en un mónstruo de horrible aspecto, de amenazadora mirada,

Quiso pedir auxilio porque el mónstruo avanzaba hácia él, y la voz espiró en sus labios.

Un frio mortal circuló por sus venas.

El mónstruo se detuvo.

Dirigió una mirada en torno suyo, y Guacanajari vió reflejarse en los ojos de aquel fantasma toda su isla; pero especialmente una parte de ella, al pié de una montaña, cerca de

de sangre que regaban aquellas vírgenes y fértiles campiñas

El ruido de las armas cesó.

Los ayes de los moribundos se extinguieron.

Pavoroso silencio reinó en el campo de batalla.

Los caciques volvieron triunfantes á donde les aguardaban sus esposas.

La sonrisa de triunfo, la alegría de la embriaguez, brillaba en sus ojos.

—Hemos vengado á nuestra patria, exclamó Caonabo.

Cánticos de triunfo resonaron en torno suyo.

Los butios elevaron su plegaria al padre de los reyes, al hijo sublime del sol.

Y sin embargo, una anciana india, separada de aquellas masas que celebraban con cánticos de regocijo la victoria que acababan de tener los indios sobre sus adversarios, leia en el porvenir la destruccion de Haiti, y miéntras los unos reian, ella lloraba; miéntras otros prorumpian en cánticos de gozo, ocultaba lastimeros suspiros de dolor.

¡Cuán ajeno estaba Guacanajari en aquellos momentos de lo que pasaba en su querida patria!

¡Cuán ajenos tambien Arana y los españoles que vivian á su lado de que sus hermanos, sus amigos perecian en aquella lucha!

¡Cuán ajenos de que, no apagada aún la sed de venganza de Caonabo y de los suyos, no tardarian en verse acometidos por aquellas hordas de salvajes que parecian llevar la desolacion y la muerte á todas partes!

La venganza del cacique del Cibao debia ser completa.

¡Pobre Guacanajari!

¡Aún no sabia el porvenir que le estaba reservado!

Ebrio de gozo por poseer el objeto de todo su amor, no veia que el edificio de su imperio se desmoronaba poco á poco, y que la maldicion de Vagoniana pesaba sobre su frente.

CAPITULO XXXVI.

Desolacion y muerte.

Las sombras de la noche desaparecieron, y el sol inundó de luz los bosques y los campos de la desgraciada isla de Haiti.

Guacanajari, en su palacio de Marien, se despertaba con una agitacion que no podia explicarse.

En lo más oculto de su aposento, enfrente de la hamaca imperial, estaba colocada la imágen de la Vírgen, que era su tesoro, su amor, su vida.

Despues de haber pasado largas horas, como solia, contemplándola arrodillado en su presencia, fijó sus ojos en aquellos ojos que el artista habia inundado de luz y de expresion.

Ebrio de amor y de ventura, habia cerrado los ojos al sueño, y todavía veia en su imaginacion aquella figura celestial á quien tanto adoraba.

De pronto aquella imágen fascinadora se tornó á su vista en un mónstruo de horrible aspecto, de amenazadora mirada,

Quiso pedir auxilio porque el mónstruo avanzaba hácia él, y la voz espiró en sus labios.

Un frio mortal circuló por sus venas.

El mónstruo se detuvo.

Dirigió una mirada en torno suyo, y Guacanajari vió reflejarse en los ojos de aquel fantasma toda su isla; pero especialmente una parte de ella, al pié de una montaña, cerca de

un abismo: aquel era el territorio en donde imperaba Caonabo.

¿Qué pasaba allí?

Los ojos del mónstruo se dilataron.

En sus órbitas, lo mismo que en un espejo de aumento, vió escenas horrorosas el infortunado monarca de Haiti.

Los indios luchaban con los españoles.

Unos y otros caian heridos de muerte.

¡Oh! aquello no podia ser cierto.

Si lo era, faltaba á sus promesas, á los juramentos que habia hecho á Colon, faltaba á su dignidad y hasta á su palabra de hombre.

¿Qué pensaria el almirante, el enviado del cielo, al ver que sus hijos, sus hermanos, los que habia dejado allí bajo la salvaguardia de Guacanajari, perecian á manos de sus vasallos, á manos de sus caciques?

¿Qué autoridad tendria á sus ojos?

Y por otra parte, ¿cómo aquellos hombres formidables, que con una sola palabra habian inclinado la frente y le habian obedecido como esclavos, se atrevian contra su voluntad, contra su autoridad, á obligarle á faltar á su palabra, y no solo eso, sino que regaban con sangre santa á sus ojos el territorio de Vagoniana?

De pronto desapareció aquella vision.

Pero el mónstruo, presentando sus amenazadoras garras, las clavó en el pecho de Guacanajari.

El rey sintió la herida y despertó colocándose las manos en su pecho.

Habia soñado.

Pero aquel sueño, ¿no podia ser un aviso del que todo lo puede, del árbrito de los hombres?

Aquel mónstruo, ¿no podia significar que la discordia existia en la pérfida isla de Haiti?

¿Aquellas garras afiladas no podian significar que eran la indignacion, la sed de venganza de los vasallos de Guacanajari?

¿No significaba aquella herida que habia abierto en su pecho la diestra del mónstruo que quizás seria desgarrado su imperio y sucumbirian todos?

Al abrir los ojos, deseando disipar aquella horrible pesadilla de que habia sido víctima, se dirigió al lugar donde guardaba la imágen para encontrar en sus ojos la paz del alma que necesitaba.

Pero no bien dió un paso, cuando se presentó en su estancia una mujer, una india, cuya presencia produjo en él un terror inaudito.

—Rey Guacanajari, vengo á verte, exclamó aquella mujer.

—¡Tú, Inima, tú aquí! exclamó el monarca amedrentado

—Yo, sí; yo que he descubierto tus maldades, yo que he sufrido mucho por tu causa, yo que he devorado mucho tiempo en silencio las amarguras de mi corazon; hoy vengo á castigarte.

—¡Tú! añadió retrocediendo Guacanajari y pasando los índices por sus ojos para convencerse de que ya no soñaba.

—Yo, sí, ¿te acuerdas? Aunque bien puede ser que con las dichas que te sonreian te hayas olvidado de mí. ¡Oh! yo no hubiera venido á buscarte.... Yo no hubiera sacrificado mi felicidad, mi vida misma, si Ainaima no hubiera muerto por tu causa. Ainaima, la hermana querida de mi corazon, tu predilecta!.... Por ella te perdono.

Ainaima y yo éramos hijas de Zaubayqui, el guerrero más temido de Haiti.

Desde muy niñas nos habian designado á una de las dos para ocupar el trono donde tú debias sentarte.

Yo habia sentido despertarse en mi alma el amor ántes de que ella fijase en tí sus ojos. ....

BIBLIOTECA ALFONSINA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo te amé, Guacanajari, te amé con delirio.

Tú debias elegir entre las dos, y hubo algun tiempo en que tus miradas engañadoras me hicieron creer que yo seria la predilecta.

Un dia, sin embargo, Ainaima fué tu esposa, cayó en tus brazos, y yo, que tenia motivos para odiarte, devoré en silencio mi amargura y viví del reflejo de tu felicidad.

Desde entónces jamas se han encontrado tus ojos con los mios, jamas he oido las palabras de amor de otros guerreros.

Murió mi padre y yo fuí la guardiana constante de su tumba.

Solo el dolor era mi patrimonio, solo el dolor era mi compañero y jamas turbé tu tranquilidad.

Pero tú no has hecho feliz á Ainaima.

Ainaima ha muerto de dolor por tu causa.

—No es verdad, no es verdad, gritó Guacanajari, presa de horrible fiebre, porque la conciencia le acusaba y le hacia ver que lo que decia Inima era cierto.

—¿Crees que yo no te he observado, que no te he seguido paso á paso, que no he descubierto la pasion que te domina?

Todas las noches, cuando tú hablabas con el extranjero bajo los tamarindos que rodean tu albergue, cuando creias que estabas solo y le entregabas oro en cambio de una promesa que te hacia, yo estaba á tu lado, yo oia tus palabras, yo adivinaba tus pensamientos.

No te he perdido de vista; sé el objeto que adoras, y como tu fatal pasion es la causa de la ruina de nuestro pueblo, como la paz ha desaparecido y en su lugar la guerra tremola su espada de fuego, vengo por última vez á darte una prueba de mi amor, y á apartarme para siempre de tu lado para bajar al sepulcro que me espera.

—¿Qué dices?.... preguntó Guacanajari más sobresaltado aún, la guerra....

—Sí, la guerra; ayer, ántes de que el sol hundiera su frente en el mar, Caonabo, Manicate, Boechio y los más valientes caudillos de tus huestes, lucharon brazo á brazo con los extranjeros y los exterminaron.

—¡Oh! ¡eso no puede ser!

—Pronto vendrán ellos mismos á comunicártelo, pronto los verás ardiendo en ira acometer nuevas empresas, y en tu presencia misma apoderarse de la fortaleza de tus falsos amigos, y condenarlos á la misma suerte que han sufrido sus compañeros.

—¿Luego no he soñado? preguntó Guacanajari paseando su mirada por la estancia y fijándola en Ainaima. ¿Luego es verdad que se ha derramado sangre? ¿Luego es verdad que yo he faltado á mi palabra? ¿Luego los enviados del cielo tendrán razon para maldecirme y despreciarme?

—La tendrán ellos, y la tendrán tus vasallos. Rey Guacanajari, tú no eres ya el mismo. La pasion que te domina ha secado en tu alma el amor á tus vasallos, ha debilitado las fuerzas de tu cuerpo, ha abatido tu espíritu.

No bien habia pronunciado Inima estas palabras, cuando vinieron á anunciar á Guacanajari, la llegada de los caciques. Deseoso de convencerse de que Inima no le habia engañado, de que su sueño habia sido un presentimiento, abandonó á la india y corrió al peristilo que formaba su palacio, en donde le aguardaban sus guerreros.

Una sonrisa de triunfo se pinto en los labios de aquella mujer.

Apénas salió Guacanajari de la estancia, corrió al sitio en donde ocultaba la Santa Vírgen, se apoderó de ella y abandonó el palacio precipitadamente.

Guacanajari fué al encuentro de los caciques.

CAPITULO XXXVII.

La tea de la discordia.

Caonabo no habia podido presentarse á Guacanajari.

Las heridas que habia recibido en el combate le habian obligado á aceptar los cuidados de Anacaona, pero necesitaba comunicar al rey de los reyes la resolucion que habia tomado, y envió á Manicate y á Boechio con algunos más á darle cuenta de lo que habia sucedido y de sus inquebrantables propósitos.

—Venid, venid, dijo Guacanajari guiando á todos al templo y haciendo que le siguieran cuantos indios hallaba al paso.

El mismo, miéntras todos le observaban con asombro, encendió la hoguera de aloé para rendir tributo al Tzimes.

Los butios le rodeaban.

En su rostro se veia retratado el duelo que existia en su corazon.

Todos se prosternaron ante el altar.

—Sacerdotes, guerreros, vasallos mios, exclamó Guacanajari, os he llamado para escuchar vuestros consejos. Ya lo sabeis: la sangre ha regado los campos de vuestra hermosa patria.

Un dia llegó un extranjero á mis dominios.

Era el enviado del cielo.

Nos colmó de presentes, nos ofreció defendernos de nuestros enemigos, y como tenia en su poder el rayo y el trueno, aceptamos alborozados su proteccion.

Yo juré al jefe de aquellos hombres proteger à sus guerreros como á mis propios hijos.

Ellos elevaron en la orilla del mar una fortaleza para vivir independientes, y ofrecieron á su vez respetarnos y amarnos.

Han faltado á su palabra.

Sé que han invadido temerariamente los dominios de Caonabo, que han profanado nuestra hospitalidad derramando la sangre de nuestros hermanos, ultrajando á nuestras mujeres, pagándonos con la más negra ingratitud.

Justifico á Caonabo.

La ira que ha sentido en su pecho, la indignacion que ha agitado su brazo, son justas.

El, con otros caciques, ha luchado brazo á brazo y cuerpo á cuerpo con los extranjeros, y los ha exterminado.

Sus despojos yacen sobre las llanuras de Maguana.

Hé aquí mi triste situacion.

Yo he jurado proteger á los extranjeros: Caonabo ha jurado exterminarlos.

Sacerdotes, guerreros, vasallos mios, disipad mis dudas, aconsejadme qué debo hacer; decidme si ha de salir de mis labios el grito de guerra para luchar con Caonabo, que me obligó á faltar á mi palabra, ó para ponerme á su lado y destruir á los extranjeros que han faltado á la suya.

Los butios callaron, inclinando la cabeza sobre el pecho.

Los guerreros dirigieron una mirada terrible á Guacanajari.

Y sin embargo, despues de algunos minutos de solemne silencio:

—La voz del Tzimes, exclamó Guacanajari, me manda blandir la espada de la justicia; pero no para destruir al extranjero sino para protegerle, porque mi corazon le ofreció una hospitalidad desinteresada.

Los que sintais la sed de venganza en vuestras entrañas,

volad al lado de Caonabo, uníos á Manicate y à Boechio, pero tendreis que luchar conmigo y con los mios.

Los que acateis la voz del Tzimes, los que aún tengais amor en vuestro pecho para vuestro infortunado rey, colocaos á mi lado, aprestaos al combate, porque, no hay duda, Caonabo y los suyos vendrán á destruir la fortaleza de los extranjeros, á disparar sus envenenadas flechas á su corazon, y nosotros necesitamos estar allí para defenderlos.

Triste necesidad me impone el deber.

¡Ah! dias terribles nos aguardan: luchar hermanos contra hermanos; la paz ha huido de Haiti y la discordia ha ocupado su trono.

¡Que Vagoniana se apiade de aquellos que defiendan la justa causa!

Manicate, Boechio y los que habian formado el séquito, volaron á comunicar á Caonabo las palabras que habian oido pronunciar á Guacanajari.

Este, en tanto, convocó à sus vasallos, y unos y otros se aprestaron á la pelea.

En vano las mujeres caian de rodillas á los piés del monarca pidiéndole que apaciguase su ira y no empeñase una lucha fratricida.

Era tarde ya.

El butio encargado de proclamar la guerra recorrió las aldeas y los campos, ostentado en su diestra el ramo de ébano.

—Hijos de Haiti, exclamaba, la hora del combate ha llegado, el Tzimes lo ha revelado así.

Blandid la afilada flecha; salen de sus palacios las sombras de los reyes y se preparan al combate.

Vuestro rey Guacanajari ha empeñado su palabra y necesita sostenerla con vuestro apoyo.

El nuevo sol debe veros reunidos en las llanuras de Marien

para defender con vuestros pechos las fortalezas de los extranjeros.

Caonabo no tardó en conocer la resolucion de Guacanajari.

Sus heridas se abrieron de nuevo; pero, no obstante, resuelto á luchar, no solo ya con los extranjeros, sino con el mismo Guacanajari, llamó á sus capitanes, les dió sus órdenes, y aquel mismo dia, cuando la noche empezaba á tender su sombra y la luna reflejaba sus plateados rayos sobre las verdes copas de los frondosos árboles, al frente de millares de indios corria, ahogando el dolor de su herida, hácia la fortaleza de la Navidad.

Los guerreros de Guacanajari esperaban la luz del nuevo dia para aprestarse á obedecer á su rey.

Todo estaba en silencio.

Era una noche hermosa.

Arana, el capitan de los pocos españoles que habian quedado en la fortaleza, estaba impaciente.

Ni Gutierrez ni Escobedo habian vuelto.

¿Habian perecido?

Si era cierto, ¿qué suerte le estaba reservada?

Delante de la fortaleza, en tanto que sus compañeros, recostados sobre la arena, dormian ó elevaban al cielo sus miradas bañándolas en la luz de la argentada luna, él, angustiado, pensando con pena en su querida patria, en los afectos que en ella habia dejado, sintió que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, y para calmar aquella agitacion cogió la mandolina y desahogó su pena cantando sentidas trovas de amor.

Las huestes de Caonabo llegaron cautelosamente.

Al oir la voz del español, que la brisa llevaba á sus oidos, se detuvieron.

El gavilan, próximo à caer sobre la débil tórtola, seguro de su presa, se detenia á recrearse en su triunfo escuchando aquel canto que era el canto del cisne.

La música cesó, y Arana, vencido por el sueño, se refugió en la fortaleza con sus camaradas.

Caonabo dió sus órdenes.

Trepando por las rocas pusieron maderas resinosas al pié de la fortaleza y la prendieron fuego.

Las huestes de Caonabo rodeaban aquel espacio, que no tardó en ser una hoguera espantosa.

Arana y los suyos despertaron despavoridos.

Vistiéndose sus armas con rapidez bajaron á través de las llamas à la llanura y se vieron rodeados de multitud de indios dispuestos al combate.

Algunas nubes habian oscurecido el cielo.

Pero la hoguera derramaba un resplandor siniestro sobre el campo de batalla.

Arana y los suyos hacian desesperados esfuerzos para vencer aquellas hordas, pero no podian ménos de fijar sus espantados ojos en la fortaleza, que las llamas devoraban con insaciable voracidad

Los guerreros de Guacanajari vieron desde léjos la hoguera.

El humo oscurecia los primeros albores de la mañana.

Guacanajari tenia la muerte en el corazon.

Al volver á su morada habia buscado la imágen y no la habia encontrado.

Toda la noche la pasó en el insomnio, sin saber qué medidas tomar para recuperar su precioso tesoro.

Al saber que Caonabo y sus guerreros habian llegado, no dudando que algun emisario habia sido el raptor de la imágen, ardiendo en ira se puso al frente de sus soldados y corrió con ellos al lugar del combate.

La sangre se heló en sus venas.

Las llamas habian consumido la fortaleza, y habian comunicado su fuego al bosque vecino.

Las lombardas que vomitaban el rayo y el trueno se habian derretido.

Guacanajari no vió más que un monton de cenizas y un monton de cadáveres.

Todos los extranjeros habian sucumbido.

Guacanajari se puso en frente de Caonabo y luchó contra él.

Sus guerreros pelearon con los del cacique del Cibao.

Las flechas silbaban en el aire, y entretanto los bosques, formando una sola é inconmensurable hoguera, aumentaban el horror del combate.

Guacanajari lanzó una flecha al corazon de Caonabo.

El, que siempre habia colocado la flecha en donde habia fijado su mirada, vió caer á los piés de Caonabo y embotarse en la arena la que lanzó á su pecho.

Caonabo, màs afortunado, dirigió un dardo al corazon de Guacanajari, y el pobre rey cayó en medio de sus vasallos.

En aquel momento cesó la lucha.

Los butios le recogieron para llevarle á su morada.

Los guerreros se arrodillaron llenando el aire de lamentaciones.

Caonabo, horrorizado de su obra, corrió con los suyos á ocultarse en las profundidades de las cavernas.

Guacanajari fué trasladado á su palacio de Marien.

Todo quedó en silencio.

Los hombres y las mujeres se ocultaron en sus cabañas.

El fuego continuaba consumiendo los árboles.

Una espesa nube de humo llenaba los horizontes de la isla.

La consternacion se apoderó de todos.

A lo léjos se descubrian multitud de grandes embarcaciones.

Eran los hijos del cielo que volvian á castigar á los miserables que habian faltado á su palabra.

La desolacion y el espanto reinaban en Haiti.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXXVIII.

Descubrimiento de nuevas islas.

RETROCEDAMOS à buscar á Colon en los momentos en que se aprestaba á emprender el segundo viaje, para conocer todas las peripecias de esta nueva epopeya de su vida, ántes de colocarle en presencia de Guacanajari y de informarse del desastroso fin que habian tenido sus hermanos.

Despues de salir de la Gomera reinó en el mar una gran calma que obligó á las embarcaciones á permanecer algunos dias estacionadas á la vista de la isla de Hierro.

El dia 13 de Octubre se levantó una brisa fresca, y Colon siguió el rumbo del Sudoeste con ánimo de internarse hácia la parte meridional donde suponia que estaban las islas de los caribes que con tan negros colores le habian descrito los indios

Una vez en la region de los vientos constantes, siguió la brisa animando las velas, y once dias despues estaban las naos á cuatrocientas cincuenta leguas desde la Gomera.

¡Cosa extraña!

En toda aquella travesía no habian hallado los navegantes aquellos prados de yerba que movian las olas del mar y que habian sido objetos de esperanzas tan halagüeñas para los que siguieron à Colon en su primer viaje.

La marcha continuó con la mayor bonanza, hasta que á fines

de Octubre, la víspera de San Simon, les sorprendió una noche oscura, precursora de una horrible tempestad.

No tardó en estallar la tormenta cayendo un aguacero espantoso, resonando el trueno en el espacio y partiendo los rayos y las centellas en distintas direcciones.

Duró la tempestad cuatro horas, y todos los navegantes se creyeron perdidos al ver que las entenas y el cordaje de los buques estaban iluminados con una luz que se hundia con gran celeridad.

Eran esas luces fantásticas que aparecen en las tempestades cuando la atmósfera se halla muy cargada de electricidad.

Y como este fenómeno ocurrió en el momento en que los marineros se creian en inmenso riesgo, fué lo mismo entónces, que ántes y despues, objeto de preocupaciones, de temores y de sobresaltos en aquellos hombres que se hallaban en medio del mar.

Los marineros llaman á estas luces *el cuerpo de San Telmo*, y cuando las ven tienen por cierto que no corren peligro porque su santo Patron les ampara.

Al verlas, más tranquilos, prorumpieron en cánticos de gracias á la Providencia, y rezaron letanías y oraciones con gran fervor.

La tempestad paró efectivamente, y ocho dias despues, al ver el almirante el color que presentaban las aguas, el estado de las olas, la inconstancia de los vientos y la frecuencia de los aguaceros, no dudó que se hallaba cerca de tierra y dió las órdenes oportunas para que se acortasen las velas, y los vigilantes estuvieran muy alerta de noche.

Al amanecer del dia siguiente, los primeros albores ofrecieron á la vista de los navegantes el espectáculo de una isla encantadora.

Su entusiasmo no tuvo límites.

Era domingo, y Colon bautizó á la isla con el nombre de Dominica.

Poco despues descubrieron otra no ménos bella, no ménos frondosa, y Colon la nombró Marigalante, por ser este el nombre de la nao capitana que le llevaba á bordo.

La primera ofrecia un panorama accidentado.

La otra era llana, cubierta de árboles muy espesos.

Bandadas de papagayos de mil colores cruzaban el espacio con rápido vuelo, recreando la vista de los navegantes.

Al seguir las naves su rumbo descubrieron nuevas islas, y para buscar puerto se dirigieron á la primera.

La sorpresa de los europeos fué inmensa al ver en ella campos cubiertos de verdura, arroyos cristalinos serpenteando por los prados, una vegetacion lozana, primaveral, cuando dejaban en su patria campos yertos, árboles desnudos, hojas amarillentas alfombrando el suelo y caminando á perderse á impulso de los vientos otoñales.

Todas aquellas islas son las que forman parte del hermoso archipiélago llamado las Antillas, que se extiende desde el extremo oriental de Puerto Rico á la costa de Paria, en el continente del Sur.

No habiendo hallado puerto en la Dominica se encaminó con sus embarcaciones á la Marigalante, y saltando en tierra con los capitanes y personas que formaban el Estado Mayor de la escuadra, tremoló el estandarte real y tomó posesion de aquella isla y de las adyacentes, en nombre de sus soberanos los reyes de Castilla.

Visitaron despues parte de la isla, aunque sin internarse mucho, y desde luego admiraron la espesura de las arboledas, la variedad de árboles que formaban los bosques, las flores y las frutas que los adornaban.

Allí hallaron un àrbol cuya hoja, parecida al laurel, aunque más pequeña, esparcia un perfume embriagador.

Algunos de los marineros cogieron sus frutos y los probaron.

Pero solo con tocarlos con la lengua se les hinchó la cara y sintieron un ardor y un dolor tan horrible que parecia que estaban rabiosos.

El doctor Chanca que acompañaba á Colon como médico de la armada, pudo aliviarles obligándoles á que se arrojaran al mar para atemperarse.

Aquel fruto era el del manzanillero.

Despues de recorrer una gran parte de la isla sin hallar gente ni señal de que la hubiera habido, la creyeron despoblada y volvieron á bordo.

Encamináronse á otra isla mayor que divisaban no léjos de allí, y en ella vieron el elevado pico de una montaña, de la que creyeron que se desprendian manantiales de aguas cristalinas.

Al examinarle más de cerca, vieron que era el cráter de un volcan.

No muy léjos de allí apercibieron un torrente que se despeñaba desde una inmensa altura.

Al llegar cerca dispuso el almirante que una carabela ligera fuese costeando para buscar puerto.

Hízose así, y su capitan vió un grupo de casas, saltó en tierra, se dirigió á aquellos albergues; pero al acercarse á ellos, sus habitantes, sorprendidos, amedrentados, emprendieron la fuga.

Examinó el capitan sus viviendas, y halló mucho algodon hilado y por hilar, y al mismo tiempo se apoderó de algunos huesos de brazos y piernas de hombres, los que llevó á Colon para que pudiese tomar idea de la clase de gente que habitaba allí.

La isla era llamada por los naturales Turqueira.

Colon que habia ofrecido á los religiosos de Nuestra Señora de Guadalupe, en Estremadura, bautizar con aquella advocacion de la Vírgen alguna de las tierras que descubriese, dió á aquella isla el nombre de isla de Guadalupe.

En vista de las noticias que comunicó el capitan explorador, Colon, con alguno de los suyos, desembarcó en otro puerto donde tambien los indios que allí habia huyeron consternados, con tal precipitacion que muchos de ellos hasta dejaron abondonados á sus hijos.

Aquella era una ocasion propicia para Colon de realizar su política conciliadora.

Mandó á los españoles que agasajaran á los niños, que adornasen sus brazos con cascabeles, y despues de hacerles otros regalos por el estilo y de acariciarles en extremo, les dejaran en libertad, á fin de que fueran á comunicar á sus padres que no eran enemigos, sino amigos los que llegaban á la costa.

La poblacion á donde habian llegado los españoles constaba de unas cuarenta casas levantadas en torno de un gran espacio circular que parecia una plaza.

Aquellas viviendas se asemejaban en todo á las de la isla Española, puesto que estaban formadas por troncos, ramas y cañas, con techos de hojas de palmera.

Diferenciábanse, sin embargo, de las de las otras islas en que eran cuadradas y no circulares, y ademas cada una de ellas tenia una especie de umbral ó pórtico para preservar de los rayos del sol á sus moradores.

En el pórtico de una de ellas habia entalladas en madera figuras y serpientes.

Penetrando en ellaslos exploradores, vieron hamacas de algodon.

Los utensilios eran de barro y de cortezas de calabaza.

En las paredes habia colgados arcos y flechas con las puntas de hueso.

Lo que más abundaba en aquellas moradas era el algodon hilado y tejido, aunque groseramente.

No faltaban animales domésticos, entre los que podian contarse en primer término el guacamayo, tan rico de color en su plumaje.

En aquel exàmen, que debia ilustrar á los viajeros acerca de las costumbres, lo mismo que del carácter de los habitantes de la isla, no desperdiciaban un solo detalle.

Al registrar las casas, en una de ellas hallaron una sarten de hierro muy parecida á las que se usaban en Europa, y á las que habia dejado Colon en Haiti á sus compañeros de viaje.

Tambien los sorprendió grandemente el hallazgo de un codastre, pieza de la popa de un buque, que no podian imaginar cómo habia llegado à aquel país en donde no se descubrian ni los síntomas siquiera de la civilizacion.

Estos dos objetos preocuparon grandemente á Colon.

¿Cómo estaban allí?

Antes que él, ¿habia llegado algun otro viajero á aquellas costas?

Si tal habia sucedido, ¿habia perecido á manos de sus habitantes y éstos habian destruido la embarcacion ó embarcaciones que hasta su orilla habian llegado, quedándose como memoria del triunfo con aquel utensilio y aquel fragmento de embarcacion?

En tanto que el almirante pensaba de este modo, gustaban con regocijo los demas que le acompañaban la piña ó anana, que tan importante papel desempeña hoy en las mesas elegantes de Europa, y que encontraban por la primera vez y saboreaban con placer.

Pronto experimentaron algun temor los atrevidos viaje-

ros al ver que en casi todas las moradas do los indios habia huesos humanos, cráneos colgados en las paredes, huesos de piernas y de brazos y otros adornos no ménos fúnebres.

—No hay duda, dijo Colon, estamos en el país de los canibales ó caribes, feroces guerreros á quienes temen mucho los indios de las otras tierras que he descubierto, porque de cuando en cuando invaden sus hogares, y no solo se apoderan de sus riquezas sino de las personas que desuellan guardándolas con cuidado en sus albergues, en donde celebran festines con sus carnes, de los que quedan esas reliquias.

CAPITULO XXXIX.

Desaparicion de un capitan y ocho marineros.

A pesar del esforzado valor de todos los que acompañaban al almirante, sintieron vivos deseos de volverse á bordo, y así lo hicieron.

Pero Colon con unos cuantos anduvo dos leguas en un bote costeando la isla, y gracias á este viaje explorador halló al anochecer un puerto bastante cómodo.

La isla se extendia por aquella parte más de veinte leguas, erizada de altas montañas y cubierta de llanuras espaciosas y verdes valles.

De cuando en cuando entre las arboledas, y al pié de los arroyuelos, se veian pequeños lugares formados por chozas, y sus habitantes huian amedrentados al ver la magnífica escuadra que se balanceaba cerca de ellos sobre las ondas del mar.

Los navegantes habian hallado un puerto seguro, y allí pasaron la noche.

Al dia siguiente dispuso Colon que algunos capitanes desembarcasen con algunos hombres, y tomasen distintos caminos à fin de explorar la isla y de llegar á adquirir relaciones con sus habitantes.

Ojeda fué uno de los que salieron al frente de unos cuantos hombres á cumplir esta órden.

Diego Márquez, esforzado capitan que se habia distinguido mucho en las guerras contra los moros, y habia sido destina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ros al ver que en casi todas las moradas do los indios habia huesos humanos, cráneos colgados en las paredes, huesos de piernas y de brazos y otros adornos no ménos fúnebres.

—No hay duda, dijo Colon, estamos en el país de los canibales ó caribes, feroces guerreros á quienes temen mucho los indios de las otras tierras que he descubierto, porque de cuando en cuando invaden sus hogares, y no solo se apoderan de sus riquezas sino de las personas que desuellan guardándolas con cuidado en sus albergues, en donde celebran festines con sus carnes, de los que quedan esas reliquias.

CAPITULO XXXIX.

Desaparicion de un capitan y ocho marineros.

A pesar del esforzado valor de todos los que acompañaban al almirante, sintieron vivos deseos de volverse á bordo, y así lo hicieron.

Pero Colon con unos cuantos anduvo dos leguas en un bote costeando la isla, y gracias á este viaje explorador halló al anochecer un puerto bastante cómodo.

La isla se extendia por aquella parte más de veinte leguas, erizada de altas montañas y cubierta de llanuras espaciosas y verdes valles.

De cuando en cuando entre las arboledas, y al pié de los arroyuelos, se veian pequeños lugares formados por chozas, y sus habitantes huian amedrentados al ver la magnífica escuadra que se balanceaba cerca de ellos sobre las ondas del mar.

Los navegantes habian hallado un puerto seguro, y allí pasaron la noche.

Al dia siguiente dispuso Colon que algunos capitanes desembarcasen con algunos hombres, y tomasen distintos caminos à fin de explorar la isla y de llegar á adquirir relaciones con sus habitantes.

Ojeda fué uno de los que salieron al frente de unos cuantos hombres á cumplir esta órden.

Diego Márquez, esforzado capitan que se habia distinguido mucho en las guerras contra los moros, y habia sido destina-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

do por los reyes para formar parte de los navegantes, fué uno de los jefes que llevaron á cabo el propósito del almirante.

Cada cual por distintos lados, aunque sin separarse mucho, recorrieron la isla sin apartarse de la costa, y á la tarde volvieron con un niño y varias mujeres.

De éstas habian podido apoderarse por sorpresa, pues sus esposos, al ver cerca de sí á los extranjeros, confiaron su salvacion á la fuga.

Uno de los indios de Guanahani que acompañaba siempre á Colon en calidad de intérprete, habló con aquellas mujeres, y por las noticias que dió á su amo coligió éste que se hallaba en una de las islas caribes.

Supo ademas que los habitantes de aquella se habian coaligado con algunas de las más próximas, y juntos invadian de cuando en cuando las demas, exterminando á sus moradores y apoderándose de sus bienes y sus mujeres, que llevaban como esclavas á su isla.

Sus ligeras canoas, únicas embarcaciones que conocian y empleaban en sus expediciones, podian recorrer hasta ciento ó ciento cincuenta leguas en medio del mar sin que jamas zozobrasen.

¡Tal era la pericia de aquellos hombres para desafiar con tan endeble barquilla la furia de las olas!

Las mismas mujeres que cayeron en poder de los europeos iban armadas con arcos y flechas.

Estas tenian las puntas formadas por espinas de peces, y estaban ademas envenenadas con el jugo de algunas yerbas ponzoñosas.

Al volver los caribes de su expedicion, solian llevar consigo ademas de las mujeres, hombres que destinaban á sus festines con una alegría sin igual.

La narracion del indio de Guanahani, de resultas de la

conversacion que habia tenido con los primeros sobrecogió algun tanto á Colon, más que por nada porque todavía no habia regresado de su viaje explorador el capitan Diego Márquez, ni los ocho hombres que le acompañaban.

No dudaba Colon que desde su embarcacion, disparando las lombardas sobre aquellos habitantes, no tardarian en hacerlos huir si por acaso volvian en grandes masas á desafiar á los que consideraban como sus enemigos.

Por este lado no tenian recelo alguno.

Pero no podia ménos de sentir que un soldado tan bizarro como Diego Márquez, que era ademas capitan de una de las carabelas, hubiese sido víctima de la voracidad de aquellos salvajes.

De todos modos, mandó tratar muy bien á los prisioneros para que pudieran en su dia dar acerca de ellos los mejores informes á sus compatriotas, y aguardó á bordo con gran impaciencia el regreso de Márquez y los suyos.

Trascurrió un dia y no se presentaron.

—¿Se habrán perdido? exclamaban algunos.

—¡Oh, no! son buenos náuticos, decia Colon, y tan expertos que fácilmente sabrian volver guiados por las estrellas á falta de otros indicios.

—Pues en ese caso, dijo Alonso de Ojeda, permitidme que vaya á buscarlos con algunos otros hombres. Parece una temeridad, pero es necesario hacer una tentativa, porque al fin y al cabo tenemos el deber de ampararles, y en todo caso de castigar á los que se hayan atrevido á injuriarles.

Dispúsose para el dia siguiente la formacion de varias partidas, con el fin de que cada una, con un trompetero que diese las señales necesarias, saliese en busca de aquellos nueve hombres.

Al mismo tiempo se dispararon desde los buques cañona-

zos, y algunos de los tripulantes bajaron á las playas á disparar sus arcabuces.

Nada se consiguió sin embargo.

Por la noche volvieron las partidas que habian salido, fatigadas y en el mayor desaliento, porque no habian hallado rastro alguno de sus hermanos.

Durante aquella expedicion habian registrado muchas chozas, en las que hallaron pruebas del antropofaguismo de los indios.

Habia miembros humanos curándose al sol, sin duda alguna para calmar más tarde el hambre de aquellos caníbales.

Asimismo vió Ojeda en una choza la cabeza de un jóven desangrándose todavía, y al fuego, en una especie de sarten que habian abandonado á su llegada los moradores de la choza, los restos de un cuerpo, mezclados con carne de gansos y de loros.

Al sentimiento que producia en Colon la desaparicion de sus compañeros, se unia su indignacion natural, puesto que de no haber perecido, habian desobedecido sus órdenes, habian faltado á las prescripciones que les habia hecho ántes de partir, y solo por eso se encontraban perdidos.

La creencia de que hubieran sido víctimas se arraigó más y más en los navegantes al ver que durante el dia y cuando cesaron los disparos, se presentaban en la playa muchos indios; pero apénas escuchaban el estampido de las lombardas, huian despavoridos á refugiarse en los bosques.

Algunas mujeres se acercaron á la orilla del mar, y en las demostraciones que hacian daban á entender que eran cautivas de los naturales del país.

Colon mandó que fuesen barcas á buscarlas, y al llegar á su lado dispuso que las adornasen con cascabeles y las entregasen cuentas de vidrio y sartas de abalorio, y una vez engalanadas con estos atavíos, mandó que volviesen á la playa,

Vió Ojeda la cabeza de un jóven desangrándose.

LIT. DE GUERRA Y VALLE

encargándoles que dijesen á los caribes que venian deseosos de paz, que su anhelo era protegerlos y ampararlos colmándoles de regalos por el estilo, y que por lo tanto debian acudir allí como amigos.

Fueron, en efecto, á cumplir este mandato; pero poco despues se presentaron de nuevo en la orilla pidiendo amparo, y sin los atavíos que acababan de recibir.

Aquella vez dijeron las mujeres que sus amos, los indígenas, les habian robado aquellos objetos y refirieron que habia muy pocos hombres á la sazon en la isla, porque casi todos ellos habian salido algunos dias ántes con el rey en diez canoas, á visitar las islas inmediatas en busca de botin.

Pero cuando los hombres se alejaban con este objeto, las mujeres se quedaban à defender la isla, y competian con ellos en el manejo de las flechas, en el espíritu aventurero, en el valor, en la fuerza, en la audacia.

Algunas de aquellas pobres mujeres dieron sin duda noticia á las demas de la afectuosa acogida que los extranjeros les dispensaban, puesto que aquella tarde y aquella noche acudieron otras muchas esclavas y algunos jóvenes cautivos.

Los navegantes no pudieron ménos de horrorizarse al saber á qué circunstancia debian la vida aquellos jóvenes.

En efecto; los caribes, al caer sobre cualquiera de las islas que visitaban, se apoderaban tambien de los niños, y tenian la crueldad de mantenerlos á su lado, de engordarlos, para devorarlos cuando estuvieran completamente desarrollados y en sazon de satisfacer su voraz y bestial apetito.

Para que sus carnes fueran más tiernas y màs sabrosas, les sometian á operaciones crueles.

¡Cuán distinto cuadro se ofrecia á los ojos de Colon en aquella isla de lo que habia visto en la de Haiti!

Vivos deseos se despertaban en su alma de bajar con sus

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

hombres á la playa á acabar de una vez con aquella raza maldita que tanto daño producia en torno suyo.

Pero si tal hacia, si aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, diestros conocedores del país y poseedores de envenenadas flechas, diezmaban sus filas, no realizaba el pensamiento de los monarcas, no realizaba su propio pensamiento, y mal de su grado tuvo que renunciar á aquella empresa infructuosa, acaso desgraciadamente, porque no hubiera acabado con todos los caníbales.

Quiso partir; pero ¿cómo continuar la marcha dejando en poder de aquellas fieras á sus compañeros? Y por otra parte, ¿cómo detenerse cuando debia esperarle con ánsia la guarnicion que habia dejado en la Española?

Pensó dejar una de la embarcaciones á la orilla para que aguardase la vuelta de Márquez y los suyos, pero renunció á este propósito por temor de que la embarcacion entera fuese presa de los caribes.

En medio de estas dudas, se presentó de nuevo á Colon Alonso de Ojeda.

—¿Deseais partir, le dijo, y temeis condenar á muerte con vuestra partida á nuestros amigos y á nuestros hermanos? Pues bien; la exploracion de ayer ha sido infructuosa. Concededme á mí solo el mando de cuarenta hombres, y yo me ofrezco á penetrar con ellos hasta el interior de la isla, á registrar todos sus bosques, todas sus cuevas, hasta hallar á los que buscamos.

Colon aceptó este generoso ofrecimiento, y resuelto á partir de un modo ú otro cuando volviera, empleó el tiempo que debia trascurrir en su nueva expedicion abasteciendo de agua y leña las embarcaciones.

¿Habian perecido Màrquez y los suyos á manos de los caníbales?

Sigamos á Ojeda en su arriesgada empresa y lo sabremos.

CAPITULO XL.

Donde parecen los perdidos.

Escogió Alonso de Ojeda á cuarenta soldados de los más aguerridos, y partió al romper el alba en busca de Diego Márquez y los suyos.

Llevaba municiones bastantes para poder disparar los arcabuces ciento cincuenta veces, y tanto para amedrentar à los habitantes de la isla como para intimidar á sus compañeros que se acercaban, dispuso Ojeda que de tiempo en tiempo disparase cada cual su arcabuz.

Por otra parte los trompeteros que llevaban tocaban las señales convenidas, sin que por desgracia descubrieran el menor indicio del paradero de sus hermanos.

Solo el eco respondia á su llamamiento.

A pesar del afan que tenia Ojeda por recorrer toda la isla y registrar hasta sus más pequeños pliegues, le asustaba la idea de perderse, lo cual no era dificil, porque los bosques formaban un verdadero laberinto y la vegetacion era tan igual que no habia medio de conocer cuál era la senda que debia tomar para volver á la playa.

De cuando en cuando habia grupos de chozas todas abandonadas.

Para un hombre del carácter de Ojeda, la situacion en que se encontraba ofrecia un interes inmenso á sus ojos.

En efecto, estaba en un país más rico, más espléndido, más

hombres á la playa á acabar de una vez con aquella raza maldita que tanto daño producia en torno suyo.

Pero si tal hacia, si aquellos hombres, acostumbrados á la guerra, diestros conocedores del país y poseedores de envenenadas flechas, diezmaban sus filas, no realizaba el pensamiento de los monarcas, no realizaba su propio pensamiento, y mal de su grado tuvo que renunciar á aquella empresa infructuosa, acaso desgraciadamente, porque no hubiera acabado con todos los caníbales.

Quiso partir; pero ¿cómo continuar la marcha dejando en poder de aquellas fieras á sus compañeros? Y por otra parte, ¿cómo detenerse cuando debia esperarle con ánsia la guarnicion que habia dejado en la Española?

Pensó dejar una de la embarcaciones á la orilla para que aguardase la vuelta de Márquez y los suyos, pero renunció á este propósito por temor de que la embarcacion entera fuese presa de los caribes.

En medio de estas dudas, se presentó de nuevo á Colon Alonso de Ojeda.

—¿Deseais partir, le dijo, y temeis condenar á muerte con vuestra partida á nuestros amigos y á nuestros hermanos? Pues bien; la exploracion de ayer ha sido infructuosa. Concededme á mí solo el mando de cuarenta hombres, y yo me ofrezco á penetrar con ellos hasta el interior de la isla, á registrar todos sus bosques, todas sus cuevas, hasta hallar á los que buscamos.

Colon aceptó este generoso ofrecimiento, y resuelto á partir de un modo ú otro cuando volviera, empleó el tiempo que debia trascurrir en su nueva expedicion abasteciendo de agua y leña las embarcaciones.

¿Habian perecido Màrquez y los suyos á manos de los caníbales?

Sigamos á Ojeda en su arriesgada empresa y lo sabremos.

CAPITULO XL.

Donde parecen los perdidos.

Escogió Alonso de Ojeda á cuarenta soldados de los más aguerridos, y partió al romper el alba en busca de Diego Márquez y los suyos.

Llevaba municiones bastantes para poder disparar los arcabuces ciento cincuenta veces, y tanto para amedrentar à los habitantes de la isla como para intimidar á sus compañeros que se acercaban, dispuso Ojeda que de tiempo en tiempo disparase cada cual su arcabuz.

Por otra parte los trompeteros que llevaban tocaban las señales convenidas, sin que por desgracia descubrieran el menor indicio del paradero de sus hermanos.

Solo el eco respondia á su llamamiento.

A pesar del afan que tenia Ojeda por recorrer toda la isla y registrar hasta sus más pequeños pliegues, le asustaba la idea de perderse, lo cual no era dificil, porque los bosques formaban un verdadero laberinto y la vegetacion era tan igual que no habia medio de conocer cuál era la senda que debia tomar para volver á la playa.

De cuando en cuando habia grupos de chozas todas abandonadas.

Para un hombre del carácter de Ojeda, la situacion en que se encontraba ofrecia un interes inmenso á sus ojos.

En efecto, estaba en un país más rico, más espléndido, más

bello que los que tantas veces habian recreado su vista en la Bética bajo el dominio de los españoles.

Por un instante pensó que conquistar con sus cuarenta hombres aquella isla, someter á la esclavitud á los naturales del país, llegar á ser dueño de aquel inmenso vergel, era un triunfo envidiable, y ya estuvo á punto de comunicar su idea á los que le acompañaban.

Pero aquello era una desercion, y no sentaba bien á su hidalguía cometerla.

Prosiguió, pues, su camino llevando la desolacion y el espanto á los moradores de la isla, que al oir los disparos, al escuchar el sonido de las trompetas, huian despavoridos á refugiarse en los pliegues de las montañas, en las cuevas, creyendo que habia llegado su última hora.

Tenian motivos para suponerlo.

Algunos años àntes, entre sus prisioneros de guerra habian llevado á la isla los caribes un butio, al que habian destinado al sacrificio.

Antes de morir el anciano les anunció que llegaria para ellos la hora del castigo.

—Un dia, exclamó, saldreis, como acostumbrais, á asolar los países próximos al vuestro; vuestras mujeres y vuestros hijos se quedarán guardando la casa, pero llegará el Dios de la venganza y cogiéndolos desprevenidos, y à vosotros ausentes, los degollará á todos y cuando volvais encontrareis las paredes bañadas con su sangre y sus mutilados miembros esparcidos por la tierra.

Estas palabras estremecieron á los caribes y excitaron más su ira.

No volvian una sola vez de sus correrías sin el temor de ver convertida en realidad la profecía del butio.

En aquellos momentos, como he indicado ya, los caribes estaban fuera.

Solo sus esposas, sus hijos y sus prisioneros habitaban la isla.

Al ver acercarse las embarcaciones de Colon, recordaron la profecia del butio.

Al oir los disparos y el sonido de su trompeta no dudaron que habia llegado para ellos el juicio final, y despavoridos dejaron en libertad á los prisioneros, que corrieron á ocultarse en lo más intrincado de las selvas, en las concavidades de las montañas.

Gracias à esto no solo Ojeda y sus cuarenta hombres, sino el mismo Diego Márquez con los suyos, pudieron vagar libremente por toda la isla sin encontrar obstàculo ni resistencia alguna.

Unicamente los esclavos y los niños prisioneros acudieron á ellos implorando auxilio, porque no dudaban que si era cierto que iba á cumplirse la profecía del butio, les prestarian amparo, y confiados se acercaban á ellos, dándoles á entender con sus demostraciones que sus enemigos huian amedrentados.

El aroma que exhalaban los árboles hacia creer á los españoles que en ellos se creaban las especias más ricas y màs buscadas de Europa.

Por otra parte, llamaban su atencion y cautivaban su vista los millares de pájaros de distintos y brillantes colores que sobre las ramas de los árboles producian sonidos desconocidos, ó cruzaban por el espacio en bandas inmensas.

La isla era tan abundante en aguas, que Ojeda en su camino tuvo que vadear veintiseis rios, ó por lo ménos brazos de rios.

Despues de pasar todo el dia registrando las selvas, llegaron al pié de las montañas y haciendo resonar en ellas las señales convenidas, regresaron Ojeda y sus cuarenta hombres

con algunos esclavos, pero sin esperanza de encontrar á sus compañeros.

Ya no habia duda; habian sido víctimas de los caníbales.

Colon dispuso que al dia siguiente muy temprano estuviesen todos preparados para continuar la marcha.

El cañonazo de leva iba á dispararse cuando vieron algunos marineros aparecer en la playa á Diego Márquez y á sus compañeros.

Su aparicion fué saludada con gritos de alegría.

Pero tuvieron necesidad de esperarles algun tiempo, porque apénas podian andar.

Sus rostros, macilentos y lívidos, demostraban las penalidades que habian sufrido en aquellos dias de ausencia.

La vista de las embarcaciones les reanimó algun tanto y les dió fuerzas para llegar hasta la orilla, en donde les aguardaba un bote que les condujo á bordo de la *Marigalante*.

Estaban muertos de hambre y se les dieron algunos alimentos.

Repuesto algun tanto Diego Márquez, fué interrogado por Colon.

El almirante, que habia sentido su desaparicion, que habia creido en lo más íntimo de su alma no volver á verle, comprendió, sin embargo, que Márquez y los suyos habian sido víctimas de aquellas contrariedades por no haber acatado sus preceptos, y tenia que mostrarse severo con los desobedientes.

Diego Márquez le refirió que siguiendo à unos indios que á su llegada corrieron precipitadamente, con el afan de alcanzarlos olvidó el camino que habia seguido, y al volver se halló con sus compañeros en medio de una intrincada selva, cuya salida no encontraron por más que hicieron.

Allí les cogió la noche y aguardaron al nuevo dia para continuar su camino.

Despues de andar más de doce horas llegaron al pié de una montaña que debia estar muy léjos del mar, y no teniendo que comer mataron con los arcabuces algunos pájaros y los asaron en una hoguera que hicieron, disponiéndose en seguida á desandar el camino andado para tomar otro rumbo.

Al final de aquel dia se encontraron en la orilla de un rio y pareciéndoles que aún estaban léjos del mar, aguardaron á que amaneciera.

Vadearon el rio, y por medio de espesos zarzales llegaron hasta una montaña.

Algunos de los expertos marineros subieron á la cumbre para ver si desde allí descubrian el mar.

Las tentativas fueron infructuosas.

Se encontraron perdidos de nuevo en medio de las selvas, y aguardaron á la noche para subir á los árboles y ver si consultando las estrellas hallaban el rumbo que deseaban.

Todos sus esfuerzos fueron inútiles.

El hambre, la sed, el cansancio, el temor de que que hubieran partido las embarcaciones y de verse condenados á vivir entre caribes ó á morir en sus manos, les consternó de tal manera que cayeron exánimes, disponiéndose á morir sin buscar ya remedio á sus males.

Al dia siguiente hallaron á dos esclavos de los que estaban libres por efecto de haber huido sus amos, y dejándose guiar por ellos, cuando ménos lo esperaban se encontraron á la orilla del mar.

Pero no descubrieron las embarcaciones.

Los indios les animaban á seguir adelante.

Hiciéronlo así, y despues de andar como una media hora, vieron con indecible satisfaccion que la escuadra estaba anclada todavía.

Colon comprendió que la novedad y la belleza de los pai-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS ®

sajes, el deseo de lucro y otras circunstancias análogas serian causa de que desobedecieran sus órdenes los emisarios que habia enviado á explorar las islas, y para castigarles no encontró el almirante mejor medio que arrestar al capitan que le habia desobedecido, y quitar parte de la racion á los marineros que le habian acompañado.

Este castigo no les pareció gran cosa despues del peligro á que habian estado expuestos; pero fué, sin embargo, causa de que en lo sucesivo no ocurrieran desgracias como aquella.

El dia 10 de Noviembre resonó el cañonazo de leva y Colon navegó por la costa de Guadalupe hácia el N. O., creyendo que de aquel modo no tardaria en llegar á la isla Española.

Las indias que llevaba à bordo le habian indicado que hácia el Sur habia otras islas, dàndole ademas á entender que el continente se extendia tambien por allí.

Pero era tal el deseo que tenia de llegar al puerto de la Navidad, que renunció á nuevos descubrimientos.

Estas islas del Archipiélago que visitaba recibieron el nombre de Monserrate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua y San Martin.

Despues de cuatro dias de bonanza, se levantó el temporal, y la escuadra se refugió en una isla llamada por los indios Ayay, á la que dió Colon el nombre de Santa Cruz.

Por órden suya fué un bote á tierra con veinticinco hombres, y éstos descubrieron cosas muy parecidas á las que habian dejado en la Guadalupe.

Tambien oyeron á sus moradores, que solo se acercaron á ellos implorando su amparo.

Los cautivos que habia tambien en aquella isla eran víctimas de los caribes.

Deseosos estaban algunos de hallarse frente á frente de

aquellos hombres que tan amedrentados tenian á los prisioneros, y al fin y al cabo lograron su deseo.

Miéntras estaban en tierra los veinticinco hombres llegó una canoa con dos mujeres y varios indios que al parecer volvian de un largo viaje, sin esperar la sorpresa que iban á tener.

Pero de pronto se hallaron en frente de la escuadra de Colon, y en vez de intimidarse ante aquellas embarcaciones formidables, se detuvieron y permanecieron algun tiempo contemplàndoles con curiosidad.

Los veinticinco hombres, que volvian de tierra, tuvieron tiempo de acercarse á ellos sin ser vistos.

Pero al verlos tan cerca, comenzaron á remar para huir de los que iban en el bote.

Estos, de *motu propio* y queriendo apresarlos, comenzaron á bogar con el propósito de colocar á los indios entre la escuadra y la orilla.

Viendo los indios que les cortaban la retirada, empuñaron sus arcos y sus flechas, y con mirada amenazadora se volvieron hàcia sus enemigos.

Las mujeres, que iban tambien armadas, permanecieron en la playa.

Una de ellas era tratada con el mayor respeto por los demas, y parecia su reina y su cacique.

Un historiador de la época, Pedro Martin, dice que aquella mujer iba en compañía de su hijo, jóven de horrible aspecto, de sombrío entrecejo y mirada de tigre.

La lucha comenzó instantáneamente.

Los indios dispararon sus flechas y aunque los españoles se cubrieron con las rodelas para defenderse, quedaron dos heridos, y la flecha de una de las mujeres atravesó un escudo.

No tenian sus arcabuces á mano los españoles y temerosos

de que las flechas estuviesen envenenadas, para decidir la contienda, resolvieron remar con fuerza y caer de improviso sobre la canoa á fin de sumergirla.

Al choque la volcaron.

Pero los indios, grandes nadadores, continuaron peleando sobre el agua, otros se guarecieron en las rocas de la playa y no cesaron de luchar.

Aquellos hombres tenian largo y cerdoso cabello.

Sus ojos, iluminados por un resplandor siniestro, estaban en su contorno adornados con rayas de colores muy vivos.

Sus brazos y las piernas estaban medio cubiertos con bandas de algodon tejido, pero dejaban al aire libre las partes musculares para que adquiriesen turgencia, uno de los caractéres de la belleza que más apreciaban.

El hijo de la reina, que iba con ella en la canoa, fué traspasado por un bote de lanza.

Otros varios indios sucumbieron y entre los españoles hubo heridos, pero solo uno murió á consecuencia de un flechazo ponzoñoso.

Apresados algunos de ellos, fueron conducidos al navío almirante.

Despues de aquella pérdida, que sintió en extremo Colon, continuó su viaje y descubrió muchas islas cubiertas de esplenderosas selvas algunas, pero las otras yermas y pobladas de escabrosas montañas.

Al ver que algunas de ellas tenian rocas de un azul muy brillante y otras de una blancura resplandeciente, el gran soñador, el gran hombre, supuso que encerraban en sus entrañas minas de ricos metales y de piedras preciosas.

De buena gana las hubiera visitado y explorado.

Pero como estaban tan cerca unas de otras y el mar se rompia en los estrechos canales que las separaban, no podian

pasar por aquellos sitios las grandes embarcaciones, y quedándose en alta mar envió una carabela para reconocerlas.

Cuando volvieron los exploradores le dijeron que habian encontrado más de cincuenta y que todas ellas estaban desiertas.

Colon puso á la mayor el nombre de Santa Ursula, y bautizó á las otras con el nombre de las Once Mil Vírgenes.

A la caida de la tarde se detuvo en una gran isla rodeada de abrigados y seguros puertos, y ostentando á los ojos de los navegantes florestas y paisajes riquísimos.

Los indios que llevaba á bordo le dijeron que aquella isla la llamaban Boriquen.

Colon la bautizó con el nombre de San Juan Bautista.

Hoy se llama Puerto Rico.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI.

Puerto Rico.

INMENSA fué la alegría de los cautivos que Colon y los suyos habian arrebatado de las manos de los caribes.

Sobre cubierta, al distinguir aquellas fértiles campiñas, la alegría se pintaba en sus ojos.

Saltaban y brincaban en torno de sus salvadores y les incitaban á que fueran allí, dándoles á entender que aquella era su patria, que era fértil y populosa y que mandaba un solo cacique.

Añadieron que sus habitantes, pacíficos por naturaleza, habian tenido que armarse para defenderse de los caníbales, sus implacables enemigos, usando clavas y flechas.

Colon que tenia vivos deseos de arribar cuanto ántes á la Española, que à juzgar por el sitio donde se hallaban no debia estar léjos, dispuso que fueran conducidos en botes los cautivos con el objeto de que dieran noticia á sus hermanos de la buena acogida que les habian dispensado, despertando en su ànimo vivos deseos de obtener su proteccion, y prosiguió la marcha por la costa, deteniéndose en una bahía que se hallaba al extremo occidental de la misma.

Desembarcaron algunos por órden suya para reconocer el terreno, y encontraron un lugar indio, construido como todos los demas, en medio de una plaza á la que conducia desde el mar un espacioso camino.

A los dos lados habia jardines con árboles frutales separados unos de otros por enrejados de caña.

Al final de la calle ó senda de que he hablado, habia una especie de atalaya desde la que se dominaba una extension de muchas leguas.

Los habitantes de aquel lugar huyeron al ver la escuadra, y pudieron los españoles visitar con entera libertad el lugar y las viviendas que en él habia.

Todo revelaba una civilizacion superior no solo á la de los caribes, sino à la que habian hallado en la isla de Haiti al final del primer viaje.

Despues de dos dias de descanso, se dirigieron á la isla Española, terminando aquella expedicion á través de las islas caribes que nadie hasta entónces habia visto y que tan erizadas estaban de peligros.

Como tal vez en el curso de esta historia, ó de algunas otras que se refieran al descubrimiento del Nuevo Mundo, tendremos ocasion de ver más de cerca y de conocer á fondo á los caribes, conviene á mi propósito, para dar una idea exacta de los hombres de esta raza, reproducir la opinion que acerca de ellos emite uno de los historiadores màs autorizados de Colon. (F)

"Es de todo punto probable, dice, que muchas de las pinturas que se nos han dado de esta singular raza de gente haya derivado su triste colorido del miedo de los indios y de las preocupaciones de los españoles.

"Las pruebas que se presentan de su canibalismo deben juzgarse con mucha circunspeccion, por lo descuidado é inexacto de las observaciones de los marineros y la preconcebida creencia del hecho que existia en los ánimos de los españoles.

"Era usanza general entre los naturales de muchas de las

islas y de otras partes del Nuevo Mundo conservar los restos de sus difuntos, parientes y amigos.

"A veces todo el cuerpo; otras la cabeza solo, ó algun miembro disecado; y otras, en fin, nada más que los huesos.

"Estos, cuando se encontraron en las viviendas do moraban los habitantes indígenas de la Española, contra quien no existia semejante preocupacion, se miraban regularmente como reliquias de los muertos conservadas por afecto ó reverencia; pero cualquiera de semejantes restos, hallados entre los caribes, se miraban con horror, como prueba de su canibalismo.

"El belicoso y altivo carácter de aquellos isleños, tan diferente del de las pusilánimes naciones que los rodeaban, y el ancho campo que daban á sus empresas y expediciones, como las tríbus errantes del Antiguo Mundo, debian necesariamente distinguirlos.

"Se les educaba en las armas desde su infancia.

"Tan pronto como sabian andar les ponian sus intrépidas madres el arco y flechas en la mano y les preparaban á tomar temprana parte en las arriesgadas empresas de sus padres.

"Sus atrevidas expediciones marítimas los hacian observadores é inteligentes.

"Los naturales de otras islas no sabian dividir el tiempo màs que en dia y noche, en sol y luna, miéntras éstos poseian algun conocimiento de las estrellas, por el que calculaban el tiempo y las estaciones.

"Las tradiciones que restan de su orígen, aunque de suyo inciertas y poco valederas, pueden hasta cierto punto comprobarse por hechos geográficos y abren una de las más ricas venas de curiosas investigaciones de que abunda el Nuevo Mundo.

"Se dice que emigraron de los remotos valles formados por las montañas Apalaches.

"Las primeras noticias que de ellos tenemos los representan con las armas en la mano, contínuamente empeñados en guerras, conquistando su camino y cuidando su morada, hasta que con el tiempo se encontraron al extremo de la Florida.

"Abandonando luego el continente del Norte, se pasaron á las Lucayas, y de allí gradualmente en el discurso de los años, de isla en isla, por aquella verde y dilatada cadena que eslabona los extremos de la Florida y de la costa de Paria, en el continente del Sur.

"El Archipiélago que se extiende de Puerto Rico á Tobago era su principal guarida, y la isla de Guadalupe su ciudadela.

"Desde aquel punto lanzábanse á atrevidas expediciones, llevando la guerra á todos los países circunvecinos, que amedrentaban con su presencia.

"Desembarcó multitud de ellos en el continente del Sur, y se apoderó de algunas partes de tierra firme.

"Se han descubierto tambien sus huellas muy en el interior del país, por donde fluye el Orinoco.

"Los holandeses hallaron colonias de ellos en las márgenes de Jkonteka, que desemboca en el Surinam, por el Esquivi, el Maroni y otros rios de Guayana; y en el país que riegan los caudales del Cayana, y aun parecia que avanzaron hasta las costas del Océano del Sur, donde entre los indígenas del Brasil habia algunos que se llamaban caribes, distintos de los otros indios por su valor, constancia, sutileza y arriesgadas empresas.

"El trazar las huellas de estas tríbus en sus emigraciones desde las montañas Apalaches, en el continente del Norte, por el grupo de islas que esmalta el Golfo Mexicano y mar Caribe, hasta la costa de Paria, y lo mismo por en medio de las vastas regiones de Guayana y Amazonia, á las remotas playas brasileñas, seria una de las investigaciones más curio-

sas de la historia primitiva y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interes para el Nuevo Mundo.»

El 22 de Noviembre llegó la escuadra al extremo oriental de Haiti, ó la Española, como la llamaba Colon.

Los navegantes estaban ya fatigados y anhelaban el momento de llegar al término de su viaje.

La idea de encontrar à los españoles que allí habia dejado Colon, les halagaba, y apénas supieron su proximidad, el desaliento cesó y el ánimo volvió á sus pechos.

Fué aquel el momento en que la escuadra se presentó á los atemorizados ojos de los vasallos de Guacanajari.

CAPITULO XLII.

Una revelacion dolorosa.

Durante la travesía ocurrió á bordo de la *Marigalante* una escena que conviene á mi propósito relatar, por tomar parte en ella dos personajes que sin duda alguna habrán despertado algun interes en el ánimo de mis lectores.

Oscurecido entre los tripulantes iba Américo Vespucio, más anheloso de hallar consuelo á los pesares de su alma que de asistir á los descubrimientos y recrear la vista con aquellas fértiles y pintorescas islas que parecian salir á recibir á las embarcaciones y á ofrecerles gigantescos ramos de flores.

En el mismo navío iba el paje que con tanto interes procuró embarcarse al servicio de Colon.

Tambien se hallaron en su rostro las huellas de una profunda tristeza.

Avidos los navegantes de descubrir tierra prometida, empleados otros en las faenas marítimas, apénas reparaban en ellos.

Pero esa especie de fluido magnético que el vulgo le define con el refran famoso de «Dios los cria y ellos se juntan,» les hizo reparar el uno en el otro y simpatizar, porque acaso en el fondo de su alma era uno mismo el pensar que sentian.

Una noche, reunidos los dos sobre cubierta estaban á muy corta distancia, apoyados sobre la galería del navío, bañando sus miradas en la melancólica luz de la luna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sas de la historia primitiva y derramaria torrentes de luz en puntos misteriosos que envuelven en tinieblas muchas cuestiones de alto interes para el Nuevo Mundo.»

El 22 de Noviembre llegó la escuadra al extremo oriental de Haiti, ó la Española, como la llamaba Colon.

Los navegantes estaban ya fatigados y anhelaban el momento de llegar al término de su viaje.

La idea de encontrar à los españoles que allí habia dejado Colon, les halagaba, y apénas supieron su proximidad, el desaliento cesó y el ánimo volvió á sus pechos.

Fué aquel el momento en que la escuadra se presentó á los atemorizados ojos de los vasallos de Guacanajari.

CAPITULO XLII.

Una revelacion dolorosa.

Durante la travesía ocurrió á bordo de la *Marigalante* una escena que conviene á mi propósito relatar, por tomar parte en ella dos personajes que sin duda alguna habrán despertado algun interes en el ánimo de mis lectores.

Oscurecido entre los tripulantes iba Américo Vespucio, más anheloso de hallar consuelo á los pesares de su alma que de asistir á los descubrimientos y recrear la vista con aquellas fértiles y pintorescas islas que parecian salir á recibir á las embarcaciones y á ofrecerles gigantescos ramos de flores.

En el mismo navío iba el paje que con tanto interes procuró embarcarse al servicio de Colon.

Tambien se hallaron en su rostro las huellas de una profunda tristeza.

Avidos los navegantes de descubrir tierra prometida, empleados otros en las faenas marítimas, apénas reparaban en ellos.

Pero esa especie de fluido magnético que el vulgo le define con el refran famoso de «Dios los cria y ellos se juntan,» les hizo reparar el uno en el otro y simpatizar, porque acaso en el fondo de su alma era uno mismo el pensar que sentian.

Una noche, reunidos los dos sobre cubierta estaban á muy corta distancia, apoyados sobre la galería del navío, bañando sus miradas en la melancólica luz de la luna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por primera vez oyó el paje nombrar al jóven que tantas simpatías le habia inspirado.

Américo fué á cumplir una órden que le habian dado y regresó poco despues al mismo sitio.

El paje estaba allí.

—Perdonad, caballero, pero he oido que os han nombrado hace poco, y segun recuerdo vuestro nombre es Américo Vespucio.

—Para lo que gusteis mandar.

—La Providencia nos ha reunido aquí.

—¿Qué decís?

—Que no en vano me habeis inspirado desde el primer momento grandes simpatías. Vos sufrís sin duda alguna; yo tambien sufro y esto nos ha hecho estimarnos sin conocernos.

—¿Vos, tan jóven, sufrís? dijo Américo reparando en el paje.

—Sufro y os necesito.

—¿A mí?

—Sí; tengo la órden de haceros una revelacion importante. Acaso despues que sepais todo lo que pienso deciros nazca en vuestra alma afecto para mí y sintais vos deseos de ampararme.

—Hablad, hablad; vuestras palabras despiertan mi curiosidad.

—Casi todos duermen, dijo el paje; velemos nosotros confiándonos nuestras penas. ¿Sois italiano? añadió.

—Sí; florentino.

—¿Habeis permanecido en Sevilla algun tiempo empleado en la factoría del duque de Médicis?

—No os equivocais.

—¿Ha sido vuestro jefe don Alfonso Orlini?

—¿Me conoceis entónces?

—No, á bordo os he visto la primera vez de mi vida, pero mucho ántes he oido hablar de vos.

—¿A quién?

—A Esperanza, añadió el paje bajando la voz.

Aquel nombre resonó en el corazon de Américo como un remordimiento.

—¿Esperanza habeis dicho?

—Sí; conozco vuestro secreto.

—Pero, ¿cómo os lo ha revelado?

—Antes de pasar adelante, para que tengais plena confianza en mí, os diré en breves palabras quién soy y qué circunstancias han impulsado á esa mujer á hacerme su confidente.

—Sí, sí, os lo ruego, porque ese secreto no debia conocerle más que Dios y nosotros.

—No soy lo que parezco, añadió el paje, y al daros esta prueba de sinceridad, imploro desde luego vuestra proteccion porque la necesito lo mismo que el secreto.

—Os empeño mi palabra.

—Pues bien, yo soy una mujer desgraciada.

—¡Una mujer!

—Sí, una mujer á quien un hombre ha hecho la màs infeliz del mundo, á quien ha engañado cobardemente, á quien ha dado su nombre y su mano para abandonarla y condenarla á un eterno martirio.

—¿Y cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Buscar á ese hombre que partió con Colon hace un año prometiendo volver, y ni ha vuelto ni siquiera ha mostrado su gratitud á su generoso protector, porque al volver á España de regreso de su primera expedicion quiso traerle y desertó para no volver, porque quiere mi ruina. La sed de venganza me ha obligado á tomar este traje, á proporcionarme un puesto en la servidumbre de Colon y arrostrar las inclemen-

cias del tiempo y las veleidades del mar para buscar á ese hombre y demostrarle "que quien á hierro mata á hierro muere."

Ahora que ya me conoceis, oid de qué manera he conocido á doña Esperanza, y sabed ademas algunas noticias que os sorprenderán de seguro, que aumentarán vuestra tristeza, pero que no tengo más remedio que daros, porque vuestra amada, creyendo que habeis tomado la resolucion de buscar el olvido en países lejanos:

—"Si le encuentras á bordo, me dijo al despedirse de mí, revélale cuál es mi estado."

—Hablad, hablad por compasion, exclamó Américo.

—En la mayor pobreza, despues de haber agotado todos los medios para que me amparasen algunos parientes, resolví descender á desempeñar el oficio de camarera con el fin de ganar el sustento y aguardar á que el malvado que me ha impuesto tan doloroso sacrificio regresase á cumplir su promesa.

Doña Esperanza oyó mis ruegos y me admitió á su servicio.

No tardé en conocer su buen corazon y le confié mi historia, logrando interesarla en mi favor y tratarme más como una amiga que como una criada.

Vos acababais de partir y no tardó en encomendarme la mision de averiguar vuestro paradero.

Yo conseguí saber que habiais partido á la córte, pero nadie pudo darme cuenta del objeto que á ella os llevaba.

Trascurrió el tiempo.

Doña Esperanza pasaba toda la noche en triste insomnio y durante el dia en la soledad.

Su esposo llegó á notar su estado, pero sin poder explicarse la causa.

Un dia me llamó doña Esperanza.

—"Isabel, Isabel, exclamó, necesito vuestro amparo.

—"¿El mio, señora?

—"Sí; es preciso que averigües á toda costa el paradero de Américo Vespucio y emplees todos los medios para hacerle venir de incógnito. Tengo que revelarle un secreto y pedirle su amparo, porque cuando mi esposo llegue á saber mi deslealtad, mi crímen, me matará y entónces ¡ah! entónces cometerá un doble asesinato.

Estas palabras horrorizaron á Américo Vespucio.

—¿Estaba en cinta?

—Sí.

—¿Y vos me buscasteis?

—Hice cuanto me fué posible para averiguar vuestro paradero: todo el mundo lo ignoraba. Habiais salido de Barcelona, pero nadie sabia el rumbo que habiais tomado.

Doña Esperanza queria pediros que la sacarais del lado de su esposo y la ocultaseis de las miradas de todo el mundo. Yo no cesé de dar pasos para buscaros, y una noche, noche fatal estábamos las dos en su aposento pensando qué hariamos para salvarla del inminente riesgo que corria, cuando de pronto se apareció á nuestra vista como un fantasma amenazados el indignado esposo, que con severo acento y sombría mirada:

—Salid al punto de mi casa, me dijo.

—Y vos, añadió dirigiéndose á doña Esperanza, teneis que darme cuenta de mi honor.

Yo partí atemorizada.

Si nos habia escuchado, tenia motivo para saberlo todo y entónces, ¡ah! entónces la muerte de mi ama era segura.

—¿No la defendisteis?

—No tuve más remedio que obedecer las órdenes de don Alfonso; pero aunque salí de la habitacion no abandoné la casa, y detrás de la puerta asistí á la terrible escena que allí tuvo lugar.

Doña Esperanza se arrojó á los piés de su esposo

—«Matadme por piedad, le dijo, soy una miserable, he delinquido, he arrojado por el suelo vuestro honor, lo he pisoteado, soy indigna de làstima. ¡Por Dios! matadme, matadme, si no quereis que el dolor me mate á vuestra vista.

—«No, exclamó don Alfonso, no quiero matarte. El fruto de ese amor criminal que bulle en vuestras entrañas es inocente. Dios no me perdonaria su muerte. Vivid, vivid para que él nazca; pagad la deuda que le debeis dándole vuestro seno: despues que ya no os necesite, sufrireis mi castigo. En este instante quedan rotos para siempre los lazos que nos han unido. Yo debí comprender que esto me sucederia, porque quien siembra beneficios en corazones ingratos recibe en pago llanto y amargura. No os perdono, no puedo perdonaros; vuestro castigo será mayor queriendo, como quiero, que volvais al lado de vuestros padres, para que allí, en su presencia, sufrais su abominacion. Os dejaré á su lado, y partiré, partiré para ocultarme en la soledad, en el retiro, hasta que llegue el dia de mi venganza, hasta que pueda clavar este puñal en vuestro seno y sepultarle despues en el mio. Os condeno á vivir.»

Don Alfonso partió sin verme, y yo pude entrar á prestar socorro à doña Esperanza.

Me comunicó las órdenes que acababa de recibir de su esposo, y con lágrimas en los ojos, de rodillas:

—«Buscad á Américo Vespucio, buscadle por Dios, referidle lo que me pasa, y decidle que si quiere salvar à su hijo' al ménos que me busque: voy á Florencia. En la casa de mis padres me hallará, si Dios quiere.»

Yo partí á obedecer sus órdenes.

Dos dias despues debia salir la escuadra de Colon.

Pensé en mí ántes que en doña Esperanza, y tomando este disfraz procuré entrar al servicio del almirante.

¡Dios ha querido que pueda cumplir la voluntad de mi infeliz señora, á quien no olvidaré nunca!

En cambio solo os pido vuestra amistad, vuestra proteccion.

Américo quedó consternado al oir las noticias que acababan de darle.

Esperanza sufria, Esperanza era madre, y él, en vez de buscarla, se alejaba, iba á tierras desconocidas; ¡solo Dios sabia el porvenir que le estaba reservado!

Todos sus esfuerzos para volver entónces eran inútiles.

Hubo un momento en que solo pensó en la muerte como el único consuelo que le quedaba.

—No; tengo un hijo, exclamó, viviré para él, yo le buscaré, yo salvaré de la muerte á su madre, yo redimiré mi culpa.

Pero esta resolucion no amenguó en nada á su pena.

Ni participaba de las alegrías ni de las zozobras de sus compañeros.

Lo único que deseaba era una ocasion propicia de regresar à las playas en donde por causa suya sufria la mujer á quien más amaba en el mundo.

Tal vez por esto su nombre, célebre despues en los fastos de la historia de América, permaneció oscuro en aquella segunda expedicion, en la que no representó más papel que el de simple soldado.

Pero habia prometido á Isabel Monteagudo ampararla como una prueba de la gratitud que le debia, y estos eran los dos únicos móviles que le animaban en los momentos en que la escuadra de Colon tocó en el confin oriental de la isla de Haiti.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLIII.

Tristes presagios.

Grande era la animacion que reinaba entre los navegantes al saber por Colon y por aquellos de los marineros que le habian acompañado en el primer viaje que estaban próximos á la isla Española, en donde sus hermanos les aguardaban con impaciencia, tanto para estrecharlos contra su corazon como para informarles de las costumbres y los usos de los indígenas, de la magnificencia y riqueza de sus minas y de las ricas especias y demas productos que ya habian descubierto al explorar el territorio de Guacanajari.

Colon mismo, que profesaba á aquellos hombres que le habian acompañado en su primera expedicion un cariño verdaderamente fraternal, que no dejaba de pensar en ellos un solo instante, anhelaba por momentos encontrarlos; y aunque algunos indios de aquella costa fueron hasta el navío almirante en nombre de sus caciques á pedir á Colon que desembarcase, ofreciéndole grandes cantidades de oro, que ya sabian que era lo que más agradaba á los europeos, no quiso detenerse y continuó costeando la isla.

En aquellos momentos, á bordo de una de las carabelas, sucumbió uno de los soldados que habian peleado con los caribes, y que habia vuelto á la embarcacion con una herida ponzoñosa.

Se dispuso que fuera conducido en un bote á la playa para enterrarle allí.

Dos carabelas se acercaron todo lo más que pudieron á la orilla para proteger á la tripulacion, en tanto que se llevaban á cabo las honras fúnebres de aquel infeliz.

Nuevas canoas condujeron indios hasta las embarcaciones, y todos suplicaban á Colon que se detuviese y saltase en tierra.

El almirante les hizo varios regalos; pero no quiso detenerse hasta llegar al puerto de la Navidad.

Al fin llegó al golfo de las Flechas, donde habia tenido lugar el primer encuentro con los indígenas, y una vez allí dispuso que uno de los jóvenes indios que le habian acompañado á España, ricamente ataviado con traje á la europea, desembarcase y fuese noticiando á todos los habitantes del país lo que habia visto y los buenos deseos que llevaba Colon.

El indio prometió cumplir aquella órden.

Pero la historia dice que jamas volvió á aparecer aquel hombre.

Tal vez al reconocer las florestas donde habia pasado la niñez se despojó de sus ricos trajes para ser otra vez lo que habia sido, y por lo tanto no le pudieron reconocer los españoles. Tal vez, víctima de la envidia de sus compatriotas, murió asesinado por alguno de ellos.

No quedaba á las órdenes de Colon más que otro indio que habia tomado el nombre de Diego, y que profesaba un respeto profundo y un amor entrañable á su protector.

Era un jóven lucayo de los primeros que habia recogido el almirante en la isla de Guanahani.

El 25 ancló Colon en el puerto de Monte Christi, porque queria visitarle de nuevo para ver si tenia buenas condiciones y para establecer allí una colonia cerca del rio que en su

primer viaje habia bautizado con el nombre del Rio del Oro.

Envió á explorar el terreno á un capitan con algunos soldados, y éstos al volver le dijeron que habian hallado en la orilla el cadáver de un hombre con una cuerda de esparto atada al cuello, los brazos extendidos, y atada á la muñeca una cruz de tosca madera.

Por más que habian hecho no habian podido cerciorarse de si pertenecian aquellos restos á algun indígena ó á algun europeo.

La noticia alarmó sobremanera al almirante, y al otro dia dispuso nuevas exploraciones.

Nuevos cadáveres hallaron en la tierra sus emisarios, y entre ellos uno que aún tenia las barbas, lo que indicaba que era español.

Negras dudas oscurecieron el risueño horizonte que se habia presentado en la imaginacion del ilustre genovés.

A partir de aquel momento, su anhelo de llegar al puerto de la Navidad fué mayor, y aun cuando en toda la costa salian indios á saludarle con alegría y á mostrarse muy confiados en su presencia, lo cual era indicio de que no habian cometido ninguna traicion, porque de lo contrario hubieran manifestado temor al verle, aceleró la marcha para disipar las dudas que abrigaba ó convencerse de la triste realidad que presentia.

El 27 de Noviembre al anochecer se encontró al frente del puerto de la Navidad, y como conocia los muchos peligros del pasaje, por las muchas rocas que habia en el puerto, ancló á cosa de una legua de distancia de la orilla.

Las sombras de la noche le impedian divisar la fortaleza, y la isla se le aparecia como una masa informe y negra.

Pero no podian aguardar hasta la nueva luz para satisfacer su ansiedad.

Nada más natural que dar á conocer su llegada á los españoles por medio de un cañonazo.

Ellos contestarian desde el fuerte, y entónces sabria á qué atenerse.

La carabela capitana disparó dos cañonazos, y el eco repitió mil veces su estruendo pavoroso.

Un silencio sepulcral reinó en torno de las embarcaciones.

Todos los tripulantes estaban sobre cubierta aguardando con ánsia un disparo que respondiese al suyo, ó cuando ménos alguna luz, algun indicio que les diese á conocer la presencia en el fuerte de sus hermanos.

Trascurrieron algunos minutos.

Pasó una hora.

La carabela repitió los cañonazos.

Nada se oyó.

Ni una luz, ni un indicio apareció en el fuerte.

En torno de las embarcaciones reinaba un silencio sepulcral.

¿Qué podia suceder?

A media noche vieron algunos una canoa que caminaba rápidamente con direccion al sitio que ocupaba la escuadra.

Los que la tripulaban, al acercarse á la primera carabela, preguntaron por el almirante.

Los marineros indicaron á los indios el buque de Colon.

Se acercaron á él, é invitados por los marineros de la *Marigalante* á que subieran á bordo, dijeron al intérprete que no subirian hasta convencerse de que Colon estaba allí.

El gran hombre corrió á la galería del buque, y al mismo tiempo que con una tea alumbraba un marinero su figura:

—Soy yo, subid, subid, les dijo.

El intérprete tradujo aquellas palabras, y los indios, manifestando una inmensa alegría, subieron á la carabela.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lo primero que hicieron al hallarse en presencia de Colon, fué ofrecerle dos máscaras adornadas con oro y piedras preciosas.

Pero sin hacer caso entónces de aquellos ricos metales, el almirante, que deseaba vivamente noticias de los españoles, preguntó por ellos.

El rostro de los indios al saber aquella pregunta por el intérprete Diego, pareció entristecerse.

Articularon algunas palabras y el indio de Guanahani dijo á Colon:

—Cuentan que muchos de ellos han muerto naturalmente; que otros han sucumbido á manos de sus mismos hermanos en una lucha que entre ellos han tenido, y añaden que los otros se han retirado de la fortaleza guareciéndose en un punto de la isla á donde cada cual ha llevado en su compañía muchas mujeres de los indios.

—¿Y como ha consentido Guacanajari eso? preguntó indignado Colon.

—No ha podido evitarlo, le contestaron; atacado por Caonabo, el audaz y valiente cacique de las montañas del Cibao, ha tenido lugar en la isla una encarnizada lucha. Los bosques han sido incendiados; en el combate han perecido muchos, y el mismo Guacanajari cayó herido en medio de la pelea; por eso no ha venido á saludar á su amigo, á su protector, á dar la bienvenida al almirante.

La lucha era reciente.

Todavía humeaba la incendiada floresta; todavía regaba la sangre las llanuras de Haiti; todavía habia en el indómito corazon de Caonabo la sed de venganza.

En medio de aquellas tristes nuevas no se alarmó Colon, porque la actitud de los indios demostraba que si los españoles habian sufrido la muerte no habia sido por efecto de odiosidades é intrigas de los naturales.

Aún conservaba buena amistad con Guacanajari; por otra parte, segun le habian dicho, vivian diseminados en la isla los españoles que habian quedado vivos, y no dudaba que al saber su llegada correrian á su encuentro para explicarle lo que habia pasado y ponerse de nuevo á sus órdenes.

Estas creencias las trasmitió á los tripulantes y todos recobraron la calma.

Agasajaron á los indios que habian ido á llevarles aquellas noticias, y aquella misma noche partieron de la costa prometiendo ir al siguiente dia por la mañana para guiar á los hijos del cielo á la morada en donde yacía herido Guacanajari.

¡Con qué afan esperaron la aurora aquellos hombres!

Pero brilló la aurora, pasó el dia, y cada vez aguardaban con más ánsia la llegada de los indios que habian de conducirlos á la presencia de Guacanajari.

Tendieron la vista por la isla, y su aspecto era aterrador Reinaba en toda ella un fúnebre silencio.

La sombra de la muerte parecia extenderse sobre aquel panorama tan risueño ántes, tan seductor, tan espléndido.

Cansado de esperar, envió Colon un bote hasta la orilla para que se informasen los que en él iban de lo que pasaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO LXIV.

Donde Colon, despues de saber la catástrofe de la fortaleza de la Navidad, duda de Guacanajari y se convence de su amistad.

Entre los tripulantes del bote iba el paje de Colon, en quien ya hemos reconocido á Isabel Monteagudo.

Se desembarcó con los demas, y uno que habia estado ántes en Haiti se dirigió á la fortaleza.

Todos quedaron consternados en presencia del espectáculo que se apareció á sus ojos.

El fuerte era un monton de ruinas.

Todo indicaba que los habitantes de la fortaleza habian sido atacados, sitiados y destruidos.

Dirigieron la vista en torno suyo para ver si descubrian algunos indios, y no hallaron ninguno.

Dos de ellos, sin embargo, por órden de Guacanajari, los espiaban desde cierta distancia ocultos entre los árboles.

Descubiertos al fin, se encaminaron hácia ellos los españoles, pero los indios huyeron despavoridos.

Removiendo la tierra y los escombros, hallaron algunos cadáveres horriblemente mutilados.

Isabel vió en la crispada mano de uno de ellos un fragmento de papel, y á pesar de su debilidad femenil, impulsada por un secreto movimiento, lo arrebató de sus manos.

En él pudo leer:

»*Morimos víctimas de una horrible traicion de Alon....*»

El pedazo de papel en donde habia sido escrito el resto de aquel nombre faltaba.

Isabel lo adivinó.

Pero lo guardó cuidadosamente, sin dar cuenta á sus compañeros del hallazgo.

Otro de ellos encontró un pedazo de papel en donde se leia:

"....*so Velez de Guzman.*"

Era el resto del que Isabel habia encontrado.

Con estas noticias, y con aquel fragmento de papel, volvieron los tripulantes á la carabela capitana à dar cuenta á Colon del triste resultado de sus exploraciones.

No atreviéndose á dar crédito á tantas desventuras, él mismo, seguido de su estado mayor, dejó la escuadra en el puerto, y en los botes se dirigió con los demas á la orilla.

Desgraciadamente era cierta la muerte de sus hermanos, de sus amigos.

Pero, ¿á manos de quién habian perecido?

¿Serian verídicas las noticias que acerca de su mala conducta le habian dado?

Mandó de nuevo disparar los arcabuces, para que si sobrevivian algunos, al oir los disparos, acudiesen á darle cuenta de lo que sucedia.

El papel que le habian presentado le hizo pensar.

Allí se hablaba sin duda alguna de Alonso Velez, del navegante que habia desertado en los últimos momentos.

¿Era él la causa de todo?

¿Vivia aún?

¿Qué significaba aquello?

Todo eran dudas para Colon.

—Estad seguro, le dijeron algunos, de que ese rey á quien creeis tan amigo nos ha vendido.

—Si le conocierais como yo, no pensariais del mismo modo.

—Todo al ménos indica que sabe lo ocurrido y teme vuestra presencia.

—¿No habeis oido decir que tambien él ha sido víctima y que está herido? Ved los bosques: el fuego los ha talado. ¿Por qué no creer que algun enemigo suyo, aprovechando nuestra ausencia, se ha revelado contra él, y que nuestros hermanos han sufrido tan triste suerte por defenderle?

Colon queria conservar la esperanza que le inspiraba la amistad de Guacanajari.

Antes de partir habia dado órden á Arana y á los demas que le acompañaban para que, en caso de peligro, enterrasen el oro que tuvieran en un pozo que habian cavado dentro de la misma fortaleza.

Para ver si habian cumplido sus órdenes y tenia un nuevo indicio, mandó hacer excavaciones, dispuso que se desaguara el pozo, y miéntras tanto envió algunos botes á explorar los alrededores, tanto con el objeto de que averiguaran si existia aun alguno de los que habian quedado en la fortaleza, como para que buscasen un terreno á propósito para levantar otro fuerte.

Los habitantes de las chozas habian huido, llevándose consigo cuantos objetos tenian; pero en algunas de ellas encontraron piezas de ropa de los europeos, armas y otros objetos de su uso.

Mandó á sus emisarios que si encontraban algunos indios les tratasen muy bien, les ofreciesen regalos y que les diesen á entender que volvian animados de los mejores deseos en su favor.

Dispuso ademas que uno de los capitanes, Melchor Maldonado, fuera en su carabela á recorrer la costa oriental, y miéntras tanto regresó Colon con los suyos á su navío, muy abatido y sin saber al pronto qué resolucion tomaria en vista de aquellos sucesos.

A la caida de la tarde los que iban en los botes vieron algunos indios, y haciéndoles señales amistosas lograron que se acercaran, y les dieron algunas noticias que estaban contestes con las que les habian dado los que fueron en las canoas á buscar al almirante la misma noche en que llegaron á la vista del puerto de la Navidad.

Otra carabela tripulada por dos indios salió al encuentro de la tripulada por Maldonado.

Le dijeron que iban de parte de Guacanajari para anunciarle que fuera á visitarle al paraje donde estaba enfermo.

Maldonado, que era audaz y deseaba á toda costa complacer à Colon, desembarcó con dos ó tres en la misma canoa de los indios, fué á tierra y ellos le condujeron hasta la estancia donde Guacanajari se encontraba muellemente recostado en su hamaca.

Maldonado recibió los mayores agasajos del rey, el cual pareció lamentarse profundamente de la desgracia de los españoles, dándoles á entender que habia hecho lo posible para defenderlos.

Al mismo tiempo le mostró la herida que tenia en un pié, lamentàndose de aquella causa que le retenia en el lecho impidiéndole ir á visitar al almirante, á quien deseaba ver.

—Pedidle en nombre mio que venga, que venga pronto, deseo hablarle, deseo que conozca mi sinceridad.

Maldonado partió prometiendo que el almirante iria y Guacanajari dispuso que se diesen á los europeos que estaban allí varias piezas de oro.

El capitan regresó aquella misma noche con su carabela al punto que ocupaba la escuadra, manifestó á Colon el resultado de su entrevista con Guacanajari; y coincidiendo las noticias que trajo con las que le habian dado ántes los que habian salido en los botes á explorar la costa, resolvió el almirante

ir al dia siguiente con el doctor Chanca, médico de la armada y con lo más brillante de su séquito, á visitar al rey de Haiti.

Convenia á su propósito hacer ostentacion en su presencia de las numerosas fuerzas que entónces llevaba, y al efecto dispuso que le siguieran todos los oficiales superiores vestidos con sus ricas armaduras, gran número de soldados y todos sus pajes y servidumbre con espléndidos atavíos.

La comitiva encontró al paso gran número de indios.

Por lo visto habia cesado su incertitumbre, su temor; tal vez Guacanajari les habia dado á entender que Colon iba á verlos amistosamente, y el deseo de obtener su perdon en unos, en otros la curiosidad por ver el espectáculo que ofrecian á sus ojos aquellos guerreros, ver aquellas carabelas mucho más numerosas y de mayor porte, les hacia acudir á saludar á los europeos, ofreciéndoles cada cual lo que tenian: loros, objetos de algodon, y algunos, los más ricos, fragmentos de oro.

Guacanajari, que al dolor que experimentaba por la derrota que habia sufrido en su lucha con Caonabo y los demas caciques del Cibao, unia el profundo temor que despertaba en él la idea de que Colon le exigiese cuenta por haber faltado al juramento que le habia hecho, y lo que aun era más triste y angustioso para su corazon, la pérdida de aquel tesoro inestimable, la imágen de la Vírgen, que una mano traidora le habia arrebatado.

Cuantos esfuerzos hizo para saber dónde habian ocultado su tesoro habian sido inútiles.

Su derrota, su desdicha, la atribuia á la desaparicion de aquella adorada imágen, que era su númen tutelar.

Pero al saber por Maldonado que los europeos habian creido las noticias que les habian dado los indios que habian llegado hasta las embarcaciones por órden suya; al saber que Colon, léjos de desear vengarse de él, se habia condolido de su suerte y se aprestaba á visitarle, dió tregua á sus pesares y recibió con verdadera alegría al hijo de los cielos, á su protector, á su amigo.

Recostado sobre la imperial hamaca, rodeado de su servidumbre, hizo los mayores esfuerzos para levantarse al ver á Colon, majestuoso como siempre, avanzar al frente de los suyos hasta la régia choza que le cobijaba.

Colon, ántes de dirigirle la palabra, le miró atentamente y vió que resbalaron por sus mejillas algunas lágrimas.

—No, no es traidor, se dijo, es víctima sin duda como mis desgraciados compañeros.

Y acercándose á él le tendió su mano, que el rey de Haiti besó con veneracion y cariño.

Su llegada fué saludada por los indios con músicas de las que ellos empleaban en las grandes solemnidades.

Diego, el indio de Guanahani que le servia de intérprete, y que tan adicto era á Colon, preguntó á Guacanajari en nombre de su amo la verdad acerca de la suerte que habian sufrido los españoles.

Guacanajari refirió todo lo que habia ocurrido, todo lo que en los capítulos anteriores han visto mis lectores.

—Rey Guacanajari, dijo Colon despues de oir su relato, tú has sido bueno, tú has cumplido tus juramentos hasta el último instante, has derramado tu sangre y la de tus vasallos en defensa de mis hermanos, has cumplido como leal y como valiente, pero la fortuna te ha abandonado y has caido en los brazos de la desgracia; no es mi encono, sino mi proteccion lo que mereces. Yo te vengaré de tus enemigos. Caonabo y sus guerreros no volverán á sentar la planta sobre tu territorio; yo te defenderé de ellos, yo les venceré, yo les castigaré.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estas palabras, traducidas titeralmente por el intérprete, produjeron una inmensa alegría en todos los circunstantes.

Los butios avanzaban lentamente hácia el sitio donde estaba Colon, y le presentaron en nombre de su rey y señor, Guacanajari, una corona de oro que durante su ausencia y por órden suya habian fabricado los indios más hábiles para ofrecérsela.

Como si esto no fuera bastante le presentaron ademas gran número de barras del mismo metal, y ochocientas piedras sagradas de las que llamaban cibas, y ademas tres calabazas pequeñas llenas de polvo de oro.

Colon por su parte hizo que sus pajes ofreciesen á Guacanajari cuentas de vidrio, cascabeles, agujas, alfileres, navajas, espejos pequeños, lentejuelas y otros adornos de cobre, metal que los indios preferian al oro.

A primera vista cualquiera pensaria que los indios eran los engañados.

Y, sin embargo, más dignos de invidia eran aquellos infelices que no conocian el valor del oro, que los que atravesaban tantas leguas de mar y desafiaban las iras del Océano para buscar con tanta codicia lo que casi con desprecio les ofrecian los indios.

Despues de verificarse aquellos cambios:

—Ahora lo que más deseo, dijo Colon, es vuestra salud, y para que la recupereis va á examinar vuestra herida el médico de la armada.

La herida del soberano de Haiti habia sido producida en el muslo izquierdo por una flecha.

Guacanajari consintió en que la examinase el doctor Chanca, y al quitarle los vendajes que llevaba no halló el doctor síntomas graves, por màs que al tocarle en ella se estremeciese, dando á entender que sufria mucho.

Al lado de Colon estaba el padre Boil, uno de los misioneros que le habian acompañado en la expedicion, hombre en extremo meticuloso, que, sin saber por qué, habia formado mala idea de los indios.

Pensó que la enfermedad del rey era una farsa, tal vez un lazo que iba á tenderles, y formó una opinion que dió lugar á grandes disidencias entre los europeos.

El doctor se comprometió á curarle en breves dias, y Colon le anunció que en cuanto estuviese bueno iria á buscarle para que con aquellos de sus vasallos que designara, fuera à visitar las embarcaciones que estaban en el puerto.

Esta visita convenia muchísimo á sus planes.

Guacanajari quiso que se hospedaran los españoles en la isla.

Pero Colon, á pesar de que no tenia recelo alguno, prefirió permanecer con los suyos en la carabela hasta cerciorarse por completo de todo lo que habia pasado y adoptar las medidas necesarias para castigar á los culpables y captarse de nuevo la voluntad y el afecto de los inocentes.

Aquella noche estalló á bordo, si no una conjuracion, por lo ménos un partido que se oponia por completo à la política conciliadora que Colon estaba resuelto á plantear en la isla de Haiti.

Vamos á ver lo que pasó.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLV.

Disidencias.

El padre Boil era un hombre á quien la historia atribuye un espíritu vengativo. (G)

Tal vez haya pasion en este juicio.

Pero la verdad es que, ávido, como todos los que formaban parte de la expedicion, de hallar en aquellos países, si no tesoros, que por su condicion eclesiástica no los necesitaba para nada, al ménos sumision y obediencia de aquella poblacion que iba á recibir la luz del Evangelio, sufrió un desengaño.

Antes de embarcarse habia concebido la idea de que apénas llegase al Nuevo Mundo encontraria masas inmensas anhelosas de saber las verdades de la religion y considerarle como un enviado del cielo.

La sed de dominio le habia hecho figurarse que, no solo los habitantes de aquel país desconocido, sino hasta los mismos capitanes, soldados y marineros de la escuadra, le considerarian como un prelado, y le tributarian las mayores atenciones y respetos.

Su imaginacion le habia hecho creer que hasta el mismo Colon le respetaria, y á cada instante se decia:

—Si él es el jefe civil de la expedicion, yo soy el jefe religioso.

Nadie puede negar á Colon el sentimiento de la fe.

Habia sufrido mucho, como mis lectores saben, y en todas las ocasiones habia visto á la Providencia acudir en su auxilio.

No era la sed de riquezas ni de honores lo que principalmente le llevaba á acometer aquellas arriesgadas empresas.

En medio de su grandeza no olvidaba que Martin Carrasco, su antiguo amigo, convertido en religioso, habia ido á velar las sagradas reliquias del nacimiento del cristianismo en Jerusalen, y su mayor deseo era arrebatar de las manos de los musulmanes el sepulcro de Cristo, los Santos Lugares.

Pero conocia perfectamente que para subyugar á aquella multitud de hombres que le acompañaban léjos de su metrópoli no tenia màs recurso que la energía de su carácter y la bondad de su trato; por otra parte, no era uno de esos hombres que reciben impulso.

Pertenecia al número de los que lo dan, y natural era que, aunque tratase con consideracion al padre Boil y á los demas eclesiásticos que le acompañaban, no les consultase sus resoluciones ni tomase en cuenta sus consejos en lo relativo al gobierno de la escuadra y á la política que con los natureles de los países que iba á conquistar empleaba.

Desde el principio habia disgustado mucho al padre Boil la preponderancia que á todas luces tenia sobre él Colon, y en todas sus conversaciones, cuando los capitanes de los buques elogiaban el arrojo de Colon, cuando aplaudian sus conocimientos náuticos, procuraba con mónita rebajar su mérito y presentarle únicamente como un hombre afortunado.

Sufria con paciencia, sin embargo, porque sabia que no contaba con fuerza para oponer su prestigio al de Colon, y allá en el fondo de su pensamiento se prometia gran prestigio sobre los indios para tenerlos á su favor, para que le obedeciesen en todo ciegamente, y tener ocasion de esta manera de

probar á Colon que más que la fuerza de que disponia podia el sentimiento religioso arraigado por él en el alma de los indígenas.

Pero la primera noticia que tuvo de aquella raza desconocida, echó por tierra en cierto modo sus propósitos.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos en la Guadalupe, aquellas chozas que acompañado de los soldados y los marineros visitaba, con sus fúnebres adornos, produjeron en él una impresion tristísima.

¿Qué podia esperarse de aquellos hombres que adornaban las paredes de sus casas con las piernas y los brazos de sus víctimas, que devoraban á sus compañeros, que no tenian más ocupacion que la de invadir las islas vecinas, talar los campos, robar las viandas, cautivar á las mujeres de sus enemigos y hacer de éstos su sabroso manjar?

Todas estas contrariedades le tenian de un humor negro; pero se callaba cuando el mismo Colon ó algun otro de los que le habian acompañado en el primer viaje aseguraban que los indios de Haiti eran el reverso de la medalla.

Colon habia pintado la bondad, la mansedumbre, la generosidad de Guacanajari y de sus súbditos de una manera que hacia creer á todos, que llegar ellos y convertirlos en sus siervos seria todo uno.

Pero las descripciones de Colon contrastaban con el silencio que reinaba en el fuerte de Navidad, cuando al estar á su vista dispararon las carabelas los cañonazos de aviso; contrastaban con las noticias que algunos indios les habian dado acerca del desastroso fin que por su culpa habian tenido los españoles; contrastaban, por último, con el espectáculo que se apareció á su vista al hallar la fortaleza convertida en un monton de escombros, al saber que no existia ninguno de los españoles que habian quedado allí.

El padre Boil acompañó á Colon en su visita á Guacanajari, y la impresion que recibió de ella fué que los indios de la isla no eran feroces como los caribes, pero sí astutos y engañadores.

Al volver reunió á los frailes que le acompañaban y les habló de esta manera:

—No lo dudeis, la herida de ese rey es pura patraña. En mi concepto no ha habido tal combate.

Guacanajari es muy taimado; habrá comprendido que nuestro único deseo es apoderarnos de sus dominios, arrebatarles el oro que guardan en sus entrañas las minas que poseen, y comprendiendo que su fuerza no es bastante para contrarestar la nuestra, la sustituyen con la falsedad.

El, solo él y los suyos han asesinado cobardemente á los españoles; solo él y los suyos han destruido la fortaleza; y si han incendiado los campos, y si algun herido nos han presentado, y si el mismo rey finge haber quedado fuera de combate, es porque despues de haber realizado sus designios han temido nuestro enojo, y quieren por medio del fingimiento captarse otra vez nuestra voluntad para repetir la sangrienta escena con que, más que nuestra amistad, han excitado nuestro enojo.

Un deber de conciencia nos obliga á protestar enérgicamente, á demostrar á Colon, que sin duda cegado por la gloria de sus conquistas cree que son amigos los indios de esta isla, el error que padece; á hacerle ver que nosotros más desimpresionados, màs serenos, con el convencimiento que da la observacion contínua y el estudio profundo del corazon humano, hemos averiguado que son unos traidores, que estamos convencidos plenamente de que no es la mansedumbre ni la caballerosidad la política que conviene emplear con ellos, sino el duro castigo, para que sean obedientes y se sometan á

nuestra voluntad, para que podamos dominarlos por completo y hacer triunfar los santos principios que venimos á inculcarles nosotros, en tanto que los soldados cumplen la mision política que los reyes les han confiado al enviarlos aquí.

Los demas eclesiásticos participaban de la opinion de su jefe, y procuraron inculcarla en el ánimo de los oficiales y soldados que iban á bordo de los buques.

Su opinion halló ardientes sostenedores.

Solo los que habian estado ántes con Colon aseguraban á los que dudaban de la lealtad de Guacanajari, que estaban completamente equivocados.

Sin embargo, los que màs admiraban la pericia, el valor y las grandes cualidades de Colon, estuvieron á punto de dudar de él y de atribuir á debilidad de carácter lo que no era en su ánimo más que el deseo de obtener con la maña y el tacto lo que difícilmente podia conseguir por la fuerza, porque quinientos hombres no bastan para poder arrebatar la independencia de una nacion entera.

Los capitanes más distinguidos por Colon, el mismo Alonso de Ojeda, que por su valor y su franqueza de carácter se habia captado las simpatías del almirante, se acercaron á él, le manifestaron sus temores y sus deseos, pero sin conseguir alterar en lo más mínimo la inquebrantable resolucion que habia tomado el ilustre marino.

Viendo lo inútil de sus esfuerzos y haciendo aquello caso de conciencia, el padre Boil, con la mayor solemnidad, seguido de los eclesiásticos y acompañado de algunos capitanes, pidió una entrevista á Colon, y con el asentimiento de todos le expuso sus temores, y aprovechando aquella ocasion para desahogar un tanto su amor propio herido:

—Permitidme, añadió, en gracia del carácter que revisto, que me atreva á daros algunos consejos. Nadie mejor que yo

comprende hasta qué punto es necesario ser generoso con los débiles. Pero cuando los débiles, para adquirir la fuerza que no tienen, recurren á la astucia y emplean malos medios, es necesario no darles pretexto para que califiquen de debilidad la excesiva condescendencia, y como yo no dudo que Guacanajari es un traidor que ha derramado la sangre de nuestros hermanos, que trata de vendernos, que nos odia á muerte, creo que debo aconsejaros que reemplaceis la bondad con la severidad y el castigo.

Sois nuestro jefe, os debemos todos obediencia; pero cualquiera que sea la resolucion que tomeis, si no es la que os aconsejo y la que conmigo os aconsejan todos, al ménos permitidnos que protestemos para no ser responsables de lo que ocurra.

No se ocultó á Colon el verdadero móvil del padre Boil.

Pero comprendió que en presencia de los suyos no debia desprestigiarle.

—Sois un docto varon, le dijo, un prelado á quien respeto y á quien aprecio. Conozco las virtudes que atesora vuestra alma, y grande es el peligro en que creeis que nos hallamos cuando un hombre tan santo como vos me aconseja la ira en vez de aconsejarme la moderacion.

Pero respetando vuestras creencias, atribuyéndolas, como las atribuyo, á los mejores deseos, permitidme que no siga vuestros consejos.

Conozco demasiado á estas gentes.

Son generosos, son afables, son incapaces de cometer traicion alguna: no es con ellos con los que tenemos que luchar; al contrario, necesitamos su apoyo para poder atacar á los otros caciques más formidables, más traidores, más enemigos nuestros, y en todo caso lo que aconsejan los intereses y la política que venimos aquí à sustentar, es debilitarlos entre

sí para aliarnos unas veces con unos, otras con otros, recibir su apoyo, y de este modo conquistar para nuestros reyes estos dominios, que es mi mision, y extender en ellos la religion cristiana, que es la vuestra.

—Oidlo todos, dijo á los que estaban presentes, esta es mi resolucion, y si no quereis que considere vuestra actitud como una desobediencia, es necesario que acateis en todo mis intenciones.

Hoy somos amigos de Guacanajari, amistad le debemos: como amigo quiere que le trateis.

La entereza con que habló Colon y las razones políticas que habia dado, convencieron á los soldados y obligaron á los eclesiásticos á conformarse con la resoluccion del almirante.

CAPITULO XLVI.

Visita de Guacanajari á la escuadra española.

Las noticias que habia Recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte, sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el dia señalado à visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecian á primera vista un cuadro sorprendente.

Los indios, que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podian ménos de contemplar con admiracion aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlos con el rayo, se complacian en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

sí para aliarnos unas veces con unos, otras con otros, recibir su apoyo, y de este modo conquistar para nuestros reyes estos dominios, que es mi mision, y extender en ellos la religion cristiana, que es la vuestra.

—Oidlo todos, dijo á los que estaban presentes, esta es mi resolucion, y si no quereis que considere vuestra actitud como una desobediencia, es necesario que acateis en todo mis intenciones.

Hoy somos amigos de Guacanajari, amistad le debemos: como amigo quiere que le trateis.

La entereza con que habló Colon y las razones políticas que habia dado, convencieron á los soldados y obligaron á los eclesiásticos á conformarse con la resoluccion del almirante.

CAPITULO XLVI.

Visita de Guacanajari á la escuadra española.

Las noticias que habia Recibido Guacanajari acerca del gran número de buques que habia llevado Colon aquella vez, le hacia arder en deseos de cumplir cuanto ántes la palabra que habia dado al almirante de ir á visitarle.

Por otra parte, sabia que á bordo de los buques estaban encadenados algunos caribes, y como para ellos los habitantes de las islas que acababa de explorar Colon eran los enemigos más temibles y formidables que podia haber en la tierra, contemplar los prisioneros era un goce que nunca habia disfrutado.

Mejorado de su herida, aunque todavía resintiéndose de ella, fué con su comitiva el dia señalado à visitar la escuadra.

El almirante habia dispuesto que los buques se formaran en línea, así es que ocupaban un gran espacio en el mar, y ofrecian á primera vista un cuadro sorprendente.

Los indios, que se habian asombrado al ver por la primera vez á Colon que llegaba á sus costas con dos carabelas, no podian ménos de contemplar con admiracion aquel crecido número de buques, y aquella multitud de hombres armados que, pudiendo destruirlos con el rayo, se complacian en ser sus amigos y en tratarlos con la mayor bondad.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Subió á la carabela del almirante, y allí ofreció Colon un banquete en su honor á los indios.

Despues, para satisfacer su curiosidad, les enseño minuciosamente el buque, por medio del intérprete les explicó las piezas de que constaba, y en un momento dado hizo que todas las embarcaciones disparasen los cañones, cuya detonacion no pudieron oir sin estremecimiento sus huéspedes.

Pero lo que más sorpresa, lo que más admiracion causó á Guacanajari, fué la presencia de los indios caribes.

Aquellos hombres feroces tenian en los piés pesadas cadenas, y estaban amarrados al palo mayor de la *Marigalante*.

A pesar de saber que estaban prisioneros, y que los defendia de su ferocidad los españoles, el mismo Guacanajari y los que le acompañaban retrocedieron al descubrirlos.

¡Tal era el miedo que la sola mirada de aquellos bàrbaros les infundia!

El prestigio que adquirieron los españoles á sus ojos por haber dominado á los caribes, fué inmenso.

¿Cómo habian de dudar un solo instante de la superioridad de aquellos hombres, ni de la proteccion que pensaban dispensarles, cuando por de pronto habian subyugado á sus mayores enemigos?

Aún quedaba más que ver á Guacanajari.

Colon quiso proporcionarle el espectáculo de las plantas y frutos y de las diversas razas de animales que llevaba á bordo para aclimatarlas en la isla, y solo puede darse una idea de la curiosidad, del interes que aquellos objetos despertabau en los indios figurándose la admiracion que causan en el aldeano que llega por la primera vez à la corte las tiendas, los paseos, los edificios, los objetos que en todas partes se aparecen á sus asombrados ojos.

Lo que más entusiasmó à Guacanajari fué los caballos.

Nunca habia visto cuadrúpedos de tan elevada talla, y no se cansaba de admirar el volúmen de aquellos nobles animales, su fuerza y su docilidad.

Colon le prometió llevar à la isla cuanto acababa de ver, y Guacanajari y los indios, prorumpiendo en gritos de alegría, se consideraron los habitantes más felices de la tierra.

Era tal la sensacion que aquel espectáculo habia producido en el rey de Haiti, que se olvidó de sus penas, borró de su memoria la imágen que tanto habia llorado, y ni se acordaba de la desastrosa derrota que habia sufrido.

Dando tregua á sus padecimientos:

—Aún me protege Vagoniana, exclamó; aún no ha caido la maldicion sobre mí; aún aguardan dias de prosperidad y de engrandecimiento á mi reino.

Colon aprovechó las circunstancias para comunicar á Guacanajari sus propósitos.

—Si considerais nuestra venida como un buen augurio, le dijo, si creeis que pueden contribuir á vuestra prosperidad todos los objetos que habeis visto; si nuestra compañía os es grata, yo os aseguro en nombre de los reyes mis señores que nunca nos apartaremos de vuestro lado, viviremos en vuestra compañía, edificaremos casas más sólidas que las vuestras, os inculcaremos los principios de nuestra religion; en una palabra, difundiremos entre vosotros la civilizacion de nuestra patria y os haremos félices defendiéndoos de vuestros enemigos.

Guacanajari escuchó estas palabras con vivas muestras de satisfaccion.

Pero un butio que le acompañaba como su más fiel consejero, el venerable Ainibac, frunció el ceño al oir aquellas proposiciones, y pasando su mirada inquieta y recelosa por todos los españoles, concibió un temor que no tardó en comunicar à Guacanajari.

Antes de despedirse del almirante para volver á tierra, mandó Colon llamar á diez indias que habia librado de la esclavitud arráncandolas de las manos de los caribes en la Guadalupe, mujeres de peregrina belleza y naturales la mayor parte de la isla de Boriquen ó Puerto Rico.

Aquellas mujeres eran el término medio entre la raza india y la Europea.

Participaban de la belleza de una y otra raza.

Su color no era cobrizo ó pálido sino moreno, pero sonrosado.

Sus grandes ojos tenian la luz de los trópicos, y al mismo tiempo la suavidad y la dulzura de los de las mujeres del Norte.

Sus formas eran esbeltas y no teñian su rostro ni manchaban sus brazos con las pinturas que servian de adorno á los indios de Haiti.

Iban ademas cubiertas con cendales de algodon tejido, y en el cuello llevaban una especie de collares de cuentas encarnadas.

Su cabellera, suelta siempre, era negra y sedosa.

Casi todas ellas, para la recepcion que tuvo el almirante á bordo, se adornaron con cintas y otros objetos que les habian regalado los españoles.

Una de ellas, más inteligente y más bella que las otras, parecia dominarlas, y fué la que se presentó primero al llamamiento de Colon.

Su idioma no era el mismo que el de Guacanajari; pero existia entre ellas y los indios mayor facilidad de comprension que entre los españoles y los habitantes de Haiti.

Los españoles habian dado á aquella mujer el nombre de Catalina, y algunos de los oficiales se habian recreado en su hermosura

Pero Colon habia dispuesto que no saliesen de la carabela

capitana, y allí las custodiaba y las tenia bajo su proteccion, colmándolas de beneficios, porque se proponia volver con ellas á la isla de donde habian sido robadas, y queria que en ella pudiesen hacer de él los mayores elogios, captándose las simpatías de los naturales.

Catalina habia inspirado una pasion vehemente al indio predilecto de Colon, al habitante de Guanahani que le habia acompañado á España, que habia sido bautizado con el nombre de Diego, y que volvia á su lado sirviéndole de intérprete.

Apénas fijó sus ojos Guacanajari en Catalina, sintió un estremecimiento en todo su sér.

Parecia que con sus miradas aquella india habia encendido de pronto una hoguera en su pecho.

El amor latió de nuevo en el corazon del soberano de Haiti.

—Tú serás reina de mi reino, dijo á Catalina al despedirse de ella.

Diego escuchó estas palabras y las guardó en su pecho.

Colon comprendió lo que habia pasado, y pensó que aquella inesperada pasion podia servirle de mucho.

Los indios volvieron á tierra, y Colon, seguro ya de que contaba con su amistad, llamó á los capitanes para tratar con ellos de la colonizacion de la isla.

Aún debia sufrir mucho ántes de realizar sus designios.

Aún las circunstancias debian venir á dar la razon al padre Boil y á presentar á Guacanajari á los ojos del almirante como un traidor.

El amor, como siempre, desempeñó en aquellas circunstancias el principal papel.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLVII.

Historia de una india.

TENIA una historia la india Catalina que conviene á mi propósito referir en breves líneas.

Habia visto la luz en Boriquen, y era hija de un guerrero que por su valor habia llegado á ser cacique de una de las tríbus más poderosas de la isla.

Su nombre era Bayoan.

Veinte años ántes habia salido de las islas Azores una carabela, á bordo de la cual iba un audaz marino.

Comerciaba con Inglaterra y Francia, y en una de sus expediciones le cogió un fuerte temporal en alta mar.

Aquel hombre amaba á una mujer que, prendada de su valor y de sus nobles cualidades, habia arrostrado la ira de su familia, la habia abandonado y no se separaba de él un solo instante.

En las más peligrosas expediciones le acompañaba, y aquella vez iba tambien en su compañía

El temporal arreció, é impelidos por las olas al cabo de algunos dias se hallaron en una costa desconocida para ellos.

Pero de todos modos bendijeron al cielo al encontrar en medio de las inmensidades del Océano aquel puerto de salvacion.

Permanecieron algunos dias en la costa sin atreverse á internarse por ignorar si la habitaban personas ó fieras.

Un dia, cuando se disponian á partir en busca de mares co nocidos, cayeron sobre ellos una porcion de indios capitaneados por un hombre de elevada estatura y aspecto formidable.

Era imposible resistir su fuerza.

Todos los europeos fueron aprisionados, y el jefe de los indios, que era Bayoan, se prendó de la hermosura de Luz, que este era el nombre de la amada del piloto.

Separándola á viva fuerza de sus compañeros, la trató con la mayor bondad, la colmó de regalos y la significó el amor que le habia inspirado.

Luz queria á toda costa salvar á su amante y fingió que correspondia al amor del cacique.

Pero Bayoan, que siempre estaba en guerra con los caribes, y se figuraba que los europeos habian llegado á la isla de Boriquen en son de guerra, resolvió tomar represalia y dispuso lo necesario para que fueran descuartizados y arrojados al mar.

Los portugueses lucharon con sus verdugos, y solo cuatro pudieron escaparse hácia la playa, volver á su embarcacion y darse à la vela.

El piloto sucumbió á manos de los indios con los demas que no lograron escapar.

Esta noticia consternó á Luz y se negó à admitir en su presencia á Bayoan, que habia dispuesto aquellos horribles asesinatos.

Pero pasó el tiempo, se vió enteramente sola, comprendió que podia dominar á aquel hombre y vengarse un dia del inmenso dolor que habia producido en su alma, y accediendo á su pasion cayó en sus brazos.

De aquel amor nació la india á quien hemos conocido con el nombre de Catalina.

Bayoan adoraba á Luz.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por ella centuplicaba su valor al combatir con sus enemigos, y era afable y cariñoso con sus súbditos.

Luz fué madre, y el sentimiento maternal borró de su alma el odio que sentia hácia aquel hombre.

Catalina, que recibió el nombre de Anaibelca, lo que queria decir en el idioma indio *Flor de Palma*, reunió al nacer las bellezas de la raza europea y de la raza americana.

Su hermosura fué la envidia de todas las indias y el encanto de los indios, que la contemplaban embebecidos, admirando su peregrina belleza.

Pero cuando su madre hubiera podido enseñarle su idioma, una cruel enfermedad la arrebató la vida, y á los cinco años se quedó Flor de Palma, que así la llamaremos, sin más cariño ni más amparo que su padre, el esforzado caudillo á quien los caribes temian.

Idolo de todos los habitantes de la isla, á la muerte de Bayoan la aclamaron por su reina y cacique, y Flor de Palma eligió para esposo al guerrero más predilecto de su padre.

Gobernó con él algun tiempo la isla, y los caribes que habian tenido ocasion de admirar su belleza y que anhelaban aprisionarla, intentaron mil veces apoderarse de ella y llevarla á sus islas.

De pronto cayeron como un azote sobre Boriquen.

La lucha fué espantosa.

Flor de Palma cayó en las manos del jefe de los caribes, quien corrió con su presa á su canoa, llevándosela á Guadalupe y teniéndola como prisionera en su choza.

Cuantos esfuerzos hizo para que le amase fueron inútiles.

Flor de Palma le aseguró mil veces que preferia morir à ser suya.

Pero el cacique confiaba en que tarde ó temprano se doblegaria su indómita fiereza.

Un año de cautiverio llevaba con algunas otras mujeres de su corte cuando llegó Colon y envió al indio Diego con otros varios á que explicase á los naturales del país cuáles eran sus intenciones.

El jóven indio, dotado de una inteligencia superior y de un corazon sensible, habia admirado en España la belleza de las mujeres que rodeaban el trono de la reina Isabel, cuando por la primera vez se presentó á su vista.

Pero sabia que aquellas mujeres no le amarian nunca por que él pertenecia á otra raza inferior.

Al encontrar á Flor de Palma, india como él, pero con facciones que se asemejaban más que las de las otras mujeres á las de las españolas, se prendó de su belleza y sintió un amor vehemente hácia aquella reina desgraciada que acudia á pedirle auxilio rogándole que la llevase á su isla.

Flor de Palma comprendió desde luego que habia despertado el amor en el corazon del jóven indio, y deseosa de volver á su patria le hizo concebir esperanzas.

Tocaron en Boriquen.

Flor de Palma, á quién nombraremos ya Catalina, quiso quedarse en la isla, pero Colon, so pretexto de que deseaba protegerla y ampararla, no la dió la libertad que ambicionaba y la llevó con sus compañeras á la Española, en donde confiaba que la benevolencia con que pensaba tratarlas seria un motivo más de gratitud hácia él.

Pero Catalina, aunque fingió conformarse de buen grado con aquella órden, abrigó desde el momento en que perdió las esperanzas de volver á su patria, la idea de aprovechar la primera ocasion que tuviera para separarse de él.

Sabia que el almirante profesaba un gran afecto al indio intérprete.

Dominándole podia llegar á conseguir en un momento dado que la ayudase á conquistar la libertad que ambicionaba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero cuando se halló en presencia del soberano de Haiti, cuando leyó en su mirada el amor que le habia inspirado, el deseo de libertad y un sentimiento de ambicion le hicieron concebir un proyecto.

Haiti era un país más rico, más hermoso, más brillante á sus ojos que Boriquen.

Llegar á ser la soberana de aquel pueblo, lograr por el amor que habia inspirado al rey armar su brazo contra los españoles, libertarse de ellos para siempre y ser en Haiti lo que babia sido en Boriquen, el ídolo de todos, fué su única aspiracion.

Diego, que habia sorprendido en Guacanajari la amorosa mirada que habia dirigido á Catalina, sintió el torcedor de los celos en su alma.

—Soy esclavo, se dijo, debo mi vida á mi protector; he jurado servirle fielmente, y tengo que sacrificar mis sentimientos; pero la amo tanto....

Al pronunciar en el fondo de su alma estas palabras, lágrimas de dolor inundaron sus pupilas.

Catalina estaba ébria de gozo, porque le sonreia la esperanza.

—El rey de Haiti, le dijo Diego, aprovechando un momento en que pudieron hablar, te ha mirado con amor; esa mirada ha sido la muerte de mi felicidad.

—¿Y tú puedes creerlo? exclamó la taimada Catalina. Antes que á él te he inspirado á tí amor; tú me has salvado de las manos de mis enemigos, tú me has presentado á tu amo y has obtenido su proteccion para mí. La gratitud ha despertado en mi alma el amor. En las brisas que acarician mi rostro te envío mis suspiros; en mis miradas te doy á beber el fuego que consume mi sér; no hay música más grata para mí que tu voz.

Diego creyó aquellas pérfidas palabras, que no eran más que el canto de la sirena, y arrullado por ellas vió renacer la esperanza en su corazon.

Pero aquel mismo dia, casi al anochecer, cuando Flor de Palma y sus compañeras estuvieron solas:

—Hermanas mias, las dijo; ante todo la libertad. Aquí nos colman de agasajos; nos ofrecen joyas para adornor nuestros cabellos, nos brindan sabrosos manjares; pero ¿qué hay en el mundo que pueda compararse con la libertad? Nosotras éramos libres; viviamos dichosas en nuestra tríbu; yo era la reina; mi voluntad era acatada por todos; no habia quien no buscase mi mirada para reforzar su valor ántes de ir al combate; mi amado esposo decia que no brotaban las flores en lós campos si yo no los miraba. Léjos de nuestros amantes, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, abandonadas nuestras casas, ¿qué podemos esperar de los que nos han sacado de una esclavitud para arrojarnos en otra? Si teneis valor, aún podemos luchar y ser libres.

—Habla, habla, exclamaron con ansiedad sus compañeras.

—¿No habeis observado al rey de Haiti?

—Sí.

—¿No habeis leido en sus miradas que he despertado un inmenso amor en su pecho?

—Sí, sí, gritaron sin envidia aquellas mujeres, porque no eran europeas.

—Pues bien, oid mis palabras, y ¡ay! de vosotras si me descubrís.

Todas la rodearon.

—Guacanajari volverá; me lo ha prometido en su mirada.

Yo hablaré con él; nuestro protector me proporcionará esta ocasion.

Yo diré al rey de Haiti que le amo, que quiero ser su es-

posa; le pido para mí y para vosotras su proteccion, y una noche, cuando todos reposen, nos lanzamos al agua, corremos presurosas á la orilla, nos amparamos bajo la proteccion de Guacanajari, inculcamos en el pecho de todos sus guerreros odio eterno contra nuestros opresores, luchan con ellos, los vencen y nosotras somos libres.

Las indias acogieron con entusiasmo aquel proyecto.

Catalina no se habia equivocado.

Al dia siguiente volvió Guacanajari á bordo y preguntó á Colon por Catalina.

El almirante conoció desde luego que el rey se habia prendado de su hermosura.

¿Qué más podia desear?

Aquella india le estaba sumamente agradecida: así al ménos lo demostraba.

Dominado su corazon, le aconsejaria siempre benevolencia para con ellos.

Catalina fué llamada por el almirante, y Guacanajari y Flor de Palma pudieron hablar á solas.

—Tú serás reina de mi reino, repitió Guacanajari despues de haber oido de sus labios que anhelaba su amor, porque su amor era la libertad.

Para excitarle á que la ayudara en su empresa, contó Catalina horrores de los españoles.

Díjole, entre otras cosas, que el almirante mismo habia querido ser dueño de su hermosura, que el ànimo de aquellos hombres que llegaban en las embarcaciones no era otro que el de apoderarse de Haiti, para esclavizar á sus moradores.

Estas palabras produjeron una inmensa tristeza en el ánimo de Guacanajari.

No era la primera vez que las escuchaba.

El butio Ainaibac las habia pronunciado al volver de la visita que con él habia hecho á la escuadra española.

CAPITULO XLVIII.

La paz entre los indios.

Rey de Haiti, dijo Ainaibac á su soberano cuando, despues de regresar de la visita à la escuadra de Colon, se despidió de su séquito y quedó á solas con su butio; rey de Haiti, voy á turbar la felicidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme la penetracion que tengo para leer en los ojos de los demas los sentimientos de su alma, me ha impuesto el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son enviados del cielo; has visto en los regalos que te han hecho, en los agasajos con que te han colmado pruebas de su amistad; has creido que el único objeto de su venida es defendernos de nuestros enemigos.

Aleja para siempre esas creencias: yo he leido en las miradas de los extranjeros la ambicion de someternos y dominarnos.

Se presenta á tí como amigo leal para tenderte el lazo con más seguridad.

No, no es protegerte de nuestros enemigos; no es vengarte de Caonabo y de los caciques que se han rebelado contra tí; no es el deseo de apagar la tea de la discordia que arde en tu patria el que les anima. Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado afecto apoderarse de tí para poner en tu cuello la cadena del esclavo, para convertir á tus súbditos en siervos.

posa; le pido para mí y para vosotras su proteccion, y una noche, cuando todos reposen, nos lanzamos al agua, corremos presurosas á la orilla, nos amparamos bajo la proteccion de Guacanajari, inculcamos en el pecho de todos sus guerreros odio eterno contra nuestros opresores, luchan con ellos, los vencen y nosotras somos libres.

Las indias acogieron con entusiasmo aquel proyecto.

Catalina no se habia equivocado.

Al dia siguiente volvió Guacanajari á bordo y preguntó á Colon por Catalina.

El almirante conoció desde luego que el rey se habia prendado de su hermosura.

¿Qué más podia desear?

Aquella india le estaba sumamente agradecida: así al ménos lo demostraba.

Dominado su corazon, le aconsejaria siempre benevolencia para con ellos.

Catalina fué llamada por el almirante, y Guacanajari y Flor de Palma pudieron hablar á solas.

—Tú serás reina de mi reino, repitió Guacanajari despues de haber oido de sus labios que anhelaba su amor, porque su amor era la libertad.

Para excitarle á que la ayudara en su empresa, contó Catalina horrores de los españoles.

Díjole, entre otras cosas, que el almirante mismo habia querido ser dueño de su hermosura, que el ànimo de aquellos hombres que llegaban en las embarcaciones no era otro que el de apoderarse de Haiti, para esclavizar á sus moradores.

Estas palabras produjeron una inmensa tristeza en el ánimo de Guacanajari.

No era la primera vez que las escuchaba.

El butio Ainaibac las habia pronunciado al volver de la visita que con él habia hecho á la escuadra española.

CAPITULO XLVIII.

La paz entre los indios.

Rey de Haiti, dijo Ainaibac á su soberano cuando, despues de regresar de la visita à la escuadra de Colon, se despidió de su séquito y quedó á solas con su butio; rey de Haiti, voy á turbar la felicidad que hay en tu pecho, pero Vagoniana al darme la penetracion que tengo para leer en los ojos de los demas los sentimientos de su alma, me ha impuesto el deber de ser leal con mi soberano.

Tú amas á los españoles porque crees que son enviados del cielo; has visto en los regalos que te han hecho, en los agasajos con que te han colmado pruebas de su amistad; has creido que el único objeto de su venida es defendernos de nuestros enemigos.

Aleja para siempre esas creencias: yo he leido en las miradas de los extranjeros la ambicion de someternos y dominarnos.

Se presenta á tí como amigo leal para tenderte el lazo con más seguridad.

No, no es protegerte de nuestros enemigos; no es vengarte de Caonabo y de los caciques que se han rebelado contra tí; no es el deseo de apagar la tea de la discordia que arde en tu patria el que les anima. Sedientos de oro, quieren por medio de un simulado afecto apoderarse de tí para poner en tu cuello la cadena del esclavo, para convertir á tus súbditos en siervos.

Tú no puedes consentir la esclavitud, tú no puedes arrojar à nuestros piés la corona.

—No, Ainaibac, exclamó Guacanajari, el celo te engaña. Los extranjeros son leales y ademas son fuertes, son ademas generosos porque me han perdonado; yo empeñé mi palabra de que velaria por sus hermanos; yo les aseguré que vivirian en paz bajo mi proteccion y, sin embargo, no he podido ofrecerles màs que sus cadáveres y un monton de escombros.

Han podido fulminar el rayo contra mí; han podido difundir la desolacion y el espanto en mi reino; han sido buenos, me han perdonado, me han tendido sus brazos, son nuestros amigos.

—La bondad de tu alma es mala consejera, añadió Ainaibac, consulta al Tzimes y él te inspirará; pasa toda la noche en oracion, quema el aloé santo para aplacar su enojo, y piensa que no soy yo el solo, sino todos cuantos te hemos acompañado, los que estamos seguros de que tu condescendencia, tu lealtad para con los extranjeros fabrica poco á poco las cadenas de nuestra esclavitud.

Las palabras del butio produjeron una inmensa emocion en el ánimo de Guacanajari.

Nuevas dudas alteraron la tranquilidad de su alma.

Mezclaba con ellas la pasion que le habia inspirado Flor de Palma, y ansiaba por momentos, tanto para llevar á su lado aquella mujer como para saber por ella cuàles eran los intentos de los extranjeros, volver á bordo de la *Marigalante* á conversar con ellos.

Fué, en efecto, como hemos visto, al dia siguiente, y Catalina, cuyo plan conocemos, confirmó las sospechas que habia despertado en su alma Ainaibac, exajeró la codicia de los extranjeros, y obtuvo de él la palabra formal de que la acogeria, como á sus compañeras, bajo su proteccion.

Aquel dia Guacanajari, al acercarse á Colon, no estrechó su mano con tanto cariño como otras veces.

Dudaba de él, y la duda habia alejado de su corazon la sinceridad.

Aquella misma noche consultó al Tzimes.

Quemó en el ara el aloé perfumador, y permaneció en oracion largo tiempo aguardando la inspiracion que debia resolverle á declararse enemigo ó á confirmar su amistad con los extranjeros.

Era la media noche.

Una fresca brisa mecia las ramas de los árboles que poblaban la isla.

La luna, suspendida en el cielo, derramaba sus plateados rayos sobre las ondas del mar y penetraba á través de las hojas del árbol bajo cuyas ramas se cobijaba el ídolo.

De pronto resonó en el oido de Guacanajari una voz que habia escuchado pocos dias ántes.

Era Inima, la hermana de Ainaima.

—Guacanajari, exclamó, vengo á verte por la última vez. La fiebre me consume; la hora de mi muerte se acerca; el sepulcro que ha de guardar eternamente mis despojos se abre; pero àntes de morir quiere Vagoniana que yo lea en el porvenir, y que pueda darte un consejo y un aviso.

Has sido débil, y tu debilidad necesita castigo.

El castigo son esos extranjeros á quienes amas.

Por amor á uno de sus ídolos has asesinado á tu esposa: yo fuí quien le arrebató de tus manos, y hecho pedazos le arrojé à las arenas de la playa, para que el huracan le lleve en su carrera á hundirle en los abismos del mar.

—¿Tú, Inima?

—Yo, sí; y hoy vengo à descubrir ante tus ojos el porvenir que te aguarda. Los extranjeros que se han apoderado

de tu espíritu no tardarán en poner en tu cuello la argolla de la esclavitud; se apoderarán de tus dominios; saquearán tus tesoros; harán que tus vasallos sean sus siervos; profanarán sus hogares; convertirán en sus mancebas á las libres é independientes haitianas, y tú, bajo la maldicion de tus antepasados, morirás en el abandono, despreciado por tus amigos, escarnecido por tus súbditos, maldecido por Vagoniana.

—¡Oh no, no, Inima; eso no puede ser!

—Y, sin embargo, sucederá. Contempla el Tzimes. ¿No ves cómo sus ojos se animan y brilla en ellos un resplandor siniestro?

Guacanajari fijó sus ojos en el Tzimes, y los apartó de él inmediatamente con horror.

Inima avanzó algunos pasos hácia Guacanajari.

—Adios para siempre, le dijo.

Y tendió su mano sobre la triste frente de Guacanajari.

Un frio glacial circuló por las venas del monarca de Haiti.

La mano de la india parecia de mármol.

—Aún puedes salvarte, añadió Inima, aún puedes salvar á tu pueblo. Caonabo, arrepentido de haber roto las hostilidades contigo, desea de nuevo tu alianza.

Quiere volver á verte como en aquellos tiempos en que tu flecha atravesaba el espacio en raudo vuelo.

Sé su amigo; únete con él para luchar contra los extranjeros, y aún podrás dar dias de gloria á tu desgraciada patria.

Inima no habló màs.

Con incierto paso se apartó del lugar sagrado, y al dia siguiente anunciaron á Guacanajari que la hermana de Ainaima habia muerto.

No habia duda, sus presentimientos eran ciertos.

Habia leido en el porvenir.

Todo gritaba en torno suyo guerra á los extranjeros.

Guarionex con algunos indios del Cibao, llegó al palacio de Guacanajari.

—Vengo en nombre del cacique de Maguana à ofrecerte paz y amistad. Ya has peleado como bueno con nosotros para cumplir un juramento que habias hecho; pero ya habrás tenido ocasion de convencerte de que tus amigos son nuestra perdicion, que no quieren más que nuestra ruina, y es necesario que nos unamos todos para contrarestarlos. Todos los caciques, tus enemigos, te brindan la paz.

—Yo la acepto, exclamó Guacanajari, impresionado aún por las palabras de Inima, por la mirada siniestra del Tzimes, por los consejos de Ainaibac, por las palabras de Catalina; yo la acepto con todo mi corazon, y si ha llegado la hora de mi muerte, si he de sucumbir por el bien de mis vasallos, pronto estoy à derramar mi última gota de sangre.

Corred, velad, decid á Caonabo cuáles son mis deseos; si me viera obligado á abandonar mi reino de Marien, iria á buscar refugio á vuestro lado, y al lado vuestro lucharia para vengarme de los que, presentándose á mí como buenos amigos, solo aspiran á exterminarme.

El cambio que se habia operado en Guacanajari, debia aumentar las complicaciones que aguardaban à los españoles en aquellos apartados dominios.

Ocho veces salió el sol y otras tantas hundió su frente en el ocaso.

En todo este tiempo no vió Colon á Guacanajari, y observó que los indios apénas aparecian en la playa.

El silencio sepulcral que reinaba en la costa, ponia en cuidado al almirante.

Unos marineros que fueron á proveerse de agua en un manantial, presentaron à Colon los fragmentos de la imágen que Guacanajari habia robado de la fortaleza con el auxilio de

Alonso Velez, que Inima le habia arrebatado á su vez y habia convertido en pedazos.

Todos estos indicios, y por otra parte los incesantes consejos del padre Boil y la ansiedad de pelear que sentian los capitanes que acompañaban á Colon, le hacian vivir en una perplegidad inmensa.

A su lado, sin que nadie se apercibiese, dos corazones sufrian horriblemente.

Américo Vespucio no olvidaba á Esperanza.

Isabel Monteagudo fijaba á todas horas la vista en aquel papel que habia encontrado; adivinaba la traicion de su esposo; confiaba en verle, y la sed de venganza devoraba su espíritu.

—Mañana, dijo al fin Colon á los capitanes, iremos á la isla; hablaremos con Guacanajari; exploraremos sus intenciones, y so pretexto de defenderle de sus enemigos, emprenderemos la conquista del Cibao por de pronto.

Esto animó un tanto el desaliento de los navegantes.

Pero aquella noche ocurrió un incidente que despejó para todos la situacion.

CAPITULO XLIX.

Astucia y resolucion.

Antes de referir el acontecimiento á que he aludido en el capítulo anterior, vamos à ver los preparativos que habia hecho Catalina para llevar á cabo con buen éxito su empresa.

Haciendo suya la causa de Guacanajari, comprendió con su natural penetracion que necesitaba á toda costa separar al almirante del jóven indio que le servia de intérprete.

Catalina pensó desde luego que le seria muy fácil separar al indio de su amo, llevársele consigo, sin perjuicio de entregarle más tarde á la venganza de Guacanajari.

Pero Catalina, con su sagacidad, más propia de una mujer civilizada que de una mujer salvaje, comprendió que para separar al indio Diego de su protector necesitaba ántes impulsarle á cometer un crímen.

Ojeda habia fijado sus ojos más de una vez en Catalina durante la travesía, y ella habia comprendido que habia incendiado su pecho con una mirada.

Pero Ojeda se habia jurado no amar nunca; y aunque se engañaba á sí propio, hacia todo lo posible por huir de Catalina, seguro como estaba de que aquella mujer tenia en sus ojos un poder irresistible, una fascinacion capaz de arrastrarle á faltar á la promesa que se habia hecho.

Convenia al plan de Catalina aumentar la llama que habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alonso Velez, que Inima le habia arrebatado á su vez y habia convertido en pedazos.

Todos estos indicios, y por otra parte los incesantes consejos del padre Boil y la ansiedad de pelear que sentian los capitanes que acompañaban á Colon, le hacian vivir en una perplegidad inmensa.

A su lado, sin que nadie se apercibiese, dos corazones sufrian horriblemente.

Américo Vespucio no olvidaba á Esperanza.

Isabel Monteagudo fijaba á todas horas la vista en aquel papel que habia encontrado; adivinaba la traicion de su esposo; confiaba en verle, y la sed de venganza devoraba su espíritu.

—Mañana, dijo al fin Colon á los capitanes, iremos á la isla; hablaremos con Guacanajari; exploraremos sus intenciones, y so pretexto de defenderle de sus enemigos, emprenderemos la conquista del Cibao por de pronto.

Esto animó un tanto el desaliento de los navegantes.

Pero aquella noche ocurrió un incidente que despejó para todos la situacion.

CAPITULO XLIX.

Astucia y resolucion.

Antes de referir el acontecimiento á que he aludido en el capítulo anterior, vamos à ver los preparativos que habia hecho Catalina para llevar á cabo con buen éxito su empresa.

Haciendo suya la causa de Guacanajari, comprendió con su natural penetracion que necesitaba á toda costa separar al almirante del jóven indio que le servia de intérprete.

Catalina pensó desde luego que le seria muy fácil separar al indio de su amo, llevársele consigo, sin perjuicio de entregarle más tarde á la venganza de Guacanajari.

Pero Catalina, con su sagacidad, más propia de una mujer civilizada que de una mujer salvaje, comprendió que para separar al indio Diego de su protector necesitaba ántes impulsarle á cometer un crímen.

Ojeda habia fijado sus ojos más de una vez en Catalina durante la travesía, y ella habia comprendido que habia incendiado su pecho con una mirada.

Pero Ojeda se habia jurado no amar nunca; y aunque se engañaba á sí propio, hacia todo lo posible por huir de Catalina, seguro como estaba de que aquella mujer tenia en sus ojos un poder irresistible, una fascinacion capaz de arrastrarle á faltar á la promesa que se habia hecho.

Convenia al plan de Catalina aumentar la llama que habia

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

encendido en el corazon del valiente capitan, y persiguiéndole con sus miradas incendiarias, colmàndole de caricias, que parecian hijas de la gratitud, le atraia á sí é iba poco á poco volviéndole el juicio.

—¿Ves ese hombre? dijo Catalina al indio Diego, señalándole á Ojeda, me ama, está loco por mí, es fuerte y querrá que sea su esclava.

—Pero tú no le amas, tú no puedes amarle, dijo Diego, à quien la pasion tenia siempre en un estado febril.

—No; yo solo te amo á tí; pero es valiente, es tu amo, tambien es mi señor; puede disponer de la esclava. Si me pide su amor, ¿cómo podré negárselo?

—No no, tú no le amarás, dijo fuera de sí el indio.

—¿Amarle? No; le odio. A tí sí; por esa misma razon debes arrebatarle la vida.

—¿Qué dices?

—Sí; desde aquí se ven á poca distancia de la playa algunos de esos árboles cuyos frutos dan la muerte. Una rama de ellos colocada al lado del que duerme, basta para matarle sin que pueda gritar, sin que pueda pedir auxilio. Aprovecha la primera ocasion, trae una rama del manzanillero, y cuando duerma colócala á su lado. Morirá, y seremos libres y podremos amarnos.

—No, no, eso nunca, dijo Diego.

Catalina hizo todo lo posible para aumentar la pasion de Ojeda, y siempre que Diego podia verlo colmaba de caricias al valeroso capitan.

Diego se acercaba á ella y no pronunciaba más que estas palabras:

—Mátale, Diego, mátale.

Queria impulsarle á cometer aquel crímen, segura de que se arrepentiria de su obra, y de que podria dominarle con la

amenaza de comunicar á Colon que él habia sido el asesino de Ojeda si no le secundaba en sus planes.

Pero Diego era incapaz de cometer accion tan villana, y aunque era grande el amor que le inspiraba Catalina, era mayor, mucho mayor el prestigio que sobre él ejercia Colon.

Nada tiene de extraño que aquel hombre, lo mismo que los demas europeos, representasen para él poco ménos que la divinidad.

Habia asistido à las ovaciones entusiastas que España entera habia tributado al gran descubridor del Nuevo Mundo á su llegada á Palos, y al pasar por los ciudades de Castilla y Aragon, habia presenciado la audiencia en que los reyes y lo más escogido de la corte habian oido el relato de los descubrimientos, y aquello le parecia el Eden en que su religion le habia hecho soñar.

Los reyes dispusieron que fuera bautizado con sus compañeros y fué al templo.

Las elevadas bóvedas de la catedral; las esbeltas columnas que la sostenian; los altares cuajados de oro y formados con preciosos alabastros; las lámparas de plata y oro que pendian del techo é iluminaban los altares; las vestiduras de los ministros de Dios; el sonido del órgano que llenaba el espacio; las nubes de incienso que subian formando espirales en torno del Tabernáculo, todo aquello habia impresionado vivamente su alma; no dudaba que Colon y sus compañeros eran hijos del Dios á quien temia y amaba, y desde aquel momento se prometió sacrificarle su vida; ser fiel y leal; derramar en su defensa hasta la última gota de sangre.

El amor era en él una pasion vehemente.

Pero mayor vehemencia, mayor fuerza tenia en su alma el sentimiento del deber, de la gratitud.

Inútiles fueron por lo tanto las tentativas que hizo Cata-

lina para impulsarle á arrebatar la vida á Ojeda y hacerle cómplice de sus planes.

Ojeda por su parte, aunque estaba prendado de la india, luchaba á un mismo tiempo con la pasion sensual que despertaba en él aquella mujer, y con otra pasion que el espectáculo de aquellos hermosos países le habia inspirado.

Ojeda, aunque pobre, era hijo de una noble familia.

Habia tenido que ser paje del duque de Medinaceli, y por más que su amo le habia tratado siempre con la mayor deferencia, por más que le habia colmado de honores y de consideracion al ver las pruebas de su valor y de su audacia, en medio de las atenciones de que era objeto experimentaba un vago deseo de adquirir riquezas y poderío, honores y títulos, para llegar un dia á ser igual al que en su juventud habia sido su protector.

Aquel deseo tomó cuerpo en su alma.

Por medio de la guerra podia apoderarse de aquellos dominios y abrigaba el proyecto de pedir á Colon que le dejase con una carabela y algunos soldados continuar el viaje de exploracion, seguro de que hallaria nuevas islas y que luchando con sus naturales les subyugaria, y de este modo veria realizados sus dorados ensueños.

Este deseo era superior al que le inspiraba Catalina, y por lo tanto la india vió frustrados sus propósitos.

¿Qué habia de hacer entónces? Tomar una resolucion definitiva.

Sus compañeras estaban dispuestas á seguirla.

Aunque prisioneras á bordo, no estaban aherrojadas como los caribes.

Podian velar el sueño de los navegantes; podian aprovechar un momento en que el centinela estuviese dormido para arrojarse al agua y llegar á nado hasta la orilla á favor de las sombras de la noche.

Guacanajari la esperaba.

Su llegada apresuraria el proyecto que habia concebido el rey de Haiti.

Al octavo dia despues de su entrevista comenzó á encapotarse el cielo.

Una brisa caliente presagiaba la tempestad.

Pero la brisa cesó, la atmósfera quedó en calma, y las negras nubes apiñadas sobre Haiti impedian á la luna que vertiese sobre los bajeles sus argentados rayos.

Catalina habló á sus compañeras.

—Ha llegado el momento, les dijo: á favor de la oscuridad de la noche podremos arrojarnos al mar y llegar á la playa.

Los marineros no se apercibieron; el vigía de la carabela almirante dió la voz de alerta, que repitieron los centinelas de las demas embarcaciones, y un momento despues todo quedó en silencio.

Catalina procuró atar un cable á una de las argollas de la galería, y arrastrándose sobre cubierta con las demas indias, prestó el oido para ver si escuchaba algun rumor.

No percibió nada.

Instantáneamente trepó por la galería y se deslizó con la mayor suavidad por el cable, lanzándose al agua y comenzando á nadár hácia la playa.

Las demas hicieron otro tanto sin que se apercibiera el centinela del buque.

Avanzaban hácia la orilla cuando el vigía de una de las carabelas las divisó, y para dar la voz de alarma disparó su arcabuz.

Instantáneamente se presentaron sobre cubierta los marineros, los soldados, los jefes, hasta el mismo Colon.

La noche estaba muy oscura.

Pero los de la carabela capitana no tardaron en ver que las

indias se habian escapado, y comprendiendo desde luego que aquella fuga era el resultado de una conjuracion, dispararon sus armas los soldados de la carabela de Colon y á un mismo tiempo los más audaces marineros se arrojaron al agua para perseguirlas miéntras se aprestaba el bote que debia volverlas presas á la embarcacion.

Las indias hacian desesperados esfuerzos.

—Animo, gritaba Catalina, que ya falta poco, y allí nos aguardan nuestros amigos que nos defenderán.

Pero los marineros estaban á poca distancia de ellas.

Un momento más y eran perdidas.

Catalina lanzó de pronto un grito de alegría.

Habia llegado á tierra y corria presurosa en direccion hácia una luz lejana que los españoles habian notado desde hacia algunos noches, y que era una señal convenida con Guacanajari para saber dónde podrian encontrarle.

Cinco más pudieron seguir á su reina.

Pero las otras cuatro, al poner el pié en la orilla, fueron aprisionadas por los marineros y conducidas á bordo en medio de la mayor desesperacion.

La luz desapareció instantàneamente.

Colon, que observaba esto, pensó desde luego que habia sido víctima de una traicion, y aguardó con ànsia el nuevo dia para correr á exigir cuenta de su conducta á Guacanajari.

—Ya veis, exclamó el padre Boil, como no nos hemos equivocado al aconsejaros que no fuerais piadoso con esos miserables. Han urdido una conspiracion; esas mujeres, al escaparse, han obedecido sus órdenes.

Cansados de contemporizaciones con nosotros, atribuyendo á debilidad lo que ha sido bondad en vuestro ánimo, aguardan sin duda alguna á que pidais la devolucion de las prisioneras; se negará á entregarlas, este será el pretexto de guerra, y lo que no habeis hecho, lo que tal vez se hubiera podido hacer sin derramar sangre, va á costarnos la vida de nuestros compañeros, y quién sabe si nuestra derrota.

—Callad, callad, padre Boil, dijo Colon, no atribuyais á mi bondad esos excesos. Guacanajari es leal. Los suyos han podido influir sobre su ánimo, pero si es así tengo fe en mis capitanes, en los soldados, en los marineros, en todos los que me acompañan, y yo al frente lucharé, si es preciso, con ellos si me han engañado cobardemente.

Estas palabras produjeron el mayor entusiasmo en los que rodeaban á Colon.

—Sí, sí, almirante, dijeron todos, los que no profesan la religion cristiana son nuestros enemigos.

Los àrabes han caido á millares bajo el filo de nuestra espada.

Los dominios que conquistemos pertenecen á nuestros reyes y por la gloria de nuestra patria, por el triunfo de nuestra religion, por nuestra propia honra debemos luchar con esos salvajes y dominarlos, para que confiesen la fe y sean vasallos de los reyes de Castilla y Aragon.

—Siempre ha sido mi ánimo, dijo Colon aprovechando una ocasion para explicar á sus compañeros su pensamiento, difundir la religion cristiana entre estos infelices que no pueden gozar de los consuelos que ofrece á los creyentes.

Pero por la misma razon de que la religion cristiana es toda caridad, mi mayor deseo ha sido ahorrar la sangre, evitar el combate; conseguir con la amistad, con el afecto, con la veneracion, lo que no se consigue fàcilmente de un pueblo que ama su independencia, con el arrojo, con el valor, con la crueldad.

¡Ah! si vosotros hubierais llegado como yo despues de una navegacion incierta, á través de los mares y expuesto á las

tormentas y á los huracanes; si despues de tantos dias de zozobra y de angustia, con la ansiedad de hallar tierra, hubierais llegado á esta isla y hubierais hallado en sus moradores la acogida afectuosa y sincera que me dispensaron; si hubierais visto á Guacanajari contemplarnos á todos como enviados del cielo, como los fuertes defensores de su independencia, como los que iban á librarles de las persecuciones de sus enemigos; si los hubierais visto correr presurosos á la playa á ofrecernos todo cuanto tenian; si los hubierais visto arrodillarse en presencia de la santa imágen de la Vírgen y pronunciar con nosotros las oraciones que les enseñábamos; si hubierais recibido aquellas pruebas de cordialidad, de veneracion, de respeto que les mereciamos, no dudariais ahora de que si Guacanajari ha cometido una traicion, ha sido aconsejado por los otros caciques.

Yo bien sé que todos teneis valor para blandir la espada; que os importa poco la vida; que la perdereis gustosos peleando por la santa causa; pero ¿no es mi deber, siendo vuestro jefe, economizar vuestras fatigas, procurar que no se derrame una sola gota de vuestra sangre? y sobre todo, que para dominar á estas gentes, más conseguiremos por el afecto que por medio de la fuerza.

Vos, padre Boil, vos mismo que representais aquí esa sublime religion que todos tenemos en el alma, ¿no creeis que aun en el mismo tribunal de la penitencia la esperanza y la piedad divina pueden más que los castigos atroces de los que la interpretan humanamente?

—Es cierto, contestó el padre Boil; pero no ignorais que, aunque con profundo pesar, con hondo dolor, la Inquisicion, que está llamada á purgar las herejías, enciende hogueras para aquellos protervos que desconocen las santas verdades, que cierran los ojos á la luz, y que atados á la duda por la

cadena del escepticismo, no pueden servir para el bien y son un elemento constante para desarrollo del mal.

Vos mismo sabeis que los miembros podridos es preciso cortarlos para que no hagan daño á los buenos, y yo, que hubiera derramado amargas lágrimas al ver á nuestros soldados caer sobre los indios, yo mismo les hubiera aconsejado que hicieran eso, porque tal vez el castigo de algunos hubiera producido la sumision de los demas.

—¿Y acaso no es mejor que el castigo sea merecido? ¿Creeis por ventura que los sentimientos generosos del corazon cristiano pueden permitir à un hombre que anticipe el castigo al delito? ¿qué han hecho contra nosotros los habitantes de este país?

Nos han buscado; con làgrimas en los ojos nos han referido el desastre de nuestros compañeros; han temido nuestra indignacion y han abierto su corazon á la esperanza al ver el perdon en nuestros ojos.

El rey se ha apresurado á suplicarnos que fuéramos á verle.

Hemos llegado y nos ha recibido con los brazos abiertos.

La alegría se revelaba en su rostro.

Despues ha venido; nos ha ofrecido cantidades inmensas de oro; ha mandado formar una corona; ha sabido con placer que íbamos ha vivir á su lado.....

¿Era justo que á unos séres que se acercaban de este modo á nosotros les recibiéramos á cañonazos?

¿Era justo que las espadas de nuestros soldados se tiñeran con la sangre de esos infelices que confiaban en nuestra fe, en nuestra lealtad?

—No, no, gritaron todos los que acompañaban á Colon.

—Pues bien, yo que he podido aparecer á vuestros ojos como un sér débil, si nos han engañado, si Guacanajari ha cometido una traicion, si ha faltado á su vez à lo que nos pro-

metió, yo mismo ofrezco guiaros al combate y os aseguro el triunfo.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo, y todos aguardaron el nuevo dia para dar á Guacanajari y á los suyos un ejemplar castigo, si lo que sospechaban era cierto.

La ansiedad que dominaba su corazon no les permitia cerrar los ojos ni entregarse al sueño.

Poco á poco fueron disipándose las nubes.

La luna brilló en el firmamento.

Pasó el tiempo, y el negro crespon de la noche fué recogiéndose para dejar paso al lucero matutino.

Las primeras luces del alba juguetearon sobre las verdes copas de los árboles, sobre las trasparentes ondas del mar.

Los guerreros vistieron sus cotas, sus cascos y sus petos.

Todos ansiaban por momentos el instante de llegar á la orilla.

Los botes comenzaron á surcar los alrededores de las carabelas.

Colon, con su estado mayor, no tardó en llegar á la orilla.

Precedidos del almirante, corrieron al paraje donde tenia su morada Guacanajari.

Al pasar entraron en las primeras chozas y las hallaron desiertas.

Sus moradores no habian dejado en ellas ningun objeto

Continuaron andando, y su soledad era mayor.

Llegaron al palacio de Marien, y un profundo silencio reinaba en la régia choza que servia de morada á Guacanajari.

Los árboles que cobijaban al Tzimes habian perdido su precioso tesoro.

El ídolo habia desaparecido.

Recorrieron todo el territorio de Guacanajari, y no hallaron un solo habitante, no encontraron un solo objeto.

No habia duda; habian cometido una infame traicion, temian el castigo y habian corrido á guarecerse bajo la proteccion de los otros caciques, que á aquellas horas afilaban las flechas sobre las piedras y envenenaban sus puntas con la flor del manzanillero para aprestarse á una lucha encarnizada con los que hasta entónces eran sus amigos, y desde aquel momento debian ser sus más terribles adversarios.

—Nos han vendido, exclamaron todos los capitanes, volemos en su busca.

—No, dijo Colon, aún no es tiempo, el entusiasmo os ciega. Vamos á luchar con fuerzas superiores à las nuestras, en un país que nos es desconocido: meditemos ántes lo que debemos hacer.

—¡Oh! no temais, señor, dijo el intérprete que acompañaba al almirante, yo conozco todos los senderos, yo os guiaré por todas partes y el triunfo será vuestro.

—¿Tú? exclamó Colon, ¿tú vas á ser el verdugo de tus hermanos?

—Sí, porque ellos han herido de muerte mi corazon.

Por órden de Colon volvieron todos á las embarcaciones y se reunieron los capitanes en la *Marigalante*, para acordar las medidas que debian tomar en aquella situacion angustiosa.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO L.

La primera colonia.

El tiempo es un gran consejero.

Al dia siguiente, Colon, sus capitanes y hasta el mismo padre Boil, y los demas eclesiásticos que le acompañaban, opinaron de muy distinto modo que la víspera.

Ya no habia duda de que las huestes de Guacanajari y hasta el mismo rey eran hostiles á los europeos.

La soledad en que se hallaba su territorio demostraba claramente que precedidos de su rey se habian refugiado los indios en las montañas, y en este caso, siéndoles enteramente desconocido el terreno, y no contando con fuerzas suficientes para luchar con millares de indios, aguerridos todos y defensores de su independencia, salir á su encuentro, buscarlos, era lo mismo que buscar la tumba sin que quedara nombre para su gloria, porque todos, absolutamente todos perecerian, y no podria saberse nunca la nueva de su desastre.

Ojeda y Gorbalan, otro de los capitanes más audaces que iban á las órdenes de Colon, deseaban salir al mando de pequeños destacamentos á explorar el terreno, á acercarse todo lo màs posible á los parajes en donde se habian refugiado los indios, para poder saber á qué atenerse y tomar un partido decisivo.

—La reflexion, exclamó el almirante, aconseja que ántes

de entrar en guerra con los indios adoptemos medidas para evitar los peligros que nos amenazan.

Hemos venido resueltos á establecer una colonia: establezcámosla primero, busquemos el reposo que necesitamos para reparar las fuerzas que hemos perdido en tan largo viaje; construyamos casas que puedan servirnos en un momento dado de fortalezas, y cuando lleguemos, por decirlo así, al centro de operaciones, al punto de refugio, podremos ir poco á poco extendiendo nuestra influencia y poderío, contando, para que nos ayuden, con algunos indios, á los que, á fuerza de agasajos y de dádivas, podremos poner de nuestra parte.

El padre Boil, que con tanto calor habia aconsejado la guerra cuando tenia probabilidades de triunfo, en aquella ocasion, temeroso de sufrir los azares de la lucha, fué uno de los más ardientes sostenedores de la opinion del almirante.

—Hemos sufrido mucho, decia, despues de las penalidades del viaje; hemos hallado ruinas donde pensábamos encontrar una fortaleza, y solo hemos visto los cadáveres de nuestros compañeros, de quienes esperábamos noticias importantes acerca de las condiciones de este territorio. No es aquí donde nos sonríe la fortuna. Tal vez en otras islas nos favorezca mejor

Este deseo estaba en el ánimo de todos los navegantes.

El silencio, la soledad, la tristeza que reinaba en los dominios de Guacanajari, habian infundido un profundo desaliento en todos ellos, y los más supersticiosos, los más fanáticos, veian en todo lo que les pasaba un aviso del cielo para que huyesen cuanto àntes de aquella isla maldita.

La idea de regresar á España se escapó de los labios de Américo Vespucio, y no faltó quien la acogiera con entusiasmo.

Pero ninguno se atrevia á formularla en alta voz.

Colon comprendió en vista del estado en que se hallaban sus compañeros que necesitaba á toda costa ponerse en movimiento y recrear su vista con nuevos paisajes, proporcionando nuevas esperanzas á su abatido espíritu.

Para que se alejasen de aquella costa habia tambien otros motivos muy poderosos.

La tierra era mal sana.

Habian buscado piedras para edificar y no las habian hallado.

Se exponian, pues, á padecer enfermedades y á carecer de abrigo.

La necesidad de establecer colonia era muy apremiante.

Todos estaban ya cansados de la vida á bordo.

Los animales mismos que habian llevado se morian poco á poco, y los que vivian parecian haber perdido todas sus fuerzas.

Aquel mismo dia resolvió Colon que partiesen las carabelas en distintas direcciones, encargando á sus capitanes que, visitando todos los puertos próximos, viniesen á decirle el resultado de sus exploraciones con el objeto de designar un paraje á proposito para la fundacion de la colonia.

Como Colon creia más conveniente la paz que la guerra, les encargó tambien que averiguasen el paradero de Guacanajari, que tratasen con afabilidad á los indios, que les colmasen de regasajos, porque solo en el último momento le convenia recurrir á la fuerza.

Partieron las embarcaciones y al dia siguiente regresaron, trasladándose á bordo de la carabela capitana sus jefes para noticiar á Colon el resultado de su viaje.

Sus exploraciones habian sido infructuosas.

Habian hallado caudalosos rios, abrigados puertos, pero en todas partes la tierra era pantanosa y no se veian piedras, tan

necesarias para la fabricacion de las casas que debian levantar.

El país estaba desierto.

Los indios rezagados huian hácia los montes al aproximarse á la costa los buques.

Todo indicaba en ellos un inmenso terror.

Melchor Maldonado se encaminó hacia el Oriente y fué el que más se alejó y llegó hasta el dominio de un cacique que, al ver la carabela, corrió á la costa en actitud amenazadora al frente de sus guerreros resuelto al parecer á acometerlos si tocaba en tierra.

Dispuso Maldonado, á pesar de las instrucciones pacíficas que llevaba, que los cañones de la carabela arrojasen sobre aquella masa de guerreros algunas balas de piedra.

Al oir el primer disparo corrieron todos precipitadamente á refugiarse en los bosques, y entónces algunos españoles se acercaron á la orilla en el bote de la carabela.

Oculto en una choza vieron á un indio que estaba herido todavía de un lanzazo que habia recibido en el combate contra los habitantes de la fortaleza de la Navidad.

Fué conducido á la carabela, y presentado despues por Maldonado al almirante, el cual le interrogó, informándose por él de las verdaderas causas de la lucha entre los indios y los europeos, y de que la actitud favorable á éstos que habia tomado Guacanajari era otra prueba más de que el monarca haitiano habia sido leal à sus juramentos.

A bordo se le prodigaron toda clase de auxilios, para curar su herida, con el objeto de catequizarle y de que pudiera ser útil á los proyectos de Colon.

Pero aquellos viajes parciales de sus capitanes habian sido inútiles.

Por allí cerca no habia un terreno favorable para la fundacion de la colonia, y el dia 7 de Diciembre resolvió Colon

darse á la vela con toda su escuadra para buscar más léjos el lugar que deseaba.

El temporal le obligó á refugiarse en un puerto hácia Levante, separado diez leguas de Monte Christi.

A primera vista agradó á todos el paisaje.

Era un puerto espacioso dominado por una lengua de tierra, á la que protegia un baluarte de rocas por un lado, y por el otro un bosque impenetrable.

Dos rios caudalosos se extendian por una verde y dilatada llanura, con cómodos remansos que podian facilitar el establecimiento de molinos.

La fertilidad del suelo, las abundantes aguas que por allí corrian, los pescados sabrosos que cogieron en ellas, la suavidad del clima, la vegetacion espléndida, á pesar de hallarse en Diciembre, todo les indujo á creer que era un verdadero Paraíso que les ofrecia la naturaleza, con lo necesario para recrear su vista, para alimentar su cuerpo y para defenderse de las agresiones de sus enemigos.

Los indios que iban á bordo y especialmente el que habia sido curado, aseguraron que las montañas del Cibao, en donde estaban las minas de oro, se extendian casi paralelas al puerto y no á mucha distancia.

—Este es el mejor sitio que podemos elegir para establecer la colonia, dijo Colon; establezcamos aquí nuestros hogares; cuanto más trabajemos, mayores y más pronto serán los resultados que obtengamos.

Los tripulantes recobraron sus abatidas fuerzas.

Todos sentian vivos deseos de trabajar y contribuir á la fundacion de la colonia, y en medio de gran animacion desembarcaron las tropas y la gente que debia quedar en tierra, con los trabajadores y artífices que habian de construir las casas. Asimismo fueron trasportados á tierra los víveres, las municiones, los cañones, los animales y las aves, y una inmensa alegría se apoderó de todos al librarse de la prision en que habian vivido en los buques, al cambiar aquella estrecha morada por las verdes y risueñas praderas que se extendian á su vista, por el aire purísimo y embalsamado que respiraban, y por todo el aspecto de aquel país, sobre el que parecia haber caido la bendicion de Dios.

Formaron una especie de campamento en la llanura, al borde de un lago de cristalinas aguas; y poseidos todos de una fiebre incesante, comenzaron á echar los cimientos en el Nuevo Mundo de la primer ciudad cristiana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LI.

Nuevas desdichas.

Colon, que no olvidaba los inmensos favores que debia á la reina Isabel, y habia tenido ocasion màs que ninguno de apreciar lo que aquella mujer sublime valia, en honor suyo dió el nombre de Isabel á la colonia.

Con auxilio de su estado mayor formó un plano de las calles y plazas que deberia tener la ciudad, y una vez tiradas las líneas y reunidos los elementos necesarios para la fàbrica, comenzaron á levantarse los edificios, entre los cuales se contaba un templo, un almacen y el palacio del almirante.

Estos tres edificios fueron hechos de piedra.

Las casas se fabricaron con madera, mezcla, cañas y otros materiales parecidos.

Era necesario cuanto ántes librar de la intemperie á los españoles, y todos trabajaban con el mayor ardor para ver cuanto àntes concluida la colonia.

Preocupados todos con aquellas tareas, gozosos al contemplar los paisajes que les rodeaban y con esperanzas de conseguir el oro, que bien puede decirse que era su sueño dorado, dieron tregua à los instintos belicosos, entregándose á las más risueñas ilusiones.

Pero, ¡ay! que el mal se cubre con la apariencia del bien. Aquella animacion, aquella laboriosidad, aquel afan que

todos tenian por concluir cuanto ántes la ciudad, por establecerse en ella á la europea, se paralizó pronto.

La mayor parte de los navegantes, y en particular aquellos que estaban poco acostumbrados al mar, habian sufrido mucho en los viajes durante tantos dias de navegacion y al mismo tiempo los alimentos que habian tomado, las privaciones contínuas que habian sufrido, contribuyeron en gran parte á alterar su salud.

Antes de que pudieran poner los techos á las casas tuvieron que pasar muchas noches al raso y las emanaciones de un clima húmedo, los miasmas que desprendian las aguas estancadas, y el aire detenido en aquellas selvas espesas, fueron otras tantas causas de enfermedades que debilitaron á muchos y obligaron á no pocos á recibir los auxilios de la medicina.

Abatido el cuerpo, natural era que el ánimo sufriese la misma suerte.

Los que en los primeros momentos, por la novedad y belleza del espectáculo que se ofrecia á sus ojos, concibieron risueñas esperanzas, al verse valetudinarios, enfermos, al notar que les faltaban fuerzas para terminar su obra, al pensar en la muerte tan léjos de su patria donde habian dejado las personas más queridas de su corazon, contribuyeron á desvanecer sus ilusiones y aunque les parecia dorada su prision, al fin y al cabo eran prisioneros.

Aunque los indios les llevaban de cuando en cuando oro, era en tan pequeñas cantidades que no valia la pena el viaje que habian hecho si no lo recogian en mayor abundancia.

Todas estas causas aumentaron y agravaron las enfermedades, y la Isabela no tardó en ser, más que una colonia, un lazareto.

El mismo Colon, aquel hombre enérgico, vigoroso y de esforzado ánimo, estaba en el mayor abatimiento.

Una nacion entera le habia admirado, le habia colmado de ovaciones, los reyes le habian distinguido con los honores más envidiables, el resultado de su primera expedicion habia hecho concebir esperanzas que el almirante veia entónces cuán difíciles eran de realizar.

Por otra parte, si aquellos hombres que le acompañaban sucumbian víctimas de las enfermedades, que el cambio de clima y la calidad de los alimentos les producia, él era responsable á los ojos de Dios y del mundo de su muerte.

La idea de tener que volver con un desengaño, de ser objeto del desprecio de todos, le atormentaba; la idea de permanecer en aquella isla sin recursos, lleno de enfermedades, expuesto á perecer con todos sus compañeros, era un contínuo martirio para él.

En aquella alternativa ¿qué resolucion podia tomar?

Tambien cayó enfermo, pero la energía de su espíritu le hizo dominar su enfermedad, y á pesar de su estado no dejó un solo dia de dirigir la edificacion de la ciudad y de ocuparse en los negocios generales de la empresa que habia acometido.

Descargados los buques era de todo punto necesario enviarlos á España.

¿Pero cómo los enviaba?

Los reyes aguardaban por momentos la llegada de la flota cargada de oro, de piedras preciosas y ricas especias.

La imaginacion pintaba á todos los españoles el regreso de las carabelas como la realizacion del cuerno de la abundancia.

Pero ¡ay! ¿qué pensarian de Colon al ver llegar sus naos sin cargamento alguno, con unos cuantos enfermos, con la noticia de que en vez de un tesoro habian hallado los españoles en el Nuevo Mundo una tumba?

Los parabienes, los aplausos de que habia sido objeto, se tornarian en maldiciones.

Las esposas, los padres y los hijos de los navegantes le execrarian por haberlos arrastrado á aquella empresa de luto y desolacion.

Su nombre, que habia llegado á grabarse en el libro de la historia como un nombre inmortal, seria vilipendiado y la maldicion alcanzaria á sus hijos, que serian despues de arrojados de palacio, escarnecidos por los nobles, perseguidos á muerte por las masas y bajo el peso de aquella cruel execracion llegarian hasta avergonzarse de que les hubiera dado el sér.

¡Oh! esto era horrible.

—Dios mio, se decia Colon; ¿por qué me das este cáliz de amargura? ¿Qué he hecho yo para que mis esperanzas legítimas se tornen en crueles desengaños?

Todos sus deseos, todas sus combinaciones habian fracasado.

Habia pedido gran número de buques porque estaba seguro de que los españoles que habia dejado en su fortaleza de la Navidad habrian explorado el terreno, tendrian conocimiento de él y habrian atesorado en el fuerte crecidas cantidades de oro y de otros productos del país, que los buques al regresar á España podian llevar como un testimonio de las nuevas conquistas que acababa de hacer para los reyes de Castilla.

Perdida esta esperanza le consoló la idea de que aún poseia la amistad de Guacanajari, y no dudó de que, con su auxilio podria penetrar fácilmente en el territorio de Caonabo, apoderarse de las minas, y en cambio de los objetos que para regalar á los indios llevaba, cargar sus buques con el oro que los soldados y los marineros extrajeran de las minas.

Pero Caonabo á su vez, á juzgar por las apariencias, se apo-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dera del ánimo de Guacanajari, le obliga á alejarse de su territorio, le separa de Colon, se coaliga contra él, y solo la guerra, la dura é inexorable guerra, puede facilitar los medios de que las embarcaciones vuelvan cargadas á las orillas españolas.

El mejor medio de realizar este propósito era establecer una colonia, buscar un punto de refugio para que los guerreros tuviesen mayores probabilidades de vencer.

El aliento renace en sus compañeros.

Todos trabajan con afan para establecer la colonia; se desembarcan los víveres, los animales, todo cuanto hay à bordo.

Y las enfermedades debilitaban á aquellos vigorosos atletas, y la muerte proyectaba su fatídica sombra sobre aquella naciente poblacion.

¿Qué hacer en tan doloroso trance?

Los buques no podian permanecer allí, tenian que volver.

Solo estaba en su camarote entregado á estos tristes pensamientos, y permanecia ya en tan dolorosa meditacion más de dos horas sin que observase que, cerca de él, contemplàndole con interes y lástima, estaba uno de sus pajes.

Mucho sufria, no solo por sus penas, sino por las del almirante, á quien profesaba la mayor veneracion.

—Señor, dijo de pronto acercándose á él, veo que sufrís mucho, y quisiera á toda costa calmar vuestro quebranto.

—Cumples como fiel servidor, dijo Colon, pero no puedes hacer nada por mí.

—¿Quién sabe? Yo os debo inmensa gratitud, tengo fe y la fe horada las montañas.

Dad por lo tanto tregua á vuestra pena; oid una revelacion que solo á vos, porque deseo vuestro bien, quiero hacer.

Colon no habia fijado hasta entónces su penetrante mirada en el escudero y le miró.

—¿No me reconoceis, señor?

—¿Qué me quereis decir?

—¿Os acordais de una noche en que llamó á las puertas del convento de la Rábida un jóven y al estar en vuestra presencia os refirió una historia dolorosa y os pidió vuestro amparo?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Aquel jóven era una mujer; una mujer que habia sufrido mucho y queria acompañaros en aquella expedicion porque sabia que con vos iba el hombre á quien debia todas sus desgracias.

—Sí, Isabel Monteagudo, no lo he olvidado.

—Vos fuisteis bueno, os apiadasteis de su desdicha, intercedisteis con el hombre infame que la habia engañado, y al dia siguiente, en el convento de la Rábida, un venerable anciano santificó su union.

Alonso Velez os acompañó en la primera expedicion; ofreció á la que era su esposa volver á su lado, no separarse de ella, pagarla con creces los disgustos que la habia ocasionado, y sin embargo no volvió.

Destinado por vos para acompañaros al regresar á España, desapareció en los últimos momentos. Nadie tuvo noticia de él.

La esposa le aguardó en vano. Un secreto presentimiento le decia que Alonso Velez no la amaba, que la habia engañado una vez más, que habia mentido al jurarla ante el ara fidelidad y amor.

La esposa herida volvió de nuevo á tomar el disfraz que le habia servido para presentarse á vos en el convento de la Rábida y aquí la teneis á vuestros piés, añadió Isabel cayendo de hinojos ante el almirante.

—¡Vos, Isabel, aquí! ¡Oh! y lo ignoraba todo el mundo.

—Todo el mundo lo ignora, todo el mundo lo ignorará, pero yo no puedo ocultaros á vos los sentimientos que me han traido aquí. Una mujer engañada es una hiena, una hiena que no perdona á su verdugo. No es el amor, es el odio, un odio feroz el que aquí me ha traido.

—Pero, desventurada, no ignorais que Alonso Velez es uno de los desgraciados que han perecido à manos de los indios.

—¡Oh! mi corazon me dice que no. Cuando nos mandasteis á visitar la fortaleza, yo encontré entre las manos crispadas del cadáver de uno de los españoles un papel que he conservado con el mayor secreto, y que es la mitad del que uno de los marineros os entregó.

—¿La mitad?

—Sí; y ese papel revela una infame traicion de Alonso Velez.

—¿Y vos le acusais?

—Yo, sí; porque ya no tengo en mi alma mas que odio para él. Yo le conozco á fondo; la desgracia me ha enseñado á comprender los infames instintos de su corazon.

—No lo dudeis, añadió el falso paje, por huir de mí, por no volver á España á cumplir la promesa que habia hecho á Dios ante el altar, huyó de vos en los momentos de la partida; vendió á sus compañeros, y acaso, acaso él es el que ha concitado los odios de todos contra nosotros.

—No puede ser, la pasion os ciega.

—Perdonadme, señor, que quiera penetrar en vuestro pensamiento. Sufrís porque las enfermedades nos diezman, porque teneis que volver á España los navíos y nada podeis enviar en ellos.

¿Por qué no haceis que alguno de vuestros capitanes con los más audaces marineros, con los más valientes soldados, lleguen hasta el territorio de los indios, hasta sus mismas madrigueras, al ménos para conocer cuáles son sus intenciones, saber si mis presentimientos son ciertos, si Alonso Velez es nuestro mayor enemigo?

Yo iré con el que designeis, yo le serviré de escudero, yo pelearé á su lado, yo buscaré á Alonso Velez hasta en las entrañas de la tierra, y estad seguro de que le encontraré.

—No, no, vos no os apartareis de mi lado más que para volver á España en los navíos que pronto han de partir.

Isabel insistió, pero las órdenes de Colon fueron terminantes.

Sin embargo, la idea de enviar un destacamento ántes que las embarcaciones se diesen á la vela, idea que ya habia cruzado por su imaginacion, se convirtió en realidad despues de la conversacion que habia tenido con Isabel.

Los indios que tenia á su lado le habian dicho que muy cerca de allí estaban las montañas del Cibao.

El mismo nombre del cacique Caonabo, que significaba *señor de la casa dorada*, parecia indicar la riqueza de sus dominios.

Tres ó cuatro dias de viaje bastaban para descubrir las minas.

Colon resolvió enviar una expedicion á explorar aquel departamento ántes de que saliesen los buques, para poder al ménos enviar la noticia del descubrimiento y posicion de las auríferas montañas del Cibao.

Colon llamó á su lado á Alonso de Ojeda.

CAPITULO LII.

Expedicion de Ojeda.

Os he llamado, le dijo, para comunicaros un proyecto y para confiaros una mision que solo vos podeis desempeñar.

—Pláceme en extremo, contestó Ojeda, que os acordeis de mí. Esta vida me cansa; yo he nacido para vivir en el combate siempre; los azares de la guerra me deleitan; la paz me hastía; el peligro me embriaga.

—No ignorareis, añadió Colon, que muy cerca de aquí se hallan los dominios del cacique más formidable de Haiti, Caonabo, rey de las minas de oro, nuestro más temible enemigo, nuestro más encarnizado adversario.

—¿Y quereis castigarle?

—No; quisiera su amistad, porque, creedme, Ojeda, la maña es preferible á la fuerza cuando se trata de arrebatar la independencia á un pueblo. Creo, pues, que con unos cuantos soldados, los que vos elijais, os interneis en los bosques en la direccion que os indicará el indio Diego, para que exploreis el terreno, hagais amistad con el cacique, ó por lo ménos podais volver con noticias de la extension de su territorio, de las poblaciones que cuenta, del número y calidad de sus habitantes, recogiendo ademas todo el oro que podais para llevarlo á España.

Dispuesto á obedecer instantáneamente aquella órden, eligió los soldados más aguerridos, cargó algunos caballos con provisiones, llevó en su compañía algunos oficiales jóvenes y bizarros, que querian compartir con él los azares de la expedicion, y en uno de los primeros dias del mes de Enero se puso en marcha.

Envidioso de aquella distincion que habia merecido Ojeda, Gorbalan, uno de los capitanes más jóvenes y más valerosos de la escuadra, se presentó á Colon para pedirle el permiso para partir con otros hombres por distinto lado, y tener ocasion de distinguirse prestando un verdadero servicio al país.

Aceptó Colon su ofrecimiento, y Gorbalan partió en la misma direccion, aunque por opuesto lado.

El almirante y los que quedaron aguardaban con ánsia el regreso de aquellos valerosos capitanes, para saber á qué atenerse.

Isabel sufria porque no habia podido acompañar á Ojeda.

Colon se lo habia prohibido resueltamente, y por otra parte, la retenia en la colonia un deber de afecto.

Américo Vespucio, personaje oscurecido entónces, no cesaba un solo instante de pensar en Esperanza, en el hijo de su amor.

El dolor moral habia alterado su salud, y era uno de los que más sufrian.

Su mal se agravó, y la tierra que más tarde debia llevar su nombre estuvo á punto de abrirse para sepultarle.

Durante su enfermedad le asistieron con fraternal cuidado Isabel y el doctor Chanca, que habia leido en su corazon las desdichas que sufria y habia simpatizado con él.

Los expedicionarios regresaron al cabo de pocos dias.

Ojeda habia tomado la direccion del Sur.

Los dos primeros dias fueron penosos para él y los que le acompañaban.

Tenian que abrirse camino por enmarañadas selvas.

Al ver la soledad en torno suyo, no podian ménos de entristecerse

Al caer de la tarde del segundo dia llegaron á una elevada sierra, á la que abria paso una vereda que serpenteaba entre intrincados desfiladeros é insondables abismos.

La vereda se iba ensanchando poco á poco hasta llegar á la falda de la montaña.

En ella descansaron los españoles, y los primeros rayos del sol los despertó del sueño reparador á que se habian entregado, sin más proteccion que la de la Providencia.

¡Pero qué hermoso panorama se extendia á su vista!

Era una vasta y deliciosa llanura cubierta de aldeas, formadas por grupos de pintorescas chozas, adornada con bosques de una vegetacion sorprendente.

Las plateadas aguas del rio Yaqui corrian en distintas direcciones, aumentando la belleza de aquel inmenso, dilatado y verde valle.

—Allí nos espera la vida ó la muerte, dijo Ojeda á los suyos. A juzgar por el número de casas que desde aquí descubrimos, los indios que hay en ellas, si nos son hostiles, pueden destruirnos instantáneamente.

Juguemos un albur; bajemos á la llanura, penetremos en las aldeas y encomendémonos á la Vírgen para que nos libre de todo riesgo.

Aquellos hombres se postraron de hinojos, y en tanto que el sol, saliendo por Oriente con sus vívidos rayos, inundaba de luz el paisaje, Ojeda y los suyos murmuraban la salve desde aquella altura que les acercaba màs y más á Dios.

Con ànimo resuelto descendieron rápidamente al valle, y vieron con gran asombro que los indios, en vez de atacarlos, les ofrecieron hospitalidad, y al saber quiénes eran por el

intérprete Diego, se apresuraron á ofrecerles fragmentos de oro y agasajarles con todo cuanto tenian.

Todavía no era aquel el territorio de Caonabo.

Pero las sierras que limitaban el valle eran las invencibles murallas que la Naturaleza habia dado al cacique para defender sus tesoros, que estaban en las entrañas de aquellas sierras.

Despues de vadear varios rios llegaron á las sierras del lado opuesto; por veredas y atajos penetraron en sus fragosidades y vieron con asombro que ni Caonabo ni los suyos les ponian obstáculos.

Caonabo no estaba á la sazon allí.

A pesar del cansancio que sentian, en las montañas, en la tierra, en los rios, veian partículas doradas, lo que les hacia creer que todo en aquella parte de la isla era oro.

Los indios que se les acercaban y les acompañaban guiándoles por los atajos, delante de ellos, con la mayor facilidad separaban el oro de la arena y se los ofrecian.

En varias partes hallaron grandes pedazos de oro vírgen y piedras jaspeadas con venas del mismo metal.

Algunos de estos fragmentos eran tan grandes que pesaban ocho y nueve onzas.

Ojeda encontró uno en un arroyo, que fué más tarde la admiracion de los reyes católicos y de cuantos le examinaron.

No habia duda de que si á flor de tierra se encontraban aquellas riquezas, en las entrañas de aquella sierra debia haber grandes cantidades de oro.

Era preciso conquistar el país, y llevar allí trabajadores para que arrebatasen el tesoro del seno de la tierra.

CAPITULO LIII.

Nuevos indicios de la traicion de Alonso Velez.

En medio de la sierra, cubierta por los árboles, halló Ojeda una humilde choza y entró en ella á descansar.

Un indio estaba allí.

Le cogieron de improviso, y en presencia de los españoles no pudo ménos de estremecerse.

Miró en torno suyo recelosamente y en sus ojos se manifestó el deseo de buscar una salida para escaparse.

Pero Diego que acompañaba á Ojeda:

—Detente, le dijo, no venimos á hacerte daño, nos envía aquí nuestro amo el almirante de Castilla, que solo ha venido á esta isla á hacer bien á todo el mundo, á derramar á manos llenas los tesoros que de su patria trae para vosotros.

—Lo mismo decia él, exclamó el indio con temblorosa voz, y sin embargo, yo le abrí mi casa, yo le dí todo el oro que tenia y me pagó con la más negra ingratitud.

—¿De quién hablas?

—Del extranjero.

—¿Tú has visto á un extranjero?

—Sí; vino aquí, nuestro cacique Caonabo le protegia. Yo le habia conocido mucho tiempo ántes, una noche le libré de la muerte.

Sin conocer el peligro que hay en dormir bajo la sombra del manzanillero, se guareció en uno de los árboles para pasar la noche, y hubiera muerto si yo no le hubiera sacado de allí y no le hubiera hecho respirar aire puro.

Ojeda asistia á aquella conversacion sin poder explicársela.

Pero Diego, á quien habian inspirado el mayor interes las palabras de su compatriota y que creia hallar en ellas la explicacion de una gran parte del misterio que envolvia la muerte de los españoles, continuó hablándole y ofreció á Ojeda enterarle despues de su conversacion.

—¿Dices que un extranjero á quien salvaste la vida se ha portado contigo indignamente? ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Lo ignoro, pero estaba con ellos, con los que vinieron de lejanas tierras, desde el cielo, segun nos dijo Guacanajari, á defendernos de los caribes nuestros enemigos, á colmarnos de beneficios, á ser nuestros hermanos. ¡Oh! ¡sí! yo lo creí, yo fuí hasta Marien á verlos, mis mujeres venian conmigo.

Nosotros estàbamos allí, cuando desde aquellos inmensas moles de leño en que surcaban las ondas del mar dispararon el rayo y estremecieron la tierra con el sonido del trueno.

Yo creia que era bueno y generoso, por eso le salvé, pero hace pocos dias que aquellos miserables llegaron hasta nuestros dominios, ultrajaron á nuestras esposas y quisieron apoderarse de nuestras riquezas.

El solo quedó vivo; Caonabo le protegia.

—El, prosiguió el indio, se habia acercado al cacique y le habia dicho «mis hermanos llegan y vienen á apoderarse de tus bienes, á saquear tus minas; sal á su encuentro, lidia con ellos, que son pocos y débiles, yo te ayudaré y cuando les hayas vencido, en premio de este favor me admitirás en tu compañía, seré tu consejero, tu amigo.»

Caonabo le creyó, gracias á él pudo llegar hasta donde estaban los extranjeros, caer sobre ellos y destruirlos ántes de que pudieran esgrimir sus macanas.

—¿Y tú no sabes quién es ese hombre?

—No; nosotros le llamamos Turcy, ó hijo del sol. Miéntras que los indios peleaban, él corrió al lado de Anacaona, y con falsos halagos hácia ella y hácia su hija Higuamota, se captó su voluntad y su aprecio.

Pero un dia, un dia llegó hasta aquí.

La más querida de mis esposas estaba sola.

El infame fijó sus ojos en ella, y la aprisionó en sus brazos.

¡Ah! si yo le hubiera visto, si yo le hubiera hallado, la más envenenada de mis flechas hubiera traspasado su corazon.

Ailabi, la más querida, la más adorada de mis mujeres, fué ultrajada por él y murió de dolor.

Yo le busqué, Caonabo le defendia; me quejé al cacique, le referí mi afrenta, la muerte de mi esposa.

Anacaona intercedió por él y quedó libre.

Con ellos está, él es el que fomenta la guerra contra vosotros; él es el que nos ha hecho rebelarnos contra todos los que tienen el poderío de la tierra, porque yo creo que son hijos del cielo los que traen embarcaciones tan gigantescas, rayos tan destructores, armas tan relucientes y tan mortíferas.

No pudo saber más Diego; pero si aquellas noticias no eran para él más que indicios, debian confirmar á Colon en la sospecha que habia despertado en su ánimo Isabel Monteagudo.

Por el indio supieron que Caonabo estaba reuniendo un formidable ejército y tomaba las disposiciones necesarias para salir al encuentro de los europeos, para darles una batalla y destruirlos, como habia hecho con los demas.

A este fin habia reunido á todos los indios que vivian en las inmediaciones de la ciudad de Maguana.

Ojeda mandó á Diego que dijese al indio que el extranjero que les habia engañado sufriria un horrible castigo.

Creyó que era sin duda alguno de los que habian quedado en la fortaleza de la Navidad, y deseaba comunicar aquella nueva á Colon, porque era muy fácil, ó apoderarse de él por la fuerza, ó prometiendo el perdon por la audacia, saber muchas noticias de los indios, conocer la verdadera actitud en que estaban y tener más elementos para vencerlos.

Con algunos fragmentos de oro que habia recogido en el camino, con algunas plantas y frutos raros que habian llamado su atencion, dispuso regresar á la colonia y llegó en tres ó cuatro dias, precisamente al mismo tiempo que regresaba Gorbalan de su expedicion, en la cual habia hallado tambien frutos raros y partículas de oro, pero no llevaba las noticias que Ojeda.

No habia duda para Colon, despues de saber la conversacion que habia tenido Diego, su intérprete, con el indio de la cabaña, de que si Alonso Velez vivia aún, era el más poderoso enemigo.

Pero las nuevas que le llevaron de los terrenos que habian descubierto, alegraron algun tanto á Colon y sirvieron para reanimar á sus tristes y abatidos compañeros.

—No hay duda, exclamó el almirante, ricos tesoros encierra el Cibao en sus entrañas. Tarde ó temprano serán nuestros, y podremos realizar nuestras esperanzas y las que los reyes nuestros señores han concebido al disponer la expedicion.

—Yo mismo iré en persona, añadió, en cuanto pueda, á esas montañas y buscaré el sitio más á propósito para que podamos explotar las minas y defendernos de las invasiones de los indios si acaso nos acometen.

CAPITULO LIV.

Un cambio de personas.

A propósito era el tiempo para viajar por mar, y el almirante dispuso que de las embarcaciones que tenia regresaran nueve á España, al mando de Antonio de Torres.

Los enfermos de más gravedad debian acompañarle, y no eran pocos los que querian realizar el deseo de volver à la patria.

Entre ellos estaba Américo Vespucio.

Uno, sin embargo, de los designados por Colon, queria á toda costa quedarse allí.

Era el fingido escudero, Isabel Monteagudo.

Colon le habia llamado y le habia dicho:

—He recibido noticias que confirman las vuestras. Alonso Velez ha sido un traidor, y casi es seguro que los desastres que nos han ocurrido han sido por culpa suya. Buscarle, aprisionarle y enviarle á la Península es un deber en mí, pero no puedo consentir que permanezcais aquí más tiempo, podria identificarse vuestra persona.

Volved allí, que os recomendaré á los reyes para que con su proteccion alivien vuestras penas, y en cuanto á vuestro esposo, si se arrepiente y se enmienda, aun podreis hallarle en España, no para vengaros de él, sino para pedirle que os resarza de los males que os ha causado.

Isabel se obstinó en no partir.

Deseaba á toda costa formar parte de la expedicion que debias alir á apoderarse del territorio del Cibao, segura como estaba de descubrir á Alonso Velez y de castigar sus maldades.

Pero la órden de Colon fué terminante.

Isabel sabia que no podia resistir á su mandato, y sin embargo, resolvió quedarse.

Américo Vespucio, apénas supo que las embarcaciones iban á regresar á España, pidió al almirante licencia para volver en ellas.

El almirante no quiso desprenderse de él.

Era uno de los navegantes que más consideraciones le habian guardado.

La docilidad de su carácter, su tristeza y acaso, acaso el haber nacido en Italia, hacian que Colon le mirase con simpatía.

Le pidió primero que no le abandonase, mandándole despues que se quedase á formar parte de la colonia.

Isabel y Américo se encontraron.

—Los dos sufrimos, dijo Isabel á Américo, y sin embargo, vos cambiariais por la mia vuestra suerte y yo la mia por la vuestra.

—Vais á partir, ¿no es cierto?

—Así lo ha dispuesto el almirante, pero yo estoy resuelta á quedarme.

—¿Como vais á burlar su vigilancia, á desobedecer sus órdenes?

—Tengo un proyecto que puede hacernos felices á los dos.

—Lo adivino; pero será imposible.

—No lo creais; el almirante ha dispuesto que todos los que han de volver á España se embarquen mañana á la noche à fin de darse á la vela al romper el alba.

Ocupad mi puesto.

—¿Y cómo?

—Fácilmente; el encargado de admitir á bordo á los que han de ir à España en la carabela *Santa Lucía*, que es á la que á mí me han destinado, es Márcos Caña, hombre avaro si los hay; yo tengo unos pedazos de oro que he podido recoger en las exploraciones que he hecho y ocultar á los ojos de todos, y en cambio de ellos consentirà en la superchería que ha de proporcionarnos la realizacion de nuestros deseos.

Repugnaba á Américo Vespucio aceptar aquella proposicion, pero estaba resuelto á jugar el todo por el todo, porque la ansiedad en que vivia léjos de Esperanza era superior al sentimiento del deber.

Todo se preparó para la salida de los buques.

Gorbalan y Antonio de Torres llevaban encargo de explicar á los reyes todo lo que habia sucedido.

Colon escribió una detallada reseña de las peripecias de su último viaje.

Envió en los buques todas las muestras de oro que habia hallado en las montañas y rios del Cibao, y expresó la seguridad de poder enviar pronto grandes cantidades de oro, preciosas especias y abundantes frutos del país.

Hizo asimismo una descripcion de la belleza y abundancia de la isla, sus montañas, sus anchos y verdes prados, surcados por caudalosos rios, en una palabra, del espectáculo encantador que tenia contínuamente á su vista.

Habló del mal estado de salud de los españoles para no atribuir á la falta de víveres buenos, y pidió por la tanto que los reyes diesen las órdenes oportunas para que se le enviasen provisiones, medicinas, ropas y armas.

Pidió tambien caballos para los servicios de su colonia y para las expediciones militares que proyectaba.

Hacia ver la necesidad que tenia de buenos operarios para la explotacion de las minas y la purificacion y fundicion de los metales.

El resto de su carta estaba destinado á recomendar á algunos de los que volvian habiéndose distinguido en la expedicion.

Era uno de ellos Pedro Mur, hidalgo aragonés del hábito de Santiago, y el otro Juan Aguado, persona en quien sembraba beneficios para recoger ingratitudes, como veremos á su tiempo.

En las embarcaciones que regresaba envió los caribes que habia aprisionado en la Guadalupe, y algunas de las mujeres y niños que en Boriquen habia librado del cautiverio de los caribes que no habian podido escaparse con Flor de Palma.

Recomendaba eficazmente que se les instruyera en el idioma y en la religion, seguro de que cuando volvieran á su patria referirian todas las bondades de que habian sido objeto, ganándose de este modo la corona de Castilla la bondad de aquellos indios.

Considerando Colon que cuanto mayor fuese el número de caníbales que enviase á España, tanto mayor seria el número de almas encaminadas á la salvacion, propuso que se dieran á los comerciantes de la península á trueque de ganados que enviasen á la colonia.

Los comerciantes enviarian en buques las cabezas de ganado que quisieran, desembarcarian en la Isabela, y allí estarian ya dispuestos indios cautivos para llevarlos á España.

De este modo se proveeria á la colonia de toda especie de aves y ganados sin coste alguno, se libraria á los isleños de sus feroces enemigos y se enriqueceria la Corona, puesto que á cada comprador de esclavos se le deberian imponer derechos en favor del Tesoro.

Principalmente queria Colon salvar del error á numerosas almas ofreciéndoles los consuelos de la fe.

Este triste pensamiento, que era una nueva forma de la esclavitud, se le ocurrió á Colon porque veia que el regreso de su escuadra no iba á realizar ni con mucho las esperanzas que se abrigaban en Castilla y queria que las personas reemplazasen en lo posible á la realidad.

Ademas, la conversion de los infieles era una máxima muy arraigada y muy popular en su tiempo, y como dice muy bien uno de sus escritores, al recomendar la esclavitud de los caribes, creia Colon obedecer los impulsos de su conviccion, cuando solo escuchaba las insinuaciones de su interes.

Bien es verdad que los reyes no aprobaron sus ideas y que Isabel, magnánima y bondadosa, dispuso que lo mismo los caribes que los habitantes de Haiti fuesen convertidos á la fe, pero dejándolos en libertad.

Isabel Monteagudo habló con Márcos Caña, le deslumbró con el oro que habia atesorado, el patron accedió á sus deseos y Américo Vespucio partió en lugar de Isabel.

La jóven se quedó en la colonia y permaneció oculta para que Colon no supiese lo que habia hecho hasta que fuera imposible su marcha de la isla.

La flota se dió á la vela el 2 de Febrero.

El padre Boil y el doctor Chanca enviaron tambien cartas que probaban lo que Colon decia en la suya.

En el momento de partir los navíos, la *Isabela* estaba ya casi concluida.

Rodeaba la ciudad un muro de piedra fabricado para defenderla de los ataques de los indios, medida que hasta cierto punto parecia inútil, puesto que los que al principio habian abandonado sus chozas no tardaron en volver, mostrándose muy amigos de los españoles y ofreciéndoles provisiones á

cambio de los objetos que ningun valor tenian para los europeos y que los indios estimaban tanto.

El dia de los reyes de aquel año estaba ya la iglesia concluida, y el padre Boil y los doce eclesiásticos que le acompañaban celebraron misa con gran pompa y solemnidad.

Convenia no perder tiempo á Colon, y á pesar del mal estado de su salud, empezó á tomar medidas para la expedicion á las montañas del Cibao.

Pero un suceso inesperado lo paralizó todo, ofreciendo á su alma una de las penas más acerbas que hasta entónces habia experimentado.

El arcediano Fonseca se habia prometido hacer pagar muy caro á Colon la humillacion que le habia hecho sufrir.

Las semillas sembradas empezaban á fructificar en la Española.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LV.

Bernal Diaz de Pisa.

El arcediano Fonseca habia influido para que formase parte de la expedicion y fuese en calidad de contador un protegido suyo á quien llamaba Bernal Diaz de Pisa.

Un estrecho lazo ligaba á este hombre con Fonseca.

Veinte años ántes, siendo lego de un convento de Valladolid, el que era entónces arcediano de Sevilla conoció á una pobre mujer que con un niño de ocho à diez años, despues de un penoso viaje, llegaba desde Italia á la corte de Castilla, en busca de un hidalgo á quien habia conocido en su patria y á quien habia amado.

De su amor habia nacido aquel hijo que vivia como ella en la pobreza y en el abandono, porque el hidalgo habia faltado à su palabra, habia huido de su lado y los habia dejado en la miseria.

Poco ménos que pidiendo limosna se habian trasladado desde la ciudad de Pisa á Valladolid, en donde estaba à la sazon la corte. Fonseca fué el primero que tuvo noticia de aquel secreto, y apiadándose de la pobre mujer se proporcionó por bajo de cuerda los medios de acercarse al hombre que la habia condenado á aquel cruel martirio.

Estaba á la sazon casado con una dama ilustre, y deseando deshacerse á toda costa de aquella mujer que le recordaba

una falta, compró á dos gitanas para que la buscaran y la arrojaran con una piedra ataca al cuello al Pisuerga.

El niño quedó solo, y Fonseca, apiadado de él, le llevó al convento y le tuvo à su lado.

No faltaba por entónces quien atribuyese los medros del lego, que no tardó en profesar, á la amistad de un hidalgo que bien podia ser el padre de Bernal, que este era el nombre del niño que habia recogido Fonseca.

Acaso le habló al alma; acaso le pidió proteccion para aquel pobre huérfano, y si el amante habia sido bastante infame para cometer un crímen, el padre queria calmar la atribulada conciencia del hombre protegiendo al niño desvalido.

El niño se educó bajo los auspicios de Fonseca, á los diez y ocho años tomó parte en las guerras contra los moros, y al concluirse la de Granada obtuvo un oficio de los más lucrativos de la corte.

Bernal Diaz de Pisa, que sabia la historia de su madre, no tenia más que una buena cualidad: la de ser agradecido.

Para él Fonseca era la imágen de la Providencia, y estaba dispuesto á sacrificarle su vida.

Nombrado el arcediano director de la segunda expedicion y jefe supremo del consejo de Indias, quiso que Bernal Diaz de Pisa acompañase à Colon en calidad de contador.

Aceptó gustoso aquel empleo no solo por servir à su protector, sino porque le prometia pingües ganancias.

Era ambicioso.

Quiso desde el primer momento tener alguna iniciativa; pero Colon no era una de esas personas á quienes francamente se maneja, y en varias ocasiones le señaló los límites en que debia encerrarse.

Antes de partir le habia dado Fonseca instrucciones secretas, y el deseo de complacerle por una parte, y por otra el des-

engaño que, como todos, habia recibido, puesto que se le habia figurado que llegar y cargar los navíos de oro seria todo uno, le incitaron á declararse en abierta lucha contra Colon, y á tramar una intriga cuyos resultados debian ser funestos.

Impresionables por naturaleza los españoles, se habian animado algo al oir la descripcion que Ojeda y Gorbalan habian hecho de sus viajes exploradores, y habian redoblado sus esfuerzos para terminar la edificacion de la colonia y para estar dispuestos à emprender la nueva expedicion al Cibao que proyectaba el almirante

Pero llegó el momento de la partida de los nueve buques, y los que tenian necesidad de quedarse vieron partir con profundo sentimiento á sus amigos, cayeron de nuevo en la duda, en la zozobra, en la inquietud, y habia muy pocos que no pensasen que el mejor partido que habian podido tomar en aquellas circunstancias, era regresar todos y abandonar para siempre un territorio en donde las ventajas no compensaban los inconvenientes.

Bernal Diaz tenia la opinion de que no era muy acertada la conducta que respecto á los indígenas observaba Colon.

En su concepto eran sueños dorados, y nada màs que sueños, las ventajas que en el descubrimiento de aquellas tierras se prometia el almirante.

Durante el viaje habia tenido ocasion de visitar en las islas caribes algunas poblaciones indias, y no habia hallado en ninguna de ellas rastros de civilizacion.

Por el contrario, aquellos hombres que se devoraban unos á otros parecian fieras, y por lo tanto lo que convenia, una vez hechos las gastos del viaje, era entrar decididamente á explorar las riquezas, apoderarse de ellas si las habia, y de no haberlas regresar á España.

Al ver el desaliento que habia entre todos los colonos, ob-

servando que aquella era una excelente ocasion para desbaratar al almirante, deseoso, por otra parte, de regresar á España, no podia escoger ni una situacion, ni elementos más à propósito para desprestigiar al almirante, para regresar á la península, y acaso acaso con la influencia de Fonseca, que de seguro la tendria en su favor, derrotando á Colon, volver él algun dia al mando de otra expedicion, y practicar la política que le inspiraban las costumbres y el carácter de los naturales del país.

La enfermedad de Colon se habia agravado un tanto.

Mis lectores no olvidan que padecia de la gota y natural era que aquel clima húmedo, unido á los disgustos que sufria, agravase su dolencia.

Bernal Diaz de Pisa aprovechó esta circunstancia para poner en juego sus planes.

Su proyecto era apoderarse de alguno de los buques que todavía estaban anclados en el puerto, llevar en su compañía el mayor número posible de colonos, llegar á España y hacerles declarar á todos que las noticias que llevaban los que habian salido en las nueve carabelas eran falsas, que la situacion de los españoles en la Isabela no podia ser más lastimosa de lo que era, y que por todas estas razones debia renunciarse á la posesion de un territorio que no era más que una tumba de ilusiones y de hombres.

Al efecto conversó con los más descontentos y no tardó en hacer partícipes de sus deseos á la mayor parte de los navegantes.

—Ya veis, les dijo, que el porvenir que nos espera no puede ser más triste. Todavía tardaremos algun tiempo en hacer habitable la ciudad, y cuando esté concluida es muy posible que nos veamos obligados á abandonarla porque ha sido tan poco el tacto del almirante para eligir el sitio donde debiamos

vivir, que si continuamos aquí mucho tiempo, la ciudad se convertirá en un cementerio.

Yo bien sé que Colon tiene poderes plenos para disponer de nosotros, que le debemos obediencia; pero si todos vosotros, lo mismo que yo, estais dispuestos á derramar vuestra sangre en defensa de vuestros reyes y de la religion, no creo que ninguno de nosotros tenga el deber de sacrificarse á la voluntad de un hombre que no en vano muchas naciones han calificado de visionario.

En último resultado, ¿qué podemos prometernos de bueno? ¿Que conquistamos esas montañas del Cibao, que nos apoderamos de las minas de oro de que tanto nos hablan.

Y si esto sucede, ¿cuál es la suerte que nos está reservada? Trabajar dia y noche, para arrancar á las entrañas de la tierra los filones de oro; entregarnos á una ruda tarea á la que no podremos resistir sin buenos alimentos, sin respirar en una atmósfera pura, y ese oro que tanto trabajo y sudores nos costará, esas riquezas que à cambio de nuestra vida podemos adquirir, no serán para nosotros.

Las embarcaciones que vuelvan regresarán á España con ellas, disfrutarán nuestros hermanos de ese tesoro miéntras nosotros tendremos que contentarnos cuando más con poseer grandes cantidades de ese metal, pero aquí inútiles, porque con ellas no podremos comprar el más insignificante placer.

Estas razones eran muy poderosas, sobre todo para aquellas gentes que habian formado parte de la expedicion con el secreto deseo de llegar á la India, enriquecerse y volver á España á disfrutar con el oro de los placeres que los más poderosos señores de Castilla se proporcionaban à cada instante, gracias á las pingües riquezas que atesoraban.

—Por otra parte, añadió Bernal Diaz de Pisa, las personas que han ido en las carabelas son todas adictas á Colon

El ha escrito á los reyes, y hasta él mismo padre Boil y el doctor Chanca han confirmado sus noticias.

Los que regresan van muy recomendados á los reyes y hablarán bien.

En Castilla se creerá que somos felices.

Vendrán nuevas embarcaciones con hombres llenos de esperanzas.

Nosotros no debemos consentirlo.

—¿Y qué hacer? preguntaron algunos de los que le escuchaban.

—Cumplir nuestro deber, apoderarnos de una de las carabelas, aprovechar un momento oportuno para regresar á España, llegar, acudir todos á la corte, confesar la verdad á los reyes y quitarles una ilusion que puede ser para ellos y para la nacion entera una série infinita de complicaciones y adversidades.

La idea agradó á todes.

Una nueva influencia acabó de decidir á los conjurados.

Formaba parte de la expedicion Fermin Cabo, el cual desempeñaba las funciones de ensayador y purificador de metales.

De un carácter díscolo, de inteligencia limitada, se empeñó en declarar que no habia oro en la isla, y que si se encontraba seria tan escaso que ni con mucho podria llegar á cubrir los gastos de la expedicion.

Sostenia que no era oro puro el que se hallaba en aquellas minas, que estaba ligado con otros metales de muy poco valor, y estos informes que el ensayador no ocultaba á ninguno, ni aun al mismo Colon, arraigaron màs y màs en el ánimo de cuantos habian hablado con Bernal Diaz de Pisa el proyecto de llevar á cabo la conjuracion que habian tramado.

Ya no se contentaban con apoderarse de un solo buque.

De hacerlo así el almirante podia inmediatamente enviar los demas en su persecucion ó ir él mismo á España y desmentir sus aseveraciones.

Por lo tanto era de todo punto necesario apoderarse de los cinco buques, partir con ellos á Europa y destruir para siempre la influencia de Colon.

Al efecto se redactó en la morada de Bernal Diaz de Pisa un memorial fulminante contra Colon, las más duras acusaciones.

Este memorial fué suscrito por casi todos los que formaban la colonia y escondido en la boya de un barco.

CAPITULO LVI.

Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse.

Colon estaba en el lecho y no podia enterarse de nada.

Isabel, que no se habia presentado aún á su vista despues de la salida de las carabelas, observó el movimiento que habia entre los colonos, notó la preponderancia que sobre todos ellos tenia Bernal Diaz, y sospechando que iba á descubrir una intriga, le buscó.

—Señor Bernal Diaz, le dijo, usted me inspira confianza y voy à hacerle una revelacion.

Bernal Diaz de Pisa conoció al escudero de Colon, y creyendo que era enviado por su amo se mostró receloso.

—¿Qué quiere el pajecillo?

—Mi amo y dueño me mandó regresar á España en una de las nueve carabelas que salieron de aquí, como podeis ver, añadió, por esta órden escrita, señalándome la carabela en donde debia tomar pasaje y lo que debia hacer en España.

Pero, ¿qué quereis? Yo soy jóven, tenia esperanzas de hacer fortuna por aquí, y cometí un delito; me oculté de mi amo y aún no me ha visto desde entónces. Hoy, francamente, tengo miedo al castigo.

—¿No me engañas?

—¡Oh! podeis preguntar à todo el mundo, mejor dicho, à los que viven cerca de mí, que han podido presumir el motivo porque he estado guardado estos dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De hacerlo así el almirante podia inmediatamente enviar los demas en su persecucion ó ir él mismo á España y desmentir sus aseveraciones.

Por lo tanto era de todo punto necesario apoderarse de los cinco buques, partir con ellos á Europa y destruir para siempre la influencia de Colon.

Al efecto se redactó en la morada de Bernal Diaz de Pisa un memorial fulminante contra Colon, las más duras acusaciones.

Este memorial fué suscrito por casi todos los que formaban la colonia y escondido en la boya de un barco.

CAPITULO LVI.

Donde Isabel prueba á Colon que ha hecho bien en quedarse.

Colon estaba en el lecho y no podia enterarse de nada.

Isabel, que no se habia presentado aún á su vista despues de la salida de las carabelas, observó el movimiento que habia entre los colonos, notó la preponderancia que sobre todos ellos tenia Bernal Diaz, y sospechando que iba á descubrir una intriga, le buscó.

—Señor Bernal Diaz, le dijo, usted me inspira confianza y voy à hacerle una revelacion.

Bernal Diaz de Pisa conoció al escudero de Colon, y creyendo que era enviado por su amo se mostró receloso.

—¿Qué quiere el pajecillo?

—Mi amo y dueño me mandó regresar á España en una de las nueve carabelas que salieron de aquí, como podeis ver, añadió, por esta órden escrita, señalándome la carabela en donde debia tomar pasaje y lo que debia hacer en España.

Pero, ¿qué quereis? Yo soy jóven, tenia esperanzas de hacer fortuna por aquí, y cometí un delito; me oculté de mi amo y aún no me ha visto desde entónces. Hoy, francamente, tengo miedo al castigo.

—¿No me engañas?

—¡Oh! podeis preguntar à todo el mundo, mejor dicho, à los que viven cerca de mí, que han podido presumir el motivo porque he estado guardado estos dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—¿Y qué pretendes?

—Pediros un consejo y un favor. Vos sois el contador de la colonia, veis á menudo al almirante, os tiene en mucha estimacion; pedidle que se apiade de mí, decidle que ha sido una locura de chico, que estoy arrepentido y que imploro su perdon.

Bernal Diaz pensó que si no le engañaba era una de las personas que más le convenia llevar á su lado.

—Buscadme á la noche, dijo al paje, y veremos lo que puede hacerse.

Durante este tiempo averiguó que era cierto que Colon habia dado la órden á su escudero para que partiese á España.

Averiguó asimismo que era verdad que desde la salida de las carabelas no se habia presentado al almirante, y convencido de que no le habia engañado, al verle por la noche:

—El almirante, le dijo, no te perdonará nunca. Has desobedecido sus órdenes, y como le conviene mantener su prestigio, como pudieran imitarte otros si despues de haber faltado á sus órdenes te perdonase, está resuelto á imponerte un castigo ejemplar. Pero, tranquilízate, añadió Bernal Diaz, todo podrá arreglarse.

—¿De qué manera?

—Oye un secreto y ¡ay de tí si se trasluce una sola palabra de lo que voy á decirte!

—No tengais cuidado, dijo Isabel con alegría, al ver que al fin y al cabo iba á saber lo que deseaba.

—Aquí nos aguarda una muerte oscura despues de una agonía lenta y dolorosa. Unos cuantos amigos estamos resueltos á partir y tú puedes acompañarnos. Tu fortuna no está aquí, está en España si como servidor de Colon confirmas ante la corte lo que nosotros pensamos decir acerca de su desacertada direccion.

—Sí, sí, dijo Isabel deseando inspirarle confianza para que hablase más; contad conmigo para todo, pienso ir con vosotros. Tratándose de eso iria á España con mucho gusto, ¿pero cómo?

—Muy fácilmente, todo está ya arreglado. Un dia de estos saldràn algunas expediciones; pero los que estamos unidos por el deseo de partir nos quedaremos pretextando enfermedad ó cualquier otra causa, y aprovechando la primera oportunidad correremos á los buques que hay en el puerto, que ya estarán preparados de antemano y partiremos en ellos para España.

—Contad conmigo, dijo Isabel con resolucion, y desde luego si algunos de los conjurados están á bordo enviadme à su lado para que me oculte allí hasta el momento de partir.

Así lo hizo, y por efecto de esta circunstancia pudo Isabel tener noticia del memorial acusador que estaba oculto en la boya del buque, para presentarle á su tiempo á los reyes de Castilla.

La desgracia habia hecho valerosa á Isabel.

Una noche, pretextando que necesitaba ver á Bernal Diaz, dejó la embarcacion y regresó á la colonia.

Casi todos los colonos dormian.

Isabel fué à la habitacion del almirante.

Miéntras todos dormian él velaba.

Isabel cayó de hinojos á los piés de su amo.

—Vos aquí, exclamó Colon reconociéndola.

—Sí; perdonadme, he cometido una felonía.

—Habeis desobedecido mis órdenes.

—Las he desobedecido para haceros un bien. Oidme, y despues, si quereis, castigadme.

Isabel refirió á Colon las desdichas de Américo Vespucio y el motivo que habia tenido para partir en su lugar.

Colon, que habia sufrido mucho, comprendió y disculpó aquel acto de rebeldía; pero pronto se borró aquella impresion en su alma al oir las palabras que Isabel le dijo.

—Mi desobediencia, añadió la jóven, ha sido providencial. En tanto que vos sufrís en el lecho, algunos descontentos conspiran contra vos.

Bernal Diaz de Pisa con otros cuantos, á quienes puedo designar, se han conjurado para aprovechar el primer momento oportuno, apoderarse de las embarcaciones, darse con ellas á la vela con rumbo para España y una vez allí desmentir las noticias que llevan las carabelas que partieron ha poco, acusaros ante la corte y desprestigiaros para siempre.

—¿Eso intentan? exclamó el almirante no pudiendo contener su indignacion. ¿Y vos, cómo sabeis?....

—Desde el sitio en donde me habia ocultado para que no se supiese mi desobediencia observé algo y me dirigí á Bernal Diaz pidiéndole proteccion.

Soy uno de los conjurados desde entónces, pero ya podeis imaginar cuál ha sido mi deseo desde el primer momento: advertiros, ayudaros á prevenir el golpe.

¿Ha sido ó no providencial mi desobediencia?

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamó Colon, cuánta amargura en el cáliz de la felicidad que has acercado à mis labios,

Isabel le enteró de los planes de los conjurados, y Colon tomó las medidas necesarias para desbaratarlos.

Bernal Diaz de Pisa, Fermin Cabo, Diego Ansurez y unos cincuenta colonos más, estaban comprometidos en la conjuracion.

Isabel, despues de haber hablado con Colon, corrió á llamar á Bernal Diaz.

—He venido le dijo, á prestaros un señalado servicio.

—¿Cuàl?

—Vigilad muy de cerca y con el mayor secreto al patron de la carabela en donde os habeis ocultado.

—¿Por qué?

—Porque en mi concepto va á vendernos.

—Pero ¿en qué te fundas para hablar de ese modo?

—Le he visto conversar en secreto con uno do mis compañeros, el más adicto á Colon, y le he oido decir, sin que él me viera, que no volviese por allí porque no estaba solo y podian conocerle.

Esto fué ayer, y hoy, diciéndole que me habiais encargado que viniera á veros, he llegado á tierra para comunicaros estas noticias.

Bernal Diaz se propuso observar, y encargó al paje que volviese á bordo y no perdiese de vista un solo instante al patron.

Al dia siguiente corrió la nueva de que Colon estaba peor de su mal.

Llamó á algunos capitanes, y exigiéndoles juramento les refirió lo que pasaba.

—Si no les damos un ejemplar castigo, añadió, perderemos toda la autoridad ante ellos y seremos sus primeras víctimas. Es necesario simular que salís á varias expediciones en tanto que, apostados cerca de la playa, estais prontos á acudir á mi voz.

A los capitanes de los buques les habló del mismo modo encargándoles que apénas salieran las expediciones fuesen cautelosamente á los buques con los hombres de su mayor confianza para contrarestar los planes de los conjurados.

Así las cosas, corrió la voz en la colonia de que dos dias despues debian salir á explorar varios puntos de la isla seis destacamentos con quince ó veinte hombres cada uno.

—El momento oportuno se acerca, dijo Bernal Diaz á los conjurados.

Fingiéronse éstos enfermos cuando los llamaron para formar parte de la expedicion, y sus compañeros partieron á obedecer las órdenes de Colon.

Al anochecer, el almirante mismo, reuniendo todas sus fuerzas, se dirigió á la carabela en cuya boya estaba guardado el documento que debian llevar á España los conjurados.

Bernal Diaz llegó con los suyos á la playa, y los mandó á todos esperar en tanto que él se dirigia á los buques para hacer que llevasen los botes á la orilla y pudiesen ser trasportados á bordo.

Esperaba allí al patron su cómplice en el bote que estaba en la orilla aguardándole, y le sorprendió ver en su lugar á un marinero.

—¿Y Ansurez? dijo Bernal Diaz.

—A bordo de su carabela os espera, contestó el marinero.

—Miéntras yo hablo con él vuelve á la playa y ve llevando á bordo de los otros buques á los amigos que se han quedado en ella.

Bernal Diaz subió á bordo y entró en el camarote donde pensaba hallar á Ansurez.

Su asombro fué inmenso al encontrar en su lugar á Colon.

—¿No esperabais hallarme aquí? le dijo el almirante.

—Señor, yo.... balbuceó Bernal Diaz.

—Sois un miserable y aunque pudiera daros un ejemplar castigo, os perdono. Quedareis sin embargo aquí preso hasta nueva órden mia.

Todo estaba descubierto.

El único recurso que quedaba á Bernal Diaz era que llegasen sus amigos en los botes y que haciendo á su vez prisionero á Colon, pudieran realizar su propósito yendo un poco más léjos y deshaciéndose del almirante.

Pero el marinero, que habia visto desde el bote lo ocurrido:

—Estamos perdidos, dijo á los conjurados. El almirante se ha trasladado á bordo con sus más fieles servidores, está enterado de la conjuracion, ha preso á Bernal Diaz y os aguarda á todos para prenderos.

Esto bastó para dispersarlos.

Bernal Diaz fué cargado de cadenas, Colon le puso ademas centinelas de vista y volvió á tierra anunciando á sus capitanes lo que habia pasado, inspirando por su valor nuevo prestigio á sus ojos.

Pero aquello no bastaba, porque el descontento cundia, y hasta los mismos soldados que tenian el sentimiento de la disciplina hacian ver que, tarde ó temprano, imitarian á Bernal Diaz y á los suyos.

Colon formó causa á todos los conjurados y decretó que el jefe de ellos fuese á España en la primera expedicion con la sumaria de su delito para que los tribunales de la Península le castigaran.

A los demas los castigó, pero benévolamente.

Para precaver atentados como aquel, mandó que se depositasen en una sola embarcacion todas las armas y municiones que estaban repartidas en las cinco, dando el mando del buque-arsenal á Diego Márquez, que le inspiraba la mayor confianza.

Pero todas estas medidas necesarias para mantener el órden, unidas á las penalidades que todos sufrian, irritaron á la generalidad de los colonos; empezaron á decirse unos á otros que no debian obedecer tan ciegamente á un extranjero por más que contase con el favor de los reyes y llegó á ser tan grande la hostilidad de que fué objeto, que no pudo ocultarse á sus ojos, y empezaba á desmayar, á perder la esperanza de conservar su prestigio entre aquella gente, de realizar los proyectos que á costa de tanto sacrificios le habian llevado allí, cuando la Providencia vino en su auxilio.

Una mañana, al rayar el alba, aparecieron á lo léjos tres puntos negros que poco á poco fueron aumentándose.

—Son tres embarcaciones, dijo uno.

Y la noticia se divulgó con rapidez eléctrica.

Poco despues vieron ondear en los palos la bandera de España.

Y sin embargo, no habia tiempo de que hubieran llegado las carabelas y de que llevasen á Colon los refuerzos y víveres que pedia.

Pero ¿no podia ser aquello que se hubieran anticipado á sus deseos los reyes?

El almirante pensó tambien que podian ser algunas de las carabelas que habia enviado últimamente á España, las cuales por efecto del temporal regresaban.

CAPITULO LVII.

Los hermanos de Colon.

Tanto habia afligido al almirante la determinacion que habia tenido que tomar para poner coto á la rebeldía de Bernal Diaz de Pisa y sus secuaces; tanto lamentaba tener que recurrir á medidas extremas para mantener la disciplina y el respeto á su autoridad, que su enfermedad se agravó, y por algunos momentos inspiró sérios temores al doctor Chanca, que no se separaba nunca de su lado porque habia tenido ocasion de conocer las grandes cualidades de Colon y le servia con lealtad y desinteres.

Isabel, que á pesar de su pena estaba muy agradecida á las bondades de Colon, le asistia con el mayor esmero, ocultando siempre á los ojos de todo el mundo el misterio de su existencia.

Pero un personaje que habia formado parte de los navegantes, y que hasta entónces habia estado oscurecido, por más que observase siempre al almirante con el mayor interes y curiosidad, al ver que su enfermedad se agravaba, aprovechó un momento oportuno para tener á solas una entrevista con Cristóbal Colon.

Antes de pasar adelante conviene que se fije la atencion del lector en algunos antecedentes de la familia del almirante, porque han de servirnos para comprender muchos de los sucesos que debian completar su historia en el porvenir.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una mañana, al rayar el alba, aparecieron á lo léjos tres puntos negros que poco á poco fueron aumentándose.

—Son tres embarcaciones, dijo uno.

Y la noticia se divulgó con rapidez eléctrica.

Poco despues vieron ondear en los palos la bandera de España.

Y sin embargo, no habia tiempo de que hubieran llegado las carabelas y de que llevasen á Colon los refuerzos y víveres que pedia.

Pero ¿no podia ser aquello que se hubieran anticipado á sus deseos los reyes?

El almirante pensó tambien que podian ser algunas de las carabelas que habia enviado últimamente á España, las cuales por efecto del temporal regresaban.

CAPITULO LVII.

Los hermanos de Colon.

Tanto habia afligido al almirante la determinacion que habia tenido que tomar para poner coto á la rebeldía de Bernal Diaz de Pisa y sus secuaces; tanto lamentaba tener que recurrir á medidas extremas para mantener la disciplina y el respeto á su autoridad, que su enfermedad se agravó, y por algunos momentos inspiró sérios temores al doctor Chanca, que no se separaba nunca de su lado porque habia tenido ocasion de conocer las grandes cualidades de Colon y le servia con lealtad y desinteres.

Isabel, que á pesar de su pena estaba muy agradecida á las bondades de Colon, le asistia con el mayor esmero, ocultando siempre á los ojos de todo el mundo el misterio de su existencia.

Pero un personaje que habia formado parte de los navegantes, y que hasta entónces habia estado oscurecido, por más que observase siempre al almirante con el mayor interes y curiosidad, al ver que su enfermedad se agravaba, aprovechó un momento oportuno para tener á solas una entrevista con Cristóbal Colon.

Antes de pasar adelante conviene que se fije la atencion del lector en algunos antecedentes de la familia del almirante, porque han de servirnos para comprender muchos de los sucesos que debian completar su historia en el porvenir.

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al referir Colon su vida al prior de la Rábida, fray Juan Perez de Marchena, contó someramente los sucesos de su juventud, manifestando que tenia dos hermanos y que era hijo de un cardador de lanas de Génova.

En los años de su infancia, en los albores de su juventud, concibió hácia su hermano Bartolomé un afecto mucho más grande que el que profesaba á Diego y á Marietta, su hermana menor.

Nacidos y criados los tres hermanos en el seno de una república, cuya vida marítima era muy importante, tenian necesariamente que abrazar con entusiasmo la profesion de marinos.

Niños aún, acudian á la playa en el momento en que las embarcaciones iban á darse á la vela, y natural era que su infantil curiosidad les impulsase á preguntar á dónde iban.

A estas preguntas respondian las maravillosas descripciones de los países que los viajeros visitaban, y era natural que se despertase en ellos el deseo de ir tambien á aquellos países lejanos en los que habia riquezas, y para llegar á las cuales tenian que desafiar las iras del mar.

Los tres, desde su más temprana edad, se propusieron ser marinos consumados, con lo cual no hacian más que seguir la tradicion de su familia; porque ya he tenido ocasion de decir en otro lugar que no habia sido Cristóbal el primer almirante de su apellido, y que desde muy jóven tomó parte en las atrevidas empresas que su tio y sus primos emprendian.

Dotados los tres hermanos de superior inteligencia, tuvieron que obedecer á esa ambicion que domina á los hombres cuando su cuerpo permanece en la prision de la necesidad, y su alma vuela libre por las regiones del lujo y de la esplendidez.

Su padre era muy pobre.

Su madre habia muerto en muy temprana edad, y faltaba para ellos en la casa ese lazo, ese atractivo que sirve de contrapeso á los deseos que tienen los jóvenes de valor por el mundo.

Los tres hermanos convinieron en hacer fortuna para librar á su pobre padre de la esclavitud del trabajo; pero miéntras llegaba el suspirado momento de partir, le ayudaban todos en el desempeño de su oficio.

Cristóbal, más afortunado que sus hermanos, con gran alegría de ellos, porque le querian en extremo, fué á estudiar á Pavía.

Antes de despedirse de sus hermanos asistió á una escena que le sirvió para conocer más y más el carácter de cada uno de ellos, y para fijar en su alma el aprecio que en lo sucesivo debia profesarles.

Estaba en vísperas de partir, y paseaba con sus hermanos por el muelle de Génova, cuando vió multitud de curiosos que asistian al espectáculo de una lucha entre dos chicos de catorce à quince años.

Uno de ellos era muy corpulento y tenia más edad que el otro, así es que llevaba gran ventaja en la lid.

Iba á caer el más débil, cuando Bartolomé, colocándose en medio de los dos y separándolos, comenzó á denostar al más fuerte, empeñando con él una lucha en la que quedó victorioso en medio de los aplausos de la muchedumbre.

Fueron separados, y entónces Diego se acercó al jóven que habia sido vencido por su hermano, le preguntó con el mayor interes si habia sufrido alguna herida y le consoló hasta donde era posible.

Cristóbal, jóven aún, vió en la actitud de Bartolomé el sentimiento de la justicia y la energía del valor; en Diego la bondad, pero una bondad exajerada que se parecia mucho à la pusilanimidad.

Cristóbal Colon reunia las cualidades de los dos, pero en mayor grado las de Bartolomé, razon por la cual se aumentó en su alma el afecto que le profesaba.

Pasó algun tiempo léjos de ellos amaestrándose en las faenas marítimas, estudiando la geografía y la náutica.

Al volver á su casa, halló á Bartolomé resuelto á abandonar su patria por los azares de los viajes á regiones desconocidas.

Diego, por el contrario, habia perdido su aficion al mar, habia entablado amistosas relaciones con los frailes de un convento de franciscanos, y sus aspiraciones eran consagrarse á la vida monástica.

El padre de Colon vivia de una esperanza.

Sus hijos dedicados á la marina hallarian proteccion en su primo Cristóbal Colon, hombre rico y valiente, que á cada instante emprendia expediciones, con las que aumentaba su prestigio y su fortuna.

El almirante, que almirante le llamaban tambien, habia cobrado gran afecto á Cristóbal, su sobrino, estaba seguro de su pericia, de su valor, y resolvió llevarle á un viaje de los más arriesgados, porque iba á tener que luchar con las galeras de los turcos.

Se habló mucho en Génova de esta expedicion; los más valientes temblaban al pensar en el peligro con que amenazaba á los navegantes aquella empresa; pero el valor, la pericia del viejo marino y la calidad de los marineros que debian acompañarlos, despertaba la esperanza en todos de que regresarian victoriosos.

—Me llevo á tus dos hijos, dijo al cardador de lanas el corsario. Bartolomé y Cristóbal pueden servirme de mucho y aprender no poco en esta expedicion.

—Mas si perecen.... contestó el pobre padre.

—Si perecen, tanto peor para ellos.... A tí te queda Diego, que sabrá ayudarte á bien morir cuando llegue el caso, porque no sale del convento, en donde le han hecho creer que llegará á ser un santo.

El cardador de lanas comunicó á sus hijos los deseos de su primo, y Cristóbal y Bartolomé, entusiasmados, se entregaron al exceso de su alegría yendo á ver á su tio y participándole su satisfaccion.

—Es una temeridad, pensó Diego; nuestro buen tio quiere sacrificar á mis hermanos, y no lo logrará.

Bartolomé estaba por entónces prendado de una bella aldeana que vivia al pié de las montañas que en forma de anfiteatro se extienden delante de la bahía de Génova.

Iba á verla á menudo, pòrque la amaba, y la *contadina* parecia verle con gusto y escuchar con placer sus lisonjas.

Pero dominado por la pasion de los viajes, Bartolomé estaba resuelto á sacrificar á este afan, á esta sed, á esta fiebre, los sentimientos amorosos de su alma.

Diego, que impulsado por el mejor deseo estaba resuelto á evitar la partida de sus dos hermanos, comunicó á la jóven los propósitos de Bartolomé.

Herida en su amor propio porque prefevia su amante los azares de la expedicion á su cariño, se prometió esclavizarle, y cuando una mujer se empeña en dominar á un hombre lo consigue.

Por de pronto despertó sus celos.

Se valió de terceras personas para que le dijeran que rondaba su casa un noble caballero.

Bartolomé, que no ocultaba nada á su hermano Cristóbal, le confió sus temores.

Estela, que así se llamaba la jóven aldeana, le era infiel.

—Abandónala para siempre, dijo Cristóbal; mañana mismo nos damos á la vela.... en el mar la olvidarás.

—La olvidaré, sí, mas despues de haberme vengado de ella.

—¿Pero estás seguro de su infidelidad?

—Seguro.... no: me han hecho sospechar, no solo las noticias que me han dado, sino su actitud; su turbacion al preguntarle acerca de mis dudas.

—¿Estás celoso?

—Celoso é indignado. Mañana partimos.... ¿no es verdad?

—Sí, al amanecer.

—Pues hoy quiero ir á verla; y si es verdad que ama á otro, que me engaña....

—Cálmate, hermano mio. En ese caso, más que de tu indignacion, será acreedora de tu desprecio.

Bartolomé fué en efecto aquella noche, y Estela, que lo único que deseaba era que no partiese, empleó los mil recursos que la mujer posee para lograr su objeto.

Cristóbal fué á su casa.

—Ya no partís mañana, le dijo su hermano Diego.

—¿Cómo no?

—Se ha resuelto diferir la partida porque el tiempo no es nada favorable.

—¿Y quién te ha dicho?....

—El tio.... que ha enviado ademas un recado con un marinero para noticiaros su resolucion.

—Voy, voy á ver, dijo Cristóbal disponiéndose á salir.

Salió en efecto, y à pocos pasos de la puerta de su casa le detuvo una mujer anciana.

—¿Sois vos Cristóbal Colon?

—Yo soy, buena mujer, ¿que quereis?

—Vivo en la campiña, al lado de una jóven con quien sostiene relaciones amorosas vuestro hermano Bartolomé.

—¿Y me buscais?

—Para deciros que vuestro hermano se halla en un grave peligro.

—Hablad.

—Ha ido á ver à su amada, y ha sabido que habia huido con otro amante, ha corrido en su busca y como no están léjos y el seductor va acompañado....

—¡Ah! voy corriendo á auxiliarle.

—Yo os guiaré.

Se pusieron en marcha, y al salir fuera de la ciudad la anciana le llevó por un camino que Cristóbal desconocia.

—Esperadme aquí un instante, le dijo al llegar á una encrucijada.

Desapareció, y una hora despues aún no habia vuelto.

—¿Qué es esto? pensó, me habrá engañado esa mujer para apartarme de mi hermano, para que no pueda prestarle auxilio. De todos modos yo buscaré la casa de Estela, yo averiguaré la verdad.

Y continuando su camino, pasó toda la noche perdido.

Al amanecer llegó á casa de Estela.

La jóven no habia salido de su casa.

Le preguntó Colon por su hermano y ella le aseguró que no le habia visto.

Corrió à la ciudad y en medio del camino oyó un cañonazo.

Avanzó más y más.

—¿Qué buque es el que acaba de darse á la vela? preguntó á un aldeano que volvia de Génova.

—El del corsario Cristóbal Colon.

—¿Estais seguro?

—Yo lo creo.... segurísimo.

Cristóbal, sin llegar á su casa, sin pensar en su hermano Bartolomé, corrió á la playa.

En ella encontró á Diego.

—Me has engañado anoche, le dijo.

—Sí, Cristóbal, contestó Diego, os he tendido un lazo á Bartolomé y á tí para que no perezcais en ese peligroso viaje.

—¿Qué has hecho?

—Salvar vuestra vida....

—No.... lo que has hecho es deshonrarnos.

—¡Cristóbal!

—¡Eres un miserable!

—Hermano mio.

—Todo ha acabado entre nosotros.... cuenta solo con mi odio.

—Cristóbal.... ¡por piedad!

—No volverás á verme nunca.

Y lanzándose á un bote:

—Avanza, dijo á un marinero, hasta llegar al buque de mi tio que aún se ve.

Con algun trabajo logró alcanzarle.

Bartolomé perdonó á Diego.

Cristóbal no volvió á verle desde entónces.

CAPITULO LVIII.

Una reconciliacion.

El personaje desconocido, ó por lo ménos que habia permanecido hasta entónces en la colonia sin llamar la atencion de nadie; habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

Solo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entónces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los que más habian trabajado para realizar en todo y por todo los planes de Colon.

Siguiendo su enfermedad paso á paso, cualquier observador que hubiera tratado de averiguar en su fisonomía los sentimientos de su alma, hubiera leido en ella la ansiedad, el temor y á veces la esperanza.

Pero eran muchos los disgustos que habia sufrido el almirante.

Toda su fortaleza, toda su energía, todo su vigor, no bastaba para soportar el empuje de tan récios y encontrados huracanes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En ella encontró á Diego.

—Me has engañado anoche, le dijo.

—Sí, Cristóbal, contestó Diego, os he tendido un lazo á Bartolomé y á tí para que no perezcais en ese peligroso viaje.

—¿Qué has hecho?

—Salvar vuestra vida....

—No.... lo que has hecho es deshonrarnos.

—¡Cristóbal!

—¡Eres un miserable!

—Hermano mio.

—Todo ha acabado entre nosotros.... cuenta solo con mi odio.

—Cristóbal.... ¡por piedad!

—No volverás á verme nunca.

Y lanzándose á un bote:

—Avanza, dijo á un marinero, hasta llegar al buque de mi tio que aún se ve.

Con algun trabajo logró alcanzarle.

Bartolomé perdonó á Diego.

Cristóbal no volvió á verle desde entónces.

CAPITULO LVIII.

Una reconciliacion.

El personaje desconocido, ó por lo ménos que habia permanecido hasta entónces en la colonia sin llamar la atencion de nadie; habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

Solo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entónces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los que más habian trabajado para realizar en todo y por todo los planes de Colon.

Siguiendo su enfermedad paso á paso, cualquier observador que hubiera tratado de averiguar en su fisonomía los sentimientos de su alma, hubiera leido en ella la ansiedad, el temor y á veces la esperanza.

Pero eran muchos los disgustos que habia sufrido el almirante.

Toda su fortaleza, toda su energía, todo su vigor, no bastaba para soportar el empuje de tan récios y encontrados huracanes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hubo un momento, como he dicho ya, en que su salud llegó á inspirar sérios temores.

El padre Boil, jefe espiritual de la colonia, estaba al lado del enfermo, porque natural era que si acaecia una desgracia él fuera quien le reconciliase con Dios en los últimos momentos de su vida, quien escuchase su confesion y quien contribuyese á realizar sus propósitos nombrado por él, como debia nombrarle, su albacea moral, por decirlo así.

El modesto protegido del padre Boil, con timidez, se acercó á él y le dijo:

—Necesito, si me lo permitís, hablar á solas con Cristóbal Colon.

—Ya sabeis que está enfermo de gravedad.

—Sin embargo, es absolutamente necesario que yo le hable.

—Y ¿por qué ahora y no ántes?

—Es un misterio, padre Boil, que quizàs no tardeis en saber. Cuanto mayor sea la gravedad del almirante, tanto más necesario es que yo le hable.

—Consultaremos al doctor Chanca para ver si se halla en situacion de oiros.

—Ved al doctor, añadió el padre Boil señalando al médico que salia de la habitacion donde estaba el almirante. ¿Cómo le dejais?

—Algo más sosegado. La fiebre ha disminuido y si descansa, tal vez saldrá triunfante de la crísis. Su enfermedad es más moral que física. Aún hay naturaleza en él; aún puede resistir las inclemencias del tiempo, los disgustos de los hombres; las contrariedades de la vida son las heridas más profundas que tiene.

—Yo necesito hablarle, señor doctor, dijo el protegido del padre Boil.

—¿Con qué fin

—Creo tener en mi mano las medios de aliviar su alma y de ofrecerle algun consuelo.

—¿Vos? exclamaron el padre Boil y el doctor Chanca admirados.

—Yo, sí; hasta ahora me habeis visto permanecer silencioso y, sin embargo, la historia de mi vida está muy enlazada con la del almirante. Tal vez cuando le diga quién soy, cuando me reconozca al tenderme los brazos, experimentará una satisfaccion inmensa, tanto más cuanto que es inesperada.

—Esa emocion podrá perjudicarle.

—No lo creais, y para convenceros de ello podeis asistir á nuestra conferencia.

—El padre Boil os acompañará; yo voy á ver á otros enfermos que reclaman mi auxilio, dijo el doctor Chanca.

—Tened la bondad de acercaros á Colon, padre Boil, y decidle que uno de los marineros, el más humilde de todos, tiene que hacerle una revelacion en nombre de uno de sus hermanos.

—¿Y es eso cierto? preguntó el padre Boil.

—Vais á asistir á nuestra entrevista y os convencereis de ello.

Apénas comunicó el sacerdote al almirante los deseos del colono, en quien hasta entónces nadie habia reparado:

—Que pase, haced que pase, dijo reuniendo todas sus fuerzas para recibirle.

—Señor, exclamó el colono acercándose al lecho....

—Me han dicho que teneis que hacerme una revelacion en nombre de un hermano mio. Por qué os habeis ocultado hasta ahora.

—Porque vuestro hermano me encargó que callase hasta encontrar una ocasion propicia, una ocasion en que la felicidad os predispusiera á oirme con benevolencia, ó en que vues-

tra desdicha fuese tan grande que encontraseis consuelo oyendo hablar de los séres queridos de vuestro corazon.

—¿Es mi hermano Bartolomé quien os ha encargado que me hableis en su nombre? preguntó Colon.

El desconocido experimentó una triste sensacion.

Hizo un movimiento como queriendo decir:

—¡Siempre Bartolomé! ¡es el predilecto!

Pero deteniéndose:

—No, respondió; es vuestro hermano Diego quien me ha dado el encargo de hablaros en su nombre

—Diego, mi pobre hermano Diego, dijo Colon.

Y se quedó pensativo.

—Sin duda alguna, añadió despues de una breve pausa, estará muy quejoso de mí. Cuando nos separamos, fuí cruel; muy cruel, debí perdonarle, debí estrecharle contra mi corazon y no lo hice.

—¡Ah! ¿pero no es verdad que no me guarda rencor?

El debe haber sabido las desventuras de mi vida, porque mi vida ha sido tristemente célebre en toda Europa, y donde quiera que haya estado habrá oido hablar de mí.

Pero si he sabido las amarguras que he pasado, los obstáculos que he tenido que vencer para llegar á esta tumba que se abre á mis piés despues de haberme ofrecido un sólio, me habrá perdonado, se habrá compadecido de mí, y acaso me envía con vos un ósculo de paz.

—No os habeis engañado, dijo su interlocutor, vuestro hermano Diego débil de carácter, pero generoso de alma, no os ha guardado rencor nunca. Desde el primer momento conoció que la impetuosidad de vuestro carácter tenia que ser necesariamente en algunos momentos irascible, y olvidó aquella escena que fué la última vez que os vió, quedando al separarse de vos con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Y qué ha sido desde entónces de su vida?

—Una lucha tambien. Vos partisteis; vuestro hermano Bartolomé os siguió. Los dos habiais nacido para las grandes aventuras, para luchar, para conquistar glorias y sufrir privaciones, y el mar abrió paso á las carabelas, en donde fuisteis en busca de aventuras, de gloria y de fortuna.

Pero Diego, el más débil, el más pusilánime, el más reposado de los hijos de Cristóbal Colon, el cardador de lanas de Génova, tenia un padre anciano, debia quedarse á su lado para velar por él; tenia una hermana jóven, muy jóven, sin madre, con un padre achacoso y enfermo.

Miéntras sus hermanos corrian en pos de goces, él debia permanecer al lado de su familia, ser su sostén, su amparo y cerrar los ojos del pobre anciano cuando durmiera el sueño eterno.

—Con esas palabras, dijo Colon amargamente, me recordais lo ingrato que he sido con el pobre anciano que tan bondadoso fué para mí. Y no es que haya dejado de pensar en él, no; si he deseado adquirir una fortuna, ha sido para derramarla á manos llenas en su hogar; he deseado verle feliz, querido y satisfecho por haber dado el sér á séres agradecidos.

Pero mi vida ha sido una contínua série de desgracias.

Arrojado por la tempestad á las playas de Portugal, hallé en ellas amparo, los dias que respiré la atmósfera que habia en la corte de Portugal me hicieron ambicionar lo que más tarde he conseguido, y para consagrarme á mis ensueños tuve que trabajar dia y noche para vivir en la miseria.

Calificado de visionario, de iluso, de demente; pobre, viudo, con un hijo muy niño aún, tuve que mendigar de puerta en puerta, llegar á pié hasta España y pedir en las puertas del monasterio los auxilios de la caridad.

Cuando la fortuna ha empezado á sonreirme para regresar,

he preguntado por mi padre, he preguntado por mis hermanos.

La república de Génova me ha contestado:

"Vuestro padre ha muerto; vuestra hermana está unida con el mejor operario de vuestro padre. Vive pobre, oscura: es una obrera, pertenece al estado llano, pero es feliz.

"Nadie sabe el paradero de vuestro hermano Diego.

"Vuestro hermano Bartolomé recorre el mundo: tal vez ahora está en Africa acompañando á los portugueses en alguna de sus más atrevidas empresas."

¿Qué podia hacer por mi familia dispersa ya, sin hogar, sin lazos que me sujetasen?

Pero no por eso he olvidado á aquellos séres queridos de mi corazon, y sobre todo, ahora que me encuentro tan léjos de la patria en que nací, de la patria que me ha adoptado; en la que tantos favores me han dispensado; ahora que las fuerzas del alma y del cuerpo me abandonan, pienso con emocion en aquellos dias hermosos de mi infancia, y en medio de la ociosidad que me rodea, los recuerdos me parecen rayos bellísimos de un sol de primavera, en medio de un invierno helado y nebuloso.

—¡Ah! prosiguió Colon verdaderamente conmovido, si yo tuviese aquí á mis hijos, á mis hermanos, á mi pobre padre, á aquella santa mujer que nos dió el sér y que nos abandonó tan pronto; ¡ah! ¡qué feliz seria legándoles mi gloria, mi fortuna, bendiciéndoles en el postrer instante!

Sé que la muerte me amenaza; sé que aunque quiera esforzarme para recuperar el vigor que me abandona, todo es inútil.

Tal vez la Providencia quiere librarme de los horrores que me esperan; tal vez mi enfermedad, el sueño eterno que me aguarda al final de ella, es el descanso y la tranquilidad que necesito.

Si vos volveis y yo me quedo aquí, si hallais al pobre hermano cuyo recuerdo acabais de evocar, decidle que siempre le he amado, que siempre he deseado su bien, que arrepentido al poco tiempo de haberme separado de su compañía, hubiera vuelto para estrecharle entre mis brazos; pero era imposible. Decidle que no le he olvidado nunca; y si es pobre, si sufre, podeis asegurarle que mis hijos partirán con él mi fortuna y mi gloria.

—Yo en su nombre os doy las gracias, exclamó el desconocido.

Y cayendo de rodillas, despues de vacilar un instante, profundamente conmovido y con voz trémula:

—¡Cristóbal! hermano mio, yo soy Diego, tu pobre hermano Diego, que hubiera deseado dártese á conocer en otra ocasion despues de haberte prestado un inmenso servicio. Este ha sido el objeto que le ha obligado á alistarse como el último de los soldados, como el más insignificante de los marineros para vivir al lado tuyo.

—Sí, es cierto, exclamó Colon incorporándose en el lecho y mirando fijamente á su hermano.... Esa mirada.... esa frente.... Sí, sí, tú eres, y bien sabe Dios que has venido à darme la vida, porque las lágrimas que asoman à mis ojos van á devolverme la vida. Ya no estoy solo, ya tengo una persona de quien fiarme; ya, aunque muera, moriré tranquilo, porque habrá quien me defienda de los que me calumnien.

El padre Boil, que asistia á la escena, tendiendo afectuosamente la mano á Diego, que era en efecto el hermano del almirante:

—Somos dos, dijo el sacerdote, los que velaremos á vuestro lado, los que os defenderemos, porque no creo que me hagais la injusticia de creer que, aunque me he opuesto á algunas de vuestras resoluciones, he dejado de reconocer en vos un génio superior.

—Gracias, padre mio, ya estoy más tranquilo.

No hay duda, viviré, viviré para llevar á cabo mi obra.

La alegría, en efecto, reanimó las fuerzas del almirante, y los cuidados de su hermano y del padre Boil, y las muestras de afecto de que fué objeto Diego y el almirante mismo, cuando se supo la escena que habia pasado entre los dos, devolvieron á los habitantes de la triste colonia la actividad, el aliento que habian perdido.

Algunos dias despues pudo levantarse Colon, y cuando estuvo restablecido:

—La ociosidad es la que nos mata. Quédense aquí los enfermos, los débiles; yo nombraré una junta de gobierno, de cuya direccion se encargará mi hermano Diego, y con los capitanes, los soldados, con los audaces marineros á quienes la molicie aniquila iremos á descubrir terreno, á visitar las montañas del Cibao, á registrar las ricas minas de oro que atesoran. Si es preciso luchar, lucharemos; hemos venido á difundir la religion, á despertar la fe, á dominar á este pueblo, no para esclavizarle, sino para emanciparle de la ignorancia con la luz de la religion y de la inteligencia.

Cumplamos nuestro propósito, llenemos nuestra mision y la satisfaccion de haberla cumplido renovará nuestras fuerzas cuando desmayen.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo por los capitanes y por los soldados, que deseaban satisfacer su curiosidad y su ambicion, y desplegaron todos la mayor actividad para pertrecharse, para prepararse á la expedicion, cuyos resultados debian ser definitivos.

Colon, satisfecho con la presencia inesperada de su hermano, seguro de que él vigilaria si no con energía al ménos con lealtad, tranquilo porque habia inspirado á todos los colonos gran afecto, se resolvió á partir para averiguar de una vez

cuál era la actitud de los indios, y si los tesoros que encerraba la isla valian la pena de los sacrificios que habia hecho y tenia que hacer en lo sucesivo.

De este modo, no solo inspiró á sus subordinados las ideas belicosas de que era susceptible, sino que, como veremos más adelante, llegaron á realizarse la mayor parte de los proyectos que formaba aquella inteligencia tan superior y espiritual.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LIX.

La Vega Real.

A principios de Marzo, resuelto Colon á llevar á cabo su último plan, reunió, contando con todos los hombres útiles que habia en la colonia, cuatrocientos perfectamente armados y equipados, los cuales, con los indios que parecian favorables à los españoles, podian bastar al almirante para llevar á feliz término su exploracion.

Todos salieron de la colonia en órden de batalla con bandera desplegada y al son de los atabales y tambores.

La junta de gobierno que habia dejado Colon comenzó á funcionar, yendo al templo con los que se quedaban en la colonia para pedir á la Providencia que les deparase buena suerte.

El primer dia avanzaron por una extensa llanura que habia entre las montañas y el mar, y no tuvieron más remedio que atravesar un rio que extendia sus múltiples y caudalosos brazos sobre fértiles, verdes y risueños prados.

Una montaña de difícil acceso les ofreció su abrigada falda para acampar la primera noche de la expedicion.

Las dificultades que ofrecia el terreno á los soldados llegaron á parecer insuperables.

No habia para subir á la montaña más que una vereda escabrosa á través de rocas y precipicios, por la que no podian pasar sino de uno en uno los soldados, y este era un verdadero inconveniente no solo por el tiempo que perdian en el pasaje, sino por la facilidad con que podrian destruirlos sus enemigos si en actitud hostil les esperaban al final de la montaña las huestes de Caonabo.

Era necesario abrir un camino, y Ojeda con algunos otros oficiales y capitanes de la expedicion, jóvenes hidalgos que en las guerras moriscas se habian acostumbrado á desempeñar las funciones de zapadores é ingenieros, se ofrecieron á abrir en breve tiempo el camino para que las tropas con la caballería y la artillería pudieran pasar. Al cabo de dos dias hicieron el primer camino en el Nuevo Mundo, y desde entónces se llama Puerto de los Hidalgos, como un tributo pagado á la memoria de aquellos bizarros donceles que le habian trazado.

No por eso dejó de ser un desfiladero rápido y peligroso; pero por él llegaron hasta una garganta que ofrecia un golpe de vista deslumbrador, un paraíso, un eden.

La emocion que habia experimentado Ojeda y sus compañeros, se trasmitió al mismo Colon y á todos los que le acompañaban.

Nada más hermoso, nada màs bello, nada más seductor que aquella vasta y fértil llanura, cuya espléndida vegetacion ofrecia á la admiracion de los extranjeros todos los colores, todos los matices, todas las aguas de las piedras preciosas, todos los frutos de la naturaleza, todos sus encantos, todas sus bellezas.

Magníficas florestas, palmeras de prodigiosa altura, filas de caobales dominaban los bosques con sus enhiestas copas.

Al mismo tiempo los arroyuelos que serpenteaban por toda la vega aumentaban su hermosura, y las infinitas aldeas que á través de los árboles se descubrian, el humo que de trecho en trecho iba á perderse en el espacio, indicaba que aquel

territorio estaba acaso habitado por los séres más felices de la tierra.

—Esta es la rica vega, dijo Ojeda á Colon, de que os he hablado; no es posible encontrar nada más pintoresco ni aun para los que hemos hollado con nuestra planta los jardines de los árabes, las calles formadas por arrayanes y jazmines, las ricas fuentes; en una palabra, todos los prodigios de la jardinería y del arte musulman.

—Esto nos sorprende más, nos encanta más, respondió Colon, porque aquí vemos la mano del Altísimo, miéntras que allí se ve la mano humilde del operario inteligente.

Aquí todo es natural, no hay más que la voluntad de Dios, y por ser el paraje más vasto, más hermoso de la tierra, quiero darle el nombre de Vega Real, y pidamos á Dios que en él encontremos amigos, porque seria horrible tener que conquistar estas llanuras combatiendo con los naturales, regándolas con sangre.

Al frente de su pequeño ejército, y por un desfiladero, entró en un llano, y para llamar la atencion de los indios dispuso que tocaran marchas guerreras y que se presentase el ejército á la vista de aquellas gentes con todo el aspecto marcial, con toda la pompa necesaria para imponerles y admirarles.

En briosos corceles, con banderolas que ondeaban reflejando los rayos del sol, iban delante hasta cuarenta hombres. Detrás Colon con su estado mayor, tambien en caballos ricamente enjaezados, y despues los soldados con los yelmos y cotas relucientes.

Cuando por vez primera oyeron el sonido de los clarines y los tambores, los indios acudieron á las alturas para ver qué era lo que producia aquella música, y su asombro no tuvo límites al ver aquella cabalgata, aquel ejército que se presentaba á su vista como una columna de oro, fuego y piedras preciosas, no sabiendo qué hacer, si huir amedrentados ó si detenerse á admirar aquel prodigio.

La caballería, que iba adelante, inspiraba á los indios tanto terror como asombro.

En el primer momento creyeron que jinete y caballo era una sola cosa, un solo objeto.

Así es que al ver más tarde á los jinetes apearse de los caballos, y volver á montarse, se quedaban pasmados y su admiracion crecia de punto.

En la duda, respecto á las intenciones de los extranjeros, huian los indios á toda prisa; con especies de cañizos, tapaban las puertas, creyéndose con esto libres del peligro que suponian.

Algunos soldados quisieron penetrar en las chozas, y como era muy fácil derribar aquellas puertas, iban á hacerlo.

—Deteneos, dijo Colon, respetad las intenciones de los indios. Quieren defender su propiedad; que vean que la respetamos.

Diego, el intérprete, llamó á algunas de las puertas y por órden de su amo dijo á los moradores de las chozas que no tuvieran miedo, que los españoles iban con los mejores deseos de paz y animados de los sentimientos más afectuosos.

—En prueba de ello, añadió, tomad los regalos que os ofrecen.

Los más atrevidos de ellos se asomaron á sus puertas al oir su voz, les dió en nombre de Colon cuentas de vidrio y de abalorio, y otra porcion de dijes de los que llevaban para catequizar á los indios.

Esto les tranquilizó, y poco á poco fueron saliendo de sus guaridas, manifestando vivos deseos de pagar aquellos agasajos con los manjares que poseian.

CAPILLA ALFONSINA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No quiso detenerse Colon, y atravesó la comitiva por varios pueblos.

Al pasar por los grupos de chozas, los indios que formaban parte de la comitiva de Colon entraban en ellas, tomaban los manjares y los objetos que querian, y esto como si ejecutasen la cosa más natural del mundo.

Era costumbre entre ellos tomar unos de otros lo que necesitaban, y al querer los moradores de las chozas practicar su costumbre con los europeos, acercándose á ellos con curiosidad para ver sus armas, los caballos, y para apoderarse de los objetos que llevaban, no podian ménos de extrañarse de que les estorbaran realizar su propósito.

De cualquier modo, la verdad era que los manjares no eran objeto de comercio entre los indios.

Cada cual tenia derecho á tomar de su vecino lo que necesitaba.

La venta de los objetos de la alimentacion no existió en la isla hasta poco despues de la llegada de los europeos, que fueron los que les iniciaron en esta clase de tráficos.

Colon y su comitiva, despues de haber andado cinco ó seis leguas por aquella inmensa y pintoresca llanura, llegaron al magnífico rio Yaqui, al que dió el almirante el nombre de Rio de las Cañas.

En su primer viaje le habia llamado Rio de Oro, porque era el mismo que despues de surcar la hermosa vega, desembocaba en el mar cerca de Monte Christi.

Acampado en sus frescas orillas pasó la noche aquel ejército, y no habia uno solo de los que lo formaban que no estuviese animado, contento.

El espectàculo que durante el dia habian tenido delante de sus ojos; las esperanzas de encontrar el oro que encerraban en sus entrañas los montes del Cibao; la deferencia, el aprecio con que durante todo el dia les habian tratado los indios moradores de aquel Paraíso, les hacia confiar en el porvenir y olvidar las penas que hasta poco àntes habian llenado de desaliento su corazon.

En la madrugada del dia siguiente atravesaron el rio en ligeras canoas que les ofrecieron los indios.

Dos dias prosiguieron su marcha sin dejar la vega, hallando al paso espesas selvas y cristalinos manantiales, que bajaban desde las cumbres del Cibao y llevaban en su arena polvo de oro.

Uno de los manantiales mereció á Colon el nombre de Rio Verde por la belleza del paisaje sobre que se destacaba.

En todas las poblaciones fueron recibidos con muestras de amistad, porque aunque huian al pronto los naturales, apénas les hablaban los indios que acompañaban á Colon se mostraban tranquilos y confiados, salian á las puertas de las chozas, ofrecian á los extranjeros los frutos y los manjares que poseian y hasta muchos de los grupos les festejaban con músicas y canciones del país.

El segundo dia por la noche llegaron á una sierra que parecia más elevada cerca de la vega.

Diego, que habia hablado con los indios:

—Hé aquí donde empiezan las montañas del Cibao, dijo.

—Mentira parece, exclamó Ojeda, que tierras tan escarpadas y de aspecto tan triste encierren en sus entrañas el oro que, segun fama, producen estas.

—¿Y eso os parece extraño? dijo Colon; lo que mucho vale mucho cuesta, y justo es que para llegar hasta donde está el oro haya necesidad de verter copiosísimos sudores.

La aspereza de la sierra y el cansancio de los soldados inclinó á Colon á acampar al pié de un desfiladero, y allí permaneció algun tiempo mandando á algunos de los suyos que

fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia les envió tambien para que abriesen camino.

Dos dias despues prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda, en la que los jinetes tenian que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron ménos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecia á su vista.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de chozas, surcada por cristalinos arroyos y por anchos y caudalosos ríos, media nada ménos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

CAPITULO LX.

Donde aparece un indio que no lo es.

Todo cambió de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíticos y sin vegetacion.

Cibao quiere decir en la lengua del país *piedra;* así es que el nombre cumplia lo que ofrecia.

Pero si no se presentaban á la vista de los españoles aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecian piedras finas, tenian para recrear su vista partículas de oro que relucian entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

Ojeda, que conocia el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguardia; los indios le reconocieron y sobre todo el que le habia contado sus cuitas, el que tanto habia sufrido por causa de Alonso Velez, y todos á porfía se esmeraban en festejar á los soldados llevándoles manjares y pedazos de oro, que con la esperanza de que volvieran, habian recogido en los arroyos, deseando complacer á los españoles, porque hasta entónces los indios no sabian que hubiera otra cosa que les agradara más de cuanto habia en su país que el oro.

No fué solo este rico metal lo que encontró Colon en aquella expedicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

fuesen á buscar á la colonia provisiones que empezaban á escasear, y á los zapadores ó ingenieros que formaban su vanguardia les envió tambien para que abriesen camino.

Dos dias despues prosiguieron el viaje por una estrecha y difícil senda, en la que los jinetes tenian que llevar á los caballos de la brida.

Al llegar á la cumbre no pudieron ménos de dirigir los ojos en torno suyo, admirando el espectáculo encantador que se ofrecia á su vista.

Aquella llanura cubierta de selvas y de grupos de chozas, surcada por cristalinos arroyos y por anchos y caudalosos ríos, media nada ménos que ochenta leguas de longitud y treinta de latitud.

Colon y los suyos penetraron por fin en el Cibao, en la region del oro, en el departamento en que dominaba el terrible Caonabo.

CAPITULO LX.

Donde aparece un indio que no lo es.

Todo cambió de aspecto.

Grupos de rocas escarpadas, picos pelados, estériles montañas, árboles pequeños, raquíticos y sin vegetacion.

Cibao quiere decir en la lengua del país *piedra;* así es que el nombre cumplia lo que ofrecia.

Pero si no se presentaban á la vista de los españoles aquellos árboles verdes, frondosos, aquellas flores de matices tan brillantes, aquellos pájaros cuyo plumaje á los rayos del sol parecian piedras finas, tenian para recrear su vista partículas de oro que relucian entre las arenas de los arroyos que bajaban por la sierra.

Ojeda, que conocia el país por haber estado en él, se adelantó con unos cuantos soldados de la vanguardia; los indios le reconocieron y sobre todo el que le habia contado sus cuitas, el que tanto habia sufrido por causa de Alonso Velez, y todos á porfía se esmeraban en festejar á los soldados llevándoles manjares y pedazos de oro, que con la esperanza de que volvieran, habian recogido en los arroyos, deseando complacer á los españoles, porque hasta entónces los indios no sabian que hubiera otra cosa que les agradara más de cuanto habia en su país que el oro.

No fué solo este rico metal lo que encontró Colon en aquella expedicion.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
CAPILLA ALFONSINA

Tambien vió ámbar y lapislàzuli, aunque en cantidades muy pequeñas, y hasta le pareció descubrir una mina de cobre en una especie de cueva, en la que penetró con los más inteligentes que le acompañaban.

No quiso pasar adelante, porque las noticias que tuvo acerca de la actitud de Caonabo no eran nada satisfactorias.

Por otra parte, estaban á bastante distancia de la colonia, podian faltarles víveres, podian necesitar auxilio sus compañeros, y la prudencia aconsejaba que aguardasen allí.

Era indispensable construir una fortaleza en donde pudieran defenderse los españoles cuando, despues de hacer excursiones hácia el centro de aquellas montañas, se viesen perseguidos por los naturales.

No tardaron en descubrir la falda de una colina en la que la vegetacion se asemejaba mucho á la de la vega.

—Este es el mejor sitio, dijo Colon, para acantonarnos. Aquí es preciso construir una fortaleza que resista cualquier ataque de los indios, lo que se conseguirà fácilmente formando un foso en la parte en que el rio no la bañe.

No habia ya duda de que en aquella parte de la isla habia oro en abundancia.

Fermin Cado y algunos otros de los que habian tomado parte en la conjuracion de Bernal Diaz de Pisa acompañaban á Colon.

Estos habian dicho en varias ocasiones que no habia oro en la isla, y cuando el almirante les aseguraba que sí:

—Tendreis mucha razon, exclamaban, pero nosotros somos en esto como Santo Tomás: cuando lo veamos lo creeremos.

—¿Estais seguros ya, dijo Colon á Cado y á sus amigos, de que hay oro en la isla? ¿No lo estais viendo?

—Sí, contestaron, porque era imposible decir lo contrario.

—Pues en recuerdo á vuestras dudas voy á llamar á este paraje Santo Tomás, y este será el nombre que tendrá la fortaleza que vamos á construir.

Con árboles que los operarios á las órdenes de Colon aserraron y pulimentaron, con las piedras que de aquellas canteras pudieron coger, en quince ó veinte dias levantaron un fuerte, en el que aguardó Colon á que volvieran los emisarios que habia enviado á la colonia con víveres bastantes para poder dejar allí un destacamento, y ver hasta qué punto le convenia internarse en la sierra ó tomar otro rumbo.

La noticia de la llegada de los españoles á las fronteras del territorio de Caonabo no tardó en divulgarse, y como ya se tenia noticia de ellos en todas aquellas comarcas, y todos tenian la mayor curiosidad por verlos, acudieron de todas partes indios á visitarles, ofreciéndoles desde luego frutos del país, pepitas de oro y polvo de este metal.

Todos pedian en cambio abalorio, cascabeles, y los demas objetos que habian visto á sus afortunados compatriotas.

—Si quereis objetos como esos, les decia Diego en nombre de Colon, corred á buscar oro, traedlo, y por él os daremos lo que deseeis.

Apénas escuchaban esto, unos bajaban al rio y pasaban largas horas buscando en sus arenas cantidades considerables de oro en polvo; otros se alejaban más y más y traian pedazos del mismo metal.

Un anciano ofreció à Colon dos pepitas de oro vírgen que pesaban una onza.

Recibió un cascabel por cada una, y el infeliz experimentó una inmensa alegría.

—Mucho ha agradado al almirante tu regalo, dijo Diego al anciano indio, él admira la belleza de estas pepitas.

—Bien poco valen, contestó el anciano. En mi aduar, que

está á una media legua de camino, hay pedazos de oro grandes como guanabanas.

Todos aseguraban que en aquel territorio habia grandes cantidades de metal, y ante la seguridad de haber llegado á la realizacion de sus deseos, era grande el respeto y sumision que todos tenian y muy vivos deseos de llevar à cabo la arriesgada empresa que debia darles por resultado la posesion de los soñados tesoros.

—De aquí no debemos separarnos sin haber conseguido nuestro deseo, decian todos.

Miéntras se construia la fortaleza de Santo Tomás un caballero jóven de Madrid, adalid esforzado, pidió á Colon permiso para explorar el país con unos cuantos hombres, y lo obtuvo.

Ya estaba concluida la fortaleza y se aprestaba Colon á partir á la colonia cuando se presentó á su vista el caballero de Madrid, llamado Juan de Lujan, con un indio maniatado.

—Hé aquí nuestro mayor enemigo, dijo Lujan al almirante.

—Perdon, perdon, exclamó el indio en idioma castellano, cayendo á los piés de Colon.

—El es, dijo el paje que acompañaba á Colon.

—¡Silencio! exclamó el almirante. Levàntate, miserable, añadió.

Y dispuso que uno de los oficiales le condujera á bordo de uno de los buques y quedara allí preso.

Aquel hombre, ya lo habrán comprendido nuestros lectores, era Alonso Velez, que habiendo renegado de su religion, de su patria, de sus costumbres, de todo, habia adoptado las costumbres y el ilusorio traje de los indios para librarse de las persecuciones de los españoles.

Desde aquel momento Colon vigiló á Isabel, que hubiera querido partir con los hombres que llevaban preso á su esposo.

—Quedaos á mi lado, yo os haré justicia, le dijo el almirante.

Y olvidando por un momento á aquel miserable, reunió á los capitanes para que en su presencia les diese Lujan cuenta de los descubrimientos que habia hecho en su viaje.

—No es un país, dijo muy satisfecho el caudillo, tan árido, tan triste como las apariencias hacen suponer. Entre los pliegues de las montañas hay prados pequeños, pero fértiles, y la tierra puede producir más de lo que á todos nos ha parecido.

En los valles hay ricos pastos, y son muy pintorescos los efectos de luz que producen las azuladas piedras que hay en los montes, piedras que á la distancia en que se las ve parecen venas.

Las especias que venimos buscando, ó mucho me equivoco, ó están en el Cibao, y he descubierto vides que trepando hasta las copas de los árboles, ostentan abundantes y maduros racimos.

En cuanto á los habitantes del país, recelosos todos, huian al acercarnos nosotros.

No son tan favorables como los indios de la vega, pero nos temen, y el prestigio unido á la fuerza podrán llegar á dominarlos

El cacique ó rey de ese departamento tiene su morada á bastante distancia.

No me he acercado á él, pero he podido averiguar que hace grandes preparativos de guerra y que nos ha jurado odio á muerte.

Ya pensaba regresar con todas estas noticias cuando un suceso inesperado me proporcionó aprisionar á ese hombre, el cual tiene grandes conocimientos del país, y tal vez con la esperanza del perdon puede prestarnos grandes servicios.

Sin embargo, al encontrarle, su actitud era hostil. Acaudi-

llando á unos cuantos indios vino hácia nosotros alentàndolos à que nos arrollaran, y él á su vez dispuesto á pelear conmigo.

Grandemente me extrañó que entre sus armas tuviera una pistola. Al llegar á cierta distancia apuntó con ella á mi pecho y disparó.

Afortunadamente pude librarme de la bala, y mandando á los mios que disparasen no tardaron en dispersar á todos los indios, que huyeron despavoridos, quedando algunos heridos en tierra.

El miserable quiso huir, pero mis soldados le rodearon y pudimos prenderle.

Yo no creia que fuese un compatriota nuestro.

Durante todo el camino no ha querido hablar una sola palabra; pero él, mejor que nadie, puede ampliar las noticias que me complazco en daros.

—Sí, yo le exploraré, dijo Colon, puede sernos muy útil ó muy perjudicial.

Pero Lujan no habia hablado todavía de los descubrimientos de riquezas que habia hecho, y todos le asediaban á preguntas.

—De que hay mucho oro en el país no tengo duda alguna, contestó; pero no ha de lograrse sin trabajo, porque saben los indios lo que vale.

Posteriormente habló á solas con Colon, y por ser muy adicto à él le confió que habia visitado los sitios en donde se hallaban los más ricos manantiales de agua que arrastraban más oro.

Terminada la fortaleza, dió Colon el mando de ella á Pedro Margarite y le dejó una guarnicion de cincuenta y seis hombres, con instrucciones para que poco á poco fuese captándose el aprecio de los indios del Cibao, á fin de averiguar por ellos cuantos pormenores necesitaba saber para realizar su propósito.

Necesitaba regresar á la Isabela para conferenciar con Alonso Velez y tomar sus disposiciones, abriendo un camino màs corto entre la colonia y la fortaleza, y estudiando la manera de entrar en negociaciones, sin necesidad de recurrir á la guerra con el terrible cacique del Cibao.

Al llegar á las márgenes del rio Verde, halló á los españoles que habia mandado por provisiones.

Envió algunos á Pedro Margarite, y procuró que los que le acompañaban se acostumbrasen á los alimentos de los indios, no descuidando el trato con ellos, á fin de captarse más y más su buena voluntad.

El almirante deseaba á toda costa conversar con Alonso Velez, y regresó á la colonia para conseguir su deseo.

—No olvideis, dijo á Isabel, que he prometido ampararos. Yo exploraré su corazon, yo veré si aún es digno de perdon. Prometedme acatar en todo mi voluntad.

Isabel estaba desarmada.

A pesar de su odio, habia descubierto un átomo de piedad en su alma hácia el infame que la habia engañado.

Poseida de una viva ansiedad aguardó el resultado de la entrevista de Colon con el que habia sido causa de todas las desventuras de los españoles en la isla de Haiti.

Para saber todo lo que habia pasado á Alonso Velez, asistamos á la conversacion que tuvo con el almirante la misma noche de su llegada à la colonia.

CAPITULO LXI.

De la necesidad, virtud.

Empezaba á oscurecer cuando Colon, subiendo á uno de los botes sin haber hablado apénas con su hermano Diego, se dirigió á la carabela en donde por órden suya habia sido trasladado el falso indio.

Poco despues entró en el camarote donde se hallaba encadenado Alonso Velez, y quedó á solas con él.

—Estais en mi poder, le dijo: habeis cometido horribles crímenes; puedo castigaros, puedo haceros pagar muy caro los desastres de que habeis sido causa. Soy vuestro juez: respondedme con sinceridad, porque del resultado de mi interrogatorio pende vuestra vida.

Alonso no se atrevia á alzar los ojos en presencia del almirante.

—Hablad, dijo Colon.

Y contestó Velez:

—¿Qué quereis que os diga?

—Obedeciendo á un mal pensamiento habeis ocasionado infinitas desdichas.

¿Qué daño os habian hecho vuestros hermanos? ¿qué daño os habia hecho yo? ¿Por ventura no hay en vuestra alma un àtomo de agradecimiento para el hombre que os arrancó de las playas españolas, en donde tantas eran vuestras desdichas, y os trajo aquí y os distinguió?

Comprendo que por un momento os haya cegado la pasion, que la codicia ó un sentimiento de venganza que no comprendo, ó tal vez el temor de volver á vuestra patria, en donde tantos males habeis causado, os hayan impulsado á faltar á todos vuestros deberes.

Pero no serais digno de haber nacido en una nacion cristiana si no os arrepintierais, si no aspiraseis á implorar su perdon con la verídica narracion de todo lo que ha pasado; esos son los únicos medios de apiadarse de vos, de ejercer la clemencia.... sed sincero y en ese caso podré deciros:

"No estais en la presencia del juez, sino en la del magistrado que no va á condenar sino á buscar los medios de defensa que teneis para libraros del castigo."

Aquellas palabras, pronunciadas con selemnidad por un hombre tan eminente, que tanto prestigio tenia á los ojos del mismo Alonso, le conmovieron.

—He sido un miserable; no aspiro á ser perdonado, pero os hablaré con sinceridad.

—Eso quiero.

—Vos lo habeis dicho; la idea de volver á España y volver sin recursos estando en un país que tanto oro atesoraba me horrorizó.

Mis pasados años, empleados en devaneos y locuras, me hacian presagiar un porvenir muy triste al regresar á la patria.

Vos mismo me habeis obligado á santificar un lazo que podia sujetarme para toda la vida; yo necesitaba romperle, y este deseo fué el primer impulso que me obligó á ocultarme en los momentos en que, dejando á Arana y à Gutierrez al mando de la fortaleza de la Navidad, os aprestabais á partir para España.

—¿Y dónde os ocultasteis?

Alonso Velez refirió á Colon la historia que habia referido á Arana, pero no diciéndole, como á aquel, que se habia perdido, sino que intencionadamente habia ido á buscar el territorio en donde nacia el oro.

—Despues, añadió, inspirado por la cordura, me propuse reunir la mayor cantidad de oro posible con la esperanza, no quiero ocultároslo, con la esperanza de que algun dia volvieran nuevas embárcaciones, y apoderándome yo de una de ellas, pudiera regresar á España rico y disfrutar allí de mis riquezas.

— La codicia os cegaba.

—Entré en negociaciones con Guacanajari.

El soberano se habia prendado de la imágen de la Vírgen que habia en la fortaleza de la Navidad.

Deseaba à toda costa poseer aquel objeto de veneracion, y en cambio de ella me ofreció mucho oro.

Yo lo guardaba bajo la arena, pero aquello no era bastante para saciar mi ambicion.

Por otra parte, la conducta que observaban los españoles respecto de los indios despertaba poco à poco en éstos una profunda odiosidad; nada respetaban nuestros hermanos.

Pagaban las bondades con atropellos, saqueaban los hogares de los indios, ultrajaban sus esposas.

Al mismo tiempo habia llegado la noticia de que los españoles habian herido y muerto á algunos indios en la bahía de Samaná.

La paciencia se agotaba; su ira estaba á punto de estallar.

Yo quise librarme de su persecucion, y presentàndome á Caonabo, el cacique màs valiente y más audaz, el más atrevido, el que más odio profesaba á los españoles:

—«Mis hermanos te ultrajan, le dije, yo quiero ser tu amigo; quiero ayudarte á vencerlos.»

—Y en vez de morigerarlos, en vez de demostrarles que caminaban á su perdicion, preferisteis venderlos, dijo Colon. Yo conservo un documento, añadió, que se ha hallado en las crispadas manos de uno de los españoles, en el cual se os acusa de traidor.

Alonso refirió lo que habia pasado cuando los españoles, al mando de Gutierrez y Escobedo, habian llegado hasta el Cibao.

Uno de los soldados que habian podido huir habia llevado á Arana la noticia de que Alonso Velez les habia preparado la emboscada de que habian sido víctimas, y Arana mismo babia escrito en un papel aquellas palabras que habia encontrado Isabel en sus crispadas manos.

—Desde entónces, añadió Alonso Velez, renunciando á mi traje, amoldándome á las costumbres de los indios, aprendiendo su idioma, observando sus ritos, habia llegado á captarme la amistad de Caonabo y de su esposa la reina Anacaona.

Era ya dueño de inmensas riquezas y aun cuando no volviera nunca á mi patria habria encontrado los medios de vivir en la prosperidad si la desgracia no me hubiera traido prisionero à vuestro poder.

Pero he sido muy culpable, y era natural que sufriese el castigo.

Hoy sé que estando en vuestro poder me aguarda una muerte afrentosa.

— No aquí, dijo Colon; no soy yo ejecutor de la justicia; pero sí es mi ànimo enviaros encadenado á España para que los tribunales os juzguen allí.

—Preferiria mil veces la muerte.

—Por eso creo que es el mayor castigo que puedo imponeros. Vais á expiar vuestras culpas en la misma patria donde habeis nacido.

—¡Oh! vos no ignorais que ese castigo infamaria á mi familia. Matadme ántes por piedad.

—La Providencia, dijo Colon, os ha colocado en una situacion que podeis redimir vuestras culpas.

—¿De qué modo?

—Por vuestra causa los que nos habian acogido como amigos se han tornado en adversarios. Hoy mismo se preparan á combatirnos.

—En cuanto Caonabo sepa que estoy en vuestro poder, hará los mayores esfuerzos para libertarme.

—Vos teneis el deber de facilitarnos los medios, con las noticias que teneis, de los aprestos militares que poseen y de los elementos con que cuentan para resistir su empuje y realizar en bien de la religion y de la patria el pensamiento que aquí nos ha traido.

¿Quereis que yo consiga vuestro perdon, quereis rehabilitaros á los ojos de todo el mundo?

¿Quereis lavar vuestras infamias y hallar en una contricion completa el perdon de todas vuestras culpas, la satisfaccion de todas vuestras esperanzas?

—¡Oh! sí, sí, dijo Alonso Velez, decidme á qué precio he de conseguir eso y no dudeis que estoy resuelto á todo.

—Pues bien, oid. Fácilmente podeis justificar á los ojos de todos los españoles, porque todos ignoran, ménos yo, la existencia de ese papel en que se os acusa, que al veros acosados en la fortaleza por los indios, os decidisteis à vivir entre ellos, pero aguardando siempre una ocasion para volver á mi lado.

Ya lo habeis conseguido y estais dispuesto á informarnos de todas las costumbres de los indios, de los recursos con que cuentan para luchar, de sus intenciones respecto de nosotros; de esta manera podeis proporcionarnos el triunfo y al regresar á España yo mismo os recomendaré á los reyes para que ejerzan sobre vos la hermosa prerogativa de la clemencia.

—¿Estais resuelto á seguir mi consejo?

—Sí, os lo juro.

—Pues bien, en ese caso voy á quitaros las cadenas, voy à poner á vuestro lado una persona solo para que os vigile.

Voy à anunciar á los capitanes de los buques y á los marineros que, habiéndoos salvado de la muerte que sufrieron vuestros compañeros, no teneis más deseo que volver á nuestro campo para comunicarnos las noticias que necesitamos para no caminar à ciegas por este desconocido país.

¡Ay de vos si faltais á la confianza que me inspirais! entónces vuestros crímenes serian publicados por todos los pregoneros de España, y caeria sobre vuestro nombre la general execracion.

Aguardad aquí mis órdemes.

Colon partió y dijo ál jefe de la carabela:

—Dentro de poco vendrá uno de mis pajes con órden mia para hablar con el preso y ponerle en libertad.

Al llegar á su palacio llamó á Isabel.

Le confió la escena que habia pasado entre los dos y predisponiéndola á la clemencia:

—Haced de él un amigo; nos ha causado mucho daño, pero aún puede dispensarnos mucho bien.

Isabel se apresuró à ir al buque donde estaba su esposo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXII.

Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales de Haiti.

La conversacion que habia tenido Alonso Velez con Colon, la situacion en que se hallaba y las exploraciones que habia hecho miéntras habia vivido con los indios, le hicieron reflexionar sériamente acerca de su porvenir, predisponiéndole á un cambio radical en su modo de sér.

Estaba en poder de los españoles, habia cometido horrorosos crímenes y podian hacérselos expiar.

Al lado de los indios habia comprendido la inutilidad del oro, porque ¿de qué le servia recrear su vista en aquel precioso metal, si no podia adquirir con él los goces que en Europa podia proporcionarse con su auxilio?

Antes de caer en poder de Colon se habia propuesto apoderarse del ánimo de los caciques y obtener su perdon, alegando que todos sus actos habian tenido por objeto conocer à fondo á los indios para ayudar á los españoles á vencerlos, seguro de obtener de esta manera su perdon y ser enviado á España con riquezas y honores; y una vez rico, se prometia ser hipócrita buscando á Isabel, viviendo con ella con todas las aperiencias de un hombre honrado, pero entregándase en el misterio à las pasiones que le habian dominado toda su vida.

La actitud que habia observado en Colon, las palabras que habia oido de sus labios, habian dado màs fuerza á su proyecto, y aunque sabia que Caonabo y los suyos no tardarian en salir al encuentro de los españoles y en trabar con ellos una gran batalla, preferia á la proteccion de los caciques de Haiti observar la conducta que le habia aconsejado Colon, para trocar su suerte de prisionero en hombre libre y ser útil á sus hermanos.

Tal era su resolucion cuando se presentaron en el camarote el paje de Colon y el capitan del buque.

—El almirante, dijo el último, ordena que en cuanto su paje, que està presente, lo tenga á bien, rompamos sus cadenas.

—Desatadle, dijo Isabel, desde luego.

Al oir aquella vos fijó Alonso los ojos en el paje, y quedó en la actitud de la persona que al oir hablar á otra recuerda que no es la primera vez que ha escuchado su voz.

—Ahora dejadnos solos, porque tengo que comunicar órdenes de mi señor y dueño á Alonso Velez.

El capitan del buque dejó en el camarote á Isabel y á su esposo.

—Alonso, dijo Isabel, la Providencia ha querido reunirnos al fin.

Alonso, acercándose al paje, cogiéndole de la mano, y llevándole á un sitio del camarote donde penetraba la claridad de la luna.

—¡Isabel!.... exclamó de pronto, ¿tú aquí y en ese traje?....

—¡Me has reconocido!.....

—¿Qué es esto?....¿cómo te encuentras aquí?

—¿No te lo dice tu conciencia?

—¿Saben quién eres?

—Una sola persona lo sabe.

—¿Colon tal vez?

—No te has engañado.

—Ha hecho ya un año, añadió el falso paje, que resuelto á vengarme de las infamias que conmigo has cometido, tomé este mismo traje, resuelta á perseguirte y á morir á tus manos ó á castigar tu ingratitud.

El hombre generoso que te admitió en su compañía te recordó los deberes que habias olvidado y accediste á santificar el lazo que hasta entónces nos habia unido, ofreciendo volver para no separarte más de mí.

Pasó el tiempo, regresó Colon, sé tu historia desde el momento en que le abandonaste, para vender tu brazo á los enemigos de tu patria.

—¡Isabel!....

—Es inútil que quieras sincerarte. Te conozco, y sé que cuantos esfuerzos hiciera para despertar en tu corazon aquel amor que me ofreciste un dia, y que fué poderoso para arrancarme de los brazos del deber y arrojarme en los tuyos, que han sido y son los de mi desgracia, serian inútiles.

Faltaste á tu palabra, y al anunciarse una nueva expedicion á estas lejanas tierras, busqué los medios de formar parte de la servidumbre del almirante, sin que él me conociera, para venir aquí á buscarte.

—Yo he sido, añadió Isabel con vehemencia, yo he sido quien ha descubierto tu infame traicion; yo quien en las crispadas manos de un cadáver ha hallado el testimonio de tu infamia.... He podido muy bien aprovecharme de las cadenas que te ligaban hace un instante para clavar un puñal en tu pecho, hiriendo al mismo tiempo el mio.... Ya has visto que he sido generosa, que he preferido perdonarte, pero con una condicion.

Los dos tenemos que cumplir una sagrada deuda de gratitud. Yo te perdono; yo olvidaré tus promesas; yo buscaré en la muerte el alivio á mis amarguras; no te exigiré cuenta del pasado.... pero todo esto à condicion de que has de revelar á nuestro protector cuanto sabes acerca de los indios, cuanto pueda contribuir á su triunfo.

Si tal haces, hallarás el perdon; aún podrás conseguir honores y riquezas.

Sé que me odias; sé que te estorba mi presencia en el mundo.... yo te ofrezco poner fin à mis dias cuando, despues de haber conquistado nuestros hermanos este país, partas tú victorioso á España á recoger el premio de tus servicios.

Aquella resolucion dictada por el despecho, por el dolor, y al mismo tiempo por la gratitud que sentia hàcia Colon, produjo asombro primero, y más tarde admiracion en el empedèrnido corazon de Alonso Velez.

—Me juzgas mal, le dijo, pero no quiero probártelo con palabras, sino con hechos.

Tan distinto de lo que crees es mi modo de pensar, que yo te ofrezco hacer una completa revelacion de cuanto sé al almirante; facilitarle los medios de conseguir su propósito, y cuando vuelva á España volver contigo para vivir siempre á tu lado y resarcirte, satisfecha mi sed de oro, de los tormentos que mi pobreza, no mi corazon, te ha hecho sufrir.

Yo te lo juro por lo más sagrado.

Este es hoy mi único deseo; pero no creas mis palabras. Aguarda á mis actos; ve à decir á Colon que estoy dispuesto á hacerle toda clase de revelaciones.

—Yo no volveré á verte, dijo Isabel, hasta estar convencida de que tu resolucion no es hija de una nueva intriga. El secreto de mi existencia quedará entre los dos.

Partió Isabel y al dia siguiente manifestó Colon á los ca-

pitanes que habia celebrado una conferencia con Alonso Velez, que se habia convencido en ella de que todos sus actos habian sido inspirados por el fin de conocer á fondo la vida de los indios, y poder dar amplia idea de ella á los capitanes de las nuevas expediciones que fueran á la India.

A peticion de Alonso Velez fué el padre Boil á bordo, se confesó con él y cambiada por completo la impresion que habia producido al principio, todos se aprestaron á escuchar su revelacion.

Urgía el tiempo y aquella misma noche dispuso Colon que fuese á su morada Alonso Velez, y en presencia de todos los capitanes satisfizo la curiosidad que en todos despertaba la actitud que guardaban los indios respecto de los españoles, sus costumbres, su modo de sér, todo lo que les concernia.

—Los indios que habitan esta isla, dijo Alonso Velez comenzando su relato, no se parecen todos à los que conocimos al principio, cuando desembarcamos en el puerto de la Navidad.

Tampoco los otros cuatro reyes que dominan con Guacanajari los cinco departamentos en que está dividido el reino poseen la dulzura de carácter del primer soberano con quien habeis tratado.

Marien, el territorio de Guacanajari, hoy desierto, era la mansion de la paz. Las excursiones hechas de tiempo en tiempo por los caribes para saquear la isla, han acostumbrado á sus habitantes al manejo de las armas, y especialmente las tribus de las costas mas próximas á las islas caribes están compuestas de guerreros.

Los más temidos de todos son los de Caonabo.

Caonabo es el rey del departamento de las minas, es el caudillo màs temido y más respetado.

Desde que está en Haiti han cesado las invasiones de los caribes.

El mismo habia nacido en Cibuqueira; era caribe de orígen, llegó á Manguana en una de sus expediciones; se internó en la provincia de Xaragua y en aquella tierra fértil, cubierta de aldeas, las más civilizadas de la isla, encontró á Anacaona, hermana del cacique Boechio, que, prendada de su hermosura, le hizo su esposo y se quedó en la isla ofreciendo defender á todos sus habitantes de las invasiones de los caribes.

La fama de su valor los alejó de la isla para siempre, y no hay un solo haitiano que no tema la presencia del cacique, y que no le profese al mismo tiempo una verdadera idolatría.

—¿Luego Caonabo, dijo Colon, es el cacique principal?

—No, repuso Alonso Velez; el verdadero rey hereditario es Guacanajari; él es el heredero de Vagoniana, la diosa á que, segun los indios, deben todos la vida.

—¿Pero tienen los indios religion? preguntó el padre Boil.

—Sí, padre, sí; creen en un supremo númen, inmortal, omnipotente é invisible, que habita el cielo, y para comunicarse con él tienen intermediarios, á los que llaman tzimes ó zemis.

Los tzimes son dioses inferiores, de los cuales posee uno cada cacique, tallado en madera ó piedra, ó formado de barro, de figura monstruosa y repugnante, à los que invocan como á un dios tutelar y le consultan en todas sus empresas.

Cada familia posee tambien un tzimes entallado en sus muebles, ó formado de pequeño tamaño, con barro ó madera, y los que son así los ponen en la frente cuando van á luchar.

Estos son sus ídolos, y lo único que temen es que se los arrebaten. Desde el momento en que llegamos á la isla los ocultaron para que no pudiéramos quitárselos.

En su concepto, la influencia de los tzimes produce la abundancia ó la escasez de los productos de la tierra. Ocasionan

los huracanes, las tempestades, los truenos, cuando están indignados, y las brisas, las templadas lluvias, cuando están satisfechos. Todo cuanto consiguen los indios creen debérselo al tzimes.

—¿Pero tambien tienen sacerdotes? dijo Colon recordando á los butios.

—Sí; ellos y los caciques son los que se comunican con los tzimes. Sus ceremonias religiosas se reducen á ayunos y abluciones. Ademas beben un brebaje hecho con cierta yerba que les produce embriagadores ensueños. En esta situacion es, segun ellos, cuando los ídolos les revelan lo que ha de suceder en el porvenir, ó les indican los medios de curar las enfermedades que afligen á sus hermanos.

—¿Segun eso, conocen las virtudes de las plantas?

—En alto grado; con ellas curan todas las enfermedades, y en los casos más graves queman teas en la morada de los enfermos, juzgando cuando recobran la vida que han logrado arrojar su enfermedad envuelta en el humo á las profundidades del mar.

—¿Y esos adornos de colores que llevan en el cuerpo?

—Son las figuras de los tzimes.

—¿Y no habeis asistido á alguna ceremonia religiosa á la que acudan todos los habitantes de una poblacion?

—He asistido á varias. El cacique señala un dia para celebrar la fiesta en honor de su tzimes.

Entónces acuden los indios y forman una procesion solemne.

Las jóvenes indias van completamente desnudas; los ancianos ostentan sus mejores adornos; el cacique avanza al frente de la comitiva tocando una especie de tambor, siguen detrás los indios hasta llegar á la casa sagrada, en la que todos han reunido las imágenes de sus tzimes y en donde se halla el tzimes del cacique.

En la puerta se detiene el cacique y toca el tambor en tanto que los que forman la procesion entran cantando y bailando à su manera.

Los butios salen á esperarlos; reciben las ofrendas que las vírgenes llevan en canastillas y para darles gracias prorumpen en descompasados gritos.

Entran los parientes llevando grandes tortas de maíz, que los butios reparten entre todas las cabezas de familia, y los pedazos se conservan todo el año como preservativo de calamidades.

Las mujeres cantan himnos en honor de los tzimes ó recuerdan las hazañas de sus antepasados.

Unidos todos al final piden á sus númenes tutelares que protejan su patria y su vida, y saliendo de la casa sagrada cantan y bailan hasta que llega la noche y se dispersan.

Ademas de los tzimes posee cada cacique tres ídolos, talismanes de piedra muy venerados, cada uno de los cuales tiene diferente influencia.

Uno de ellos produce el sol ó la lluvia á medida que los necesitan; el otro ahorra los dolores de parto y el último influye en la abundancia de las cosechas. (H)

—¿Y qué ideas tienen acerca de la creacion?

—En su concepto la isla de Haiti ha sido creada ántes que las demas, y no tienen la menor duda de que el sol y la luna han salido de una de las cavernas de Cazibaxagua para alumbrar al mundo.

Yo he visto esa caverna y tiene más de cincuenta piés de profundidad, pero es sumamente estrecha.

Solo recibe luz por la boca y tiene un agujero por donde creen que sale el sol y la luna á ocupar el puesto que tiene en el cielo.

En las paredes, formadas por piedras, hay talladas figuras de tzimes y todos los indios veneran mucho la caverna.

Siempre que necesitan pedir á sus dioses dias de sol ó abundantes lluvias, van los indios en peregrinacion á la caverna y depositan en ella frutos y flores, que constituyen su principal adorno.

—Y acerca de los hombres, ¿qué ideas tienen?

—Suponen que han salido de otra caverna las criaturas. Los hombres corpulentos por una gran abertura y los enanos por un pequeño agujero que hay en ella.

Me han contado que en los primeros tiempos vivieron sin mujeres, hasta que, acercándose á un lago, vieron en las ramas de los árboles unas hojas que más tarde conocieron que eran mujeres.

Y Alonso Velez refirió lo que ya he indicado en otro capítulo acerca de la conquista de cuatro hembras, con cuyo motivo pudo poblarse la India.

No se olvidó tampoco de lo que he referido acerca del protegido de Vagoniana, que habiendo salido una noche de la caverna donde se guarecian los hombres, se vió sorprendido por los primeros rayos y convertido en pájaro, añadiendo que todos los años, en la época en que sufrió la trasformacion, recorre los aires de Haiti lamentando su desgracia con dolorosos trinos.

Tambien tenian noticias del diluvio universal.

Decian que habia habido en la isla un poderoso cacique que habia muerto á su hijo por haber conspirado contra él, que reunió y limpió sus huesos y los depositó en una calabaza para conservarlos, con arreglo á la costumbre que tenian los indios para guardar las reliquias de sus deudos.

Andando el tiempo, el cacique y su esposa rompieron la calabaza para ver los restos de su hijo, y su asombro fué inmenso al ver en ella grandes y pequeños peces de varias clases.

Volvió á taparla el cacique, y colocándola sobre el techo de su choza, se vanaglorió de que tenia el mar encerrado en ella.

Cuatro hermanos gemelos, poseidos de viva curiosidad porque habian oido hablar de aquel prodigio, aprovecharon una ausencia del cacique, y apoderándose de la calabaza quisieron ver lo que contenia.

Al pasar de manos de uno á las del otro se cayó al suelo y brotó de ella un inmenso torrente con tiburones, delfines, ballenas y toda clase de peces, extendiéndose el agua hasta anegar la tierra, sin dejar más que las cumbres de las montañas.

Tal era la idea que tenian del Océano y de las islas que se levantaban en su seno.

—¿Pero carecen de historia? preguntó Colon á Alonso Velez. ¿No habeis oido nada acerca de los acontecimientos que han tenido lugar en la isla, no tienen pergaminos, libros, algo que ayude á la tradicion hablada?

—Sí por cierto; poseen unas madejas de hilo que se llaman guipos y por medio de nudos hechos en ellos conservan los butios el recuerdo de los principales acontecimientos de su historia.

La diversidad de colores, la hechura de los nudos, el grosor de los hilos son para ellos lo mismo que las letras para nosotros ó tal vez lo que las palabras para nosotros.

Otra cosa curiosa he notado, añadió Alonso Velez. Sus prácticas para con los muertos y los agonizantes son en extremo originales.

Cuando el cacique está enfermo y se pierden las esperanzas de salvarle, sus más adictos amigos, sus parientes, le ahogan.

—¿Le ahogan? exclamaron todos, ¿con qué objeto?

—Es una prueba de consideracion. Le ahogan para que no muera como las gentes vulgares.

Cuando un indio cualquiera está próximo á morir le colocan en su hamaca y le ponen á la cabecera manjares y agua para que muera tranquilo en la soledad. Algunos conducen los enfermos á la presencia del cacique, y como una inmensa gracia le piden que les consienta ahogarlos.

Cuando el cacique ejerce su prerogativa en este sentido, es inmensa la alegría de los parientes del finado.

—¿Y los entierran?

—Sí, pero á los caciques despues de muertos los embalsaman de cierto modo. Abren su cuerpo, le secan al fuego y los conservan.

De otros no guardan más que la cabeza ó algunos miembros.

Sus cementerios son las cavernas, en ellas arrojan el cadáver con una calabaza de agua y un pan; otros los queman en su misma choza.

—Y respecto de la inteligencia, ¿cuáles son sus nociones?

—Creen en el espíritu y la materia, pero confundidos uno en otra; piensan que los espíritus de los muertos se aparecen por las noches ó de dia en parajes solitarios en actitud amenazadora; por no encontrar á estos aparecidos no van solos los indios á los parajes retirados.

Tambien conocen las acciones del premio y el castigo.

—¿Y cuál es su organizacion política?

—Dividida la isla en cinco departamentos, Guacanajari es el soberano, el rey de los reyes. Los otros cuatro caciques tienen á sus órdenes otros caciques inferiores, jefes cada cual de una tríbu siempre dispuesta á pelear cuando sus jefes les llamen al combate, ó á labrar los campos, ó cultivar las tierras en los dias de paz.

El baile es uno de sus más queridos placeres; es à la vez un rito, que entraña en las figuras y en los movimientos de los bailarines una gran parte de los sucesos de su historia, de sus empresas, de sus cacerías, de sus batallas, de sus esperanzas, de sus deseos. (J)

Uno de los motivos, añadió Alonso Velez, de la buena acogida que nos han dispensado, ha sido los regalos de cascabeles que les hemos hecho. Colocándoselos al cuello, en las muñecas y en la cintura, se consideraban muy felices al oir el sonido que producen obedeciendo á sus movimientos.

Por lo demas, añadió, la indolencia en que viven puede ser favorable á las empresas que aquí nos han traido.

Nada codician, nada desean màs que vivir en paz.

Todo trabajo les molesta y es bien escaso el tiempo que emplean en cultivar la yuca, la patata y el maíz, que son sus principales alimentos, á los que añaden la utia y el guauano, algunos peces y los frutos espontáneos de sus bosques.

Todas estas noticias interesaron vivamente á los que oian á Alonso Velez, y de buen grado le perdonaron los delitos que habia cometido para poder proporcionárselas.

Pero aquellos datos locales no bastaban, por más que fuesen importantes, para satisfacer su curiosidad acerca de la actitud en que estaban los indios respecto de ellos.

—¿Qué es lo que ha sucedido á Guacanajari? le preguntó Colon; ¿cuáles son los proyectos de Caonabo y de los demas jefes de la isla?

Ampliemos la respuesta de Alonso Velez.

CAPITULO LXIII.

—.

Lo que habia pasado en Haiti.

Catalina, ó Flor de Palma, como la hemos llamado, con aquellas de sus compañeras que pudieron salvarse de la persecucion de los marineros, llegó al sitio donde estaba la luz y allí encontró á Guacanajari que la esperaba.

Hechas las paces con Caonabo, dominado por los butios, Guacanajari no tenia más remedio que faltar á los juramentos que habia hecho á Colon uniéndose á las demas tríbus de la isla para oponer un formal obstáculo á los deseos de los extranjeros, vengar los ultrajes que les habian hecho, y sobre todo conseguir la realizacion del deseo que tanto de él como de los demas caciques se habia apoderado: poseer las embarcaciones de Colon, hacerse dueños de los caballos, de las aves, de los demas objetos que habian llevado á la isla.

Caonabo habia concebido la idea de destruir á los nuevos soldados de Colon, como habia destruido á los que ocupaban la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari con todos sus vasallos, al dejar abandonada á Marien, se refugió en el territorio de Caonabo, y presentando á Flor de Palma como la reina de Boriquen, la hizo su esposa y la confió á los cuidados y á la amistad de Anacaona, la reina de Xaragua, esposa del terrible cacique del Cibao.

Anacaona, cuyo nombre quiere decir *Flor de Oro*, era una

de las más hermosas indias, tan dulce y cariñosa en la paz, como valerosa y ardiente en la guerra.

Con sus cánticos inspirados entusiasmaba á los guerreros durante la batalla, y en las horas de descanso les referia los acontecimientos de su historia, las desgracias de su pueblo y la vida de sus reyes.

No ha habido un solo historiador de las cosas de América que no haya tratado con el mayor respeto y consideracion á esta mujer privilegiada.

Hermana de Boechio, trascurrieron sus primeros años en las orillas del lago de Xaragua, que comienza á dos leguas del mar, cerca de la ciudad de Maguana, y que en algunos sitios tiene más de tres leguas de ancho y diez y ocho de largo.

Aquella parte de Haiti era la más fertil, y se hallaba cubierta de aldeas y poblaciones las más civilizadas de la isla.

Todos los naturales de ella estaban bien formados.

Su color era moreno claro.

Sus ojos expresivos.

Su fisonomía risueña y cándida.

Sus cabellos eran negros.

Las mujeres llevaban la cabellera flotando al aire, y los hombres formaban con ella una especie de lazo encima de la cabeza.

Las mujeres casadas usaban una especie de túnica tejida con hilos de algodon, heniquen, coco, majagua, ó con plumas de ave, que cubria sus rodillas.

Las vírgenes iban completamente desnudas.

Ornaban su cabeza con piedras de color, láminas de oro y plumas de guaraguas, tocororos y águilas blancas.

En aquel hermoso país se mecian en las ramas de los árboles el zinzontle, el ruiseñor y el tomegin, pequeño pájaro de verduzco color con collar amarillo.

Todo era encantador en aquellas regiones.

En los primeros albores de su juventud se habia visto Anacaona aclamada como reina por los habitantes de aquella comarca.

Los caribes habian invadido, como tenian de costumbre, aquella parte de su isla.

El padre de Anacaona con sus guerreros habia salido á su encuentro.

La batalla habia sido muy terrible.

El rey habia caido herido al golpe de una flecha envenenada.

En sus últimos momentos, Caonabo, jefe de los caribes, que habia visto á Anacaona y se habia prendado de su hermosura, le pidió su bendicion para hacerla su esposa y le ofreció quedar al frente de las tríbus de Xaragua, luchar contra sus propios hermanos para defenderlas y hacer la felicidad de Anacaona.

El anciano caudillo mandó llamar á su hija.

Al distinguirla cerca de sí, le tendió sus temblorosas manos, y con voz moribunda:

—Anacaona, le dijo, voy á morir. Antes de que el sol esconda su frente en el ocaso habrás quedado huérfana y serás cacique del Cibao; pero al morir dejo á tu lado un protector.

Caonabo, el valiente caudillo de los caribes, prendado de tu hermosura aspira á ser tu esposo y yo bendigo vuestra union.

El te defenderá y defenderá á tus vasallos de sus enemigos.

Ven, hija mia, ven; que pueda unir tu mano á la suya ántes de exhalar el último suspiro.

El anciano unió las manos del guerrero y de Anacaona.

La muerte puso su helado dedo sobre la frente del anciano, y ante su misma tumba fueron unidos Caonabo y Anacaona.

Las invasiones de los caribes cesaron, la paz reinó en Haiti, y Guacanajari, rey de los reyes, sintió un inmenso afecto hácia su gran cacique Caonabo porque habia llevado el ramo de oliva á su territorio.

Del uno al otro confin de la isla reinaba la alegría en todos los hogares.

Entregados á la molicie los indios veian resbalar las apacibles horas de su vida, regalados siempre con sabrosos frutos por la naturaleza y consagrados á sus ceremonias religiosas y á sus alegres danzas.

La llegada de los europeos les pareció al pronto el complemento de su felicidad.

No habia duda: aquellos hombres que bajaban del cielo á visitarlos aumentaban su ventura con los ricos presentes que les ofrecian, con las preciosos y nuevas dádivas que les habian hecho.

Pero bien pronto conocieron todos los caciques, excepto su rey Guacanajari, que no eran, que no podian ser enviados del cielo aquellos hombres que se apoderaban de su oro, que mancillaban su hogar y asesinaban á sus hermanos.

Caonabo fué el primero que resolvió tomar venganza de ellos, exterminarlos, y ya hemos visto lo que habia conseguido.

Guacanajari, sin embargo, ménos desconfiado que el cacique, quiso cumplir el juramento que habia hecho à Colon, y por la primera vez entónces estalló la guerra civil en el seno de la isla.

¡Caonabo y Guacanajari luchando por los españoles!

¡Quién lo hubiera creido!

¡Los dos amigos, los dos hermanos!

Esta consideracion aumentaba la ira de Caonabo.

Su indignacion, su encono, produjo el exterminio de la fortaleza de la Navidad, la hecatombe de los españoles que en ella se albergaban.

Pero aún no estaba satisfecho.

Alonso Velez, que con sus malas artes habia logrado la proteccion de Caonabo, le habia dicho:

—"No te duermas sobre tus laureles. En breve volverán de lejanos países los enviados de los reyes de España con numerosas embarcaciones, muchos soldados y máquinas de guerra; su objeto no es otro que apoderarse de la isla y convertiros en esclavos suyos.

"No contentos aún nos arrebatarán todo el oro que en sus entrañas encierran las montañas del Cibao, y cuando hayan saqueado el país y hayan convertido en escombros sus casas y en cenizas sus bosques, os abandonarán para siempre hasta que perezcais sobre las ruinas, llevando al cuello el dogal de la esclavitud."

Caonabo habia dado crédito á este vaticinio y habia tomado sus medidas para que en toda la extension de la costa hubiera espías que acechasen la llegada de las embarcaciones europeas y le diesen aviso.

Al mismo tiempo habia convocado á todos sus compatriotas, les habia comunicado los proyectos que Alonso Velez atribuia á los suyos, habia encendido en su pecho la sed de venganza y aguardaba con febril ansiedad la hora del combate.

En vano procuraba Anacaona apaciguar su inquietud.

En vano Iguanamota, su amada hija, rodeaba el nervudo cuello de su padre con sus brazos.

—El extranjero vuelve, gritaron los espías llegando á su encuentro.

Caonabo supo que Guacanajari les habia dispensado una benévola acogida; que habia ido á visitar sus buques, y que estaba resuelto á defenderlos de Caonabo y de los demas caciques.

Entónces fué cuando, en presencia de Anacaona, llamando

en torno suyo á Boechio, á Guarionex y Gayacoa, les habló del inmenso peligro que corria su libertad y de la necesidad que tenian de sacrificar su vida, si era preciso, en defensa de su patria.

—Guacanajari es nuestro mayor enemigo, añadió, ampara á los europeos, y en prueba de su amistad luchará con nosotros. Que Vagoniana nos perdone.

—Es imposible, exclamó Anacaona; es imposible que vuelva á regar las llanuras de Haiti la sangre de los indios vertida por las flechas de nuestros hermanos.

Tu flecha, Caonabo, ha herido ya á tu rey; podrias matarle, y el que atenta á los herederos de Vagoniana es maldito.

Antes de luchar con Guacanajari ofrecedle la paz, advertirle el peligro que corre, disipad de sus ojos las tinieblas que le rodean. Que conozca la verdad y se colocará á vuestro lado.

—No abrigo otro deseo, dijo Caonabo, pero con sus condescendencias y sus bondades está fraguando la cadena de nuestra esclavitud.

En aquel mismo momento enviaron los caciques coligados un emisario.

Ainaibac, el gran butio de Guacanajari, fué encargado de inculcar en el ánimo del rey de Haiti la verdad, predisponiéndole á la paz.

Lo que entónces pasó, ya lo saben mis lectores.

Con las declaraciones del butio coincidieron las revelaciones que Flor de Palma hizo á Guacanajari.

Coincidió tambien el deseo que concibió el monarca de hacer su esposa á la destronada reina de Boriquen.

Guacanajari dejó de ser leal á Colon.

Abandonó á Marien dispuesto á reforzar con sus vasallos las huestes de sus caciques, y á defender á toda costa la independencia de su isla.

Flor de Palma se habia apoderado de su corazon y habia sembrado en él el sentimiento de la venganza.

Unidos todos los haitianos, resueltos á destruir á los europeos, Boechio y Guarionex, más cautos y ménos impetuosos que Caonabo, convinieron en que más que ir á buscar á los españoles, en que más que ir á combatirlos á la colonia que habian fundado, les convenia tenderles un lazo, mostrarse pacíficos y benévolos con ellos, dejarlos recorrer libremente los departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas, cuando se creyeran solos y dueños del terreno cayeran sobre ellos como la tempestad.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiracion cuando Alonso Velez, su cómplice y espía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron à anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

Ya no habia duda.

Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos, acecharlos y exterminarlos pronto.

Miéntras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su afliccion en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenian que contener los ímpetus de Caonabo y Guayacoa, y éstos á su vez dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatex, jefe de los ciguayos, que ardia en deseos de dirigir sus flechas, impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba.

¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra vírgen, de las pasiones de los hombres!

CAPITULO LXIV.

Nuevos apuros.

La narracion de Alonso Velez en su primera parte, es decir, en lo relativo á los usos y costumbres de los indios, habia interesado vivamente á los españoles; en gracia de aquellas noticias le perdonaban su traicion.

Pero las últimas, las que se referian á la actitud belicosa de los indios, por más que todos fuesen valerosos, al contarse, al ver el reducido número de hombres que formaban y la deplorable situacion en que vivian, no podian ménos de entrever su tumba al final de aquella arriesgada expedicion.

Colon, que aún no tenia entera confianza en los propósitos de Alonso Velez, despues de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle así en observacion; y temeroso de que pudiera descubrir la verdad, vigiló muy de cerca á Isabel, mandándola terminantemente, que hasta que dispusiera su regreso á España no volviese á ver á su marido.

En vista de la difícil posicion en que se hallaba respecto de los indios, y lo que era peor, respecto de los españoles, para salvar las dificultades se vió obligado á tomar medidas extraordinarias.

Nada más fértil que aquella tierra que rodeaba la colonia de la Isabela.

Flor de Palma se habia apoderado de su corazon y habia sembrado en él el sentimiento de la venganza.

Unidos todos los haitianos, resueltos á destruir á los europeos, Boechio y Guarionex, más cautos y ménos impetuosos que Caonabo, convinieron en que más que ir á buscar á los españoles, en que más que ir á combatirlos á la colonia que habian fundado, les convenia tenderles un lazo, mostrarse pacíficos y benévolos con ellos, dejarlos recorrer libremente los departamentos de la isla, excitar su codicia para que fueran al Cibao, y reunidas allí todas las fuerzas, cuando se creyeran solos y dueños del terreno cayeran sobre ellos como la tempestad.

Tal era su actitud; tal su esperanza; tal su más vehemente aspiracion cuando Alonso Velez, su cómplice y espía, cayó en poder de los españoles.

Los indios que le acompañaban corrieron à anunciar á Caonabo que Alonso Velez habia perecido á manos de los extranjeros.

Supo tambien que habian establecido una fortaleza cerca de sus dominios.

Ya no habia duda.

Los españoles iban resueltos á luchar con ellos y á vencer.

Era necesario esperarlos, acecharlos y exterminarlos pronto.

Miéntras que Guacanajari lloraba sus desdichas y calmaba su afliccion en los brazos de Flor de Palma, Guarionex y Boechio tenian que contener los ímpetus de Caonabo y Guayacoa, y éstos á su vez dominaban, no sin trabajo, la impaciencia de Umatex, jefe de los ciguayos, que ardia en deseos de dirigir sus flechas, impregnadas en guao, al pecho de los enemigos.

El momento de la lucha se aproximaba.

¡Qué escenas iba á presenciar aquella tierra vírgen, de las pasiones de los hombres!

CAPITULO LXIV.

Nuevos apuros.

La narracion de Alonso Velez en su primera parte, es decir, en lo relativo á los usos y costumbres de los indios, habia interesado vivamente á los españoles; en gracia de aquellas noticias le perdonaban su traicion.

Pero las últimas, las que se referian á la actitud belicosa de los indios, por más que todos fuesen valerosos, al contarse, al ver el reducido número de hombres que formaban y la deplorable situacion en que vivian, no podian ménos de entrever su tumba al final de aquella arriesgada expedicion.

Colon, que aún no tenia entera confianza en los propósitos de Alonso Velez, despues de hacerle vestir á la europea, le destinó á una de las carabelas para tenerle así en observacion; y temeroso de que pudiera descubrir la verdad, vigiló muy de cerca á Isabel, mandándola terminantemente, que hasta que dispusiera su regreso á España no volviese á ver á su marido.

En vista de la difícil posicion en que se hallaba respecto de los indios, y lo que era peor, respecto de los españoles, para salvar las dificultades se vió obligado á tomar medidas extraordinarias.

Nada más fértil que aquella tierra que rodeaba la colonia de la Isabela.

En breve tiempo habian producido frutos las semillas que en ella habian arrojado los españoles.

La caña dulce se propagaba de una manera maravillosa.

Las viñas del país, cultivadas á la europea, habian modificado grandemente el sabor de sus frutos.

A fines de Marzo presentó al almirante un labrador doradas espigas de trigo, que se habian sembrado á fines de Enero.

Doce ó catorce dias bastaban para sazonar las hortalizas.

Aquella tierra poseia una fertilidad que maravillaba á los extranjeros.

Pero estas condiciones, tan benéficas para las tierras, eran causa del desarrollo de enfermedades peligrosas para los que vivian bajo la influencia de aquel clima.

Casi todos estaban atacados de fiebres intermitentes, y algunos experimentaban los síntomas dolorosos de una enfermedad nueva para los europeos entónces, producto de los excesos á que se entregaban, y castigo de los atentados que cometian ultrajando la honra de las esposas y los padres.

A estas complicaciones se unieron otras de mayor trascendencia.

Las medicinas se acabaron.

Los víveres escaseaban porque se habian corrompido con la humedad.

Por otra parte, los extranjeros no podian acostumbrarse á los alimentos del país.

Cuando estaban enfermos, y muchos de ellos aparentaban más mal del que tenian, exigian á toda costa provisiones de las que se habian llevado, y en aquel duro trance, aunque recurriendo á las que se habian deteriorado, dispuso el almirante poner á todos los colonos á media racion.

Esto fué orígen de nuevos disturbios.

El padre Boil, cuyo carácter turbulento no podia contenerse, fué el primero que estalló.

Al ir á recoger un eclesiástico las provisiones para él y los demas misioneros que vivian en comunidad, el proveedor, poniendo en práctica las órdenes que habia recibido, los igualó á los demas colonos.

El misionero encargado de recoger las provisiones protestó desde luego y se negó á aceptar los víveres.

Corrió á participar al padre Boil lo que habia pasado, y el eclesiástico, furioso, se presentó á Colon, increpándole por haberle igualado á las demas clases de la colonia.

El almirante, impulsado por la justicia y la equidad, obligó al padre Boil y á los demas misioneros á que se conformaran con su suerte que estaba reservada á todos los colonos.

Al poco tiempo se acabó la harina; no era posible moler el trigo más que á mano, é hizo de todo punto necesario la inmediata fabricacion de un molino.

Pero como gran parte de los trabajadores estaban enfermos, fué necesario recurrir á todas las personas, cualquiera que fuese su categoría, con tal de que gozasen de buena salud, á fin de que ayudaran á los operarios en sus tareas.

Colon dió órden lo mismo á los hidalgos que á los pecheros para que trabajasen.

Esta medida irritó profundamente á aquellos de sus compañeros que habian nacido en noble cuna, y se negaron rotundamente á obedecerla.

La actitud que tomaron en frente de Colon obligó al almirante á ser enérgico; arrestó á algunos nobles rebeldes, y como vieron éstos que tenia á su lado á los soldados, operarios y marineros en mayor número que ellos, aunque á pesar suyo, tuvieron que doblegarse.

Pero comenzaron á alimentar en su alma un profundo rencor hácia el almirante, y más tarde, cuando pudieron dar cuenta en España de los humillantes servicios que habia exi-

gido de ellos Colon, propagaron su encono contra él en su familia, y contribuyeron á formar la tormenta que empezaba á desencadenarse sobre sus cabezas y que debia más tarde herirles con sus tremendos rayos.

Allí mismo, casi á su lado, sin temor de que les oyera, murmuraban de él, le acusaban de ser un extranjero arrogante, recordaban que habia pedido limosna en España, que se habia levantado del polvo, y el infeliz tenia que sufrir un martirio horrible, porque al paso que los nobles le calumniaban de aquel modo, veia acabarse las provisiones por momentos y no sabia qué hacer en tan terrible situacion.

Para complemento de sus desgracias llegó un mensajero de Pedro Margarite, gobernador del fuerte de Santo Tomás, á comunicarle la triste noticia de que los indios de los alrededores de la fortaleza se habian manifestado hostiles, habian abandonado sus cabañas y evitaban todo género de relaciones con los europeos.

Ademas, refirió que Caonabo congregaba misteriosamente á sus guerreros y hacia sus preparativos para atacar á la fortaleza.

Estas noticias eran ciertas.

Pero lo que ocultaba el gobernador al almirante eran sus causas.

Los españoles, apénas se habian visto léjos de Colon, se habian entregado à toda clase de excesos.

Habian entrado en las chozas de los indios, les habian arrebatado todos sus frutos, se habian apoderado del oro de sus rios, habian ultrajado á sus mujeres y habian concitado contra ellos el odio que fermentaba en el corazon de Caonabo, y él trasmitia no solo al de los otros caciques, sino al de todos los naturales del país.

Acto contínuo envió á Margarite un refuerzo de veinte

soldados y algunas provisiones, y dispuso que treinta hombres continuasen y mejorasen el camino que habia empezado á trazar entre la colonia y la fortaleza.

No bastaba esta medida.

El desaliento de los pobladores de la Isabela aumentaba.

Las provisiones disminuian.

La ansiedad de Colon era inmensa.

Solo distrayendo el ánimo de los colonos, empeñándolos en nuevas luchas, enviándolos á realizar nuevos descubrimientos, podria conjurarse la tormenta, acostumbrarles al clima y realizar su propósito para tener derecho de pedir nuevos refuerzos y nuevos elementos de vida á la corte de España.

Para emprender viajes de exploracion necesitaba ante todo pacificar la colonia.

Divididas las fuerzas con que contaba, pudo dirigirlas á distintos puntos de la isla, hacer que visitasen á los caciques y desarrollar ante sus ojos con grande apariencia las fuerzas que poseia.

Partiendo de este deseo utilizó todos los hombres que se hallaban en buenas condiciones de salud, les dió armas y reunió un ejército de doscientos cincuenta ballesteros, ciento diez arcabuces, diez y seis jinetes y veinte oficiales.

El mando general de estas tropas lo dió Colon á Pedro Margarite, noble caballero santiagués, que le inspiraba la mayor confianza.

Ojeda recibió el encargo de conducir el ejército hasta la fortaleza de Santo Tomás, y la órden de continuar al mando de él miéntras que Margarite, dividiendo sus fuerzas, recorria el departamento del Cibao, y la parte de la isla que aún no habia visitado.

Esto produjo alguna confusion, y aprovechándose de ella el almirante, en un momento de tregua escribió á Margarite

las instrucciones que deberia observar para salir adelante con su empresa.

Encargábale gran respeto á la justicia al tratar con los indios, con el ojeto de alcanzar su amistad.

Mandábale que comprase las provisiones que necesitase para el ejército, en presencia del contador que le enviaba.

Disponia que si los indios se negaban á vender provisiones, les obligase á ello con suavidad, y atemperando el rigor de la fuerza á la necesidad de no romper las hostilidades.

Prohibíale que consintiese tràfico alguno entre los indios y los españoles, y le recordaba que los reyes de España, más que la riqueza de su corona, deseaban la conversion á la fe de los indios.

Respecto á los españoles, le encargaba la observancia de la más rigurosa disciplina.

Todo desórden, toda rebeldía debia ser castigada con la mayor severidad.

En vano unia Colon al génio el sentimiento de la equidad y la justicia.

En vano dictaba á los que debian servirle de instrumento las medidas más á propósito para evitar la efusion de sangre, para atraer á los españoles el afecto de los indios, para dominar aquel vasto territorio con la influencia moral más que con la fuerza de las armas.

Margarite era soberbio como todos los que llegan fácilmente al poder, y bastaba que Colon le diese aquellas instrucciones para que creyese mucho mejores y más eficaces las contrarias.

Era de todo punto necesario apoderarse de Caonabo y de los otros caciques para sofocar los ímpetus de los indios acaudillados por ellos, y el almirante manifestó á Margarite lo que deberia hacer para apoderarse de ellos.

Partió el ejército á primeros de Abril al mando de Alonso de Ojeda.

Este bizarro capitan supo, al hallarse en las orillas del rio del Oro, que tres españoles que habian salido del fuerte habian sido robados por los indios, y que el cacique, en vez de castigar á los suyos, habia tenido á bien compartir con ellos el botin, y por lo tanto les habia perdonado.

Apénas supo este suceso el capitan Ojeda, á pesar de las instrucciones que llevaba, análogas á las de Margarite, fué con algunas tropas al punto donde estaban los indios que habian cometido aquella felonía, y apoderàndose de uno de ellos mandó que inmediatamente le cortasen las orejas en la plaza pública; se apoderó del cacique y de los parientes, y cargados de cadenas con un destacamento de cuatro hombres, los envió al almirante, en tanto que continuaba con el ejército hácia la fortaleza.

Otro cacique, condoliéndose de la suerte de sus compatriotas, y pensando que los beneficios que habia dispensado á los españoles servirian para que se apiadase del cacique preso, llegó hasta donde estaba el almirante.

La reseña que por órden de Ojeda le hicieron los emisarios que le envió, impulsarón á Colon á desoir todo sentimiento de piedad, y, á pesar de los ruegos del cacique indio, mandó que fuesen conducidos los prisioneros á la plaza pública de la colonia con las manos atadas á la espalda, y el pregonero anunciase su crímen, y que fuesen decapitados.

Al dictar esta sentencia observaba las leyes del país, puesto que nada se castigaba con tanta severidad en la isla entre los mismos indígenas como el robo.

Ellos, que vivian siempre en paz, tenian tal horror al latrocinio, que, aunque sus leyes en general eran suaves y templadas, el ladron sufria el castigo de ser empalado.

No fué, sin embargo, nunca el ánimo de Colon llevar la crueldad hasta el punto de que se ejecutara la sentencia que habia dictado.

Pero necesitaba atemorizar á los indios, adquirir ascendiente sobre ellos, y con gran ceremonia dispuso que los suyos fuesen conducidos al sitio del suplicio.

Las plegarias y los ruegos de los caciques, la promesa suya de aceptar la responsabilidad de los nuevos crímenes que cometieran, bastaron à excitar la piedad de Colon y perdonándoles les dejó en libertad.

Pero no bien habia concedido esta gracia cuando llegó un jinete desde la fortaleza á referir que al pasar por el pueblo del cacique cautivo habia encontrado cinco españoles en poder de los indios.

Dispuestos estaban á sacrificarlos cuando, al verlos á caballo, se pusieron en fuga, obligándoles á correr tras ellos y á herir á muchos con sus lanzas.

Gracias á esto y al temor que inspiraban á los indios los caballos, pudo llevar el triunfo á los cinco españoles.

Todos estos sucesos demostraron más y más á Colon que no era su enemigo más terrible el amor á la independencia, el odio de los indios.

Peores adversarios, más teribles, mucho más crueles, eran el desaliento de los suyos, sus enfermedades, su codicia, sus malas pasiones, el rencor que le profesaban, y sobre todo la escasez de víveres que aumentaba por momentos.

Confiando en que los capitanes á quienes habia encargado el mando del ejército y de la fortaleza cumplirian sus órdenes, se preparó á continuar los descubrimientos que habia ido á hacer en aquellas regiones.

Durante su ausencia, nombró uno junta presidida por su hermano don Diego con el concurso como vocales del padre

Boil, de don Pedro Fernandez Coronel, de don Alonso Sanchez Carvajal y de don Juan de Luján.

De las cinco embarcaciones que tenia dejó dos en el puerto.

En una prisionero á Bernal Diaz.

En otra confinado à Alonso Velez.

Con las tres restantes, que eran la *Santa Claro*, el *San-Juan* y la *Cordera*, acompañado de varios marinos y de su servidumbre, se dió á la vela el 24 de Abril y tomó el rumbo del Occidente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO LXV.

Nuevo costeo de Cuba.

Dejemos á Pedro Margarite intentando explorar el Cibao, y Alonso Velez mandando la fortaleza de Santo Tomás, que más tarde veremos las escenas en que uno y otro tomaron parte.

Sigamos á Colon que proyectaba, miéntras sus capitanes exploraban aquella mansion del oro, no desengañado aún de sus ilusiones, hacer un viaje para descubrir al Cathay y los demas países del extremo oriental del Asia que deseaba encontrar, porque tan magnífica pintura de ellos habia leido en los escritos de Marco Polo.

Resolvió costear toda la isla de Cuba, desde el paraje en donde la habia abandonado en la primera expedicion, para explorar despues el Sur.

Pasando por Monte Christi, se detuvo en el puerto de la Navidad.

Uno de los indios que habian acompañado al cacique que tanto habia intercedido en favor de su compañero condenado á muerte, habia dicho á Diego el intérprete que Guacanajari habia vuelto con los suyos al territorio de Marien.

No podia acostumbrarse Colon á la idea del perjurio del rey de Haiti.

Atribuia su fuga á influencias de los otros caciques, y no dudaba que si podia tener una entrevista con él, volveria á

reconquistar su amistad, más que nunca preciosa para él en quellos momentos.

Ancló, pues, por lo tanto, en la fortaleza de la Navidad, y envió á Diego con algunos hombres á que ofreciese de su parte el perdon á Guacanajari, invitándole á que pasase á bordo para celebrar con él una entrevista.

Era cierto que Guacanajari, al saber que los españoles se habian establecido en la colonia de la Isabela, habia vuelto á su territorio y aliviaba sus penas con el amor de Flor de Palma.

Pero este lazo que le habia unido con la jóven india de Boriquen, debia ser el enemigo más formidable que tuviera su reconciliacion con el almirante.

Sintió en extremo Guacanajari haber vendido á aquellos hombres que tan bien le habian tratado, que tantos agasajos le habian hecho y que eran pera él enviados del cielo.

A estar solo, la llegada de los buques al puerto le hubiera hecho acudir en seguida á implorar gracia de Colon.

Pero Flor de Palma, que le dominaba por completo, apénas tuvo noticia de que se divisaban las carabelas:

—Vienen en busca nuestra, le dijo, es preciso que huyamos á donde están Caonabo y los valientes guerreros que han de librarnos de la opresion de los españoles.

Guacanajari obedeció à su amada y se retiró con los suyos, razon por la cual los enviados de Colon encontraron desiertas las aldeas de Marien.

Fué preciso renunciar á aquella esperanza y continuar el viaje llegando el 29 de Abril al puerto de San Nicolàs, desde donde se descubrió el confin de Cuba, que habia llamado en su anterior viaje Alfa y Omega.

Los naturales del país le llamaban Bayatiquiri, y es el que hoy se conoce con el nombre de Punta Maysi.

Un canal de diez y ocho leguas de latitud abrió camino á las embarcaciones, y costeando el Sur de Cuba, llegaron las carabelas á un puerto cuya extension inspiró al almirante el nombre de Puerto Grande. (J)

A poca distancia descubrieron los marineros algunas chozas, y los hogares, que despedian humo en varios sitios, indicaban que aquel país estaba poblado.

Desembarcó Colon con algunos hombres y con su intérprete, se acercó á la choza, recorrió las orillas del lago y halló las habitaciones desiertas, los hogares abandonados.

Todos los indios habian huido al ver las carabelas, refugiàndose en las montañas y en los bosques.

Sin duda alguna les habian sorprendido en el momento en que se preparaban á celebrar un festin, porque en las chozas sobre todo habia ya preparados peces, utias y guanacos, que vinieron como llovidas del cielo á los españoles, cuyas provisiones, como ya he dicho, escaseaban en alto grado.

Despues de saborear aquellos manjares, vieron en lo alto de una colina á una porcion de indios que los estaban observando, con el terror pintado en el rostro.

Colon dispuso que fueran á su encuentro, y apénas comenzaron á andar en aquella direccion, desaparecieron los indios como temerosos de que les cogieran.

Uno solo que observaba las señas que le hacian los españoles, se detuvo.

Diego el intérprete se acercó á él, le manifestó en nombre de su amo que iban animados todos de las mejores intenciones, que les brindàban paz y amistad, y que si acudian á su encuentro les ofrecerian regalos preciosos.

Esto bastó para que, apaciguado el temor de los naturales del país, acudiesen al lado de los españoles, mostrando en sus maneras y en sus palabras un carácter pacífico y tan afectuoso como el de los habitantes de Haiti.

Entónces supo Colon que los manjares que habian devorado sus compañeros estaban preparados para un banquete con que el cacique de aquella parte de la isla se proponia obsequiar al jefe de otro departamento.

Animado por un espíritu de justicia y al mismo tiempo deseoso de dejar buenos recuerdos entre aquella gente, les indemnizó con regalos de las pérdidas que el apetito de los españoles les habia hecho sufrir y al separarse de ellos se despidieron de él con las mayores muestras de afabilidad.

El primero de Mayo prosiguieron las embarcaciones su viaje con rumbo al Occidente, costeando un país de los más pintorescos y viendo con placer que los naturales del país acudian admirados á ver los buques y brindaban á los marineros las frutas y provisiones que tenian, invitándoles á que desembarcasen.

Algunos más atrevidos se acercaban à las embarcaciones en ligeras canoas y llevaban pan de cazabe, pescado y agua para ofrecerlo á los españoles.

En cambio de estos dones les regaló Colon cascabeles y cuentas de abalorio, dejándoles en extremo agradecidos.

Siguiendo la costa llegó á una inmensa bahía de estrecha entrada, pero de anchuroso seno, sobre la que se levantaban por un lado elevadas montañas y por el otro se extendia una pradera salpicada de chozas y con campos tan bien cultivados, que parecian desde léjos huertas y jardines como los que tantas veces habian visto los españoles en las ciudades árabes que conquistaban.

En él ancló Colon [K], siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

Animado por la buena acogida que le dispensaron y deseoso de realizar cuanto ántes el propósito de su viaje, por medio del intérprete les preguntó si sabian dónde habia oro

Todos le respondieron indicándole al Sur una gran isla en donde aquel metal se hallaba en gran cantidad.

Lo mismo le habian dicho en el primer viaje; se confirmó más y más en que aquella era la isla de Babeque, y deseando explorarla, el dia 3 de Mayo, siguiendo por el Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, abandonó la costa de Cuba, y siguió por alta mar el derrotero de la famosa isla.

CAPITULO LXVI.

La Jamáica.

La tierra de promision con que soñaba el almirante debia ofrecerle un gran desengaño; y por desgracia, siendo una de sus primeras conquistas, debia verse más tarde en poder de otra nacion envidiosa de los descubrimientos de España y sedienta de poderío en todas las posesiones de allende el mar.

Aquella isla, que muy en breve debia aparecerse á Colon como un nuevo Paraíso, con verdes y risueñas montañas, con praderas granosas y esmeradamente cultivadas, aquella isla, respetada por los caribes, la más apartada de otras islas que habia en aquella parte del Océano, era la Jamáica.

Dos dias y dos noches tardaron en llegar las carabelas á la costa.

Al acercarse, multitud de canoas llenas de indios adornados con plumas de aves y embadurnados con pinturas símbolicas se adelantaron en actitud hostil hácia las embarcaciones de Colon; cerca de ellas prorumpieron en espantosos gritos, manifestaron su fiereza blandiendo lanzas de acana, y parecian resueltos á combatir á aquellos mónstruos que se les presentaban, dando desde luego á los españoles una idea de su carácter belicoso la audacia con que desafiaban el peligro que no conocian.

Una de las canoas llegó á acercarse hasta la *Santa Clara*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos le respondieron indicándole al Sur una gran isla en donde aquel metal se hallaba en gran cantidad.

Lo mismo le habian dicho en el primer viaje; se confirmó más y más en que aquella era la isla de Babeque, y deseando explorarla, el dia 3 de Mayo, siguiendo por el Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, abandonó la costa de Cuba, y siguió por alta mar el derrotero de la famosa isla.

CAPITULO LXVI.

La Jamáica.

La tierra de promision con que soñaba el almirante debia ofrecerle un gran desengaño; y por desgracia, siendo una de sus primeras conquistas, debia verse más tarde en poder de otra nacion envidiosa de los descubrimientos de España y sedienta de poderío en todas las posesiones de allende el mar.

Aquella isla, que muy en breve debia aparecerse á Colon como un nuevo Paraíso, con verdes y risueñas montañas, con praderas granosas y esmeradamente cultivadas, aquella isla, respetada por los caribes, la más apartada de otras islas que habia en aquella parte del Océano, era la Jamáica.

Dos dias y dos noches tardaron en llegar las carabelas á la costa.

Al acercarse, multitud de canoas llenas de indios adornados con plumas de aves y embadurnados con pinturas símbolicas se adelantaron en actitud hostil hácia las embarcaciones de Colon; cerca de ellas prorumpieron en espantosos gritos, manifestaron su fiereza blandiendo lanzas de acana, y parecian resueltos á combatir á aquellos mónstruos que se les presentaban, dando desde luego á los españoles una idea de su carácter belicoso la audacia con que desafiaban el peligro que no conocian.

Una de las canoas llegó á acercarse hasta la *Santa Clara*,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

en donde iba Colon, y para apaciguar sus ímpetus les habló Diego en nombre de su amo, les hizo varios regalos, y les manifestó que iban, no á pelear, sino à buscar su amistad.

Retiràronse las canoas, y las carabelas continuaron avanzando hácia un puerto muy próximo, rodeado por un paisaje tan encantador que el almirante le llamó Puerto de Santa Gloria. (L)

Allí pasó la noche, y al dia siguiente, tomando el rumbo oriental, recorrió la isla buscando un puerto abrigado para carenar su embarcacion y calafatearla, porque hacia bastante agua.

Al anochecer del dia siguiente halló lo que anhelaba, y envió en los botes algunos marineros á sondear la entrada del puerto.

Dos grandes canoas llenas de indios acudieron al encuentro de los botes, rompiendo desde luego las hostilidades.

Pero las lanzas que les arrojaban desde léjos no llegaban hasta los botes, razon por la cual no sufrieron herida alguna los tripulantes.

Colon tenia vivos deseos de captarse el afecto de los habitantes de aquellas islas, y dispuso que regresasen los botes y entrasen en el puerto.

La costa estaba llena de indios, cuyo aspecto se diferenciaba mucho del de las islas que anteriormente habia visitado.

Cubrian parte de su cuerpo con hojas de palma, y adornaban su cabeza con cimeras y diademas rodeadas de grandes y vistosas plumas.

El pecho, los brazos y las piernas, lo mismo que las mejillas y la frente, estaban adornados de pinturas de colores, y muchos de ellos llevaban líneas negras.

Su actitud les asemejaba más que á los habitantes de la isla de Haiti à los de la Guadalupe.

Pero á la energía y á la rudeza de los caribes, unian algo que demostraba mayor civilizacion en ellos que en los demas indígenas.

Apénas vieron entrar en el puerto las embarcaciones, prorumpieron en espantosos gritos, comenzaron á moverse de un lado á otro, blandieron las lanzas, y todo hacia creer que estaban dispuestos á exterminar á los que se atrevian á llegar á sus ignotas playas.

A pesar de los deseos de Colon de mantener la paz, pensando que podian atribuir á cobardía y debilidad lo que solo era bondad en él, se resolvió á manifestar su poderío sobre ellos; y como los buques estaban á bastante distancia de la playa, envió en los botes á unos cuantos soldados con flechas y arcabuces.

Dirigiéronse éstos á la playa, al mismo tiempo que se disponian multitud de canoas á salir á su encuentro.

Pero al primer disparo de los arcabuces, fué tan grande el espanto que se apoderó de los indios, que corrieron precipitadamente atemorizados, al ver que algunos de ellos habian caido heridos bajo el plomo de las armas de los extranjeros.

Llegaron los soldados á tierra, desembarcaron y volvieron á disparar sus armas sobre los indios, los pusieron en precipitada fuga, y no contentos aún azuzaron á un perro de presa que llevaban, el cual les persiguió con sanguinaria furia.

«Tal fué el primer ejemplo, dice un historiador, del uso de los perros entre los indios, que despues imitaron con fatales consecuencias los españoles en las guerras que sostuvieron con los infelices naturales del país.»

Libre el campo, desembarcó Colon; dió á la isla el nombre de Santiago y al puerto el de Puerto Bueno.

La playa y sus alrededores quedaron desiertos.

Las chozas abandonadas.

Un silencio sepulcral habia sucedido á los gritos salvajes de los indígenas.

A la mañana siguiente, poco despues de amanecer, se presentaron varios indios en la costa haciendo señas de paz, segun dijo Diego al almirante.

Eran, en efecto, otros tantos emisarios de los caciques, que, en vista del peligro que habian corrido, se habian reunido para ver lo que habian de hacer, y habian resuelto brindar amistad á los valientes extranjeros.

El almirante envió á Diego con algunos soldados para que les hablase.

Diego los llevó á bordo.

Colon les regaló espejos, cascabeles, cuentas de vidrios y abalorios para ellos y sus caciques, volvieron á tierra y aun no habia trascurrido una hora cuando los que el dia anterior se habian presentado de una manera tan hostil en la playa, sin armas y con las mayores muestras de alegría llenaron las risueñas campiñas de la costa, y surcando las aguas en ligeras canoas fueron hasta la carabela á ofrecer á los españoles todo cuanto tenian.

A pesar de vivir tan aislados, aquellos indios parecian más cultos, más ilustrados, en cuanto era posible, que los de las demas islas.

Sus manjares eran más suculentos y sazonados.

La fisonomía de aquellos hombres revelaba inteligencia, valor, serenidad.

Las mujeres eran bizarras, hermosas, y al visitar Colon algunas de las casas, vió en ellas muebles más perfectos, utensilios y objetos que indicaban cuán acertada era la opinion favorable que habia formado de ellos.

Hasta sus canoas, mejor construidas que las de los otros indios, tenian adornos tallados en la popa y en la proa. (LL)

Por lo que averiguó Colon, cada uno de los jefes ó caciques de las tríbus en que estaba dividida la isla, tenia una magnífica canoa en la que cifraba todo su orgullo.

La noticia de la llegada de los extranjeros cundió con rapidez por toda la isla.

Despues de haber hecho Colon provisiones de agua y haber calafateado el buque, recorrió la isla hácia el Occidente escoltado por canoas de indios que acudian á ofrecerle en cambio de sus cascabeles y su abalorio los mejores frutos de su país, y llegando al extremo occidental de la isla, no habiendo hallado oro en aquel país y soplando un viento favorable para volver á Cuba, resolvió el almirante regresar, deteniéndose en un golfo, al que dió el nombre de Golfo del Buen Tiempo.

Momentos ántes de darse á la vela llegó á nado hasta la carabela de Colon un jóven indio perseguido por dos ó tres canoas.

El indio pidió al intérprete que influyese con su amo para que le admitiera á bordo y le llevase á su país.

Pero los que iban en las canoas prorumpieron en gritos dolorosos y lastimeros ayes, y Colon no tardó en saber que eran deudos y amigos del jóven indígena, los cuales al ver el vivo deseo que se habia apoderado de él de abandonar para siempre su patria y acompañar á los extranjeros, con lágrimas en los ojos le suplicaban que no les abandonase.

Sus ruegos fueron inútiles.

Colon accedió á sus deseos, y despues de ofrecer á los parientes de Albigo, que así se llamaba el jóven indígena, que volveria cargado de regalos para ellos, dejándolos más tranquilos, se dió á la vela muy contento de llevar en su compañía á aquel jóven que tan simpático le era, razon por la cual dispuso que le trataran con las mayores consideraciones.

CAPITULO LXVII.

Ilusiones engañosas.

Al apartarse Colon de la costa de Jamáica se encaminó de nuevo á la de Cuba, llegó à un gran promontorio, al que dió el nombre de Cabo de la Cruz, y poco despues, divisando un gran grupo de chozas, se detuvo para visitar aquella ciudad, cuyo cacique no tardó en enviarle emisarios, los cuales le dijeron que hacia ya tiempo que sabian la llegada de los extranjeros á aquellas regiones, y que los estaban esperando.

Alentado por esta acogida saltó á tierra, visitó la poblacion, fué muy agasajado por el cacique, y supo que aquellas tierras, á las que habia dado el nombre de Cuba, se llamaban Macaear por los naturales del país.

Continuó al dia siguiente su marcha sufriendo una espantosa tempestad, que afortunadamente para los viajeros no tardó en calmarse, porque de lo contrario hubieran perecido.

Al serenarse los elementos el vigía anunció á Colon que se veian á lo léjos multitud de islas pequeñas muy cerca unas de otras.

Su belleza incitó á Colon á darles el nombre de Jardines de la Reina.

Pero los tales jardines ofrecian en los canales que formaba el agua que les separaba inminentes peligros.

A cada instante hallaban las embarcaciones bancos de arena entre corrientes y escollos, y tenian necesidad de usar contínuamente la sonda.

La imaginacion y el deseo impulsaron á Colon á creer que aquellas islas formaban parte del archipiélago asiático.

Las cigüeñas de espléndido plumaje que veia allí por la primera vez le fortificaban en su creencia.

Desiertas casi todas las islas, hallaron sin embargo en una en que desembarcaron, una gran poblacion.

Las casas estaban desiertas, pero hallaron grandes cantidades de pescados, y en ellas muchas conchas de tortugas puestas á secar.

Tambien encontraron loros domesticados, cigüeñas y perros que engordaban para comerlos.

Colon bautizó á la isla con el nombre de Santa María.

Los habitantes de ellas eran pescadores.

Pero pescaban de un modo original, muy parecido al que empleaban y aún emplean algunos pueblos de la costa oriental de Africa, en Mozambique y en Madagascar.

Tenian un pez cuya cabeza era el punto de partida de muchas trompas que se adherian á los objetos tan fuertemente que era más fácil hacerlas pedazos que separarlas.

Los indios ataban una cuerda muy larga á la cola de este pez, y le dejaban en el mar.

Por lo general recorria la superficie hasta el momento en que descubria su presa.

Cuando esto sucedia se precipitaba con sus trompas sobre el pescado, ó sobre las conchas de las tortugas, y los pescadores entónces tiraban de la cuerda y sacaban al pez con sus víctimas.

Antes de abandonar aquel archipiélago, visitaron los buques algunos de los indios y abastecieron de pescado á los navegantes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siguió Colon costeando la isla de Cuba, y desembarcó en una poblacion grande, en la que fué recibido con más amabilidad aún que la que habia notado en Guacanajari.

Con el mayor agrado ofrecian á los españoles exquisitos manjares.

Aquella parte de la isla se llamaba Ornofay.

Colon, por medio de un intérprete, hizo varias preguntas á los naturales, y supo por ellos que hácia el Oriente habia tambien otro archipiélago.

Preguntando á un indio cuál era el límite de la isla, le respondió que cuarenta lunas no bastarian para llegar á su extremidad.

Le hablaron asimismo de otra provincia á la que dieron el nombre de Mangon, y la semejanza de este nombre con el de Mangui, le hizo creer que la fortuna le habia llevado por fin al más rico departamento del país del Gran Kan.

Animado de nuevo por sus ilusiones prosiguió Colon el viaje, y no tardó en llegar á Mangon, á donde se habia anticipado la fama de los prodigios de los españoles, de los grandes regalos que hacian á los indios, y no tardaron las carabelas en verse rodeadas de ligeras canoas en las que los naturales del país acudian poco ménos que á adorar á los blancos.

Aquella parte de la costa era la que se extendia al Occidente de la Trinidad por el golfo de Jagua.

Accediendo á los ruegos de los indios bajó Colon á tierra, y vió que celebraron con músicas y danzas su llegada.

La vegetacion era magnífica.

Los pájaros ostentaban en el plumaje ricos colores.

Las frutas eran sabrosas.

Las flores que crecian en los valles embalsamaban el aire con un perfume delicioso.

Pero aquello no era lo que habia descrito Marco Polo.

Por otra parte, no habia oro ni piedras preciosas, y continuando la marcha no tardaron en hallarse en un canal estrecho y peligroso del cual, despues de muchos trabajos salieron, encontrando una punta baja en Cuba, à la que llamó la punta de Serafin, dentro de la cual formaba la costa una bahía inmensa.

Hácia el Norte se descubrian lejanas montañas y tomando su rumbo Colon, ancló al dia siguiente en la costa al lado de un magnífico bosque de palmeras.

Necesitaban leña y agua, y de órden del almirante fueron á proveerse algunos marineros.

Miéntras llenaban sus toneles, uno de los soldados que llevaba su arcabuz, se internó en la floresta con el objeto de cazar.

No habia pasado un cuarto de hora cuando volvió con la mayor muestra de espanto pidiendo auxilio á sus compañeros.

Todos huyeron precipitadamente de la costa, y al subir en la carabela donde estaba Colon, les preguntó la causa de su repentina vuelta.

El ballestero refirió de este modo lo que habia pasado:

—Apénas me separé de mis camaradas, dijo, cuando en uno de los extremos del bosque ví á un hombre corpulento vestido con una larga y blanca túnica talar, tan parecido á un fraile que á primera vista me figuré encontrarme en España.

Detrás de él iban otros dos hombres con túnicas blancas, pero nada más que hasta la rodilla.

Los tres eran blancos como los europeos.

Seguian unos treinta ó cuarenta hombres armados con lanzas.

Yo mo detuve sin saber qué hacer, y aunque me vieron no tomaron contra mí actitud amenazadora.

El que parecia su jefe se adelantó sin duda para hablarme, pero entónces no pude contener el terror que se apoderó de mí, pedí auxilio, eché á correr y no pude hacer más.

Todo se conjuraba para sostener en Colon las ilusiones en gañosas que le obcecaban.

Aquellos aparecidos debian ser de la provincia de Mangui, la más civilizada de aquel vasto imperio, y dispuso que al dia siguiente una veintena de soldados con el capitan de una de las carabelas se internasen en el bosque, buscasen á aquellos hombres, y si era preciso avanzasen treinta ó cuarenta leguas con el objeto de hallar la grande y civilizada ciudad que se prometia encontrar, en cuyo caso iria él á presentar al Gran Kan las cartas de los Reyes Católicos de que era portador.

Aquel viaje de exploracion fué inútil.

Los enviados encontraron muchos árboles que despedian olores aromáticos, y algunos de ellos, trepando à las copas de los árboles, vieron que producian sabrosas frutas.

Pero no descubrieron habitantes de ninguna clase y mucho ménos vestidos con túnica talar.

El miedo sin duda habia hecho ver al ballestero aquellos fantasmas ó tal vez le habian parecido hombres las cigüeñas que habia en aquel bosque en gran abundancia, las cuales andaban en bandadas y comian juntas miéntras que una de ellas estaba de centinela á cierta distancia para advertirles cualquier peligro.

Despues de explorar aquellos alrededores continuaron las embarcaciones su rumbo hácia Occidente.

Se detuvo en otra isla donde tambien fué muy bien recibido por los naturales, continuó la marcha no sin hallar grandes escollos y se acercó á una region montañosa rodeada de pantanos y de espesos bosques en los que era imposible penetrar.

Dominado por sus ilusiones pasó Colon algunos dias explorando aquella parte escabrosa de la isla, y como los buques estaban muy averiados y faltaban víveres, empezó á manifestarse gran descontento entre los navegantes.

En aquella situacion, obligado à volver so pena de que los buques se arruinaran, para que su reputacion no sufriera, determinó que en presencia de Fermin Perez de Luna, escribano público que le acompañaba, acudiesen por turno á su carabela desde los capitanes hasta los grumetes de las otras, y una vez en ella les preguntó si abrigaban alguna duda acerca de si el país que veian era un continente principio y fin de las Indias por el cual podrian volver á España por tierra.

Los navegantes más versados en la geografía, declararon bajo juramento que no les quedaba la menor duda de que aquello era un continente.

Natural es que pensasen de este modo, puesto que habian recorrido trescientas treinta y cinco leguas de costa y todavía veian delante una extension inmensa, no pudiendo imaginar que aquella longitud fuese la de una isla.

¡A donde lleva la obcecacion de los hombres!

Una vez obtenida aquella aseveracion de los tripulantes, para que ninguno de ellos pudiera contradecirse proclamó el escribano que quien tal hiciera pagara una multa de diez mil maravedises siendo oficial, ó recibiese cien azotes y se le cortase la lengua si era grumete ó pertenecia á las demas gentes de su condicion. (M)

Si el temor de perder sus embarcaciones no hubiera determinado à Colon á retroceder, uno ó dos dias más por la costa habrian desvanecido sus ilusiones.

Virando hácia el Sudeste llegó á la isla de Pinos, célebre por sus magníficos caobales, hizo allí provisiones de agua y leña y teniendo que luchar con nuevos escollos en medio de

la zozobra, del temor, de la ansiedad de los navegantes, encalló la carabela de Colon el dia 30 de Junio con tal violencia que cuantos esfuerzos se hicieron para sacarla con anclas por la popa fueron inútiles y se vieron en la necesidad de arrastrarla por la popa sobre la arena.

Lo que entónces sufrió fué indecible, pero animando con su poderosa energía á los tripulantes logró despues de muchos dias de zozobra y de angustia, llegar á la costa de las provincias de Ornofay, anclando el dia 7 de Junio á la embocadura de un rio de aquella region.

El cacique que gobernaba en ella salió al encuentro del almirante con algunos de sus vasallos, colmándoles de presentes y distinciones.

Al verse en tanto peligro habia ofrecido el almirante, en cuanto desembarcase, oir una misa con la mayor solemnidad.

Dispuso que se celebrara en aquella playa, y se preparó todo, asistiendo los indios á la ceremonia.

El cacique iba acompañado de su butio, anciano de blanca cabellera y de venerable aspecto.

Llevaba un *quipo* y una calabaza, que ofreció en señal de amistad al almirante.

Miéntras se celebró la misa, observaron los indios con la mayor atencion las ceremonias que hacia el eclesiástico español.

Cuando terminó el anciano se acercó al almirante, y con solemne acento pronunció estas palabras que ha conservado la historia.

—«Lo que has estado haciendo, le dijo, está bien hecho, porque parece que es tu modo de dar gracias á Dios.

»Me han dicho que has venido últimamente á estas tierras con una poderosa fuerza y que has subyugado muchos países y extendido el terror por los pueblos.

»Pero no por eso te llenes de vanagloria.

»Sabe que, segun nuestra creencia, las almas de los hombres tienen dos viajes que hacer despues que se han separado de sus cuerpos.

»Uno á un lugar triste, súcio y tenebroso, preparado para los que han sido injustos y crueles con sus semejantes; otro à una mansion agradable y deliciosa para los que han promovido la paz sobre la tierra.

»Por lo tanto si tú eres mortal y esperas fenecer, y crees que à cada uno se premiará segun sus obras, no dañes injustamente al hombre, ni hagas mal á los que á tí no te lo han hecho.» (N)

Profundamente se conmovió Colon al saber las palabras que habia pronunciado y que el lucayo su intérprete le tradujo.

No habia nunca creido que semejante doctrina se profesase en aquellos países.

Dió Colon á aquel rio el nombre de la Misa, en memoria de la que con tanta solemnidad se habia celebrado á su orilla, y dejando à la izquierda los Jardines de la Reina, buscó el derrotero de la Española, porque deseaba volver á la colonia.

El viento le fué completamente desfavorable, y no sin gran trabajo pudieron resistir los buques el temporal.

La carabela del almirante sufrió tanto, que hacia agua por casi todas las junturas.

Dos dias despues se detuvo en el cabo de la Cruz, reparando las averías y salió con el ánimo de explorar toda la costa de la Jamáica.

Nada más bello que aquel paisaje; nada más agradable para él que las muestras de simpatía que los indígenas le daban al pasar por delante de sus poblaciones, ó siguiéndolos en ligeras canoas y ofreciéndoles toda clase de regalos.

Al llegar á uno de los parajes más encantadores de la isla se detuvieron, y á poco rato vieron salir à la orilla tres canoas preciosas.

Una era grande, estaba pintada y tenia adornos muy originales.

Avanzaba entre las otras dos, que parecian su escolta.

En la de enmedio iba el cacique con tres mujeres y siete hombres.

Las mujeres eran su esposa y sus dos hijas.

Los hombres dos hijos y dos hermanos suyos.

En la proa iba un indio con el estandarte del cacique, cubierto con un manto formado de plumas, una corona de plumas en la cabeza y una banderola blanca en la diestra.

Dos indios con diademas de plumas de la misma hechura y color y muy embadurnados, tocaban una especie de tamboriles.

Doce indios formaban la servidumbre del cacique.

Las tres embarcaciones llegaron á la carabela de Colon, y prévio permiso del almirante, subió á ella el cacique con todos los que le acompañaban.

Este pequeño soberano llevaba en la frente una diadema de piedras blancas y verdes graciosamente combinadas y enlazadas todas por una especie de broche de oro.

Colgadas de las orejas llevaba dos làminas del mismo metal, y suspendidas de un collar de cuentas verdes, caia sobre su pecho una gran flor de lis de oro.

Su esposa, tambien adornada con piedras de colores, llevaba un cendal de algodon.

Sus hijas no llevaban màs vestido que un cinturon de piedras pequeñas del que colgaba un dije del tamaño de una hoja de yedra, formado de algodon y adornado tambien con piedras.

Al presentarse á Colon:

—Dueño y señor mio, dijo el cacique en su idioma, y Diego el intérprete trasmitió á Colon, me han dicho que eres enviado á estas tierras por reyes poderosos.

Las maravillas que me han contado de tu patria me han seducido de tal modo, que he resuelto pedirte que me lleves á tu lado con toda mi familia.

Tú eres poderoso; has dominado á los caribes; has aprisionado á sus guerreros; has cautivado á sus mujeres; todos los habitantes de estas regiones tiemblan al oir tu nombre. Antes que me despojes de mis dominios quiero ir en tus buques á rendir homenaje á tus reyes, á contemplar aquel país prodigioso que tanta maravilla causa á todos los que de él tienen noticia.

Por mucho que sedujera á Colon el deseo del cacique, pensó que llevar á España á que fueran esclavos á los que habian sido reyes, era condenarles á una triste existencia.

—Volved á vuestro palacio, les dijo, yo os aseguro en nombre de mis reyes que vuestro territorio será respetado.

En su nombre tambien os ofrezco su amistad; pero si persistís en que os lleve á su lado, cuando yo vuelva, porque necesito para cumplir sus órdenes visitar otras muchas islas, os llamaré y os llevaré en mi compañía.

Aunque apesadumbrados, la esperanza bastó á satisfacerlos, y regresaron en las canoas á la isla con la dulce ilusion de que volveria á buscarlos el almirante.

A mediados de Agosto abandonó Colon la costa Occidental de la Jamáica, se encaminó hácia Oriente, y un dia despues experimentó una agradable sorpresa.

CAPITULO LXVIII.

Luz y sombra.

Yo bien conozco que para aquellos de mis lectores que buscan solo en la novela situaciones dramáticas, diálogos animados, personajes que vayan de aventura en aventura, la descripcion que estoy haciendo de los viajes de Cristóbal Colon para explorar las islas que más tarde debian llamarse las Antillas, no hallarán atractivo de ninguna especie en mis narraciones.

Sin duda alguna hay novedad en la descripcion de los países, de las costumbres y de las gentes que descubria el inmortal genovés.

Nada seria más fácil que inventar historias de los naturales, ponerlos en lucha con los españoles y hacer que de estas combinaciones resultasen escenas de interes palpitante, de esas que despiertan en el lector una curiosidad grande por todo lo que lleva en sí el sello de lo heróico.

Pero tratándose de un personaje tan conocido y tan respetable como Colon, de una historia tan novelesca como la suya, pedir á la imaginacion que falsificase la verdad, seria hasta cierto punto una profanacion.

Yo creo que los lectores estimarán más en mí que, al ampliar la reseña del inmortal marino trazada por Alfonso de Lamartine, busque y encuentre esta ampliacion, más que en las ficciones de la novela, en la verdad histórica, respondiendo de esta manera al título de que lleva la obra, y no á una mera novela.

En cambio de la falta de animacion que en el sentido novelesco puedan notar en estas páginas, tienen la seguridad de que no se falsifica en lo más mínimo la historia; y despues de haber leido esta novela, quizás más viva en la reseña que las historias que se han hecho de Colon y de los demas viajeros, saben cuanto es posible saber del descubrimiento de la América; dato importante que más que el nombre del ilustre pintor en cuya paleta hemos tomado los colores para trazar este cuadro, y más que el insignificante trabajo que de nuestra propia cuenta hemos hecho, es causa del lisonjero y hasta casi fabuloso éxito de esta obra. (O)

Prosiguiéndola, pues, debo decir que llamó la atencion de los navegantes, al proseguir su rumbo, una lengua de tierra que es la que hoy lleva el nombre de Cabo del Tiburon.

No podia imaginarse el almirante, á pesar de sus grandes conocimientos náuticos, que aquella parte de la isla donde iba á llegar con su carabela perteneciese á Haiti.

Apénas llegó al puerto quiso desembarcar para visitar las pintorescas campiñas que comenzaban en la misma orilla del mar, cuando vió acercarse á él con gran pompa al cacique seguido de multitud de indios que salian á su encuentro con las mayores muestras de benevolencia.

Al llegar éstos á la playa cambiaron de actitud y arrojando las armas se presentaron muy sumisos y preguntaron por Colon, de cuya justificacion lo esperaban todo.

Los soldados, obedeciendo á su jefe, se mostraron benévolos con ellos, les pagaron las provisiones que recibieron de sus manos, y volvieron despues à las carabelas continuando el camino, porque Colon deseaba llegar à la Isabela para reparar los buques y saber el resultado de la expedicion que habia encomendado á Margarite.

Se levantaron récios temporales, y Colon, que sabia la poca resistencia de sus buques, buscó un puerto abrigado.

Entró por un canal que habia entre la Española y una isla llamada por los indios Adamoney, y allí pasó la noche.

Ocho dias permaneció en aquel canal con su buque sin saber cuál era la suerte que habia cabido á las otras dos carabelas, las cuales por su parte no habian podido entrar en el abrigado puerto de la carabela capitana.

El 24 de Setiembre, despues de haber sufrido mucho con aquella zozobra, abandonó el canal y se reunió con las otras carabelas en el extremo occidental de la isla de Haiti.

Tocaron en la isla de Amona, situada entre Puerto Rico y la Española, y á pesar del mal estado de los buques quiso Colon seguir el viaje para explorar las islas caribes, que era su eterna, su constante pesadilla, su único deseo.

Las fuerzas le engañaban.

Lo mucho que habia padecido en aquella perigrinacion; los escasos alimentos que tomaba, porque para dar el ejemplo se habia igualado con los marineros, las noches que tenia que pasar en vela para que su navío, que tan deteriorado estaba, no chocase contra alguna roca; el desaliento que se habia apoderado de su ánimo al ver lo inútil de sus tentativas, al pensar que una nacion entera, cuyas esperanzas habia despertado, aguardaba con creciente interes la noticia del éxito de su empresa; el desengaño que habia recibido de que no podia realizar su propósito de regresar à Europa por el Oriente, todo esto reunido agravó su habitual dolencia, y el mismo dia en que salió de Amona le acometió una enfermedad que le privó instantàneamente de la vista, de la memoria, de todas sus facultades, dejándole sumergido en un profundo letargo, que á todos, ménos al doctor Chanca que le observaba atentamente, parecia la muerte.

La consternacion que se apoderó de todos fué inmensa.

Los capitanes de los buques resolvieron, cualquiera que fuese el resultado de aquella crísis, volver á la colonia y prodigar allí al almirante los cuidados, las atenciones que necesitaba, puesto que comprendian perfectamente que Colon era el alma de aquellas empresas que estaban llevando á cabo.

Los españoles que habian quedado en la Isabela estaban con la mayor ansiedad, porque ya hacia mucho tiempo que no tenian noticias de Colon, ni de los soldados que habian salido á explorar la isla al mando de Pedro Margarite, lo cual no dejaba de preocuparlos bastante, atendido á los escasos resultados favorables que hasta entónces habian tenido en semejantes expediciones.

Cuando supieron el estado en que llegaba el almirante su dolor se aumentó y por un momento se creyeron abandonados de la misericordia divina.

Colon fué depositado en el lecho y asistido con el mayor desvelo por el doctor Chanca.

Quince dias de mortal angustia trascurrieron para todos los que le rodeaban.

Su pulso apénas latia.

¿Habia reservado la Providencia tan oscura muerte al que poco àntes habia llenado el mundo con la fama de su nombre?

Colon venció la crísis.

Al fin abrió los ojos, dirigió una mirada en torno suyo y una dulce emocion se pintó en su pálido y demacrado semblante.

Entre los que le rodeaban, al lado de su hermano Diego, vió un hombre de tostado rostro, de atlética figura.

Un momento despues estrechaba en sus brazos á aquel hombre.

Era Bartolomé, su hermano predilecto por quien tanto habia suspirado.

Dos dias ántes del regreso de las carabelas habia llegado por órden de los reyes con tres embarcaciones bien provistas.

Colon parecia condenado á no experimentar jamas una dicha completa.

Una nueva y terrible desgracia, que le ocultaron por de pronto para que no se agravase su enfermedad, vino á poner en conmocion á sus dos hermanos, y á los demas colonos que le guardaban lealtad.

Al dia siguiente de la feliz sorpresa que habia tenido el almirante, viendo cerca de sí à un hermano á quien tanto queria, un marinero de una de las carabelas surtas en el puerto saltó en tierra, llegó precipitadamente á la colonia, preguntó por don Diego y fue á buscarle.

—Tengo que comunicaros una triste noticia, le dijo.

—¿Cuál es? le preguntó don Diego asustado al ver la actitud del marinero.

—Una de las últimas embarcaciones que ha llegado ha desaparecido.

—Cómo es eso?

—Se conoce que durante la noche se ha dado à la vela, y por más que hemos hecho no hemos podido descubrirla en el mar.

Inmediatamente llamó don Diego á todos aquellos individuos que formaban el Consejo y á su hermano Bartolomé.

Pero uno de los individuos que formaban parte del Consejo faltó.

El padre Boil habia desaparecido de la casa en donde vivian los misioneros.

Se le buscó por todas partes, y no se le encontró por ningun lado.

Se dispuso que todos los que habia en la colonia acudiesen á la plaza que habia delante de la casa del almirante.

Entónces se notó que faltaban algunos individuos de los que formaban parte de la colonia.

Otro marinero vino à anunciar que Alfonso Velez de Guzman y Bernal Diaz de Pisa habian desaparecido.

A fuerza de investigaciones llegaron á saber que todos los que faltaban, acompañados de Pedro Margarite, el capitan de las tropas que habia enviado Colon á explorar la isla, y que habian desertado de sus filas, habian tramado una conspiracion con objeto de desprestigiar al inmortal Colon.

Habian comprado al patron de una de las carabelas aprovechándose de la enfermedad de Colon, y habian partido para España resueltos sin duda alguna á arrojar en el corazon de los soberanos la semilla que más tarde debia envenenar los últimos dias de la existencia de Colon.

¿Cómo habian llevado á cabo este infame propósito?

¿Qué habia hecho Pedro Margarite durante su paseo militar?

¿Cómo habia llegado Bartolomé Colon hasta allí?

¿Cuàl era la situacion de los indios?

¿Cuàl la actitud de los españoles?

No tardaremos en saberlo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

NOTAS DEL SEGUNDO TOMO.

(A) Estas y otras noticias las hallamos en las obras de los historiadores de Indias y en el precioso libro que con el título de *Leyendas americanas* ha escrito y publicado en frances y en español el conocido poeta D. José Güell y Renté.

(B) Traducimos del frances estas frases que atribuye el señor Güell à Guacanajari, en los momentos en que Colon llegaba à su isla.

(C) Raíz de la especie de la patata, màs dura, ménos dulce, pero que despues de cocida tiene un sabor muy agradable.

(D) *Leyendas americanas* de Güell y Renté.

(E) *Viaje ilustrado en las cinco partes del mundo.*—Tomo II.

(F) Washington Irving.

(G) Id. id.

(H) Colon envió tres de estos talismanes, que eran pedazos de piedra, à los reyes Católicos.

(I) Hablando de lo generales que eran los bailes entre los indios de Haiti, dice Pedro Mártir que los ejecutaban al son de ciertos metros y romances que descendian de generacion en generacion, y en que se recitaban las proezas de sus antepasados. Estas rimas ò romances, añade, se llaman areytos; y como nuestros músicos están acostumbrados á cantar al arpa y al laud, ellos del mismo modo cantan sus cantares y danzan á la música de ellos, tocando panderos hechos de conchas de peces. A estos panderos les llaman *maguay*. Tienen tambien canciones y romances amorosos, y otros de luto y lamentacion, y tambien para animarse en la guerra, todos cantados con músicas propias del asunto.—(*Vida y viajes de Cristóbal Colon* por Vashington Irving.)

(J) El puerto á que se alude se llama actualmente Guantanano.

(K) Este puerto era el que hoy se denomina Santiago de Cuba.

(L) Hoy se llama Puerto de Santa Ana.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

(LL) estas canoas estaban construidas con el tronco de un solo árbol, y Colon midió una de noventa y ocho piés de largo y ocho de ancho, formada de un magnífico caobo.

(M) Despues se formó un expediente por el escribano, incluyendo las declaraciones y nombres de cada individuo. El documento existe. Este proceso se ejecutó cerca de la bahía de Córtes.

(N) El padre Las Casas en la *Historia de las Indias.*

(O) Pasa de 20,000 el número de suscritores que tiene este libro en el momento de terminar el segundo tomo.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL SEGUNDO TOMO.

PARTE SEGUNDA.

DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA.

Capítulos.		Páginas
I	Lo desconocido	3
II	A través del Océano	15
III	El corazon humano	23
IV	¡Tierra!	31
V	Guanahani	40
VI	La Concepcion	50
VII	Nuevas impresiones	56
VIII	La desercion de la *Pinta*	68
IX	Los proyectos de Pinzon	78
X	La Española	84
XI	Haiti	92
XII	Una triste Noche-Buena	100
XIII	El Eden	109
XIV	Fascinacion de Guacanajari	117
XV	Partida de Colon y fin de Ainaima	125
XVI	Diplomacia en alta mar	132
XVII	Indignacion de los indios	143
XVIII	Las tempestades	148
XIX	Las armas de la envidia	157
XX	Colon en la corte de Portugal	166
XXI	Un padre y una madre	174
XXII	Premio y Castigo	184
XXIII	Donde se vé cómo España recibe á Colon á su vuelta del Nuevo-Mundo	195

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Capítulos.		Páginas.
XXIV	Sacrificios	202
XXV	El huevo de Colon	213
XXVI	Dolor y abnegacion	221
XXVII	Páginas de la historia	231
XXVIII	Desventuras	239
XXIX	El Consejo de Indias y el obispo Fonseca	245
XXX	Alonso de Ojeda	253
XXXI	Américo Vespucio	265
XXXII	Una pasion fatal	274
XXXIII	Sucesos y negociaciones	280
XXXIV	Los españoles en Haiti	286
XXXV	La venganza de Caonabo	292
XXXVI	Desolacion y muerte	297
XXXVII	La tea de la discordia	302
XXXVIII	Descubrimientos de nuevas islas	308
XXXIX	Desaparicion de un capitan y ocho marineros	315
XL	Donde parecen los perdidos	321
XLI	Puerto-Rico	330
XLII	Una revelacion dolorosa	335
XLIII	Tristes presagios	342
XLIV	Donde Colon, despues de saber la catràstrofe de la fortaleza de la Navidad, duda de Guacanajari y se convence de su amistad	348
XLV	Disidencias	356
XLVI	Visita de Guacanajari á la escuadra Española	363
XLVII	Historia de una India	368
XLVIII	La paz entre los indios	375
XLIX	Astucia y resolucion	381
L	La primera colonia	392
LI	Nuevas desdichas	398
LII	Expedicion de Ojeda	406
LIII	Nuevos indicios de la traicion de Alonso Velez	410
LIV	Un cambio de personas	414
LV	Bernal Diaz de Pisa	420
LVI	Donde Isabel prueba à Colon que ha hecho bien en quedarse	427

Capítulos.		Páginas.
LVII	Los hermanos de Colon	435
LVIII	Una reconciliacion	443
LIX	La Vega Real	452
LX	Donde aparece un indio que no lo es	458
LXI	De la necesidad, virtud	466
LXII	Usos, costumbres, creencias y ceremonias de los naturales de Haiti	472
LXIII	Lo que habia pasado en Haiti	484
LXIV	Nuevos apuros	491
LXV	Nuevo costeo de Cuba	500
LXVI	La Jamáica	505
LXVII	Ilusiones engañosas	510
LXVIII	Luz y sombra	520

FIN DEL INDICE DEL SEGUNDO TOMO.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS